Señor ExMINISTRO

Torcuato Luca de Tena   Novela



Esta original novela de Torcuato Luca de Tena —tal vez la más original de cuantas han salido de su pluma— debe encuadrarse en el mismo género histórico-político-literario al que pertenecen los episodios nacionales de don Benito Pérez Galdós. El propio autor advierte en su prólogo que se trata de «un relato ficticio que ocurre en un tiempo cierto»: la era de Franco.

La peripecia de los personajes inventados se entremezcla con hechos reales. Y esos mismos entes ficticios conviven, dialogan, alternan con seres de carne y hueso: médicos, artistas, escritores, políticos, ministrables, ministros, exministros, prelados, funcionarios, procuradores, abogados, magistrados, reyes, príncipes, infantes, jefes de Estado extranjeros y por supuesto, el general Franco, su esposa, su hija, su yerno, los jefes de su Casa Civil y hasta su enfermera o su mayordomo. Es decir, hasta un total de 408 individuos citados con sus nombres y apellidos: nombres de personas reales, la gran mayoría de las cuales están vivas y vigentes en el campo de sus respectivas actuaciones, y responsabilidades. En esto reside quizá el mayor atractivo de «Señor ex ministro»: el conocimiento directo del lector de las personas, personajes y personajiilos de los que se ha hablado y ya no se habla; de los que hoy se sigue hablando, y de los que con toda evidencia se hablará en el día de mañana.

Como es habitual en las anteriores producciones literarias de este autor, la ternura, el humor y la tensión dramática se funden con la anécdota curiosa, el dato erudito y la aguda observación de la condición humana.

Lectulandia

Torcuato Luca de Tena

Señor ex ministro

ePub r1.0
Titivillus 10.03.2017

Título original: *Señor ex ministro*
Torcuato Luca de Tena, 1976
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

CENSO DE PERSONAJES FICTICIOS

(por orden de aparición en el relato)

- Alfonso Sánchez Martín.
- José María Echevarrieta Letelier.
- Leonor, la enfermera.
- El director del Hospital de la Santa Cruz de Manzanares.
- Colette Origny (madre).
- El alférez Tomeu Riquer Basols.
- Colette Origny (hija).
- *Monsieur* y *madame* Lenoir.
- El director de ventas de la fábrica de abonos de Toulouse.
- Una aldeana francesa con una oca viva en una cesta.
- Armando Riquer Nadal, subsecretario de Comercio.
- Bartolomé Riquer, padre del anterior.
- Josep Riquer Rius, representante maurista en el Valle de Arán.
- Josep Riquer, hermano de Bartolomé y padre de Tomeu.
- Enriqueta Basols de Riquer, madre de Tomeu.
- María Luisa, eficientísima secretaria de Armando.
- Teresa, esposa de Armando Riquer.
- Un botones del Hotel Nacional.
- Un ministro innominado de Comercio.
- Un ministro innominado de Agricultura.
- Ineso Fervoroso, secretario del alcalde de Manzanares.
- El alcalde de Manzanares, que no se llamaba Sancho.
- Basilio Chamorro, aprendiz de banquero.
- Berta Tangil de Trías.
- Una catorceañera llamada Maruja, hija de la anterior.

- Jorge Antonio Trías, padre de Maruja y esposo de Berta, presidente de la Cruz Roja Española.
- El *Rubio*, el mastín de Maruja.
- Manolo, el mecánico de los Trías, gran cazador.
- Un periodista sevillano destituido por Arias Salgado.
- El cargador de escopetas llamado Higinio.
- El capataz de la finca manchega de Jorge Trías.
- Felipe Tusquets, el «eremita laico».
- La sobrina de Tusquets, raptada por su tío.
- La encargada del Salón de Exposiciones, Cano.
- Roberto, el novio frustrado.
- Un matrimonio que no entiende un chiste de loros.
- Otro hombre llamado Ineso, hijo de Alfonso Sánchez Martín.
- Bienvenida, bellísima mujer del anterior.
- Un periodista de Radio Nacional.
- La taquígrafa de Fraga Iribarne.
- El jefe de la Secretaría de Fraga, hombre de salud delicada.
- Antonio Echevarrieta y Trías.
- Jorge Echevarrieta y Trías.
- Un marinero que pesca un pez blanco y azul.
- Un cadáver no identificado.
- Una náufraga muy atractiva.
- El hijo de la bella naufragada.
- El marido de la misma.
- El inspector Soto de la Policía de Irún.
- El comisario subjefe de la Policía de San Sebastián.
- Un número de la Policía Armada en coche patrulla.
- Un señor con boina que ayuda a Maruja a levantarse del suelo.
- El marqués de Santiesteban.
- Un señor del Opus Dei, de pelo gris.
- Rogelio Raimúndez, del Banco de Crédito Industrial.
- Un ministro francés y gaullista de Agricultura.
- Su esposa.
- El alcalde comunista de la ciudad francesa de Foix.
- La alcaldesa de Foix.
- El apuesto ministro griego de Agricultura.
- Indalecio Criado, el aperturista.
- Enrique, policía, marido de Armanda.
- Madame Foucauld.

CORO:

Soldados, bailarines, terroristas, pisadores de uva, manifestantes, maquis, segadores, cuadrillas apaga-incendios, ojeadores, cazadores furtivos, «marchantes» de arte, decoradores, homosexuales, la mayoría silenciosa y otras gentes de bueno o mal vivir.

ADVERTENCIA PRELIMINAR

Éste es un relato ficticio, cuya acción discurre en un tiempo cierto. El lector no debe olvidar ni al inicio, ni en el desarrollo, ni en el desenlace de la narración que lo que tiene en sus manos no es un tratado de Historia, ni un ensayo político: es simple y llanamente una novela. En ella, los personajes literarios alternan, conviven, dialogan con personas reales que están aquí citadas con sus nombres y apellidos. Entre los primeros hay algunos que ocupan altos puestos en la Administración del Estado. No he pretendido en modo alguno parodiar, aludir, caricaturizar o ensalzar a los que, en los mismos días, cubrieron real y verdaderamente dichos cargos. Sus peripecias, avatares y circunstancias personales son frutos exclusivos de mi invención. En cuanto a ellos se refiere, viene como anillo al dedo la frase tópica de que «cualquier parecido con la realidad es puramente casual».

No acontece lo propio con las personas históricas. Cuanto hacen, piensan o dicen, está extraído de sus biografías, de sus declaraciones públicas, de sus discursos, de sus escritos o de conversaciones privadas mantenidas con el autor. *No obstante,* la acción novelesca ha exigido, en determinados pasajes, hacerles decir cosas que no dijeron o intervenir en episodios que no vivieron. En estos casos, excusado es decir que he extremado la cautela en no herir ni tergiversar voluntariamente con mi invención la figura del hombre real. Las palabras que les atribuyo, las acciones que les invento, serán inexactas. Pero es, en cambio, exactísima la interpretación del personaje que se desprende de mi licencia literaria. Manuel Fraga Iribarne no recibió nunca en su despacho ministerial a un caballero apellidado Echevarrieta Letelier, pero las palabras que le dice y la actividad que desarrolla en ese pasaje inventado, no contradice sino que describe su personalidad. Lo mismo acontece con otros pasajes en los que son antagonistas Laureano López Rodó, Fernando María Castiella, Federico Silva, Jaime Foxá, Rafael Sánchez Mazas, el almirante Carrero Blanco, Fernández de la Mora, López Bravo, López de Letona, y otras muchas personalidades —más de 400— de «la era de Franco», que podrá el lector encontrar en el índice onomástico.

He procurado describir el espíritu de un tiempo visto desde la perspectiva de sus clases políticas dirigentes. Para ello, he usado de tres elementos lícitos: lo histórico,

la interpretación de lo histórico y la fabulación.

La Academia de la Lengua define la novela como «una obra literaria en que se narra una acción fingida *en todo o en parte…*». Esto es exactamente lo que el autor ha pretendido: una mezcla equilibrada entre el artificio y la realidad.

I

DEL DOLOROSO VIAJE QUE VA DESDE EL TOTAL DESPENSAMIENTO A SABER QUE «SUFRO, LUEGO EXISTO»

[1952]

Alfonso Sánchez Martín conducía un gran camión cargado de remolachas desde Puerto Lápice a Valdepeñas. La ancha llanura manchega, cuajada de viñas, se extendía a uno y otro lado de la carretera. La recolección de la uva había concluido mes y medio atrás y las cepas aún conservaban algunas hojas, ajadas, de un desmayado color tabaco. El camino era recto como una lanza; y al salir de un pueblo, apuntaba a la torre de la parroquia del siguiente que se adivinaba entre la bruma en la lejanía. Súbitamente, y muy poco antes de llegar a Manzanares, un automóvil enloquecido le rebasó. «¡Esos bárbaros se van a matar!», gritó Alfonso Sánchez encogiéndose instintivamente ante el brusco frenazo que se vio obligado a realizar. Apenas lo hubo dicho, el coche que les precedía se metió insensatamente en la cuneta; salió de ella por una maniobra desesperada de su conductor y se fue hacia la opuesta; dio dos vueltas en el aire y se estrelló quedando en una posición inverosímil. Inmediatamente comenzó a arder.

El viaje de regreso desde la nada se hace por el camino del dolor. Alcanzar el pensamiento desde el total despensamiento, es el dolor quien lo facilita. El sufrir es ya una manera de vivir. El saber que se sufre es ya una manera de razonar. Sufro, luego existo. El hombre comprendió que estaba vivo por el daño lacerante de sus heridas. Y en su subconsciente luchaban dos mareas enfrentadas. El deseo de sufrir más, para confirmar su existencia. Y el de permanecer en un eterno sopor, para no sufrir más.

Sabido esto, experimentada esta sensación una sola vez, el sueño, la anestesia, los calmantes, ya no logran torcerlo. Se duerme, sabiendo que se está vivo. Los demás saberes son harto más lentos. «¿Por qué sufro? Algo me ha sucedido, pero ignoro

qué. ¿Dónde estoy y por qué no conozco dónde estoy?».

Las primeras noticias que tuvo de sí mismo fueron por este orden: estaba vivo, estaba herido, sabía sumar.

—¿Cuántos dedos ve usted aquí?

—Tres.

—¿Y ahora?

Meditó largamente. Los dedos le bailaban ante los ojos, se deformaban, se contorsionaban, como si pertenecieran a una mano situada detrás de un cristal sobre el que resbalara aceite.

—Siete —respondió al fin.

Tan pronto se encontraba lúcido como caía en un profundo sopor. Sus ideas eran como fragmentos de un rompecabezas sin encajar. Y cuando algunos encajaban, faltaban otros.

El coche… el coche… No recordaba el accidente, mas sí el temor de que se produjera. El conductor manejaba como un loco. ¿Quién era el conductor? ¿Había muerto o estaba vivo? ¿Qué hacía él en aquel coche? ¿De dónde venía? ¿Adonde iba? ¡Ya lo recordaba! Se habían despeñado desde una altura increíble a la boca misma del túnel de Viella, en el Valle de Arán, a muy pocos kilómetros de la frontera francesa. El coche dio varios tumbos sobre las peñas del Pirineo, rodó por la ladera cubierta de nieve y se precipitó en el abismo. Después un súbito despensar.

Notó una presencia junto a él y unos murmullos ininteligibles.

—¿Voy a morir?

No hubo respuesta.

—¿Dónde estoy?

—Está usted en el hospital de Manzanares, provincia de Ciudad Real.

No. No fue en el Valle de Arán, distante seiscientos treinta kilómetros, donde se produjo el accidente. Aquél fue el sueño que tuvo, la vivencia que le sobrevino, mientras el coche daba vueltas y volaba por el aire de una llanura. Una llanura sin fin. Con viñas. Con muchas viñas.

Una angustia infinita le atenazaba, no tanto por la idea de la muerte como por la ignorancia de quién era el que moría. Hizo un ademán de desaliento queriendo variar de postura y un dolor intensísimo le hizo gemir. Nuevos cuchicheos junto a sí, la aguja de una inyección perforando su piel y la sensación de hundirse inacabablemente en una nube sin fondo, donde ni siquiera el dolor existía.

Cada vez que despertaba se encontraba asido a una misma idea obsesiva: único cable que le unía con la verdad. Su error de creerse despeñado desde las cumbres del Pirineo central, que circunvalan Arán, debía tener una significación. Todos sus demás conocimientos eran negativos. Sabía que él *no* conducía el coche que se estrelló. Sabía que él *no* era natural de esa ciudad donde se encontraba, ni de sus vecindades,

ni de su provincia.

—¿Voy a morir?

—Ha estado usted muy grave, señor Echevarrieta.

—¿Es usted el médico?

—No. Soy la enfermera. ¿No distingue usted mi voz? ¿No me ve?

—Veo su silueta. La voz sólo ahora empiezo a distinguirla.

—Está usted bajo los efectos de la anestesia, todavía.

Hubo una larga pausa.

—¿Cómo se llama usted?

—Leonor.

Con la lengua torpe, acorchada, comentó:

—Tiene usted una voz muy bonita, Leonor. Al oírla, me dan ganas de volver a vivir.

El herido intentó sonreír y sintió un agudo, insoportable dolor en el rostro. Cerró los ojos y fingió dormirse. ¡La mujer le había dicho su nombre y no lo había retenido! Súbitamente la figura de Colette Origny se perfiló nítida en su recuerdo:

—Ven a visitarme esta noche a mi cuarto —dijo ella en un susurro para no ser oída de sus acompañantes.

Fue un retazo de recuerdo nítido, pero aislado. La conversación fue mantenida en francés, en una estación de ferrocarril. ¿Quién era Colette? ¿Quién era él mismo? ¿Qué estación era aquélla?

No sabía percibir si sus largos sueños eran diurnos o nocturnos, si eran naturales o provocados por los calmantes. Lo más difícil para él era recuperar la noción del tiempo. Ignoraba cuántos días, o semanas, o meses, habían transcurrido desde el accidente y tenía miedo de preguntar si su acompañante en el viaje era aquella Colette que emergió de pronto como un fuego de artificio entre las sombras de su amnesia. Tenía miedo de preguntarlo, pues se avergonzaba de que la respuesta que más le hubiera agradado escuchar es que aquella mujer había muerto en el accidente. Luego, ¿odiaba a esa mujer? No. No la odiaba. Y si no la odiaba, ¿por qué deseaba su muerte?

Sintió una puerta que se abría junto a él.

—¿Es usted la enfermera?

—No. Soy el médico.

—¿Qué me ha pasado, doctor? ¿Qué tengo?

—Tiene usted fracturado el húmero del brazo derecho. Y la clavícula y tres costillas del mismo lado. Y la nariz. Y los pómulos.

El enfermo levantó lenta, perezosamente, los párpados. Y al punto volvió a cerrarlos. Todo le daba vueltas y sintió náuseas. Preguntó:

—¿Por qué tengo el rostro y las manos vendadas?

—Las manos por las quemaduras. El rostro por las roturas. Habrá que operarle, pero no antes de tres meses.

—Doctor: la persona que me acompañaba… ¿está viva?

—¿Es usted pariente de ella?

—No. Era amiga mía, nada más. ¿Ha muerto?

—No. Pero su estado es muy grave.

—¿Se salvará, doctor?

—Haremos cuanto esté a nuestro alcance, señor Echevarrieta.

Hubo un largo silencio.

—Doctor: ¿sigue usted ahí?

—Sí.

—Me ha llamado usted por un nombre que no es el mío.

El médico le observó intrigado. Acercó una silla y tomó asiento muy cerca de él.

—¿Siente usted dolores en este instante?

—No.

—Está usted bajo los efectos de los calmantes y sus ideas no están claras.

—Creo tener la cabeza despejada.

—Eso es lo que yo quisiera saber. ¿Tiene usted certeza de dónde está?

—En el hospital de Manzanares, provincia de Ciudad Real.

—Y ¿sabe por qué se encuentra aquí?

—He sufrido un accidente de automóvil y tengo rotas tres costillas, la clavícula y el húmero del brazo derecho. Tengo además quemaduras en las manos y no podré ser operado antes de tres meses.

—¿Cómo lo sabe?

—Porque me lo ha dicho usted.

—¿Cuándo se lo dije?

Dudó antes de responder:

—No sé… Eso no lo recuerdo. Pero estoy seguro que es usted mismo quien me lo dijo algún día.

—Bien. Y ahora respóndame a esto. ¿Cómo se llama usted?

Nueva pausa.

—¡No lo puedo recordar!

—Echevarrieta. ¿No le suena esa palabra? Dígame ahora su nombre de pila y su segundo apellido.

El enfermo murmuró lentamente:

—José María… Echevarrieta… Letelier…

Las ideas comenzaban a encajar. De pronto añadió con voz triunfal: «¡Yo soy natural de Viella, provincia de Lérida, en el Valle de Arán! Y nací… y nací… en 1924. ¡Tengo veintiocho años!».

—Eso es exactamente lo que dice su documentación.

—¡Doctor, doctor, le suplico que no me den tantos calmantes!

—¡Si no le diera esos calmantes no podría usted sufrir el dolor de sus heridas! Sobre todo de las quemaduras.

—Prefiero sufrir más y no tener la cabeza embotada. ¡Necesito recomponer mis ideas tanto como mis huesos, rellenar mis lagunas de memoria y saber exactamente de dónde venía y adonde iba cuando sufrí el accidente!

—Tiene usted montones de papeles y documentos, señor Echevarrieta. En cuanto se restablezca tendrá ocasión de leerlos o de hacer que se los lean. Ya verá qué pronto se pone al día.

El accidentado del hospital de Manzanares tuvo un sueño agitado y tan vivo y real como si lo viera reflejado en una pantalla cinematográfica. Se contemplaba a sí mismo en una posición militar de alta montaña situada entre unas peñas desde las que se dominaba una gran extensión. Estaba vestido de oficial del ejército y llevaba una estrella de alférez sobre la sahariana. Ocho o diez hombres, a sus órdenes, dormitaban o leían o limpiaban y engrasaban sus armas.

Era ya la atardecida y la visibilidad muy poca cuando oyeron disparar desde la posición del sargento. Inmediatamente se produjo la réplica enemiga. Y aunque no veían físicamente a los atacantes, pudieron localizarles por la breve chispa de sus disparos. Desde su puesto batieron con fuego de ametralladora aquella zona y no obtuvieron respuesta. Al día siguiente contemplaron dos bandadas de buitres en vuelos circulares y cada vez más bajos sobre dos puntos apartados de una gran loma que se extendía bajo ellos.

—Han tenido dos muertos —comentó el que lo soñaba. Pidió que le comunicaran por radio-teléfono con el capitán, se puso en pie y atisbo con los prismáticos la lejanía. No bien lo hubo hecho, sonó un disparo, sintió un dolor agudo en el vientre y se desplomó.

Oyó una gran voz a su lado:

—¡Han herido al alférez Riquer!

El herido del hospital se despertó presa de gran agitación.

«El alférez soy yo —se dijo—. Y el soldado que dio el grito se llamaba José María Echevarrieta Letelier». ¡Estaba seguro de ello! «Riquer… Riquer… Ése es mi verdadero apellido. Yo soy Tomeu Riquer Basols. Aquel soldado era, además, mi amigo y, cuando me hirieron, fue él quien me condujo a hombros, primero, y a lomo de mulas, después, hasta el primer hospital de sangre… ¿Por qué aquí en este otro hospital me dan su nombre? ¿Se trata de un error o de un trastrueque voluntario de personalidad?». La perplejidad, la incongruencia de la situación le hacían dudar de sí mismo. ¿Se habría vuelto loco y en su fuero interno «se creía» ser el alférez herido y no el soldado que le ayudó? ¿Dónde empezaba la realidad y dónde la exaltación onírica provocada por los medicamentos que le facilitaban para calmar ese lacerante, insoportable, dolor de sus quemaduras?

Bajo el efecto de las inyecciones tuvo un sueño erótico de características brutales y lascivas que le producía de consuno espanto y placer: la seducción de una menor

que por inexplicables circunstancias llevaba el mismo nombre y apellidos que los de aquella mujer con la que habló en francés en una estación (tal vez real, tal vez inexistente) de ferrocarril: Colette Origny. La última, era una mujer de mediana edad que conservaba, aunque ajados, sus encantos de antaño y que yacía ahora mal herida a pocos pasos de él, en su mismo hospital. Y la primera, una niña inexperta y viciosa. Ambas se llamaban igual.

—¿Cómo se encuentra usted hoy? ¿Cómo ha dormido?

—¿Quién es usted?

—¿No me reconoce la voz?

—Sí, la voz es la de una enfermera que se llama (¡no me diga usted nada!, ¡lo recordaré por mí mismo!)… que se llama… Leonor. Pero no podía imaginar que la belleza de la voz se compaginara de tal modo con la de la cara. Es usted una mujer preciosa, Leonor.

—Le voy a poner a usted un mote: «La momia galante». Y ahora, señor Echevarrieta, le voy a decir algo que no le va a agradar, pero que no debe de asustarle: sus fracturas de clavícula y costillas llevan camino de soldarse solas, y no exigen otra terapéutica que la inmovilidad. No así la del brazo. La rotura del húmero exige en cambio una intervención, digamos… urgente. Y ahora sea usted bueno, y déjese poner la inyección sin pegar saltos como otras veces.

—¡No recuerdo que me haya usted puesto nunca una inyección!

—Le he puesto dieciséis.

—¿Dónde?

—Donde la espalda pierde su púdico nombre.

—Toda relación delicada y sentimental entre una enfermera y un enfermo es verdaderamente difícil… ¿verdad?

—¡Hale! ¡Estése quieto! Ya está… ¿Le ha dolido?

—No.

—Cuente en voz alta hasta veinte.

—Me encantará dormirme viendo una cara bonita.

—Cuente hasta veinte…

—¿Iré de aquí al quirófano?

—Cuente hasta veinte.

—Uno, dos, tres… cuatro, cin…

Y la nube; la nube incolora por la que se cae a una sima sin dolor, igual a la muerte. Y los golpecitos cariñosos del médico en las mejillas: «Abra los ojos», «¿cuántos dedos ve usted aquí?». «Todo ha salido muy bien». Y los calmantes. Y los sueños. Y la indiferencia ante la idea de morir. Y la acuciante necesidad de ordenar los pensamientos, situarse, saber dónde se está, y cómo y por qué se está.

—Yo no sabía qué hacer, mi alférez: si atenderle a usted o barrer con la automática el sitio de donde creíamos que procedía el tiro. Al fin hicimos las dos cosas… ¡Ah, no sabe usted la mezcla de pena y de rabia que me sacudió! ¡Como si fuera usted ese único hermano que tuve y se nos murió de niño! ¡Y la angustia de que pasaran meses sin saber si estaba usted vivo o muerto! ¡Y la alegría de volver a verle! Fíjese si tengo buena memoria para todas sus cosas: la cicatriz del vientre se le quedó así como si fuese una rosa pequeña, toda arrugada, y la de la espalda como si fuese su inicial: una «T».

¿Cuándo el soldado Echevarrieta le dijo esto?

Tres recuerdos, tres vivencias, le servían de cables para atraer el pasado hacia él: su herida en el vientre de un disparo enemigo teniendo junto a él al soldado Echevarrieta Letelier; sus galanteos con una mujer de edad llamada Colette Origny y el estupro de una niña cuyo recuerdo le desazonaba y le inquietaba por la incongruencia de no encontrar otro nombre para ella que el mismo de la primera. Eran tres puntos aislados sobre la gran página en blanco de su memoria. A medida que su recuperación se acentuaba pretendía ensanchar estos puntos hasta colorear con ellos toda la hoja.

—No me dé más calmantes, doctor. Le suplico que no me dé más calmantes.

Súbitamente se recordó a sí mismo, en el bar-comedor de un inmenso establecimiento medio fonda, medio hotel, jugando a los dados con un sacerdote y dos concejales del Ayuntamiento de Viella, su ciudad natal, la más airosa población del Valle de Arán.

«Ese establecimiento es mío —pensó—. Yo soy su único propietario. Lo fui desde que murió mi madre». Aquélla fue una rememoración clave, que le sirvió para unir no pocas de las piezas del gran *puzzle* de su infrahistoria. La fonda estaba situada en la calle de «los Hermanos Riquer». Estos hermanos Riquer eran su padre —que fue alcalde de Viella— y su tío. Ambos murieron asesinados durante la guerra, tal vez por el solo delito de ser hijos del único político de su familia: don Jaume Riquer Rius, representante del maurismo en el Valle de Arán. Su madre, que se vio obligada por penurias económicas en transformar la vieja casa solariega en una fonda, se cuidó muy bien de cultivar en su hijo, más que el odio por los matadores, la veneración por los muertos.

¿Por qué este recuerdo venía asociado al del juego de dados con sus paisanos? Porque durante ese juego recibió un telegrama de su antiguo soldado Echevarrieta Letelier, a quien no veía desde seis años atrás, anunciándole su próxima visita para determinados asuntos de la máxima importancia, que a Riquer le parecieron extrañamente misteriosos.

Las piezas del rompecabezas comenzaban a unirse. «Yo soy —se repetía una y otra vez— Tomeu Riquer Basols, hijo de Josep, asesinado por una pandilla de

anarquistas llegados de Zaragoza, y de Enriqueta, también fallecida, que transformó la casa familiar en hotel turístico, para poder subsistir en los duros años de la posguerra. ¿Qué tiene Echevarrieta que ver conmigo? ¿Por qué nadie me llama por mi verdadero nombre? ¿Por qué me atribuyen el de otro y precisamente el de aquel soldado?».

Procuró concentrar toda su atención en aquel día en que recibió el telegrama. A medida que los recuerdos le venían, arrastraban otros consigo. La rememoración de un rostro le sugería otros rostros. La memoria de una situación le ponía ante la mente otras situaciones con sus antecedentes y sus consecuencias. Se sentía extraordinariamente lúcido y procuraba olvidarse del dolor creciente de sus heridas a medida que los calmantes cedían en su beneficioso influjo. A veces, al recordar, sentía la repugnancia de quien hunde las manos entre excrementos para buscar un objeto perdido. Había episodios de su vida que le asqueaban radicalmente. No obstante hozaba en ellos, como puerco entre inmundicias, dispuesto a dar con la clave de un suceso olvidado, de una motivación poco clara, de un dato aclaratorio. ¡Ah, qué gran conjunto de errores los que jalonaron sus últimos años! ¡Qué deseo de evadirse de sí mismo y su envilecimiento!

Leonor, la enfermera, entró en el cuarto en el momento justo, armada de su jeringuilla.

—¡Póngame pronto la inyección, enfermera! ¡No puedo más de dolor!

II

POR QUÉ NO SE ELECTROCUTAN LOS PÁJAROS POSADOS EN LOS CABLES DE ALTA TENSIÓN Y EL ARTE DE VENDER HIELO A LOS ESQUIMALES

[1952]

La recuperación del herido no siguió una línea continua. La operación del húmero, el abuso de analgésicos, la alergia a determinados medicamentos, la forzosa inmovilidad, fueron concausas de no pocas complicaciones: urticarias, vómitos de bilis, retenciones de orina (que exigieron intervenciones tan necesarias como dolorosas), consiguiente subida de la urea y un sinfín de derivaciones que le sumían en estados alternos de exaltación y depresión.

En algún momento, y precisamente a causa de la uremia, tuvo alteraciones psíquicas, arrebatos de violencia y alucinaciones. Creyó, con evidencia maníaca, que había sido trasladado de hospital, sin su consentimiento; reclamaba la presencia de Leonor, sin entender que era a la propia Leonor a quien se lo pedía; se negó a comer e ingerir líquidos, y tan pronto protestaba de todo y de todos, como se volvía afable, pedía perdón por sus insolencias, y se transformaba en el más cortés, humilde y obediente de los enfermos.

Su calendario vital, tanto mejor recompuesto cuanto más antiguos fueran los hechos recordados, era aproximadamente así. 1924, fecha de su nacimiento. 1936, asesinato de su padre. Este mismo año huida a Francia con su madre, donde se mantuvieron refugiados el resto de la guerra civil. 1939, regreso a Viella; conversión en fonda de la antigua casa familiar; conocimiento de que el único hermano de su padre había sido asesinado también en Madrid tres años atrás, e inauguración de la calle de «los Hermanos Riquer», en honor de los dos héroes: suceso que conmovió profundamente a Tomeu, adolescente a la sazón de 15 años. 1940, concluye el bachillerato e inicia y alterna los estudios de dos carreras en la Universidad de Zaragoza: Comercio y Filosofía y Letras. Su adolescencia fue casta, como diría Foxá en un poema que parecía escrito para él:

Un niño provinciano de familia modesta,
aulas del instituto, charlas del profesor,
los jueves un mal cine, y los días de fiesta
banda del regimiento en la Plaza Mayor.

1945: Tomeu es profesor mercantil y licenciado en Letras, tras unos estudios brillantísimos. Procedente de las Milicias Universitarias ha de cumplir la última parte de su programa militar como alférez, en una posición de alta montaña, coincidiendo con la infiltración de los «maquis». Aquí conoce a Echevarrieta, hijo de una francesa y de un español residente en Francia; y al fogoso y patriótico alférez le cautiva el saber que este muchacho al llegar a su mayoría de edad ha escogido la nacionalidad española y se ha presentado voluntario para cumplir su servicio militar aun antes de ser llamado a filas. El hispanofrancés quiere estudiar Técnica Comercial en Toulouse y Tomeu le regala todos sus libros de texto, que aquél aprecia como si fueran collares de rubíes. Este mismo año, Tomeu es herido en el vientre y Echevarrieta condecorado por el salvamento de su alférez, a quien condujo a hombros, con grave riesgo de su vida, por terreno batido y hasta el límite de sus fuerzas. 1946, licencian a Echevarrieta, quien pasa, para despedirse, por el hospital Militar de Lérida, donde Tomeu sigue convaleciendo de su herida.

Aquí hay un bache de memoria que enlaza con la muerte de la madre de Tomeu en 1948, de quien hereda una pequeña fortuna, que, en su inexperiencia, el joven Riquer considera las riquezas de Creso. Comienzan los dislates. Tomeu Riquer Basols estrena libertad, y se dedica con singular tenacidad y entusiasmo a dos tareas alucinantes: dilapidar su hacienda y fundir corazones de damas y damiselas francesas a las que visita con frecuencia del otro lado de la frontera.

Las localidades de Fos, Saint-Beat, Loures, Aspet, sabían algo de sus correrías amorosas. Con esto y con todo, nunca había cometido un error tan grande como el de dejar encinta en la ciudad de Foix, capital del departamento de Ariège, a la hija de una señora con la que mantenía relaciones amorosas, con la agravante de ser ésta la esposa y aquélla la hija del prefecto de dicho departamento francés, *monsieur* Marcel Origny, la máxima autoridad política de la comarca.

Tomeu Riquer tenía entonces veinticuatro años. Era buen mozo, atractivo, agraciado y soñador. No era rico, pero se lo creía, lo cual le proporcionaba la felicidad de permitirse el lujo de ser inconsciente y generoso hasta el derroche. Su liberalidad con las mujeres contribuía, a partes iguales con su físico, en las premisas de su éxito. Aquél fue un año clave para su descalabro financiero.

1949. Fue no poca la sorpresa que le produjo ver llegar a su fonda con intención de pasar allí todo un fin de semana a dos matrimonios franceses provistos del atavío propio de los esquiadores; y no tanto por el atuendo cuanto por ser verano y no haber

un átomo de nieve en las alturas. Los franceses explicaron que España poseía en el Valle de Arán las mejores pistas de hierba para esquiar —deporte veraniego del que jamás había oído hablar Tomeu— y que tanto en invierno como en estío aquello se llenaría de turistas aficionados al esquí, con tal de que hubiese instalaciones adecuadas. «Pero era inútil pensar en eso, porque los españoles eran incapaces de explotar sus propias riquezas».

—Las praderías de arriba son todas mías —confesó Riquer—, y la única renta que les saco es la de alquilarlas para que pasten en ellas los ganados de otros.

—Pues si algún día piensa en lo que le ha dicho mi marido —comentó una de las deportistas— no es imposible que a él le interese participar financieramente.

—No es imposible —comentó aquél lacónicamente. Y le extendió su tarjeta de visita: «Marcel Origny, Prefecto del Departamento de Ariège».

1951. Dos años han transcurrido desde aquel encuentro. Dos años negros para Tomeu, o, si se quiere, dos años locos; porque sus descalabros financieros tuvieron como compensación horas y días inolvidables: los que precedieron a la conquista y los que siguieron a la posesión de la esposa de su socio y acreedor, *monsieur* Origny, operación continuada en los últimos tiempos con la hija de ambos: una pequeña estúpida que se había dejado embarazar por él. No era probable que el prefecto le pusiera una pistola en el epigastrio para forzarle a casarse con su hija, mas tampoco sería imposible, en cuanto se descubriera lo inevitable, que cursara una denuncia a los tribunales, pues la chiquilla, cuando inició sus relaciones secretas con él, reunía, además de otros encantos, las dos tiernas condiciones de ser virgen y menor de edad. Tomeu estaba metido en un buen atolladero y no encontraba el medio de salirse de él.

No era muy consolador pensar que parte del dinero prestado por *monsieur* Origny había vuelto a manos de la familia transformado en flores, docenas de regalos, e incluso joyas. El animal humano llamado «varón» es bastante más estúpido que su otra mitad biológica. Cuando Tomeu Riquer Basols conquistaba a una mujer no se le pasaba por las mientes la sospecha de si no sería él quien había sido conquistado por ella. Cuando la tenía entre sus brazos, agradecía con candor de un parvulito los favores recibidos, sin imaginar que era él quien estaba prodigando sus favores a quien, de otro modo, le sería muy arduo recibirlos. Cuestión ésta que podría ser dudosa en el caso de Colette Origny (hija), pero que era de todo punto indudable en el caso de Colette Origny (madre), la esposa del prefecto de Foix, pues para ella Tomeu Riquer reunía las siguientes excelsas particularidades: primera, ser extranjero, lo que le aseguraba no sentirse demasiado comprometida socialmente por un abuso de solicitud y publicidad; segunda, ser bastante más joven que ella, fauna ésta de muy difícil localización; tercera, no estar nada mal dotado el mozo para el noble ejercicio de la ciencia amorosa.

La iniciación de las obras de la estación invernal y del teleférico había sido mal planteada. Los créditos solicitados fueron insuficientes; la espiral de los intereses a pagar se fue acumulando como el humo cuando el fuego se ahoga; la fonda fue

hipotecada, las obras no podrían continuar por falta de dinero, y la única persona que podría hacer frente a los gastos y salvar la situación, acreciendo su participación y reduciendo la de Tomeu, era el hombre a quien había engañado en tres frentes: el del negocio, el de su esposa y el de su hija.

1952. Un camarero interrumpe la partida cívico-religiosa de dados para entregar a Tomeu Riquer un telegrama. Como venía de Francia lo abrió apresuradamente temiendo se tratara de una de las dos Colette. No era así. Quien lo firmaba era José María Echevarrieta Letelier. «*Urgentísimo hablar con usted* —decía el texto—: *Llegaré a Viella a las diecisiete cuarenta y cinco horas de hoy martes stop Resérveme habitación en su hotel stop Siempre a sus órdenes*», y tras esto, la firma. Riquer miró impaciente el reloj y dio por terminada la partida.

¡La salutación de su antiguo subordinado fue asaz retórica!:

—¡Los momentos decisivos en las vidas de los mortales no están anunciados por señales en el cielo; no bajan ángeles de las alturas; no hay signos extraterrestres que los avisen! ¡No obstante estos momentos cruciales existen, y uno de ellos avanza hacia usted, mi alférez, a medida que me acerco para abrazarle!

—Desconocía tus dotes oratorias, José María.

—Aunque vengo a hablarle de negocios, no olvide que yo soy un poeta, mi alférez. «¡No soy un comerciante sino un poeta!». «A mí el dinero no me interesa, sino el arte, la gracia, el ingenio, para ganarlo». «A mí me lanza usted en paracaídas sobre el Polo Norte y soy capaz de vender hielo a los esquimales…».

—Es pronto para ir a la fonda. ¿Qué te parece si nos tomamos una cerveza aquí al lado? Estaremos más a gusto que no en ese cuartel en que se ha convertido mi comedor.

—Venda usted su fonda, mi alférez, que, con el dinero que vamos a ganar, podrá usted comprarse después mil fondas como ésa.

—Me tienes intrigado. Cuéntame: ¿qué tal viaje has hecho?

—¡Fatal! Una aldeana, portadora de una gran cesta, dentro de la cual iba una oca viva, penetró en el vagón y se sentó a mi lado. La aldeana y la oca se dedicaron a mirarme insistentemente. ¡Yo necesitaba estar solo! ¡El respeto a la soledad debía estar incluido en la Declaración de Derechos Humanos!

Ya ante los vasos de cerveza, en la penumbra de la taberna, Tomeu Riquer preguntó:

—¿Qué ha sido de ti en estos años? Ya tendrás tiempo de hablarme del tema que te ha traído por aquí.

—Me independicé muy pronto de mi padre y comencé a ganarme la vida por mi cuenta para costearme los estudios. Vendía a domicilio los objetos más diversos: cordones de zapatos, tabaco de pipa, agujas para coser cuero, redes para cazar pájaros. ¡Estudios y trabajo unidos dieron pronto su fruto, mi alférez! Hoy día ostento

con orgullo el título de «Técnico Comercial» y soy nada menos que el representante en el departamento de la Haute-Garonne de la empresa más importante de Toulouse y acaso de toda Francia, especializada en le fabricación de abonos y desinfectantes para las viñas. Ahora, durante el viaje, mientras el tren circulaba entre cepas no podía dejar de mirarlas con cierta ternura como lo haría un médico con un niño al que ha conseguido hacer engordar y librarle de todas sus enfermedades.

»«¿Qué dirá el alférez Riquer —pensaba para mis adentros— cuando se dé cuenta de la importancia del negocio que voy a proponerle? ¿Y cuando le cuente cómo se me ocurrió? ¿Y la circunstancia decisiva que me impulsó a no perder ni un solo día más en ir a verle?».

Echevarrieta bebió unos sorbos de cerveza, abrió ampulosamente los brazos, hizo un gesto como disculpándose de su buena estrella y prosiguió:

—Yo siempre he sido un hombre con buena suerte, mi alférez. Imagínese que un día me llama uno de los directores de la fábrica para felicitarme por el incremento de nuestras ventas en la Haute-Garonne, y le digo: «En realidad yo quisiera ganar más». El muy cretino rompió a reír y me respondió: «¡Qué ingenioso es usted; yo también querría ganar más!». Vamos, que no le di un mandoble, así, de revés, por no perder mi puesto. «Si quiere usted ganar más —me dice—, abra nuevos mercados; es el único procedimiento». «¿Está libre —le dije— la representación en el departamento de Ariège?». Lo que no hay derecho, mi alférez, es que cuando un hombre está hablando en serio, el otro, y más si es su jefe, se le ría en las barbas. ¡Pues eso es lo que él hizo! Me observó como si yo fuera el lógico engendro de un cruce entre el candor y la oligofrenia aguda. Y rompió a reír. «Ni en Ariège —respondió— ni en toda Francia. Y por si le interesa el dato añadiré que ni en Argelia, ni en Marruecos, ni en Túnez, ni en Italia, ni en Grecia…». «¿Ni… en España?», pregunté. ¿Se da cuenta, mi alférez, de la importancia de la pregunta? España es el segundo país de Europa productor de vino. ¡La mitad del que se embotella en el sur de Francia se produce en la Rioja! ¿Se imagina, mi alférez, lo que sería tener la representación en exclusiva de un producto que España necesita absolutamente y del que carece también en absoluto?

»El tipejo al oírme lo de la representación en España alzó la cabeza como una cigüeña que sorprende un insecto interesante para engullir. Después se encogió de hombros, dubitativo. «Nadie comercia con España. Es un país arruinado. La peseta tiene un valor puramente ficticio. ¿Qué puede pensarse de un país en que para comer se necesitan *cartillas de racionamiento* y para fumar hay que estar en posesión de las “Tarjetas del Fumador”? Franco debía haber sido juzgado en Nuremberg, junto a todos sus amigos. En cualquier caso hágame usted un informe…».

»«¡Ah, gran cabrón! —pensé para mi coleto—. ¿A quién debemos el hambre que han padecido mis compatriotas y la carestía de todo, que sólo ahora se empieza a atenuar, si no es al cerco comercial y al aislamiento internacional? ¡Te quedarás con las ganas de escuchar con tus sucios oídos el estudio de una idea que se te debía haber

ocurrido a ti, que eres el director de ventas: montar en España una representación de nuestros productos y copar la totalidad del mercado español…!». Tengo apoyos más importantes que los suyos en nuestra empresa.

Echevarrieta recalcó con la entonación lo de «tengo apoyos más importantes que los suyos» y hasta trazó una raya en el aire como si subrayara estas palabras. Miró inquisitivamente a los ojos a su antiguo alférez, y sin dejarle replicar continuó:

—Hoy no he hecho más que acordarme de usted mientras viajaba… El tren circulaba a gran velocidad por la llanura. Al pasar sobre los puentes que cruzaban los ríos, el sonido me recordaba el de las ametralladoras disparando. ¡Ríos y llanuras: esto es lo que le sobra a Francia, y hace de ella el primer país agrícola de Europa, y lo que le falta a España! Si las llanuras y los ríos se vendieran, yo pediría una representación comercial. ¿No ve usted, mi alférez, como soy un poeta? ¿A quién más que a un poeta podía ocurrírsele una idea tan brillante? ¡Vender ríos y llanuras… a España!… ¡Jo… qué idea! Por cierto que los hilos eléctricos tendidos de poste a poste parecían desde el tren las rayas de un pentagrama. Y los pájaros que se posaban en ellos, las notas musicales. Un poeta: eso es lo que soy. ¿No es verdad, mi alférez? Lo que me pregunto es por qué no se electrocutarán los pajaritos. ¡Nadie sabe eso! Y es seguro que alguna explicación debe de haber… ¿no?

Tomeu Riquer entreabrió los labios para decir algo, pero José María Echevarrieta se lo impidió.

—¡No me interrumpa, mi alférez, que estoy en la cumbre de mi inspiración! Ya sé lo que usted iba a decirme. Para que mi plan sea factible son imprescindibles dos cosas. Una: que la fábrica francesa nos otorgue su representación. Dos: que el Gobierno español nos conceda el necesario permiso de importación. ¿Eh, a que no me he equivocado? ¿A que era exactamente eso lo que iba usted a objetarme? Pues bien: le diré la verdad. El tipo más indicado para conseguir ambas cosas es usted; pues la persona de quien depende la concesión del permiso español es su primo hermano, el subsecretario de Comercio, don Armando Riquer Nadal, y de quien depende en Francia darnos la representación es la primera accionista de la fábrica de Toulouse. Me refiero a mi ilustre amiga, y suya, *madame* Marcel Origny…

Tomeu hizo un esfuerzo por no inmutarse al oír el nombre de su amante.

Echevarrieta hizo idéntico esfuerzo por no escrutar con demasiada insolencia los ojos de Tomeu. Rompió a reír y prosiguió:

—Cuando fui a tantear su apoyo para obtener la representación en España, la esposa del prefecto de Foix me observó de arriba abajo, muy sorprendida.

»—¿Qué relaciones tiene usted en España, señor Echevarrieta?

»—En primer lugar, soy español y tengo ahí muchas y buenas relaciones.

»—¿De qué orden?

»—De personas muy allegadas al Ministerio de Comercio.

»—¿Es usted tan gentil de darme algún nombre?

»—El propio subsecretario, señor Riquer.

»—¿Riquer? ¿He oído bien? ¿Ha dicho usted Riquer?

»—Soy fraternal amigo de un primo hermano suyo que vive en el Valle de Arán.

»—¿No se referirá usted a Tomeu Riquer Basols…?

»—Exactamente, señora. ¡Qué casualidad! Me he quedado sorprendidísimo de que usted le conozca.

»—Y yo de que le conozca usted.

»—Hice el servicio militar con él. Recibió un tiro en el vientre estando yo a su lado, en la misma posición.

»¡No se moleste, mi alférez, por lo que voy a confesarle! Pero al decir esto advertí una cierta picardía en sus ojos. Como si sonriera para sus adentros, ¿me entiende?, pensando que conocía muy bien las cicatrices en su cuerpo de las que yo le hablaba.

Rió estrepitosamente:

—¡Qué idea más absurda!, ¿verdad? Pues absurda y todo me miró de un modo como si fuera exactamente eso lo que pensaba…

»Después un poco secamente me preguntó:

»—¿Se aloja usted muchos días en Foix, señor Echevarrieta?

»—Los que usted me mande, señora.

»—Pues déjele usted su dirección y su teléfono a mi doncella. Y uno de estos días le mandaré llamar.

»Y así lo hizo. Le confieso que fue muy grande mi alegría al saber que la representación en España había sido concedida, y muy grande también mi decepción al saber que estaba condicionada… ¿para qué mentirle? ¡Me decepcionó!…

»—Mi marido está muy deseoso de favorecer al señor Riquer en una concesión tan importante —me dijo *madame* Origny el día de mi segunda y última entrevista con ella—. He hablado largamente con él estos días sobre el tema y ha respondido afirmativamente. Ahora bien, me ha señalado la circunstancia de que con quien guardamos gran amistad y relaciones de confianza es con el señor Riquer Basols. Y que a usted sólo le conocemos como un gran vendedor de nuestra compañía. De modo que la representación se la daríamos a una sociedad de la que él fuera presidente y tuviera por lo menos un diez por ciento.

»¿Qué le parece, mi alférez? ¿A que se ha quedado usted de una pieza? Ella condiciona la concesión a que usted forme parte de la sociedad… Si dice que sí, hay concesión: es decir, millones sobre millones. Si dice que no, no la hay…

Tomeu Riquer se puso en pie y apuró su vaso de cerveza.

—Vámonos hacia la fonda, José María. Tengo que firmar unas facturas. Después seguiremos hablando.

Salieron a la calle.

¡Ah, qué satisfacción le produjo a Echevarrieta conocer el pueblo en que nació, al que no había regresado jamás y en una de cuyas iglesias estaba inscrita su partida de bautismo! Nunca había imaginado que aquella comarca fuera tan fantásticamente bella. Culpaba a sus padres de no haberle dicho, antes de volar de este mundo: «¡No

te mueras sin conocer el sitio en que naciste!». A él le ocurría todo lo contrario que al río. Los miles de arroyos y regatos que cruzan el valle, y las cascadas que se precipitan desflecándose desde alturas increíbles, y las fuentes que afloran por doquier, van a engrosar al Garona que penetra en Francia hecho ya todo un señorón (como acababa de comprobar), y ya crecido, e incluso embravecido, de tanta agua española como llevaba. José María Echevarrieta Letelier haría lo contrario del río. Aquél huía de su cuna española. Él —José María— regresaba a ella para siempre.

—No me moveré más de aquí. ¡Lo juro por éstas! —concluyó el vendedor de hielo a los esquimales.

Y se besó los dedos después de trazar una cruz con el índice y el pulgar.

III

DE CÓMO DIOS CONCEDE A LAS LIEBRES EL DON DE LA VELOCIDAD Y A LAS MUJERES EL DE LA ASTUCIA PARA COMPENSARLAS DE SU LAMENTABLE CARENCIA DE DEFENSAS NATURALES

[1952]

Tomeu Riquer oyó hablar a su lado. No abrió los ojos, y fingió dormir.

—¿Cómo ha pasado la noche?

—Ha delirado durante horas. Tiene mucha fiebre y el pulso agitado.

—Puedes irte a dormir. Yo me quedaré aquí hasta que venga el doctor.

—Y el otro accidentado, ¿cómo sigue?

—Se ha confirmado la gangrena. Habrá que amputar.

—¡Pobre!

—¡Hala! Vete a dormir.

—Aquí te dejo el parte de esta noche. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Leonor.

Las conversaciones que mantuvieron Tomeu Riquer y Echevarrieta en la fonda de Viella fueron largas y exhaustivas. Cinco días y parte de sus noches invirtieron en estudiar mano a mano el plan que el último tenía minuciosamente programado. Lo primero que advirtió Riquer era la seriedad del estudio, el rigor de las estadísticas, la abundancia de la documentación. El descenso sufrido por España en la producción de vino a causa de la falta de abonos y desinfectantes como los que Echevarrieta ofrecía, era en verdad notable. La calidad de los productos franceses y su proximidad a nuestras fronteras era también un dato altamente positivo. Pero ¿cómo participar en el negocio? Tomeu no podía aportar dinero. Su capital estaba constituido por deudas y tierras hipotecadas.

Echevarrieta habló lentamente:

—Yo sé quién le prestaría el dinero para las inversiones necesarias.

—¿Cómo voy a aceptar más dinero a préstamo si estoy entrampado hasta el cuello?

—A los Origny les interesa esta operación. Y del mismo modo que el 90% del capital soy yo el que lo aporto, el 10% suyo se lo facilitarían ellos.

—¡Yo no puedo aceptar dinero de los Origny, ni siquiera como préstamo!

—¡Pero es que *madame* Origny me concede su representación siempre que me asocie con usted, y sólo con usted, mi alférez! ¡Es a usted y no a mí a quien quieren favorecer!

Tomeu apretó las mandíbulas y respondió encolerizado:

—Supongamos que sea cierto ese afecto especial de esa señora hacia mí y que quiera favorecerme. Si yo aceptara, me convertiría en el chulo de *madame* Origny y tú en nuestro alcahuete. ¡No es muy digno de vanagloria nuestro papel!

—Escúcheme esto bien, Tomeu Riquer. ¡Yo sé cuál es la verdadera razón por la que ella quiere favorecerle! El hacerle ganar dinero con la representación es la única forma que tiene de recuperar el que usted debe a su marido.

Tomeu guardó silencio. El «embajador» enviado por Colette —porque no le cabía duda alguna de que José María seguía al pie de la letra instrucciones recibidas— era, en verdad, un gran diplomático. ¡Nada de lo que decía era cierto! La verdadera razón que inspiraba la oferta de la esposa del prefecto era retenerle como amante. Su única misión sería la de recabar de su primo hermano el permiso de importación a favor de la empresa que constituirían y prodigar sus favores de semental a una menopáusica con dinero a cambio de una representación comercial.

Tomeu se arrancó estas palabras de la garganta como si se extirpara las amígdalas:

—Bien. Acepto. Pasemos a estudiar a fondo el asunto. Y… y… yo creo, José María, que deberías tutearme.

—De acuerdo, Tomeu.

—Y tal vez pedir una botella de champaña y brindar por el éxito de la empresa.

—¡Gran idea!

Estaban las paredes y el suelo del despacho de Tomeu cubiertos de gráficos, planos, diseños y cifras, y una botella mediada de champaña entre carpetas y papelotes, cuando la puerta se abrió lentamente y apareció tras ella *madame* Origny. Hizo una graciosa inclinación de cabeza ante Echevarrieta:

—Señor embajador… —Tomó el vaso que tenía Riquer entre sus manos, bebió unos sorbos, lo alzó con gracioso ademán y exclamó—: ¡Brindo por lo que ustedes brindaban!

Después se dirigió a Echevarrieta.

—*Soyez gentil*, *monsieur* Echevarrieta… Tengo unos asuntos que despachar con *monsieur* Riquer…

—¡Estás bellísima, elegantísima y cautivadora! —exclamó Tomeu, apenas quedaron solos.

—*Écoute moi, cheri*. El matrimonio Leonard y yo hemos hecho una fantástica excursión por Andorra. La carretera es fascinante desde el lado español. Estoy en la habitación 27. ¿Me harás una visita esta noche? Yo cenaré con ellos en un «bistró» en la frontera. Ellos seguirán viaje y yo regresaré a dormir aquí. ¡Mi obligación sería seguir el viaje con ellos! Pero me quedo únicamente por la oportunidad de pasar esta noche contigo.

—¿Cómo piensas que podría dormir solo, sabiendo que estás tan cerca? —respondió él galanteándola.

Colette explicó algo del máximo interés. *Monsieur* Leonard estaba interesado en comprarle a su marido su participación en las obras del teleférico. No era conveniente que *monsieur* Origny tuviera los ojos puestos en lo que ocurría por aquí. De otra parte Leonard aportaría más dinero para concluir las obras salvo que se le devolviera el capital y sus intereses.

—¡Todo esto lo hago por ti, mi amor! ¡Sólo por ti!

Tomeu estaba deseoso de conocer qué había pasado con la pequeña e insensata Colette, cuya última noticia era un telegrama suyo que decía: «*Dentro de ocho meses serás padre stop Absténte de escribirme stop Espero que la criatura no salga tan necia e imprudente como nosotros*».

Deseaba igualmente saber hasta qué punto Echevarrieta conocía sus verdaderas relaciones con la familia, mas he aquí que para saciar su curiosidad había que saciar primero a *madame* Origny, terriblemente exigente en materias íntimas.

Y esto le desazonaba profundamente.

—¿Puedo pasar?

—Adelante, tesoro.

La besó suavemente en los labios.

—Para emborracharme me basta con el champaña —comentó ésta con falso despecho, simulando despreciar un beso que a la postre no rechazó.

—Dudo mucho que esta noche pueda dormir contigo —comentó Tomeu Riquer riendo. Y añadió—: Quiero decir que son tantas las cosas de que tenemos que hablar que no sé si nos quedará tiempo para dormir.

—Pues sírvete una copa, sírveme otra, y comienza tu interrogatorio.

—¿Puedo saber qué relación hay entre la llegada de Echevarrieta Letelier y tu visita de hoy? ¿Puedo saber de dónde le conoces, cómo sabes que yo le conozco y qué relación tiene contigo?

—José María Echevarrieta es empleado mío, mi amor. Y al conocer tu amistad con él, le he nombrado mi embajador ante ti. ¿Te parece mal?

—Ignoraba que para tratar algún asunto conmigo necesitases intermediarios.

—Para este caso, sí. Es un asunto de negocios complicadísimo. Y él es un experto. Un verdadero experto. Y yo no. Bebe un poco de champaña antes de que se

te caliente la copa en la mano… Y si dejas de mirarme con esa expresión tan severa te explicaré lo que sé.

—Te escucho.

—Tu amigo, el señor Echevarrieta, ha hecho un estudio para vender en España, y en exclusiva, determinados productos en los que mi marido y yo estamos muy interesados económicamente. Este empleado nuestro tiene todo el derecho a solicitarme la representación para España puesto que la idea ha sido suya y el estudio de mercado lo ha hecho él solo, y excelentemente por cierto. Pero…, no sé cómo explicarte, es un poco basto, de muy poca clase y sin ninguna relación social. Yo hubiera preferido que nuestro representante fuera, ¿cómo te diría?, un hombre capaz de invitar a cazar faisanes en Alsacia o en la Sologne a las autoridades españolas de quien dependan las leyes de importación. Y él no sirve para esto. Él sólo sirve para vender. Organizar y vender. En conclusión, que no le daremos a él la representación, ni se la denegaremos tampoco. La representación la tendrá una sociedad mercantil de la que él formará parte, pero sin que sea el único interesado, ¿comprendes? Necesitamos un socio más, o varios socios más, que formen parte de esa empresa.

—Lo que no comprendo es mi intervención en todo este asunto.

—Escucha, *mon chou*. Dios ha concedido a toda suerte de animales, con la sola excepción de las lombrices, unas determinadas cualidades que compensen sus defectos. Al perro, que es menos fuerte que el león, le hizo adulador hacia el hombre, para que éste le defendiera. Y a la liebre le dio la velocidad para compensar su lamentable carencia de defensas naturales. Los ejemplos son muchos… ¡no pretenderás que te los diga todos!

—No entiendo una palabra de lo que quieres insinuar…

—Quiero insinuar que a la parte más débil de los humanos, que somos sin duda las mujeres, Dios nos ha concedido algo de lo que casi todos los hombres carecen. Y tú más que ninguno: la astucia.

—Sigo sin entender nada.

—No lo entiendes porque no te conviene. Pero no me preguntes más cosas porque no sabría contestártelas. ¡Suponía que él te lo habría explicado todo ya!… Anda: cambia esa cara y brindemos para que tus consejos nos sean útiles… ¡Hum!… ¡Qué bueno está el champaña!… Mi amor, ¿puedo decirte que me tratas con demasiadas cortesías? ¡Quítate esa chaqueta y esa corbata! ¡No estamos en un despacho de negocios!

Tomeu obedeció lentamente, procurando, por no herirla, que ella no advirtiera la violencia que le producía. Dormir con Colette aquella noche era algo no previsto, no buscado y no apetecido. Le agradaba conversar con ella, hacerle la corte… pero no el amor. Lo que a él le apetecía era galantear a la madre y acostarse con su hija. Algo semejante a lo que le acontecía a *madame* Origny, que lo que más le agradaba era conversar con su marido y dormir con Tomeu.

—Por cierto, ¿cómo está tu hija, la pequeña Colette? ¿Le van bien las cosas?

Madame Origny bebió lentamente su champaña antes de responder. El tema del embarazo de su hija había que tratarlo con la máxima delicadeza e inteligencia. ¡Sólo faltaba que Tomeu sintiera escrúpulos por la pequeña y se creyese obligado de una u otra manera hacia ella! Hacía ya varios días que *madame* Origny había afeado a la niña su conducta licenciosa; la había aleccionado con muy sutiles y delicadas explicaciones respecto a lo que debía hacer en el futuro para que no volviese a ocurrirle una cosa parecida, y se había lamentado de que ella, su madre, se viese en la triste situación de tener que aconsejarla que se deshiciese de la criatura. ¡Y es que *madame* Origny prefería perder un nieto, fuente de tantos disgustos, que no un amante, fuente de tantas satisfacciones!

Dejó la copa en la mesilla de noche y fingió un mohín de disgusto.

—Hubiera preferido no hablarte de ello. ¿Sabes lo que ha hecho esa insensata?

—¿Qué ha hecho?

—Sale a todas horas con toda clase de adolescentes tan necios como ella. Y uno, con menos escrúpulos que los demás, la ha dejado encinta.

—¿Qué me estás diciendo? ¿Y se sabe quién es?

—Ni ella misma lo sabe. La he aconsejado sabiamente y el niño no nacerá. Estréchame contra ti, cielo mío… Y borra ese ceño de viejo caballero español. ¡Pareces tan antiguo!

Tomeu cumplió sus obligaciones con íntima repugnancia. Se sabía pagado —¡y de qué manera!— por realizar sus juegos rituales. Pero no podía quitarse de la cabeza una idea obsesiva: sentirse envilecido.

IV

EN EL QUE SE EXPLICA LA IMPORTANCIA DE LAS RAÍCES EN LA FAMILIA DE LOS PINABETOS Y EN LA CONDICIÓN HUMANA

[1952]

—¿Cómo se encuentra hoy la momia galante?

—Asombrosamente bien, Leonor. Nada más oír sus pasos acercándose por el pasillo, me siento revivir. Y en cuanto la veo entrar, me considero en la gloria. ¡Su presencia es la mejor de mis medicinas!

—Nunca me habían llamado producto farmacéutico. ¡Sus piropos son bastante originales!

—Siento una viva simpatía por usted, Leonor.

—Considérese usted correspondido.

—Voy a pedirle varios favores, Leonor.

Ella rió.

—¿De modo y manera que sus galanterías son interesadas y me halaga usted el oído para ganar mi voluntad? Me siento profundamente decepcionada. ¿Qué es lo que quiere usted pedirme?

—Que se siente a mi lado unos segundos y que me escuche.

—Sea. Pero sólo unos segundos.

—¿Qué ha sido de mi equipaje, mi documentación, mis papeles?

—Todo ha sido inventariado y precintado por el juez. El encargado de su depósito y custodia es el propio director del hospital.

—Y… ¿no podría tener aquí mis enseres, mis recuerdos y mis papeles?

—Si el juez da la orden, desde luego… ¿Quiere usted que me ocupe yo de eso?

—Es usted un ángel, Leonor. Y la ascenderé a arcángel si además de conseguirme lo dicho, me contrata usted un secretario o secretaria que pueda leerme los documentos que yo le diga y escribirme las cartas que yo le dicte.

—No será difícil. Mientras encuentro uno, yo misma puedo ayudarle en lo que

pueda, al concluir mi horario.

—En ese caso ¡al diablo con el secretario! Me quedo con usted. Necesito imperiosamente abrazarla, Leonor. Pero estoy preso dentro de mi escayola y de mis vendas, ¿qué debo hacer?

—Resignarse y abstenerse —contestó jovialmente la enfermera.

—Es usted una mujer cruel.

Leonor le observó con curiosidad. Le gustaría verle algún día sin vendas. Y se lo dijo.

—Le prometo que en cuanto me recauchuten en Madrid, mi primera visita será para usted —respondió Tomeu. Y añadió con gran sinceridad—: El deseo de que me haga usted compañía, ¡deseo que procura usted defraudar día tras día!, no es sólo por tener a mi lado una mujer bonita. Es porque tengo miedo…

—¡No diga usted esas cosas! Miedo… ¿de qué?

—Tal vez de quedar hecho un monstruo; tal vez de haber enloquecido… A veces pienso que no he sufrido un accidente sino un atentado. No sé lo que me induce a pensar eso. No recuerdo nada de los días que precedieron a mi hospitalización. No sé cómo vine aquí, ni por qué; ni cómo es posible que me acompañara esa persona, ni qué coche era el que se estrelló…

—Era un coche alquilado en Madrid —respondió Leonor.

—Si lo alquilamos en Madrid, ¿cómo llegué hasta la capital desde el Valle de Arán? ¡En coche no pudo ser, porque en ese caso no hubiéramos necesitado alquilar ninguno para venir aquí! Normalmente, cuando he viajado con esa persona, era en el automóvil de ella. Hay muchos extremos que no comprendo. Y la lectura de los papeles puede serme de gran utilidad. El doctor me dijo que tenía montones de papeles y documentos… ¿No le parece extraño que ardiera yo como una tea y que no ardieran los papeles?

—El equipaje se salvó entero —informó Leonor—. Ni siquiera está chamuscado.

Se puso en pie. Apoyó la mano en el antebrazo de Tomeu Riquer.

—Le prometo que le ayudaré, señor Echevarrieta.

¡Otra vez Echevarrieta! ¿Por qué una suerte de instinto le aconsejaba no declarar paladinamente que ése no era su nombre?

A primera hora de la tarde vino a visitarle el director del hospital. Leonor le había hablado de su deseo de tener consigo su equipaje. Él mismo había hablado con el juez y éste no había puesto ninguna dificultad a levantar el embargo de los papeles, dinero, enseres personales y maletas. En pocos minutos más se los traerían. La información que le dio a continuación el director fue del máximo interés. Tomeu fue grabando en su memoria las noticias incongruentes, los datos que no cuadraban. Algunos le dejaron perplejo. El dinero que llevaba en el maletín —*dada su cantidad* — había sido depositado, a su nombre, con autorización o, por mejor decir, siguendo órdenes del juzgado, en el Banco de Crédito local. La policía y él mismo se habían sorprendido de que viajara con tal cantidad de dinero encima. Tres o cuatro días más

tarde Tomeu debería declarar ante la policía acerca del accidente, para establecer si había responsabilidades de terceros. El médico había retrasado lo más posible esta declaración, dado su estado; pero, ante la mejoría que experimentaba, el trámite no debía retrasarse más. Mientras el director hablaba, Riquer buscaba en su memoria algún detalle que le permitiera esclarecer qué dinero sería ese que le decían. Hablaban de grandes cantidades. Sin duda ese dinero no era suyo sino de Colette, pero no dejaba de ser sorprendente que las autoridades cometieran la ligereza de atribuírselo a él y no a *madame* Origny, sin más pruebas ni comprobaciones. Preguntó por la salud de su acompañante. El médico le dijo que no sufría. Estaba en coma desde que ingresó y las esperanzas de que se recuperara eran cada vez más débiles. Se preguntó Tomeu —mas no tradujo sus dudas en palabras— si habrían comunicado a la familia de la víctima el hecho del accidente, y no dejaba de angustiarle pensar qué razones daría él al prefecto de Ariège para justificar este viaje con su mujer, cuando él mismo lo ignoraba todo al respecto. En cuanto al dinero depositado a su nombre y no al de Colette, si no declaraba el error se haría cómplice del mismo, y podría ser acusado de robo.

En éstas estaba cuando un enfermero abrió precipitadamente la puerta:

—Doctor, ¿puede salir un momento? ¡Es urgente!

Tomeu los oyó cuchichear detrás de la hoja. Al cabo de un instante ésta se abrió. El director moduló su pésame con el aire menos profesional posible.

—Lo siento, señor Echevarrieta. Su amigo, don Bartolomé Riquer Basols, acaba de expirar.

El corazón se le heló en el pecho. El impacto moral de oír anunciar su propia muerte fue tan grande como el de aprender que no era Colette Origny con quien viajaba sino probablemente con Echevarrieta. Por una razón que se le escapaba, la documentación de uno y otro había sido cambiada. Estuvo a punto de anunciar que Riquer Basols estaba vivo, que él era Riquer Basols, y que el muerto era José María Echevarrieta Letelier, mas no lo hizo. ¿Quería tal vez prolongar el engaño y apoderarse del dinero del muerto? En ningún momento tuvo este pensamiento. El hecho de que su amigo viajara con tan gran cantidad de dinero resultaba tan misterioso como que lo llevara él mismo.

Presa de profunda emoción e insaciable curiosidad, vio entrar en su cuarto el equipaje de José María: la maleta con la ropa del amigo muerto y dos grandes carteras de documentos: una repleta; otra sin otro contenido que el resguardo del depósito de los billetes de banco. Aparte de esto había un saquito de tela, y Leonor fue extrayendo de él un reloj, una pluma estilográfica, un mechero y una cartera. Pero así como el equipaje era el de Echevarrieta, los enseres eran suyos: el reloj era el suyo, el de Tomeu. Y la pluma. Y el mechero. Y la cartera.

—Ábrame la cartera, Leonor. Y dígame lo que contiene.

Leonor lo hizo y fue enumerando cuanto veía:

—Un pequeño crucifijo de oro; la fotografía de una señora de pelo blanco; un

billete de avión, un pasaporte, y quince mil pesetas.

El crucifijo era suyo; la fotografía, de su madre, también; el billete de avión, en cambio, así como el pasaporte, estaban extendidos a nombre de Echevarrieta Letelier.

¡Ah, qué sensación de impotencia la de sentirse incapaz de resolver el misterio! Si el equipaje era de Echevarrieta, ¿por qué en cambio los enseres eran los suyos verdaderos, los de Tomeu Riquer? ¿Y por qué, entre éstos, la documentación y el billete de avión eran del otro?

—Ayúdeme, Leonor, a resolver mis dudas. ¿Cómo han podido averiguar que esta pluma estilográfica es mía y no del muerto, y que ese equipaje me pertenece y no era el de mi amigo?

—Se atormenta usted por cosas harto fáciles. Todo cuanto he sacado del saquito de tela es lo que llevaba usted encima, en su ropa, en sus bolsillos, cuando ingresó en el hospital. Entre estas cosas estaba su documentación, lo que permitió fijar su identidad. En cuanto al equipaje, tanto el de usted como el del pobre señor Riquer, cada bulto lleva adherido una tarjeta engomada con el nombre de cada uno.

—Léame una de esas tarjetas.

—Veamos… Aquí pone: «AIR FRANCE», con mayúsculas. Y debajo, en francés, «*Mr.*/*Madame*». Esta última palabra está tachada con tinta. A continuación su nombre. Debajo: «Dirección permanente: Rue Grand Lebrun, Toulouse». Debajo. «Aeropuerto de Salida: BURDEOS». Aeropuerto de llegada: «Barajas, Madrid».

—¿No pone fecha?

—No.

—Léame el billete de avión.

—Es un billete de ida y vuelta, Burdeos-Madrid-Burdeos.

—¿De qué fecha?

—Burdeos-Madrid, el 25 de noviembre. Me permito recordarle, don José María, que el accidente tuvo lugar a la entrada de Manzanares el mismo día 25. El regreso Madrid-Burdeos estaba previsto para el 28 del mismo mes. Pero encima de esta fecha hay un papelito cancelando esta fecha y dejándola en blanco: «Open».

—Es decir —interrumpió José María—, que yo vine en avión desde Burdeos, con intención de pasar sólo tres días en Madrid y regresar a Francia. Algo debió ocurrir en Madrid que nos obligó a aplazar el regreso. Y entretanto, decidimos venir aquí.

—¿Realmente, señor Echevarrieta, no recuerda usted nada?

—Mi amigo y yo éramos socios en un negocio de importación y distribución de abonos para las viñas. El negocio no estaba iniciado, lo estábamos montando. Me parece lógico deducir que si vinimos a la Mancha es por ser esta región de gran riqueza vinícola. Pero esto que le digo no es un recuerdo, es una deducción.

—Me parece una deducción inteligente.

—Leonor: ábrame usted la carpeta de los papeles. Dígame qué hay dentro.

—Aquí hay una carpetilla que dice: «Sucursales». Otra que dice: «Recibos y gastos». Otra más: «Correspondencia». Después hay unos papeles sueltos.

—Ábrame la que dice «Correspondencia». ¿Están las cartas por orden de fechas, verdad?

—Sí. Y hay indistintamente copias de cartas firmadas por usted y por el señor Riquer. Y contestaciones a ambos.

—Las de las fechas más recientes son las que me interesan. Las inmediatamente anteriores al viaje desde Burdeos.

—Aquí hay una firmada por Tomeu Riquer Basols fechada en Viella el 18 de noviembre, es decir, una semana antes del viaje. Está dirigida a don Armando Riquer Nadal, subsecretario de Comercio Exterior.

—Léamela…

La exaltación de Tomeu, a medida que Leonor le iba leyendo, fue tan grande que su respiración se agitaba a cada párrafo y experimentaba la rara sensación de fluirle más rápida la sangre por sus venas.

Excmo. Sr. D. Armando Riquer Nadal
Subsecretario de Comercio
Ministerio de Comercio
Madrid

Querido Armando:

Aunque no hemos tenido ocasión de conocernos, y la vida nos ha llevado por caminos tan dispares, ésta es la tercera carta que te escribo. La primera siendo yo muy niño, cuando supe la muerte de tío Bartolomé, cuyo nombre llevo, pues fue mi padrino; la segunda hace algo más de cuatro años, respondiendo a tu cariñoso telegrama con motivo del fallecimiento de mi pobre madre. Hoy tengo un motivo menos triste para distraerte de tus muchas ocupaciones. Ordenando viejos papeles de casa he encontrado las fotografías que te envío, en la seguridad que serán de tu agrado y tu interés. En una de ellas, aparecen nuestros dos padres siendo unos chavales pescando truchas en el lago de San Mauricio, junto a nuestra abuela, de quien tendrás seguramente otros recuerdos personales, pero a quien aquí se ve muy buena moza y distinguida. Siempre oí decir que fue bellísima, pero creo que de todas las fotos que se conservan, ésta es la única en que se aprecia que no era falsa la fama, pues en las otras ya tiene mucha edad. La de la iglesia, aunque borrosa, es interesante: la criatura que está en brazos de tu padre, soy yo mismo; justo detrás, están tu madre y mi padre muy sonrientes. Y la gran duda que tengo es si ese muchacho que está en primer término, observándome con tan atenta curiosidad, eres tú o no, cosa que muy bien podría ser, ya que calculo me llevas entre doce o catorce años de ventaja.

Como estaré en Madrid toda la próxima semana y, tal vez, algunos días más, me permitiré telefonearte para pedirte hora, tener la satisfacción de conocerte y resolver

esa incógnita familiar; de paso, te pediré consejo, para un pequeño problema que tengo pendiente y que depende de tu departamento.

Aunque parezca increíble, no tengo más medio de llegar a Madrid que trasladándome a Francia y, desde Burdeos, tomar un avión. El túnel de Viella está cegado por un alud en su vertiente norte, y cruzar el puerto de la Bonaigua, con dos metros de nieve en las carreteras, es soñar en lo imposible. Esta carta te llegará con relativa rapidez, porque la deposito en un buzón francés. Tú, en cambio, desde Madrid, no tienes medio de escribirme, pues estamos totalmente aislados. Obras Públicas debería estar más atenta a este lejano lugar de España. Perdona esta confidencia: el gobernador de Lérida es un inepto y lleva ya once años demostrándolo.

Te contaré alguna cosa personal para no sentirnos tan extraños. Ya que yo lo sé todo de ti, por ser hombre público e influyente, y tú lo ignoras todo de tu primo pueblerino. Quise estudiar Filosofía —pues pretendía dedicarme a cátedras— pero mi madre se negó a pagarme los estudios si no me especializaba en algo más útil y de más rápido provecho. Pacté con ella hacer la carrera mercantil siempre que me permitiera estudiar además Filosofía y Letras. Y hoy día soy doctor en esto último y profesor en aquello. ¡Y ninguno de ambos títulos me ha servido —por ahora— de nada!

¿Estás casado? ¿Tienes hijos?

Hasta muy pronto, te abraza, expresándote su más ferviente deseo de conocerte, tu primo.

TOMEU

P. D. El problemilla a que me refiero más arriba consta en el expediente número rojo 252 962/52, y fue presentado con fecha 6 de septiembre del año en curso, en ese Ministerio.

Leonor se interrumpió. Estaba radiante.

—¡Ya tiene usted resuelto el problema de por qué para venir a Madrid desde Viella tuvo usted que hacerlo a través de Burdeos!

Varió el tono. Y añadió:

—¡Pobre señor Riquer! ¡Qué destino más triste el suyo! ¡Debía de ser un hombre de bien!

(«Riquer no ha muerto, Leonor. Riquer, Tomeu Riquer Basols, soy yo. He sido cobarde al no rectificar el error en que todos han caído al encontrar en nuestra ropa la documentación cambiada por causas que no sé explicar. Pero yo soy Riquer y estoy vivo. El muerto es Echevarrieta. Tampoco puedo explicar qué me ha impedido decir la verdad desde que descubrí el error. Tal vez por miedo; miedo a una amenaza inexplicable. Pero aún es más grande su equivocación al pensar que Tomeu era, o es, un hombre de bien. No lo es, Leonor. No lo soy. Estoy amancebado con una vieja que

me mantiene y de la que vivo. Soy un "protegido", un *gigoló*. Y quiero, y no puedo liberarme de esta vergüenza»).

Esta confesión la hizo con el pensamiento, no con palabras. Sus labios se entreabrieron sólo para decir:

—Léame la respuesta.

—*Querido primo Tomeu* —leyó Leonor—: *No sabes cuánto lamento decirte que estaré las dos próximas semanas en Estados Unidos donde he de visitar nuestras oficinas comerciales. Mi secretaria, María Luisa, que es extraordinariamente eficiente, te enviará esta carta a donde tú le digas, cuando telefonees desde Madrid al llegar. Ella te dirá qué día, a mi regreso, podré recibirte, cosa que estoy deseando así como que tengas ocasión de cenar una noche en casa y conocer a Teresa, mi mujer. No tengo hijos. Eres la única persona viva de mi estirpe.*

»Tu carta y las fotografías familiares que me envías me han conmovido profundamente. Te las agradezco de corazón. Un gran abrazo de tu primo, Armando.

»Debajo —añadió Leonor— hay una posdata que dice: *«Dale las gracias al ministro de Agricultura. Él ha sido quien convenció al mío de la absoluta necesidad de una importación masiva como la que solicitas. Mi secretaria te indicará los trámites que debes seguir desde ahora. Enhorabuena y hasta muy pronto».*

—¿Adonde está dirigida la carta, Leonor?

—Al Hotel Nacional, de Madrid.

—¡Al Hotel Nacional! ¡Ya está todo claro, Leonor! ¡Ya está todo claro! Saberlo, es como volver a vivir. Llegamos al hotel en taxi desde el aeropuerto. Entregamos nuestros pasaportes en el hotel para que el propio recepcionista rellenara las fichas correspondientes. Subimos al cuarto y, sin siquiera deshacer el equipaje, telefoneamos al Ministerio. Supimos que el subsecretario no estaba en Madrid, pero que había dejado una carta para nosotros. Como la secretaria nos anticipó que aún tardaría dos semanas en venir, decidimos alquilar un coche y realizar este viaje para establecer sucursales y tomar contactos con los futuros representantes. El tiempo que tardó la carta en llegar, traída por un motorista del Ministerio, lo invirtió el conserje en gestionar el alquiler de un automóvil sin conductor y en cambiar la fecha prevista para el regreso por una en blanco. Y aquí ocurrió algo… algo singular. No me interrumpa, Leonor, no me hable. Déjeme recordar…

Cesó de hablar con la enfermera y comenzó a monologar consigo propio.

(«Estábamos mi acompañante y yo revisando los neumáticos, las luces y los frenos del coche recién alquilado, cuando llegó corriendo desde el hotel un botones con los billetes y la documentación que habíamos entregado poco antes en conserjería y que con las prisas, la lectura de la carta de Armando —que nos llenó de euforia— y el cargado de los bultos en el coche habíamos estado a punto de olvidar. Mecánicamente y sin revisar lo que recibíamos, guardamos cada uno en nuestra cartera lo que nos daban. Es evidente que fue entonces cuando se produjo un cambio involuntario de papeles…»).

Al fin, preguntó en voz alta:

—¿Hasta qué hora puede quedarse usted conmigo, Leonor?

—No se preocupe por mí. ¿No le dije que estaba dispuesta a ayudarle?

—Es usted tan buena como bonita. Los antiguos consideraban la Belleza, la Bondad y la Verdad como una sola cosa. Más tarde esta doctrina fue rechazada. Pero ¿sabe, Leonor, por qué la rechazaron?

—¿Por qué?

—Porque no la conocían a usted.

—¡Lo que ha perdido la Filosofía! —bromeó ella.

—¡Estoy impaciente —continuó Tomeu— por conocer algunos papeles más! Todos los blancos de mi memoria se van coloreando.

—Pues, hala: déjese de charletas. Y sigamos trabajando.

El sol, que doraba los visillos, se retiró de las ventanas; la luz eléctrica sustituyó a la del día; durante horas y más horas, Leonor leyó, leyó —cifras, datos, cartas, estadísticas— sin entender a ciencia cabal lo que leía. Si Tomeu no tuviera la cara vendada, hubiera podido advertirse en su rostro tan pronto una crispación de labios como una sonrisa irónica, o una presión de mandíbula con mandíbula. ¡No era el negocio en sí mismo lo que le interesaba sino el grado del engaño en que había vivido respecto a ese gran felón llamado José María Echevarrieta! Y no sabía Tomeu qué era más de admirar: si su propia ingenuidad o la bellaquería del otro.

El embajador de *madame* Origny ante Tomeu Riquer había engañado por igual a su representada y al hombre ante quien la representaba.

En el estudio hecho para la esposa del prefecto de Ariège, y que coincidía con el enseñado a Tomeu, se hacía constar la necesidad de adquirir un auténtico parque de camiones propios que distribuyeran las mercancías; mientras que en los cálculos privados que hizo Echevarrieta para sí mismo, estaba previsto que las tales mercancías serían consignadas por ferrocarril con cargo a los destinatarios. Según el primer trabajo, los locales, distribuidos por todas las zonas vinícolas del país para almacenar los productos, serían adquiridos en propiedad; mientras que en el segundo, se establecía como condición inexcusable para la elección de representantes que éstos fueran propietarios de almacenes propios. Para Tomeu y *madame* Origny, el pago de la mercancía importada debía hacerse íntegramente con el capital social, mientras que en la realidad de los hechos, se contaba con una aportación crediticia española de carácter oficial avalada por el propio permiso de importación.

La gran estafada de esta primera etapa era *madame* Origny, quien adelantaba —¡a favor de la empresa importadora, no a favor de Echevarrieta!— la cantidad radicalmente innecesaria para la adquisición de unos camiones y unos almacenes que no serían comprados; cantidad que Echevarrieta llevaba consigo y que ahora se encontraba depositada a su nombre en un establecimiento bancario de Manzanares. En la segunda fase del desarrollo empresarial el estafado era Tomeu Riquer, quien sólo se beneficiaría de un préstamo del 10% del capital social gracias a poseer

Echevarrieta un dinero, que no le había sido facilitado a él sino a una empresa común de la que *madame* Origny pensaba que su amante tenía la gran mayoría. Es decir, el 90% Tomeu Riquer y el 10% Echevarrieta.

Leonor, siguiendo instrucciones de su «momia galante», se enfrascó en la penosa lectura de la carpeta titulada «Delegaciones y Representantes». Tomeu Riquer ya no la escuchaba. Había decidido confirmar voluntaria y conscientemente lo que hasta ahora había permitido por inercia cobarde y errores ajenos: el trastrueque de la personalidad. De ahora en adelante él sería propietario de las mismas acciones que Echevarrieta le había querido robar. Era una sutil venganza *post mortem* contra su estafador, cuya realización le producía un placer inefable. Y, al cambiar de nombre, de cara, de huellas digitales y de personalidad, se liberaría de la sombra de Colette, cuya protección le humillaba y degradaba. Con el producto del negocio devolvería a su amante toda la aportación de *madame* Origny; y Tomeu dejaría de ser comerciante de sus propios encantos. El viejo anhelo de evadirse, de ser otro más digno y más limpio, tal como él se había soñado en su adolescencia, estaba a punto de cumplirse. Sería leal a la trayectoria de su apellido… bajo otro apellido. La insensatez que iba a cometer, le pareció la mayor de las corduras. Recordó la frase enigmática de *madame* Origny: «Dios ha dado a las liebres el don de la velocidad y a las mujeres el de la astucia, para compensarlas de su lamentable carencia de defensas naturales». Si él había pecado hasta ahora de cándido y crédulo, se armaría de la astucia para conseguir su propósito. «Lo juro», se dijo. Y no imitó el ademán de Echevarrieta de besarse el índice y el pulgar en forma de cruz, porque tenía las manos vendadas.

—Leonor, no siga.

La enfermera interrumpió, con no poca satisfacción, la aburrida lectura de nombres y direcciones en que estaba sumida.

—Escúcheme, Leonor. Yo le he hablado a usted muchas veces en tono de chanza y de broma. ¿Nunca le ha molestado?

—Al revés. He admirado profundamente que un hombre en su situación no perdiera el sentido del humor y la alegría de vivir.

—Voy a retenerla unos minutos más. Sólo unos minutos. Quiero dictarle una carta importante que le ruego deposite en el buzón, con carácter urgente, mañana mismo.

—Puede usted empezar.

Excmo. Sr. D. Armando Riquer Nadal
Subsecretario de Comercio
Ministerio de Comercio
Madrid

Señor Subsecretario:

La presente es para comunicarle una triste noticia. Su primo hermano, Tomeu

Riquer Basols, hijo de don Josep y doña Enriqueta, natural de Viella, Valle de Arán, provincia de Lérida, ha fallecido hoy en la localidad de Manzanares, provincia de Ciudad Real, víctima de un accidente de automóvil acaecido el 25 del pasado mes de noviembre.

El que firma esta carta era gran amigo suyo y único socio con él de una empresa importadora de abonos, de la que ya tiene usted noticia. Vine con él a Madrid, cuando se trasladó a la capital, con motivo de una visita que tenía concertada con usted. A causa de su ausencia en América, decidimos trasladarnos a Manzanares para establecer unas sucursales de nuestro negocio, y alquilamos un coche. En el camino, se produjo el mortal accidente del que yo salí milagrosamente vivo, aunque muy mal herido, causa ésta de que haya tardado tanto en escribirle. Lamentando ser portavoz de tan triste noticia, envía a usted su más sentido pésame y le saluda respetuosamente,

JOSE MARÍA ECHEVARRIETA LETALIER

P. D. No puedo firmar la carta. Tengo las manos abrasadas. Lo hace en mi nombre la señorita Leonor Gozalvo Jiménez, secretaria del director del Hospital de la Santa Cruz de Manzanares, donde estoy hospitalizado, y desde donde le escribo.

Cuando Leonor se despidió, Tomeu Riquer no pudo dormir. Su insomnio se lo producía el recuerdo de otro insomnio: el que padeció la víspera de su salida del Valle de Arán. Una suerte de presentimiento le angustiaba: nunca más regresaría al pueblo en que nació. En aquella ocasión hizo lo que ahora no podría: saltó de la cama, vistióse y se dispuso a pasear, de noche y a solas, por las calles de Viella. Hacía mucho frío. El invierno había enviado en pleno otoño un heraldo de su proximidad y las cumbres y el puerto recibieron la visita anticipada de la nieve. Como ésta cayó en gran cantidad, pero no había, debajo, otra nieve que la retuviera, hubo aludes y desprendimientos que causaron no pocos desastres. El mayor de todos, la avalancha que cayó y cegó la boca de entrada del túnel de Viella, única comunicación del Valle —cuando el puerto de la Bonaigua quedaba bloqueado— con las provincias de Lérida y de Huesca y por tanto con el resto de España. El viaje previsto a Madrid en compañía de Echevarrieta no podría realizarse por carretera sino por avión y desde Francia.

La soledumbre que le rodeaba; el deseo de liberarse de las ataduras que le envilecían; sus presentimientos y el temor de que se cumplieran, le inclinaban a la melancolía. Pasó la noche solo, recorriendo el pueblo del que pretendía huir. Y lo consideró el más bello y armonioso del mundo. Tenía los huesos entumecidos. Y no quería retirarse al calor de su habitación.

El alba comenzó a teñir la negrura del cielo de color galena, y aunque tardaría mucho en verse el sol, pues éste necesitaba hacer un largo recorrido desde el horizonte hasta las cumbres, prolongó su caminata, aterido, hasta ver cómo se

doraban las cimas y las alturas emergían de las sombras hasta recuperar su prodigioso perfil. Un sentimiento indefinible le impulsaba a pensar que ésa era la última vez que se enfrentaba con aquellos rincones entrañables, y su pensamiento se inclinaba a dar un adiós definitivo a la grandeza que le rodeaba. Paseó la mirada por la cordillera con sus nieves prematuras, sus crestas orgullosas, sus bosques espaciados. En unos farallones había unos pinabetos en una posición inverosímil, los troncos inclinados sobre el abismo y las copas hacia abajo, como nadadores sorprendidos al tiempo de lanzarse al agua desde el trampolín. Parecía increíble que no se despeñaran y admiró la fortaleza de las raíces que se lo impedían. Como su talante era proclive a la meditación, pensó que la condición humana se asemejaba a esos árboles: una lucha entre la ley de la gravedad que invita a precipitarse al abismo *y las raíces que la sostienen*. Regresó a su casa, y, antes de cerrar el equipaje, guardó entre sus ropas un minúsculo crucifijo de oro y una fotografía de su madre.

V

De cómo un solo político puede ser tres personas él mismo, su esposa y su secretaria

[1952]

Armando Riquer Nadal andaba siempre encorvado. Y no por deficiencia física. Se diría simplemente que le molestaba ser más alto que los demás, y temía ofenderles por ello. Era frío y cortés en sus ademanes: no en su talante. Reía muy pocas veces —aunque su sentido del humor era grande—; poseía una frente muy ancha, en cierto modo desproporcionada para la delgadez de su rostro; y su mirada era inteligente y bondadosa. Su secretaria aseguraba que las gruesas gafas de concha que usaba, no eran a causa de las dioptrías sino por un deseo involuntario de tener los ojos cubiertos con algo que escondiera su innata bondad. Esta manía era a sus ojos lo que su voluntario encorvamiento a su estatura. Con todo y con esto no era tímido, poseía una gran energía y era un tenaz e incansable trabajador. Sus íntimos le llamaban «la Santísima Trinidad», pues afirmaban, chanceándose amistosamente de él, que Armando Riquer no era una persona, sino tres: él mismo, su esposa y su secretaria.

Estas dos mujeres, muy compenetradas ambas con él, y ellas mismas entre sí, eran su complemento necesario: le aportaban ciertas cualidades de las que él carecía. Y él se dejaba guiar y aconsejar por ellas en algunos campos en que era un párvulo.

Teresa, su mujer, considerada por quienes la conocían sólo de lejos como un tanto altiva (a lo que colaboraba, tal vez, su gran distinción y sus silencios), era fidelísima a su marido, como hombre y como político. Si se la borrara de su vida, Armando no habría alcanzado los puestos a los que llegó. Teresa sabía decir la palabra justa, en el momento oportuno y a la persona precisa, encaminada a un solo fin: la exaltación política de Armando. Y no porque ella fuera ambiciosa, sino por servir la vocación de su marido; una vocación para la que estaba especialmente bien dotado: la política. Cierto que Armando Riquer carecía de dos cualidades en las que otros se apoyaban para encumbrarse: la capacidad de adulación, que le era desconocida, y la cuquería: coloración ésta que no aparecía en su arco iris mental. Era, por tanto, un político

incompleto. El político completo era el trinomio compuesto por él y las dos mujeres.

A María Luisa, su secretaria, la conoció en Burgos, en la época en que fue gobernador civil de esta vieja y noble provincia castellana. Era una mujer de origen humilde: una aldeana con bachillerato; basta de cuerpo, de cara agraciada, muy blanca de piel y ojos pacíficos y serenos.

Cuando Armando fue designado gobernador de Burgos, ella llevaba ya seis años al frente de la secretaría de su antecesor. Y ya no volvieron a separarse. La llevó consigo a todos sus puestos: Gobierno Civil de Sevilla, Dirección General del Tesoro y, ahora, a la Subsecretaría de Comercio.

Lo primero que apreció en ella procedía de una motivación puramente egoísta: le resultaba cómoda. Era ordenada, modosa, de buen carácter; no decía necedades; cumplía con rigor cuanto se le ordenaba y tenía la virtud de no olvidar jamás una cara que hubiera visto o un nombre que hubiera oído, con lo que suplía las faltas de memoria o de atención de sus jefes; cosa asaz importante sobre todo en los puestos nuevos.

Lo último que Armando descubrió en ella fue su talento.

—¡Teresa —confesó un día el entonces director general del Tesoro a su mujer—, acabo de descubrir que María Luisa es un talento!

—Eso ya lo había descubierto yo.

—No digo que sea lista o que sea útil. Digo que tiene verdadero talento: que posee una inteligencia excepcional.

—Pues ten cuidado, no vaya a quitarte el puesto —comentó Teresa, riendo.

El subsecretario de Comercio había empleado toda la mañana en despachar con dos directores generales, cuyos intereses eran contrarios: el de Abastecimientos, que exigía una fuerte concesión de divisas para la importación de determinados alimentos, y el del Instituto Español de Moneda Extranjera, que se negaba a darlas, pues las arcas del Estado estaban prácticamente vacías.

—Acabamos de suprimir las cartillas de racionamiento; ya no hay colas de gentes malhumoradas frente a las tiendas de comestibles ni es necesario recurrir al mercado negro para tener una ración suplementaria de azúcar o de café. Pero si suprimimos las importaciones masivas de alimentos ¡volveremos a las andadas! —clamaba el de Abastecimientos.

El subsecretario se había limitado a calmar la fiebre compradora del de Abastos (exponiéndole las poderosas razones del de Moneda Extranjera) y en alentar al de Moneda Extranjera a que abriese un poco más la mano, dadas las juiciosas necesidades expuestas por el de Abastecimientos. ¡Él podía influir, pero no determinar el criterio del ministro, y éste era un asunto que dependía de la política del Gobierno!

Malhumorado por no haber hecho nada, por no haber podido decidir nada, mandó entrar a su secretaria.

—Tráigame la correspondencia, por favor.

—No va usted a tener tiempo de ver mucho… A la una llega al aeropuerto el ministro de Comercio peruano.

Armando Riquer Nadal miró impaciente el reloj.

—Tráigame, entonces, sólo lo más urgente.

María Luisa sonrió.

—Si le traigo ahora lo más urgente, se va usted a poner de mal humor, pues son asuntos que requieren estudiarse a fondo, y, como le digo, le faltará tiempo para ello.

—¿Qué quiere usted que haga, entonces? ¿Que pierda la media hora que me queda pensando en la gravitación universal?

—Yo le sugiero que aproveche esta media hora revisando la carpeta de lo «no importante».

—¡Es usted mucho más inteligente que yo! Sea como usted lo dice. Pero ¿qué es, entonces, lo que lleva en la mano? ¿No es «lo más urgente»?

—No, señor; es la carpeta de lo «no importante».

Tomó asiento María Luisa frente a su jefe y fue pasándole papeles.

—Esta carta es contestación a una mía —gruñó el subsecretario—: a archivar. Ésta también: a archivar. Y ésta. Y ésta. ¿Cacería de perdices para el sábado y el domingo? ¡Qué lástima, no puedo! Tengo que acompañar al peruano a visitar Segovia y Toledo.

—La cacería no es este fin de semana, ni el siguiente, sino el otro… ¡claro que puede!

—Conteste usted que sí: que iré. ¡Mire usted, María Luisa, el tiempo que tiene la gente para hacérselo perder a los demás! ¡Felicitaciones de cumpleaños! ¿Cómo puede saber nadie cuándo es mi cumpleaños ni a quién le importa? De éstas no contestaré a ninguna.

—Le tengo ya hechas las contestaciones. ¡No tiene más que firmarlas!

—Pues vengan las cartas. Las firmo ahora.

—Aquí están —dijo María Luisa mientras se las pasaba. Y añadió—: Le he hecho otras felicitando al ministro de Asuntos Exteriores por su santo, y al de Educación, por el nacimiento de su hijo.

—¡Nadie felicita a nadie por el nacimiento de un hijo!

—Es que este hijo lo ha traído una cigüeña que ha tardado veinte años en viajar…

—En ese caso tiene usted razón. ¡No sé por qué me atrevo a discutirle nada! ¡Tiene la razón siempre! Escúcheme bien esto: el día que usted deje de trabajar conmigo, me retiraré de la política. Sigamos: este parte de boda, al cesto. Este otro, a mi mujer para que compre el regalo, y que, por favor, no deje de ir a la boda. ¿Y este sobre «personal y confidencial»? ¡Al diablo con lo confidencial! Es un truco que usan los que imaginan que las cartas dirigidas a los altos cargos no llegan nunca a mano de sus destinatarios, sino que son despachadas por terceras personas.

No obstante lo dicho, Armando Riquer lo abrió y no fue poca su sorpresa al encontrar más de una docena de antiguas fotografías familiares.

Guardó silencio y repasó con cierta emoción todas ellas, sin dejar de leer las anotaciones que algunas llevaban escritas al dorso, con tinta muy amarilleada ya por el paso del tiempo.

—Mire usted, María Luisa: ¡éste soy yo a mis doce años! ¿Hubiera sido capaz de reconocerme?

—No —comentó la secretaria mientras observaba—. Fíjese lo derecho que se tenía usted entonces y no cargado de espaldas como ahora.

—Es que estoy de puntillas, para ver la cara a mi primo, al que están bautizando…

En todo el tiempo que duró la lectura de la carta, Armando Riquer no pudo apartar de sus labios una sonrisa de complacencia.

—Lo de Obras Públicas es intolerable —comentó, al concluirla—. ¿Cree usted que es lógico que para venir de un punto de España a otro haya que pasar por Francia? Tome usted nota: esta tarde he de escribir al ministro de Obras Públicas para denunciarle lo del túnel de Viella, y al de Gobernación, acerca del gobernador de Lérida. También necesitaré el expediente número rojo 252 962 guión 52. Ahora tome usted nota: encabece la carta con un «Querido Tomeu», y a continuación le dice que estoy desolado (cosa que es cierta), pero que estaré fuera las próximas dos semanas. Le explica usted el motivo y añade, tome usted nota textual, que «mi secretaria que es extraordinariamente eficiente» le enviará esta carta cuando llegue a Madrid, a donde él diga. Ponga, por mi cuenta, dos o tres cosas amables y, tras la despedida, añade usted: «Posdata».

Armando Riquer se puso en pie, meditó un instante, y añadió:

—Escuche, María Luisa: mi primo hermano Tomeu Riquer Basols llegará aquí la próxima semana. Cuando telefonee, reitérele lo que le digo en la carta acerca de mi disgusto por no poder recibirle inmediatamente, lo cual no es una cortesía, sino algo muy cierto, y asegúrele que, sin lugar a dudas, le recibiré en el momento mismo de regresar a Madrid. Y ahora me voy. Avise en portería que ya salgo y que esté el coche en la puerta. Hasta esta tarde, María Luisa.

—Por favor, don Armando. Una cosa antes de salir. Ya que me considera usted «tan eficiente», me permito recordarle que no me ha dictado usted la posdata.

—La posdata dirá: «Enhorabuena: tu expediente ha sido resuelto favorablemente». O bien: «Siento muy de veras comunicarte que tu solicitud ha sido denegada». Y esto, como usted comprenderá, no podré decirlo hasta no conocer el expediente, informar a la Comisión que se reúne mañana y consultar al ministro. En cuanto a lo de eficiente —añadió mientras María Luisa le ayudaba a ponerse el abrigo —, lo es usted en tan alto grado que si algún día enviudo, la pediré a usted en matrimonio.

—Me parece perfecto —respondió María Luisa riendo—. Consultaré su propuesta esta noche a mi marido y a mis siete hijos.

Días más tarde, el mismo en que Riquer sobrevolaba el Atlántico hacia Estados

Unidos, la propia María Luisa redactó la posdata, cuyas líneas generales le inspiró el subsecretario antes de salir, informando a su primo que el permiso de importación había sido concedido.

Mes y medio más tarde, María Luisa penetró sin llamar en el despacho de su jefe. Armando Riquer dialogaba en ese instante con el secretario general técnico del departamento.

—Perdón, don Armando. Creo que debe usted leer esta carta, inmediatamente.

Le alarmó la gravedad con que María Luisa le dijo esto, del mismo modo que le sorprendió su entrada en el despacho, contraviniendo las reiteradas órdenes de no hacerlo mientras estuviese reunido.

—¿Algo grave?

—Sí: la razón por la que su primo no se presentó a la cita.

Tomó de sus manos el sobre abierto.

—Perdona, Pedro —dijo a su visitante—. En seguida seguimos.

Primero leyó la firma. El nombre le era totalmente desconocido. Después el texto:

Señor Subsecretario:

La presente es para comunicarle una triste noticia. Su primo hermano Tomeu Riquer Basols…

Cuando Armando levantó la cabeza, estaba intensamente pálido.

—Prefiero quedarme solo unos instantes. Discúlpame, Pedro. Te llamaré más tarde.

Armando Riquer se llevó ambas manos al rostro; estaba consternado. Si el viaje de su primo a Madrid no hubiese coincidido con el suyo a América; si Tomeu, apenas tuvo conocimiento de que el permiso de importación había sido concedido, no hubiese pensado invertir el tiempo que mediaba para su entrevista con él en establecer aquellas sucursales en la Mancha… ¡aún estaría vivo! Le parecía un contrasentido de la vida no haber conocido nunca al único ser de su misma sangre que tenía en el mundo, y más incongruente aún, haber iniciado una relación amistosa con él tan recientemente y que tan pronto quedó truncada.

Tomó su abrigo y pasó al antedespacho donde trabajaba María Luisa.

—No voy a recibir a nadie más esta mañana. Voy a salir.

—¿Aviso al coche?

—No. Prefiero ir un pie tras otro.

María Luisa le acompañó unos metros por el pasillo.

—Lo he sentido mucho, don Armando.

—Gracias, María Luisa, gracias.

La secretaria se le quedó mirando, compasiva. «Estaba segura que la noticia iba a afectarle mucho», pensó. ¡Qué pena que no llegaran a conocerse!

Días más tarde, Armando Riquer recibió una nueva carta de Echevarrieta Letelier.

—Es muy interesante —comentó María Luisa, entregándosela.

Leyó Armando Riquer lentamente:

Señor Subsecretario:

Hasta hoy, en que he prestado declaración ante la policía acerca del dramático accidente que costó la vida a Tomeu Riquer, no he tenido conocimiento de que el Juzgado de Manzanares, apenas producido el fallecimiento, remitió al de Viella la documentación, la cartera, los enseres y los papeles que su primo y gran amigo mío llevaba encima al momento de su muerte: un reloj, una pitillera de plata, una pluma estilográfica, un mechero, y algo más de diez mil pesetas, según la relación, que me enseñaron esta mañana, así como un maletín de mano y una maleta. Entre las cosas que respondí a las preguntas que me fueron formuladas, está la declaración de que, a mi juicio, su único pariente y, por tanto, heredero de sus bienes, es usted mismo. Si así no fuera, mucho estimaría me lo hiciese usted saber, para poder dirigirme a quien corresponda, ya que mucha documentación relativa a nuestra sociedad, así como la carta que usted le dirigió —y que es el único testimonio que teníamos, por ahora, de que nos había sido concedida la importación solicitada— están en el equipaje que he mencionado más arriba. Yo sólo poseo una copia.

Aparte lo antedicho, estoy seguro sabrá usted disculparme si considera lo que a continuación le digo como una intromisión en asuntos que no me conciernen. En cualquier caso, lo hago con la mejor buena fe, pues creo que hay algunas cosas que debe usted conocer con cierta celeridad. La fonda de Viella, de la que Tomeu era único propietario, es un buen negocio por el turismo francés, tanto de invierno como de verano, que allí se aloja. Pero era su primo quien, directa y personalmente, llevaba la administración y la Caja, y como no se designe rápidamente un ejecutivo de confianza, el nuevo propietario puede ser expoliado, en un momento especialmente interesante, ya que se aproximan las fechas de la llegada masiva de esquiadores.

Hay otros asuntos relacionaos con la herencia que preferiría comentar con usted de palabra cuando esté repuesto de mis heridas. Pero así como éstos no son asuntos de mi incumbencia —motivo por el que vuelvo a disculparme—, sí lo es el que paso a relatarle acerca de la empresa en la que su primo de usted y yo éramos socios, y de la que formará usted parte apenas herede el paquete de acciones que aquél tenía.

La escritura de constitución y los estatutos de la empresa fueron extendidos ante el notario de Lérida don Arcadio Castillo Monje, el 7 de agosto del año en curso. En ella consta que Tomeu Riquer era propietario del 10 por 100 de las acciones y yo del 90 por 100. Ahora bien; no quedaría libre mi conciencia, ni sería yo hombre de honor, si no informara a su heredero que este porcentaje había ascendido a un 15 por 100 por determinados anticipos que él hizo para el negocio común, sin que de esto conste documento alguno que lo testifique, pero que yo reconozco y hago constar aquí para lo que proceda.

Le agradecí mucho su carta acusando recibo de la mía e interesándose por mi salud. Tengo fractura de húmero del brazo derecho, así como de la clavícula y tres costillas del mismo lado. Lo más grave son las quemaduras del cráneo, el rostro y las manos, causa esta última de que siga sin poder firmar.

Rogándole me disculpe por haberle robado con esta carta tantos minutos de su precioso tiempo, le envía un saludo muy respetuoso y cordial, su afectísimo,

J. M. ECHEVARRIETA

Estas últimas palabras estaban escritas en letras capitulares. Debajo, con caligrafía femenina, decía: «*Por mediación de Leonor Gozalvo*».

Apenas concluyó de leer la carta, Armando Riquer encendió un cigarrillo, estiró las piernas y se reclinó hacia atrás en su sillón.

—¿Quiere usted que me retire? —preguntó María Luisa.

—No. ¿Usted ha leído la carta?

—Era mi obligación. No había el membrete de «confidencial» que tanto le molesta.

—¿Qué opina usted de ella?

—No soy quién para opinar.

—¿Cuánto tiempo hace que trabaja usted conmigo, María Luisa? —preguntó Armando pacientemente.

—Catorce años. Desde que fue usted gobernador de Burgos.

—¿Cuánto tiempo hace que fui padrino de su boda?

—Nueve años. En realidad, casi diez…

—Bien. Si lleva usted catorce años trabajando conmigo y conoce todas mis reacciones, y estamos tan compenetrados en el trabajo que tuvo la deferencia de pedirme que fuese su padrino de boda, ¿no considera lógico que yo le pida su opinión? Si yo tuviera ideas claras en este asunto, no se las pediría. Hay algo de esta carta que me preocupa…

—Perdón por atreverme a rectificarle, don Armando: hay «algos», varios «algos», en plural, que le preocupan…

Armando la miró inquisitivamente. «Esta burgalesa —pensó— no acabará nunca de sorprenderme. Son “algos”, en efecto, y de muy diversa catadura los que me inquietan».

—Veamos —exclamó con cierto ademán de reto— qué es lo que usted cree que me desazona.

María Luisa hizo un gesto como excusando su clarividencia.

—A usted no le ha podido coger de sorpresa que le recuerden que es el heredero de su primo don Tomeu; lo que ocurre es que nunca se le había ocurrido pensar si don Tomeu era rico o no, cosa que tampoco le tiene en ascuas, porque siendo un parentesco lejano los impuestos de herencia se lo llevarán casi todo. Pero en lo que

no había usted caído en la cuenta es, precisamente, lo que más le altera, y esto es que, a causa de la desgraciada muerte de su primo, se ha convertido usted en socio de la casa importadora a la que usted mismo ha concedido un permiso de importación que vale muchísimos millones. Y su conciencia puritana se pregunta si es lícito o no llevar adelante los trámites que aún faltan para hacer efectiva la operación, siendo éste un asunto que le beneficia a usted directamente. Este último punto es, desde luego, el que más le desasosiega.

—Es admirable que haya podido usted leer tan claro dentro de mí.

—¡Es tan fácil, señor subsecretario, leer dentro de usted!

—Bien —respondió algo corrido—. Ahora que comprende mi inquietud, deme su opinión.

María Luisa inclinó la cabeza, cruzó una mano sobre otra y meditó muy bien sus palabras.

—Que conste que si me atrevo es sólo por su insistencia. Creo que hay dos cosas importantes que usted debe hacer. La primera es innecesario que se la diga: leer esa carta a su mujer antes de tomar ninguna determinación.

—En efecto: pensaba hacerlo. Fío mucho en el criterio de Teresa. ¿Cuál es la segunda?

María Luisa respondió enigmática:

—No olvidarse de las dos cacerías que tiene usted programadas para el sábado y el domingo…

—¡No me responda usted con jeroglíficos!

Quedó un momento absorto; de pronto golpeó la mesa con las palmas de las dos manos, y exclamó:

—¡Es usted formidable…! ¿Qué haría yo sin usted?

María Luisa sonrió halagada.

—Con motivo de las cacerías, las noches del viernes al sábado y del sábado al domingo, duermen ustedes en el Parador de Manzanares… ¿Lo ha olvidado?

—… Y usted cree que debo aprovechar el viaje para visitar al socio de mi primo. Y averiguar qué cosas son ésas respecto a la herencia que sólo se atreverá a decirme de palabra. No le oculto que, esa frase, me tiene intrigado.

—No es sólo eso, don Armando. Lo verdaderamente importante es conocerle a él y saber con quién se juega usted los cuartos… El señor Echevarrieta es un hombre profundamente inteligente, lo cual está clarísimo en su carta, y, tal vez, honesto… lo cual no acaba de estar tan claro.

—Creo que se pasa usted de lista, María Luisa. Para mí que su honestidad está probada, en ese cinco por ciento de aumento en mi participación, que yo no hubiera adivinado nunca…

—Eso no prueba su honestidad, don Armando, sino su inteligencia. Imagínese, ¡acepte al menos la suposición!, de que ese cinco por ciento no sea más que un regalo.

—¿Un regalo, a mí? ¿Con qué intención?

—Con la de interesarle más en la sociedad.

—¿A costa de su propia participación?

—¡Por Dios, don Armando, no sea usted ingenuo, y perdón por decirlo! El cinco por ciento que él le da a usted es mucho menos de lo que espera que usted le dé.

—¿Yo? ¿Cómo?

—Asegurando para el futuro la continuidad de los permisos de importación.

Armando guardó silencio. Le costaba imaginar en los otros unas argucias de las que él sería incapaz.

—De modo que usted piensa que no debo participar en esa sociedad.

—Yo no he dicho eso. No tiene usted por qué renunciar a la parte de la herencia que le corresponde. En cambio, ese otro cinco por ciento… es más dudoso.

Armando aspiró el humo de su cigarrillo y lo expelió lentamente.

—Es usted una mujer extraordinariamente sagaz, María Luisa.

—Pues si me permite usted que extreme mi sagacidad hasta el final, le diré que no debe usted ir solo a visitar al señor Echevarrieta. Sería muy útil que su señora le acompañara.

—¿Por qué…?

—No sé… ¡Creo que sería útil!

Teresa leyó «con la máxima atención», tal como su marido le había recomendado, la carta que éste le entregó:

—¿La conoce María Luisa? —fue su primer comentario.

—Sí.

—¿Y qué opina?

—Que debo renunciar a ese cinco por ciento de aumento en mi participación, y que con motivo de las cacerías de este fin de semana debo visitar a mi nuevo socio en el hospital de Manzanares.

—No veo por qué vas a renunciar a ese cinco por ciento. Y, en cuanto a esa visita, yo te acompañaré —añadió con viveza.

—¿Por qué?

—Porque conozco tus virtudes y tus defectos. Eres profundamente bueno e inteligente. Pero más de lo primero. Y ello a veces te priva de suficiente picardía. Este individuo, el señor Echevarrieta, puede ser un caballero o un pillo. Y te aseguro que eso lo descubro yo antes que tú.

—Me encanta que me acompañes. A mí me resultaba algo violento ir solo —comentó Riquer, definitivamente resignado a aceptar el dominio en dos frentes, de su mujer y su secretaria.

A pesar de su forzada inmovilidad, José María Echevarrieta Letelier no perdía el tiempo. Gracias a la colaboración de Leonor Gozalvo —que le sirvió de secretaria provisional los primeros días— consiguió los servicios de un mecanógrafo del Ayuntamiento, que se ponía a su servicio las horas que le dejaba libre el alcalde de Manzanares, que eran muchas. Éste tomaba taquigráficamente lo que él dictaba y lo pasaba a máquina en su casa. Tenía un nombre bastante pintoresco: Ineso Fervoroso. Con su ayuda, y sin perder nunca de vista el estudio del negocio redactado por el verdadero Echevarrieta, redactó José María los textos de una propaganda por correspondencia dirigida a los cultivadores y propietarios de viñedos; unas cartas circulares para los posibles representantes y delegados; puso anuncios en los periódicos para la elección de los mismos; confeccionó una lista de aspirantes a estos puestos; modificó, tras haberlo consultado, el cuadro de primas y comisiones para los vendedores… y se trazó un programa de notas, cartas o noticias que mantuviera alerta la atención al servicio del negocio de dos personas imprescindibles: en España, el subsecretario de Comercio; en Francia, *madame* Origny.

La primera carta a la esposa del prefecto de Ariège fue especialmente delicada. ¿Debería llamarla «mi querida amiga» o «sólo *madame* Origny», o bien «querida señora»? Optó por esta última fórmula y escribió:

Chère Madame:

La razón de la presente carta es bien triste: comunicarle el fallecimiento de nuestro común amigo Tomeu Riquer Basols el siete del presente mes de diciembre, en la localidad de Manzanares, provincia de Ciudad Real, España, a donde habíamos venido para el establecimiento de varias sucursales, ya que esta región es de una gran riqueza vinícola. Murió a causa de un accidente de carretera acaecido el 25 del mes pasado y del que yo —aunque con graves heridas— salí milagrosamente vivo.

Soy consciente del gran aprecio que él sentía por usted, por su hija Colette y por el señor Origny. Juzgo por la mía propia, la tristeza que esto va a producir entre ustedes, así como entre sus numerosos amigos. Le escribo con el corazón acongojado.

JOSÉ M.ª ECHEVARRIETA LETELIER

En la segunda carta, que no escribió hasta tener contestación de la primera, y tras un piadoso y breve recuerdo hacia el amigo común fallecido, José María abordó de lleno el tema económico; la informaba de los contactos establecidos en la Rioja, Andalucía, Aragón y Cataluña; el programa publicitario y el volumen de ventas previstas; la concesión del permiso de importación; el beneficio que supondría para la casa exportadora francesa, de la que *madame* Origny era primera accionista, y

subrayó que el único heredero del pobre Tomeu, de quien dependían los permisos, era precisamente el hombre clave a quien correspondía otorgarlos. Añadió al fin que le devolvía con esa misma fecha el 50% del préstamo otorgado, por haber sido calculado con exceso, y que el resto le sería devuelto antes de lo previsto.

Apenas hubo concluido José María Echevarrieta Letelier de dictar esta segunda carta a Colette Origny, cuando una enfermera le comunicó que el señor subsecretario de Comercio y la señora de Riquer pedían permiso para entrar.

Es difícil describir la conmoción y la sorpresa que esta visita le produjo.

—¡Que esperen; que esperen un segundo…!

Meditó brevemente y dio a su secretario unas órdenes terminantes y precisas:

—Escúcheme, señor Fervoroso. El que voy a darle es el más importante de los encargos que le he hecho desde que trabaja usted conmigo. Atiéndame bien, porque me va mucho en ello. Necesito que adquiera un gran ramo de flores y se lo envíe a la señora de Riquer allí donde se aloje en Manzanares. Si existe una florería en el pueblo, las compra; si no hay florería, arrasa usted los jardines de los ricos de la localidad; y, si no hay jardines, se sale usted al campo y las arranca con sus manos. Lo importante es que ella, al regresar a su alojamiento, se encuentre un gran ramo, un inmenso ramo de flores, con una tarjeta mía. Una tarjeta que diga simplemente: «Gracias». Y si no hay flores, bombones. Y si no hay bombones, pasteles. Y a falta de pasteles, un jamón. En este caso, sólo en este caso, la tarjeta dirá: «A falta de flores…». Y nada más. Con esas palabras sobra todo lo demás. Esas cuatro palabras son todo un poema. Y ahora, por favor, haga pasar a esos señores.

VI

DONDE SE RELATA CÓMO EL HOMBRE PÚBLICO SIGUIÓ AL PIE DE LA LETRA LOS CONSEJOS DE SUS DOS MUJERES

[1952]

Tomeu Riquer contempló con infinita curiosidad a sus visitantes detenidos junto a la puerta y profundamente intimidados al verle de esa guisa, con la escayola hasta el cuello y ventadas las manos y la cara como si fuera un Lázaro saliendo de la tumba. A él, de otra parte, le sorprendió también verles vestidos con sus atuendos de caza, todos de verde, como si fueran plantas, y no seres humanos, quienes venían a verle: él, con un gran abrigo, de corte medio castrense, que recordaba vagamente al de los militares del Tercer Reich; ella, con una airosa capa *made in Austria* y un pintoresco sombrero tirolés lleno de insignias cinegéticas. ¡Nada más lejos de la imagen que se había forjado de su primo y su mujer!

Pero así como ellos no podían advertir en él la sorpresa que le causaba mirarles de tal modo vestidos, el falso Echevarrieta, en cambio, sí podía calibrar el grado de sobresalto de sus visitantes.

—¿Está dormido? —preguntó en voz muy baja y respetuosa la señora de Riquer a la enfermera.

Tomeu no le dio tiempo a responder:

—Siento no poder estrecharles la mano, señores. ¡No tengo manos! Es muy amable, por parte de ustedes, venir a visitarme…

El subsecretario explicó:

—Nos hemos acercado sólo unos segundos para interesarnos por su salud. ¿Cómo se encuentra usted? ¿Se va reponiendo de sus heridas?

—A pesar de este uniforme de fantasma que me han puesto los médicos —respondió el nuevo José María Echevarrieta, con la voz muy entera— no me encuentro mal. Les aseguro que es mucho peor mi aspecto que mi estado de salud. ¡Por favor, señorita, acerque unas sillas a los señores de Riquer!

—De ningún modo —dijo el subsecretario a la enfermera—. Sólo estaremos unos

segundos.

—Les suplico que se queden. Estoy conmovido de que hayan venido a visitarme. ¡Yo era tan amigo del pobre Tomeu…! ¡Ah, señor Riquer, qué desgracia tan grande! ¡Debía haber sido yo el muerto y no él! Por favor: siéntense, y si alguno de ustedes fuma, no deje de hacerlo.

La señora de la capa y el sombrero tirolés aceptó las dos invitaciones: la silla y el cigarrillo. Pero no habló. Tardó mucho en hablar. Inicialmente, la conversación fue sólo de los dos hombres.

—El director del Sanatorio, con quien me acabo de encontrar —comentó Armando—, me ha dado muy buenas impresiones acerca de usted. Está admirado de que a pesar de la incomodidad que esto debe producirle se pase el día trabajando, dictando cartas, poniendo anuncios.

—Ya le he dicho a usted que mi salud es mucho mejor que mi apariencia.

Armando Riquer aceptó, al fin, sentarse junto a la cama, siguiendo el ejemplo de su mujer.

—Dígame, señor Echevarrieta, ¿quién conducía el automóvil al producirse el accidente?

—Lo conducía Tomeu. Yo creo que se durmió. ¡Es la única explicación!

—El camionero aquel… ¿no tuvo la culpa de todo?

—¡En absoluto! ¡Al contrario! ¡A él y a su hijo les debo la vida! Se lanzaron sobre nuestro coche que ya ardía y dominaron el fuego con sus propios extintores y con arena. Nos sacaron de entre aquellos hierros retorcidos y nos trajeron aquí. Varios testigos lo han declarado. Yo, no recuerdo más… que una vaga sensación de miedo.

—Antes de venir al hospital —comentó el subsecretario— hemos pasado por el cementerio.

Guardaron silencio. Echevarrieta Letelier lo rompió para rogar a Armando Riquer que leyera una carta cuya copia estaba sobre la mesa dirigida a Alfonso Sánchez Martín.

—¿Quién es Alfonso Sánchez?

—El camionero. Léala, por favor.

Armando Riquer lo hizo, y comentó, moviendo admirativamente la cabeza:

—¡Es muy noble de su parte!

—¿Me dejas ver? —preguntó Teresa intrigada.

Su marido le extendió el papel.

—¡Es lo menos que puedo hacer por él! —comentó—. Apenas recibió mi carta, vino a verme. Me pareció un hombre de bien. Toda la gente de esta región es mentalmente sana. ¡Excelentes tipos!

Teresa se dirigió por primera vez a él:

—Y usted… ¿de dónde es, señor Echevarrieta? —preguntó mientras observaba fijamente la punta de su cigarrillo.

«Desconfía de mí —pensó de modo automático Tomeu—. Y es absolutamente

necesario ganar su confianza. Muerto oficialmente el que yo era, ellos son los únicos vínculos que me quedan como Echevarrieta para conducirme al éxito. He de medir cada palabra, cada entonación de voz, cada matiz».

Al relatarles su pasado, es decir, el pasado de Echevarrieta, Tomeu no mintió respecto a los hechos sino a las motivaciones y las matizaciones. Les dijo que nació en Viella y que allí estaban sus partidas de nacimiento y de bautismo, lo cual era cierto; pero añadió que fue así porque su padre, residente en Francia, se empeñó en que su hijo naciese en España, lo cual no era exacto, ya que fue un acontecimiento puramente fortuito. Añadió que él mismo cumplió su servicio militar en España como voluntario, anticipándose a ser llamado a filas, lo cual era verdad, pero explicó este hecho diciendo que lo hizo porque en aquel tiempo los «maquis» se estaban infiltrando por todas partes y que cada español debía aportar su grano de arena para cerrarles el paso, lo cual no respondía a la realidad, ya que la invasión revolucionaria sorprendió a Echevarrieta cuando ya estaba destinado en un destacamento de alta montaña. De otro lado, procuró no delatar la poquedad de su personalidad ficticia. Se abstuvo de decir que su padre fue dependiente de una chatarrería, pero no puede afirmarse que falseara del todo el vocabulario al titularle «comerciante en hierros», con sede en Marsella. Respecto a él mismo, no dijo que fuese «vendedor» de productos químicos, sino «gerente en ventas» en la Haute-Garonne, lo cual no era intrínsecamente mentira. Para el nuevo José María era de todo punto necesario «situarse» en un plano importante a la vista de aquellos señores, y deshacer el recelo que de una manera clara y terminante había advertido en la señora de Riquer.

De pronto Teresa comenzó a hablar en francés. Y fue en esta lengua en la que el actual Echevarrieta —bendiciendo a Dios por lo fácil de la prueba a que le sometían — expuso las bases de su negocio.

—Perdón: de «nuestro» negocio —se corrigió dirigiéndose al subsecretario.

—Hay algunos puntos en su carta —dijo de improviso Teresa— que nos han producido cierta curiosidad. Por ejemplo: la alusión a algunos temas relacionados con la herencia del pobre Tomeu, de los que no quería informar a mi marido por escrito, sino de palabra.

—Les aseguro que estoy un poco avergonzado de meterme donde nadie me llama. Pero hay cosas que ustedes deben saber. Tomeu se metió en lo que creía un magnífico negocio… y fracasó. Quiso construir una estación de deportes de invierno en unas grandes praderas que poseía en lo alto del puerto de la Bonaigua, lo cual era una buenísima idea, y enlazar aquélla con su propio hotel, situado en lo hondo del valle, con un teleférico, lo que era una iniciativa audaz, pero excelente…

—En ese hotel del Valle; bueno, en lo que hoy es hotel y entonces una gran residencia privada, nació mi padre —comentó el subsecretario—. Prosiga, señor Echevarrieta. La idea de mi primo me parece extraordinaria. ¿Por qué fracasó?

—Por falta de capital suficiente. Tuvo que recurrir a créditos y más créditos. Más tarde hipotecó el hotel y poco a poco los intereses, sumados a los intereses de los

impagados, se comieron en gran parte el negocio y el capital aportado. Al fin tuvo que suspender las obras y… cometer determinadas acciones ilegales.

—¿Acciones ilegales?

—No sólo como heredero suyo sino como subsecretario de Comercio, debía usted conocer esos extremos, pero no me pareció prudente informarle de ello por escrito.

—¿Qué tipo de acciones ilegales?

—Para tapar los créditos bancarios españoles recibió dinero privado francés, sin declararlo y vendiéndolo en la bolsa negra.

—¿Por qué hizo eso?

—Porque el cambio de la peseta era absolutamente ficticio. Los francos que pasó subrepticiamente valían muchísimas más pesetas de las que le hubieran dado con el cambio oficial.

—De haber sabido yo eso, me hubiera visto en la obligación de denunciarle por tráfico ilegal de divisas y hubiera acabado en la cárcel.

—¡No veo que cometiera ningún delito! —terció Teresa. Y a continuación confesó que siendo ella tesorera de la Cruz Roja Española, recibió un donativo en Francia: concretamente un gran apartamento en París. Pues bien, lo vendió; pasó el dinero a España sin declararlo en la aduana, «lo cual hubiera supuesto una solemne tontería», y lo ingresó en las Cajas de la Benéfica Institución. ¿Qué había de malo en ello?

No puede decirse que Armando Riquer fulminara a Teresa con la mirada, pues sus ojos no estaban hechos para fulminar a nadie. Pero la contempló largamente, considerando que ser discreto y ser mujer eran dos condiciones de muy difícil ensamblaje.

—¿Y estaban muy adelantadas las obras cuando se interrumpieron? —preguntó Teresa, que debía ser mujer práctica.

—Las del edificio del puerto, sí. Las del teleférico, sólo los postes. Los franceses continúan creyendo que es un buen asunto y estarían dispuestos a seguir poniendo dinero.

—Lo haré, sin apartarme un ápice de las disposiciones oficiales —declaró Armando con excesiva solemnidad.

Teresa preguntó con aire ingenuo:

—Por cierto, ¿no hay prevista una devaluación de la peseta para dentro de unos meses?

—Eso es una indiscreción —respondió Armando Riquer muy molesto— a la que el subsecretario de Comercio no puede responder.

—Pues caso de que se devalúe debes esperar a ese momento, querido, y devolver su dinerito a los franceses con una moneda que vale menos. ¡No seas ingenuo!

Armando enrojeció, e iba a ponerse en pie, y dar por concluida la visita, pero Teresa quería saber más.

—¿Qué otros bienes tenía el pobre Tomeu, al momento de morir?

—No lo sé. Francamente, no lo sé… Sólo conozco lo que era de dominio público: la fonda, las praderas del puerto y… las obras paradas. ¡Ah, y no hay que olvidar dos cosas más! Su participación en mi negocio que puede llegar a ser muy importante. Y una propiedad rústica en Francia, que también adquirió por procedimientos que allá están permitidos, pero aquí, no.

Aquella información produjo efectos distintos entre las dos partes del matrimonio. A Armando le afectaba «la no legalidad» de esos bienes y a Teresa —mujer al cabo— le acuciaba la curiosidad de saber si eran importantes o no. Las intervenciones, casi automáticas, de cada uno de ellos respondieron a esos efectos.

—Como usted comprenderá, yo no haré nada, ni aceptaré nada, que quede fuera de la ley —dijo él.

—¿Son importantes esos bienes? —preguntó ella.

A la primera frase, José María respondió: «Estoy seguro de ello, señor subsecretario. Pero, en cualquier caso, creo que usted lo debía saber. ¿He hecho mal en decírselo?». A la segunda respondió: «La huerta que compró Tomeu en Aspet no creo que represente mucho dinero. En realidad lo único que le interesaba era una casita que hay en ella, y que él se encargó de adecentar y decorar con mucho gusto».

—¿La tenía alquilada? —insistió Teresa.

—No.

—¿Para qué la quería, entonces?

Echevarrieta rió antes de responder. Y, en verdad, que ver reír a aquella momia embalsamada en blanco, resultaba un poco siniestro.

—Él era soltero, era joven, no tenía compromisos… ¡No es imposible que utilizara aquella casa para recibir determinadas visitas sentimentales!

Teresa sonrió comprensiva, cosa que se guardó muy bien de hacer Armando, preocupado con la idea de que resultaran compatibles su conciencia y su conveniencia.

Se puso de pie; afirmó que no era bueno para el enfermo tanta conversación, y después de desearle un rápido restablecimiento y anunciarle que volvería a verle el día siguiente, dio por concluida la entrevista.

El falso Echevarrieta Letelier quedó profundamente satisfecho de sí mismo. Se imaginaba el diálogo que mantendrían Armando y Teresa Riquer apenas salidos de su habitación en el hospital. «¿Qué te ha parecido?», preguntaría el subsecretario a su mujer. Y ella respondería: «No me fío de un hombre al que no puedo ver la cara…».

Al día siguiente, Teresa se presentó sola. Explicó que aún faltaban más de tres horas para que terminara la cacería y que estaba harta de patear el campo, subir a los cerros y enredarse entre las jaras. Además, confesó que «los hombres, incluso los que tienen más dominio sobre sí mismos, se vuelven mal educados, groseros y hasta violentos a la hora de cobrar las perdices que creen que les corresponden». En consecuencia, para no ver degradarse a los cazadores y por considerar que en el sanatorio había asientos más cómodos para descansar que las peñas y los cardos,

había decidido venirse aquí.

—¡Por cierto! Gracias por el jamón…

—A falta de flores…

—Eso decía su tarjeta.

Estuvo Teresa Riquer extraordinariamente amable con el impedido. Le habló de los libros que hacían furor aquel año: *Los cipreses creen en Dios*, de un gerundense muy poco conocido, José María Gironella; *Mi idolatrado hijo Sisí*, de Miguel Delibes, y *La sangre*, de Elena Quiroga. Todos eran nombres nuevos, desconocidos antes de la guerra. Carmen Laforet —otra estrella nueva y ascendente— acababa de publicar su segundo libro, *La isla y los demonios*, que seguía el gran éxito de su novela *Nada*. En teatro, en cambio, seguían triunfando los ya conocidos en los años treinta. Acababa de asistir a dos representaciones importantes: *El baile*, de Edgar Neville, y *Don José, Pepe y Pepito*, de Juan Ignacio Luca de Tena. El único autor teatral de la hornada de la posguerra era Buero Vallejo, que en dos temporadas seguidas había estrenado dos dramas importantes: *Historia de una escalera* y *En la ardiente oscuridad*.

Expelió Teresa el humo del cigarrillo y quedó contemplando sus espirales en silencio. Al fin dijo lentamente:

—Ni mi marido ni yo entendemos bien lo de ese aumento del cinco por ciento en su participación empresarial. Explíquemelo usted al detalle.

¡Al fin Teresa había dicho lo que quería! ¡Echevarrieta estaba seguro de que ésta era la única razón de su visita!

José María se explayó lo mejor que pudo. Tomeu siempre se quejó de lo exiguo de su participación en la sociedad. Últimamente sufría una especie de claustrofobia a causa del encierro que suponía vivir en el Valle. Deseaba encontrar el pretexto para liquidar sus intereses, evadirse de allá y cambiar de vida. Si su participación social en la empresa importadora fuera más alta, valdría la pena dedicarse íntegramente a ella. En consecuencia, él se hizo cargo de todos los gastos de secretaría, notario, derechos reales, viajes, y los gastos generales, en suma «con el compromiso aceptado por mí —explicó Echevarrieta— de ir valorando estos gastos como un aumento en su participación. Hasta ahora —concluyó— su inversión equivalía a un cinco por ciento adicional. ¡Es así de claro y así de sencillo!».

—Temo mucho que mi marido —comentó Teresa— no acepte nunca ese aumento, salvo que esté avalado por un documento fehaciente; del mismo modo le digo que tampoco hubiese aceptado una disminución caprichosa en su porcentaje que no estuviese documentalmente demostrada. Quiere simplemente lo suyo: ni un céntimo más ni un céntimo menos.

—Lo siento, Teresa. Si la conciencia de su marido le impide quedarse con lo que *es suyo*, la mía me impide quedarme con lo que no es mío.

Teresa Riquer volvió a sonreír sin darse por vencida. Recordó, un poco avergonzada de su audacia, las palabras que le dijo a su marido refiriéndose a

Echevarrieta: «… puede ser un caballero o un pillo. Y eso, te lo aseguro, lo descubriré yo antes que tú». ¡No! ¡No era fácil descubrirlo!

Echevarrieta la contemplaba con curiosidad. ¿Qué estará ahora pensando? Se la veía dubitativa, inquieta.

—¡Daría cualquier cosa por verle a usted la cara! —dijo, al fin.

Echevarrieta comentó riendo:

—¡Ayer me dormí pensando que esas mismas palabras se las diría a su marido apenas salieron ustedes de aquí!

—Pues acertó usted de plano. Acabo de repetir lo mismo que dije ayer. Es usted muy sagaz.

—No es eso. Lo que ocurre es que tengo complejo de verme así «vestido».

Y lo dijo con gran sinceridad.

La puerta se abrió y cruzaron el vano, con gran aparato de ruidos y voces, tres cazadores.

—Acabamos de entregar en las cocinas del sanatorio —informó el subsecretario — un donativo inesperado: 422 perdices.

—¡Pobre señor Echevarrieta! —exclamó Teresa, bromeando—, ¿qué mal os ha hecho? ¡Le veo comiendo perdices hasta de postre!

Armando Riquer presentó a sus compañeros. Uno era el ministro de Comercio; otro, el de Agricultura.

VII

DONDE EL NOVÍSIMO SEÑOR ECHEVARRIETA DESCUBRE EL SIGNIFICADO DEL TÉRMINO «FRANCOLOGÍA» Y EL BANQUERO BASILIO CHAMORRO EL BUSILIS DE LA FUNCIÓN BANCARIA

[1952]

Quedó maravillado, literalmente espantado, Tomeu Riquer (perdón: ¡quedó maravillado, literalmente espantado, José María Echevarrieta!) de la libertad política con que se expresaban aquellos hombres. La idea que se tenía en Francia de la «tiranía» franquista era mendaz. Por decir alguna de las cosas que allí se dijeron, hubieran sido fusilados en Rusia, o encerrados de por vida en campos de concentración acusados de «desviacionismo», los que osaran pronunciarse con tal claridad. Y he aquí que los que hablaban de tal modo eran los hombres de Franco… ¡sus más inmediatos colaboradores o, al menos, ministros de su Gabinete! Aunque inicialmente los temas versaron sobre sucesos internacionales, éstos cedieron muy pronto paso al análisis de la situación interior española. La muerte de Jorge VI de Inglaterra y el destronamiento de Faruk de Egipto dieron lugar a una pequeña disquisición sobre la Monarquía que fue posteriormente eludida, pues se veía que era tema en que las opiniones de los presentes estaban profundamente divididas. Aunque el tema fue abandonado, Tomeu advirtió con satisfacción que su primo se mantenía dentro de la tradición familiar y que se permitió enfrentarse con su propio ministro, en defensa de una Institución a la que su abuelo común y sus padres respectivos habían servido con entusiasmo hasta la entrega de sus propias vidas. Teresa Riquer, siempre al tanto, y queriendo evitar que su marido se enfrentara con su jefe, cambió de conversación hacia el tema harto sugestivo del triunfo electoral del general Eisenhower en Estados Unidos, que abría la puerta del poder al Partido Republicano después de veinte años seguidos de administración demócrata, llevando de la mano para la vicepresidencia a un joven abogado semidesconocido, de sólo treinta y nueve años, llamado Richard Nixon. El general Franco, que no había recibido más que

desaires de los Estados Unidos en tiempos de Roosevelt y de Truman, comentó el triunfo de Eisenhower con exaltación castrense.

—¡Al menos es un militar! —exclamó satisfecho.

Se comentó asimismo la muerte, víctima de un cáncer de sangre, de Eva Duarte de Perón, en la Argentina, y de aquí se saltó al triunfo internacional de España, cuya entrada en las Naciones Unidas le había sido vedada, y que, no obstante, acababa de ingresar en un organismo dependiente de ella, la UNESCO, con sede en París, por una muy interesante mayoría. El cerco internacional comenzaba a romperse y a ello jugaba con tacto y singular eficacia el ministro de Asuntos Exteriores, Alberto Martín Artajo, quien había organizado un viaje a través de los países árabes acompañado de la hija del Caudillo y su esposo, el marqués de Villaverde; viaje de proselitismo, de futura captación de votos árabes para la gran batalla en la ONU, de la que los presentes hablaron con ilusión y temor. ¿Hasta cuándo iba a quedar España aislada del mundo a que pertenecía? Aquel año de gracia de 1952 estaba siendo especialmente fecundo en realizaciones. La lenta, tenaz, incansable lucha para arrancar a España de la miseria comenzaba a dar sus frutos y los primeros éxitos abrían un ancho campo a la esperanza. Crecía el ritmo en la construcción de presas y pantanos; se abrían nuevas líneas de ferrocarril, tierras ancestralmente estériles se convertían, gracias a las canalizaciones de los regadíos, en tierras ubérrimas, y una legislación social avanzadísima permitía al obrero (al que la terminología del Estado denominaba «productor») no saberse postergado y mirar sin desconfianza el porvenir. Los resultados no estaban todavía a la vista del pueblo, pero había una especie de conciencia colectiva nacional de arrancarse la espina del subdesarrollo económico y la vergüenza de la postergación internacional.

Echevarrieta los escuchaba casi sin intervenir. ¿No habría un exceso de «triunfalismo» en las palabras de unos y las aseveraciones de otros? Entre las críticas y desfiguraciones de la realidad española que se hacían en Francia y el desbordamiento de optimismo de estos ejecutivos entusiastas ¿no habría un término medio más justo y equilibrado?

Meditaba en ello cuando súbitamente surgió la palabra «francología»…

—Nunca había escuchado ese término —confesó tímidamente.

—La francología es una ciencia de muy difícil aprendizaje —comentó prudente el ministro de Comercio.

—No existen textos que la expliquen —sugirió Tomeu Riquer.

Y el ministro de Agricultura, entre bromas y veras, anticipando una protesta formal de adhesión inquebrantable al Jefe del Estado (al que unas veces daba este título, otras el de «Caudillo», otras el de Generalísimo, y al que algunas se refería simplemente como Franco), confesó sin paliativos que él no le entendía por la sencilla razón de ser un hombre ininteligible, imprevisible e inescrutable; que quien dijera lo contrario era un optimista demencial, y que la «francología» era la ciencia que intentaba vanamente penetrar en las intenciones, propósitos, ideas y

planteamientos del general Franco.

—Ciencia inútil —añadió con énfasis—, porque Franco carece de intenciones, propósitos, ideas y planteamientos. La gente, y yo entre otros, nos quejamos de no poder prever las intenciones de Franco. ¿Cómo vamos a preverlas si Franco carece de intenciones? No entendemos sus planteamientos. ¿Cómo entenderlos si carece de planteamientos? Él no sirve a un código prefabricado de ideologías; resuelve sobre el terreno según las circunstancias. Es como el timonel ante el temporal. Lo cual no digo yo que sea malo en política. Lo que digo es que no es política, sino táctica. Franco aplica a la política sus condiciones de gran militar. Pero ¿cómo entenderle? No es un buen orador y arrebata a las masas cuando habla; no es un prodigio de inteligencia, pero no comete errores; carece de prestancia física e irradia autoridad. Desconfía de todo el mundo y todos fían en él; tiene la prudencia del débil y es el más fuerte de cuantos gobernantes ha tenido España; ha entregado el poder durante años a los falangistas a pesar de no comulgar con sus ideas y ser éstos los únicos que se sublevaron contra él en la retaguardia durante la guerra; se siente íntimamente monárquico y ha permitido una atroz campaña contra la Institución y la Realeza a través de la prensa controlada y de los dirigentes del Frente de Juventudes: tiene fama de dictador, y llama a colaborar con él a hombres que se expresan como yo… ¡Dígame usted ahora si la «francología» es una ciencia con porvenir! ¡A Franco se le podrá admirar, servir, obedecer, idolatrar, temer, odiar, desfigurar… lo que usted quiera… pero «entenderle», no!

—Dígame, señor ministro —interrumpió Tomeu, parapetado detrás de sus vendas —. Pensando como usted piensa, ¿cómo es posible que Franco le confiara un Ministerio?

—Es muy sencillo. A Franco no le interesa en absoluto lo que yo *piense*, sino lo que yo *haga*. ¿Y qué estoy haciendo? Regadíos, concentraciones parcelarias, colonizaciones, cooperativas, legislación crediticia para el campo, arrancar la miseria a dentelladas y dejarme, eso sí, el corazón y la salud en todo lo que emprendo. Eso es lo que a Franco le interesa de mí, y no lo que yo piense o diga. Del mismo modo que no le interesa lo que piensen y digan treinta millones de españoles, a los que considera mentalmente tarados, incapaces de hacer nada a derechas por sí solos, inmaturos y peligrosos. ¡Y llegará un día en que, a pesar de todo, esos españoles deberán decidir por sí mismos su propio destino! Y lo harán mal. ¿Por ser políticamente ineducados o por no haber sido educados políticamente? ¿Parece lo mismo, verdad? ¡Pues no lo es!

Armando Riquer, temiendo que su nuevo socio se sintiera escandalizado o demasiado perplejo —temor que estaba perfectamente justificado—, tomó la palabra.

—Los objetivos de Franco —dijo— son nacionales más que políticos. Él no cree en la política: le da igual una u otra, con tal de alcanzar unos objetivos nacionales concretos. Y, hoy por hoy, éstos son los dos a que antes aludí: sacar a España del subdesarrollo económico y quitarse la espina de la postergación internacional. Es

posible que en un orden de prioridades tenga razón. Y que esto se consiga más de prisa tratándolo él solo que dejando las decisiones en manos de las masas a las que él quiere servir de buena fe sin dejar por eso de despreciarlas. Lo que más me inquieta es la falta de soluciones para el futuro…

—Confiemos en él —terció el ministro de Comercio—. Lo que él haga bien hecho estará. ¿Ha hecho algo mal hasta ahora?

—Pero tenemos derecho a saber… —insistió el de Agricultura—. Más aún: ¡a decidir!

—¿Qué piensan ustedes que tiene en la cabeza para el día de mañana?

—¡Eso es precisamente lo que intenta averiguar esa ciencia oculta llamada francología! —concluyó Teresa, que apenas había intervenido en la conversación de los hombres. Y de una manera totalmente inesperada preguntó a Echevarrieta:

—¿Usted hizo la guerra?

—¿Cómo la iba a hacer? Yo tenía doce años en 1936…

(Un escalofrío recorrió la espalda del escayolado. Estuvo a punto de añadir: «… pero mi padre y un tío mío fueron asesinados por los rojos». ¡Esta imprudente declaración la tuvo en la punta de los labios! No la llegó a hacer porque alguien tomó la palabra impidiéndoselo. ¡Tenía que convencerse de que él era Echevarrieta; tenía que asimilar su historia, su pasado! Tenía que autosugestionarse hasta hacer suya la realidad del otro).

Añadió muy despacio:

—Pero me presenté como voluntario para luchar contra el maquis en 1945. Y me condecoraron. Salvé a mi alférez de una muerte segura… ¿Sabe usted quién era entonces mi alférez? —le preguntó a Armando.

Y él mismo se respondió:

—Su primo Tomeu Riquer…

Al decirlo sintió una vaga ternura por el alférez muerto en accidente de automóvil y un cierto orgullo por su acción —la acción de Echevarrieta, a quien estaba suplantando—. «Esto va mejor —se dijo—. Yo soy Echevarrieta. No soy Tomeu. Soy el soldado condecorado. No el alférez herido. No debo olvidarlo. Me va mucho en ello. No debo olvidarlo…».

Entró Leonor Gozalvo armada de su jeringuilla, y los cazadores se despidieron.

—¡Ay, Leonor, Leonor! Estoy lleno de perplejidades.

—¿Se refiere usted a las visitas de los ministros? No sabe usted cómo ha subido de puntos su categoría ante las gentes del pueblo al saber que le han visitado tales señores.

—Mi perplejidad no es ésa, mi querida martirizadora.

—¿Cuál es entonces?

—Comprobar que pueda existir en la tierra algo tan perfecto como usted.

¡Y es que por mucho que el suplantador quisiera asimilarse con el suplantado, en cuestiones femeninas, Tomeu Riquer no podía dejar de ser Tomeu Riquer!

El notición de que el accidentado del hospital, el compañero del muerto, el benefactor del camionero de Puerto Lápice, había sido visitado por dos ministros y un subsecretario y que la esposa de este último había estado haciéndole compañía toda una tarde corrió como un reguero de pólvora por todo Manzanares. «O el tal accidentado es un pez muy gordo o no me llamo Sancho», se dijo el alcalde, que no se llamaba Sancho, en efecto, sino Pascual. Y ni corto ni perezoso le fue a visitar. Tras el alcalde se personaron varios agricultores muy interesados en conocer las excelencias de los productos que él vendía, bien que algo escépticos, pues, como dijo uno de ellos, «no había noticias de que de Francia saliera nada bueno». De todo este visiteo, quien más interesó, por razones obvias, a José María fue un tal Basilio Chamorro —hombre que, sin ánimo de ofender, era bastante cazurro—, que suplía al suplente del director del Banco de Crédito local, pues aquél acababa de morir y éste trasladado, sin que de Madrid acabara de llegar el titular definitivo.

El tal Chamorro venía a proponerle, más aún, a rogarle, que tramitara a través de su entidad los créditos que necesitase para sus operaciones, y no a través de los bancos de la competencia. Antes de esto leyó cuidadosamente el documento en que se le autorizaba a importar y se hizo explicar el negocio con todo detalle.

—Muy sencillo —explicó Echevarrieta Letelier, recordando el minucioso estudio del hombre a quien suplantaba—. Usted me facilita el dinero que necesito para pagar la mercancía y yo pido un anticipo a los futuros compradores, con la suma de los cuales le pago a usted el crédito.

—¿Y con qué otra garantía cuenta usted? —exclamó, escamón, el aspirante a banquero.

—¿Le parece poca? ¡Éstos son mis poderes! —dijo, señalando el permiso de importación.

—Caballero: el hijo de mi madre se refiere al vil metal. Usted tiene una gruesa suma depositada en nuestras cajas. Pensaba que…

—Olvídese de ella. No es mía. La tengo que devolver.

—Entonces el caso cambia. Si usted me pide que me olvide de esa suma, usted debe olvidarse del crédito que le he ofrecido.

—Pero ¡hombre! ¡Si yo tuviese todo el dinero que se precisa para la operación, no necesitaría un crédito!

—Sin garantía no hay crédito.

—¿Cuál piensa usted entonces que es la función bancaria? El banco da dinero al comerciante para que éste haga su negocio y con los beneficios obtenidos devuelve al banco el capital prestado más los intereses, para que el banco de nuevo lo ponga en circulación.

—Usted es de los que hila muy fino —comentó socarrón el hombre.

A Echevarrieta le gustó el individuo, y no precisamente por sus muchas luces, como ahora se verá. Y le propuso trabajar con él.

—Según de los segunes —respondió éste—. Porque mi puesto de ahora yo no lo quiero dejar.

—Tal vez sea compatible.

—Tal vez. Usted suelte el trapo de cuál sería mi quehacer y yo le endilgo mi aceptación o mi renuncia en un dos por tres.

—Al banco le conviene que trabaje usted conmigo, tanto como a usted mismo.

—Veamos, veamos. No sea usted parsimoniero.

—Ante todo, usted tiene que conceder créditos a todos los que me quieran comprar.

—No veo el porqué del cuento. Aquí nadie tiene un duro, luego nadie tiene crédito.

—Deles crédito y ya verá como tienen duros.

—¡Hijo de mi madre, claro: los duros del banco! ¡Así cualquiera!

—Si usted no les da créditos, ellos no me darán anticipos, y yo no podré pagar mi crédito. Con esto yo no podré comprar la mercancía. Y saldremos perjudicados todos: el que no me vende, a los que no vendo, usted y yo.

—De modo que el busilis de la cosa… ¡A ver si lo he entendido! Yo me lío a dar créditos a todo bicho viviente como quien da caramelos. Con esos créditos le dan a usted un dinero por una mercancía que usted no tiene. Con ese dinero usted me devuelve el crédito, ¿no es así?

—Exacto.

—¡Ahí le he pillado! Porque si usted ya me ha devuelto el crédito, ¿explíqueme con qué badajos paga usted al vendedor?

—¿Cómo me dijo usted que se llama?

—Basilio Chamorro, para servirle.

—Le voy a pedir a usted un favor, Basilio. Mándeme usted al director de la Caja Rural, que será amigo suyo, para que yo se lo explique. ¡Ya verá usted como él me entiende!

—Si es que nada más que verle a usted todo vendado, que parece un Lázaro antes de resucitar, y dicho sea sin *animus injuriandi*, se le obnubilan a uno las entendederas. ¿Quién paga a los franchutes?

—Yo.

—¿Con qué dinero?

—Con el que usted me dará.

—Y si se lo ha gastado usted en pagar la compra, ¿con qué me lo devuelve?

—Con el que me den los compradores.

—Y ellos, ¿con qué le pagan?

—Con el que usted les presta.

—¡Ahí quería yo llegar! ¿Y con qué me lo devuelven ellos?

—Con los fantásticos beneficios que les producirá el aumento de producción de sus cosechas.

—¿Y cómo van a aumentar la producción de sus cosechas?

—Utilizando los productos que yo les vendo.

Basilio Chamorro Cañabate le miró con expresión consternada. No menos que si hubiese entendido de pronto el Misterio de la Santísima Trinidad.

—¿Y yo en qué trabajaré para usted?

—Haciendo exactamente lo que ya le he dicho: concediendo esos créditos a mis compradores: sólo a los que yo le diga.

—¿Nada más?

—¡Nada más!

—¿Y qué me pagará?

—Mil duros.

—¿Al año?

—Al mes.

—¡Andá! Eso es un soborno, o se le parece mucho. Y a mí no me gusta andar en boca de las gentes.

—No, señor, no es un soborno. Es un «toma y daca».

—¡Eso cambia la cosa! Entendido y aceptado. ¡Venga esa mano!

—¡No se le ocurra tocarme la mano! ¿No ve usted cómo la tengo?

—Pero cuando se ponga bueno me la dará, supongo.

—Sí, señor. La mano y un abrazo por añadidura.

—Pues no hablemos más. ¡Quede con Dios!

En la taberna, Basilio se deshizo en elogios de lo «listismo» que era la momia del hospital.

—¡No sé cómo deciros! Es de los que corta en el aire un pelo, de los que ven crecer la hierba. ¡Josús, qué cabeza!

VIII

DONDE SE CUENTA LO QUE SE DIRÁ Y SE APRENDERÁ LO QUE SE DEBE, Y OTRAS QUISICOSAS

[1953].

Soldados los huesos fracturados; concluidos los ejercicios de recuperación; cobrados los anticipos de los primeros pedidos en firme; alquilada una casa grande y baratísima en el pueblo manchego de Villamaestre, donde pensaba fijar su residencia, José María Echevarrieta Letelier se trasladó a Madrid para ser operado del rostro y de las manos. Las intervenciones fueron varias, largas y complicadas; las curas dolorosísimas; la convalecencia muy lenta.

—¿Otra vez ante el espejo, don José María? —preguntó el doctor Vilar Sancho, que fue quien le operó.

—Estuve dos meses sin mirarme a la cara por prescripción facultativa, doctor. ¡Justo es que ahora trate de reconocerme!

—¿Y se reconoce usted?

Tomeu exclamó con ira contenida:

—¡No me conozco! ¡Ni siquiera los ojos!

—Es a causa de la nariz, que ha perdido su caballete, y de las cejas —comentó fríamente el doctor Vilar Sancho—. Toda la frente ha habido que reconstruirla, así como los pómulos, que han quedado más hundidos.

—¿Y no cree usted que he quedado un poco almibarado, como un muñeco de cera, no sé cómo explicarme, tal vez excesivamente «bonito»? Me encuentro demasiado blanco, fofo, e inexpresivo.

—Cada día que pase se encontrará usted distinto. Toda esta parte, bajo los pómulos —añadió el médico palpándolos con las yemas de los dedos—, está aún un poco hinchada; le falta curtirse con el aire y con el sol, y sobre todo, le faltan los rasgos, que irán naciendo a medida que hable, ría, frunza la frente, gesticule. Esto es lo que dará a su rostro la personalidad que ahora le falta. Pero eso es ya labor suya, no mía. Durante un tiempo debe usted mover lo más posible los labios, abrir y cerrar

los ojos, alzar las cejas, tensar y destensar la frente, pero no de una manera arbitraria sino siguiendo las expresiones y los gestos que le sean a usted habituales: gestos de asombro, de enfado, de alegría, de preocupación.

¡De no hacerlo en secreto y a solas hubiese sido cómico observar con qué disciplina siguió Echevarrieta los consejos del doctor Vilar Sancho! ¡Había que verle reírse, espantarse, irritarse, fingir sobresaltos, preocupación, miedo, celos! Era un pésimo actor y sus gestos tan pronto melifluos como violentos, candorosos o exaltados, esperpénticos, místicos, lúbricos, representados todos ante el espejo, hubieran hecho pensar que había perdido el juicio. A veces, para mejor inspirar sus ejercicios de mímica se acompañaba de frases que traducían los más opuestos estados de ánimo: «¡Fuego, fuego! ¡Sálvese quien pueda!», «Ven a mis brazos, amor», «¿Qué se ha creído usted, caballero?», «Ja, ja, ja: eso sí que tiene gracia», «Humm… ¡qué bien huele esta azucena!», «¡Le voy a partir a usted la cara!», «Señor mío y Dios mío, perdona mis pecados», «Caray, señorita: qué bien se sabe usted ceñir al bailar…», «¡Al ladrón, al ladrón! ¡Detened a ese bandido!».

Y la faz recién estrenada del recién estrenado Echevarrieta, se crispaba, se ablandaba, ironizaba, temía, engatusaba según el sentido de las frases que el rostro traducía puntualmente. Y en efecto, sobre aquella cara de maniquí de los primeros días, comenzaron a surgir ciertos pliegues, ciertos frunces, ciertas imperfecciones y ciertos rasgos que virilizaban —o así al menos lo creía él— un semblante que, cuando lo estrenó, parecía artificial. Regresó a Villamaestre, y al pasar por Manzanares no tuvo valor para visitar a los médicos que le atendieron, ni para galantear a Leonor —como se había propuesto—, pues experimentaba el pudor del desnudo ante quienes le habían conocido con la cabeza vendada. En Madrid tampoco —y por el mismo motivo— había visitado a los Riquer.

Se encerró en su nueva casa, contrató a una aldeana de mediana edad y medianos conocimientos de cocina y se dedicó de lleno a su trabajo, con la satisfacción de comprobar el fulgurante y ascendente rendimiento de su organización. No por eso dejaba de estar al tanto de cuanto acaecía en su país o en el mundo. La guerra de Corea tocaba a su fin; el británico Hillary alcanza el techo del mundo, coronando, por primera vez en la historia del hombre, las cumbres del Everest; España obtiene tres grandes triunfos, al ganar otros tantos campeonatos mundiales: el de *hockey* sobre patines; el hípico de obstáculos, obtenido por Goyoaga, y el de tiro de pichón conseguido por el conde de Teba; muere Stalin, el mayor tirano de todos los tiempos; Martín Artajo, ministro de Asuntos Exteriores (que había designado a Fernando María Castiella embajador ante la Santa Sede), firma un Concordato con Pío XII y, en pie de desigualdad, España llega a un discutidísimo acuerdo económico y militar con los Estados Unidos, en el que cedemos las bases de Rota, Morón, Zaragoza y Torrejón de Ardoz, a las puertas de Madrid, a cambio de cuatro perras. España sentía una urgencia casi histérica de relacionarse con el mundo. Éramos como una solterona fea que busca novio… a cualquier precio. Echevarrieta pensó que la relación de

España con Estados Unidos era en cierto modo semejante a la que él mismo tuvo con *madame* Origny, cuando todavía se llamaba Tomeu Riquer Basols: la de chulo.

Se suscribió a multitud de periódicos y revistas (nunca olvidaría la serie «La ruta de los foramontanos», de Víctor de la Serna), y se fue haciendo una discreta biblioteca de libros eruditos y literarios. El trabajo y la lectura fueron aquellos tiempos su obsesiva dedicación.

Una tarde, en cuanto sus medios le permitieron cumplir su propósito —un viejo y antiguo propósito—, decidió hacer un corto viaje a Madrid.

Del mismo modo que el antiguo Echevarrieta ignoraba por qué no se electrocutan los pajaritos que se posan en los cables de alta tensión, tampoco sabía su suplantador por qué se denominaba «Fiesta de la Banderita» a la cuestación anual en beneficio de la Cruz Roja. Intuyó que era a causa de unos alfileritos metálicos que se entregan a los donantes para clavarlos en sus solapas y que si hoy tenían forma de escudos, algún día lo tuvieron de pequeñas banderas, y que de aquí vendría probablemente el nombre.

En medio de una España paupérrima que comenzaba muy lentamente a desarraigarse de la miseria, Madrid era una ciudad divina. No existían en aquellos años los atascos de circulación; la polución atmosférica era un término cuyo significado se desconocía; las grandes avenidas pobladas de acacias no habían sido transformadas en autopistas peladas; las aceras de la casi totalidad de las calles estaban flanqueadas de árboles; el cielo era de un azul purísimo; los vencejos y las golondrinas lo cruzaban en cantidades ingentes; el agua era la mejor que se bebía en España y las gentes andaban alegres y desmalhumoradas.

Echevarrieta tendría ocasión en el futuro de añorar aquel Madrid medio provinciano, de poco más de un millón de habitantes, en el que se podía caminar a pie sin que los humos envenenaran, sin que el sol estuviese velado por las emanaciones, sin que los automóviles sobrantes invadieran los paseos y las calzadas, como aquél por donde ahora avanzaba, bendiciendo al Creador que había inventado cosas tan bellas como la primavera y como esas chiquillas armadas de huchas y multitud de insignias, que asaltaban a los transeúntes para pedirles una contribución a favor de la Cruz Roja.

Los periódicos, sometidos a una implacable censura de prensa, y a falta de otras cosas más sustanciales de las que informar, dedicaban páginas enteras a explicar dónde estaban las mesas petitorias, quiénes las presidían y qué damas las componían: duquesas, actrices, esposas de generales famosos, o de ministros y subsecretarios. Con esto, José María Echevarrieta Letelier pudo localizar con facilidad la que ocupaba Teresa Riquer, y a ella se dirigía a buen paso, sin detenerse más que cuando una muchacha bonita se lo cerraba, amenazándole con una minúscula condecoración que habría de ser trocada por el óbolo correspondiente.

De sus antiguas heridas le quedaban a Echevarrieta algunos rastros: había perdido —salvo el meñique— todos los dedos de la mano izquierda (cuya deformidad quedaba oculta por un guante ortopédico) y una gran cicatriz, que cubría con una peluca, le cruzaba el cráneo de parte a parte. «¡Qué extraña cosa! —se decía a sí mismo el nuevo Echevarrieta Letelier—, se diría que al cambiar mi cara y mi nombre toda mi personalidad ha cambiado». Y no se refería a su personalidad física sino interior. Como tantas otras veces se equivocaba. ¡Seguía siendo el mismo Tomeu Riquer de siempre! Acaso algo más prudente y taimado porque las circunstancias se lo exigían. Pero nada más. La sola variación radical de su personalidad la producía su peluquín. Nunca antes de ahora había sentido complejos, y ahora sí. Hubiera preferido mil veces quedar totalmente calvo y presentarse como tal, pero la mezcla de pelambrera, calvicie y cicatriz resultaba intolerable. En la necesidad de escoger, prefirió quedar levemente grotesco que radicalmente repugnante.

—¡No te martirices más hablando de tus cicatrices! —le dijo un día una muchacha—. Yo no te conocía antes de tu accidente y te aseguro que con peluquín o sin él eres un hombre atractivo.

José María la bendijo desde el fondo del alma. Necesitaba acicates para recuperar su antigua seguridad. Y uno de ellos, sin duda, eran los halagos de una mujer bonita. Otro, la primavera madrileña. La luz era ideal, la temperatura perfecta, la ciudad bellísima, las muchachas preciosas, y él estrenaba nueva vida. ¡Dios sea bendito que había logrado modelar en sus momentos de buen humor esas caras y esos cuerpecitos!

¿Y Teresa Riquer? ¿Sería capaz de gustarle, Teresa, como mujer? Decidió que no. Era demasiado perfecta para eso. Experimentaba hacia ella una profunda admiración, pero esa admiración estaba basada en el respeto. Y avanzó hacia ella, que, al borde de la mesa petitoria, clavaba en ese instante un alfiler de los más caros en la solapa de un caballero muy en alza aquellos años en la política española: Luis Carrero Blanco, quien después de permanecer once años como subsecretario de la Presidencia había sido ascendido el año anterior a la categoría de ministro y era, al decir de las gentes, quien hacía y deshacía, con Franco, los gobiernos del Régimen. Echevarrieta le observó desde lejos. El hombre, moreno, ancho, de cara cuadrada, poblado su rostro de grandes cejas negras, besó la mano, una por una, de todas las señoras de la mesa, y subió más tarde a un gran coche oscuro, conducido por un mecánico de uniforme. Apenas el coche se alejó, todas las señoras se pusieron a cuchichear.

—Es el doble político de Franco… Su mentalidad, sus pensamientos, su modo de enfocar los problemas y de resolverlos están fundidos en el mismo molde.

—Es un gran tipo: noble y honrado a carta cabal.

—Le falta atractivo político.

—Es profundamente sencillo y bueno.

—De simpático, no tiene nada.

—¡Ay, hija, si crees que la simpatía es un don político, nos debía gobernar Celia

Gámez!

José María se acercó a Teresa Riquer y le extendió un cheque.

—Muy agradecida —respondió ésta, automáticamente. Y le condecoró con dos alfileres, en el poco espacio que restaba en su solapa, después de los muchos asaltos de la muchachada. José María se retiró. Una catorceañera provista de una hucha le alcanzó:

—Me dice la presidenta de esa mesa —dijo señalándola— que le ruega que vuelva. Quiere darle personalmente las gracias.

—¿Cómo te llamas tú?

—Maruja.

—¿Pues sabes una cosa, Maruja? Eres una mujer muy bonita.

Maruja agradeció más lo de «mujer» que lo de «bonita». Y volvió corriendo para anunciar que el generoso donante ya regresaba.

La presidenta de la mesa, que lo era también de la Cruz Roja (o, por mejor decir, esposa del presidente), le recibió con las máximas muestras de efusión:

—Ha sido usted el más generoso de los donantes que hemos tenido en todo el día. Gracias en nombre de la Cruz Roja. Y ahora debe usted saber una cosa: las mujeres somos extraordinariamente curiosas. Y en su cheque lo que está clarísimo es la cifra, pero no su nombre…

—Me llamo José María Echevarrieta Letelier.

Teresa Riquer estaba en el otro extremo de la mesa petitoria; no obstante, José María estaba seguro ¡seguro! de que le habían crecido las orejas para enterarse de lo que se decía, pues era ella la que había recibido el cheque, y la que, admirada de su cuantía, se lo había pasado a la presidenta, llamándole la atención por el número: un número de muchas cifras que ella, abstraída por la rutina de su función, no había advertido cuando le fue entregado.

—Señor Echevarrieta —dijo la presidenta—, dentro de unos minutos vamos a ser obsequiadas con unas copas de jerez y unos canapés. ¿Sería tan amable de quedarse a tomar estas copas con nosotras? Mi marido, y los de estas señoras, estarán también presentes. Estoy segura que el mío se sentirá especialmente complacido en dar a usted las gracias personalmente.

—Acepto con mucho gusto, señora. Si me permite, voy a retirarme un momento, pues tengo algo urgente que hacer y estaré aquí… ¿cuándo me aconseja usted que esté aquí?

—Veinte minutos. Las copas ya están llegando. No se retrase…

—Estaré aquí en veinte minutos.

Se despidió y se acercó a Teresa, que le esperaba.

—De modo que usted… ¿es usted? —preguntó ella asombradísima.

—En efecto. Yo soy yo.

—¿José María Echevarrieta Letelier?

—El mismo que viste y calza.

—¡Es usted tan distinto!

—¿Distinto a quién?

—A sus vendas. ¡Estoy asustada de puro sorprendida! ¡Nunca había recibido un donativo tan… tan… espectacularmente generoso!

—No es un donativo exactamente. Ya le dije un día que «si los escrúpulos de su marido no le permitían quedarse con lo que es suyo, mi conciencia no me permitía quedarme con lo que no es mío»…

—¿Desde que me dijo eso, decidió extender este cheque?

—Y desde que supe que era usted tesorera de la Cruz Roja…

—Nunca pensé que tuviera usted este rasgo…

—¿Por qué, Teresa?

—¡Tal vez porque no le veía la cara!

—Volveré dentro de unos minutos. ¿Estará aquí Armando?

—Seguro que estará.

—Me alegraré mucho de esta nueva ocasión de saludarle. Hasta ahora.

Hizo una inclinación de cabeza. Y se alejó.

Estaba exultante, radiante y nervioso. Debía medir con mucho cuidado sus palabras. Las gentes con las que iba a tratar tenían más mundo que él. Debía observar atentamente cómo se vestían, cómo hablaban, cuáles eran los límites permisibles a las bromas y al humor. Le iba en ello su porvenir. Y estaba absolutamente decidido a tener un porvenir. José María Echevarrieta Letelier carecía de pasado. Había muerto y renacido el día de su accidente. Nació a medida que moría su alférez, su entrañable alférez de las cicatrices en forma de rosa arrugada y en forma de «T». Y su porvenir comenzaba ahora. Debía ser consciente de ello. Y ser prudente. No era cierto, como dijo a la presidenta de la mesa, que tuviera algo que hacer. Se alejó por no prolongar más aquel coro de gratitudes y para reconsiderar su situación. A medida que avanzaba en dirección a Cibeles desde la mesa de la Cruz Roja, situada frente al Museo del Prado, observó que aquélla no era de las más solicitadas por la avalancha de donantes. Frente al Banco de España había una cubierta por un dosel y cuya pared posterior estaba decorada con un soberbio gobelino del Patrimonio Nacional, que presidía doña Carmen Polo de Franco. La acompañaban en la mesa su hija, la marquesa de Villaverde, que había contraído matrimonio tres años antes con un joven médico, titular de este marquesado; la señora de Alonso Vega; la esposa del ministro de Asuntos Exteriores, señora de Martín Artajo; la del ministro de Educación Nacional, señora de Ruiz-Jiménez, y Cayetana Alba, que cuatro meses más tarde, por fallecimiento de su padre, sería duquesa de este título y de catorce grandezas de España. Ésta era la mesa más concurrida por los altos cargos del Régimen, y José María fue reconociendo caras y apuntando mentalmente sus nombres. «Ése es…». «Ése debe ser». Reconoció a Blas Pérez, que era ministro de la Gobernación desde 1942, es decir, diez años atrás; y a Ibáñez Martín, que había dejado de serlo de Educación Nacional pocos meses antes. Pero no conocía a algunos nuevos: el conde

de Vallellano, ministro de Obras Públicas; ni a Gabriel Arias Salgado, para el que se acababa de crear un nuevo Ministerio: el de Información y Turismo, alojado en una covacha impropia en la calle de Monte Esquinza, esquina a Génova.

De pronto descubrió que una más, entre los millares de jovencitas con hucha, estaba plantada frente a él, observándole con cierta sorna.

—¿Qué día nació usted? —le preguntó Echevarrieta.

—Por favor, no me llames de usted que me haces viejísima.

—De acuerdo: ¿qué día naciste?

—Un veintinueve de mayo —respondió ella.

—¿De qué año?

—De 1938. Hace catorce años y once meses.

—¿Pues sabes lo que te digo? Que ese día Dios estuvo particularmente inspirado.

—No debió estarlo tanto, cuando me piropeas por segunda vez, sin acordarte de que ya nos conocemos.

—Si yo te hubiera conocido antes no me habría olvidado jamás.

—Eso es una mentira gordísima. Porque no hace media hora que me preguntaste mi nombre; te lo di y ya ni te acuerdas.

—¡Ahora me acuerdo perfectamente! Lo que pasa es que llevabas el pelo suelto y ahora te lo has recogido con ese birrete que antes no tenías puesto.

—Eres muy observador.

—Y te llamas Maruja. Y las dos cosas que te he dicho son verdades como puños: que eres muy bonita y que Dios estuvo particularmente inspirado contigo el 29 de mayo de 1938.

—Es muy gracioso lo que me pasa. Me he convertido en tu espía. Antes, mi madre me dijo: «¡Alcanza a ese señor y dile que venga!». Y ahora me vuelve a decir: «¿Te acuerdas del señor de antes? Pues búscalo y dile que ya están aquí las copas».

—Entonces tú… ¿de quién eres hija?

—Yo soy hija de Jorge Antonio Trías, el presidente de la Cruz Roja, y de Berta Tangil, presidenta de la mesa, que es la que te ha invitado. ¿Y tú cómo te llamas?

—José María.

—Pues vamos más de prisa, José María, o se nos acaban los canapés.

Los reunidos frente a la mesa petitoria de la Cruz Roja le vieron avanzar con infinita curiosidad. A Echevarrieta le producía un indecible malestar el desparpajo con que le miraban las señoras a medida que se acercaba; y el modo, algo menos descarado, con que lo hacían los hombres, bien que sin disimular las muchas interrogantes que se planteaban. ¿Quién sería éste, de quien no habían oído hablar nunca, con fortuna suficiente para hacer un donativo de tal calibre? Demasiado joven parecía para que esa cantidad fuese suya propia. En ese caso, ¿en nombre de quién hizo la entrega? Aunque él avanzaba despacio, simulando el mayor interés en la cháchara animadísima con su joven espía, tenía un ojo puesto en la niña y otro en el grupo. No dejó de advertir cómo Teresa Riquer explicaba a su marido quién era él, y

cómo Armando a su vez intentaba reconstruir, debajo del recuerdo de aquellas vendas, el rostro que ahora veía por primera vez. Un poco antes de llegar al grupo, José María se detuvo.

—Escucha, Maruja. Hazme un gran favor. ¡No me dejes solo con esos señores!

—¡Qué tontería! Son todos simpatiquísimos. Ya verás. Ven.

—Tú dame conversación todo el tiempo. ¡No te apartes de mi lado! ¡Prométemelo!

Maruja le agarró de una mano y lo arrastró hasta el grupo.

—¡Aquí le tenéis!

Pilatos no hubiera dicho mejor su «*Ecce Homo*» cuando exhibió a Cristo ante las iras de la plebe.

El trance fue menos arduo de lo que había imaginado; nadie le hizo preguntas que no fueran de pura cortesía; Armando Riquer le trató como si se conocieran de siempre, y la deliciosa Maruja fue un incomparable auxiliar para superar la situación. La llegada de los «chivatos» fue acogida con gran jolgorio. Cada mesa petitoria tenía su pequeño espionaje montado para conocer la recaudación de las demás, y este año fue el primero en que la mesa de la Cruz Roja había obtenido la máxima recaudación —gracias al donativo de José María—, sobrepasando incluso a la presidida por doña Carmen, que pasó a segundo lugar. El tercer puesto lo obtuvo la mesa de actrices, compuesta por las más populares del momento y que presidía Celia Gámez. Maruja le explicó que entre las actrices estaba Amparito Rivelles, que era preciosísima, y Juanita Reina, que al cantar cambiaba la «a» en «e», y Carmen Amaya, que era una gitana de Barcelona, lo cual a la catorceañera le parecía rarísimo porque ignoraba que existieran gitanos fuera de Andalucía.

Concluidos los canapés —a lo que Maruja colaboró con entusiasmo—, anotadas las cantidades recibidas, precintadas las sacas con el dinero recaudado, el matrimonio Riquer invitó a José María a almorzar en su casa. Al concluir de comer, Teresa soltó algo que desde hacía tiempo estaba deseosa de decir.

—Eres mucho más joven de lo que había imaginado. ¡No salgo de mi asombro! ¡Eres un niño!

—Tengo exactamente la misma edad que Tomeu: veintiocho. Los cumplí en el hospital.

—¿Tan joven era Tomeu?

—Claro, mujer —intervino Armando—, yo le llevaba catorce años.

—Es curioso. A pesar de reconocerte la voz, aún me cuesta creer que tú seas tú.

—Habías imaginado de otra manera lo que había bajo mis vendas, eso es todo. En el hospital, hablabas con una sombra a la que tu imaginación había puesto una cara, y ahora descubres que la verdadera no corresponde con la imaginada. ¿Cómo pensabas que era?

—¡Mucho más feo! —respondió Teresa, y lo dijo con tal énfasis que todos rieron.

Armando intervino para contar su reciente visita al Valle de Arán. No suponía que

el parque de la fonda fuese tan grande. Pensaba realizar grandes reformas: derribar lo antiguo y construir un gran hotel turístico, y desde luego continuar las obras abandonadas, que demostraban el gran talento de su primo Tomeu, aunque las circunstancias le hicieran fracasar. Iba a asociarse para ello con un francés.

—¿*Monsieur* Origny?

—No. Es un tal *monsieur* Lenoir, que compró a Origny los créditos que éste tenía con Tomeu.

—Dime, Armando —preguntó Tomeu Riquer—. Tengo curiosidad en saber esto: ¿cómo solucionaste lo de la casita en Aspet?

—La vendí, declaré los francos y los transformé en pesetas.

—Perderías mucho en el cambio.

—Sí; perdí mucho, pero era la única forma legal de hacerlo.

—¿Me permites, a pesar de tu cargo, que te haga una crítica? El valor de la peseta es absolutamente anticomercial. Por razones de prestigio, el cambio oficial le reconoce un valor que es muy superior al verdadero. Esto perjudica la inversión de capitales extranjeros de los que España está tan necesitada. A nadie le interesa invertir dólares aquí, si las pesetas que se van a recibir a cambio de las divisas son menos de las que en verdad correspondería.

—Son razones políticas y no económicas lo que frena la entrada de capital extranjero.

—Hay razones políticas, claro. Pero si a esto se suma unas medidas económicas disparatadas, el país no saldrá nunca del atasco en que está.

Teresa intervino:

—¿Qué profesión es la tuya, José María? ¿Cuáles han sido tus estudios?

—Soy técnico comercial por la Universidad de Marsella. Y te añadiré que soy un gran inculto en muchas materias… salvo en éstas.

Teresa descolgó el teléfono que sonaba:

—Es para ti, José María —le dijo pasándole el auricular.

—¿Quién puede saber que estoy almorzando aquí? ¿Quién es?

—Una señorita…

—¡Pero si no conozco a nadie en Madrid…!

Sorprendidísimo, tomó el auricular.

—¿Aló?

—Soy Maruja. Mi padre me dice que te pregunte dónde vives. Que quiere mandarte una carta o no sé qué.

—Pues, mira, hija, yo no vivo en Madrid. Pero hoy y mañana estaré todavía en el Hotel Velázquez.

—Pues muchas gracias y adiós.

—Espera, mujer, espera, no cuelgues todavía.

—¿Qué quieres?

—Que le des las gracias a tu padre de mi parte.

—¿Y por qué le quieres dar las gracias?

—Por haber utilizado una recadera tan simpática para averiguar mi dirección.

Hubo un momento brevísimo de silencio. Y en seguida la voz de Maruja.

—Bueno. Adiós.

Y colgó.

Dos horas largas permaneció Echevarrieta en casa de los Riquer. Habló de lo doloroso de las curas, del miedo de quedar deforme después de la cirugía estética, de su sorpresa al comprobar que con dos parches de más o de menos el resultado no era demasiado deplorable, y de su vida actual. Se había instalado en un pueblo de la Mancha llamado Villamaestre; había conseguido créditos que tenía prácticamente saldados, pues los agricultores depositaban anticipos a cuenta de sus pedidos; y había deseado que llegara el día de hoy para pagar, bien que de manera indirecta, su deuda.

—Ha sido un gran gesto de tu parte, José María —comentó al llegar a este punto el subsecretario.

—Y de la tuya —terció Teresa, dirigiéndose a su marido.

—¿Por qué dices eso?

—Porque el dinero que tan generosamente ha entregado hoy José María, en realidad *es* tuyo. O, por mejor decir, «era», porque ahora es ya incontrastablemente de la Cruz Roja.

—Tiene razón Teresa —insistió Echevarrieta—. Ese dinero no era mío.

—Y no siempre serás subsecretario —continuó la mujer—, y no tenemos posición para hacer donativos de ésa cuantía, que, en este caso, ni siquiera servirán para rebajar tu impuesto sobre la renta, lo cual es «inri» sobre «inri». ¡Creo, querido, que hemos cometido una gran tontería!

—Creo lo mismo —murmuró Echevarrieta.

—Bien; dejemos ese caso ahora —exclamó Armando, molesto.

—¿Y por qué vamos a dejarlo? —protestó Teresa—. Creo que la mejor ocasión para tratarlo a fondo es precisamente ahora.

—Perdóname, Armando; no quisiera contradecirte, pero creo que tu mujer tiene toda la razón.

Teresa estaba desconcertada y confundida. Su instinto recelaba de Echevarrieta. De un lado le molestaba profundamente que aquel advenedizo se apuntara el tanto de hacer un donativo de una cuantía realmente insólita con el dinero de su marido; y, de otra, tenía que reconocer que, si lo había hecho así, era porque ellos le habían obligado. Pero —¡ah, secretos de la condición femenina!— lo que más incomodaba a Teresa era que José María le diera constantemente la razón. Si prosperaba la tesis de Teresa el perjudicado sería Echevarrieta Letelier. ¿Por qué entonces Echevarrieta Letelier apoyaba la tesis de Teresa? El tema valía la pena de ser desmenuzado con todo detalle. Y no «otro día», y por correspondencia, sino ahora mismo. Y, sobre todo, sin vendas en la cara.

—¿Cuáles fueron exactamente las condiciones que tenías establecidas con nuestro

primo?

—Que él, cada año, podría reinvertir en la sociedad la cantidad que sus finanzas le permitieran hasta un tope del 49% —mintió.

—¿Por qué sólo hasta ese tope?

—Porque el capital inicial era mío, la idea era mía, el promotor fui yo y no quería perder nunca el mando de la empresa.

—¡Correcto! —exclamó con energía Armando Riquer, temiendo que su mujer quisiera alzarse con el santo y la limosna—. ¡Absolutamente correcto!

—Y si mi marido no acepta, ese cinco por ciento supletorio que tú afirmas que él ya había aportado, pero no escriturado, ¿qué harás con él?

—Un segundo, antes de responder. Los términos que has empleado, Teresa, son los exactos: él había «ya» aportado, pero «aún» no estaba escriturado un cinco por ciento más de lo que consta en el acta de constitución. Y ahora respondo a tu pregunta. ¿Qué haré con los beneficios que produzca ese cinco por ciento cuyo capital he entregado hoy a la Cruz Roja? Lo tengo perfectamente decidido. Aplicar un tres por ciento a aumentar la participación de Tomeu hasta que alcance un 49 y entregar un dos por ciento cada año a la Cruz Roja. Un dos por ciento, entiéndeme, que cada año será mayor, a medida que sea mayor la participación social… del muerto.

—¡Eso es absurdo! —exclamó Teresa.

—Lo de absurdo, ¿me lo dices a mí? —preguntó Echevarrieta, tímidamente.

—¡No! —respondió ella—. ¡Se lo digo a mi marido! —Y quedó sumida en hondas meditaciones contemplando el fondo vacío de su taza de café—. ¡Es absurdo —dijo al fin, dirigiéndose directamente a Armando— que renuncies a lo que es tuyo!

El subsecretario posó blandamente los ojos sobre Echevarrieta:

—Dime, José María, ¿de dónde has sacado el dinero para una donación como la que has hecho hoy?

—Estaba deseando que me hicieras esa pregunta —contestó lentamente el interpelado—. Pero para responder cabalmente necesito dos cosas: que no me interrumpáis, y que remojéis este fondillo del vaso con otra copa de coñac… El dinero que he entregado —añadió, mientras bebía una porción del que le servían— corresponde al exceso de capital de Tomeu. Y me ha costado mucho mucho… —Sorbió otro sorbo— insisto en esto: mucho mucho, reunirlo; ya que su aportación estaba gastada y mi capital invertido en las compras efectuadas en Francia. El donativo ha sido el fruto de una verdadera filigrana financiera: aplicando a ello los créditos, los anticipos recibidos a cuenta de las mercancías, unos retrasos autorizados en los pagos y… la austeridad con que vivo en el pueblo.

—¿Y si algo fallara? —preguntó alarmado el subsecretario—: ¿un retraso en la llegada de la mercancía, un accidente, una denegación del permiso concedido?

—Iré a la cárcel.

—¡Tu donativo de hoy constituye entonces una locura!

—No lo creas. No suelo cometer locuras. Piensa que juego con dos comodines en la mano: el permiso de importación español y la representación francesa.

Teresa cometió una indiscreción que le valió una mirada terrible de su marido:

—O eres santo, o eres tonto, o eres pillo.

—Sólo puedo responder a las dos primeras partes, Teresa. Ni soy santo, ni soy tonto. ¡A la tercera posibilidad, prefiero que conteste la tesorera de la Cruz Roja!

Armando procuró paliar la frase poco afortunada de su mujer.

—¡Eres un gran muchacho, José María! España necesita hombres como tú. Estoy seguro que llegarás muy lejos. En cuanto a lo de mi participación social estoy dispuesto a reconsiderar mi primitivo criterio.

—¡Es la mejor noticia que podías darme!

—Necesito dar dos besos —exclamó Teresa jovialmente haciendo lo que decía—. Uno a mi marido por reconocer que «su» criterio se llama en realidad «Teresa», y otro a José María… en desagravio. ¿Me perdonas?

—¡Haré un gran esfuerzo por conseguirlo! —dijo éste, bromeando.

Y rellenaron sus copas para brindar.

Aquel día, bien que con efectos retardados —como las bombas de relojería—, el extraño caballero Echevarrieta Letelier inició su carrera política.

IX

QUE TRATA DE UN INSÓLITO SUCESO QUE CONFIRMÓ A JOSÉ MARÍA LA BUENA LABOR QUE LOS CIRUJANOS HICIERON EN SU ROSTRO

[1953]

Estaba José María en el dormitorio de su hotel releyendo las cuentas bancarias, el alcance de los débitos, los intereses que éstos producían y calculando el tiempo que necesitaría para saldarlos, cuando le avisaron por teléfono que tenía una visita.

—Dígale que suba —respondió.

Al poco tiempo volvieron a llamarle.

—Que no quiere subir, que le pide a usted que baje.

—¿Pero quién es?

—Yo no sé, señor. El botones me trae los recados, y aquí en la centralilla yo no sé más que lo que me dicen.

—¿Y dónde me esperan?

—En el salón, al lado del bar.

—Bien. Diga que bajo.

Su sorpresa fue mayúscula, bien que no del todo ingrata, al descubrir a la joven Maruja sentada ante una mesa y con un voluminoso paquete ante ella. Iba vestida muy de señorita mayor —no había duda que se había puesto sus mejores galas—; traía el pelo recogido en una redecilla de las que entonces se usaban, y que José María creía recordar que llevaba puesta su madre en la mesa petitoria; llevaba medias de seda, y no calcetines como por la mañana, y calzaba zapatos de medio tacón. Le dijo exactamente lo que pensaba y ya ha sido expresado:

—¡Qué sorpresa más agradable!

La niña habló de corrido, como si tuviera aprendida de memoria su perorata:

—Papá te manda este regalo y esta tarjeta. La tarjeta dice: «Gracias por su generoso donativo». Y el regalo es una caja de una madera especial para que no se sequen los puros, y con puros dentro. Se lo dio al mecánico para que te lo trajera. Y

yo, que estaba muy escamada de por qué quería mi padre saber tu dirección, en cuanto me enteré le dije a Manolo…

—¿Quién es Manolo?

—El chófer. Pues como te digo, le dije a Manolo: «¿Adonde vas?». Y él me contesta: «A llevar un recado». «¿A qué parte?», le pregunté. «Al Hotel Velázquez». «Pues llévame —le dije—, porque yo voy al lado». Y al llegar aquí le dije que se marchara porque yo misma entregaría el paquete en conserjería. Y en vez de entregarlo, he preguntado por ti.

—¿Y dónde tienes que ir ahora?

—A ninguna parte. Era una mentira. Lo que quería era estar contigo y que siguiéramos hablando.

—Hablando ¿de qué?

—De cualquier cosa. De lo que sea. Lo que me importaba era estar contigo. Me has caído bien. Me gustas. Si te me declararas te diría en seguida que sí.

Y rompió a reír.

José María la miró de hito en hito y se sentó a su lado.

—¿Cuántos años me dijiste que tenías?

—Catorce. Bueno; casi quince.

—¿Y saben tus padres que has venido a verme?

—¿Cómo se te ocurre? Les hubiera parecido fatal. Nunca les digo la verdad cuando salgo.

—¿Y dónde dijiste que has ido?

—A un cine.

—¿Y si te preguntan de qué trataba la película?

—Les cuento el argumento de alguna que haya visto ya.

—¿Y si ya se lo has contado otra vez?

—¡Ay, hijo, no creas que salgo tantas veces como para tener que repetir el argumento! Hoy ha sido una excepción… Bueno, una excepción no. Pero casi…

—Explícame por qué has venido.

—Ya te lo he dicho. Porque eres un tipo simpatiquísimo. Y un hombre de los que no hay. Y me encanta que estemos juntos.

José María parpadeó. No debía haber sido tan deplorable la cirugía estética cuando despertaba tales entusiasmos en las jovencitas. Acostumbrado como estaba a sus introspecciones, intentaba hacerse varias preguntas que le tenían perplejo. Pero ella era una joven ametralladora dialéctica, y no se lo permitió.

—¿Sabes quién es ese señor que está en la mesa de enfrente con cara de águila? Es Rafael Sánchez Mazas, un tío listísimo. La gente, como es tonta, cree que es un político. Y lo que es de verdad es un poeta estupendo. ¡Y eso es lo que no sabe la gente! El que está al lado es Gregorio Marañón, el hijo del doctor. Y el del pelo blanco, un periodista que se llama Luis Calvo. Y ese pequeñito, que parece un poco dormido, es Julio Camba: otro escritor. Y todos vienen a oírle hablar.

—¿A Julio Camba?

—No. A Sánchez Mazas. Todos los días se sienta ahí. Y espera a que la gente venga a escucharle. Y si no viene nadie, se enfada muchísimo.

—¿Julio Camba?

—No. Sánchez Mazas. ¿A que no sabes una frase de él?

—¿De Sánchez Mazas?

—¡No! De Camba. Espérate. A ver si me acuerdo.

Movió los labios, repitiéndola para sus adentros.

—«El español es un hombre pequeñito, nervioso y con muchas ganas de reproducirse». ¡No me digas que no es divertido!

—Maruja, me dejas asombrado. Eres una mujer cultísima.

—¿Yo? ¡Dios me libre! Lo que yo soy es curiosa, nada más.

—Pues escúchame lo que te digo: el ser curiosa es ya una manera de ser culta.

—¿Ves tú? De la misma manera que hay gentes que vienen a oírle a él, hay una que viene a oírte a ti. Y ésa soy yo. Eso que acabas de decir es muy… muy… ¡no sé cómo decirlo! Yo soy muy burra y no sé explicarme. ¿De verdad crees que ser curiosa es ser culta?

—Creo que es una condición inexcusable para serlo.

—¿Qué quiere decir «inexcusable»?

—¡No soy suficientemente culto para explicártelo!

—¡Me encanta estar contigo! Los chicos de mi edad me aburren de muerte. Los que a mí me gustan son los hombres mayores como tú.

—Pues no te fíes de ellos.

Alzó Maruja la cabeza con aire desafiador. Y al punto la bajó y comenzó a morderse las uñas.

—¿Por qué dices eso?

—Porque tienen pensamientos innobles —comentó José María, quien, en efecto, comenzaba a tenerlos.

Rompió a reír:

—¡Innobles! ¡Qué palabra más cursi!

José María la contempló en silencio. Ella confesó súbitamente que tenía una «burrada» de sed y pidió al camarero una limonada. Él pidió otra con un poco de ginebra.

—Eso se llama *gin-fizz* —comentó ella sabiamente.

—Si le echas un poco de ginebra a la limonada, te aseguro que está mucho más rica —sugirió Tomeu.

—Eso es lo que tú quisieras: emborracharme.

—Pero, chiquilla, ¿cómo se te ocurre pensar que yo quisiera emborracharte?

—Porque los hombres tenéis pensamientos innobles. ¡Tú eres el que lo has dicho!

Y rompió a reír con tanto estrépito que José María se azoró.

Que tenía sed, era evidente. Maruja se bebió la limonada sin respirar. Y al

concluirla dio un gran suspiro, medio ahogada.

—Escucha, Maruja. Ya que me has llamado «hombre mayor»… ¿le dejas a un «hombre mayor» que te diga la verdad?

Ella asintió con la cabeza.

—No me gusta que esas personas tan importantes que están ahí nos vean juntos. Puede parecerles extraño nuestra diferencia de edad. Me encuentro incómodo aquí para charlar contigo. ¿Qué te parece si continuamos esta conversación en mi cuarto? Como veo que dudas, te doy la solución. Ahora te pones de pie, me das un beso y te despides. Yo te acompaño hacia la puerta. Al llegar al ascensor nos volvemos a despedir. Yo subo y tú te quedas, como dudando qué hacer. Al fin vuelves a la mesa, recoges la caja de puros que yo me habré olvidado y sin preguntar nada subes para traérmela al tercer piso y buscas la habitación 327. ¿De acuerdo?

—Me parece muy emocionante —respondió, y se puso de pie.

—Espera. No tengas prisa. Deja que me tome el *gin-fizz*.

La miró mientras bebía. Nunca debió haber hecho tal propuesta. «Estás a tiempo de desdecirte», murmuró de labios adentro. Pero de labios afuera sólo susurró:

—Supongo que no dirás nada en tu casa.

—¡Estás loco! Nunca digo la verdad.

Apenas llegó Echevarrieta a su cuarto ya estaba arrepentido, dispuesto a cambiar el programa y asegurar que había olvidado un compromiso ineludible, cuando Maruja, cargada con el regalo de la Cruz Roja, entró en su habitación.

—Veamos qué tontería te ha regalado mi padre. —Y comenzó ella misma a deshacer el paquete.

José María, maliciosamente y fingiendo que era él quien quería abrirlo, comenzó a forcejear con ella. Maruja se resistía con grandes risas, sin que sea fácil precisar si con la inocente terquedad de ser ella quien quería abrirlo, o con la menos inocente intención de prolongar la lucha. Súbitamente Echevarrieta la atrajo hacia sí y la estrechó. Ella se resistió débilmente, hasta dejarse enlazar, muy sofocada. José María le acarició el pelo. La besó en las sienes. La piel de la niña ardía.

—No está nada bien lo que estamos haciendo. ¿Te das cuenta o no? —dijo él, sin dejar, por eso, de acariciarla.

—Sí, me doy cuenta. No está nada bien —respondió Maruja sin hacer nada por apartarse de él.

—Estamos los dos de acuerdo. Ahora mismo te vas a marchar.

—Sí, me voy a marchar en seguida. Soy una tonta. Y tú también. —Pero no se apartó.

—¿Quieres beber algo primero? ¿Te pido otra limonada?

—Con un poco de ginebra. Pero muy poco.

—Y después te irás.

—Sí. Después me iré.

José María pidió por teléfono que le subieran las bebidas. Ella, de espaldas,

comenzó a hojear unas revistas. «Todo esto es un disparate —se decía Echevarrieta —. ¡Maruja no es más que una niña!». No se atrevía siquiera a decirle que se escondiera en el cuarto de baño cuando entrara el camarero, pues le producía una violencia indecible que el hombre le viera con aquella criatura. Pero ella lo hizo sin necesidad de insinuación alguna.

Salió mordiéndose las uñas.

—¿Cuándo te marchas de Madrid? —preguntó ella.

—Pasado mañana; muy temprano.

—A las seis salgo del colegio. ¿Me dejas que venga mañana a despedirte?

—De acuerdo. Sube directamente aquí. Pero sin preguntar nada a nadie y sin necesidad de avisarme por teléfono. ¿Comprendes? Tú coges el ascensor y subes. Ahora, vete.

—Me da mucha pena que te marches de Madrid.

—Ya hablaremos de eso mañana. Ahora, vete.

—Dame tus señas para que te escriba.

—Mañana te las daré por escrito. ¡Vete!

—Yo también te las traeré escritas. ¿Me escribirás?

—¿Con qué pretexto?

—El domingo que viene cumplo quince años. Puedes escribirme para felicitarme.

José María sacó automáticamente su libreta y anotó en la fecha indicada: «cumpleaños de Maruja».

—¿Qué estás apuntando?

—Nada que te interese. ¿Me quieres hacer el favor de marcharte?

—¡No!

—¿Cómo que no?

—Yo he dicho en mi casa que iba al cine. ¿Cómo voy a explicar lo que he hecho si llego antes de tiempo?

—Escucha, mocosa. No tientes más a «un hombre mayor», como tú has dicho. Los hombres mayores no somos de piedra, ¿entiendes?

Maruja se acercó a él y enlazó con sus brazos, toda temblorosa, el cuello de José María. Y se besaron como se besan un hombre y una mujer.

Cuando se separaron, ella estaba llorando. José María enlazó su cara con las dos manos y la contempló con infinita ternura.

Maruja se desasió para volverse de espaldas.

—Me da mucha vergüenza llorar.

—¡No te dé nunca vergüenza llorar!

—Llorar es de niñas.

—Estás muy equivocada. Se llora más de mujer que de niña. Y esas lágrimas tuyas de ahora son de mujer.

—Esta mañana me dijiste…

Guardó silencio.

—¿Qué te dije?

—Nada. ¡Era una tontería!

—¿Me dejas que lo adivine?

Maruja se volvió y le miró fijamente a los ojos.

—Te dije que eras una mujer muy bonita.

—Me hizo mucha ilusión.

—¿Por lo de «mujer» o por lo de «bonita»?

—Por las dos palabras juntas.

—No mentí en ninguna de las dos.

Movió Maruja los labios como para decir algo, pero se contuvo.

Al fin comentó:

—No soy bonita; pero me gusta parecértelo a ti.

—Acabarás conmoviéndome. Esa frase que has dicho es tan bonita como tú. Y no son palabras de niña. Son palabras de mujer.

La chiquilla se sonrojó.

—Ahora ya me voy. Mañana volveré.

—Espera, Maruja. Yo… yo prefiero que no vengas. Creo que no debes venir.

—Vendré a despedirme a la salida del colegio.

—Mira, Maruja, hay cosas que no entiendes. ¡No debes venir!

—Te he dicho que vendré.

—Está bien —exclamó José María alzando la voz—. ¡Ven si quieres! Pero yo no estaré.

Muy derecha, clavando las uñas en sus manos, abiertos los ojos, que ahora no lloraban, gritó:

—¡Como no estés, te odiaré para siempre! ¿Lo oyes? ¡Para siempre!

Dio media vuelta y salió de la habitación dando un portazo.

José María apuró el vaso, se sirvió otro y se dejó caer desplomado en el sillón. Todo cuanto había ocurrido excedía los límites de la insensatez. Él era un frívolo, pero no un rufián. Ni debía haber invitado a la niña a subir al cuarto, ni permitir que las cosas llegaran al punto al que llegaron. Quien tenía la obligación de usar el sentido común era él, no la pequeña. Se golpeó dos veces con el puño en la cabeza. Estaba furioso consigo mismo. Se desvistió y dejó la ropa tirada en el suelo. Bebió un tercer vaso de ginebra. Y se acostó sin cenar. «Mañana —dijo en voz alta— ¡no estaré!».

Empleó la mañana siguiente en telefonear a su representante en la Rioja. Se le daba una higa que en aquella región fuese costumbre o no cobrar una cantidad anticipada a los futuros compradores. En Francia se hacía así y en la Mancha también. Si en el pasado no era costumbre, lo sería en el futuro. Escribió varias cartas a bodegueros malagueños pidiendo información acerca de marcas y precios, y se

ofreció como representante suyo en Francia. A primera hora de la tarde salió a la calle y encargó dos grandes ramos de flores. Uno para Teresa Riquer y otro para la señora de Trías. En la tarjeta correspondiente al ramo de la presidenta de la Cruz Roja escribió: «Mil gracias a Jorge Antonio por sus cigarros. El clavel blanco que va aparte es para su encantadora hija Maruja, de quien me hice ayer muy amigo durante la cuestación benéfica. Salúdela de mi parte y dígale que tiene en mí un admirador». Con este detalle pensaba compensar a Maruja de la decepción que le produciría no encontrarle. Si la pequeña tenía la cabeza a pájaros, él tenía la obligación de tener los pies de plomo. La experiencia del Tomeu Riquer antiguo con la más joven de las Origny no era una simple ligereza: era una total canallada. Y, con todo, aquélla locuela tenía dieciocho años, y ésta, catorce. Se dijo esto y añadió consideraciones sobre consideraciones. Pero es mucho lo que va entre el pensar y el hacer. A medida que se acercaba la hora decisiva su ánimo comenzó a flaquear y su voluntad a ceder. La inquebrantable decisión de no esperar a la pequeña se quebró como la más frágil de las porcelanas. Y mientras engarzaba muy sutiles reflexiones acerca de la flaqueza humana, subía con el ánimo alborozado al lugar de la cita. Ordenó el cuarto, encargó bebidas y flores y se dispuso a esperar a Maruja. Pero Maruja no llegó.

X

DE LAS VENTURAS Y DESVENTURAS QUE PUEDE OCASIONAR LA CAZA DE LA PERDIZ Y OTRAS MENUDENCIAS QUE PRECEDEN A LO QUE INTERESA

[1953]

—¡Calla, *Rubio*, calla! ¿No ves que soy yo?

Ver, lo que se dice ver, el mastín no podía, pues era noche cerrada, pero oler, sí, y esto le bastó para reconocer a su ama.

—Eres un gruñón.

Maruja se puso en cuclillas junto a él, le tiró de las orejas y le abrazó la cabeza.

—Estoy picadísima contigo. Ayer no me reconociste.

Si los mastines hablaran, *Rubio* hubiera desmentido tan gran error. Lo que acontece es que no puede saberse quiénes son las personas que están dentro de un automóvil que llega, y a los automóviles se les ladra por principio, sean de casa o sean forasteros.

—Te voy a soltar para que me acompañes, pero me vas a prometer no escaparte, aunque huelas una liebre.

Una luz se encendió en el piso alto de la casa, y *Rubio* volvió a gruñir. Se abrió una ventana, se oyó una voz.

—¿Quién anda por ahí?

—Soy yo, papá.

—¿Qué haces de noche fuera de casa? ¡Entra inmediatamente!

—Pero si va a amanecer en seguida. Son ya las seis.

—¡Te digo que entres!

—¿Ves? —le dijo al perro—. ¡Nunca nos dejan estar juntos!

Maruja entró resignada en la casa. Su padre, en bata, bajaba las escaleras.

—Ven a la cocina y ayúdame a prepararme un café.

Maruja ya sabía lo que significaba ese «ayúdame». Su padre se dejaría caer en una silla y ella debería prepararlo todo. Y eso de café, era también una manera de

decir. En realidad, significaba tostadas, mantequilla, mermelada, jamón y dos huevos fritos por añadidura.

Todo ocurrió tal como estaba previsto. Jorge Antonio Trías se armó de una silla, se sentó a horcajadas como un pachá, y dejó que su joven esclava trabajara para él.

—¡Qué idea la de salir sola de casa a estas horas!

—No estaba sola, papá. Estaba con el *Rubio*.

—¿Quién es el *Rubio*?

—El perro.

—No me has dado un beso. ¿Crees que son maneras de dar los buenos días a tu padre?

Maruja se le colgó del cuello.

—Eres igual que el *Rubio*: un gruñón.

Jorge Antonio se dejó besar y tirar de las orejas —igual que el mastín— con íntima satisfacción.

—¡Si vieras cómo está el cielo de bonito! ¡Las estrellas se ven mucho más grandes que en Madrid!

—Es un disparate que hayas salido. No tienes ninguna cabeza. No te das cuenta de que ya eres una mujer.

—Los hombres estáis llenos de ideas sucias.

—Pues precisamente por eso, querida mía, una niña de tu edad no debe pasearse de noche y sola por el campo.

—¡El *Rubio* me hubiera defendido!

—¿Quién es ese *Rubio* de quien hablas tanto?

—¡El perro, papá, ya te lo he dicho!

Berta Trías, con la arenilla del sueño en los párpados, apareció en el quicio de la puerta.

—No dejáis dormir a nadie en la casa. Niña, ¿qué estás haciendo?

—Prepararle el desayuno a papá…

—Déjame hacer a mí, que lo vas a poner todo perdido.

Maruja no deseaba otra cosa. Se sentó junto a su padre.

—¿A qué hora llegan los invitados de la cacería?

—A las nueve están citados. ¡Hubiéramos podido dormir dos horas más!

—¿Me dejarás tirar a mí?

—No, Maruja, no. Me da muchísimo miedo.

—¡Anda, déjame! No seas roña. Ya tengo quince años. Si nunca me dejas, nunca aprenderé.

—En eso tiene razón la niña —terció la madre—. Yo la pondría en una punta o en una retranca, y acompañada de Manolo, que es buen cargador y muy prudente.

El presidente de la Cruz Roja se encogió de hombros y dio la callada por respuesta. España es un matriarcado, pensó, donde los hombres ni pinchan ni cortan.

Maruja observó atentamente a su padre.

—¡Quien calla, otorga! —sentenció. Y dio un brinco de alegría.

Después, en cuanto su padre comenzó a enfrascarse con los huevos fritos, salió subrepticiamente al jardincillo que bordeaba la casa y corrió hacia el mastín, que la recibió dando saltos.

—¡No hagas ruido, tonto, que no quiero que nos oigan!

Desató la cadena de la perrera, enlazó una correa a la argolla del collar, y salió del jardín con el *Rubio*, campo adelante.

—Si te paras en cada mata a hacer pipí no llegaremos a ninguna parte. ¡Mira, *Rubio*, mira…! El cielo se ha puesto del color de las pizarras del colegio… Ya casi no se ven las estrellas. Sólo queda esa gorda, pero no es una estrella, no seas ignorante, es un planeta. Y se llama Venus, como la diosa del amor. ¡Ay, *Rubio, Rubio*, si vieras qué cosas más raras me pasan! No he podido dormir en toda la noche, ¿sabes? No quiero mentir: algo he dormido, pero sólo al principio y después me desperté en seguida, porque estaba muy nerviosa… ¡Hasta lloré un poquito de lo nerviosa que estaba…! ¿Qué haces, *Rubio*? ¡No tires tan fuerte, que me vas a arrastrar! Quieto, quieto. Ya te he dicho que aunque huelas una liebre te aguantes las ganas de cogerla. ¡Fíjate qué maravilla, cómo se está poniendo el cielo por ese lado! Todos los colores están ahí, el rojo, el amarillo, el violeta… Siempre que veo amanecer me acuerdo de Adán. ¿Qué pensaría Adán la primera vez que vio amanecer? Creería que el mundo estaba ardiendo, o algo así. Escucha, *Rubio*, yo me siento en esta piedra para verlo mejor. Y ya puedes tumbarte, porque desde luego no te voy a soltar. ¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí, lo de Adán! A mí me gusta pensar en esas tonterías. Veo cualquier cosa y, ¡zas!, se me dispara la imaginación y se me ocurren las cosas más fantásticas. Veo una nube y pienso en un elefante; veo un estanque y me imagino que soy una rana. ¿Tú no has pensado nunca que eres una rana? Pues yo sí, muchísimas veces. Tonto, ¿por qué me lames la cara? Te has dado cuenta de que estaba llorando, ¿eh? Pues, para que lo sepas, no hace falta estar triste para llorar. Yo lloro muchas veces sin estar triste, como ahora. Lloro porque me gusta este paisaje, o porque estoy contenta de estar aquí contigo, o porque me voy de veraneo. Una vez lloré porque vi a dos personas abrazarse muy fuerte en una estación y comprendí que no se veían hacía mucho tiempo. Y otras veces lloro sin ninguna razón. Y aún te diré más: a veces lloro con lágrimas de niña, y a veces con lágrimas de mujer, según me dijo cierto señor, en cierta habitación, de cierto hotel, hace cinco meses. ¿A que no sabías tú eso? Pues ya lo sabes. Y hoy lloro porque le voy a volver a ver. De modo que ya estás enterado de todos mis secretos. ¿Tú nunca has estado enamorado? Es como una enfermedad. Pero al revés. Ese señor me regaló una caja de pinturas, de las de verdad, de las de óleo. Le preguntó a no sé quién cuáles eran mis aficiones y me la mandó por mi cumpleaños. Y yo le escribí. Y él no me contestó. ¡Es odioso! ¡No sé por qué pienso siempre en él…!

»¡Fíjate, *Rubio*! ¡Ya sale el sol! Míralo ahora porque después ya no se le puede ver. Si hubieras estudiado un poquito sabrías que unos indios que se llaman incas

adoraban al sol porque creían que era Dios. ¿Y sabes lo que te digo? ¡Que yo también he pensado lo mismo alguna vez! ¡No lo mires ahora, porque ya brilla demasiado!

»¡Qué divertido! ¡Antes, todo era gris, como cuando dibujas a lápiz, y ahora todo empieza a colorearse, como cuando pasas los pinceles sobre lo que has dibujado primero! ¿Qué te estaba diciendo? ¡Ah, sí! ¡Que el sol se parece a Dios en que no se le puede mirar!

»¡Ay, *Rubio, Rubio*! Ya verás qué señor más estupendo. Es como Gary Cooper, pero en menos. ¡Tampoco hay que exagerar! Y ya que hablamos de exageraciones, ¿por qué se habrá empeñado mi padre en que todo el mundo me quiere violar? ¡Los padres, a veces, tienen unas ideas!

»*Rubio,* ¿qué haces? ¡*Rubio,* ven aquí! ¡Deja en paz esa liebre! Estúpido, ¿no ves que corre más que tú? ¿No ves que llevas la correa puesta y se te va a enredar en las patas? ¡Dios mío, las perdices! ¡Estás espantando a todas las perdices! ¡Son centenares y centenares! ¡Se van del ojeo! ¡Se van de la finca! ¡Si papá se entera, me va a matar! ¡Me alegro que hayas rodado por el suelo! ¡Ya te dije que con la correa puesta no se puede correr! ¡Mira qué pinta traes con el rabo entre las piernas! ¿No te da vergüenza? ¡Has estropeado el primer ojeo! ¡Toma, toma, por tonto y por desobediente! El disgusto de mi padre va a ser de órdago. Espero que nadie nos haya visto y le dé el chivatazo. Si se entera no volverá a traerme a las cacerías y no podremos más pasear juntos. Anda, dame un beso, y perdóname por haberte pegado. Te di muy flojito para no hacerte daño. No te hice daño, ¿verdad…? ¡Ay, *Rubio*, lo que estoy viendo! Mira: allá lejos… Uno, dos, tres, cuatro automóviles. En uno de ellos viene él. Volvamos a casa, pero hagámoslo despacito, para que no se me note que estoy nerviosa… ¡Ay, *Rubio,* qué nerviosa estoy!

No le faltaban razones a Maruja para estarlo. La temida catástrofe se produjo: se había producido ya. No fue necesario que nadie denunciara a Jorge Antonio lo ocurrido: él mismo lo había visto todo con sus ojos. Presa de infinito desconsuelo (¡desconsuelo sólo comparable a su cólera!) vio cómo bandadas y más bandadas de perdices levantaban el vuelo y huían a otros sembrados, a otras fincas, a otras provincias, a otras naciones acaso, o tal vez a otros continentes, mientras un perro loco perseguía fantasmas y una niña estúpida las espantaba con sus gritos.

Clavado a la entrada del jardín, con gesto terrible y justiciero, el dueño de aquellas tierras y exdueño de aquellas perdices esperaba a la joven responsable de aquel atentado cinegético para castigarla. La mala fortuna hizo que los coches de los invitados llegaran por el norte al tiempo justo en que Maruja, cabizbaja y dispuesta al sacrificio, llegaba por el sur. Y en el instante mismo en que José María Echevarrieta Letelier descendía de su vehículo, un sonoro bofetón, harto más humillante que doloroso, hirió por igual la mejilla y el orgullo de la causante del drama. Maruja, los ojos muy abiertos, fijos en los de su padre, ni lloró, ni se retiró, ni se llevó la mano al lugar del castigo.

Jorge Antonio se volvió hacia sus invitados.

—¡Que nadie baje las escopetas ni las municiones! ¡No hay cacería! ¡Podéis pasar a tomaros unas copas, pero no a cazar! ¡No quedan perdices en la finca! ¡Esta mocosa ha empleado la mañana, desde el alba hasta ahora, en espantarlas una por una! ¡Y lo ha conseguido! ¡Hala, hala, pasad si queréis!

Y a grandes zancadas penetró en su casa dejando las puertas abiertas de par en par.

José María se acercó a Teresa Riquer y comentó en voz baja:

—¡Qué gran verdad me dijiste el año pasado!

—¿Qué te dije?

—Que en las cacerías, hasta los más señores se vuelven mal educados, groseros y violentos.

—Desde luego, si te dije eso, no me equivoqué.

Jorge Antonio Trías volvió a asomar la jeta tras la puerta.

—¡Hala, hala, pasad! ¡Tengo naipes y tableros para jugar a las damas y al ajedrez! ¡Hemos hecho ciento cincuenta kilómetros para jugar al mus y al ajedrez! También tengo fichas de dominó. ¡Pasad todos a jugar al dominó! ¡Que nadie baje las escopetas! ¡No hay cacería!

Maruja, que no se había movido desde el bofetón, se volvió a su padre, y con voz alta, pero sin gritar, le dijo:

—¿Quieres dejar de ponerte en ridículo de una vez?

Lo dijo con tal autoridad, que Jorge Antonio cerró el pico y se retiró.

—Es un mal educado —añadió dirigiéndose a Teresa y abrazándola. Saludó después uno a uno a los recién llegados.

—Hola, José María.

—Hola, Maruja.

La besó en la cara como se besa a una niña. Ella tardó en hablar.

—Pasad adentro. Y desde luego que os preparen las escopetas. El temporal no durará mucho.

José María fingió buscar algo en su coche y se quedó rezagado. Maruja le esperó.

—Es usted todo un personaje, señorita.

—No me tomes el pelo.

—¿Estás enfadada conmigo?

—No tengo ningún motivo.

—¿Seguimos siendo amigos?

—¿Tú qué opinas? ¿Lo somos o no?

—Siendo así, siéntate a mi lado como el día de la Fiesta de la Banderita y háblame todo el tiempo. No entiendo nada de caza, y te confieso que estoy aterrado con el mal genio de tu padre.

Cuando entraron en la casa, había gran conciliábulo. El guarda había sido convocado para que diera su opinión y ver el modo de eludir la catástrofe. Hablaba moviendo los brazos como aspas de molino:

—Le digo, don Jorge, que no veo ande está la intríngulis. ¿No cazaban ustedes hoy en la parte de acá, de la ribera pa abajo; y mañana en la parte de allá, de la ribera pa arriba? Pues cacen hoy en la parte de allá, de la ribera pa arriba; y mañana, de la parte de acá, de la ribera pa abajo.

—¿Y los ojeadores?

—Están ahí mismito esperando. Y el traztor lo mismo les lleva pa un lau que pa l'otro lau.

—¿Y mañana? ¿Qué hacemos mañana con las perdices del primer ojeo?

—¿Ésas? ¿Las que se han ido? ¡Ésas no andarán mu lejos, no! Antes de que sea de noche san vuelto ande siempre, que las gusta dormir en la misma cama. Que toos los problemas fueran comuese y el mundo iría p'arriba.

—Entonces usted cree que…

—Digo que no hay na q'arreglar. Que yastá to arreglau. ¡Andando, que se hace tarde!

—¡Andando! —exclamó Jorge Antonio.

Veinte minutos más tarde, escondidos los coches en un barranco, una larga hilera de cazadores con sus secretarios y cargadores subía entre las viñas la pendiente de una loma. Maruja sintió una mano posarse en su hombro. Creyó que era José María. Se equivocaba. Era la mano de su padre. Caminaron de esa suerte, un gran trecho, en silencio.

—No te hice daño, ¿verdad?

Maruja no respondió.

—Me fastidiaría mucho haberte hecho daño.

Maruja guardó silencio.

—Siento que hubiera gente delante, ¿sabes? Eso es lo que siento más. Yo no quería pegarte, pero la mano se me escapó. Se me escapó, como a ti las perdices.

—¡Nunca me habías pegado antes de hoy!, ¡nunca! ¡Eso es lo que me duele y no la cara!

—No te me eches a llorar ahora, porque me harías llorar a mí y haríamos el gran papelón ante los invitados. ¿Puedo darte un beso?

Maruja se detuvo y ofreció su cara. Jorge Antonio la besó en la frente.

—¡Ahí, no! ¡Ahí, no! ¡Es aquí donde tienes que besarme! —Y señaló la mejilla del bofetón.

Jorge Antonio lo hizo.

—Eso está mucho mejor —sentenció Maruja. Se colgó del brazo de su padre y prosiguieron la ascensión.

—¡Viva los novios! —gritó Armando Riquer, que les seguía a corta distancia. Y José María, que caminaba junto a él, pensó para su coleto que Maruja no era verdaderamente una mujer, sino una niña. No habría concluido el día sin que comprobara que no era una niña, sino una mujer.

—¡Don José, éste es su sitio! —gritó un secretario a Echevarrieta.

Durante el recorrido, a pie, camino de los puestos, Echevarrieta coincidió codo con codo con un cazador que no le había sido presentado.

—No habíamos coincidido nunca en esta cacería —le dijo el otro.

—Ni en ésta ni en ninguna —respondió José María—. ¡Soy primerizo en estas lides! Y usted, ¿caza mucho?

—Antes, muy poco. El periódico no me dejaba tiempo para estas escapadas. Lo más que consigo cazar es cuatro o cinco veces al año.

—¿Es usted periodista?

—¡Eso creía yo! Pero con el régimen de censura a que estamos sometidos no merecemos este nombre.

—¿Tan dura es la censura de prensa?

—¿Dura ha dicho usted? ¡Es estúpida, que es peor! El amigo Arias Salgado nos considera a todos los periodistas tarados mentales, frívolos, peligrosos, inconsecuentes, y con una perversa inclinación a decir la verdad.

Señaló un montón de jaras y juncos atados con alambres.

—Ése es mi puesto. Aquí me quedo.

—Que haya suerte —comentó Echevarrieta.

—Lo mismo digo —respondió el periodista.

Varios metros más lejos, un secretario gritó a Echevarrieta:

—¡Don José! ¿Adonde va usted? ¡Su puesto es éste!

Lo contempló con aire de entendido.

—¡Jolín, qué puesto li ha tocau! ¡Aquí se va usted a jartar de matar perdices! Y liebres también le entrarán.

Maruja buscó con la mirada a Manolo, el mecánico que la condujo cinco meses atrás al Hotel Velázquez, y que avanzaba cargado con la escopeta con la que ella habría de iniciarse como cazadora.

—¿Dónde está la retranca?

—Tenemos que separarnos aquí mismo de los demás. ¿Ves aquel olivo, sobre el que hay dos urracas? Ahí está el puesto. Vamos por aquí.

Hablando muy bajo, para no ser oída más que por él, Maruja susurró:

—¿A ti te gusta mucho cazar?

—¡Como al que más!

—Pues vete tú solo a mi puesto y tiras tú. Pero que no lo sepa nadie.

—No, no. Los señores se enfadarían.

—No seas bobo. Yo me voy a quedar aquí con ese señor para que puedas tirar tú. Pero las perdices que traigas dices que las he matado yo.

—¡De acuerdo; no hablemos más! Y gracias…

Corrió Maruja hacia el puesto de Echevarrieta.

—Como supongo que eres el peor cazador del mundo, he venido a espiarte y ver lo torpe que eres —le dijo.

—Yo he cazado algo —confesó José María— en el sur de Francia y en los

bosques del Pirineo; pero esta suerte de caza tal como se hace aquí no la he hecho nunca.

—Pos ya verá usted lo qu’es güeno. Aquí, perdices hay muchismas, lo que se dice muchismas —terció su secretario cinegético, que se llamaba Higinio.

—Otra desventaja que tengo es la de mi mano —explicó Echevarrieta anticipándose a justificar sus futuros desaciertos—. Aquí se ve un guante, pero debajo no hay mano. Y desde que estoy mutilado no he vuelto a cazar.

—¿Me dejas que la toque? —preguntó Maruja llena de curiosidad.

—Es como si tocaras un muñeco de goma.

—Es verdad, parece goma.

Hubo que explicar a José María todo lo que ignoraba. Esas placas de hierro en lo alto de unas barras que se clavaban en el suelo se llamaban «pantallas» y servían para cubrir las cabezas de los cazadores instalados treinta metros más lejos en sus puestos. En esa dirección estaba rigurosamente prohibido disparar. El secretario se situaría a su derecha, sentado sobre una gran piedra en el suelo y de espaldas al lugar de donde vendría la caza. Apenas disparados los dos primeros cartuchos, José María debería entregar la escopeta al secretario y éste le daría una segunda previamente cargada, repitiéndose este movimiento cada vez y a gran velocidad.

—¿No llevas gafas? —preguntó Maruja.

—Yo no uso gafas.

Maruja se rió de su simplicidad y explicó que no se trataba de unas gafas para dioptrías, sino de otras especiales para proteger los ojos y las sienes contra posibles perdigonadas de los imprudentes.

—¡Sólo faltaría que además de manco te dejaran tuerto!

—¡A ver! Explícame por dónde me entrarán las perdices…

—Por la derecha, por la izquierda, de frente, altas, bajas, rasantes, oblicuas y a veces hasta por detrás. Y algunas a peón.

—¿Qué quiere decir «a peón»?

—¡Que vienen a pie! ¡Eres lo más ignorante que he visto! ¡No se puede andar por el mundo sin saber algunas cosas!

—¿Tan importante es saber lo que significa «una perdiz a peón»?

—¡Para matarlas, desde luego! Pero está prohibidísimo.

—¿Está prohibido matarlas a peón? ¿Por qué?

—Porque es una canallada.

—¿Y matarlas en el aire no es una canallada?

—En el aire, no.

—No entiendo nada.

—Son leyes de la caza que nadie cumple.

—Entonces, ¿puedo matarlas a peón, sí o no?

—¡Naturalmente!

—Pero ¿no me dices que está prohibido?

—Sí. Pero ¿tú no haces nunca nada que esté prohibido? ¡Soy testigo de que sí!

—¿Ve usted aquellas lomas de allí? —preguntó Higinio—. Pos desde mucho más pa atrás vienen los bujeadores, empujando la caza palante. De aquí a que lleguen tié usté tiempo de fumarse un cigarrillo y hasta dos.

—Pues vamos a fumar. ¿Quiere usted uno? —le dijo José María, ofreciéndole.

—Yo no tengo ese arte de fumar —sentenció filosófico.

Sentóse el cargador en el sitio asignado, situó el maletín de los cartuchos cerca de él y Maruja se instaló en el suelo junto al bisoño cazador.

—Y tú, Maruja, ¿no vas a cazar?

—En este ojeo, no. Quiero ver primero lo malo que eres tirando.

—Acepto tu compañía como un desagravio. En realidad me debías una visita. ¿Lo has olvidado?

—¿Te dio mucha rabia el que no fuera a verte aquel día?

—Mucha. Y no sólo rabia. También tristeza.

—¿Sabes por qué no fui?

—¿Por qué?

—Porque no estaba nada segura de que fueras tú. Y te hubiera odiado para siempre. Y yo no quería odiarte para siempre.

—¿De modo que si hubieses estado segura de encontrarme hubieses ido?

—Sí.

—En ese caso, no nos faltarán ocasiones. ¿Quieres que te avise cuando vuelva otra vez por Madrid?

—¡No!

—Y si te aviso, ¿vendrías a verme?

—¡No!

—Explícate mejor. Te estás contradiciendo.

Maruja señaló al cargador, indicando con un gesto que había temas que no eran para testigos. Se puso en pie. Miró con aire de entendida la altura y anchura del parapeto de hojas y ramas que conformaban el puesto y decidió que había que ensancharlo y ponerlo más alto. Con esto el hombre se apartó para buscar jaras, rastrojos, matas y ramas siguiendo las instrucciones de la experta.

—Ahora la cosa es completamente distinta que hace cinco meses —sentenció Maruja.

—¡No veo la diferencia!

—Pues la hay. Antes estaba enamorada como una mula.

—Ignoraba que las mulas tuvieran fama de enamoradizas.

—Sí, señor: tienen esa fama. Y las gallinas, también.

—¿Y ya no estás enamorada?

—Algo, sólo algo. Y desde luego no como una mula.

José María sintió el impulso de besarla, abrazarla y estrecharla contra sí. Maldijo la proximidad de los puestos vecinos. Y al no poder hacerlo sin ser visto, se lo dijo a

ella.

—¡Estás loco! Nunca más volverás a besarme. De eso olvídate para siempre.

—¿Nunca?

Maruja dudó. Y esa duda era toda una delación.

—¡Nunca! —dijo con firmeza—. Además, me fui a confesar. Y el cura me dijo, aparte de otras cosas que me callo, que tú eras un hombre sin escrúpulos y yo una ignorante y una necia. Además, no me gusta que me mires así.

—¿Que te mire cómo?

—Como me estás mirando ahora.

—¿Y puede saberse, chiquilla, cómo te estoy mirando?

—Los pensamientos innobles, como tú dices, se te escapan por los ojos.

—¡Estás completamente equivocada! Te miraba, con… ¡No sé cómo explicarme…! Con afecto: ¡ésa es la palabra!

—¡Qué tontería más grande! Entre tú y yo no puede haber «afecto», ni cursiladas de ésas. O hay amor o no hay nada.

Regresó el hombre con su carga botánica a cuestas y amplió considerablemente el tamaño del refugio.

—Ahora sí que queda bien —comentó, muy satisfecho de su labor.

Pero Maruja insistió en que lo quería «mucho más grande todavía».

Alejóse el hombre, y Maruja insistió en el tema:

—¿«Afecto»? ¿Una buena amistad? ¡Nunca había oído nada tan ridículo! O amor, o nada.

Echevarrieta la miró con cierta sorna.

—Pues si es eso, óyelo bien: yo no siento amor por ti, sino algo distinto.

—¡Ni yo tampoco! ¿Qué te has creído? —dijo ella con gran aire de enfado.

—Lo que yo siento por ti es ternura.

—¡Pues lo que yo siento es asco, rabia y odio! —dijo ella, roja de ira—. ¡Eso es lo que siento!

De un salto se puso en pie y se fue monte arriba, dejando a Echevarrieta con dos palmos de narices.

—¿Aónde va usté, señorita? —preguntó Higinio.

—¡A la retranca! ¡Con otro hombre!

José María explicó al cargador que la chica se había enfadado a causa del tamaño del puesto, que él consideraba excesivo.

—Eso me pensaba yo —comentó el hombre—. ¡Si esto es ya un parapeto militar!

José María quedó no poco desconsolado. Él había querido «picarla», provocarla a cualquier respuesta ingeniosa. Pero no había previsto esa reacción suya.

—Tome usté la escopeta, jefe, que las perdices no tardarán.

—¿Cómo lo sabe usted?

El hombre señaló unos pájaros agitados.

—Son burracas. Y «cuando las burracas veas volar, preparaté para tirar».

Manolo, el mecánico, vio llegar a Maruja con no poca decepción. La idea de «tirar él» le había cautivado.

No tardaron en oírse los disparos. Las primeras perdices comenzaron a entrar muy chorreadas por los puestos de la derecha, después por el centro, más tarde en oleadas sucesivas por toda la línea de escopetas. Maruja veía ante ella desplomarse los pájaros como si fueran bombas. Muchas lograban huir, algunas de ellas iban tocadas.

—Pero ¡dispara, chiquilla, dispara! ¿Por qué no disparas? —gritaba Manolo, desesperado.

—Es que pasan deprisísima; las veo venir, las apunto y cuando voy a disparar ya se han ido.

—¡A tu derecha, a tu derecha va a entrar una! ¡Tira ya! ¡Pero tira, mujer!

Maruja apretó el gatillo, sintió un culatazo espantoso en el hombro y se cayó aparatosamente de espaldas. Rabiosa y decepcionada, decidió que para una experiencia ya estaba bien; que cazar era una estupidez y que ese deporte no le gustaba.

—No tiro más. Hazlo tú.

Manolo mató ocho perdices, que Maruja exhibió triunfante como si fueran suyas a los demás cazadores apenas concluyó el ojeo. Fue felicitadísima. Parecía increíble que siendo la primera vez que disparaba hubiese abatido tantas. Se mataron ciento siete, más ocho liebres. Su padre estaba eufórico: él solo había abatido veintidós. Si los cuatro ojeos restantes resultaran tan bien como éste, la jornada sería un exitazo.

—He tirado muy bien. Francamente bien —declaraba sin ningún pudor—. ¿Cuántas traes? —gritó a Armando Riquer, que se acercaba.

—Diecisiete.

—¿Y usted, José María?

—Cero.

—¡Qué lástima! ¿No ha tenido suerte con el puesto?

—El puesto era sensacional. ¡Lo que pasa es que yo soy muy torpe!

—En el próximo ojeo me sentaré a tu lado —dijo Maruja—; a ver si te doy suerte.

Y él la miró agradecido. Esas palabras parecían indicar que el armisticio quedaba sellado.

—No le darás suerte —exclamó su padre—. Eres muy mala compañera de puesto. No paras de hablar. Y distraes a los cazadores.

—Si piensas eso de mí, no te haré ninguna visita en todo el día. El año pasado hasta fui tu cargadora. ¡Y me felicitaste!

—Reconozco que como cargadora eres bastante buena. Pero hablas demasiado. Acércame esa bota de vino. Voy a remojar el gaznate.

Cuando Maruja se la acercó, Jorge Antonio confesó a su hija:

—Tu madre está furiosa conmigo por lo de antes.

—¡No me hables más de eso, papá! Yo ya no me acuerdo de «lo de antes».

—Me ha dicho que no tienes edad de que se te pegue; que ya eres una señorita, y que acabarás odiándome.

—¡Mamá no sabe lo que dice! Tienes derecho a darme todos los bofetones que te apetezca. Siempre que después…

Y le ofreció su mejilla como antes. Y, como antes, su padre la besó en el sitio indicado.

—¡Lo vuestro es un verdadero idilio! —exclamó Teresa Riquer, chanceándose.

—¿Qué quieres? Es mi única hija y la adoro.

—Me pasa lo mismo —replicó Maruja—. ¡Él es mi único padre!

A partir del segundo ojeo hubo variaciones sustanciales. Se decidió que, a causa de ser José María un primerizo en la caza de perdices, se situara siempre en la retranca, donde resultaba más fácil abatirlas porque las perdices llegaban cansadas, e incluso algunas heridas de ala o con las patas colgantes. Y Maruja, por su cuenta, decidió jubilar a Higinio y transformarse ella en su «cargador».

—¿De modo que no me guardas rencor? —preguntó José María.

—¡Claro que te lo guardo: eres un ser odioso! No vayas a pensar que estoy aquí por mi gusto. Estoy para hacer penitencia.

—¿Tienes motivo para hacer penitencia?

—Sí. El haber estado una vez a solas en el dormitorio de un hombre sin escrúpulos.

—Eso que te dijo tu confesor me recuerda la letra de una canción.

—¡Sé perfectamente cuál es!

—¿Cómo lo vas a saber si no te la he dicho?

—¿A que es ésta?

El confesor me dice
que no te quiera…
y yo le dije «¡Padre,
si usted la viera…!

¡Es tan bonita,
que sólo con mirarla
las penas quita!».

»¿A que era ésa la canción? ¡Confiesa la verdad!

—Eres absolutamente desconcertante. ¿Cómo lo has adivinado?

—Ya te dije que te leo en los ojos todo lo que piensas: lo bueno y lo malo. Esa canción —añadió— la leí en una novela que se llama *Edad prohibida*.

—Y ¿cuál es la «edad prohibida»?

—La mía —suspiró Maruja, desconsolada.

—Estás muy equivocada. Todas las edades son prohibidas…

—¡Ni hablar! Vosotros los mayores no sentís lo que nosotros.

—¿Quiénes sois «vosotros»?

—Los de mi edad.

—¿Y qué es lo que sienten los de tu edad?

—Sentimos las cosas más intensamente. Vosotros, los viejales, sois mucho más fríos. Tú, por ejemplo, no sientes lo que yo.

—¿Y qué es exactamente lo que sientes tú?

—Ganas de odiarte; pero no lo consigo.

—¡No puedo remediarlo! —exclamó José María, de pronto—. ¡Necesito absolutamente abrazarte!

—También lo sé —replicó ella tranquilamente—, pero si lo intentas me chivo a mi padre, le digo que has pretendido violarme. ¡Y ya verás la que se arma!

—¿Serías capaz?

—Prueba y verás.

—¡No me tientes!

—No lo pretendo. Ya sabes que el confesor me dice que no te quiera.

—Estás provocándome. Eres una coqueta y una irresponsable. Y lo que te dije de que necesitaba abrazarte era una solemne mentira.

—Déjame que te mire a los ojos. Te diré si era mentira o era verdad.

Se acercó a él y le observó intensamente.

—¿Puede decirme mi joven psiquiatra cuál es el resultado de la auscultación?

—¡He leído en tus ojos una cosa muy divertida! —exclamó ella, riendo muy jovialmente. Y varió el tono antes de añadir—: He leído que no sabes leer en los míos…

—Déjame que pruebe otra vez —dijo él.

La enlazó por la cintura; ella, por el cuello. Sus labios se acercaron lentamente antes de juntarse.

Pasaron unas perdices chorreadas; después un bando de varias docenas; más tarde dos liebres; luego más perdices, pero la escopeta no fue disparada.

—¿Cuántas perdices, José María?

—Cero…

En los ojeos de por la tarde, después de la suculenta comida, la misma fatídica respuesta:

—Cero…

—Y en éste, ¿ha habido más suerte?

—No.

—Estoy seguro de que la culpa es de esa pequeña charlatana —dijo Jorge Antonio Trías refiriéndose a su hija.

E ignoraba hasta qué punto lo que decía era verdad.

XI

Donde se prosigue el relato que quedó en suspenso y se denuncian las anomalías de la prensa sometida a una rara tiranía: la de la necedad

[1953]

La mayor parte de los invitados pernoctaban en el Parador de Manzanares; el matrimonio Trías y su hija, en la finca. José María Echevarrieta, en su casa del pueblo.

En vista del escaso fervor cinegético demostrado por Echevarrieta Letelier en la cacería del sábado (fervor directamente proporcional con los lamentables resultados obtenidos), Maruja consiguió que su padre le permitiera organizar el domingo una excursión a caballo hasta el cerro de la Valvanera. Cinco «personas» tomarían parte en la expedición (ésta al menos fue su propuesta): su propia madre, Manolo el mecánico, el *Rubio*, ella misma y José María.

Maruja contaba de antemano con la deserción de su madre, pues sabía que iba a dedicar la mañana a hacer cuentas con el administrador, ya que era ella quien llevaba la finca; y contaba asimismo con la vocación cazadora de Manolo, a quien dejarían a mitad de camino, armado de escopeta y bien pertrechado de cartuchos. Jorge Antonio, incapaz de negar nada a su hija, pues el recuerdo de la bofetada le dolía tanto como si la hubiese recibido él mismo, trazó con toda minuciosidad el itinerario que debían seguir para no cruzar de ningún modo el terreno de los ojeos, por el riesgo que esto suponía de espantar las perdices. Y Manolo fue solemnemente conjurado a responsabilizarse del perro al que debía llevar permanentemente sujeto con la correa.

La meta del recorrido no estaba a más de cuarenta y cinco minutos al paso de las cabalgaduras y Echevarrieta quedó maravillado de no pocas cosas: de la habilidad de Maruja para conseguir cuanto se proponía; del candor de sus padres al dejar aquella criatura en sus manos; de unos bártulos inexplicables que la niña llevaba consigo, y de la asombrosa mutación del paisaje, sólo comparable con la mutación de las ideas, sugestiones, fantasías y ocurrencias que salían de la boca de la pequeña.

—Me han suspendido en matemáticas. ¡Y eso sí que es la mayor injusticia del mundo! La profesora me tiene manía. ¿Sabes por qué me han suspendido? Porque la que no sabe matemáticas es ella. Y le da rabia que llegue a los mismos resultados que dice el libro, siguiendo un procedimiento distinto a los que ella quiere. Pero como la muy burra no lo sabe explicar… ¿cómo vamos a entender lo que nos quiere decir?

De cuando en cuando José María, para demostrar su existencia, murmuraba:

—¡Tienes toda la razón!

El cerebro de Maruja era un complicado y cambiante caleidoscopio. Y su boca una máquina de repetición. Todo lo que veían sus ojos le sugería una idea o un recuerdo, de modo que ideaba todo cuanto veía y decía todo cuanto pensaba.

—¡*Rubio*, no te separes de nosotros y no huelas todo el tiempo la caca de los caballos! ¡Qué manía la de querer olerlo todo! A dos chicas de mi clase que se llaman… bueno, no te quiero decir sus nombres, las han echado del colegio porque resulta que a una le gustaba la otra y le metía mano y hacía unas cosas con ella que no sé lo que es ni lo quiero saber. ¡Qué asco! ¡Y con lo feísimas que eran las dos, además! ¿A ti te gusta pescar truchas? Es lo más aburrido del mundo. Porque aquí vienes a cazar perdices y hay perdices; pero te vas a la otra finca de papá a pescar truchas, y no hay truchas. Lo que sí me gusta es comerlas. Claro que para comerlas hay que pescarlas primero, porque no se da el caso de que se metan por su gusto en la sartén, que es lo que yo hago contigo. ¡Meterme en la sartén: eso es lo que yo hago! Tú eres la sartén… y yo una trucha necia e inexperta, como dice el cura con toda la razón. ¡Ah, en lo que me han dado matrícula de honor es en dibujo! Te traigo unos dibujos míos y unos óleos para que los veas. Los hice con tu regalo. Son unas tonterías, pero a lo mejor te gustan. Yo también te haré un regalo alguna vez. Y ya sé lo que será. Escucha: ¡un tiro! ¿Has oído? ¡Un tiro, sólo! Eso quiere decir que Manolo ha matado una liebre. Porque cuando suenan dos tiros puede querer decir que se le ha escapado, pero si suena sólo uno es que la ha matado, porque si no la hubiera matado tiraría el segundo. Por cierto que, a pesar de ser un viejales, no tienes ninguna cabeza. Ayer, durante los ojeos, deberías haber disparado tu escopeta alguna vez, aunque fuese al aire, porque mi padre al no oírte disparar podría pensar que no estábamos cazando… sino haciendo otras cosas. ¡Y que yo era una trucha metida en una sartén y tú un hombre sin escrúpulos!

—¡Tienes toda la razón!

El terreno dejó de ser llano y los caballos acortaron el paso al subir la pendiente. Era muy difícil para José María mantener su cabalgadura junto a la de Maruja por el barullo de jaras, matojos de romero y espinos que cegaban el monte. De modo que ella iba en cabeza, sin dejar un punto de hablar, y él a la zaga, sin posibilidad alguna de escucharla.

Al ser pisadas por los cascos, las matas de romero despedían un mágico olor y el cerro se llenaba de aromas. Un mirlo alzó el vuelo asustado y dos torcaces se posaron en una encina para verlos pasar.

Cuando pudo acercarse a la joven charlatana, su monólogo se había vuelto más personal:

—He tomado una decisión i-na-pe-la-ble. ¡No nos volveremos a besar! Claro que también la tomé ayer y después pasó lo que pasó. Pero es que ayer era una simple decisión, nada más. Y en cambio ahora es una decisión i-na-pe-la-ble. Cuando te beso pierdo la cabeza como una tonta y se me olvidan detalles como ése. Si no hubiera perdido la cabeza te habría dicho que dispararas cinco o seis veces para que mi padre oyera tiros en la retranca. *¡Rubio!* No me has dicho todavía qué te parece este señor… Es el mismo del que te hablé el sábado, ¿no te acuerdas? ¡Ah, José María! No te he contado una cosa emocionante. Ayer me levanté de noche, completamente de noche, y me fui sola con el *Rubio* a ver amanecer. ¡El amanecer de Castilla es lo más bonito del mundo!

—¡Tienes toda la razón!

—Y le hice confidencias.

—¿A quién?

—Al *Rubio*. A nadie más que a él le he hablado de ti. Le dije: «¡Ay, *Rubio, Rubio*, si vieras qué cosas más raras me pasan! Estoy enamorada como una loca y nuestro amor es imposible. Él tiene veintinueve años y yo quince. ¡Casi el doble que yo! Además, le quiero con toda mi alma… y él me tiene “afecto” nada más».

—¡En eso no tienes ninguna razón!

Maruja le miró con aire sorprendido. Guardó silencio esperando escuchar algo más, pero José María no habló.

Llegaron a lo alto del repecho. Descendieron de los caballos y ataron sus riendas a un olivo. Maruja avanzó unos pasos, extendió sus brazos cuan largos eran, cual si quisieran abarcar la grandiosidad del paisaje, y exclamó con unción casi religiosa:

—¡Mira!

No era sólo la magnitud de la infinita llanura lo que le sorprendió, sino la rotundidad del colorido en cuya gama faltaba curiosamente el verde. Aún no había crecido la siembra, pero se mantenían, en grandes extensiones de terreno, los residuos que quedan de la mies después de la última siega. Y estos rastrojos de pálido amarillo contrastaban increíblemente con el rojo de la tierra: un rojo a veces de ladrillo, a veces de vino; y con el blanco purísimo de los pueblos encalados, ya casi andaluces; y con el azul —un azul velazqueño— de las lomas lejanísimas que limitaban el paisaje. Una breve techumbre de humo cubría los caseríos; una hilera de álamos cruzaba la llanura de parte a parte, bordeando tal vez las aguas de un regato; y las viñas, color tabaco; y los olivos, casi negros, moteaban a grandes trechos la inmensidad.

—No hay quien pueda pintar esto —comentó Maruja—. Dibujarlo es fácil… pero pintarlo… —Y añadió—: Si este cerro fuera de papá le hubiera convencido de hacerse la casa aquí. Ven, siéntate a mi lado, voy a enseñarte mis obras de arte.

Abrió una gruesa carpeta y se los fue pasando uno a uno. Los dibujos eran

estudios de manos, en diversas posturas; y brazos y espaldas como los del discóbolo, y cabezas de estatuas griegas y romanas; los óleos representaban flores, un plato de manzanas y un precioso bodegón con un mantel, un pan, y un vaso de cristal con agua dentro.

—¿Por qué estás tan callado?

—Estoy sorprendido. ¡Eres una verdadera artista!

—Me gusta mucho pintar. Doy clases particulares, ¿sabes? Cuando me salga una cosa que valga la pena te la regalaré. ¿No te importa que tome unos apuntes? No creas que te voy a dar el rollazo pintando todo el tiempo. Sólo quiero fijar la dimensión. ¿Ves? No es lo mismo que esta loma esté aquí que aquí, ni hacerla más alta de lo debido.

José María la observaba atentamente. Maruja, la lengua entre los dientes, la atención prendida de los detalles, la frente levemente fruncida, parecía todo un personaje. ¿Era ésta la misma Maruja que dialogaba con el perro, que ensartaba dislates sin concierto, que engatusaba a su padre con arrumacos de niña chica, que juraba que la profesora le tenía manía, que de puro inocente no tenía pudor para comentar que una compañera de clase «metía mano» a otra, que lloraba hablando sola y que unas veces sabía y otras no lo que decía?

—¿Qué significa esta mancha del primer término?

—Lo más difícil de pintar —dijo— es el repecho en el que estamos. El borde del repecho tiene que ser la parte baja del cuadro, para que se comprenda la distancia. Si no se comprende la distancia, no tiene gracia.

—No me has contestado qué significa esta mancha.

—Es una indicación.

—¿De qué?

—De nuestras sombras. ¿No ves? Me gustaría pintar nuestras sombras y no a nosotros. Para que se comprenda que es un paisaje «visto» por seres humanos. ¿Entiendes lo que quiero decir? No es sólo un paisaje «puesto» ahí por Dios, sino «visto» por ti y por mí. ¿Me entiendes o no?

—Entiendo que no sólo eres una chiquilla preciosa, sino una gran artista y profundamente inteligente.

—¡Se acabó! Con esto me basta, para después, en casa, hacerlo mejor.

Guardó sus bártulos y se volvió hacia él, muy sonriente.

—¿Puedo hacerte preguntas «indiscretas»?

—Según.

—¿Por qué vives en Villamaestre y no en Madrid?

—Porque está equidistante de Manzanares, Infantes y Valdepeñas, donde están todos mis negocios.

—No es verdad. También vendes tus cosas en Aragón, en La Rioja, en Cataluña y en Andalucía.

—Además, en cuanto salga de aprietos, voy a comprarme una finca y hacerme

una casa en algún lugar de por aquí.

—No me convence. Yo sé que tú ocultas algo. Y quiero que me digas si lo que yo pienso es verdad o no.

José María rompió a reír a grandes carcajadas.

—Veamos esa fantasía.

—Juraría que estás casado dos veces. Que eres bígamo. ¿No se dice así? Y que una de tus mujeres vive en Madrid, y que por eso no vas por allá casi nunca y cuando vas lo haces de extranjis. ¡Eso es lo que creo! Porque hay cosas que no cuadran. Que una persona que puede regalar millones a la Cruz Roja viva tan modestamente en un pueblucho que ni siquiera es el suyo. ¡A eso hay que encontrarle una explicación! Y otra, al hecho de que siendo un hombre tan… tan… bueno, ¡no quiero halagarte los oídos!, llegues a tu edad sin haberte casado y sin tener una amiguita.

—¡Acabáramos! ¿Eso es lo que tú querías saber? Pues te diré que vivo solo y dedicado a mis negocios con una tenacidad que te asombraría. A veces me asusta estar ganando la cantidad de dinero que estoy ganando; del mismo modo que me asusta la cantidad de deudas en las que estoy metido. De un acierto o un error depende que acabe en la cárcel o pudiendo vivir, por ejemplo, algún día como viven tus padres. ¿Está saciada su curiosidad, señorita?

—¡Qué manera de escurrir el bulto! ¡No me has contestado a nada de lo que quiero saber! Que tienes una amiguita lo doy por descontado. Pero me imagino que debe de ser muy ordinaria o muy basta o muy fea, y que no cuadraría con el ambiente de la gente con la que te estás rodeando y que tanto te conviene para tus negocios. Por eso no te quieres casar con ella. No «pegaría bien» al lado de personas como Teresa Riquer o como mamá. Otra posibilidad es que estés casado con tu cocinera o alguien por ese estilo. Pero lo que más me suena a verdad es lo de la bigamia.

—¡Querida mía! ¡Eres mucho mejor pintora que autora de cuentos! Si alguna vez se me ocurriera casarme, tendría que ser con una persona que se pareciese a ti.

—¡Oh, qué simpático, qué galante y qué bobo eres! Yo no me casaré nunca con un hombre del que no conozca de pe a pa todas sus aventuras anteriores.

—Alguna he tenido.

—Yo no quiero que me cuentes las que hayas tenido antes, sino las que tienes ahora.

—¿Cómo se te ocurre? Esas confidencias no se las hago a nadie, y menos a una mocosa de tu edad.

—Ya me has dicho lo que quería saber.

—¡Pero si no te he dicho nada!

—Me lo has dicho todo. Me has dicho que te niegas a hacer confidencias a una mocosa de mi edad «respecto a tus amantes actuales». ¡Lo cual significa que las tienes! ¡*Rubio*, quita el hocico de esa madriguera! Ya sé que hay conejos dentro, pero tú no cabes por ese agujero. ¡Y ven para acá que quiero que me hagas un recado! Así me gusta; que seas obediente. Escúchame, *Rubio*. Acércate a ese señor que está ahí

tan serio, y le preguntas si está enfadado conmigo. Dile que soy una estúpida y una indiscreta y que me perdone. No seas bobo. No te vayas por ahí. No es a Manolo a quien le tienes que decir eso, sino a este otro señor, «el que me tiene afecto».

El perro se negó a hacer de embajador y se volvió a la madriguera.

—José María, por favor. Sé que te ha molestado algo de lo que te he dicho. No seas rencoroso y perdóname.

—No es por eso, bonita. Es que me cuesta mucho decirte algo que me he propuesto, y en lo que he estado pensando toda la noche. Y las palabras me duelen aquí dentro antes de salir, como le dolió a tu padre, más que a ti, el bofetón que te dio.

Todos los sentidos de Maruja se tensaron. No le gustó ese preámbulo, ni el tono, ni la seriedad con que fue dicho.

—A tu padre le dolió el bofetón por lo mucho que te quiere. Y a mí, mis palabras, por lo mucho, lo mucho, lo mucho, que te quiero también.

—Como ya sé lo que me vas a decir, repíteme eso otra vez al menos —dijo Maruja, inundada su cara por las lágrimas.

—Primero fue una súbita simpatía, Maruja; después una constante sorpresa ante una personalidad que me cautivaba y me enternecía. ¡Que me enternecía, sí, aunque no te guste esa palabra, a la que yo doy mucho valor, pues la ternura es algo de lo que siempre he carecido! Pero lo que siento hacia ti ahora, Maruja, es distinto. Si lo que privaran en mí fueran «los pensamientos innobles», como tú dices, procuraría satisfacerlos. Pero como te quiero, deseo, sobre todo, tu bien y detesto tu mal. Y está clarísimo que nuestra amistad, por el camino que lleva, no tiene sentido. ¡No tiene sentido abusar de la hospitalidad de tus padres para revolearme contigo por el campo como dos golfos! ¡No tiene sentido que una colegiala de quinto año de bachillerato se encapriche de un hombre que le dobla la edad, y cuyo trato no puede favorecerla, sino perjudicarla o incluso pervertirla! Y como no soy un rufián, precisamente por quererte, creo que ésta es la última vez que debemos vemos, al menos a solas.

Maruja no replicó. Todo esto lo dijo José María de cara al paisaje, sin mirarla directamente. Le incomodaba volverse para mirarla. Estaba absolutamente confundido por su comportamiento. Para llegar a este final, ¿a qué las licencias de la víspera cuyos excesos fueron creciendo a medida que avanzaba el día? Estaba seguro de estar haciendo daño a la niña mientras hablaba. Pero ¿qué daño era mayor, el de ayer o el de hoy?

Tardó mucho Maruja en decir algo. Lo hizo muy lentamente, luchando con las lágrimas y la congoja.

—*Rubio,* ven aquí; tenemos que irnos; pero acércate primero a ese hombre odioso y dile que yo he tenido la culpa de todo lo que ha ocurrido, salvo de quererle, pues esto son cosas que no dependen de la voluntad. Dile también que tiene razón, y que de lo que más me arrepiento es de no haber sido yo quien dijera las mismas palabras que ha dicho él, porque son las de un ser responsable y decente. Dile que haré todo lo

posible por sacudir de mi cabeza su recuerdo como tú te sacudes el agua cuando sales del estanque. No te olvides de darle las gracias por sacarme de la sartén antes de quemarme. Y dile que sé que él ha sufrido al decir todo eso tanto como yo al escucharlo, y… pídele —aquí su voz se quebró— ¡que me abrace por última vez!

José María se acercó a ella profundamente conmovido.

Se abrazaron. La besó en la frente, en los ojos, en las sienes, en las mejillas, pero en los labios, no. El *Rubio* los miraba interrogante y celoso de que alguien, distinto a él, recibiera de su ama tales muestras de amor.

Junto a la chimenea encendida con gruesos troncos de encina, los hombres calentaban por igual: con el fuego, las manos; con las bebidas, la locuacidad. Cuando José María se acercó al grupo, oyó que Armando decía:

—Creo que exageras.

—¡No exagero en absoluto! —respondió su oponente, que parecía muy excitado—. Mientras hay sectores como el económico que empiezan a liberalizarse, hay otros que están sometidos a la más absurda, ridícula e innecesaria de las tiranías. Y ese sector es el de la prensa.

José María reconoció al periodista que había caminado junto a él la víspera, cuando la larga hilera de cazadores iba situándose en sus respectivos puestos.

—¿Quién es? —preguntó a Jorge Antonio Trías.

—Es el director de un periódico de Sevilla.

—¿Qué periódico?

—No lo sé exactamente. Después se lo preguntamos.

—Concedo que la Ley de Prensa de 1938 ha quedado algo anticuada —reconoció el subsecretario de Comercio.

—Es una ley concebida para la guerra, afirmó el director. Había entonces problemas de espionaje; noticias que no debían ser difundidas para no alertar al enemigo, o consignas en cierto modo justificadas, para elevar la moral de la retaguardia. ¡Pero mantener esta ley en tiempos de paz es una pura arbitrariedad! Hace catorce años y siete meses que la guerra concluyó. ¿Te imaginas lo que significa para los periódicos diarios, incluso desde un punto de vista técnico, tener que enviar cada noche a la censura la totalidad de las galeradas impresas para que los censores te las devuelvan tachadas, o suprimiendo líneas intercaladas, o cambiando unas palabras por otras?

—Enviaréis solamente los artículos políticos, supongo.

—¡Estás completamente equivocado! Tenemos que enviar hasta las esquelas; hasta los anuncios por palabras; hasta las informaciones deportivas; hasta las carteleras de los cines. Los periódicos tienen que rehacerse casi íntegros y no pueden cerrarse antes de las cinco o las seis de la madrugada, con los trastornos que esto supone para alcanzar los correos y la distribución. Los literatos que escriben en los

periódicos nos vuelven locos con sus protestas. Ellos cuidan su estilo, y los censores, a veces, les cambian los adjetivos y hasta los tiempos de los verbos. Días pasados yo escribí un artículo firmado sobre la pérdida en Filipinas de la lengua castellana. En un momento determinado incluí un párrafo en que se hablaba del idioma «de Berceo y de Alfonso X el Sabio». Pues bien; me tacharon lo de «Alfonso X» y lo sustituyeron por Cervantes. Protesté. ¿Y a que no sabe usted qué explicación me dieron? ¡Que tenían consignas de prohibir toda propaganda monárquica! Ustedes creerán que estoy bromeando, pero les juro que lo que les digo es cierto. ¿Y la historia del «hongo»?

—¿Cuál es la historia del hongo?

—¡Se ve que no hay periodistas entre ustedes! La censura nos trae locos a los periodistas con el hongo de marras.

—¿Pero de qué hongo nos está usted hablando?

—Parece ser que alguien habló de las virtudes medicinales de un hongo que acababa de ser descubierto y que era excelente para el reuma, el lumbago, la tortícolis y no sé cuántas calamidades más. Pues bien, alguien informó a Gabriel Arias Salgado que el tal hongo, mezclado en un poco de té, era un abortivo eficacísimo. Y a partir de entonces se prohibió por orden gubernativa que se mencionara el hongo en cuestión bajo pena de apertura de expediente administrativo. ¿Saben ustedes que el nombre de Picasso está proscrito en la prensa? ¿Saben que no se puede publicar la noticia de un suicidio? La gama de payasadas y de arbitrariedades abarca desde la famosa historia del hongo hasta la prohibición de utilizar textos extranjeros para explicar problemas españoles, pasando por la consigna escrita en que se da la orden descarada de mentir, o si usted prefiere de silenciar la verdad…

—¿Ha dicho usted consigna escrita?

—Sí, sí: he dicho «consigna escrita». Y tengo la costumbre de llevar sobre mí varias de ellas para que, al menos, se me crea que no estoy inventando historias a nadie.

Metióse la mano en el amplio bolsillo de su chamarra de cazador, extrajo su cartera, y de ella un montón de recortes.

—Miren ustedes. Ésta es ya antigua. Cuando Alemania tenía virtualmente perdida la guerra y los ejércitos angloyanquis avanzaban por un lado y los rusos por otro. Escuchen ustedes la consigna: «Ante las realidades de la guerra, deberá distinguirse el tono de los dos frentes… limitando la resonancia de los avances comunistas rusos y *concediéndosela correctamente* en cambio a la de los avances angloyanquis». Con todo descaro, como ustedes ven, se ordena a los periódicos a que no informen *correctamente* de una realidad, nos gustara o no nos gustara: el avance del Ejército Rojo sobre Berlín.

»Esta otra —continuó el periodista— no deja de ser sabrosa: «En ningún caso, y bajo ningún pretexto, serán utilizados, tanto en artículos de colaboración, como en editoriales y comentarios de ese periódico, textos, ideario o ejemplos extranjeros». Más adelante añade: «No se tolerará en ningún caso la comparación de nuestro

Estado con otros que pudieran parecer similares». Como ves, Armando, no exageraba en absoluto —concluyó el periodista dirigiéndose a Riquer—. Antes bien: me he quedado corto.

El subsecretario de Comercio ojeó las consignas que el periodista le exhibía.

—En realidad son bastante antiguas —comentó el subsecretario—. La última es del 27 de noviembre del 43, y la primera del 21 de agosto del 44. Ahora la cosa ha cambiado.

—En efecto, ha cambiado, pero a peor. Eso de las consignas escritas es una antigualla que ya ha sido superada; o, por mejor decir, perfeccionada…

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Echevarrieta, interviniendo por primera vez en la conversación.

—Que como las consignas no siempre las interpretaba el periodista a gusto del ministro de Información, ahora ya envían a los periódicos los editoriales hechos y escritos en el propio Ministerio, con un sello que dice en tinta roja: INSERCIÓN OBLIGATORIA. ¡Así ya no es necesaria la consigna! Con esto la arbitrariedad y el abuso han adquirido caracteres verdaderamente exquisitos…

—No imaginaba que las cosas llegaran hasta ese punto —comentó Jorge Antonio Trías—. ¿De modo que no se trata sólo de la «censura previa», sino de la «inserción obligatoria»? Le confieso que lo primero no me parece del todo mal, porque las insidias, las mentiras, las deformaciones de los hechos divulgados por la prensa pueden no sólo confundir, sino envenenar la opinión y volver a las andadas. ¡No se olvide usted de que en los periódicos del Frente Popular incluso se incitaba al asesinato!

El periodista se excitó visiblemente.

—¡Olvida usted que los directores de los periódicos no los designa la empresa, sino que los nombra el ministro de Información! ¡Y, a veces, hasta los impone, contra el criterio de los dueños de los periódicos! Son por tanto hombres de su «confianza política». Y si dejan de serlo los destituye, como si fueran funcionarios públicos que dependieran de él.

—Creo que exagera usted, amigo.

—Escuchen ustedes esto. Y no volveré a hablar más del asunto, pues me temo que estamos aburriendo a las señoras. Hace dos meses fui a Madrid, con el solo pretexto de ver a Arias Salgado. Me recibió. Y le dije que me sentiría muy feliz de contar con su colaboración. Para ello no tenía más que poner su firma en los artículos de inserción obligatoria que me enviara, y yo se los publicaría encantado. Le brindé otra fórmula: anteponer en cursivas una entradilla que dijera poco más o menos: «La Dirección General de Prensa nos envía el siguiente comentario que reproducimos con mucho gusto». Y a continuación, el texto que nos enviara. Pero a lo que no estaba dispuesto era a publicar como propias de mi periódico opiniones ajenas, coincidieran o no con nuestro criterio. ¡Era una cuestión de principio y de dignidad profesional!

—¿Y qué hizo el ministro?

—Destituirme —comentó simplemente el periodista—. Y no hablo más del tema, que no los quiero ver bostezar.

Se acercó al grupo de las señoras. Echevarrieta le siguió. La conversación derivó por muy diversos derroteros. Se comentó una obra recién estrenada, *Milagro en la plaza del Progreso*, de Joaquín Calvo Sotelo; una película española premiada en el Festival de Cannes, *Bienvenido, Mr. Marshall*, dirigida por Bardem y Berlanga; un precioso cuento de José María Sánchez Silva, *Marcelino, pan y vino*, y un estremecedor libro de poemas de Leopoldo Panero, *Canto personal*, prologado por el también gran poeta Dionisio Ridruejo.

En eso estaban, cuando la pequeña Maruja asomó la cabeza detrás de una puerta y, sin entrar en la sala, hizo señas a su madre de que se acercara. Berta sorprendió una extraña mirada furtiva entre José María y su hija; mas no supo interpretarla.

Se apartó de sus invitados y acudió a la llamada de Maruja.

—Me voy a acostar. No tengo hambre. Me encuentro mal.

Su madre posó ambas manos en sus mejillas.

—Creo que tienes fiebre. ¿Has tomado mucho sol?

—Olvidé mi sombrero. Pero al regreso del paseo tuve frío.

—Sube a tu cuarto. Te pondré el termómetro.

Antes de esta ceremonia, Maruja vomitó. Estaba realmente enferma.

Su madre la ayudó a desnudarse. La acostó en la cama. La arropó.

—¿Por qué lloras?

—Porque me da vergüenza vomitar. Y, si me pongo mala, papá no querrá traerme más a cazar.

—Ese señor Echevarrieta, ¿no habrá estado incorrecto contigo?

—Al contrario. Es un señor muy educado. Ha aguantado mis tonterías durante horas como si yo fuese una persona mayor, como él.

—Eres ya… una persona mayor. Tu padre estuvo muy torpe ayer contigo…

—¡Yo ya he olvidado eso! ¿Qué fiebre tengo?

—No tienes mucha. Pero tienes algo de fiebre. Anda, duérmete.

—Hasta mañana, mamá…

Apenas la puerta se cerró, las lágrimas de la pequeña se desbordaron. Lloró en silencio, mordiendo la almohada por temor de hacer ruido; y se durmió ignorando si, esta vez, sus lágrimas eran de niña o de mujer.

XII

ECHEVARRIETA SE CONFIESA CON UN EREMITA LAICO DEL PECADO DE HABERSE DEJADO CALENTAR LOS OÍDOS POR CIERTOS ANTIFRANQUISTAS QUE COMBATIERON EN LA CONTIENDA CIVIL DEL LADO QUE EL GENERAL FRANCO ACAUDILLABA

[1957]

¡Qué satisfacción le producía a Echevarrieta recorrer a pie o a caballo su finca! El precio de la hectárea era absolutamente desorbitado para la escasa renta que producía. Pero era un valor asegurado, porque siempre se vendía a mayor precio del que se compraba; y este mayor precio era superior al de la inflación. Lo cierto —pensaba— es que la única propiedad verdadera es la de la tierra. Ser accionista de empresas, por muy buen viento que llevaran, era menos alucinante que poseer suelo. Lo otro eran papeles: esto era una realidad tangible. Ver crecer la uva en las cepas, las aceitunas en los olivos o la primera hierbecilla del trigo en los sembrados le producía una alegría atávica, que entroncaba directamente con el hombre primitivo cuando sabiamente se transformó de cazador en ganadero y agricultor; de nómada, en sedentario. Llegado el otoño, primero era la uva, más tarde el azafrán, después el olivo, luego la remolacha. Más adelante, la gran incógnita de las lluvias de primavera para sacar su fruto en verano al trigo o a la avena. Y las perdices. Con gusto hubiera suprimido José María los sembrados, transformándolos en viñedos u olivares, si no fuera por las perdices, que necesitaban grano para mantenerse. La renta que les sacaba no era como en las fincas vecinas, en dinero, sino en influencia. Las cacerías de Echevarrieta eran famosas por lo bien cuidado de la finca y por las personalidades que acudían a ellas, cuya amistad le era imprescindible para asegurar la continuidad de sus importaciones.

Armando Riquer Nadal se había transformado durante aquellos años de subsecretario de Comercio en ministro de Hacienda, y de ministro de Hacienda en director del Banco de Crédito Agrícola. Con esto, las amistades de alto nivel, y precisamente en los puestos clave, a José María no le faltaron jamás. Incansable en su trabajo; con una organización empresarial admirable —en la que ni se gastaba un

céntimo más de lo conveniente ni se ahorraba en lo que debía ser invertido—, la fortuna de Echevarrieta era tan envidiable como envidiada, condiciones éstas que no suelen andar separadas.

En los doce años que habían transcurrido desde la muerte del auténtico Echevarrieta no había tenido más que una amenaza seria a la buena marcha de sus asuntos: la decisión del Instituto Nacional de Industria de comenzar a fabricar en España una serie de productos que en los años precedentes se traían de fuera: decisión tomada por el Gobierno, precisamente para evitar la salida de divisas que suponía su importación del extranjero. Entre estos productos —recordaba José María— estaban los que fueron origen de su fortuna y aún lo eran de su consolidación. Su jugada fue magistral.

Apenas tuvo noticias por Armando Riquer de que se estaban confeccionando listas de las industrias más importantes que el país necesitaba para liberarse de la dependencia del exterior, y que el Estado asumiría la responsabilidad de crear todas aquéllas no erigidas aún por la iniciativa privada, Echevarrieta comprendió que una grave amenaza se cernía sobre su gallina de oro. No la descuartizó, como en la fábula, y siguió importando y distribuyendo sus abonos y desinfectantes franceses; pero, con ayuda de técnicos de esta nacionalidad, comenzó a fabricarlos él mismo en España, disminuyendo gradualmente las importaciones, a medida que aumentaba su producción propia.

Armando Riquer le consideraba un genio. Le había visto actuar en reuniones sindicales de agricultores, había seguido la trayectoria de las cooperativas que él fundó, y de las que pasó de simple vocal a presidente de las mismas, y había podido comprobar por sus propios beneficios anuales la prosperidad de las empresas comunes: fábricas de abonos, de tractores, de segadoras mecánicas y una empresa de transportes. En poco menos de doce años, desde que se conocieron a causa de la desgraciada muerte de su primo, Echevarrieta había saltado del cero al infinito. Hoy no sólo había amasado una fortuna considerable: era un hombre influyente.

José María no había regresado jamás ni al Valle de Arán ni a Francia. A pesar de la evidente transformación de su rostro, se sentía incapaz de enfrentarse con quienes le conocieron como Tomeu Riquer Basols. A *madame* Origny le devolvió íntegramente el dinero prestado y mantuvo con ella durante los primeros años una escasa correspondencia comercial ya interrumpida. En el tiempo transcurrido desde que Tomeu Riquer decidió convertirse en Echevarrieta Letelier no tuvo encuentro alguno con persona que, de un modo u otro, hubiera tenido relación con él en los antiguos tiempos. No era probable que nadie de su lejano valle tuviera el capricho de instalarse en estos pueblos, ni de visitarlos, ni de comerciar con ellos.

Año tras año mandaba poner una esquela en el aniversario de la muerte de su antiguo compañero de armas, y no dejaba de impresionarle ver el R. I. P. bajo su propio nombre: Bartolomé Riquer Basols.

Con la pequeña Maruja había suspendido toda relación. Durante un año o dos se

intercambiaron tarjetas navideñas y se felicitaron el Año Nuevo. En varias ocasiones invitó a la familia Trías a cazar en su finca, pero vinieron los padres; la niña, no. Y cuantas veces él visitó la finca de los Trías, lindante con la suya, Maruja no estaba. Durante dos años tuvo una cierta relación amorosa con aquella Leonor que fue enfermera suya en el hospital de Manzanares, pero ella, al comprender que el hombre no tenía intención de que todo acabara en el altar con cura y bendición, le dejó. Y hoy estaba bien casada y tenía un hijo.

José María Echevarrieta, acostumbrado ya a su nombre, compenetrado con él —nombre al que había dado lustre y prestigio—, meditaba en todo esto, paseando entre sus viñas, de regreso hacia su casa. No estaba muy satisfecho de haberla edificado. Le quedaba grande. A veces le pesaba la soledad. De su casa podía decir lo que de su cama la muchacha de las letrillas de Góngora:

Después que en mi lecho
sobra la mitad,
¡dexadme llorar
orillas del mar!

La diferencia estaba en que la mujer que inspiró a don Luis de Góngora y Argote lloraba su amor perdido, y Echevarrieta Letelier añoraba el no encontrado.

Aparte la gran aventura de adquirir su finca y construir su casa (que bautizó con el nombre del cerro en que se asentaba: «La Valvanera»), los sucesos más sobresalientes y que merecen ser mencionados de aquella larga década fueron dos: el conocimiento de ciertos entresijos de la política española, antes desconocidos para él, y su amistad con Felipe Tusquets: ¡extraño sujeto!

Felipe Tusquets era un ser huraño y desabrido, propenso a la misantropía. A Felipe Tusquets le apodaban el «eremita laico». De Felipe Tusquets se contaban historias insólitas y truculentas. Por la vida de Felipe Tusquets nadie arriesgaría un duro, tal era el odio o el recelo que inspiraba. Ante Felipe Tusquets, las gentes se volvían de espaldas o se alejaban como hacían en la India con esos parias cuya sola sombra contamina. Felipe Tusquets era el único amigo, que mereciera tal nombre, que tenía en la comarca José María Echevarrieta Letelier.

Todo en su vida era atrabiliario, desacostumbrado, fuera de lo normal. Se decía —y era verdad— que contrajo matrimonio con la hija de un hermano suyo a la que había previamente raptado. Se decía —y no era verdad— que cuando ésta murió no enterró su cadáver, que guardaba putrefacto Dios sabe dónde. Se decía —y era cierto— que poseía un cráneo humano en su dormitorio. Se decía —y no era cierto— que era el de su mujer, ante el que meditaba largas horas del día y ejercitaba de noche extraños ritos diabólicos.

Nada de esto era exacto. Todo eran falacias de gentes ignorantes y habladurías de

quienes no tenían otra cosa que hacer sino hurgar en vidas ajenas.

La sola verdad de Felipe Tusquets es que era un misántropo, que no se encontraba a gusto más que consigo mismo; que rompió toda relación con su familia tarraconense a raíz del rapto de su sobrina y que había rehuido el trato social desde el momento en que murió.

Otras verdades eran: que no cultivaba su inmensa propiedad, convertida en monte bajo, donde se guarecía el zorro, hozaban los cochinos y se encamaba el ciervo; que trabajaba con sus manos una pequeña huerta que satisfacía sus necesidades y que, una vez cada dos meses, abandonaba su soledumbre y bajaba al pueblo, donde se abastecía de cartuchos y otros enseres, retiraba del correo montones de libros, revistas y periódicos consignados a su nombre y se recluía de nuevo en su retiro.

El que no cultivara sus tierras era considerado por los comarcanos como un hecho antisocial. Dos mil hectáreas que podían producir trigo, aceite, vino, remolacha, patata, y quién sabe cuántas cosas más, estaban cubiertas de jaras, támaras, chaparros y espinos. Las fincas no cultivadas —decían, y no les faltaba razón en esto— debían ser expropiadas y entregadas a quienes no poseían tierras, pero sí brazos y voluntad para cultivarlas. De otra parte, los jabalíes y los venados que habitaban aquellas espesuras, como carecían de grano, bajaban de noche a los sembrados vecinos y cometían verdaderos estropicios. ¡Si al menos el «eremita laico» diera batidas de estos animales o alquilara la caza! Pero no acostumbraba hacerlo. Cuando tenía necesidad, mataba un cochino, que salaba y curaba él mismo, y que le duraba una eternidad, mientras que los restantes se alimentaban en los sembrados ajenos.

La picaresca local decidió organizar una montería de furtivos, no sólo para limpiar de alimañas el monte de Tusquets, sino para aprovechar la carne de cuanto cazaran. La sorpresa y el pánico fueron grandes cuando éste los recibió a tiros, y no lanzados al aire, sino al cuerpo de sus invasores, bien que con cartuchos de sal. Denunciaron el hecho a la Guardia Civil, pero la Benemérita dio la razón al solitario y misterioso Tusquets, que no hizo otra cosa que defender su propiedad de una incursión de intrusos.

La raíz del odio que inspiraba no se debía tan sólo a los castigos que impuso a cuantos furtivos se atrevieron a violar su propiedad, sino, sobre todo, al misterio de su vida, exaltado en la imaginación de las gentes por su incomunicabilidad. (He aquí un tema que si Echevarrieta fuese escritor le gustaría tratar un día: el origen del odio ¿cuántas veces no se inspira en el temor y en la incomprensibilidad? Hay quien odia a Dios por no poder abarcarlo con su inteligencia, por no entenderle, en suma, y a su prójimo por ser distinto a él).

Cuando Echevarrieta, muchos años atrás, observó un gran incendio en el monte, ignoraba que había sido provocado por cazadores vengativos; cuando quiso reclutar gentes en Villamaestre para intentar apagarlo y éstas se negaron, desconocía tanto la existencia, cuanto el odio y el recelo que inspiraba el «eremita laico». No obstante la negativa, recabó de su apoderado en la empresa de transportes de «La Membrilla»

que pusiera tres autobuses a su disposición para reclutar gentes en otros pueblos que colaborasen para extinguir el incendio, avisó a la Guardia Civil y se puso en cabeza de los voluntarios, que dejaron de ser tales, ya que hubo que pagarles un jornal en cuanto supieron dónde estaba localizado el fuego y quién era el propietario de la finca afectada.

José María observó que el dueño del monte incendiado había puesto en funcionamiento el riego por aspersión de la huerta que bordeaba su casa, protegiendo a ésta con una zona de humedad que evitara el progreso del fuego hasta sus cercanías. Echevarrieta, seguido de sus gentes, se internó en el monte en dirección a las llamas y descubrió a un hombretón inmenso talando chaparros, dispersando brasas, sudando copiosamente y al borde del agotamiento. Cuando éste volvió su rostro y se enderezó al oír voces, José María no se admiró tanto de la estatura y corpulencia de aquel individuo (diez, tal vez quince años más viejo que él) como de la frialdad de su recibimiento.

¿Podrá creerse que la misantropía de Tusquets llegaba al extremo de ver con desagrado la llegada de aquella tropa inesperada de gentes que acudieron en su auxilio, consiguieron atajar los estragos del fuego y, con ello, salvar su propiedad?

Un mes escaso después de este episodio, Echevarrieta recibió —no sin indecible sorpresa— la visita de Felipe Tusquets. Venía a pagarle los jornales del personal que aquél contrató para extinguir el fuego y los gastos de traslado del mismo en los autobuses. Echevarrieta estuvo a punto de aceptar el cobro de lo primero, mas no de lo segundo (ya que los autobuses eran suyos), pero se abstuvo de expresar esta generosidad, pues intuyó, no sin razón, que el «eremita laico» no era amigo de deber favores a nadie.

Lo consideró un gran caballero, cortés, amical —tal vez algo introspectivo y receloso—, y a pesar de su fama de amante de la soledad comprobó que no desdeñaba la buena compañía. El visitante, por su parte, se mostró gratamente sorprendido del género de libros que poseía Echevarrieta, pues ignorando (como todo el mundo) que éste era doctor en Letras por la Universidad de Zaragoza, no cuadraban tales lecturas con las habituales en un mercader de abonos y empresario de un negocio de transporte por carretera.

Aunque la visita no fue muy larga, se estableció entre ambos una suerte de afinidad difícilmente expresable, pero fácilmente comprensible. Cuando se despidieron, las dudas del uno respecto al otro (y que ambos se guardaron muy bien de confesar) podrían resumirse con idénticas palabras: «¿Qué hará un tipo como él recluido en estas soledades?».

Conocedor del alma humana, Echevarrieta no le devolvió la visita de modo inmediato, sino que tardó treinta días en ir a verle a su rincón. Y como si se hubiesen puesto de acuerdo, adquirieron la costumbre de ir uno a la casa del otro una vez cada dos meses.

La vida que llevaba en su finca Felipe Tusquets carecía de misterio. Se levantaba

con el alba y se acostaba muy poco después de la caída del sol. Sus horas las distribuía entre la caza, la lectura y el cultivo de su huerta. A veces sacrificaba la huerta por la lectura y, a veces, la lectura por la caza. ¿Quién había dicho que este hombre era un loco? Había descubierto lo que tantos añoraron sin conseguirlo: el placer de la soledad. Fray Luis de León jamás tuvo esa «descansada vida que huye del mundanal ruido». Por eso la cantó: porque la añoraba. Tusquets no la cantaba, porque la había encontrado.

Tardó mucho tiempo José María en descubrir tres curiosas características de su vecino. Era medio místico, insobornable en la entereza de sus convicciones y excelente cocinero, que se deleitaba con fruición en la degustación de su arte, ya que mística y ascética no son términos equiparables.

Pero lo que dejó suspenso a Echevarrieta fue conocer por una indiscreta fotografía —así la calificó Tusquets— que Felipe había sido condecorado durante la guerra con la Laureada individual. Le costó no poco esfuerzo y tenacidad arrancar a su amigo el relato del episodio. «Todo fue muy sencillo», según declaró Tusquets. Aunque meses más tarde ya lucía en el pecho la estrella de alférez provisional, en aquel tiempo era sólo «cabo de primera», y formaba parte de un comando que había recibido la orden de defender una posición recién conquistada con prohibición expresa de abandonarla. Eran catorce hombres. El alférez y cuatro soldados murieron al primer asalto enemigo, pero los supervivientes lograron repeler la agresión. Quedaron nueve. Tres días después murió el sargento y un soldado más; él, como «cabo primero», se convirtió en comandante del puesto y consiguió rechazar al enemigo. Quedaron siete. Como las municiones se agotaban, envió tres hombres al puesto de mando, situado a su retaguardia, para pedir municiones y, a poder ser, refuerzos. Uno murió en el empeño, otro desertó y otro regresó para comunicar que el puesto de mando había sido tomado por el enemigo. Quedaron cinco.

—Yo había observado —continuó Tusquets— que una de las posiciones que más nos hostigaban al comienzo de las operaciones llevaba dos días silenciosa. Y en consecuencia decidí esperar la noche, cruzar las líneas contrarias y observar por mí mismo si estaba abandonada. Tal vez no fuera imposible encontrar allí pertrechos y municiones. Estuve estudiando durante el día dónde estaban situados exactamente los puestos enemigos. Con los pocos proyectiles que nos quedaban disparamos en varias direcciones, para ver de dónde nos respondían. Dibujé un croquis y tracé el camino que debía recorrer para no darme de bruces con las avanzadillas rojas. Si aquella tarde hubiesen realizado un asalto en regla se habrían merendado nuestros despojos. A Dios gracias no lo hicieron. Apenas vino la noche me deslicé de nuestra posición y me interné en territorio enemigo, el cuerpo pegado a tierra. Entretanto salió la luna, a quien nunca antes había maldecido. Tardé tres horas en llegar a mi destino. Me encaramé sigilosamente sobre los sacos terreros, me introduje en la posición y vi que ésta era una terraza natural allanada sobre las rocas de un cerro y que al fondo había una gruta. Me hice rápidamente una composición de lugar. Un proyectil de mortero

había hecho blanco en el breve recinto, matando a los tres servidores de una ametralladora; los servidores de la otra —que estaba intacta— huyeron. Dudé si cargar con la máquina, y desesché la idea. No eran armas lo que necesitábamos, sino municiones. Regresé llevando a mis espaldas cuanto soportaron mis fuerzas. Si las nubes velaban la luna, me arriesgaba a caminar de pie. Si la luna se retiraba, debía hacerlo de bruces, arrastrando el cuerpo, sin más ayuda que las manos, los codos y la punta de las botas. Hubo momentos que temía más la picadura de una víbora que un disparo de los bermellos[1].

»La primera orden que di al nacer el día fue batir a intervalos cortos el espacio que mediaba entre el bunker abandonado y el resto de las posiciones enemigas. Es decir, cerrar el camino a la posición con una cortina de fuego. ¡No fueran a tener ellos la misma ocurrencia que tuve yo!

»Y así, durante más de una semana combatimos de día y reponíamos la munición de noche. Una mañana, al regresar de mis paseos nocturnos por territorio enemigo, sufrí una gran decepción al ver que dos de nuestros hombres habían desertado. Quedábamos tres. Animé a los que quedaban contándoles las maravillas que había en aquel bunker abandonado: vodka, cigarrillos, peines de ametralladoras, latas de jamón. Y regresé a la noche siguiente con golosinas para el cuerpo tanto como para las armas. Lo malo fue cuando el contraataque de los nuestros. ¡Nos querían fusilar por habernos pasado!

»—¡Qué pasado ni qué puñetas! ¿No nos dijo usted, mi teniente, que la posición no podía ser abandonada? ¡Pues eso es lo que hemos hecho, quedarnos!

»—¡No teníais munición más que para dos días!

»—Nos hemos ingeniado para conseguirla.

»—¿Cómo?

»—Capturándosela a los bermellos, mi teniente.

»Total: que hubo una medalla militar colectiva para los supervivientes… salvo para mí, que tuvieron la ocurrencia de «laurearme».

—¿Cuántas veces cruzaste las líneas enemigas?

—Ocho o diez… No recuerdo.

—¿Y nunca dispararon contra ti?

—¡Eran gentes muy nerviosas! ¿Había viento y se quebraban algunas ramas? ¡Disparaban contra las ramas! ¿Había luna y se movía la copa de un árbol? ¡Disparaban contra el árbol! Yo los localizaba por el chispazo de sus disparos, cuando no por las voces, y entonces lanzaba una piedra lejos de mí para distraer su atención hacia otro lado. ¡Menudo cacao se organizaba en cuanto oían caer la piedra!

—¿Y entonces tú qué hacías?

—Reírme. Y taparme la boca para que no me oyeran.

Felipe Tusquets. Éste era el hombre.

Varios años antes de adquirir su finca de la Valvanera, cuando aún vivía en la modesta casona de Villamaestre, recibió Echevarrieta la inesperada visita de dos aristócratas muy conocidos: el duque de Maura y su hijo, el conde de la Mortera. Traían una carta de presentación de Jorge Antonio Trías en la que éste le indicaba que el duque estaba interesado en comprar una finca agrícola por aquella zona y que tal vez él (José María) pudiera asesorarle. Se brindó Echevarrieta para ello y pasaron la tarde dando tumbos entre polvorientos carriles de las fincas colindantes y las carreteras que unían pueblos y villas cargados de historia y de sonoros nombres, lo que sirvió de pretexto al viejo duque para poner de manifiesto una vastísima erudición acerca de los orígenes históricos de aquella bellísima y eufónica toponimia: Torre de Juan Abad, Villanueva de los Infantes, La Puebla del Príncipe, Santa Cruz de los Cáñamos, Villa Manrique, San Carlos del Valle…

Gabriel Maura y Gamazo, aunque de edad avanzada, poseía una prodigiosa memoria, una cultura poco común y una gratísima conversación. Era bajo de estatura, ancho de cuerpo, de cabeza grande, nariz aguileña, pelo y cejas casi blancos y ojos caídos por sus comisuras laterales. Había heredado de su padre (que fue sin duda la mayor personalidad política de principios de siglo) el sentido de la responsabilidad cívica, pero no era un político nato. Carecía de ambición para ello. Su verdadera personalidad era la de historiador y como tal pertenecía a dos Reales Academias, la de la Historia y la Española. Dos de sus hermanos participaron en la política activa de la reciente historia de España, bien que en campos harto diferentes. Uno de ellos, Miguel, fue ministro de la Gobernación en el primer Gobierno de la República y, aunque se titulaba católico practicante, no pudo, o no supo, o no quiso evitar la quema de los conventos, iglesias y colegios religiosos aquel trágico 11 de mayo de 1931, en que las turbas consumaban su barbarie ante los ojos impasibles de las fuerzas del orden, que tenían instrucciones de no intervenir. Sólo en Madrid ardieron, entre otros, el colegio de los jesuitas de Areneros, el del Sagrado Corazón, en Chamartín, la iglesia renacentista de San José y el retablo barroco —una de las grandes muestras de la imaginería española del siglo XVII— de la catedral de San Isidro. Mientras las muchedumbres desordenadas rociaban con gasolina aquellas joyas de nuestro pasado, ante la pasividad de la policía gubernamental, Manuel Azaña expresó ante el entonces ministro de la Gobernación aquella sutilísima frase, que hubiera sido —de ser cierta— muy del gusto de Pilatos: «Todas las iglesias de España no valen la vida de un solo republicano». Cuando José María conoció a Gabriel Maura, su hermano, el exministro de la República, vivía en el exilio, de donde regresó años más tarde en vida de Franco, y murió en España tras publicar sus memorias. El otro hermano fue Honorio, a quien encerraron los comunistas en el fuerte de Guadalupe, junto a la frontera francesa, y a quien fusilaron cuando las tropas nacionales estaban a punto de liberar la fortaleza-prisión. Sus últimas palabras

fueron patéticas: «Soy un barco que se hunde cuando está entrando en el puerto».

A lo largo del recorrido, el conde de la Mortera, que tenía sin duda más conocimientos agrícolas que su padre, fue tomando nota de los precios de la hectárea, según fuera de secano o regadío, anotó qué fincas tenían pozos o fuentes y cuáles no, y se dispusieron a regresar a Madrid, no sin antes aceptar unas copas de vino, unos tacos de jamón y queso de la tierra, que José María les ofreció en su casa.

—Un Riquer —dijo el duque— se mató en accidente de carretera viajando con usted, ¿no es cierto?

—Sí —respondió el verdadero Riquer.

—¿De quién era hijo?

—De Josep.

—A quien conocí y traté mucho fue al abuelo de su amigo: don Jaume Riquer Rius. Fue representante político de mi padre en el Valle de Arán.

No dejó de conmover al verdadero Tomeu pensar que aquel hombre había conocido a su abuelo, a quien él mismo no recordaba. Y que, en cambio, no conocía a su padre, tal vez por ser demasiado joven. Y se estremeció al pensar que él era ya más viejo de lo que nunca fue su padre, pues fue asesinado a los veintinueve años.

—Por cierto —exclamó de pronto el duque—. Antes de volver a Madrid le voy a hacer a usted un obsequio como desagravio por haberle robado su tiempo.

Mandó que le trajeran del coche lo que pedía y entregó a Echevarrieta un fascículo escrito a máquina y reproducido en ciclostil titulado *Rezago de España en el movimiento de Europa*.

—Mi pasión es aplicar las experiencias del ayer a la política del momento —comentó—. Hace ya algunos años que lo tengo escrito. Son consejos que di al general Franco y que me temo han ido a parar a su cesta de papeles. La censura no permitió nunca publicarlos.

Se despidieron con la mayor cordialidad. (La finca no fue adquirida nunca por el duque, pero fue mucho lo que Echevarrieta adquirió del duque con la lectura de aquellos papeles: el conocimiento de «la tercera posición»).

El prólogo se titulaba «Envío». Y estaba dedicado «Al Caudillo de España».

José María comenzó a leer con lentitud y atención.

Soy, desde 1938, un disidente notorio del Régimen actual; pero nunca puse en duda la rectitud de intención del Gobernante, como V. E. sabe bien que tampoco me guía en mis escritos ningún interés bastardo, ni siquiera el legítimo de la ambición.

Aprendí de mi padre que cuando se habla a los reyes se les ha de decir tan sólo la verdad de lo que se piensa. Me comporté así con don Alfonso XIII (q. D. h.), y me parecería desleal aplicar a V. E. un trato distinto.

Echevarrieta cambió de postura, encendió un cigarrillo.

—¡Amigo! —se dijo—. ¡El viejo duque es un tipo bien bragado!

Siguió leyendo:

Únicamente el tiempo habrá de dar razón definitiva a quien la tenga en cada caso sin que la excelsitud de V. E. ni mi insignificancia puedan influir en sus fallos. Pero, si soy yo quien se equivoca, todo quedará en anécdota intrascendente, mientras que si fuera V. E. el daño puede ser irreparable y el juicio histórico de la posteridad mucho más severo aún que los formulados reiteradamente por V. E. sobre sus predecesores en el Gobierno.

Queda respetuosamente, Excelentísimo Señor, a las órdenes de V. E.,

EL DUQUE DE MAURA.

Echevarrieta silbó largamente. No había imaginado tales agallas en el anciano caballero que horas antes le deleitaba con la explicación de por qué fue Francisco de Quevedo Señor de la Torre de Juan Abad, y quién era este Juan Abad que daba nombre a la Torre; qué Infantes eran los de Villanueva de los Infantes y qué Príncipe el de Puebla del Príncipe…

Sumióse en la lectura con avidez. El duque argumentaba sus puntos de vista con dureza y cortesía, con gallardía y respeto. En primer término, acusaba a Franco de haber trastrocado el mandato provisional que le confirieron los militares durante la guerra, en una jefatura vitalicia; le señalaba la contradicción habida entre sus manifestaciones monárquicas y la permisión de campañas contra la institución; la incongruencia de crear un régimen nuevo cuando sus iguales habían perdido la guerra; los peligros de mantener a la juventud alejada de toda forma de discusión e iniciativa políticas (ejercicio que tanto necesitarán en el futuro) y sobre todo de haber despreciado tres grandes ocasiones históricas para restaurar la normalidad institucional en la Corona: en 1939, al concluir nuestra guerra. En 1945, al concluir la mundial, y en 1949, al cesar el aislamiento internacional con el regreso de los embajadores. El decreto de Unificación le parecía una incongruencia que privaba de sentido ideológico a las diversas fuerzas que participaron en la Cruzada; la censura de prensa, una mordaza que carecía de justificación práctica en tiempos de paz. Y, por último, el escrito acababa en una profecía.

Varias veces durante la lectura protestó José María contra el texto por considerarlo sectario; otras, confesó que no le faltaba razón y, otras veces, en fin, se irritó. Su irritación iba contra el duque, contra Franco y contra él mismo; contra el duque, por hacerle reflexionar; contra Franco, por haberle evitado hasta ahora la necesidad de reflexionar, y contra él mismo, pues no sabía a qué carta quedarse.

Lo que más le confundía era el augurio final:

El Régimen de nuestro Estado descansa exclusivamente sobre el prestigio personal de su Jefe, adquirido por la victoria en la Cruzada, intransferible e irrepetible, puesto que para obtener renovado el efecto sería necesario y absurdo

repetir antes la causa. Así, pues, mientras no cambien las circunstancias, la desaparición de Franco implicaría, inmediata cuando no fulminante, la derogación de nuestro Estatuto Fundamental entero. Y aquel infortunio es indefectible, más o menos pronto, aunque, como reza la Escritura, no podemos conocer el día ni la hora.

Desde el momento mismo en que asuma el Poder un sucesor del Generalísimo, sea quien fuere, comenzará a sonar en sus oídos el bordón democrático y escuchará más estentóreo cada vez, lanzado desde dentro y desde fuera, el grito de elecciones libres (que hoy es universal) apostillado muy luego con amenazas conminatorias de varia índole, proletarias, obreras y hasta burguesas. Dudo que la demanda se logre desoír, ni aun durante el plazo mínimo indispensable para enmendar algún tanto el rezago cívico de los españoles.

—¡Hay gente empeñada en amargarle a uno la vida! —dijo en voz alta tirando el fascículo lejos de sí. Pero más tarde lo recogió y, lejos de guardarlo, lo dejó en su mesilla de noche para subrayar alguna de las críticas. Y la profecía.

José María escribió a Tusquets:

Salgo mañana para Madrid, donde he de realizar algunas gestiones que no creo me ocupen más de tres días. Entretanto, te envío este curiosísimo opúsculo del duque de Maura, cuyo contenido me agradaría comentar contigo a mi regreso. La parte subrayada es mía y corresponde a los pasajes que más han llamado mi atención.

Hasta mi vuelta, un abrazo

JOSÉ MARÍA

Apenas llegó a Madrid telefoneó a los Riquer anunciándoles que, aunque tendría toda la tarde ocupada, por la noche, en cambio, estaba libre. Y que si ellos no tenían ningún compromiso, los invitaba a cenar.

Quedaron citados a las nueve y media en el bar del Hotel Fénix.

El local estaba repleto, la barra era una pura ebullición humana. Se lamentó José María de haber llegado con retraso y que la cita fuera en sitio tan bullicioso; descubrió a Teresa sentada junto a un hombre maduro, muy sonriente, que hablaba sin parar y cuya conversación debía ser muy entretenida, dada la suma atención que ella ponía en escucharle y por sus exclamaciones de asombro. Teresa, al descubrir a José María, le hizo señas para que se acercara.

—Te voy a presentar —le dijo— a Jaime de Foxá. Gracias a él podremos estar sentados. Armando no tardará en llegar.

Y volviéndose a Jaime:

—Éste es José María Echevarrieta, un gran amigo nuestro.

—Hemos defendido con uñas y dientes para Armando y para ti las últimas sillas libres —le dijo Foxá.

Jaime era un hombre más bajo que alto; de anchas espaldas atléticas; cabeza

grande; moreno de pelo y de tez y cultivador, en aquella sazón, de un bigote tan fino que parecía dibujado a lápiz y que no se rasuró hasta muchos años más tarde, cuando este apéndice piloso cayó en desuso. Era tan sutil conversador, como su hermano Agustín gran poeta.

—¿De qué hablabais cuando llegué?

—De la psicología de los salmones —respondió Teresa—. ¡Es algo portentoso!

—Son honestos, castos y obedientes a las leyes naturales —exclamó Jaime, exaltado—. Poseen una gran responsabilidad paternal, ayunan durante tres meses cada cuatro años y cultivan el sentido del honor. —Y añadió—: Tengo una novela en preparación romántica y sentimental como pocas, en que todos mis personajes, los buenos, los malos, la jovencita enamoradiza, el galán conquistador y los padres puritanos, serán salmones. Como no es imposible que la tache la censura de Arias Salgado, por considerarla erótica y contraria a las buenas costumbres, no me he atrevido a publicarla. ¡Si algún día se suprime la censura me arriesgaré!

Teresa explicó a José María que Jaime se recluía tres o cuatro horas todas las tardes en aquel local para redactar sus memorias, sin importarle el humo, las risas y el griterío. Las escribía en letra inverosímilmente menuda, en unos cuadernos forrados de hule negro, semejantes a los que usan los colegiales para hacer sus deberes, y tenía varias maletas llenas de estos cuadernos. Hojeó Echevarrieta el que Jaime le enseñaba (y sobre el que estaba trabajando cuando la cortesía le obligó a interrumpir su trabajo para cederle un sitio a Teresa Riquer) y leyó esta curiosa anotación: «¡Ojo!, debo consultar el episodio de mi destitución».

—¿Qué destitución fue ésa? —preguntó José María.

—Esa nota que has leído la escribí ayer, y precisamente me traje el cuadernillo que debía consultar. Fue en 1943. Hacía sólo cuatro años que la guerra civil había concluido, y muchos de cuantos creíamos ingenuamente tener alguna influencia sobre Franco quisimos inclinar su ánimo para que acelerase el proceso de restauración de la Monarquía en don Juan de Borbón, hijo y heredero del último rey. El rigor de Franco con nosotros fue implacable.

—¿Intentasteis sublevaros? —preguntó José María—. ¿Conspirasteis contra él?

—¡No, nada de eso! —protestó Jaime de Foxá con énfasis—. Mira: precisamente lo tengo aquí anotado.

Se caló las gafas, buscó el texto correspondiente y añadió:

—Se trata de una carta al Jefe del Estado firmada exclusivamente por procuradores y tramitada reglamentariamente por conducto del presidente de las Cortes, que era Esteban Bilbao. Para que te hagas cargo del respeto con que fue escrita, te leeré sólo el primero y el último párrafos. El primero decía así: «*Excelentísimo Señor: Los que suscriben, Procuradores en Cortes, creerían faltar a un deber que la Ley de su creación les impone si en este momento grave de la vida de España no hicieran llegar a Vuestra Excelencia su pensamiento en orden a la organización del régimen político en nuestro país*». Y el último párrafo, que era la

clave de nuestro escrito, concluía: «*Creemos sinceramente que no sería prudente dejar pasar la ocasión y el momento que la providencia nos depara sin completar la obra iniciada por Vuestra Excelencia, Generalísimo de los Ejércitos y artífice de la victoria, y que ha de tener su natural remate en la restauración de la Monarquía, continuadora de nuestra tradición histórica, que sea en el interior instrumento de suprema conciliación entre los españoles, y en el exterior garantía de estabilidad y eficacia de nuestra acción. A Vuestra Excelencia exponemos esta suprema aspiración, como moción respetuosa, inspirada por el deseo y la esperanza de que complete su alta misión histórica abriendo el camino para que sin trastornos, ni sobresaltos, ni violencia pueda llevarse a cabo*».

Foxá se retiró las gruesas gafas de concha negra que se había calado para la lectura del texto y quedó sonriendo a su interlocutor. Echevarrieta le espetó:

—¡No puedo creer que fuera ésa la causa de tu destitución!

—¡Y no sólo de la mía! Todos los que eran consejeros nacionales, como José Yanguas Messía, Manuel Halcón, Alfonso García Valdecasas, Pedro Gamero y Juan Manuel Fanjul, fueron destituidos. Yo era sólo concejal del Ayuntamiento de Madrid y fui barrido y condenado, como los demás, al paraíso del ostracismo.

—¡Me parece absolutamente increíble! —comentó José María.

—Unos meses más tarde —continuó Foxá—, ocho tenientes generales elevaron al Generalísimo un escrito, muy semejante al nuestro, en el que, con la mayor moderación, abogaban por la restauración monárquica. Lo firmaban los más importantes colaboradores militares que tuvo Franco en la guerra: Orgaz, Dávila, Varela, Solchaga, Kindelán, Saliquet, Monasterio y Ponte. Y concluía con estas palabras significativas: «*Somos los mismos, con variantes en las personas, algunas impuestas por la muerte, que hace cerca de siete años, en un aeródromo de Salamanca, os investimos de los máximos poderes en el mando militar y en el del Estado*». Con ellos no se atrevió, por entonces, a nada; pero los fue llamando uno a uno; les dijo que opinaba igual que ellos y que todos verían algún día la Monarquía restaurada. ¡No fue así; casi todos ellos han muerto sin ver restaurada la Monarquía! [2]

Bajó la voz para añadir:

—En este mismo local hay varias personas que fueron castigadas por motivos semejantes. Después os las señalaré. Este librito —añadió golpeando cariñosamente su cuaderno de hule— es un tesoro. Aquí tengo recogida una carta dirigida a don Juan que empieza así: «*Señor: Catedráticos de la Universidad española rogamos a V. M. acoja este mensaje*». Y a continuación hacen votos por el porvenir de la institución monárquica como «*régimen estable, de autoridad, de derecho y de paz, que permita a España restañar sus heridas*». Pues bien, uno de los firmantes, don Julio Palacios, académico de la Lengua y vicerrector de la Universidad, fue desterrado de Madrid y confinado en Almansa, provincia de Albacete. Los restantes, Alfonso García Valdecasas, catedrático de Derecho; Jesús Pabón, de Filosofía y

Letras, y Juan José López Ibor, de Medicina, fueron igualmente confinados en Alcañiz, Tordesillas y Barbastro…; pero sobre todo desterrados para siempre de la lista de futuros políticos utilizables, ya que todos ellos eran militantes de la España nacional, con vocación política y gran talento. Dos años después de este escrito, don Juan de Borbón se instaló en Estoril y varios miles de españoles de todas las provincias y de las profesiones e ideologías más diversas firmaron un texto en que le daban la bienvenida a la Península ibérica.

Hojeó el cuadernillo.

—Aquí está uno de los párrafos: «*Quiera Dios que la proximidad de V. M. a tierra española sea la anticipación y el anuncio de la realización de nuestro anhelo que habrá de representar, no el predominio de un partido o de una clase, sino el medio de asegurar, dentro del orden, del mantenimiento de las esencias de nuestra vida moral y religiosa y del respeto efectivo a la libertad y a los derechos de la persona humana, la íntima y cordial convivencia entre todos los españoles*». Lo mismo que en mi caso, todos cuantos ocupaban cargos públicos entre los firmantes, que eran más de mil, fueron destituidos. Quienes no lo ocuparan, pero tenían un claro porvenir político, condenados al ostracismo, que es donde yo estoy ahora, dedicándome a la inefable tarea de estudiar la vida de los jabalíes y los salmones. ¡El mayor favor que pudo hacerme Franco fue liberarme de la política! ¡Te juro que la política de los salmones es mucho más interesante que la de los hombres!

—¿A quién te referías —terció Teresa— al decir que uno de los firmantes de este escrito está cerca de nosotros?

—Justo a la izquierda, detrás mío, está sentado César González Ruano, que es el que tiene aspecto medio de cortesano francés del siglo XV y de golfo español del siglo XX, y que es, sin duda, una de las mejores plumas del momento. A su derecha está Emilio Romero, que es el de las gafas, y a su izquierda, Torcuato Luca de Tena, el de cara de niño y pelo de viejo. Este último fue encarcelado durante tres días en los calabozos de la Dirección General de Seguridad, junto a Joaquín Satrústegui, por distribuir el escrito en cuestión. Años más tarde fue destituido de la dirección de *ABC* y Emilio Romero de la de *Pueblo*, por firmar un escrito, encabezado por Concha Espina, Jacinto Benavente, Ramón Menéndez Pidal, Gregorio Marañón, José María Pemán y Víctor de la Serna, en que un grupo de cien escritores y periodistas expresaban respetuosamente al ministro de Información, Arias Salgado, «su preocupación» por la destitución del primero.

—Como vivo aislado en un pueblo de provincias —comentó Echevarrieta— hay muchas cosas que no me explico. Todos esos señores de que me hablas y que fueron destituidos, encarcelados o perseguidos, entre ellos tú mismo, ¿no sois fervientes partidarios y defensores de la España nacional y del mismo Franco?

Jaime de Foxá sonrió.

—Sí, lo son. Es decir, lo somos. ¡Yo, desde luego!

—Resulta un tanto incongruente. ¡Explícame eso bien!

—Hemos hecho la guerra a sus órdenes. Nos ha conducido a la victoria. Está reconstruyendo España, a ritmo lento, pero seguro. Hace veinte años de aquellas presiones que quisimos ejercer sobre él para que restaurara cuanto antes la Monarquía. Y ahí sigue, impávido, inconmovible y seguro. ¡Quizá tuviera razón él y no nosotros! De otro lado, a ninguno nos ha fusilado, ni encerrado de por vida. Sus castigos fueron como palmaditas cariñosas de un padre benévolo a sus niños díscolos.

—Tenemos que hablar a fondo del tema.

Teresa intervino, y no le dejó continuar.

—Otro día. Piensa que estamos robándole a Jaime su tiempo para sus memorias y que nosotros tenemos que cenar.

Se puso en pie, no sin protestas de José María.

—Lo que estaba escuchando era un tema desconocido para mí. ¡No estaba enterado de nada de eso! ¡Los generales, los procuradores, los catedráticos, pedían lo mismo! ¡La España nacional, en suma!

Se despidieron del biógrafo de la fauna ibérica y se dirigieron a la puerta desde donde Armando, que se había retrasado, indicaba lo tarde que era señalándoles impaciente el reloj.

Concluidas sus aburridas gestiones en Madrid, que tanto le irritaban, pues se diría que no podía construirse una alcantarilla en la bahía de Rosas sin hacer cola, primero, en las ventanillas de la capital, regresó a su refugio manchego con el ánimo proclive a la melancolía. Hizo el viaje en tren hasta Manzanares, y no pudo menos de recordar a su homónimo Echevarrieta Letelier cuando vio pájaros posados en los cables eléctricos.

«¿Por qué no me casé —se preguntó de súbito— con aquella Leonor que fue mi antigua enfermera en el Hospital de la Santa Cruz de Manzanares? ¿No era tal vez una mujer bonita? ¿No tenía un carácter envidiable, alegre como unas pascuas, limpia como los chorros del oro, profundamente buena y… y…?».

El recuerdo de Maruja le vino de pronto, así como la inocente y sagaz perplejidad de la pequeña ante su aislamiento manchego. La evocación de la joven Maruja se desvaneció, y dejó paso al auténtico motivo que mantenía su espíritu errabundo. Cada vez que regresaba de Madrid volvía con la cabeza convertida en jaula de grillos. ¡Qué de vueltas y revueltas el de las gentes sobre el mismo tema, qué afán de plantearse cuestiones que no tenían respuesta, qué gusto el de todos por discutir, enredar, conspirar, confundir y confundirse, disparar antes de apuntar, dar puñetazos a la pared y quejarse después del dolor de la mano! Su ideal de vida era la soledad. ¡Tusquets, ése era el hombre que había dado en el blanco!

Todas estas oscilaciones de su pensamiento, saltando de un lado a otro mientras viajaba, no tenían más razón de ser que su desasosiego político. «¡No es cierto! —se dijo—. ¡La política no me interesa, antes bien, me angustia!». De las dos partes de su

aserto, sólo la segunda era veraz. Le angustiaba. Pero ¿por qué le angustiaba? ¿En qué se basaba su angustia si no era en un acuciante interés por la cosa pública?

Tras la lectura del opúsculo del duque de Maura y las revelaciones de Jaime Foxá, sentía un vacío dentro de sí semejante al que debían experimentar los niños cuando sus padres les confiesan que no existen los Reyes Magos, que todo había sido una piadosa mentira, un modo de alegrarles sus años inocentes. Él, desde la muerte de su padre, había deseado febrilmente, ciegamente, el triunfo de Franco, en la guerra y en la paz. Cada uno de sus éxitos repercutían no sólo en su sensibilidad, sino en su vanidad, pues consideraba como un éxito propio los del Caudillo. Y he aquí que personas serias, dignas de respeto, se habían tomado el trabajo de hacer lo que él nunca hizo: reflexionar. Y al reflexionar, discreparon. El dilema que se le presentaba ahora a Tomeu Riquer (pues si su nombre era el de José María, su sensibilidad seguía siendo la de Tomeu) era éste: ¿y no podría por el camino de la reflexión llegar a defender lo mismo que había defendido hasta ahora con argumentos sólidos y razonables, y no pasionales e irreflexivos?

Su primera visita en cuanto llegara a Villamaestre sería para Felipe Tusquets.

—Te voy a decepcionar —le dijo el eremita laico apenas le hubo escuchado—. Si a mí me dicen que mi madre es puta, lo primero que hago es descerrajar un tiro a quien lo dijo. Y sólo después, averiguar si lo que dijo el muerto era verdad. Caso de no ser verdad, le doy por bien muerto. Y caso de ser cierto, descerrajo todo mi cargador sobre el cadáver. ¿Me explico, o no?

—No —respondió secamente Echevarrieta Letelier.

—Quiero decir que con la madre se está con razón o sin ella. Y a mí con Franco me ocurre lo mismo que con mi madre. Estoy, he estado y estaré con él con razón o sin razón.

—¿Y qué prefieres: tener razón o no tenerla?

Se echó a reír.

—¡Me da igual! Yo estoy con él, del mismo modo que tú eres aranés y yo tarraconense; que soy hombre, y la sobrina del cura es mujer; que tengo cincuenta y ocho años, y tú treinta y tantos. Son cosas que no se pueden evitar: como la estatura, la nacionalidad o el sexo. ¡Soy por tanto el ser menos indicado del mundo para satisfacer tus perplejidades! ¿Podrías variar la ley de la gravitación universal? Pues del mismo modo yo no puedo variar mi lealtad a Franco.

—No puedo variar la ley universal que rige la gravitación. Pero sí «mi» gravitación personal —respondió Echevarrieta.

—Tú me dirás cómo…

—Muy sencillo. Bajando mi peso o subiéndolo. Todo es cuestión de un régimen dietético.

—Pues ya ves. Yo en relación con Franco ni siquiera eso puedo. De modo que

debes confesar tus dudas con el cura, con el alcalde, o con tus amigos de Madrid: no conmigo.

No había réplica posible. Tusquets no razonaba: afirmaba. Y lo que afirmaba era su imposibilidad de razonar. Así al menos entendía Echevarrieta la intervención de su amigo. Y se lo dijo tal como lo pensaba.

—¡Eh, eh, eh! Yo no he hablado de mi imposibilidad de razonar sobre el tema… sino de la inutilidad de hablar conmigo del tema. No soy persona digna de crédito para un exceptico como tú.

—Si eres capaz de «razonar» me gustaría escucharte. ¿Para qué crees que he venido hoy aquí? ¿Leíste el texto de Maura que te envié?

—De un tirón.

—¿Qué te ha parecido?

—¡Un dislate!

—¿Estás dispuesto a explicarte?

—Estoy.

—Te escucho.

—En cierto pasaje de su ensayo, Maura le recuerda a Franco que si José Antonio hubiese vivido, que si Calvo Sotelo hubiese vivido, que si Onésimo Redondo hubiese vivido… (él, Franco) no se hubiera podido encaramar al poder absoluto al que llegó. ¿Recuerdas el pasaje?

—Perfectamente.

—Pues bien, yo te digo, aunque te escandalices, que esos crímenes atroces cometidos por los bermellos, al asesinar a hombres como José Antonio, Calvo Sotelo, Onésimo Redondo, y otros muchos como Ramiro Ledesma, Víctor Pradera o Maeztu, por muy dolorosos que sean, han resultado providenciales: *como si Dios hubiese aceptado el sacrificio de esas víctimas al servicio de una causa providencial*. ¿Te escandalizo?

—Profundamente.

—¿Te imaginas —añadió Tusquets, poniendo fuego en sus palabras— lo que hubiese acontecido en la retaguardia de la España nacional con un José Antonio «vivo», un Calvo Sotelo «vivo», un Víctor Pradera «vivo» o un Gil Robles presente? Las tensiones entre falangistas, tradicionalistas, democristianos y monárquicos se hubiesen hecho insoportables. Cada uno, con su enorme personalidad y poder de captación, hubiese tirado de un lado distinto, y la retaguardia nacional se hubiese convertido en un campo de Agramante semejante al de la retaguardia roja en la que socialistas, comunistas, anarquistas y trotskistas se sacaban los ojos, sin darse cuenta de que a medida que se zurraban, se zancadilleaban y asesinaban entre sí, los Ejércitos nacionales avanzábamos, avanzábamos y avanzábamos. Lo que no hubiera podido ocurrir si a espaldas de las trincheras unos hubiesen querido la restauración inmediata de la Monarquía, otros establecer un fascio, otros iniciar una *apertura a sinistra* y otros, en fin, restablecer los fueros medievales de cada región. Los trágicos

accidentes que costaron la vida a los generales Sanjurjo y Mola nos parecían lamentables cuando se produjeron; pero ahora, con perspectiva histórica, cabe preguntarse: ¿no hubieran supuesto una tentación permanente para que se agruparan en torno a ellos ideologías contrapuestas que rompieran la unidad de mando?

»¡Esta unidad es la que nos llevó a la victoria! ¡La desunión del enemigo la que les precipitó al fracaso! ¡Dios, Dios, Dios! ¿Cómo puede decir nadie que la Monarquía debió ser restaurada en 1939, apenas concluida nuestra guerra y en vísperas de estallar la mundial? ¿Hubiera respetado Hitler una España monárquica, proaliadófila y liberal? Del mismo modo que arrasó Francia en un dos por tres, hubiese arrasado a España en un tres por cuatro. Quien no vea esto está ciego o está loco. La Monarquía recién instaurada hubiese caído, tal vez para siempre. El desembarco aliado se hubiese realizado en nuestras costas, mucho más propicias que las de Normandía. Los aliados hubiesen utilizado como carne de cañón a los exiliados españoles ávidos de revancha y hubiéramos tenido en nuestro suelo una doble guerra, la del Eje contra los aliados y la de los vencidos en la guerra civil contra los vencedores. ¡Qué fácil es hacer futuribles! ¿Acaso no es cegadoramente lógico el mío? Franco era el único gobernante capaz de dar a Hitler una larga torera, y se la dio como no pudieron ni soñarla los Belmontes y Joselitos de los mejores tiempos. ¿Qué ha acontecido después? Que los mismos países que reconocieron a Franco en 1939, al tener ellos, por su cuenta, su guerra particular, volcaron sobre la España nacional su cólera contra aquellos enemigos suyos que no tenían nada que ver con los planteamientos que originaron nuestro Alzamiento. ¿Que Italia y Alemania nos habían apoyado militarmente? ¡Claro está! ¿No dijo Churchill, refiriéndose a Rusia, que con tal de ganar «su» guerra se aliaría hasta con el diablo? ¿No apoyaron a los rojos las Brigadas Internacionales? ¿No dirigieron sus batallas generales del Ejército soviético? Pero la ayuda que nosotros recibimos no condicionó nuestra futura política. ¡A la vista está, puesto que no entramos en la guerra! ¿O es que tal vez entramos? A partir de entonces ¿no es magistral, no es un encaje de bolillos, cómo ha conseguido Franco romper el cerco diplomático y restablecer la normalidad de nuestras relaciones internacionales? ¿Y no es un prodigio cómo está despiojando, desborricando, enalteciendo, desempobreciendo a este país de mierdas y desmemoriados que somos todos nosotros? ¡Gandules, traidores, utópicos y charlatanes: eso es lo que somos!

Al final de su discurso, Felipe Tusquets gritaba y gesticulaba tanto que José María llegó a pensar que le iba a agredir. Súbitamente guardó silencio. Dejó caer los brazos con ademán de desaliento.

—Ya te dije que mis razones no te iban a servir.

XIII

Prosiguen las introspeciones políticas de José María. Dos crisis de Gobierno cambian la faz del franquismo

[1957-1962]

Mal que le pesara, sus asuntos obligaban a Echevarrieta Letelier a desplazarse a Madrid, cada vez con más frecuencia.

Como un entomólogo que busca insectos para su colección (¡que él en su ingenuidad creía raros!), José María se dedicó a buscar y a tratar y a analizar los argumentos de los antifranquistas procedentes del franquismo; o, si se quiere, disidentes del general Franco que lucharon en la contienda civil del lado que Franco acaudillaba.

¡Cuántos elementos espurios había en esta extendidísima fauna! ¡Cuántos despechados por no haber nunca alcanzado los cargos de responsabilidad a que se creían merecedores! ¡Cuántos que se creían malogrados por haber cesado en esos mismos puestos antes de que su ambición sintiera hartazgo de honores! ¡Cuántos por no haber sido escuchadas sus advertencias como si fueran oráculos de probada infalibilidad! ¡Cuántos por haber errado y no querer reconocerlo! ¡Cuántos por haber acertado y querer que se les reconociera!

En medio de tanta agua turbia, José María descubrió dos borbotones de agua limpia: Joaquín Satrústegui y Dionisio Ridruejo.

Al primero le conoció de modo harto casual.

En uno de sus viajes coincidió por azar en una tasca madrileña con aquel periodista sevillano que tan negra le había pintado la situación de la prensa, las arbitrariedades de la censura y el increíble sistema de los editoriales de «inserción obligatoria». Se saludaron, conversaron acerca de algunos amigos comunes y en esto estaban cuando su interlocutor, al ver entrar a un recién llegado, le dijo:

—Te voy a presentar a alguien interesante: Joaquín Satrústegui.

Éste al oír el nombre de Echevarrieta frunció un poco los ojos como queriendo recordar si le era conocido o no. Le presentó a su vez a Georgina Gil Delgado, su

mujer (de quien supo más tarde que estaba emparentada con José María Gil Robles), y tras unas frases de cortesía se despidieron. Echevarrieta pasó al comedor público y sus nuevos conocidos a uno que tenían previamente reservado. No habían pasado diez minutos cuando el sevillano se acercó a su mesa.

—¿Estás comiendo solo?

—Ya lo ves.

—¿Por qué no te unes a nuestra mesa?

—No conozco a nadie, salvo al matrimonio Satrústegui que me acabas de presentar.

—He pedido permiso a todos para invitarte a comer con nosotros y han aceptado por unanimidad. Es una comida medio política. Nos reunimos una vez al mes para cambiar impresiones. Te interesará.

Los nombres de los contertulios de aquella cena, que se le quedaron grabados en la memoria, eran: Vicente Piniés, hijo del exministro de la Monarquía del mismo nombre y hermano de Jaime el diplomático[3]; el abogado José María Cervera, Fernando Álvarez de Miranda, Jaime García de Vinuesa, Juan Manuel Fanjul, Torcuato Luca de Tena, José María Ruiz Gallardón, Manuel Manzano Monís, Joaquín Calvo Sotelo y Jaime Miralles; unos, con sus señoras respectivas; otros, no. Desde luego no le pareció aquélla una reunión subversiva, pero no dejó de maravillarle la libertad con que se expresaba todo el mundo, bien para criticar, bien para argumentar, bien para defender las recientes medidas del Gobierno, en el plano político, económico o sindical. Los temas más largamente debatidos y con más atención escuchados eran los que la prensa no publicaba.

Con motivo de esta cena conoció Echevarrieta a los principales componentes de lo que muy pronto sería Unión Española y —a la vuelta del tiempo, tras algunas marcadas separaciones políticas— «Alianza Liberal».

El aglutinante de estas convergencias era, sin duda, Joaquín Satrústegui, otro de los «disidentes de Franco, procedentes de la parte de España que resultó vencedora en la conflagración civil».

Satrústegui, de origen donostiarra, fue uno de los héroes de Somosierra. Los dos pasos que tenía el Madrid gubernamental para invadir Castilla la Vieja, Aragón y Navarra —sublevadas por el general Mola contra el caos y la anarquía del poder central— eran el Alto de los Leones, defendido por milicias falangistas, y el alto de Somosierra, ocupado por muchachos de Renovación Española. El mando de aquel puñado de valientes lo tenía Carlos Miralles, que murió en uno de los primerísimos combates, precediendo a otros dos hermanos suyos que cayeron en acciones militares en los meses sucesivos. Al morir Miralles, Satrústegui le sustituyó en el mando, y su grupo (al igual que los falangistas del Alto de los Leones, en el que figuraba José Antonio Girón) evitó el cruce de los milicianos de Madrid a la zona sublevada.

Todos los hermanos de Satrústegui combatieron en la zona nacional. Uno de ellos, Ignacio, quedó ciego de una bala, y era persona queridísima de cuantos le

conocían por la entereza con que sobrellevaba su desgracia. Joaquín fue ascendiendo por méritos de guerra y al concluir la contienda era capitán estampillado de comandante.

Terminada la conflagración civil, la oposición de Joaquín comenzó a consolidarse al adquirir la evidencia de que el Jefe del Estado había decidido prolongar vitaliciamente su mandato. Hombre con gran capacidad de acción, organiza viajes a Estoril para cumplimentar a la Familia Real; redacta y sufraga folletos, en los que se explica lo que los periódicos callan; encabeza suscripciones para abonar las multas de sus correligionarios menos pudientes y acaba fundando «Unión Española», en la que agrupa a disidentes de muy diverso signo. Su postura —al pensar de algunos— se va radicalizando, y a medida que Satrústegui gana adeptos a su izquierda, los va perdiendo por la derecha. Muy pronto se apartan de él Joaquín Calvo Sotelo, Ruiz Gallardón, Luca de Tena y otros. En 1962 asiste en Munich, junto con otros miembros de la oposición, al Congreso del Movimiento Europeo; tiene activos contactos con españoles del exilio, y a su regreso a España es deportado a la isla canaria de Fuerteventura, de donde no regresa hasta un año después.

Así como el duque de Maura o el polígrafo don Pedro Sáinz Rodríguez representan la oposición a Franco de la derecha monárquica española, Satrústegui y Álvarez de Miranda están situados en el demoliberalismo monárquico de centro-izquierda.

Otra tendencia opositora procedente de la España nacional la encabezaba Dionisio Ridruejo (tendencia, que no grupo), a la que parecen inclinarse Antonio Tovar y Pedro Laín Entralgo, de un liberalismo no marcado con el marbete (que es común a los anteriormente citados) de «monárquicos». La figura de Ridruejo es una de las que más irritación llegó a producir en el mundo oficial. Había sido durante la guerra uno de los pilares del falangismo activo en la retaguardia; uno de los jóvenes más fogosos y exaltados —al frente de la Delegación Nacional de Propaganda— y no resultaba comprensible para muchos la variación radical de sus ideas y posiciones. Fue varias veces encarcelado y soltado y vuelto a encarcelar. Su irreductible antagonismo actual encolerizaba tanto a los Gobiernos de Franco como su intachable honestidad, su gran inteligencia y la evidente incongruencia de la volubilidad demostrada respecto a su «ayer», y la firmeza probada respecto a su «hoy». Su posición política conservaba algunos rasgos de la Falange a la que había pertenecido. Esa Falange, unida con las J. O. N. S. (Juventudes Obreras Nacional Sindicalistas), fue calificada por Agustín de Foxá —por cuanto tenía de nacional y de inquietud social— como una «hija natural de Isabel la Católica y Carlos Marx».

Traduciéndola a términos comunes, la postura de Ridruejo equivalía, con ciertos matices diferenciales, a la de un laborismo o socialdemocracia liberal, teñido de un cierto despotismo ilustrado a lo Carlos III en España o marqués de Pombal en la monarquía portuguesa.

Todo esto lo meditaba Echevarrieta —lo guardaba en su corazón, como diría el

evangelio— sin saber hacia dónde inclinarse. Le asustaba y le atraía la política. Asistía a reuniones de uno y otro color y en todas encontraba razones convincentes, sin que fuera obstáculo para ello su total discrepancia con otras que le habían convencido con anterioridad.

Entre estos «opositores», al que Echevarrieta no llegó a conocer personalmente, y que no coincidía con el Jefe del Estado más que en el antimarxismo, figuraba José María Gil Robles, que fue ministro durante la República, y que recibió clamorosas adhesiones como jefe de la CEDA, el más importante de los partidos de la oposición al Frente Popular marxista. José María Gil Robles tenía motivos más que suficientes para mostrar sus reticencias. No sólo colaboró activamente en la preparación del Movimiento, sino que sus seguidores inundaron de voluntarios las trincheras nacionales. Con esto y con todo, su partido fue proscrito y él mismo expulsado de la España nacional en los primeros días de la contienda. Entre los burdos y torpes editoriales de «inserción obligatoria» fue enviado uno a *ABC*, titulado «El apuntalador de la República», contra José María Gil Robles, en el que se le calificaba de «jayán», de «madame Sévigné de Estoril», en el que se aludía a su «furioso rencor», «odio volcánico contra España», y en el que entre otras insidias se aludía a «su propia vileza» y «lecciones de alta traición». Era entonces director de *ABC* —director impuesto por el Gobierno a la empresa, no designado por la empresa editora — José Losada de la Torre, y Juan Ignacio Luca de Tena, presidente del Consejo de Administración. A pesar de ser pública y notoria la discrepancia política entre el marqués de Luca de Tena y José María Gil Robles, aquél consideró una felonía este ataque y un abuso de fuerza el haber empleado el periódico que él presidía para tan burda campaña. Y no pudiendo utilizar las páginas de su periódico —¡mañas de la censura!— para deshacer el entuerto, escribió una noble carta abierta al ultrajado que fue amplísimamente distribuida en ciclostil por toda España.

Echevarrieta la conoció muchos años después de haber sido escrita. En extracto decía así:

Madrid, 5 de mayo de 1944
Excmo. Sr. Don José María Gil Robles

Mi querido amigo:

No quiero dejar pasar el día de hoy sin reiterar a usted el testimonio de mi respeto y consideración personal que ni en los momentos de mayor divergencia política con usted le han faltado jamás. Después de siete años de absoluta incomunicación con usted, aunque desde tejos he aplaudido algunas de sus declaraciones auténticas, me mueve a escribirle hoy el injurioso artículo impuesto a ABC *por la Delegación de Prensa, que al ser leído por mí esta mañana en el tren, cuando regresaba de Barcelona, me ha llenado de indignación, sobre todo por su forma impropia de un periódico serio.*

Hace años yo le he combatido a usted noblemente, reconociendo sus cualidades y

reprobando las que yo estimaba equivocaciones de su política. Mas por eso mismo no puedo dejar pasar sin mi protesta calurosa los dicterios chabacanos y las calumnias que hoy han manchado las páginas del periódico fundado por mi padre y que yo he dirigido durante unos años trágicos, jugándome diariamente la vida por defender ideales y a España contra la anarquía.

El artículo de la Delegación de Prensa publicado hoy en ABC *se refiere incidentalmente a «un gran diario español que por su definición política y por la ilustre estirpe que lo fundó y le mantiene, constituye un orgullo nacional». No sé si será verdad, pero como yo quisiera que lo fuera, me he creído en el deber de caballero y presidente de la empresa que edita* ABC *de ponerle a usted estas líneas.*

Creo, por otra parte, que la gratitud que como español debo al Régimen que nos ha salvado de la anarquía primero, y de la guerra mundial más tarde, no puede forzarme hasta la indignidad.

Excuso decirle que desde el momento en que yo firme esta carta puede usted hacer de ella el uso que estime conveniente.

De usted afectísimo y buen amigo q. e. s. m.

Firma:

MARQUÉS DE LUCA DE TENA

Consecuencia de ello fue la destitución del marqués de Luca de Tena de la presidencia del Consejo de Administración de su propia empresa, del mismo modo que su hijo, Torcuato, lo fue al correr de los años de la dirección de *ABC*.[4]

En 1957 se produjo una crisis de honda significación política. ¿Era por la entrada de los ministros nuevos? ¿Era por la salida de los antiguos?

El respaldo popular del general Franco era a todas luces indudable, pero no sería aventurado afirmar que la gente comenzaba a cansarse de la prolongación indefinida del clímax heredado de la guerra civil. Veintiún años habían transcurrido desde el Alzamiento. Alcanzaban la mayoría de edad los que nacieron al comenzar la guerra y muchas de tas posiciones, argumentaciones y *slogans* empezaban a perder vigencia. Veintiún años son muchos y el Régimen, conservado inamovible en sus estructuras iniciales, comenzaba a hacerse viejo.

1957 trae con el nuevo Gobierno un aire renovador. La disposición, el estilo, hasta el vocabulario de los ministros nuevos como Castiella, Gual Villalbí, Navarro Rubio, Ullastres (e incluso el del secretario general del Movimiento José Solís Ruiz), eran distintos a los de hombres con tanta personalidad como José Antonio Girón o Blas Pérez, que cesaron en aquella crisis. No decimos que este talante fuera mejor o peor, sino «distinto». Y el país —roto el cerco del hambre y vencida la congelación internacional— aspiraba a la renovación. Y la tuvo. Los ministros económicos

iniciaron un fulgurante plan de estabilización y saneamiento de la economía que resultó eficacísimo y espectacular. Muchos tópicos cayeron en desuso, muchas fantasías fueron desechadas y la Administración se racionalizó. La modernidad del nuevo Gobierno quedaba no obstante lastrada por la presencia en el Gabinete de la persona más discutida de cuantas el Generalísimo tuvo a sus órdenes directas: Gabriel Arias Salgado, hombre de gran rectitud moral, mas no rectitud de juicio. Era un fanático anclado en la prehistoria, un cavernícola impenitente, envenenado de tópicos, que hablaba sin sonrojarse del tanto por ciento de almas que se salvaban del infierno gracias a una censura previa que prohibía divulgar noticias de suicidios, que tachaba la palabra «muslo» de los periódicos para evitar malos pensamientos y se había inventado una «teoría de la información» de origen divino, como los monarcas antiguos, realmente penosa. Salvada su buena fe, que no es en modo alguno incompatible con el sectarismo, su presencia en el Gobierno de los Castiellas, Vigones, Navarros y Ullastres resultaba anacrónica. Era como un dolmen o un menhir puesto entre rascacielos no como curiosidad histórica, sino como proyecto vanguardista para la arquitectura del futuro.

El afán de modernidad, universalidad y tecnicidad iniciado por Franco en el Gobierno de 1957 quedó cristalizado en la crisis de 1962 con los nombramientos, entre otros, de López Bravo, el profesor Lora Tamayo y Manuel Fraga Iribarne. Pero con ser grandes la personalidad y el dinamismo de este último, más que su ingreso en el campo de las responsabilidades ejecutivas a alto nivel fue el cese en las suyas de Arias Salgado lo que permitió dar tono y matiz al nuevo Gobierno para exponer su vera efigie.

Lástima que Dios se lo llevara de este mundo al suyo (pues era recto y honesto, y Dios no castiga los errores, sino las perversas intenciones, de las que Gabriel Arias carecía) sin llegar a ver con sus ojos mortales cómo el Régimen ganaba más adeptos con el aperturismo de Fraga que con el anclaje en un tiempo ya ido.

Entre estos adeptos, ganados entusiásticamente por las corrientes renovadoras, se contaba Echevarrieta Letelier.

El Régimen había sido en sus años iniciales como un avión apenas despegado de tierra en peligroso vuelo rasante. Las maniobras de su piloto para que la nave no se estrellara fueron tan hábiles como arriesgadas. Indicios hubo de que conseguiría alcanzar su propósito. Ahora, al fin, las señales se trocaban en certezas y el avión, sin lastres de tópicos ni utopías, ganaba, a ojos vistas, altura, velocidad y seguridad.

Esta sarta de mal engarzados recuerdos venía confeccionándola torpemente José María desde que, al primer claror del alba, decidió salir a caminar por su finca de la Valvanera. El azaroso conocimiento del bueno y estrafalario Felipe Tusquets, a causa de un incendio; la visita del duque de Maura, cuando aún vivía en la casona de Villamanrique; el diálogo mantenido con Jaime Foxá y los tesoros guardados en sus cuadernillos de hule; sus conversaciones con Satrústegui, Ridruejo y los amigos de Gil Robles; las sugestiones de las dos últimas crisis de Gobierno, rememoraciones

todas de los últimos doce años de su vida, habían sido interrumpidas más de una vez por fugaces vivencias de Leonor, y de otras Leonores de las que se había apartado con peor sabor de alma que refrigerio del cuerpo.

El sol, que apenas emergía del horizonte cuando ya había iniciado su caminata, pegaba ahora fuerte y el calor comenzaba a hacerse insoportable. Estaba cansado y no le apetecía entrar en casa, pero dos gruesos mastines, al advertir su proximidad, salieron a su encuentro dispuestos a conducirle a su redil como hacen los perros pastores con las ovejas rezagadas. Recordó al *Rubio*, el cachorro de Maruja. ¿Cuánto tiempo hacía que le acompañó por esta misma pendiente con su joven ama? ¡Once años! ¡Once años habían transcurrido ya desde aquel episodio y doce desde la muerte del hombre de cuyo nombre se apropió!

Bienvenida, la nuera de Alfonso —aquel Alfonso Sánchez Martín que conducía remolachas desde Puerto Lápice a Valdepeñas el día del accidente, y a quien José María contrató como tractorista, y que hoy hacía las veces de conductor y mayordomo—, era una real hembra a quien era difícil contemplar con ojos de arcángel.

Le recibió en el porche, los brazos en jarras.

—¿Y aónde s'había usté metido, que creíamos mismamente que se lo habían comío los lobos?

Los mastines se rozaron contra las piernas de la mujer.

«No te preocupes —parecían decir—. Aquí te lo traemos».

Y José María penetró en su casa, ignorante de las sorpresas que le esperaban.

XIV

EN EL QUE SE RELATA LA MAYOR SUCESIÓN DE DISLATES QUE PUEDE COMETER EN MENOS TIEMPO UN HOMBRE CUERDO

[1964]

—¡Tie usté un hartazgo de correspondencia —le informó Alfonso Sánchez—, y entre las cartas, un telegrama urgente!

Fue a abrirlo, pero, al retirarlo de la bandeja, vio el envés de un sobre cuyo remite decía simplemente: Maruja.

¡Qué curiosas coincidencias tiene la vida! Años enteros sin recordarla y hoy, que venía pensando en ella, tropezaba con esta carta. Le decepcionó tantear el sobre, pues a las claras se advertía que su contenido no era papel de escribir, sino una cartulina dura como la de una tarjeta navideña, fuera de tiempo, o un parte de boda. ¡Un parte de boda! La idea le sobresaltó. ¿Qué edad tendría ahora Maruja? Veintiséis años… ¡Claro que podía ser un parte de boda! Lo abrió, no sin desazón. La tarjeta decía:

LA DIRECTORA DEL SALÓN CANO
tiene el honor de invitar a D. J. M. Echevarrieta
a la Exposición de pinturas de
MARUJA TRIAS
(Premio Bienal de São Paulo 1963)
y a su inauguración,
que tendrá lugar el martes 3 de septiembre de 1964

¡Maruja Premio Bienal de São Paulo! ¡Maruja una artista de verdad! La recordó —fruncida la frente, la lengua entre los labios— tomando unos apuntes del paisaje, monologando con verdadero talento acerca de su interpretación de la pintura.

Releyó por dos veces la tarjeta. Dio una gran voz:

—¡Alfonso! Sírvame una ginebra con hielo, por favor.

Sentóse en el salón, junto al ventanal que daba sobre el paisaje, sin desprenderse

de la cartulina.

—No ha abierto usted el telegrama —le dijo Alfonso, al servirle.

—Acérquemelo.

El telegrama decía:

Preséntate en Madrid con urgencia. Ven a verme. Tema reservadísimo e importante. Abrazos. Armando Riquer.

José María bebió un sorbo, encendió un cigarrillo, se hundió en el sillón y apuró el vaso hasta las heces.

Estaba pálido. Y nervioso. ¿Qué significaba ese telegrama? ¿Habría sido descubierta la gran superchería de su vida, el trastrueque de personalidades? No podía olvidar que Armando Riquer mantenía en el valle de Arán relaciones económicas con los que hubieran sido sus socios en el complejo turístico de la Estación Invernal de Esquiadores. ¿Habría conocido a los Origny? Una palabra, una frase dicha al azar; su sospechosa negativa a viajar por Francia y a mantener relaciones directas y personales con los fabricantes de los productos químicos que él importaba y distribuía en España, ¿habrían dado la clave a su primo para sorprenderse, dudar, sospechar o tal vez «saber»?

—¡Alfonso!

—Don José…

—¿Qué edad tengo?

—Según como se mire, señor. Si cuenta usted que nació el día que yo le salvé la vida, es usted un niño de doce años. Si echa las cuentas desde que su madre le trajo al mundo, tiene usted cuarenta.

—No estoy para bromas. ¿Qué día es hoy?

—Miércoles, cuatro de septiembre de 1964.

—Tráigame otra ginebra.

Tres colillas más de cigarrillos medio fumados había en el cenicero cuando volvió a llamarle. Tenía ante sí el telegrama de Armando y la tarjeta de Maruja.

—¿Qué hora es?

—Las once de la mañana, señor.

—No debías haberme dejado beber dos ginebras a estas horas; pensé que era mucho más tarde. Prepara el coche. Nos vamos a Madrid.

Doce años atrás, la carretera por la que ahora viajaba era un puro hacinamiento de baches. El asfalto ondulado, cuando no agrietado, hacía peligrosísima la circulación rodada. En torno a los puestos de gasolina, niños famélicos, mujerucas desgreñadas y hasta hombretones maduros sin trabajo espiaban la llegada de los pocos automóviles que circulaban, para tender la mano y pedir limosna. Las moscas, el polvo, la mugre,

los recordaba Tomeu Riquer con horror. Durante su viaje hacia La Mancha comentaron, el verdadero Echevarrieta y él, que la miseria era mucho más patente en Castilla que no en su valle. Los pueblos eran siniestros. El adobe sin encalar, las casas agrietadas, muchas ruinas de la guerra sin reconstruir. Y una población que parecía uniformada: las mujeres vestidas todas de negro con su pañolón color ala de mosca en torno al rostro; los hombres, con sus pantalones de pana, con parches en las zonas rotas de otra pana menos desgastada por el uso. Y los zapatos de los labradores hechos con trozos de neumático, cartones y cuerdas…

¿Qué tenía que ver aquel ambiente que tanto le desazonó entonces con la autopista por la que circulaba ahora? ¿Aquellos pueblos sórdidos con estos otros ajardinados, limpios, encalados? ¿Aquellas gentes desharrapadas con estas otras bien vestidas y bien calzadas? ¿Aquellos tugurios donde despachaban minucias con las tiendas de ahora, donde se vendía de todo, bien adornadas e iluminadas?

La transformación del país era algo tan evidente que se constataba con el asombro, no de maravillarse de que las plantas crezcan, sino de verlas físicamente crecer.

Jorge Vigón, ministro de Obras Públicas, había tenido una curiosa iniciativa. El aumento del parque automovilista y de la circulación por carretera había provocado un aumento considerable de accidentes de circulación con su secuela de muertos y heridos. Para recomendar prudencia a los conductores había ordenado situar en cada lugar donde se había producido una catástrofe un gran cartel donde se indicaba el número de víctimas y la fecha del accidente. El dibujante Antonio Mingote, que acababa de ser contratado por *ABC*, publicó con este motivo un finísimo dibujo de humor. Representaba la carretera que cruza en la actualidad las Navas de Tolosa, donde en el siglo XIII se produjo la gran victoria de la coalición de reyes cristianos contra la morisma. Junto al arcén, Mingote pintó un cartel: «Aquí, 8000 muertos en 1212».

Tomeu Riquer pensaba en ello al acercarse al lugar del accidente, rebasado ya Manzanares, que costó la vida al auténtico Echevarrieta Letelier.

—¡Aquí fue! —comentó lacónicamente Alfonso, el mecánico, mirando a su jefe por el espejo retrovisor. Y observó, sorprendido, que éste, desde que iniciaron el viaje, conservaba entre las manos el telegrama y la carta que había recibido aquel mismo día en el primer correo: en la mano falsa y enguantada, el telegrama; en la sana, la carta.

A la entrada de Madrid, José María pidió al mecánico que se detuviese en el primer lugar en que hubiera un teléfono. Marcó el número de la casa de Armando Riquer. Le dijeron que había salido. Telefoneó a su despacho. No había llegado. Pidió entonces le comunicaran con María Luisa, su secretaria. Estaba intensamente pálido y unas ojeras se le marcaron bajo los párpados. Si eran ciertas sus sospechas de haber sido descubierto, no iría a ver a Armando; vaciaría aquella misma mañana sus cuentas corrientes y se expatriaría para siempre. No llevaba equipaje alguno, pero

había tomado la precaución de traer con él su pasaporte.

—María Luisa. ¿Conoce usted el telegrama que me ha enviado don Armando?

—Yo misma se lo puse por orden suya, señor Echevarrieta. ¿Desde dónde me telefonea usted?

—Estoy camino de Madrid. Y le confieso que estoy un poco intrigado. ¿Podría usted decirme de qué se trata?

—Poder, poder, sí puedo… Pero no debo. Es don Armando quien quiere decirle a usted personalmente algo realmente importante.

—Pero él no está…

—No se preocupe, vendrá en seguida. Cuando usted llegue a Madrid le estará esperando.

—Dígame tan sólo una cosa. ¿Es algo malo? ¿Se trata de una desgracia?

José María oyó a María Luisa reír de tan buena gana que los colores le volvieron al rostro.

—No me denuncie usted a don Armando por ser indiscreta. Lo que él tiene para usted es una buenísima noticia.

—Me quita usted un gran peso de encima. Dígale que le telefonearé en cuanto llegue.

Alfonso, que había visto entrar a su jefe en el establecimiento desencajado y nervioso, le vio salir sonriente y tan contento que pensó que había bebido. Seguía sin separarse de los dos papeles; bien que esta vez sostenía ambos con la mano sana. Comprobó el nombre y el número de la calle donde se celebraba la exposición y pidió a su antiguo salvador que le llevase a la Sala Cano.

Alfonso Sánchez Martín consideró que no es igual la actitud de un hombre que penetra en una sala de fiestas que la del que entra en la alcoba de un agonizante. Cada caso requiere unos modos adecuados. Lo contrario es conducirse a la trocadilla: cuando pitos, flautas; cuando flautas, pitos.

Que don José María no estaba hoy en sus cabales, lo probaba el modo sigiloso, devoto, misterioso y acongojado con que penetró en una especie de tienda en que se exponían y vendían cuadros, lugar que no es precisamente un «tablao» flamenco, pero tampoco la capilla ardiente donde se va a ver al amigo muerto en su caja, rodeada de cuatro cirios. ¡Mira tú que entrar de puntillas en un centro comercial! A su jefe, decididamente, se le estaba ablandando el sesamen.

En efecto: con unción casi religiosa, José María penetró en la penumbra de la sala. Estaba toda forrada de negro y cada cuadro individualmente iluminado. No había más de tres o cuatro personas. Echevarrieta no se enteró si eran jóvenes o viejos ni a qué sexo pertenecían. Sólo advirtió que ninguno de estos seres era «ella». Se quedó extasiado ante el primer lienzo. Representaba un busto de mujer. La figura central era casi rafaeliana, tal era la pureza de los trazos, mientras que el fondo era un

trastrueque de manchas abstractas que sugerían, pero no concretaban, un paisaje. Eran colores, al servicio del tema principal, habilísimamente concebidos y dispuestos. Era un cuadro genial, sencillamente genial.

La exaltación de José María se había desbordado. ¡Aquella mujer, aquella niñita de diez años antes tenía talento, verdadero talento! Pasó al segundo cuadro. Eran manos que volaban, manos como palomas, manos dulces, crueles, tiernas, crispadas, amedrentadas, sobre un fondo gris. Cada mano llevaba dentro de sí su propia autoridad: la explicación del alma de cuyo cuerpo habían sido arrancadas. El fondo era como un mar, al amanecer, o como una nube irreal. De nuevo el contraste entre la perfección del motivo principal y la sugerencia exótica del fondo. Al pie del cuadro había una tarjeta que decía: «Adquirido por», y a continuación un nombre desconocido. Rápidamente, y antes de que nadie se lo estorbara, se volvió y depositó una tarjeta suya sobre el primero, como quien exhibe un título de propiedad. Se enderezó para mirar el conjunto de la sala y sus ojos quedaron clavados, imantados, en un solo objeto.

Lo que había en el panel central era el paisaje que se contemplaba desde el cerro de la Valvanera; el mismo cuyo bosquejo trazó Maruja el último día que se vieron… ¡hacía tantos años! Se dirigió hacia el lienzo profundamente conmovido. Ante el repecho del primer término, que ocupaba la parte baja del cuadro (repecho necesario —como dijo ella aquel día— «para que se comprendiera la distancia» de lo que había detrás), se veían dos sombras, la de un hombre, la de una niña. Se entendía que la inmensidad del panorama no estaba simplemente ahí, por haberlo puesto Dios, sino que era un paisaje «visto por ojos humanos: tal como ellos lo veían y entendían». Y de la misma suerte que en los otros, se mezclaban en éste lo abstracto y lo figurativo, salvo que lo figurativo era el fondo —es decir, el paisaje— y lo abstracto el primer término: el repecho «desde donde se veía» y «las sombras de los que veían»… Esta parte era una pura sugerencia, una invitación a entender; no una fórmula matemática, ni una definición.

Al pie del cuadro un membrete en bronce: «Premio Bienal de Sao Paulo 1963». Y una tarjeta: «Adquirido por don José María Echevarrieta Letelier». Fue tal su sorpresa que se le saltaron las lágrimas. Y el pensar que no había llorado nunca, desde la muerte de su madre, aumentó su conmoción interior. «¡Demonio de niña!». Era tan sensible el detalle, tan delicado el regalo, que casi parecía una venganza.

Contempló el lienzo largamente, y preguntó por la encargada del local.

—Los cuadros que carecen de la indicación de haber sido adquiridos, ¿están en venta?

—Sí, señor.

—¡Los quiero todos!

—Pero, señor, los precios son muy distintos unos de otros…

—¡Todos, todos; los quiero todos!

—¿Es usted de la profesión?

—¿De qué profesión?

—Quiero decir, si se dedica usted a la venta o reventa de cuadros.

—No, en absoluto. Soy un particular. Me han gustado y los quiero comprar.

—¿Todos?

—¡Todos! Le doy este puñado de tarjetas y usted misma se encarga de poner: «Adquirido por…».

—Antes tendremos que llegar a un acuerdo. Estas operaciones no pueden hacerse así. Desde luego debo consultar con la autora. Ella no vendrá hoy en todo el día… Mañana la informaré.

—¿Y no podría usted localizarla ahora? ¡Creo que el caso lo merece! Los quiero todos. ¿Entiende? ¡Todos!

—Sé que hoy almorzaba con sus futuros suegros, pero no sé dónde. Hasta mañana no la podré localizar. ¿Se llama usted? —Consultó una de las tarjetas—. ¡Ah, usted es el que compró el Premio de la Bienal…! Ésa sí que es una gran adquisición. Sé que ella dudó mucho. No quería desprenderse de ese cuadro.

—No se desprenderá.

—¿Va usted a renunciar a él?

No hubo respuesta. José María salió violentamente dejando a la encargada no poco perpleja.

Subió al coche.

—Lléveme a casa de don Jorge Antonio Trías.

Al cabo de un rato, comentó:

—Me temo, Alfonso, que voy a hacer una gran tontería.

—No suele usted hacerlas, señor.

—En este caso sé que voy a cometer un acto de dudoso buen gusto, y una imprudencia.

—Y si el señor tiene sentada esa baza en la cabeza y se malicia que puede dar un traspié, ¿por qué no lo piensa dos veces?

—¡Porque me he dejado en el pueblo el instrumento de pensar!

Alfonso le observó por el espejo retrovisor. Le parecía injusto que don José María se dedicara a hablar solo. Después de un viaje tan largo y aburrido, si quería hablar… ¡que lo hiciera al menos con él! De modo que preguntó:

—¿Me decía usted algo, don José?

—Sí —respondió éste (que aquella mañana tenía la cabeza a pájaros)—. Le estaba preguntando si sabe qué significa «inexorable».

—Saber, saber… sí sé. Pero si me pide que se lo explique… ¡ése ya es otro cantar!

—Pues he tomado una decisión «inexorable». De la que no me apeará nada ni nadie.

—Me ha dicho usted la clave. «Inexorable» es una decisión de la que no le apea a uno ni Dios.

—¡Eso es!

Al cabo de cruzar varios semáforos, el mecánico se atrevió a preguntar.

—Y ya que el señor me hace esas confidencias, ¿puede decirme cuál es esa decisión tan importante?

—Sí, Alfonso. La puede usted saber. Y la debe saber. ¡Me voy a casar!

—¡Gran idea, señor! El hombre no está hecho para vivir solo.

Varias calles más adelante:

—¿Y con quién, señor?

—¿Con quién… qué?

—Pregunto que con quién va a ser el vínculo. Porque la suya puede ser una decisión en abstracto, a topa tolondro, salga pez o salga rana, o puede ser pensando en una hija de Dios, con nombre, apellido y partida de bautismo.

—Me voy a casar con un ángel, Alfonso.

—Eso no me parece ni medio bien, señor. Debía usted haber escogido a una mujer.

—Es que ella participa de las dos condiciones.

—¿Entonces es una decisión… «inexorable», señor?

—¡Inexorable!

—En ese caso… punto en boca.

Lo que maravilló a Echevarrieta fue la ausencia de extrañeza por parte de Jorge Antonio al verle llegar a horas tan desusadas a su casa y sin previo aviso. No se diría sino que le estaba esperando, a pesar de tener que levantarse de la mesa, pues —cuando él llegó— estaba terminando de almorzar.

—José María: me alegro de verte, cosa que no siempre es fácil porque eres el hombre más escurridizo del mundo —dijo el dueño de la casa mientras le abrazaba—. Dime la verdad, ¿te ha sorprendido la noticia?

—¡No te puedo ocultar que me ha consternado! Y de eso vengo a hablarte.

—¡Vamos, vamos, estoy seguro que tenías la mosca detrás de la oreja desde hace tiempo! ¿A qué hora has hablado con Armando?

—No le veo desde hace meses. No he hablado con él.

Jorge Antonio Trías hizo un gesto de asombro. Se le quedó mirando fijamente sin retirar el puro de entre sus labios.

—Y si no es Armando, ¿quién te ha dado el soplo? De este asunto sólo hemos hablado, y muy en privado, él y yo. Pasa a mi despacho. Tengo copas y café.

Dio una gran voz:

—¡Que no nos interrumpa nadie! ¿Lo quieres solo o con azúcar? ¿Prefieres coñac o anís? Te confieso que me has dejado estupefacto. ¿Es Teresa quien te lo ha dicho?

—Creo que nos estamos refiriendo a asuntos distintos, Jorge Antonio. Yo acabo de llegar de mi rincón y no he tenido tiempo de hablar con los Riquer ni con nadie.

Tan sólo me he dado una vuelta por la exposición de tu hija. Me hubiera gustado felicitarla personalmente, pero me han dicho que no está en casa.

—No. Hoy come con mis futuros consuegros. Pero hablemos de lo nuestro. Si Armando ha comentado este asunto con su mujer, ha cometido una gran indiscreción.

—Escúchame, Jorge Antonio. Creo que se trata de un error. ¿Tú esperabas mi visita?

—¡Naturalmente!

—Entonces, te aseguro que estamos hablando de temas diferentes. Tú te refieres a un gran secreto, y de lo que yo vengo a hablarte es de algo delicadísimo, que no puedes ni sospechar de qué se trata.

—Entonces… ¿no vienes a hablarme de la Dirección General?

—¿De qué Dirección General?

—Querido José María, siéntate y escucha. El Caudillo me ha ofrecido el Ministerio de Agricultura, pero el actual ministro ignora que va a cesar; de ahí la discreción de todo el cotarro. Estoy formando mi equipo y he rogado a Armando Riquer, que es amigo común, que tanteara si aceptarías una Dirección General.

—Desde luego me coge tan de sorpresa lo que me dices como te va a coger a ti lo que voy a decir yo.

—Ya me hablarás luego de tu asunto. ¿Aceptarías o no? Sería la Dirección General de…

—No me digas nada, Jorge —le interrumpió José María—. ¡No te comprometas a decirme nada! Porque después de escucharme es muy posible que no me ofrezcas una Dirección General, sino que me señales la puerta y me eches de esta casa.

Jorge Antonio Trías guardó un momento silencio.

—Me dejas inquieto, muy inquieto, explícate —dijo al fin.

—Si me permites, Jorge, preferiría hablar delante de tu mujer.

—¡Mi mujer no pinta nada en política!

—¡No es de política de lo que vengo a hablarte!

Jorge dio una gran chupada a su puro. Le contempló intrigadísimo. Volvió a chupar el habano.

—¿Tiene algo que ver con mi hija?

—Sí.

—¿Y no es mejor hablar de eso… de hombre a hombre?

—No. La presencia de tu mujer puede ser muy útil.

—Yo quiero a mi hija —dijo muy lentamente— más que a mí mismo. Lo sabes muy bien. ¡Cuidado con lo que vayas a decir! ¡Y más si está su madre delante!

—Lo que voy a decir no es malo para ella, sino para él: me refiero al que quiere casarse (y no se casará) con ella. Te aseguro que la presencia de una mujer inteligente como Berta puede ser muy conveniente en esta declaración.

Jorge Antonio se levantó, pulsó un timbre incrustado en la pared y se quedó adosado a ella, en actitud expectante. José María se sirvió un coñac, y reconsideró

una vez más el embrollo en que se estaba metiendo. Pero es como quien se lanza al agua desde una gran altura. Una vez en el aire, ¿cómo volver atrás?

—¡Qué venga la señora! —rugió Jorge Antonio cuando entró la doncella—. ¡Si está durmiendo la siesta, que se levante! ¡Si está en bata, que se vista! ¡Si está en la calle, que se la busque! ¡Pero que venga!

Y cuando quedaron solos, confesó:

—Estoy deseando que nos digas cuanto sepas de ese niñato del cuerno. ¡No le puedo ver! ¡Es un repollo con lazos, un cretino de mierda!

No estaba Berta tan lejos como para no oír la última parte de esta retahila.

—Lo que a ti te pasa, querido —dijo la señora de Trías desde la misma puerta—, es que odias, por principio, a todo pretendiente de tu hija, sea bueno o malo.

Extendió la mano a José María y siguió hablando sin detenerse:

—Jorge no tiene ninguna razón. Roberto es un muchacho excelente. Lo que no entiendo es…

Su marido no la dejó seguir.

—El Robertito de las narices me ha caído gordo, en efecto. ¡No lo puedo remediar!

—Lo que no entiendo —insistió Berta— es el origen de esta conversación, tan… tan poco discreta.

Echevarrieta guardó silencio y Jorge Antonio, rascándose una ceja, explicó:

—José María quería que estuvieses tú delante para decirnos algo, que…

—Que afecta a las relaciones de Maruja con ese muchacho —continuó José María.

Los ojos del matrimonio estaban fijos en él. Echevarrieta recordó los famosos arrebatos de cólera de su vecino de finca, y no sabía por dónde empezar.

—¿Tú de qué conoces a Roberto? —preguntó Berta, intrigada.

—Yo no le conozco.

—¿No le conoces?

—Sólo sé que Maruja no debe en modo alguno casarse con él —dijo José María con tanto énfasis como audacia.

Jorge Antonio enrojeció.

—¿Tiene alguna enfermedad venérea incurable? ¿Es impotente?

—¿Es homosexual? —añadió tímidamente Berta.

(«Señores —pensó por un momento decir José María Echevarrieta—, soy el mayor cretino del mundo. Les ruego olviden cuanto he dicho y vengan a verme al manicomio, donde pienso encerrarme voluntariamente en cuanto salga de aquí. Disculpen a este pobre demente. Buenas tardes, señores. Me voy»).

—¿Por qué no contestas? —rugió el futuro ministro de Agricultura.

Pero José María, en lugar de hacer aquella sensatísima declaración, prosiguió erre que erre.

—Ya os he dicho que yo no le conozco, ni sé nada acerca de él. No puedo

siquiera sumarme a lo que Jorge Antonio ha dicho de ese chico, porque carezco de elementos de juicio para opinar. ¡Lo único que sé es que Maruja no le quiere!

—¿Cómo te atreves a decir esto? —exclamó Berta, ofendida.

—¡No le interrumpas! —rugió Jorge con voz tonante.

Y comenzaron a quitarse la palabra uno al otro, sin que José María supiera a quién responder.

—¿Te ha hecho Maruja alguna confidencia?

—¿Te ha pedido que hablaras con nosotros?

—¿No me dijiste que acababas de llegar de tu rincón y que no habías tenido tiempo de ver a nadie?

—¿Cuándo has visto a Maruja por última vez?

Si Echevarrieta se atreviera a decir que no la veía en once años, temía que le apuñalaran ahí mismo; ¡y el juez, probablemente, apreciaría no pocos atenuantes! Jorge Antonio estaba cada vez más excitado; tenía las venas del cuello hinchadas como tuberías y la furia le asomaba a los ojos.

José María tardó unos segundos en soltar muy exaltado esta inusitada declaración:

—Maruja no ha querido en su vida más que a un hombre. Le ha querido desde siempre. Y le sigue queriendo. ¡Y ese hombre, desde luego, no es Roberto!

—¡Escucha, ex futuro director general! —clamó Jorge Antonio—. Sabré dominar el deseo imperioso de romperte una botella en la cabeza siempre que no tardes demasiado en salir de esta casa.

Hacía ya tiempo que Echevarrieta había advertido en Berta ese chispazo de inteligencia, bien que no exento de estupor, que se observa en las mujeres cuando, al fin, ya lo han entendido todo. Pero el futuro hombre de Gobierno seguía en la higuera. ¡Y lo que no podía sufrir era que se desacreditara a su hija delante de él afirmando poco menos que tenía un amante, pues adoraba a uno y se casaba con otro! Pero quería saber. No quería oír, pero quería saber.

—El hombre a quien quiere Maruja, y que adora a Maruja, soy yo.

—¿Prefieres que te parta esta botella en la cabeza ahora mismo o que cuente diez segundos antes de verte salir de casa?

José María oyó cómo la botella se estrellaba contra el suelo. ¡Mejor era esta solución que no en su cráneo! Lo oyó ya en la puerta de salida, perseguido por un sinfín de epítetos e injurias, mientras bajaba precipitadamente los peldaños que le separaban de la calle.

—¡De prisa! —le dijo a Alfonso—. Llévame a casa de don Armando Riquer. —Con la excitación estuvo a punto de decir «a casa de mi primo». Porque, así como había conseguido asimilar el nombre de Echevarrieta, no había conseguido desarraigar la raíz familiar que le unía con el último de los Riquer.

El optimismo de Echevarrieta rozaba los límites de lo demencial. «Hay paranoias depresivas y exaltadas —pensó—. La mía pertenece a esta última estirpe».

La chispa que había advertido en los ojos de Berta se le antojaba altamente

positiva. Había asombro, sin duda, y tal vez el reproche a sí misma de no haber comprendido todo antes. ¡Muchos años antes! Pero no había disgusto. De esto estaba seguro. «O Berta se ha alegrado, o no me llamo Sancho», se dijo, repitiendo una frase ritual del exalcalde de Manzanares.

—¿Todo va bien, señor? —preguntó con cierta sorna Alfonso.

—Todo va bien, salvo que no debería haberme tomado aquellas dos ginebras esta mañana, ni los dos coñacs que acabo de beber…

—Sobre todo con el estómago vacío —recordó Alfonso.

—Carezco de apetito. No quiero comer.

—Pero el señor y yo… no somos uno, sino dos. Y es mucho lo que va de Pedro a Pedro. Fíjese lo que serán las cosas: desde chiquitín me acostumbraron a comer todos los días, y ni al llegar a viejo he podido desarraigar tan fea costumbre.

—Tiene usted toda la razón. Mire, al llegar a casa de los señores de Riquer, se va usted con el coche donde quiera y no regrese hasta haberse llenado la barriga.

Armando no estaba. Fue Teresa quien le hizo los honores, y quien telefoneó a María Luisa para que ésta buscara a su marido y le dijera que don José María estaba aquí en su casa, esperando instrucciones.

—¿Conoces la noticia?

—Jorge Antonio Trías me acaba de decir que se habla de una gran reorganización ministerial.

—¿De modo que vienes de su casa? ¡Qué fastidio! Armando hubiera preferido hablar antes contigo. ¡Por eso te puso el telegrama! Jorge Antonio cree que va a ser ministro —explicó Teresa— y quiere ofrecerte una Dirección General, pero Armando considera que no debes aceptar. ¡Tu nombre suena para algo más importante!

—No te preocupes, Teresa. Jorge Antonio me ha destituido antes de designarme. Y… como es natural, yo no aceptaré ningún cargo sin consultar primero con dos personas: una, tu marido, por supuesto…

—¿Y la otra? —preguntó Teresa, intrigadísima.

—La otra… ¡mi mujer!

Teresa perdió la respiración.

—¿Te has casado?

—No. Pero me voy a casar.

—¡¿Queeé?!

—Lo que has oído.

Teresa se dejó caer en un sillón, y dio rienda suelta a su risa.

—¡Ya era hora, solterón! ¡Eso sí que es una noticia! ¿Y con quién?

—Con… con… Por favor, ofréceme primero algo de beber. Y bebe tú también. Lo vas a necesitar.

—¿Es alguien conocido?

—Sí.

—¿Mucho?

—Mucho.

—¡Espera! ¡Voy por las copas! —exclamó intrigadísima.

Armando Riquer, desde la calle, y la bandeja con las copas, desde la cocina, llegaron al mismo tiempo.

—Sabía que estabas aquí. ¡Traigo grandes noticias!

—No nos interesan nada. Somos nosotros quienes tenemos que darte el notición —exclamó Teresa con aire de misterio. E iba a añadir: «¡José María se casa!», pero su marido no le permitió continuar.

—Por muy importante que sea vuestro «notición», no puede superar al mío. ¡No hay crisis! Y esto es gravísimo.

Armando Riquer, de natural hombre cachazudo y tranquilo, no ocultaba su excitación:

—Estoy metido de «hoz y coz» en una gran operación política. Escúchame, José María, y escúchame, Teresa, pues no conoces el final… El que haya cambios o no los haya en los hombres del Gobierno carecería de importancia si no estuviera en juego el porvenir mismo del país.

—La «noticia» que queríamos darte —interrumpió Teresa— te va a dejar alelado…

—Ya me la daréis después. El tema es grave. Y necesito que José María, y tú misma, me escuchéis con atención.

XV

Donde se conspira desde el Gobierno de Franco para que Franco desfranquice el régimen de Franco

[1964]

—La prolongación de lo que llamamos la España nacional, es decir, el Régimen surgido del 18 de Julio, debe mantenerse mientras viva el Generalísimo. O si preferís que lo diga de otra manera: «se mantendrá». No es cuestión de que nos guste o no nos guste. Afirmo que se mantendrá.

»Ahora bien. ¿Y después? Si somos conscientes de nuestras responsabilidades, si no estamos todos locos, tenemos la perentoria obligación de plantearnos desde ahora qué ocurrirá ese «después». Y yo, que soy hombre leal a Franco, que creo en la eficacia de su permanencia, y que no le traicionaré jamás, voy a hacer, dentro de la intimidad en la que hablamos, la más dura crítica de su actuación: quizá la única que me atreva a hacer en conciencia. Me refiero a su aparente indiferencia respecto a lo que ocurrirá «después».

»No sé si habéis leído un artículo de Luis Calvo titulado «Después de mí, el Diluvio», y que viene a resumirse en una de sus frases: «El que venga detrás, que arree». ¿Es eso lo que piensa Franco? Y yo me pregunto: ¿no somos todos un poco responsables de esta indiferencia, o al menos aparente indiferencia del Caudillo, respecto a lo que vendrá «después»?

»Él sabe que la permanencia es la primera virtud de un estadista. Creo, como él, que el largo paréntesis de inactividad política que representa su mandato es beneficioso para, entretanto, transformar el clima social y económico de España. Pero del mismo modo que aseguro que esta transformación es necesaria, afirmo que carece de futuro. Hoy dependemos del arbitrio, del buen sentido, de la estrategia de un hombre solo. ¿Es esto «prolongable» para el mañana? Creo que no.

Se sirvió una copa. Mojó los labios en el borde mismo del líquido. Fue tan ínfima la cantidad ingerida que humedeció su lengua sin que el líquido llegara a la garganta.

—¿Os aburro?

—Nos abrumas —precisó Teresa.

—Eso es lo que pretendo: abrumar, asustar, inquietar. Y poner remedio. Sé que mi programa es imperfecto. Pero que, aun dentro de su imperfección, es necesario. Todos los objetivos que voy a exponeros pueden resumirse en esto: escalonar, desde ahora y desde «dentro», una serie de medidas que sirvan de base para otras medidas futuras… que hagan viable un «después». Hay locos que pretenden imponer estas medidas «hoy». Les llamo locos porque «la política es el arte de hacer posible lo necesario». Y lo que considero necesario, no es posible hoy… Y hay otros que no se plantean la eventualidad de que Franco pueda morir un día.

Alzó los brazos en aspa, antes de continuar:

—¡Dios, Dios! ¿Para quién se habrán fabricado los manicomios?

Teresa le interrumpió, impacientándose:

—Has planteado muy bien una inquietud, querido mío. Pero te estás regodeando en ella sin apuntar ninguna solución.

—A eso voy. Sabéis que no soy retórico, pero no tengo más remedio que emplear una frase tremendamente retórica. «Hay que “desfranquizar” el Régimen de Franco, en vida del propio Franco, con su consentimiento, y respaldando toda la operación en su propia autoridad». Permitidme explicar esto, apoyándome en medidas concretas:

»Primero: Hay que conseguir que Franco separe la Jefatura del Estado de la Jefatura del Gobierno.

—¡No lo hará jamás! —exclamó Teresa, interrumpiéndole.

—Segundo —prosiguió Armando—: Hay que conseguir que Franco designe en vida un sucesor. Un sucesor —prosiguió— a título de rey, como exige la ley de 1947. No es tolerable que a estas alturas haya pretendientes que se «apunten» a sucesores, como si el Estado fuese un club deportivo que deja vacante la presidencia. Pero esto hay que hacerlo ya. Hay que clarificarlo ya. No dejarlo en nebulosas…

—No hay más que una persona que pueda venir después de Franco, a título de rey. ¡Y éste es el rey! —exclamó Teresa.

Armando se llevó las manos al rostro, como si estuviera cansado.

—Los objetivos que os he dicho son tan importantes que no hay que «hacerlos imposibles», sino posibles: quiero decir que cuadren dentro del esquema mental del Jefe del Estado, pues no se trata de derribar el Régimen, sino de hacerlo adaptable a ese «después» del que vengo hablando desde el principio. Franco no quiere al conde de Barcelona porque le ha dicho demasiadas verdades; a quien quiere es a don Juan Carlos.

Teresa volvió a interrumpir:

—No seas reiterativo. No somos deficientes mentales. Te entendemos muy bien, aunque no estemos de acuerdo, en absoluto. ¡A un rey se le puede proclamar o destronar, pero no «elegir» como en los tiempos de Wamba o Teudiselo!

—El Gobierno actual está dividido —prosiguió Armando—. Los hay que creen en la inmortalidad de Franco, o que actúan como si, en efecto, creyeran. Uno de ellos

ha dicho: «¿Después de Franco? ¡Las Instituciones!». De acuerdo: pero ¿qué Instituciones? A lo que respondo: hay que hacer unas Instituciones, unas leyes, que sean aceptables para Franco, y que dejen abierta la posibilidad de ser «modificables» después de Franco.

»Y aquí es donde quiero tu concurso, José María.

—¿Mi concurso? ¿Estás loco? ¡Yo soy un agricultor y un industrial, no un político! ¿Me quieres decir qué pinto yo en una Dirección General de un Ministerio presidido por nuestro común amigo, y gran cretino, Jorge Antonio Trías?

—Jorge Antonio no será nunca ministro. Eso se cree él. Quien quiero que forme parte del Gabinete, como ministro, eres tú.

Teresa sirvió una gruesa copa de coñac a José María Echevarrieta, pues imaginó que la necesitaría. Éste la bebió a pequeños sorbos.

—Yo no entiendo de nada… salvo de las cosas en las que he trabajado siempre…

—¡Estupendo! Procura ser un buen ministro de Agricultura… y dame tu voto en las decisiones políticas. Escucha: te estoy diciendo «hoy» lo que debería haberte dicho «ayer». Mis últimas noticias es que Franco no acepta la modificación del Gobierno que habría de emprender esas reformas de que te estoy hablando…

Volvió a mojar los labios en su copa.

—Bueno. Dame ahora ese notición que os tenía tan excitados cuando llegué.

Echevarrieta no mojó los labios en el coñac, sino que inundó su estómago con el contenido de la copa, mientras escuchaba a Teresa decir:

—¡Pues nada más que esto!: tu futuro ministro se casa…

Armando le miró incrédulo. Al fin —por no ser descortés— rompió a reír, tal cual hizo su mujer.

—Has tardado en decidirte, muchacho. ¿Quién es ella?

—No sé si debo decíroslo… ya.

—¿Qué quieres decir con eso de «ya»?

—Quiero decir que tal vez sea prematuro declarar su nombre. No he hablado con ella todavía…

El matrimonio se miró con expresión consternada. O su amigo había perdido el juicio, o estaba borracho o se estaba burlando de ellos, cosa que no parecía probable, dado su talante habitual.

—José María —preguntó seriamente Teresa—. ¿No habrás bebido unas copas de más?

—Sí. He bebido algo más de lo que acostumbro. Pero mi euforia no es por las copas, te lo aseguro, sino por mi decisión i-ne-xo-ra-ble. ¡Al menos, vosotros sois más comprensivos que Jorge Antonio Trías!

—¿Has estado con Jorge Antonio? ¡Hubiera preferido que hablaras primero conmigo! ¡Nunca deberás aceptar lo que te ofrece!

—No he ido a hablar con él de política, sino a comunicarle mi decisión i-ne-xo-ra-ble. ¡Y no me ha permitido decírselo! Antes de llegar al fondo de la cuestión me

quiso romper una botella en la cabeza.

—¡Es desastroso para nuestros planes que te hayas disgustado con él! ¿Y qué es lo que le fuiste a decir?

—¡Que me caso con su hija!

Ni Armando ni Teresa dijeron nada de inmediato. Se miraron, como si quisieran consultarse mutuamente la respuesta adecuada. La más rápida fue ella.

—¿Has perdido el juicio? ¿No sabes que Marujita se va a casar?

—¡Claro que lo sé! ¡Conmigo!

—No digas sandeces. ¡Han empezado ya a repartir los partes de boda!

—Haremos una circular. Comunicaremos que la ceremonia se ha suspendido. ¡Los detalles no los hemos discutido todavía!

Teresa exigía las mayores precisiones.

—Pero ¿cuándo os veíais? ¿Dónde? ¿Cómo habéis podido guardarlo en secreto? ¿Cómo nadie os ha visto nunca juntos? Y, sobre todo, ¿cómo habéis dejado llegar hasta tan lejos lo de Roberto?

—Perdóname, José María. No apruebo tu conducta —interrumpió Armando con aire severo—. ¡Y la de ella, menos!

El caballero Echevarrieta salió en defensa de su dama.

—No tienes derecho a decir nada de ella. Maruja todavía no sabe nada. Sólo lo sabrá por sus padres cuando regrese a casa, después de haber comido en la de sus «ex futuros suegros».

Sus palabras coincidieron con el timbre del teléfono.

Teresa descolgó.

Los tres oyeron la voz airada de Maruja Trías.

—¿Tenéis ahí a ese loco? ¡Quiero hablar con él!

—Espera un segundo, bonita —dijo Teresa con aire resignado—. Voy a pasarte la comunicación al despacho de mi marido. No cuelgues.

Movió una palanca y Armando le señaló la puerta por donde debía entrar. Ni siquiera le acompañó. José María pretendió llevarse consigo la copa de coñac, pero Teresa se lo impidió.

—¡Ya has bebido bastante!

Echevarrieta cerró la puerta tras sí, disculpándose por hacerlo. Descolgó el teléfono. Se santiguó como hacen los toreros antes de enfrentarse con un marrajo de casta. Tragó saliva.

—Soy José María… —dijo con la máxima humildad.

La voz de Maruja tenía todas las vibraciones de la ira en estado de plenitud.

—¿Has perdido el juicio? ¿Te das cuenta de lo que has hecho? Nunca pensé que un hombre como… como yo creía que eras se atreviese a hacer esto conmigo. Mis padres están al borde de la histeria. He tenido que oír de ti… sin poder defenderte, claro, y sin deseo ninguno de defenderte, una buena colección de ferocidades… ¿Y qué me dices de ese alarde vulgar de colocar una tarjeta tuya en cada uno de mis

cuadros para presumir de nuevo rico, y publicar tu insensata pretensión, no de comprar mis pinturas, sino de comprarme a mí…? ¡Yo no estoy en venta, caballero! Y en cuanto a mis obras, ¿crees que sin tu ayuda «generosa» no las hubiera vendido todas? Mi familia política, quiero decir, los padres de Roberto, ni Roberto tampoco… saben todavía nada, gracias a la discreción de mis padres. De lo contrario estarías ya en el hospital, en la sección de traumatología adonde irás, no lo dudes, en cuanto Roberto se entere… Pero ¿cómo has podido hacer esto? ¿Cómo, cómo?

Maruja trastocaba las frases. Iniciaba una y no la concluía. Le comunicó que había mandado retirar todas las tarjetas.

—¿No entiendes que me pones en ridículo? ¿No comprendes que te presentas como un mecenas de tres al cuarto que quiere ayudar a una principiante? Yo soy alguien, ¡entérate bien!, en el mundo del Arte, y no necesito protecciones de nadie, y tuyas… ¡no quiero decirte! ¿Sigues ahí? ¿Me estás escuchando al menos, o estoy hablando con la pared?

—Sigo aquí, Maruja, sigo aquí, pero no quería añadir a las injurias de que me acusas la descortesía de interrumpirte.

—¡Haces bien porque no te escucharía! Si pretendes disculparte, no te escucharía, ¿entiendes? Lo que has hecho no tiene perdón. ¿Cómo sabes tú cuáles son mis sentimientos? ¿Con qué autoridad te atreves a interpretarlos? ¿Cuándo has hecho algo para mantener esa especie de estúpida adoración que tuve por ti cuando era una colegiala tonta, ciega y alocada? ¿Me oyes o no me oyes?

—Te escucho, te escucho…

—¡Nunca te perdonaré lo que has hecho! Mi padre se imagina que nos hemos estado viendo en secreto durante todos estos años, ¡qué ironía!, y que he sido tu manceba, como dicen en esos pueblos inmundos donde se pudre tu vida. Me has desprestigiado ante él, me has humillado ante él y sobre todo le has humillado. Menos mal que mamá está tomando el asunto con más calma, y hasta dice que se te debe disculpar porque estabas borracho. ¡Qué bonito escuchar esto de alguien a quien yo respetaba, y cuyo recuerdo guardaba como… como… una cosa especial, distinta! … ¡Oír que había que disculparte porque estabas borracho! ¡Qué vergüenza! No sé qué es mayor en mí, si la decepción, la rabia, la pena o la vergüenza. He retirado, ¿te lo había dicho ya o no?, todas las tarjetas de tus necias compras de mis cuadros. Menos de dos: del que me prometí un día que te regalaría, porque yo cumplo con mi palabra, y del primero que compraste. Pero he cambiado la tarjeta de sitio. ¡Aprende al menos a distinguir! He puesto la tuya en el de las «manos que vuelan», y el comprador anterior que se fastidie. Pero sigo sin comprender ¿cómo has podido, qué te ha impulsado, qué motivo has tenido para…? ¿Sigues ahí?

—Sigo aquí.

—¿Por qué no hablas?

—Porque la emoción no me deja. Te juro que lo que voy a decirte es verdad.

—No jures, gran tonto. Eso compromete demasiado. Y a ti nunca te ha gustado

comprometerte. ¿Cuándo te ha gustado comprometerte? Siempre has sido un egoísta y un fatuo.

—Bien. No juro. Lo dejo a tu sensibilidad y a tu perspicacia. Yo vine a Madrid, al recibir tu invitación… para…

—A una inauguración en la que no estuviste.

—No estuve porque me llegó el sobre con retraso. Digo que vine ni más ni menos para decirte que nos dejáramos de esas chaladuras de ser el uno para el otro un recuerdo entrañable, una pura nostalgia, y que nos casáramos. Que nos casáramos cuanto antes.

Se interrumpió y Maruja no respondió.

—Ahora soy yo el que pregunta… ¿sigues ahí?

De nuevo el silencio por respuesta.

—Vine para decirte eso. Y lo reitero. ¿Te niegas a hablar? De acuerdo, prefiero tu silencio a tu negativa. Imagínate mi estado de ánimo al enterarme de que alguien se me había anticipado.

—Alguien con más méritos que tú, por supuesto.

—Yo no tengo nada contra él. No puedo decir nada malo de él.

—¡Sólo faltaba que te atrevieras a injuriarlo!

—¡Al revés, supongo que estará lleno de virtudes, puesto que lo has escogido!

—¡No he sido yo quien le ha escogido, necio, sino él a mí: como hacen los hombres!

—Ahí quería llegar: tú le has «aceptado» por sus muchas cualidades. Pero le falta una esencial: que no le quieres. Le tienes «afecto nada más»… A quien quieres es a mí.

—¡Eres un fatuo y un engreído! Te he odiado siempre… ¡Qué modo de confundir los sentimientos! Tú ignoras lo que es querer; no has querido nunca a nadie más que a ti mismo… ¿Cómo te atreves, por tanto, a juzgar sobre un tema del que lo desconoces todo?

—Creo que quien ahora empieza a desbarrar eres tú. No he dejado de quererte nunca. Respóndeme a esto: ¿me crees?

—Escucha, gran estúpido. ¿No tienes ninguna pregunta más inteligente que hacerme?

—Sí. En cuanto me dejes hablar sin interrumpirme. ¿Qué hiciste cuando tus padres te contaron mi visita?

—Cuando llegué a casa ya sabía que estabas en Madrid porque había pasado primero por la exposición. Pero ¿cómo imaginar que habías ido por casa? ¿Cómo suponer que tu fatuidad y tu audacia llegarían al extremo de atreverte a decir lo que dijiste?

—Respóndeme. Al enterarte, ¿qué hiciste?

—Echarme a llorar, de indignación, de humillación, de rabia.

—Y ¿después?

—Seguir llorando más.

—Y ¿después?

—Decirles a mis padres la verdad.

—¿Qué verdad?

—Que lo que afirmaste ante ellos era una intromisión intolerable en mi vida privada; que carecías de toda autoridad sobre mí para hacerlo; que significaba una indelicadeza que rebasaba todos los límites permisibles; pero que no mentías al afirmar que yo no había querido a nadie más que a ti. Y que te seguía queriendo. Eso es lo que les dije…

Hubo un largo silencio.

La voz de Maruja, muy tenue:

—¿Sigues ahí?

—Sí, mi amor.

José María regresó al salón, sonrojado. Hay gentes que ante las grandes emociones palidecen; otras, que se sofocan. Echevarrieta pertenecía a estas últimas. Teresa y Armando le esperaban. No podían ocultar su decepción por su conducta, ni la curiosidad malsana, aunque harto justificada, de conocer el resultado de la conversación.

Procuró recomponer su apostura, recobrar su serenidad y hablar con coherencia.

—Debéis perdonarme. Aunque no soy de natural nervioso, antes estaba hecho un flan y tal vez me expresé como un hombre al que le falta un tornillo o varios. ¡El caso lo justificaba!

—¿Qué ha pasado? —preguntó Armando.

—Maruja os pide, a través mío, que la invitéis a tomar una taza de té —contestó José María humildemente.

—¿Aquí? —preguntó (o más bien gritó) Teresa.

—Sí.

—¿Contigo? —preguntó (o más bien gritó) Armando.

—¡Naturalmente! ¿No os dije que nos íbamos a casar? —respondió (o más bien gritó) José María.

Riquer se llevó las manos a la cabeza. Su mujer sentenció:

—¡No lo puedo creer!

—Siempre he tenido la impresión, querida Teresa, que desconfiabas de mí, que no creías nada de cuanto yo decía, lo mismo teniendo la cara tapada que descubierta.

—Pero ¿ella te ha dicho que quiere casarse contigo?

José María la miró perplejo. Con aire desolado confesó:

—Hemos hablado de tantas cosas… ¡que se me olvidó preguntárselo!

XVI

Echevarrieta conoce por vez primera grandes cosas: la fuerza de apoyarse en el más débil, «El estado de derecho» y Laureano López Rodó

[1964]

Maruja y José María se habían propuesto cenar aquella noche en la terraza del Fénix, el mismo establecimiento en el que, varios años antes, había conocido de labios de Jaime de Foxá la psicología de los salmones… ¡y tantas cosas más!

En aquella época las calles no estaban atascadas por el tráfico; la plaza de Colón no era un puro chirrido de frenazos y aceleraciones; los enormes pinabetos centenarios que la circundaban no habían muerto aún por las emanaciones de los gases de los automóviles y la polución de las chimeneas. La temperatura estival era gratísima y el jardín, a Dios gracias, estaba casi desierto. Un hombre cenaba en solitario en una mesa apartada. Apenas se hubieron sentado, Maruja acercó su rostro al de José María y le dijo en voz baja.

—No te vuelvas ahora, pues podría darse cuenta de que hablamos de él. Justo detrás de nosotros hay una persona muy importante… ¡Yo es tarde, nos ha visto y se acerca a nosotros!

—¿Quién es? —susurró, sin volverse, Echevarrieta Letelier.

—Es Laureano López Rodó.

Un hombre alto, de ademanes corteses, buena facha, ojos algo saltones cubiertos por gruesas gafas denunciadoras de no pocas dioptrías, se acercó a ellos. Iba correctamente vestido de oscuro, lucía una calva incipiente y era mucho más joven de lo que José María hubiera imaginado, dada su fama de eminencia gris del Gobierno.

—¿Qué tal, Maruja? ¡No he resistido a la tentación de que me presentaras a tu prometido! —dijo el comisario del Plan de Desarrollo.

Echevarrieta se puso en pie y estrechó la mano que le ofrecían.

—Acaba usted de ahorrarle al Estado unos decilitros de gasolina —comentó López Rodó a guisa de saludo.

—Esa adivinanza hay que explicarla —terció Maruja.

—¡Muy sencillo! Pensaba mandar una carta a José María mañana mismo con un motorista. Y ya no va a ser necesario.

—Por favor, don Laureano, no siga usted de pie y siéntese con nosotros —dijo cortésmente Echevarrieta.

—Me siento unos minutos con vosotros encantado. Pero olvídate del «don» y del «usted». ¡Somos casi de la misma quinta! ¡Camarero! —pidió—, tráigame aquí el café que estaba en mi mesa… La carta que te iba a enviar con el motorista era para rogarte que vinieras a verme. Tengo mucho interés en que charlemos de varias cosas. ¿Qué día te viene bien?

—Pasado mañana.

—¿Te parece a las once?

—Perfecto.

—Pues a esa hora te espero.

Se volvió hacia Maruja.

—¿Cómo está tu padre?

—Malhumorado…

—¿Por qué?

—Por mi boda.

—Pero ¿qué tacha puede ponérsele a este hombre?

—Una gravísima —exclamó Maruja resignada—: ¡¡que no estaba incluido en el campo de la imaginación paterna!!

Rieron, hablaron de mil minucias; explicó López Rodó que cenaba allí con mucha frecuencia, por la proximidad con la Presidencia del Gobierno, a la que debía regresar muchas noches y donde se quedaba hasta la madrugada, y que hoy mismo volvería a su despacho en cuanto se tomara un segundo café.

—Armando —dijo José María a su primo apenas éste le recibió, a petición suya, en su despacho de banquero—, me siento medio patán. Mañana me recibe López Rodó. Necesito saber el máximo acerca de él.

—Es el «hombre fuerte» de Carrero. ¿Te parece poco?

—Háblame entonces de Carrero Blanco antes que de él.

Armando Riquer se echó hacia atrás en su asiento, cruzó una pierna sobre otra y entornó los ojos.

—En los primeros días de la guerra civil los rojos asesinaron a muchísimos jefes y oficiales de la Marina de Guerra. Los mandos de la Armada quedaron desmantelados, hasta el punto de que cuando el almirante Salvador Moreno quiso buscar un hombre capaz e inteligente para jefe de Operaciones de su Estado Mayor tuvo que recurrir a un hombre de muy baja graduación naval: un simple teniente de navío. Ése fue Carrero Blanco.

«Concluye nuestra guerra y muy pocos meses después estalla la mundial y, con ella, las fortísimas presiones de Hitler sobre Franco, para que España intervenga en la guerra al lado de las potencias del Eje. No te sé decir si antes o después de la famosa entrevista de Hendaya entre el Führer y el Generalísimo éste solicitó un informe exhaustivo de su Estado Mayor acerca de cuáles serían las necesidades militares españolas de todo orden, caso de aventurarse en tal empeño. De los muchos informes recibidos le impresionó altamente el de la Armada. Las costas españolas estaban desguarnecidas; en poco más de dos semanas los puertos de Bilbao, Vigo y La Coruña, en el Cantábrico, y los de Málaga, Cartagena, Alicante, Valencia y Barcelona, en el Mediterráneo, podrían ser arrasados sin dificultad por carecer de suficientes defensas propias para una guerra moderna y por carecer Alemania de potencia naval bastante para impedirlo. El estudio relacionado con los problemas de abastecimiento de nuestros buques de guerra, de defensa de nuestras costas y de nuestras grandes ciudades portuarias, de las necesidades económicas para su defensa, así como del material bélico necesario, impresionó grandemente a Franco, quien se interesó por el nombre del autor o autores de aquel informe, que juzgó «profesionalmente» perfecto. El nombre que le dieron fue el del joven teniente de navío y, a pesar de su juventud, jefe de Operaciones del Estado Mayor de la Armada, llamado Luis Carrero Blanco. Ya desde entonces Franco lo designó *in pectore* como uno de sus futuros importantes colaboradores. Ésta es sólo una versión. Hay otras harto más sutiles y complicadas.

—Me interesa conocerlas todas.

Y a partir de aquí, Armando Riquer inició la exposición de una tesis —perteneciente desde luego a esa ciencia oculta de la «francología», de la que Tomeu Riquer oyó hablar por primera vez en el Hospital de la Santa Cruz de Manzanares— que dejó estupefacto al José María Echevarrieta Letelier de nuestros días en sus primeros contactos de «hombre público en ciernes».

Esta tesis que podría denominarse «técnica de apoyarse en los menos fuertes» podría resumirse así: Franco era tremendamente receloso, pero de ningún modo invulnerable a la opinión ajena. Castigaba a quien discrepara de él, pero acababa haciendo —bien que a su manera peculiar— lo que decían sus discrepantes.

¿Que había unos procuradores en Cortes, catedráticos de Universidad o generales del Ejército que le aconsejaban la Restauración Monárquica? Los destituía *ipso facto*, o los condenaba al ostracismo, o los borraba de la lista de sus futuros colaboradores (cosa que ya había escuchado Echevarrieta de labios de Jaime de Foxá). Pero no pasarían cuatro años desde aquellas solicitudes sin que se sometiera a referéndum la Ley de Sucesión de 1947, en la que se declaraba que España era un reino y que el sucesor de Franco sería un rey.

¿Que el conde de Barcelona le advertía lealmente que la guerra mundial la tenían perdida los alemanes y que era necesario dar un giro global a la política internacional española? Rompía sus relaciones con él, desterraba o dimitía a sus partidarios, pero

designaba al conde de Jordana, proaliadófilo, como ministro de Asuntos Exteriores, para que iniciara esa misma política que Don Juan le aconsejaba.

¿Que los principales contingentes ideológicos de las derechas españolas que le apoyaron en la guerra procedían de la CEDA o de los monárquicos? Los borró del mapa político y dio el poder a la Falange, a la que, por cierto, tampoco dejó gobernar ni aplicar más que muy débilmente alguno de sus credos políticos.

¿Que la Falange, como burocracia esencial del Régimen, comenzó a hacerse demasiado fuerte? Le permitió la dialéctica y no la acción, y fue sustituyéndola paulatinamente con los hombres aparentemente apolíticos, o sin tradición política, como eran los del Opus Dei.

Según esta tesis, del apoyo en el más débil (que José María Echevarrieta escuchaba de labios de Armando Riquer), Franco no podía nombrar subsecretario de la Presidencia (es decir, encargado de las funciones de la Presidencia del Gobierno) a uno de los «excelsos» por temor al excesivo prestigio de los grandes generales o coroneles que ya eran famosos con anterioridad o que se hicieron famosos, a sus órdenes en la guerra: es decir, los Varelas, Orgaces, García Valiños, Arandas, Solchagas, Kindelanes, Yagües, etc.

Lejos de esto, necesitaba para este cargo a un hombre que, además de otras cualidades, tuviera el mínimo posible de jerarquía militar.

—¡Piensa —concluyó Armando Riquer— que cuando Carrero Blanco fue elegido subsecretario de la Presidencia en 1940 no era almirante, ni vicealmirante, ni siquiera contraalmirante, sino simple y llanamente capitán de fragata!

Todo esto lo asimilaba Echevarrieta con el máximo interés, en vísperas de su reunión con López Rodó, ascendido dos años antes (1962) a comisario del Plan de Desarrollo, sin categoría ministerial; cargo al que llegaba después de ejercer durante seis años la Secretaría General Técnica de la Presidencia del Gobierno, a las órdenes del subsecretario Carrero, que ocupaba este puesto desde 1940, y a quien no concedieron el rango de ministro hasta 1951.

—¿De modo que consideras que mi entrevista con Laureano es interesante?

—La considero fundamental. Carrero es el hombre de Franco, y Laureano, el hombre de Carrero.

Calló José María unos instantes. Armando le miró con expresión jocosa.

—¿Cómo van tus relaciones con Maruja?

—La he citado aquí, en tu casa, para después salir juntos. ¿No te importa?

—¿Y por qué en mi casa?

—Porque no puedo visitarla en la suya. ¡Jorge Antonio Trías ha jurado romperme la cabeza de un botellazo en cuanto me vea!

—¿Queréis quedaros Maruja y tú a cenar con nosotros?

—Me encanta la idea. Siempre que ella pueda.

—¡Sé que puede! Teresa acaba de telefonearla. Pero hay un inconveniente que debes saber. No viene sola.

—¿Con quién viene?

—Con sus padres.

—¡Caray, Armando, esto es una encerrona!

—La botella que Jorge Antonio quiere romperte en la cabeza… es de plástico. Quiere hacer las paces contigo, y ha escogido un terreno neutral: mi casa.

En cuanto pudieron eludir las zalemas, los halagos y las convenciones —mediatizadas a partes iguales por la buena educación y la hipocresía social, que correspondían a la prevista reconciliación familiar—, José María y Maruja se escabulleron prudentemente. Dejaron a los otros —familiares y amigos— que prolongaran cuanto quisieran los comentarios acerca del escándalo que había ocasionado de consuno la ruptura del anterior compromiso de Maruja, y el anuncio del novísimo, y buscaron un lugarejo donde poder comentar a solas la novedad de su situación, las complejidades que entrañaba, y trazar sus planes para el futuro.

José María no podía ocultar su euforia, ni Maruja su ilusión. Ni uno ni otro eran ya unos jovenzuelos y sentían una suerte de vergüenza por demostrar a las claras su felicidad.

Ortega, en sus *Estudios sobre el amor*, denuncia lo que hay de precario y de insólito en esta situación de embobamiento, cuasi místico. El enamorado padece una tara visual en los ojos del alma. Los objetos del mundo que le rodea van desapareciendo, como cuando una cámara cinematográfica enfoca un primer plano, dejando borrosos e indistinguibles los que quedan detrás. El tarado, en esta fase del amor, no ve más que lo que su amor le pide; es decir, el objeto pasivo sobre el que su amor recae. Es por tanto un ser disminuido en sus facultades, un minusválido de las funciones intelectivas. Maruja y José María no eran ajenos a esta verdad. Se aniñaban; reían por las cosas más nimias; se sentían heridos por la más leve chanza de su oponente; buscaban y hallaban el medio de la más rápida reconciliación; se consideraban avergonzados por la evidencia de quererse, y de notarse un tanto alelados, alados, por esa sensación desatinada, obstinada, irracional y emotiva de saberse indefensos ante la mutua atracción de sus cuerpos y sus mentes.

Si bailaban juntos, cada uno se esforzaba en demostrar al otro deferencia, respeto y lejanía, como queriendo probar que la atracción corporal era algo inferior a la más alta compenetración de sus inteligencias y sus espíritus.

¡Pero si el contrario mantenía la misma actitud se sentían vejados y decepcionados! Tenían pudor de sus intimidades pasadas. Querían demostrarse mutuamente que eran dos seres formales; que lo de «ahora» era distinto a lo de «antes»; ella, que no era una niña inconsciente y alocada, dispuesta a dejarse abrasar «como trucha en una sartén»; él, que no era el hombre sin escrúpulos, «de pensamientos innobles», dispuesto a todo con tal de poseerla «ahora», «aquí».

Y se separaron tristes y satisfechos: si es que ambos términos pueden

compaginarse. Se besaron levemente en los labios al despedirse —fingiendo uno y otro no pedir ni desear más— y se miraron fija, profundamente a los ojos, agradeciendo y congratulándose cada uno de la actitud del otro.

¡Extraña especie biológica la de los humanos!

Se decía que si la influencia de Carrero sobre Franco era grande, la de López Rodó sobre Carrero era aún mayor.

Dos ministros claves —ambos del Opus Dei— habían accedido al poder al tiempo que éste alcanzaba la Secretaría General Técnica: Alberto Ullastres, en Comercio, y Navarro Rubio, en Hacienda. Tras el asombroso saneamiento de la economía conseguido por ellos, el lema actual era otro: «tras la estabilización, el desarrollo». Y fue designado comisario del Plan —siempre dependiente de la Presidencia del Gobierno— Laureano López Rodó, cargo que ocupaba cuando Echevarrieta fue a visitarle al Palacete de Castellana, 3, sede de la Presidencia del Gobierno.

—Me dice don Laureano que pase usted a su despacho —explicó Margarita, la secretaria del primero. Y añadió—: Él está ahora con el señor ministro.

Meses más tarde, cuando ocupó una cartera en el Gobierno, el despacho de López Rodó, situado en la planta baja de la Presidencia, fue un inmenso local, decorado muy lujosamente, al gusto, un tanto arcaico, de principios de siglo. Las paredes estaban cubiertas de damascos azules, y éstos, a su vez, enmarcados en una suerte de orlas talladas y doradas. La mesa escritorio estaba situada al fondo del salón, de modo que las dimensiones de la estancia parecían aún mayores. Sobre este escritorio había un espléndido retrato de Isabel II, siendo niña, obra de Vicente López, cien veces reproducida y miles de veces copiada, cosa que hubiera debido estar prohibida por la Corte, pues cuanto mejor y más fiel era el retrato, tanto más grotesca se veía la efigie de la futura soberana, que, por estar vestida de corte y llevar puesta la corona, no se acababa de saber si era una niña disfrazada traviesamente con las ropas de su madre o una mujer adulta y enana. En esta época, en cambio, era un cuarto menos representativo y más funcional.

—Discúlpame, José María —oyó decir Echevarrieta a sus espaldas.

López Rodó avanzaba hacia él con la mano extendida, en la que lucía un anillo de amatista —o tal vez un rubí— un tanto episcopal. Venía muy sonriente, le invitó a tomar asiento en un tresillo, lejos de la mesa escritorio, y le hizo mil preguntas acerca de los temas en que Echevarrieta era más competente: las riquezas de La Mancha, el ciclo —uva, azafrán, oliva, remolacha— de sus principales producciones; si era o no práctico el uso del tractor «utilizado en comunidad»; si era tan grave como en otras partes la concentración parcelaria; qué opinaba sobre la productividad de los minifundios y los latifundios; a cuánto había ascendido la producción vinícola desde que fue autorizada la importación de abonos y desinfectantes y si la fabricación

nacional de estos productos podía competir en calidad con la francesa.

Como la conversación y los modos de expresarse del comisario eran extremadamente cordiales y afables, sin que en momento alguno la amabilidad cediera sitio a la campechanía, Echevarrieta no se atrevió a decir lo que desde hacía rato se le venía a la punta de la lengua. Esto es: «Me hace el efecto, querido señor comisario, que sabes de todo lo que me preguntas tanto o más que yo, y que lo único que pretendes es examinarme».

Si a esto no se llama parapsicología, que venga Dios y lo vea. No bien decidió José María callarse lo que pensaba, cuando López Rodó, como si hubiese leído su pensamiento, rompió a reír y exclamó:

—Vas a pensar que estoy tratando de examinarte.

—No es que lo piense. Es que estoy seguro de ello —respondió, sin poder contenerse, su interlocutor.

Y añadió:

—Siendo yo muy niño, mi padre no cesaba de hacerme preguntas. Un día me planté: «¿Me preguntas todo eso para saberlo tú o para saber si yo lo sé?».

Rió López Rodó al oír la anécdota, mas no respondió.

¡Y de nuevo la parapsicología! «¿Para qué me habrá llamado este hombre?», se preguntó Echevarrieta. Y López Rodó respondió a la pregunta no formulada.

—Te preguntarás cuál era mi interés en recibirte. Voy a ser muy franco contigo. En primer lugar, me interesa saber si quieres colaborar conmigo como consultor del Plan de Desarrollo. Yo te enviaré unas circulares, con preguntas concretas, a las que no tienes más que responder. Después hay un amplio espacio para que por ti mismo expreses todo lo que consideres de interés, con independencia de las preguntas concretas. Por supuesto, todo relacionado con La Mancha y las provincias que comprende. En segundo lugar, en España no hay más cera que la que arde, y quería comprobar si los elogios que he oído de ti, por parte de Armando Riquer, estaban justificados. Por último, soy un gran admirador de Maruja Trías. Y deseaba fervientemente que no se hubiera equivocado, y ahora veo que no, en su cambio y en su elección. ¡No hay secreto ninguno en mi interés por conocerte!

José María experimentaba la sensación de que López Rodó le había convocado para algo distinto de lo que ahora decía. Y que, entre la cita y la reunión, se produjo, tal vez, una circunstancia imprevista que obligaba a cambiar el desarrollo de su plan… a quien era precisamente experto en planes de desarrollo.

—Se rumorea insistentemente —comentó Echevarrieta— que hay crisis de Gobierno. ¿Es eso cierto?

Laureano respondió, muy sonriente, con una anécdota.

—Dicen que hace unos días uno de los ministros militares, al despachar con Franco, le dijo: «He oído decir, mi general, que hay crisis de Gobierno». Y el Caudillo le contestó: «Es curioso, porque yo… no he oído nada».

Echevarrieta rió e insistió:

—¿La hay o no la hay?

López Rodó se limpió las gafas y mientras lo hacía respondió con gesto abacial:

—Si Franco no ha oído nada, ¿cómo puedes suponer que yo haya oído «algo»?

—¿Pero la hay… o no la hay?

—Lo importante, amigo Echevarrieta, no es cambiar a unos hombres, sino cambiar unas mentalidades. La España nacida de la Cruzada no puede pasar a la historia como un pronunciamiento militar más.

»«Debemos estructurar un Estado fuerte», se ha dicho hasta ahora. Y somos muchos los que pensamos que lo urgente es «estructurar un Estado de derecho». Hemos emprendido, con éxito, el «desarrollo económico»: no podemos perder ni un día más en iniciar el «desarrollo político». Hay que desmentalizar a las personas del espíritu de lucha de la guerra civil y mentalizarlas hacia fórmulas que sean viables en el futuro. Es una hermosa labor, ¿no te parece?

—El domingo próximo —comentó Echevarrieta— doy una recepción en mi casa manchega, para enseñar a Maruja lo que será su futuro hogar. Si te interesa venir, puedo invitar a gentes que te sería útil conocer: peritos agrícolas, expertos en regadíos, gentes de segunda clase que a veces saben más que muchos ingenieros… Y no nos faltará ocasión de hablar de política.

—Me interesa extraordinariamente —respondió López Rodó—. ¿Puedo invitar a algún amigo mío en tu nombre para no viajar solo?

La secretaria interrumpió la charla. Una comisión de Albacete venía a hablar al comisario del problema de sus aguas subterráneas; unas corrientes o, más aún, un gran lago que, al decir de los albaceteños, llevaba más aguas escondidas que todos los ríos de superficie de la Península juntos. Se despidieron. Y a José María le sorprendió el calor con que «la eminencia gris» del Gobierno estrechó su mano y extremó su sonrisa.

XVII

José María vuelve a añorar las letrillas de Góngora: «AL VER QUE EN SU LECHO SOBRA LA MITAD»

[1964]

Mi querida Maruja:

No puedo sufrir estar cinco días sin comunicarme contigo. Pero ahora que intento hacerlo, descubro mi gran torpeza. Supongo que todas las palabras y las expresiones que debería usar para poner mi alma ante tus ojos han sido ya dichas; han sido ya usadas, y están por lo tanto desgastadas por otros. Y del mismo modo que nunca te regalaría un traje adquirido en un ropavejero, tampoco quiero regalarte los oídos con palabras de segunda mano. Te suplico, por ello, que creas en la gran verdad de mis sentimientos hacia ti sin obligarme a expresarlos.

La fiesta que tengo organizada en mi nueva casa manchega el próximo domingo no tiene otra razón de ser que reafirmar mi reconciliación con tu padre, que, por ahora, sólo está cosida con alfileres. Pero será un rollazo, pues vendrán políticos de fuste y otras gentes de por aquí que cuadren con ellos. Lo que quisiera pedirte es que llegaras la víspera y que pudiéramos tener, mano a mano, algunas horas de soledad. Te explicaré por qué no es éste un capricho trivial, ni un deseo egoísta de estar a solas contigo.

Un día me anunciaste que me harías un regalo que «ya sabías cuál era», y que has tardado once años, a pesar de aquella seguridad, en ofrecérmelo. Aquel mismo día yo no te anuncié, pero me propuse *hacerte otro «que ya sabía cuál habría de ser», y que tardo también once años en entregarte. Una frase tuya, dicha al azar, me dio la clave, y te juro que he puesto, si no tanto arte, tanta lealtad en el cumplimiento de mi propósito como tú pusiste al pintar el lienzo que te valió el Premio de la Bienal de São Paulo y a mí la mayor y más limpia emoción de mi vida. Ahora bien; mi regalo es difícilmente trasladable y por eso prefiero entregártelo a solas, y sin testigos, ya que somos los únicos que entenderán su sentido. Escríbeme con urgencia o telegrafíame anunciándome tu llegada.*

Desde que era muy niño nunca he experimentado una impaciencia tan grande como la que siento ahora ante la inminencia de poner en tus manos lo que, con tanto amor, he preparado para ti.

Sabes que te quiere,

José María

Querido Josema:

Tú que eres comerciante, ¿desecharías un billete de los gordos por el hecho de haber pasado por otras manos y haber servido quién sabe para cuántas trapacerías? ¿Deja de tener valor un diamante o una joya antigua por haber sido utilizado por docenas de mujeres? Confiésame: ¿dejarías de aceptar un cobro de algo que se te debe si no es con billetes inusados, recién salidos de la Fábrica de la Moneda?

Con las palabras de amor, querido mío, pasa lo mismo. Y si oigo de tus labios, o leo en tus cartas, frases de cariño, expresiones verdaderas de que soy para ti algo más que una pared de frontón, las acepto, me halagan, me conmueven, con independencia de que esas mismas palabras hayan sido dichas millones de veces por otros hombres, tal vez tan insinceros como tú, y a otras mujeres, tal vez tan estúpidas como yo. ¿No existen insectos que se alimentan sólo con los rayos del sol? Pues las mujeres somos bichejos que nos alimentamos con pequeñas cortesías, con frases amables, con halagos inocentes y palabras de amor.

Tu ahorro de tales muestras de afecto, en tu carta, limita con la avaricia. ¿Por qué no me has escrito una, puramente comercial, que comenzara diciendo «Muy señora mía», y concluyera con la fórmula «le saluda muy atentamente su afectísimo»?

¿Olvidas, gran desmemoriado, que me conquistaste por el oído diciéndome que el «día que Dios me creó estuvo particularmente inspirado»?

Algo de conocimiento del alma femenina te queda, sin embargo, cuando de tal modo acucias mi curiosidad hablándome de un regalo que decidiste hacerme hace doce años, cuya clave te di yo misma por unas palabras dichas al azar, y que «no es fácilmente transportable», como si se tratara de un piano de cola —que no sé tocar— o de un tractor sin ruedas, que no sé conducir.

Eso es una argucia innoble. Iré a verte el viernes y no el sábado. Pero no te halague esta propina de días, que tendremos para estar solos, porque como no me llamas a tu lado por amor, sino que me incitas a la curiosidad, iré a saciar mi curiosidad y no a satisfacer mi amor.

Terminas tu carta diciendo «… sabes que te quiere, José María». ¿Cómo sabes, me pregunto yo ahora, que yo sé que tú me quieres? ¿Por qué voy a saberlo? ¿Cuándo me lo has dicho? Algún disparate —eso sí lo reconozco— has hecho para demostrármelo. Pero no me lo has dicho nunca. Y las palabras han sido inventadas para ser dichas. Y los sentimientos para ser expresados con palabras.

Yo sí te quiero con toda mi alma. Y el hecho de no merecerlo, pues eres radical y absolutamente odioso, me inclina a creer que mi amor es verdadero. Porque querer a las rosas, al sol, a Dios, a los pájaros o a los crepúsculos no tiene mérito ninguno. Pero querer a los cardos, a los espinos, a las zarzas o a ti mismo… ¡eso sí que tiene mérito!

Reconóceselo, al menos, a quien quiere ser y ya es tuya para siempre,

MARUJA

Tomeu Riquer Basols golpeó con el pie una piedra que se interponía en su camino. La vio rodar por la ladera y detenerse junto a otra mayor. Llevaba dos horas paseando a solas por su finca, con un pensamiento fijo clavado en su frente del que no podía desprenderse.

Y es que Tomeu Riquer, que había usurpado el nombre de Echevarrieta; que se había apoderado de la parte de éste en el negocio común; que se había enriquecido con ello; que había abandonado a la mujer que le facilitó los medios para saltar del cero al infinito, no había sentido escrúpulos por ello hasta ahora. No los había tenido por considerar que había recuperado, bien que por medios ilegales, pero no inmorales, lo que en definitiva era suyo; por entender que el negocio fue desarrollado íntegramente por él y no por el hombre a quien suplantaba; por saber que éste carecía de herederos y no había, por tanto, terceras personas perjudicadas por su acción; por haber devuelto hasta el último céntimo a *madame* Origny el dinero que el verdadero Echevarrieta había pretendido usurparle; y, por haber sido consecuente con su «suicidio civil», al hacer heredero de sus bienes a Armando Riquer, que es quien lo hubiera sido de derecho, caso de haber muerto verdaderamente el Tomeu Riquer real.

Había mentido al mundo; se había deleitado, incluso, con esa falsedad que a nadie perjudicaba y que había constituido para él algo así como el «juego de los errores» que tanto le placía de niño, y que consistía en no pronunciar a lo largo de una conversación media docena de palabras prohibidas y difícilmente eludibles en una charla. Él no había cometido error alguno; no había pronunciado esa o esas palabras delatoras que hubieran podido levantar sospechas; había conducido hasta ahí su engaño con portentosa limpieza, como un prestidigitador al que ni los expertos son capaces de adivinar su truco. Había engañado al mundo, sí, pero ¿podía engañar a Maruja?, ¿levantar entre la gran verdad de su amor recíproco el muro de un fingimiento tan arduo, de una falacia tamaña, de una burla de ese estilo? ¿Podía Tomeu Riquer dar a su mujer y a sus hijos el falso nombre de Echevarrieta? La palabra «burla» era tal vez la que más le dañaba. El ocultar pequeñas verdades, disimular culpas pasadas, lleva tal vez consigo una cierta carga de caridad: no empañar la imagen propia ante los ojos de quien ama esa imagen. Pero la burla equivalía a mofarse del engañado. Era añadir la befa al hecho escueto de la mentira.

Una segunda piedra salió disparada, sirviendo de percutor la punta de su bota

campera. Pero esta descarga de energía no le sirvió para arrancarse el tumor que le crecía en la conciencia.

—¡Señor! —oyó gritar—. ¡Don José!

Era Alfonso Sánchez, su salvador un día y su factótum hoy, quien le llamaba desde la puerta del jardín que daba a la casa. Echevarrieta se dirigió hacia allá y los dos grandes mastines vinieron corriendo para acompañarle como de costumbre en su camino de regreso.

La Comisaría del Plan de Desarrollo funcionaba como una máquina. Desde Villanueva de los Infantes dos motoristas de la Policía de Tráfico le trajeron un voluminoso hacinamiento de sobres cuyo «recibí» debía firmarlo personalmente el destinatario. José María se entretuvo en leer los preámbulos, en rellenar los impresos, en consultar datos y en iniciar la redacción de un informe lo más minucioso que cabe imaginar acerca de las industrias que debían y podían establecerse al servicio de la producción agrícola en la Mancha, y aquellas otras que, sin estar directamente relacionadas con los productos del campo, colaborarían a absorber la mano de obra sobrante y dar trabajo a los llamados eventuales que laboraban sólo y cuando lo exigían las cosechas. Hizo una larga lista de lo que no debía ser hecho: de las canteras improductivas, de las «yeserías» sin porvenir, de los tejares, en que unos mínimos industriales fabricaban ladrillos, adobes y tejas, en una tierra especialmente rica en materia arcillosa; e hizo hincapié en la artesanía, señalando que muchísimas mujeres, desde sus propios hogares y en las horas que les quedaran libres tras concluir sus faenas hogareñas, podrían trabajar a destajo en la confección de mil y una cosas, siempre que hubiere una casa central que las nutriera del material necesario y asegurara su venta y distribución, tema éste en que José María era un verdadero experto y en el que pocos le aventajaban.

Con esto estuvo entretenido casi todo el día, desplazando sus escrúpulos y sin olvidar que al atardecer debía acercarse a casa de los Trías a saludar a Maruja, que llegaría a la caída del sol.

No fue poca su decepción al comprobar que no estaba sola, sino con un joven matrimonio a quien invitó a pasar con ella el fin de semana: dos seres absolutamente cretinos, con quien Echevarrieta carecía de toda comunicación posible y que se le indigestaron apenas los vio. Todo esto con gran jovialidad de Maruja, que leía en los ojos de su prometido con la claridad de un egiptólogo las grafías más complejas de los templos de Luxor.

—Mañana, a las once, vendré a buscar a Maruja —anunció con autoridad que no admitía réplica—. Tenemos que resolver unos asuntos personales —insistió para que no hubiera duda de que a esa hora deseaba estar a solas con ella—. Y a la una —

añadió condescendiente— os vendremos a buscar para que almorcemos juntos.

Y sin aceptar las copas que le ofrecían ni la cena que Maruja le tenía preparada se despidió, malhumorado como un chiquillo rabioso y sin educación.

¡Menos mal que rectificó a tiempo! Al cabo de media hora se presentó en casa de los Trías, afirmando que acababa de romper el compromiso que tenía y que se quedaba a cenar con ellos. ¡De no haberlo hecho —después lo supo—, Maruja hubiese reemprendido viaje a Madrid aquella misma noche!

No rectificó Echevarrieta el juicio que le merecieron los acompañantes de Maruja. Los consideró incapaces de entender un chiste de loros, pero les habló extremando el humor más exquisito y elevado; los calificó en su fuero interno como acaparadores del mayor caudal posible de ignorancia, pero les ilustró de los tesoros de arte de la región y de las historias y leyendas de la comarca, como si fuesen eruditos especialistas en todas las ciencias; diagnosticó en ellos la más rotunda de las insensibilidades, pero encauzó la cháchara hacia la música española medieval, la pintura prerrafaeliana y la influencia del endecasílabo italiano sobre la poesía española de comienzos del XVI. Fue una venganza sutil, pues quedó bien a los ojos de Maruja (que desconocía en él tales facundias eruditas) y aburrió a sus invitados hasta el límite del bostezo, que era, exactamente, lo que pretendía.

Al día siguiente, en un *jeep* que daba tumbos por un camino de cabras, José María condujo a Maruja hacia el cerro de la Valvanera. Le producía una emoción intensísima volverse a situar con ella en el mismo lugar en que dejaron de verse tantos años antes, en la breve loma elevada, frente al prodigioso paisaje de la llanura que se veía a sus pies y que Maruja pintó. Y mucho más, que ella comprobara que no habían caído en el olvido aquellas palabras dichas por la pequeña Maruja, como si dialogara consigo misma: «Si este cerro fuese de mi padre, le habría convencido de que se hiciese la casa aquí». ¡Y aquí estaba la casa, como ella lo había deseado, en lo alto del cerro como un gran mirador sobre la inmensidad! ¡Y todo era suyo, de Maruja: el cerro, la casa y el paisaje!

Maruja, estremecida por la sorpresa, pasmada por lo impensado, se estrechó contra él, y le abrazó largamente, sin decir nada. Cuando se apartaron tenía lágrimas en los ojos.

—¿No ves —dijo él, recriminándola por su carta— como no siempre son necesarias las palabras de amor?

Ella volvió a abrazarle, y rompió a sollozar.

Tardó José María en preguntarle con irónica ternura:

—Tus lágrimas de ahora… ¿son de niña o de mujer?

—¡Son de niña! —acertó ella a balbucir, burlándose de sí misma. Y añadió, separándose y mirando en torno suyo con melancolía—: Sólo nos falta el *Rubio*…

Secóse las lágrimas, sacudióse el pelo, le tomó de la mano.

—Enséñame la casa —exclamó jovialmente, con esa mutación de ánimo que sólo es posible en la mujer, y en el mar cuando un viento apacigua a su contrario y vuelve

súbitamente la calma.

Y con ojos de experta fue estudiando la distribución de los cuartos, la distancia entre la cocina y los demás servicios, el tamaño de la despensa —que consideró pequeña «porque en las casas de campo hay que tener reservas de muchas cosas»—, la zona de jardín, los distintos accesos a la casa —que consideró excesivos «porque casa de muchas puertas, difícil de guardar»— y no dejó de sorprenderse de que en ninguna de las paredes hubiera un solo cuadro.

—Ese detalle, querida mía, lo he dejado para ti.

—Es un detalle —respondió ella.

Meditó un momento, como si ya lo tuviese todo resuelto, y de pronto exclamó:

—¿Vives solo aquí? ¿No tienes ningún servicio?

—Les he dado vacaciones. Quería enseñarte la casa a ti sola. Suponía que la recibirías con la emoción con que yo la hice para ti, y no quería testigos que estropearan o enturbiaran «algo» tan personal que sólo tú y yo podríamos entender: porque esta casa, Maruja, tiene sentido. Te hubiera podido regalar algo de más valor: otra casa, incluso más importante que ésta, situada en otro lugar. Pero sólo ésta «tiene sentido».

—Empezaré a hacer de ama de casa. Siéntate en la terraza, frente a nuestro paisaje, y te traeré unas copas. ¡No me digas nada! ¡Ya he visto dónde está todo! Tenemos que hablar «antes de la una», hora a la que te has comprometido con mis invitados, con los que por cierto te comportaste ayer muy groseramente. ¡No me repliques! Siéntate y espérame.

Ya con las copas en la mano, situados frente a la llanura, Maruja inició la conversación, atacando:

—Está clarísimo que la presencia de mis amigos te ha sentado como un tiro. Pero ¿crees normal que teniendo invitados en tu casa, el domingo, todo el mundo se enterara de que hemos estado viviendo casi juntos, en estas soledades, durante tres días, y a un tiro de pistola como quien dice? Después del escándalo de mi ruptura con Roberto y de mi también escandaloso, por lo rápido, compromiso contigo, ¿no crees que haya más de uno que atribuya nuestro matrimonio a una necesidad imperiosa de casarnos de *penalty*, porque he traicionado a Roberto contigo y hay algo que viene de camino? ¡A veces me asombra lo ingenuos que sois los hombres!

—Querida Maruja. Si hubiésemos querido acostarnos, hubiéramos podido hacerlo en Madrid, donde no faltan lugares apropiados para eso; hubiéramos podido hacerlo aquí mismo, en lo que hoy es tu jardín, hace doce años. No veo por qué la gente va a pensar que nuestra vecindad de ahora en el campo…

—Pues aunque no lo comprendas. Por respeto a mis padres, a nuestros amigos, por respeto a mí misma y a nuestro futuro matrimonio, me ha parecido oportuno traer a estos señores conmigo; por lo que te ruego que te comportes hoy un poco más cortésmente con ellos que ayer…

—¡Ayer estuve hecho una malva con tus amigos!

—Estuviste burlándote toda la noche… aunque reconozco que con bastante ingenio. Y ahora saca a tus gentes de donde las tengas escondidas y diles que vengan. Quiero conocerlos.

José María se incorporó, hizo altavoz con las manos y gritó:

—¡Alfonsooo! ¡Venid para acá! ¡Os han descubierto!

Un hombre de mediana edad y dos mozos (mozo y moza, para precisar) salieron de una covachuela de pastores de ganado donde, en efecto, José María los tenía escondidos, y se acercaron lentamente hacia la casa, con aire avergonzado, como si hubiesen sido cogidos en falta.

José María hizo las presentaciones:

—Éste es Alfonso, a quien debo la vida. Y al que adoptaría como a padre si no fuese tan socarrón. Éstos son sus hijos, Ineso y Bienvenida. Es decir, el hijo es Ineso y Bienvenida su mujer. Ésta es la señorita Maruja, dueña de esta casa.

—No me parece ni medio bien —terció Alfonso— que me acuse de socarrón. Porque si yo le digo ahora a la señorita Maruja que es de lo más lindísimo que han visto estos ojos que comerán la tierra, lo tomará por socarronería. Y juro que lo que digo es tan verdad como que soy hijo de mi madre.

—¡Aprende, aprende a decir cosas agradables! —dijo Maruja, riendo, a José María.

Alfonso se acercó a Maruja y le estrechó la mano con tal fuerza que por poco no le quiebra los huesos. Maruja dio a su vez la mano a Ineso y besó a Bienvenida en la cara, quien no pudo evitar un gesto de satisfacción, como si pensara para sus adentros: «A ésta ya la tengo en el bote». Lo cual no dejaba de ser verdad, pues Maruja, a ojo de buen cubero, la calificó como mujer limpia, lista y trabajadora.

—¿Usted, Ineso, sabe conducir? ¿Sí? Pues acérquese a mi casa y tráigase a mis invitados, a Manolo el mecánico y la comida que ya tenía preparada y que vamos a tomar aquí. Usted, Bienvenida, prepárenos la mesa, para cuatro personas, y una más en la cocina, junto a ustedes, para Manolo. Y usted, Alfonso, quédese un momento porque tiene que explicarme todo lo que ha decidido el señor para la recepción del domingo.

Sin pedirlo, sin preverlo, sin guisarlo y sin comerlo, como dicen los decires de la región, José María se dedicó a contemplar con infinito asombro cómo Maruja tomaba las riendas de la casa: confirmó o desdijo las disposiciones tomadas por él; encargó a Madrid que le trajeran esto o lo otro; empleó una firmeza inusitada para conseguir determinadas cosas esenciales que no podían faltar en una recepción; utilizó a sus invitados como verdaderos esclavos dispuestos a servirla y atenderla, halagó y agradeció a cada paso los esfuerzos realizados por la servidumbre y, al caer del día, se desnudó de una personalidad y se vistió de otra.

—Yo pinté todo esto —dijo, abarcando el paisaje con sus brazos— cuando privaba el amarillo; porque las parvas no habían sido aún retiradas ni los rastrojos de los cereales habían sido quemados. Hoy todo es distinto, porque aún verdea el trigo y

los pastos no se han secado. Me gustaría pintar desde este mirador las otras tres estaciones del año. Y que las sombras que indican, o que sugieren los dos seres que (de espaldas al pintor) contemplan el paisaje, sean indistintamente niños, jóvenes, maduros y viejos, pero dando la interpretación exacta de cómo a cada una de estas edades los observadores interpretarían «dentro de ellos» lo que veían «fuera de ellos».

—Eso no serán cuadros —comentó melancólicamente Echevarrieta— sino cursos de psicología.

Y avanzó la tarde y escondióse el sol y tiñóse el horizonte de oro, de rojo y de malva. Y volvióse Maruja a su casa con sus invitados. Y retiróse la servidumbre. Y José María al acostarse volvió a recordar las letrillas de Góngora «al ver que en su lecho sobraba la mitad»…

XVIII

DONDE EL CONTRAALMIRANTE CARRERO BLANCO EXPONE LAS ESENCIAS QUE DEFINEN Y LAS CUALIDADES QUE AVALAN EL SISTEMA POLÍTICO DEL FRANQUISMO

[1965]

Vestido de marino, de pie ante su mesa escritorio, el contraalmirante Carrero Blanco le esperaba. José María juzgó que su rostro era más ancho de lo que correspondía a su cuerpo. Los rasgos más sobresalientes de su figura eran la amplitud de la frente y la papada, así como la configuración de las cejas, angulosas, pobladísimas y oscuras.

Le tendió una mano y le indicó con ademán cortés, pero seco, que tomara asiento. Más que una invitación parecía una orden. Inmediatamente sonó un teléfono. El ministro-subsecretario lo descolgó, escuchó lo que le decían y respondió con monosílabos.

Tras el escritorio, un retrato de Franco; sobre el escritorio, vacío de papeles y documentos, un crucifijo de peana.

Apenas colgó el auricular, se inclinó hacia delante apoyando los antebrazos en la mesa.

—Señor Echevarrieta, ¿conoce usted el motivo por el que le he mandado llamar?

—No, señor ministro.

—Siento una profunda desconfianza hacia quienes quieren hacer de la política una profesión, del mismo modo que admiro a quienes hacen profesión de servir a su patria. He leído detalladamente su informe acerca del desarrollo agrícola e industrial de la Mancha y hay dos cosas en él que me han satisfecho: la propuesta de soluciones concretas a problemas concretos y la ausencia de ideas preestablecidas al servicio de una política determinada.

—El señor ministro me honra mucho con sus juicios.

—Si a un profesional de la política le piden su opinión acerca de la tan cacareada reforma agraria responderá que los latifundios deben ser suprimidos o que los minifundios deben ser concentrados sin tener en cuenta si aquéllos son de secano o

éstos son de regadío. Responderán, siguiendo las consignas de sus partidos, obedeciendo más a dogmas establecidos que a realidades estudiadas. Su informe de usted es el de un experto; no el de un dogmático.

—Lo cierto es que se me pidió un informe técnico, señor ministro. No una opinión política.

—¿Acaso hubiese usted respondido de distinto modo? Mire usted, Echevarrieta: yo considero como el más alto de los privilegios haber servido directamente a las órdenes del Caudillo desde hace veinticuatro años. Soy un hombre totalmente identificado con su obra. Mi lealtad a su persona es total, sin sombra de ningún íntimo condicionamiento ni mácula de reserva mental alguna. De aquí que me considere autorizado a afirmar que esta prosperidad nuestra, que se ha dado en llamar «el milagro español», no tiene nada de milagro. Nuestra prosperidad y nuestra seguridad no son frutos del azar, sino consecuencia directa de la bondad y eficacia de nuestro sistema político.

—Es realmente asombrosa la transformación del país en estos años… —comentó José María.

—No sólo del país —puntualizó Carrero Blanco—, sino de la propia comunidad. Su talante mental y sus costumbres han variado profundamente. Lo mismo acontece con su físico. La talla media de la población, cosa que se comprueba a simple vista en las «juras de bandera», ha aumentado de manera increíble. ¿Que nuestro sistema es diferente al demoliberal? ¡Naturalmente! Nuestra democracia está al servicio de los intereses del pueblo y la demoliberal al servicio de los intereses de los políticos. Nosotros queremos una democracia en la que el pueblo esté auténticamente representado en toda la riquísima variedad de sus estructuras de agrupación social y no a través del artificio de la clientela del poder económico o de la demagogia política. ¿Representación democrática? No admitimos otra representación que la de los mejores, libremente elegidos por quienes les conocen. Nuestra peculiaridad no es una tara.

Hizo una pausa, ofreció cigarrillos a José María, destapando una caja de plata, pero él se abstuvo de fumar.

—Nuestra Constitución es la única original que ha producido Occidente en nuestro siglo. Está adaptada a nuestro tiempo y a nuestras realidades. ¿Que es distinta? ¡Claro! Por eso es la más eficaz. ¿Opina usted lo mismo?

—Por supuesto, señor ministro.

Carrero Blanco pulsó un timbre y se puso en pie.

—He tenido mucho gusto en saludarlo, señor Echevarrieta. Y de felicitarle personalmente por su trabajo.

—A sus órdenes, señor ministro.

Le tendió la mano y dijo al ujier:

—Acompañe al señor.

Ya en la antesala, José María sugirió al ordenanza:

—Si estuviera libre el señor comisario me gustaría saludarle. Sólo le entretendré unos minutos.

—Precisamente el señor López Rodó me dijo que pasara usted a su despacho al concluir su entrevista con el señor ministro. Sólo tendrá que esperar unos minutos. Ahora está con una visita.

Estaba José María en la antesala del comisario cuando vio salir del despacho de éste a un hombre joven alto, elegante, de cabeza pequeña y mirada dura e inteligente. No tenía aspecto jovial. Antes bien, parecía contrariado y molesto. Cruzó la Secretaría sin saludar a nadie y salió dando un breve portazo.

—¿Quién es? —preguntó Echevarrieta Letelier a Margarita, la secretaria del comisario del Plan de Desarrollo.

—Es don José María López de Letona —respondió ésta—. Un ingeniero industrial muy competente.

—Parecía enfadado por algo.

—No me he fijado.

Laureano acogió a Echevarrieta sonriente y escrutador.

—¿Qué te ha parecido Carrero?

—Muy militar.

El comisario rió de buena gana.

—¡Es el mejor elogio que puedes hacerle!

—No es simpático.

—Pero es un hombre de bien y sabe lo que quiere. ¿Por qué no te quedas a almorzar conmigo y hablamos de algunas cosas complementarias?

José María se excusó.

—Tengo a mi mujer abandonada desde hace días. Estamos terminando de arreglar un apartamento en Serrano, que le sirva a ella de «estudio» de pintora y a los dos de apeadero cuando venimos a Madrid, y no hace más que quejarse, y con razón, de que la dejo siempre sola.

—Eso está resuelto. Almorzaremos con tu mujer. Yo mismo la llamaré. Dame tu nuevo teléfono.

José María obedeció y, al poco tiempo, oyó hablar al comisario con Maruja.

—Tengo secuestrado a tu marido en mi despacho. Yo necesito almorzar con él y él se niega a almorzar sin ti. ¿Qué hacemos?… ¡De ningún modo! No queremos crearte ningún conflicto doméstico. Te esperamos en Mayte Commodore… ¡Hasta ahora mismo! A tus pies, Maruja.

Mayte era ya en aquel entonces una institución en Madrid. Estaba especialmente bien dotada para su negocio. Capitaneaba tres restaurantes y una tienda de comestibles selectos. Dirigía con autoridad un ejército de camareros, cocineros y reposteros. Tenía una sensibilidad extraordinaria para las relaciones públicas, y era

ella misma excelente cocinera. Si a esto se añade que era joven, muy agraciada, gentilísima en su trato, respetuosa y nada confianzuda con sus clientes; que concedía, a sus expensas, premios taurinos y literarios, y que no equivocaba nunca el nombre de una persona que hubiese visto con anterioridad una sola vez, se comprenderá (como hubiese dicho Carrero respecto al Régimen) que su éxito no era obra del azar. A los clientes de fuste les hacía ella misma la comanda. Y como conocía sus gustos, les aconsejaba.

—Don Laureano, tengo los primeros espárragos de la temporada; las cocochas en salsa verde están deliciosas y el steak al *whisky*, excelente. Para usted, doña Maruja, tengo la tarta capuchina que tanto le gusta. Si la regamos con un Grand Marnier rojo estará mucho mejor. Usted, don José María, es mucho más difícil… ¡sólo le gusta el pisto manchego!

José María leyó la carta sin saber qué tomar. Al fin, decidió que su mujer escogiera por él.

—Anda, Maruja, pide para mí algo que me guste.

Maruja escogió sabiamente.

—Truchas con salsa de almendras y codorniz a las uvas.

Regaron el almuerzo con un Alella blanco, un poco dulce, y un Viña Ardanza, tinto, reserva especial.

—Cuéntanos tu entrevista con Carrero —pidió Laureano a José María.

—Te confieso mi perplejidad. Comenzó preguntándome: «¿Sabe usted por qué le he mandado llamar?». Le respondí que no, y lo cierto es que no me aclaró en absoluto por qué me mandó llamar. ¡No puedo creer que cite en su despacho a todos los consultores del Plan de Desarrollo para felicitarles por sus informes!

—A todos no… —respondió misteriosamente el comisario del Plan.

—Aclárate, «señor ministro» —dijo Maruja jovialmente—. No tortures a mi pobre marido.

—¿Por qué me llamas «señor ministro»? —preguntó López Rodó con el aire más inocente del mundo.

—Porque la Comisaría del Plan de Desarrollo va a ser ascendida a rango ministerial —respondió Maruja—, y no sería lógico que prescindieran de ti cuando estás en plena realización de tu programa de reformas.

—¿Y cómo sabes tú eso? —preguntó admirado Echevarrieta.

—Tengo mis confidentes secretos —bromeó su mujer.

—Veamos qué es lo que sabes —dijo el comisario, con ánimo de sonsacarla.

—Te diré todo lo que sé, y de muy buena tinta.

Bebió un sorbo de vino blanco, y prosiguió:

—La lista de los futuros ministros la estás confeccionando tú personalmente, en largos mano a mano con Carrero. ¡Y esto no desde ahora, sino desde hace más de un año cuando nos vimos en la terraza del Fénix y se estaba preparando una crisis que, en definitiva, quedó aplazada! Tu idea es que en el Gobierno entre gente nueva, sin

historial político anterior: «gente que no haya hecho la guerra» y que haya probado su competencia en el campo empresarial o en el técnico o en cátedras universitarias… ¿Me equivoco?

—Me maravillas… —comentó Laureano tras haber engullido su primer espárrago.

—También sé que saldrá del Gobierno Jorge Vigón y será sustituido por su actual subsecretario, Vicente Mortes, *que es muy amigo tuyo*. Es muy probable que salga Muñoz Grandes de la Vicepresidencia del Gobierno, y no sólo porque está muy enfermo, sino porque es un estorbo para los que queréis acelerar la llamada «operación príncipe»… Cuando tú seas ministro-comisario, lo primero que harás será…

Laureano la interrumpió.

—¿También sabes lo que haré cuando sea ministro-comisario?

—Sí. Reformar las tres subcomisarías del Plan: una de Industria, otra de Agricultura y otra de carácter sindical, laboral o algo parecido.

—Apostaría a que hasta sabes quiénes serían los designados.

—Para la Subcomisaría de Industria cuentas con López de Letona.

—Me sorprende eso mucho —interrumpió su marido—. Tengo mis motivos.

—Y para la de Agricultura —prosiguió Maruja sin hacer caso a la interrupción— dudas entre dos personas: Tomás Allende García-Báxter y…

—¿Y quién?

—Mi marido.

—¡Eres profundamente indiscreta, querida mía! —exclamó Echevarrieta, enfadado.

—Pero aquí surge un problema —añadió Maruja—. ¿Mi padre ministro de Agricultura y mi marido subcomisario de Agricultura del Plan de Desarrollo? Sería demasiado poder «agrícola» en una sola familia. Y esto ni gusta a Carrero, ni gusta a Franco.

López Rodó brindó por la clarividencia de Maruja, pero le aseguró formalmente que algunas de sus informaciones eran inexactas.

—Antes de deciros lo que sé —empezó Laureano— quiero que me expliques, José María, por qué dijiste antes que tenías motivos para pensar que lo de López de Letona no era cierto.

—Porque, cuando esperaba en tu antesala a que me recibieras, le vi salir de tu despacho muy malhumorado, con aire de malas pulgas. Cruzó la Secretaría sin saludar a nadie y cerró la puerta tras sí con cierta brusquedad. ¡No me parece la actitud adecuada de una persona a quien le acaba de ser ofrecido un alto cargo!

—Hubo, en efecto, un equívoco entre él y yo —confesó el comisario sin dar más explicaciones.

El equívoco, según supo Echevarrieta días más tarde de labios de Armando Riquer, fue el siguiente: Vicente Mortes pidió a Laureano que recibiera a una hora

determinada a López de Letona (a quien él había recomendado para el cargo de que habló Maruja) y comunicó a López de Letona que López Rodó le recibiría a tal hora de tal día. El caso es que el comisario pensaba que era su visitante quien le había pedido hora, a través de Mortes. Mientras que López de Letona pensaba que era López Rodó quien le había rogado que pasara por su despacho, y precisamente para ofrecerle la Subcomisaría de Industria del Plan de Desarrollo. Cuál no sería la sorpresa de este último cuando no sólo no le ofrecieron nada, sino que el comisario, después de los habituales saludos y cortesías, le dijo: «Bien, Letona, usted me diré en qué puedo servirle». «Aquí debe haber un malentendido —replicó el ingeniero—; yo no le he pedido que me reciba; es usted quien me ha llamado». «Me encanta esta ocasión de estar juntos —comentó López Rodó con éstas o parecidas palabras—, pero es el caso que yo no le he llamado ni tengo nada concreto que decirle».

Semanas más tarde, producida la crisis y siendo Vicente Mortes comisario adjunto, fueron designados subcomisarios los dos hombres que había nombrado Maruja. Pero ¿cómo podía Laureano López Rodó —concluyó Armando Riquer— ofrecer a nadie unas subcomisarías, cuyos titulares tendrían rango de subsecretarios, antes de que su Departamento fuese convertido en Ministerio y él mismo ascendido a ministro? «Esto explica el mutismo de Laureano que tanto ha herido el amor propio de Letona», concluyó Armando Riquer.

A la hora del café, Mayte comunicó al comisario del Plan de Desarrollo que le llamaban por teléfono desde Castellana, 3. Al poco tiempo regresó eufórico.

—El ministro subsecretario me dice que el Caudillo desea recibirte mañana, a las doce.

A pesar del silencio y la oscuridad de la noche; a pesar de la inmovilidad y la respiración acompasada de su marido, Maruja sabía que sus ojos estaban abiertos, y no dormía.

El matrimonio le había deparado un cambio radical en su entendimiento de la relación hombre-mujer. Exteriormente, el hombre es tan fuerte; sus decisiones son tan contundentes; la exposición de sus criterios tan firme; sus experiencias de todo orden tan amplias… que Maruja había imaginado el matrimonio como un acuerdo tácito de protección en el que la parte más débil —la mujer— buscaba en el hombre su escudo defensor. De adolescente, imaginaba la intimidad del amor con la vivencia de una mujer acurrucada junto al amante, la cabeza descansando sobre el hombro poderoso del varón y enlazada toda ella por unos brazos fuertes que la envolvían, amparándola, defendiéndola, como el símbolo plástico de una voz varonil que dijera: «no tengas miedo», «estoy a tu lado», «mientras me tengas junto a ti nada malo podrá ocurrirte». ¡Qué lejos estaba esto de la realidad!

Pensar así equivalía a desconocer la debilidad intrínseca del hombre y la fortaleza de la mujer. ¡Los hombres eran duros frente a la vida, la competencia, el trabajo! Pero

no lo eran frente a la adversidad ni frente a la mujer.

Ésta fue una de las más inesperadas experiencias que adquirió Maruja con el estado matrimonial.

José María, apenas apagada la luz, buscaba su mano. Necesitaba tenerla entre la suya para poder dormir. Mas no era una mano que ofreciera, sino que buscara protección. Si se separaban, entre sueños, inconscientemente él palpaba en torno suyo, buscándola, queriendo confirmar que estaba allí, que no la había perdido. Esta sensación nueva de considerarse protectora más que protegida, de saberse necesitada por él, añadía un matiz inesperado a sus sentimientos: la ternura. Era como una suerte de instinto maternal aplicado a estos niños grandes —increíblemente niños, increíblemente grandes— que son los hombres.

En voz muy baja, Maruja susurró:

—¿Quieres que encienda la luz?

—¿Cómo sabes que estoy despierto?

—Porque no me has soltado la mano.

—¡No! ¡No enciendas! Creo que pronto conseguiré dormir…

¡Vana pretensión! Maruja pensaba que su inquietud provenía de la inminente visita a El Pardo y de la mezcla de sentimientos contradictorios que bullían en él ante el previsto ofrecimiento político. De un lado, la ambición satisfecha; de otro, el temor a la carga de responsabilidades; por último, el cambio de vida que esto significaría para ellos. La casa de la Mancha, que José María consideraba como definitiva para vivir en ella, se trocaría en lugar sólo para fines de semana. El pequeño apartamento de Madrid, en su hogar permanente. Las preocupaciones de José María, tal como las interpretaba Maruja, eran verdaderas. Pero lo cierto es que aquella amalgama de sentimientos ante la próxima audiencia con el Jefe del Estado había despertado en él otras preocupaciones más acuciantes que laceraban su conciencia.

Maruja encendió la luz y se sentó en la cama.

—¿Por qué has encendido? —preguntó él.

—Porque soy yo quien no puedo dormir al saberte despierto. Cuéntame lo que te preocupa. ¡No te lo guardes para ti solo!

José María, al ver los ojos fijos e interrogantes de su mujer en los suyos, por evitar su mirada saltó de la cama, se abrigó con un batín y se calzó unas zapatillas.

—Vamos a la cocina —dijo—. Prepárame algo. Tengo hambre.

Ella le siguió.

—No me extraña que sientas apetito. Anoche apenas cenaste.

Abrieron la nevera para estudiar qué posibilidades gastronómicas encerraba, y José María declaró que lo que realmente le pedía el cuerpo era una taza de chocolate bien caliente. Con tan exiguo condumio se instalaron en el cuarto de estar.

—Anda, confiésate —le animó Maruja, sonriente—. Suelta todo lo que tienes dentro y ya verás qué bien duermes después.

Su marido eludió con una galantería la invitación a sincerarse.

—No había caído en la cuenta de que así, recién levantada, con el pelo revuelto, con ese salto de cama y descalza, estás más bonita que nunca.

Maruja protestó con cierto desánimo.

—¡No soy una muchacha a la que necesitas dorar la píldora para conquistarla! Soy una mujer. Y ya estoy conquistada. Hay algo que me ocultas. ¿Y quién podría ayudarte mejor que yo?

—Creo que no debo aceptar un cargo político de responsabilidad. ¡No debo por más tiempo seguir engañando a todos!

—«¿Seguir engañando a todos?» —repitió Maruja, intrigada—. ¿Qué quieres decir con eso?

Echevarrieta no respondió. Ella se esforzaba en encontrar una explicación a esas palabras.

—¿Consideras que los demás han supervalorado tu capacidad; que no reúnes las condiciones que otros te atribuyen; que no sabrías cumplir con tus obligaciones en la medida en que otros lo esperan de ti?

—No, Maruja, no es eso. Tengo plena confianza en mi buen criterio y en mi capacidad de trabajo. A quien no quiero seguir engañando es a ti…

(No debía haber dicho esto. ¿Estaba preparado para declarar la verdad hasta el final? ¿Había meditado las consecuencias de confesarlo todo?).

Maruja le miraba inquieta, escrutadora, anhelante. ¿A qué venía ese aire patético entre furtivo y dudoso; ese retorcerse los dedos, ese abrir los labios para decir algo y negar después con la cabeza como si una razón poderosa le impidiera declarar lo que había pretendido decir?

—Creo que eres tú —comentó José María débilmente— la que me sobrevaloras por encima, muy por encima, de mis posibilidades. Y es a ti a quien no quiero defraudar.

Maruja rompió a reír. Y le besó.

—Eres como un niño grande. ¡Y yo que de jovencita te consideraba un viejales! ¡Cuántos rodeos, cuántas palabras equívocas, para acabar con una niñería como ésa! No olvides nunca lo que voy a decirte: *yo estaré siempre contigo*. Prométeme que no lo olvidarás.

—No lo olvidaré… —respondió José María como un eco.

—Y ahora acábate el chocolate, y vamos a dormir.

Abrazado a ella, como el náufrago a la tabla, José María no tardó en dejarse vencer por el sueño. A través de las persianas se adivinaban las primeras luces del alba. Quien ya no pudo dormir fue Maruja.

XIX

El ministrable señor Echevarrieta visita en El Pardo al Jefe del Estado y comprueba por sí mismo la extraordinaria locuacidad del general Franco y las limitaciones memorísticas del jefe de su Casa Civil

[1965]

Muchos monárquicos españoles, incluso los más adictos al general victorioso, no vieron con buenos ojos que, al término de la contienda civil, Franco se instalara en el Palacio de El Pardo, lugar que consideraban privativo de los reyes de España.

Los montes que lo rodean fueron cazadero real desde los tiempos de Enrique III de Castilla. La construcción del edificio se inició en tiempos del emperador Carlos, se finalizó con Felipe II, fue modificado y ampliado por Carlos III, y en él vivió y murió Alfonso XII.

Los integristas de la Monarquía consideraban como una suerte de usurpación que un soldado de fortuna convirtiera en casa propia la residencia de los monarcas de tres dinastías. La Guardia Mora, a caballo, que acompañaba a Franco en sus primeros tiempos, precediéndole, rodeándole y siguiéndole en sus desplazamientos oficiales, se les antojaba un fausto excesivo. Y hería especialmente su sensibilidad que el Caudillo recibiera las cartas credenciales de los embajadores extranjeros situado ante el trono de los soberanos españoles donde, justo es decirlo, no se sentó jamás.

Aquellos recelos de los primeros tiempos de la «era de Franco» le parecían a Echevarrieta —que meditaba en ello mientras su automóvil se desplazaba muy lentamente hacia El Pardo— injustificados e impremeditados. Con tales «signos exteriores», el Generalísimo pretendía algo de más enjundia que satisfacer una pueril vanidad. Lo que quería era demostrar con actos visibles su determinación de permanecer y reforzar su innata autoridad y la dignidad de la Jefatura del Estado.

Uno de los juicios históricos que el Generalísimo enunciaba con frecuencia era el error del general Primo de Rivera al anunciar, cuando alcanzó el poder en 1923, que su mandato sería provisional. Franco consideraba esto una gran equivocación. La

Dictadura de Primo de Rivera (o «dictablanda», como la llamaba el vulgo) había sido beneficiosísima para el país. ¿Por qué entonces —se decía Franco— poner término a lo que era bueno? ¿Por qué alentar y favorecer y dar ánimos a sus enemigos políticos anunciando su provisionalidad? Franco, en cambio, advirtió desde el primer instante a los que buscaron en él sólo un jefe militar que ganara la guerra: «Mi poder no es transitorio». Y repetidas veces manifestó en público que su capitanía política duraría tanto como su propia vida, pues de lo que ahora se trataba era de ganar la paz, y retirarse equivaldría a desertar. Otra de las razones (se decía Echevarrieta) que indujeron a Franco a escoger El Pardo como residencia, era su discreta lejanía de la gran ciudad, siempre más propicia al atentado que no una fortaleza-palacio bien guardada y vigilada a las afueras de la capital.

Llegaron a la gran verja de entrada. Varios soldados a caballo, con vistosos uniformes, airosas capas blancas, cascos emplumados y grandes lanzas talladas, estaban situados a uno y otro lado del paso. Un guardia civil de gala se acercó a la ventanilla, llevó militarmente su mano diestra al tricornio, y pidió a José María su documentación, que entregó acto seguido a un policía de paisano. Éste consultó en una lista los nombres de los citados, le devolvió el documento e indicó al mecánico que podía seguir. Cruzaron unos metros de gravilla y el coche se detuvo junto a la escalinata del edificio. Desde allí, un oficial del ejército acompañó a Echevarrieta hacia el interior mientras otro comunicaba a Alfonso Sánchez Martín dónde debía estacionar su automóvil.

Cruzaron un amplio zaguán de piedra, de noble construcción, rebasado el cual se abría a mano izquierda una escalera lujosamente alfombrada. El oficial se despidió y un mayordomo o ujier, con uniforme azul, abotonado en el centro del pecho, le precedió en la escalera, acompañándole hasta una antesala, donde le esperaba el segundo jefe de la Casa Civil de Su Excelencia, señor Fuertes de Villavicencio, quien le estrechó cortésmente la mano; le llamó por su nombre (pues, sin duda, desde la verja de entrada avisaban telefónicamente la llegada de cada visitante citado) y le hizo pasar a un gran salón, majestuosamente amueblado y decorado, donde otras personas aguardaban su turno para ser recibidas.

Las paredes estaban cubiertas por tapices de Goya y Tenniers, bordados en la Real Fábrica, y las consolas sostenían la más asombrosa colección de relojes antiguos que José María hubo visto jamás.

Entendió que los demás visitantes se preguntaban que quién sería él. Hablaban en voz muy baja, con el respeto de quien lo hace en un templo o junto al quirófano de un hospital. José María, en cambio, sí sabía quiénes eran, por ser de sobra conocidos: el benedictino fray Justo Pérez de Urbel, el embajador José María Alfaro y el conde de Yebes, todos ellos excelentes escritores, aunque de profesiones y actividades tan distintas, como el ser fraile, ejercer la diplomacia y matar elefantes en Mozambique.

El primero en ser llamado fue el conde cazador y el último el benedictino, a la sazón prior del Monasterio de Silos, donde crece el ciprés que inmortalizó el

magistral soneto de Gerardo Diego.

Echevarrieta respiró satisfecho al quedarse solo, pues su situación era bastante desairada fingiendo un interés desproporcionado por los tapices goyescos, mientras el resto de los citados conversaban en el mismo salón.

—Señor Echevarrieta Letelier, por favor.

José María siguió al segundo jefe de la Casa Civil. Cruzaron la antesala, más una gran habitación con tapices tan soberbios como los primeros, y llegaron a un pequeño antedespacho, donde fue presentado al jefe de la Casa Civil, conde de Casa Loja, y al ayudante militar (que era marino), cuyo nombre no llegó a entender.

Le ofrecieron sentarse con ellos, en espera de ser recibido en cuanto saliese del despacho el actual visitante, y el ayudante militar le ilustró acerca de algunas quisicosas del protocolo. Entre ellas que no debía despedirse ni levantarse del sillón donde estuviese sentado hasta que el Generalísimo no apoyase las manos en los brazos de su asiento e inclinase ligeramente el cuerpo hacia delante iniciando el ademán de levantarse. «En ese momento —le dijo— debe usted ponerse en pie antes que él».

—¿La carpeta de documentos que lleva usted es para entregársela a Su Excelencia?

—No. Mas no sabía dónde dejarla.

—Entonces no entre usted en el despacho con ella. Yo se la guardaré.

Entretanto el conde de Casa Loja estaba preocupadísimo estudiando una lista que miraba de uno y otro lado, y en la que había varios nombres tachados con lápiz.

—¿Quién está ahora con Su Excelencia? —le preguntó al ayudante.

—Fray Justo Pérez de Urbel —respondió éste.

El jefe de la Casa Civil hizo un gesto de gran contrariedad.

—He cometido un error —confesó—. A quien le corresponde entrar ahora es a don José María Echevarrieta Letelier.

Y se dispuso a salir para deshacer su yerro.

—Perdón. Yo soy el señor Echevarrieta Letelier —declaró José María.

Casa Loja, muy angustiado, no dejaba de repasar la lista.

—He cometido un error —insistía una y otra vez.

El ayudante militar le tranquilizó.

—Todo está bien. Ahora pasará el señor Echevarrieta y después los franciscanos de la Misión de Chapultepec.

Trazó Casa Loja unas rayas indicativas de algo, borró un nombre, y siguió estudiando la lista con suma atención.

—De modo que usted es el señor Echeveste.

—No, no. Echevarrieta. José María Echevarrieta Letelier.

Al cabo de un tiempo se abrió la puerta y apareció fray Justo Pérez de Urbel. Inmediatamente, Casa Loja penetró en el despacho del Jefe del Estado, anunció el nombre del nuevo visitante, equivocándolo, pues le bautizó Echevarría, y le invitó a

pasar.

La distancia entre la puerta y la mesa-escritorio ante la que estaba Franco, de pie, era al menos de doce metros. Y no dejaba de ser algo incómodo cruzar tanto espacio bajo la atenta mirada del Caudillo que, sin sonreír ni mover un músculo del rostro, contemplaba a su recién llegado avanzar hacia él.

Extendió la mano —una mano quieta, sin calor, sin efusión—; indicó a José María que tomara asiento y él hizo lo propio.

Detrás del sillón en que estaba el Generalísimo, había un gran ventanal por el que entraba mucha claridad, que daba de cara a José María y dejaba a Franco al contraluz.

Caso de ser una argucia para poder observar las reacciones de sus visitantes sin que éstos pudieran hacer lo propio, era totalmente innecesaria, ya que tenía tal dominio sobre sus gestos y ademanes que, si él quería, su rostro resultaba impenetrable.

José María tuvo la impresión de que Franco era tan tímido con los desconocidos —y más si eran civiles— como abierto, e incluso ingenioso, con los más allegados, según le habían dicho.

—Dada su experiencia en cosas del campo —comenzó a decir el Generalísimo— no se le ocultará la terrible situación en que quedó la agricultura al término de nuestra Cruzada…

José María iba a decir que, en efecto, no se le ocultaba y a añadir alguna consideración más, pero no hubo lugar. Pensó que el Generalísimo sondearía sus conocimientos en la materia —como hizo López Rodó—, o sus criterios políticos, cual hizo Carrero; mas no fue así. Muy por el contrario fue Franco quien habló, describió y analizó los problemas del agro y expuso las soluciones.

Sabía perfectamente que Echevarrieta Letelier había residido en Francia muchos años y con tal motivo se extendió también en temas relacionados con la agricultura francesa, y en la diferencia de las cantidades de agua llovida, por metros cuadrados y año, al norte y sur de los Pirineos.

A lo largo de cincuenta minutos no hubo diálogo posible; ni para apoyar sus palabras, lo cual hubiera supuesto, por interrumpirle, una descortesía; ni para contradecirle, lo cual hubiera supuesto, por impertinencia, un desacato.

Algo había oído Echevarrieta de un embajador español que pidió audiencia para informarle de la situación política en el país en que estaba destinado. Quería explicar a Franco una larga serie de cuestiones que el experto diplomático consideraba especialmente delicadas e interesantes para España. Fue recibido inmediatamente, pero no pudo cumplir su propósito, pues fue Franco quien se las explicó a él.

Lo mismo le aconteció a José María. Hubiera querido lucirse ante el Generalísimo con la demostración de su pericia en las producciones y comercializaciones del campo. Pero éste consideró que ya tendría ocasión el agricultor de la mano enguantada en demostrar sus conocimientos y su eficacia con hechos y no con palabras.

Creía Echevarrieta que la audiencia llegaba a su término, y espiaba ese movimiento característico que, según le anunciaron, indicaría el momento en que debía ponerse en pie, cuando Franco, variando súbitamente de rumbo, le hizo por primera vez una pregunta.

—Usted fue condecorado al hacer su servicio militar. ¿Fue en 1945 o 1946?

—En el 45, mi general —respondió José María con un nudo en la garganta, pues no le agradó el giro de la conversación.

—El alférez herido al que trasladó usted, ¿llegó a morir?

—No, mi general —tartajeó el verdadero alférez.

Al punto se rectificó.

—Perdón, Excelencia. Quiero decir que no murió en aquella ocasión ni a causa de sus heridas de bala, sino muchos años después, en accidente de automóvil.

Al decirlo, palideció. Mientras hablaban de agricultura no le importaba el equívoco de las personalidades cambiadas, de los nombres trastocados, porque el José María Echevarrieta agricultor, el que había dado lustre a este nombre, el que había ganado a pulso méritos más que sobrados para el cargo que le ofrecían, era él mismo. Pero el soldado que trasladó al alférez herido en un terreno batido por el fuego enemigo, fue «el otro».

¿Por qué Franco le hablaba de este tema? La fama de lo perfectos que eran los servicios directos de información del Jefe del Estado, su innata desconfianza en los hombres, su astucia, su rara intuición, ¿no le habrían impulsado a ordenar que se investigara a fondo acerca de los orígenes y la personalidad del hombre a quien pretendía confiar un alto cargo?

Las palabras que siguieron de Franco al relatar y juzgar las invasiones de los maquis le tranquilizaron. La voz del Generalísimo se hizo más vivaz, perdió la monotonía de que había hecho gala al recitar su lección de agricultura y, con perfecta memoria y un conocimiento exacto de los hechos, de sus antecedentes y de su solución, expuso ante Echevarrieta de modo admirable una página prácticamente desconocida de la Historia reciente. Porque aquello —éstas fueron sus palabras— «fue una auténtica guerra. Tal vez la única guerra desconocida que ha habido en la Historia contemporánea», porque ni a los amigos de los invasores, por causas externas, ni a los defensores del territorio nacional, por razones internas, les interesaba airearla.

Lo que más sorprendió a José María es que Franco, que no quiso escuchar sus opiniones en los temas en que era un perito, le preguntara las suyas respecto a aquéllas en que era inexperto. Y escuchó con la mayor atención e interés el relato que, a petición suya, hizo José María de sus experiencias militares.

Súbitamente:

—¿Aceptaría usted formar parte de mi Gobierno?

—Estoy a sus órdenes, mi general. Será para mí un gran honor.

—Y una gran responsabilidad —corrigió el Caudillo—. Le ruego que no hable

usted de ello mientras el nombramiento no sea oficial.

Apoyó ambas manos en los brazos del asiento, inclinó su cuerpo hacia delante y José María, como impulsado por un muelle, se puso en pie, con la sensación de haber sido propuesto para ministro de ese Departamento, mucho más que por sus experiencias y conocimientos agrícolas, por su actuación militar frente a los maquis.

Tras estrechar la mano del Generalísimo, a quien vio sonreír en ese instante por primera vez, desanduvo los largos metros que le separaban de la puerta, volvióse antes de cruzarla, inclinó respetuosamente la cabeza y salió.

—Ha sido un placer saludarle, señor Chávarri —le dijo el conde de Casa Loja, hombre de no pocos méritos, pero cuyo fuerte no era en verdad la correcta retentiva de los nombres propios.

José María extrajo una tarjeta de visita de su cartera y se la entregó, no sin antes subrayar enérgicamente su nombre con un bolígrafo colorado. Iba a recoger su carpeta de documentos cuando vio penetrar en la antesala a media docena de franciscanos, bien barbados, con sus hábitos color chocolate y sus cíngulos de cuero: los misioneros, sin duda, de Chapultepec de que había hablado antes el ayudante militar.

Casa Loja, con la mirada fija en la lista, cuyo estudio tantos sudores le causaba, abrió la puerta y anunció:

—La Comisión de Veterinarios cordobeses, Excelencia.

Echevarrieta vio a Franco por la puerta entreabierta fulminar con la mirada al jefe de su Casa Civil.

Éste, comprendiendo que había un reproche mudo en los ojos del Caudillo, se apresuró a volver a mirar la lista:

—¡La Comisión de Veterinarios cordobeses! —insistió. Y cerró la puerta cuando ya el primero de aquellos seráficos varones estrechaba la mano de Su Excelencia. (La cara malhumorada del primer jefe de la Casa Civil parecía expresar: «Este Franco es tremendo. ¡Siempre piensa que me equivoco!»).

El ayudante militar entregó su carpeta al futuro ministro de Agricultura, y le acompañó hasta la embocadura de la escalera.

—Señor Echevarrieta Letelier, encantado.

Maruja le esperaba impaciente.

—Cuéntamelo todo por su orden: palabra por palabra.

Y José María lo hizo, omitiendo tan sólo su temor de haber sido descubierta su antigua y secreta impostura.

XX

DONDE SE DESCRIBEN LAS ANGUSTIAS DE LOS MINISTRABLES Y SE TRATA POR PRIMERA VEZ DE UN TORRENTE DE ENERGÍA LLAMADO MANUEL FRAGA IRIBARNE

[1965]

Jorge Antonio Trías convocó apresuradamente, en su casa de Madrid, a un numeroso grupo de amigos. Los rumores de crisis eran tan insistentes que no resultaba lícito imaginar que fueran falsos. Se decía que Ullastres, Navarro Rubio y Jorge Vigón, ministros respectivamente de Comercio, Hacienda y Obras Públicas, estaban empaquetando rápidamente sus papeles y objetos personales para dejar libres sus despachos. Las listas de ministros y ministrables más dispares circulaban de mano en mano. Se rumoreaba que el general Muñoz Grandes sería sustituido en la Vicepresidencia del Gobierno por un civil: tal vez Castiella, tal vez Solís. Según una u otra versión el nuevo Gobierno tendría un talante más liberal o más «azul». Algunas de las listas, mecanografiadas e incluso fotocopiadas, incluían nombres en extremo polémicos (nombres «impensables», al decir de algunos expertos en «francología»); otras, gentes sólo conocidas en sus casas a la hora de comer. Se decía, no sin razón, que unas y otras estaban confeccionadas por los propios interesados, deseosos de que sus nombres fueran aireados como ministrables.

Jorge Antonio Trías, presidente desde hacía mucho tiempo de la Cruz Roja Española, estaba convencido de que iba a ocupar un puesto en el nuevo Gabinete; aseguraba a cuantos quisieran escucharle que tenía preparadas unas botellas de champaña para brindar por «alguno» o, por mejor decir, «algunos» de los presentes. E insistió aún más en esta pluralidad al añadir, marcando mucho las eses: «¡Varioss algunoss!». Con esto quería insinuar que eran al menos tres los beneficiarios del poder que se hallaban cerca.

—¡Que se confiesen!, ¡que se confiesen! —gritó una voz.

—¡Que se desenmascaren! —gritó otra.

Y entre bromas y veras iba transcurriendo la noche, surgían listas nuevas, crecía

la expectativa, sin que se produjera confirmación o desmentido oficial de tales rumores.

A las diez habían llegado los primeros invitados. A media noche el piso era la marabunta. A la una de la madrugada hubo un conato de bronca entre el dueño de la casa —¡cómo no!— y un periodista de Radio Nacional que se atrevió a enarbolar en el aire, al entrar, una lista harto distinta a las conocidas, diciendo:

—¡Lista oficial! La sola duda es si permanecerá Gual Villalbí en un ministerio sin cartera, o si pasará a cubrir el de Hacienda.

Trías le arrebató el papel de las manos, lo leyó ávidamente, y como no figuraba su nombre lo rasgó, indignado, asegurando, rojo de cólera, que no merecía ser leída en alta voz, pues estaba amañada. Armando Riquer telefoneó al director de *Ya*, Aquilino Morcillo.

—He hablado personalmente con el director general de Prensa —confesó éste—. Y Jiménez Quílez me ha dicho tres cosas importantes. Que la crisis es un hecho. Que la composición del Gobierno será dada a conocer antes de media hora. Y que habrá sorpresas.

—¿No te importa darme un golpe de teléfono en cuanto sepas algo? Estoy en casa de Jorge Trías.

No sin oposición de Berta, que consideraba la iniciativa de su marido asaz imprudente, Jorge Antonio había convocado en su casa a cuantos él «sabía» o creía saber que formarían parte del nuevo Gobierno, e incluso a otros más, cuya inclusión le parecía altamente probable. Y como todos ellos estaban presentes, el comentario de Jiménez Quílez, retransmitido por el director de Ya y difundido entre los asistentes por Armando Riquer, de que «habría sorpresas» produjo consternación, ya que, por lo visto, y como en el Evangelio, «habían sido muchos los llamados y pocos los escogidos».

Algunos de los que tenían motivos presumibles de creer en su propio nombramiento abandonaron apresuradamente la casa, no se sabe si para bucear en sus propias fuentes de información o para no hacer el ridículo en público, lo que en más de un caso fue una medida, perfectamente justificada, de prudencia social. Otros se dieron a beber más de lo que debieran. El bullicio de horas antes se transformó en una tensa espera. Berta Trías por entretener a los asistentes leyó unos versos jocosos que circulaban aquellos días profusamente por Madrid, y que venían pintiparados para la ocasión.

Todos de un campo distinto
procedéis. Mas la fortuna
os dio un mismísimo instinto
que os asemeja y aúna.

Quiero con esto decir

que si hay crisis de Gobierno
más de uno se pone tierno
por lo que pueda venir.

¡Las crisis, tema adorable!
Crisis que alzan las antenas
de este senado admirable
que espera lo inesperable
de vosotras, ¡crisis buenas!
¡Crisis, que endulzan las penas
de este grupo ministrable!

Lejana y pálida Isis,
más de uno, yo lo registro,
piensa que será ministro
si tú le ayudas ¡oh crisis!

Rasga pues estos misterios
que envenenan nuestros días…
¡y danos tres ministerios
y ocho subsecretarías![5]

Rieron, unos de buena gana, y otros, con risa de conejo, según su resignación ante el destino o su voracidad ministerial. Y cuando alguien pedía que se repitiese la lectura, sonó el teléfono, Maruja lo descolgó y comunicó a Armando Riquer que le llamaba de nuevo el director de *Ya*.

—Dime, Aquilino… ¿Hay lista oficial?

Escuchó unos segundos y comunicó a su auditorio:

—¡Hay lista!

—¡Hay lista! —repitieron todos como un coro griego.

—Discúlpame… no te he oído bien. Hay gentes tan *interesadas…* a mi alrededor que sus voces no me han dejado oírte. ¡Bah, bah…! No me des la enhorabuena… Yo estaba muy bien en mi Banco…

Los espectadores del teatro Trías, al comprender que Armando había sido designado, rompieron a aplaudir, unos con sinceridad y otros por simple cortesía, o por disimular su decepción. Jorge Antonio abrió, con estrépito, su primera botella de champaña.

—Discúlpame otra vez —continuó Armando—, no te he entendido nada. No, no ha sido un atentado… ¡todavía!, sino una botella de champaña que acaban de descorchar. A ver: léeme los nombres despacio, para que los anotemos…

Se armaron todos de bolígrafos y estilográficas. Aquél sacó su cuaderno de notas, éste un bloc, pues venía pertrechado; esotro un trozo cualquiera de papel. Pero la

impaciencia del presidente de la Cruz Roja era tan grande que arrebató el auricular a Riquer, a cambio de la copa que le ofrecía:

—¡Buenas noches. Morcillo, soy Jorge Trías! El flamante ministro está recibiendo plácemes. Ya empieza la coba… ¿Cómo dice usted?… ¡Ja, ja, ja! Sí. Le sustituyo al teléfono. Dígame, dígame, le escucho.

»¡Silencio, por favor! Vamos a ver… Vicepresidente del Gobierno: Continúa Muñoz Grandes. ¿Está usted seguro? No eran ésas mis noticias… Sigamos: ¿Subsecretaría de la Presidencia?… Prosigue Carrero… por supuesto: eso estaba previsto… ¿Asuntos Exteriores?… Sigue Castiella… Aquí al lado, me dicen que esto no es una crisis, pues hasta ahora permanecen los mismos… ¿Sale Iturmendi? Muchos aquí se muestran sorprendidos… Dice usted que le sustituye otro tradicionalista. ¿Quién? ¿Oriol y Urquijo…? ¿Cuál de ellos? ¿José María? ¡No! ¡Antonio Oriol…! Tiene usted razón. Ése parece un Ministerio destinado a los tradicionalistas… Rodezno, Esteban Bilbao, Iturmendi y, ahora, Antonio Oriol. Los militares continúan todos: Menéndez Tolosa, en Ejército; Lacalle, en Aire, y Alonso Vega, en Gobernación. Nos hemos saltado al de Marina… Prosiga: ¿Nieto Antúnez? Estoy de acuerdo con usted. No me extrañaría que algún día alcanzara la Vicepresidencia… Tiene mucha ascendencia sobre el Caudillo. Sigamos… En Hacienda sale Navarro Rubio y entra Espinosa San Martín, el que fue director general del Tesoro con el propio Navarro. ¿Industria? ¿Sigue López Bravo…? ¿Se da cuenta de que hasta ahora, de los nueve ministros citados, siete permanecen y sólo entran dos nuevos? ¿En Comercio ha habido cambio? Eso no me lo esperaba yo. Ullastres lo ha hecho muy bien. ¿Quién le sustituye? ¿Riquer? ¡Ah… de modo que Armando va a Comercio…! Yo pensaba que… Bien, siga… siga…

Miró muy sorprendido a Armando y a su yerno, pues pensó que aquél iría o a Industria o a Comercio. Pero al escuchar que en Industria se mantenía López Bravo, daba por seguro que José María —cuyo nombre sonaba desde hacía unas semanas entre los seguros— habría sido designado para Comercio. De aquí su sobresalto. Tragó saliva antes de preguntar:

—¿Agricultura? ¿José María Echevarrieta? ¿Está usted seguro?[6]

Jorge Trías palideció a ojos vista. ¡Éste fue el Ministerio que le ofrecieron a él un año y medio antes, cuando la anunciada crisis no se produjo!

—¿Cómo que no sabe usted quién es? José María Echevarrieta Letelier es mi yerno, casado con mi hija Maruja… Es un muchacho muy competente. Sí, sí… mucho. Lo que ocurre es que ese Ministerio no le va. ¡No le va en absoluto! Lo hubiera hecho mucho mejor en Industria o en Comercio… Espere, voy a pasar el teléfono a otras manos. Yo tengo seca la boca…

Jorge Antonio ofreció el auricular a Riquer, cruzó entre sus invitados procurando ocultar su tremenda decepción, dio una palmadita en la cara a su hija, que quiso ser, o aparentar, una felicitación por el nombramiento de su marido, y salió hacia las habitaciones interiores. Berta le siguió.

—Perdona, Aquilino. Soy Armando otra vez. ¿Trabajo? Sigue Jesús Romeo. En Educación continúa Lora Tamayo. En Obras Públicas, entra Federico Silva. Eso es noticia. ¿No estaba previsto ese Ministerio para Fernández de la Mora? ¿En Movimiento, continúa Pepe Solís?… Sí, yo también había oído otros nombres: Fueyo, Fernández Miranda, Tejedor, Valcárcel. ¿En Información permanece Fraga? Yo estaba en la idea de que Fraga iba a Educación y Silva a Información y Turismo. En Vivienda, sigue Sánchez Arjona… ¿Qué me dices? ¿Sale Gual Villalbí? ¿Y quién le sustituye? ¿Nadie? Se suprime ese Ministerio sin Cartera y se crea un nuevo Ministerio: el de la Comisaría del Plan de Desarrollo. De modo que Laureano López Rodó pasa a ser ministro-comisario… Te dejo, pues comprendo que esta noche los periódicos andaréis como locos. Muchas gracias y un gran abrazo.

Como se oían grandes gritos de Jorge Antonio discutiendo con su mujer, Maruja cerró discretamente la puerta que daba a las habitaciones interiores. El redactor de Radio Nacional afirmó que ésa era exactamente la lista que él había traído y que tan desconsideradamente le había arrebatado y roto el dueño de la casa. Añadió que una de las sorpresas del nuevo Gobierno era la designación de Silva para Obras Públicas, ya que le constaba que el candidato deseado para ese puesto por el binomio Carrero-Laureano era Vicente Mortes, subsecretario de ese mismo Departamento con Jorge Vigón.

—Pero es que la gente olvida que existe Franco —comentó alguien—. Y los titulares de Asuntos Exteriores, Justicia, Gobernación y Obras Públicas siempre ha sido personalmente Franco quien los ha designado. ¡Sin contar los militares, claro está!

Al cabo de un tiempo, después de haber desahogado su mal humor con la pobre Berta, quien intentó calmarle con muy sabias razones y convencerle de que no tenía otro remedio que atender a sus invitados y felicitar a su yerno —al que había denominado «usurpador»—, Jorge Antonio Trías regresó de su voluntario destierro social. Se acercó a su hija y chocó su copa con la que Maruja llevaba en la mano.

—Te felicito, niña. Es más importante ser la mujer que no la hija de un ministro.

—¡Supongo que no nos tomarás manía!

—¿Cómo se te ocurre? ¡Sabes que tengo debilidad por ti!

—Pero no estoy muy segura de compartir esa debilidad tuya con mi marido…

—Franco ha hecho muy bien. A medida que él envejece, se rodea de jóvenes pipiolos. De ese modo, la media de edad del Gobierno no resulta escandalosamente caduca.

Por no enfadarse con él, que estaba a todas luces rabioso, Maruja aprovechó la circunstancia de que un teléfono sonaba, para apartarse de su padre.

—José María, es para ti —dijo alzando la voz—. Te llama el ministro de Información.

—¿Y cómo sabe Fraga que estás aquí? —le preguntó Jorge Antonio al pasar.

—Porque todos cuantos íbamos a ser nombrados dejamos dicho en Presidencia

los teléfonos donde se nos podría llamar.

Trías, visiblemente contrariado, se volvió hacia Armando Riquer.

—¿Tú también dejaste el teléfono?

—Sí.

—Luego, ¿vosotros lo sabíais todo?

—¡Naturalmente!

—Hubierais podido decírmelo —exclamó muy acalorado Jorge Antonio—, y me hubierais ahorrado hacer el ridículo.

—No has hecho el ridículo —respondió Armando con su calma habitual—. Todo el mundo sabe que nos invitaste para celebrar en tu casa y entre amigos el nombramiento de tu yerno.

Confundido por la respuesta, Jorge Antonio enrojeció y no replicó.

—Ahora mismo se pone el señor ministro —oyó José María decir a una voz femenina.

Y al segundo:

—Aquí, Manolo Fraga.

—Dime, Manolo.

El ministro de Información hablaba a una endiablada velocidad. Hacerlo despacio equivaldría a tardar más y con ello restar tiempo a otras actividades. Como una ametralladora, que en vez de balas disparara palabras, le dijo:

—Estoy distribuyendo a las agencias las biografías de los ministros nuevos. (¡No, señorita. Dígale que ahora no puedo recibirle! Quien quiero que venga es Quílez. Avísele). Perdón, José María. Nos han interrumpido. Quería decirte que me gustaría que vieras tu biografía antes de cursarla. Pero dado lo tarde que es, y pensando en la hora del cierre de los periódicos, sería mejor, si no te importa, que te acercaras tú mismo a este Ministerio.

—De acuerdo. Me acercaré.

—Me atrevo a pedirte que sea pronto. Escucha. No subas por el ascensor general sino por el privado que llega directamente a mi despacho. (Sí, señorita, dígale que pase). No, no te lo decía a ti. Mi secretario te esperará en la puerta. Hala. Hasta ahora.

Se despidió José María de sus suegros y de no pocos defraudados más; rogó a los Riquer que llevaran a Maruja al apartamento; encareció a ésta que dejara el teléfono descolgado, o de lo contrario las llamadas telefónicas no les dejarían dormir, y se trasladó a Información y Turismo.

Fraga hablaba por teléfono de pie ante su escritorio. Su tocayo Manuel Jiménez Quílez, director general de Prensa, estaba sentado frente a él. Una secretaria enarbolaba en el aire un bolígrafo y un bloc de notas esperando la reanudación del texto —cuyo dictado quedó interrumpido por el teléfono—; una lucecita roja tililaba en el megáfono, señalando que alguien del interior del edificio le llamaba.

El ministro se disculpó con un gesto de impaciencia por no poder atenderle de palabra; Jiménez Quílez se puso en pie y le felicitó calurosamente; la secretaria le

sonrió y saludó con una leve inclinación de cabeza; Fraga, sin dejar de hablar por teléfono, le tendió, primero, la mano; después una hoja fotocopiada.

Mientras José María, sentado en una de las piezas del tresillo situado frente por frente del escritorio ministerial, leía la biografía que a la mañana siguiente publicarían los periódicos, Fraga dictó tres cartas, cursó instrucciones al director general de Prensa, telefoneó a tres ministros, recibió llamadas de dos directores de periódicos inquietísimos, porque les faltaban las biografías de algunos de los «nuevos»; negóse a recibir a un embajador que, a la salida de una recepción, se enteró de la crisis y quería confirmación, pero que no había sido citado ni anunciada su visita; llamó a su despacho a dos altos funcionarios y pulsó seis veces el megáfono para dar a otras tantas personas órdenes tajantes, inteligentes, cortas y precisas. Abstrayéndose de aquel caudal de actividad, José María se sumió en la lectura de la vida conjunta de sí mismo y «del otro». Decía así:

«El nuevo ministro de Agricultura, don José María Echevarrieta Letelier, es un hombre que se hizo a sí mismo. Nació en Viella, provincia de Lérida, el 6 de octubre de 1924 y vivió en Francia hasta 1952. Hijo de un modesto emigrante español residente en el vecino país y de madre francesa, al alcanzar su mayoría de edad, optó por la nacionalidad española y cumplió su servicio militar en España, siendo condecorado con la Cruz de Guerra con distintivo rojo por su heroico comportamiento en la lucha armada contra pandillas de terroristas infiltrados por la frontera. Regresó más tarde a Francia donde, con el producto de su trabajo y gran tenacidad y esfuerzo, sufragó sus estudios alcanzando el grado de técnico comercial por la Universidad de Toulouse.

»En 1951 se instala definitivamente en España, donde desarrolla numerosas actividades agrícolas e industriales. En la actualidad es presidente de Químicas Echevarrieta, S. A., Tractores Wamba, S. A., Vinícola Manchega, S. L., Transportes Villamanrique, S. A., y Maquinaria Agrícola Arán, empresas todas fundadas y dirigidas por él».

Quedó un momento pensativo. ¡Cómo hubiera gozado pudiendo variar la primera parte; aludir a la heroica muerte de su padre; a su estrella de alférez provisional y a sus dos carreras universitarias, la técnica y la humanística, Comercio y Filosofía y Letras!

—¿Tienes algún reparo que hacer, José María? —le preguntó el ministro de Información y Turismo.

—Ninguno.

Pulsó Fraga un timbre. Entró una secretaria.

—Que llamen a la agencia EFE y digan a Carlos Mendo que puede cursar la biografía del señor ministro de Agricultura.

Salió la secretaria. Pulsó otro timbre. Entró el jefe de su Secretaría, con inocultables rasgos de agotamiento.

—Sé que estoy abusando de todos ustedes —le dijo el ministro—. Pero hoy es un

día especial. Le ruego que pida a todo el mundo que se quede una hora más.

—Con permiso, señor ministro —tartajeó el buen hombre, aterrado por lo que acababa de oír—. He de confesarle que me encuentro algo enfermo…

Fraga le observó maravillado.

¿Cómo era posible que alguien osara ponerse enfermo? ¿Qué significaba esa extraña palabra? ¡Nadie tenía derecho a cansarse en un día o —por mejor decir— una noche como ésa! (Pues eran las tres de la madrugada).

Le miró de hito en hito considerando su respuesta. Y al fin dijo:

—Le suplico que se ponga enfermo mañana. ¡Hoy no!

Echevarrieta Letelier se despidió de su nuevo colega con un abrazo; un poco mareado, él también, ante el espectáculo de aquel torrente de energía.

XXI

Que trata de la desairada misión de los ministros de Justicia salientes en las ceremonias de la jura de los ministros entrantes

[1965]

Los policías que guardaban la verja de Palacio no solicitaron esta vez la documentación de Echevarrieta Letelier, pues aunque no conocían las caras de los ministros nuevos, sí conocían, en cambio, los coches oficiales en los que iban. «Es como si a un jinete —pensó José María ironizando— se le reconociese no por los rasgos de su cara sino por los de su caballo».

Los miembros del Gobierno fueron llegando con pocos minutos de diferencia. Coincidieron muchos de ellos en el zaguán o en la escalera. Arriba, en la primera planta, Fuertes de Villavicencio les saludaba, anotaba la presencia de cada uno, y les invitaba a pasar a la sala de los tapices goyescos y los relojes.

José María divisó a Casa Loja y se apresuró a saludarle.

—¿Qué tal, Casa Loja? Soy José María Echevarrieta.

—¡Por Dios, señor ministro, no necesita usted presentarse! Me acuerdo perfectamente de usted… y de su tarjeta.

Armando Riquer presentó a José María a los ministros no conocidos por él, que eran muchos: Muñoz Grandes, Castiella, Antonio Oriol, Menéndez Tolosa, Nieto Antúnez, Lacalle, Espinosa, Lora Tamayo, Federico Silva y Sánchez Arjona. Con el teniente general Alonso Vega había coincidido en varias cacerías y siempre le maravilló la lozanía y agilidad del ministro de la Gobernación, que no tenía de viejo sino el pelo, las cejas… y la edad. A López Bravo, por motivo de sus industrias, y a Solís, por razones sindicales, los conocía sobradamente. Al ministro de Industria, también cazador, le saludó por primera vez en la finca de Jorge Trías, antes de que éste fuese su suegro. Allí conoció también a Manolo Fraga, que era tan mal tirador como buen ministro. Se contaba de él que, en cierta cacería, disparó con tal mala suerte que en lugar de a la perdiz sus plomos alcanzaron a la hija del Generalísimo,

marquesa de Villaverde, que estaba en un puesto vecino. También el teniente general García Valiño era temidísimo en las reuniones cinegéticas. Los cazadores de los puestos colindantes con el suyo colocaban hasta cuatro pantallas de hierro en la divisoria, ya que el heroico soldado seguía creyéndose al frente de un Tercio de Requetés y cazaba como si hiciese la guerra: tirando a dar ¡y no solamente a los pájaros!

Se formaron pequeños grupos. Castiella, que era el más alto del Gobierno, hablaba con el almirante Nieto Antúnez, que era el de más baja estatura.

Silva Muñoz, con el vicepresidente Muñoz Grandes, muy envejecido, y a quien se le advertían en el rostro las huellas de su grave enfermedad. Poco después se acercaron al grupo Gregorio López Bravo y Espinosa San Martín, de aspecto bonachón, quien no podía ocultar cierto nerviosismo por el honor que se le había hecho al ascenderle de director general del Tesoro a ministro de Hacienda.

Jesús Romeo, con sus gruesas gafas oscuras, que apenas permitían ver sus ojos, formaba grupo con Laureano López Rodó —quien, a pesar de su influencia y larga vida política, sólo ahora estrenaba rango ministerial— y con Sánchez Arjona, ministro de la Vivienda.

Fraga conversaba con el nuevo ministro de Justicia, Antonio Oriol, y con Armando Riquer. Y Carrero —fuera de la sala de los tapices— escuchaba con gran atención lo que le decía el segundo jefe de la Casa Civil, Fuertes de Villavicencio.

José María cayó en el grupo de José Solís y Camilo Alonso Vega. El ministro secretario del Movimiento puso las manos en los hombros del de Gobernación y, con su característico acento y gracejo andaluz, le dijo a éste lo que más le agradaba:

—¡Está usted cada día más joven, mi general! ¡Tiene que declararnos su secreto!

A pesar de ser considerado como hombre duro y bien bragado, el viejo general no dejaba de tener sus pequeñas coqueterías. Y este tipo de halagos le agradaban. José María le había visto subir el cerro de la Valvanera a grandes zancadas, como si fuera un muchacho, mientras que los demás cazadores iban tras él con la lengua fuera, a pesar de ser veinte o treinta años más jóvenes.

—El decir que se «está» joven, ya es mala cosa —respondió sonriente el ministro-militar—. Lo importante es serlo, como ustedes.

Solís les entretuvo contando la gran pesca que había realizado pocos días antes en la isla de Alborán, la mejor de España, a decir suyo, para este deporte; y Alonso Vega les habló de ciertas disposiciones que iba a tomar para prohibir la entrada de los menores de edad en unos centros nuevos de los que se estaba plagando peligrosamente Madrid, que estaban escandalosamente oscuros y que se llamaban «discotecas».

—Yo pensaba que eran centros donde se reunía, para oír música clásica, la gente que no tenía dinero para asistir a los conciertos. Pero ahora me entero de que no es así. Incluso niñas con su uniforme de colegio van ahí, ¿a que no saben a qué?

Les miró a uno y a otro con aire consternado antes de proseguir:

—¡A bailar! ¿Qué me dicen ustedes? ¡A bailar! ¡Y lo hacen con cualquiera! ¡Con el primero que las saca!

No tuvo tiempo el puritano general de explicar qué medidas iba a tomar contra las discotecas, pues el jefe de la Casa Civil les indicó que la ceremonia iba a empezar. Mientras cruzaban varias salas y salones tan ricamente decorados como la de los Goyas y los relojes, José María recordó que el antecesor de don Camilo en el Ministerio de la Gobernación también fue un gran defensor de la moral pública. Fue él quien cerró las casas de lenocinio, hasta entonces autorizadas. Y a causa de esto, y de llamarse Blas Pérez, y de considerársele el Rasputín de la política española, los chistosos de siempre le pusieron por mote Blas-Putín. Fue ministro dieciséis años seguidos.

La estancia a la que llegaron carecía de otros muebles que un reclinatorio forrado en terciopelo rojo y una mesa adosada a aquél, vestida con faldones de lo mismo. Sobre ella, un soberbio crucifijo de marfil —obra maestra de Benvenuto Cellini— y un libro de Evangelios, abierto.

Al fondo de la estancia estaba el Caudillo, de uniforme blanco, pues era verano; solo, y en actitud de firme. Detrás de él, los jefes y segundos jefes de sus Casas Militar y Civil, así como su ayudante, vestido de marino. Los nuevos ministros se situaron perpendicularmente a él, en fila india y por riguroso orden protocolario; de modo que el primero, tras el vicepresidente, era Castiella, titular, desde 1957, de Asuntos Exteriores, y el último, López Rodó, pues su Departamento era ascendido a Ministerio aquel mismo día. Armando Riquer (Comercio) estaba situado exactamente en el centro. Tenía diez ministros delante y otros diez detrás. Echevarrieta Letelier (Agricultura) estaba colocado inmediatamente después de Armando.

Antonio Iturmendi (cuya presencia sorprendió a Echevarrieta, quien no se explicaba qué hacía entre el nuevo Gobierno el ministro dimisionario de Justicia) se situó a un lado del crucifijo. Antonio María Oriol se destacó, llegó a la altura del Jefe del Estado, se detuvo, dio un cuarto de vuelta, inclinó la cabeza, giró de nuevo, prosiguió avanzando, se arrodilló ante el crucifijo, posó la palma de su mano diestra sobre los Evangelios, y escuchó de labios de Iturmendi la fórmula ritual del juramento. Apenas el nuevo ministro hubo dicho el «Sí, juro», Iturmendi concluyó:

—Si así lo hacéis, Dios os lo premie. Y si no, os lo demande.

Acto seguido, Antonio Oriol Urquijo, investido desde ese momento del cargo de notario mayor del Reino, anejo al de ministro de Justicia, ocupó el puesto de su antecesor. Iturmendi dudó un instante qué debía hacer; tras este breve titubeo se acercó al Caudillo, le dio frente, inclinó la cabeza, giró media vuelta, desanduvo los muchos metros que mediaban hasta la puerta de salida, un ordenanza le abrió la puerta, y salió. Echevarrieta juzgó extraordinariamente desairada para el ministro saliente de Justicia esta exigencia del protocolo. ¿No hubiera sido más airoso para él permitirle situarse junto con los jefes de las Casas Civil y Militar mientras proseguía el acto? No fue sólo Echevarrieta quien se hizo esta consideración. El mismo Antonio

Iturmendi, mientras se dirigía hacia la puerta, cruzando la larga fila del nuevo Gobierno, en el que permanecían nueve ministros del Gabinete anterior, llevaba marcada en el rostro la desazón que le produjo cumplir esta exigencia protocolaria. Días más tarde supo Echevarrieta que no se equivocó en su apreciación. Antonio Iturmendi, a solas en su casa con su mujer, sus hijos y su yerno Alfonso Osorio (que sería designado muy pronto subsecretario de Comercio y en un futuro lejano ministro de la Presidencia y vicepresidente del Gobierno), confesó con cierta amargura la humillación que suponía este trance.

El recién designado notario mayor fue tomando uno a uno el juramento a los ministros nuevos. Durante la ceremonia, Franco no movió un músculo del rostro; no parpadeó, no sonrió. Ni siquiera miraba a los ojos de los que inclinaban respetuosamente la cabeza ante él. Su inmovilidad y su inexpresividad resultaban igualmente singulares. Era una estatua viviente.

Solamente al terminar el acto, su rostro se animó y fue dando la mano por orden de protocolo, y sin pronunciar palabra, a los componentes del nuevo Gobierno. La sola excepción de su mutismo se produjo cuando preguntó la causa de su percance a uno de los ministros antiguos, que tenía un pie escayolado.

Tras escucharle, expresó sus deseos de una pronta mejoría y siguió extendiendo su mano a los demás. Saludado el último, el Generalísimo salió de la estancia, acompañado de Muñoz Grandes, y se encerró con él en su despacho. Los ministros no volvieron a verle aquel día. La ceremonia había concluido.

XXII

Donde el nuevo ministro de Agricultura comprueba —y lamenta— el acierto de Armando Riquer al enjuiciar la sagacidad de María Luisa, su secretaria burgalesa

[1965]

Anastasio Fernández y Fernández de Viguri era el hombre más triste y desangelado que cabe imaginar. Ocupaba la jefatura de la Secretaría particular del ministro de Agricultura desde tiempos de Carlos Rein. José María Echevarrieta se hacía cruces al considerar cómo unos hombres tan cabales como Cavestany y Cirilo Cánovas —sus inmediatos antecesores— le habían podido soportar. Vestía de negro desde que murió su mujer, hacía veinte años, y lo malo no era verle, como decía el soneto de Manuel Machado,

siempre de negro hasta los pies vestido,

sino comprobar que, además de en el traje, llevaba luto permanente en el humor y en las uñas.

Cada vez que Echevarrieta quería algo de él, entraba en el despacho del ministro con la cabeza adelantada y caída; no como el toro que va a arrancarse sino como el que va a recibir una estocada y está resignado a la muerte sin defenderse. Tenía un rictus permanente de pudor ofendido y sus labios curvaban las comisuras hacia abajo como si de un momento a otro fuese a echarse a llorar.

José María no lo podía aguantar. Las mecanógrafas a sus órdenes, tampoco, pues todo lo humilde y abatido que se comportaba con sus jefes, era tiránico y despótico con sus subordinadas.

Los primeros días, el volumen de correspondencia felicitando al ministro por su nombramiento era tan extraordinario que Echevarrieta redactó un modelo de

respuesta y ordenó que se contestara con ese texto único a la multitud de parabienes que recibía. Y que se abrieran todos los sobres, incluidos los que dijeran «Personal».

Anastasio Fernández le desobedecía cada vez. Y dejaba un montón de sobres sin abrir, para que esta función la hiciese el ministro por sí mismo.

—¿No le he dicho a usted que me abran todas las cartas?

—Son de mujeres —respondió el secretario con un mohín de reproche.

—Pues ésas las abre usted personalmente. ¡Y alegre esa cara, hombre de Dios, que la vida es bella!

—Si tuviera otra cara —respondió lúgubremente Fernández y Fernández de Viguri— me la pondría.

Al día siguiente volvió a desobedecer las instrucciones recibidas. Entre la correspondencia había un sobre sin abrir.

—¿Por qué me entrega este sobre cerrado? ¿No le he dicho que…?

—¡Está perfumado! —respondió el hombre melancólico, acentuando su rictus de pesadumbre.

—¿Tal vez teme usted envenenarse al olerlo? ¡Hum… qué aroma tan exquisito! Huélalo usted, se lo ruego.

—Si es un ruego, declino, señor ministro. No me gusta hurgar en la vida privada de nadie. Si es una orden, obedeceré.

—No acostumbro a dar órdenes tan estúpidas. Dígame, Fernández, ¿usted no ha sonreído nunca?

—No recuerdo haber tenido razón suficiente para ello.

—Pues retírese, por favor, que yo voy a dedicarme a reír un rato a solas.

José María abrió el sobre alargado, perfumado y azul. La carta decía así:

Monsieur le Ministre:

Al leer en los periódicos los recientes cambios en el Gobierno español, me ha llamado profundamente la atención el nombre de usted. ¿Es realmente el mismo José María Echevarrieta Letelier —me he preguntado— que trabajaba para nuestra firma hace algo más de veinte años? ¿El que durante diez o doce fue importador en España de nuestros productos? Acabo de ojear un periódico español en el que viene su biografía y he comprendido, al fin, que es usted el mismo. ¡Ha progresado usted, amigo mío! Los que le ayudamos en sus primeros pasos nos sentimos muy orgullosos de sus progresos en la vida. Yo sigo residiendo en Foix desde que murió mi esposo. A mi edad sólo se vive de recuerdos. Tengo dos nietos a mi cargo, pues mi hija Colette, desde que se divorció, viaja constantemente. Ahora está en las Bahamas.

Reciba, Monsieur le Ministre, un saludo muy afectuoso y mi felicitación más cordial.

COLETTE, VIUDA D'ORIGNY

No se rió José María, como había prometido a su fúnebre funcionario. Lejos de

esto, quedó largo tiempo pensativo. Su ascenso político, la divulgación de su imagen, la repetición de su nombre en los periódicos, ¿no entrañaría un aumento considerable en los riesgos de ser descubierto? Mientras estaba retirado en la Mancha, la posibilidad de que ocurriera tal cosa era remotísima. Ahora todo había cambiado. Semanas antes, a la salida de la jura en el Palacio de El Pardo, tuvo una inquietante conversación con el ministro del Ejército.

—Acabo de leer —le dijo éste— que estuvo usted a mis órdenes en Huesca, en los años 45 y 46.

—¿Qué grado tenía usted entonces, mi general?

—Comandante. Yo mandaba un batallón de alta montaña del Regimiento «Cazadores de Arapiles número III». ¡Fueron días muy duros aquéllos!

—¡Qué mala memoria la mía! ¡Claro! ¡Usted era nuestro comandante!

—Yo no tenía ocasión de tratar mucho a la tropa, pues las posiciones, medio colgadas de las peñas, estaban muy lejos unas de otras. Al que sí trate mucho y fui a visitar varias veces al hospital fue al alférez Riquer: el que usted salvó.

El antiguo alférez Riquer intentó reconstruir en su memoria los rasgos del comandante y adaptarlos a los del teniente general que le hablaba. Consiguió lo primero; mas lo segundo, no.

Estaban a la puerta del palacio. Los ministros esperaban por turno a que llegaran sus automóviles. Una larga hilera de ellos, todos negros, avanzaba sobre la gravilla hacia la escalinata de entrada. El general le tendió la mano, subió al suyo y se despidieron.

A pesar del primer sobresalto, aquella conversación le tranquilizó. Si él mismo no había reconocido a su antiguo comandante, ¿quién, de aquellos tiempos y después de las transformaciones habidas en su rostro, podría reconocerle a él? No obstante, si esto llegara a producirse… ¡qué escándalo, Dios, en la prensa, en el mundo político, en el Gobierno, en su familia! ¿Qué pasaría con las fábricas, con las fincas? ¿Qué, con Maruja?

Aún tenía entre las manos la carta de Colette, que provocó el recuerdo de su conversación con el ministro del Ejército, cuando sonó el teléfono directo de su despacho. Le sorprendió, porque ese número privado no lo conocían más que Maruja y los Riquer. La voz de María Luisa, la secretaria burgalesa de Armando, sonó angustiada:

—¡Venga en seguida! ¡Don Armando está tendido en el suelo, como muerto! ¡Venga en seguida!

—¿Ha avisado a un médico?

—Sí. A un médico y a usted. ¡Venga en seguida!

Salió precipitadamente. Gritó, más que pidió, en su antesala:

—El coche oficial, ¡pronto!

Y a grandes zancadas bajó las escaleras, sin dar explicaciones a nadie.

En el camino se preguntó si habrían comunicado a Teresa lo ocurrido. Llegó y

penetró en el despacho de Armando. En la antesala se habían reunido varios directores generales y altos funcionarios del Ministerio, todos con aire consternado. Dentro del despacho estaban el subsecretario, María Luisa y el médico, junto con Armando, tendido en el sofá. Su primo estaba lívido, inmóvil, y un hilillo de espuma desbordaba por los labios entreabiertos. El médico le auscultaba el corazón, María Luisa lloraba. El subsecretario, en voz baja, daba órdenes por teléfono. El doctor, al ver a Echevarrieta, murmuró:

—¡Derrame cerebral!

José María se llevó las manos a la cabeza.

—¡Qué desastre!

—He pedido una ambulancia —comentó lacónicamente el médico.

Echevarrieta se volvió a María Luisa.

—¿Ha hablado usted con la señora de Riquer?

—No he tenido valor…

Se dirigió al subsecretario.

—Creo —le dijo— que debería usted informar al vicepresidente del Gobierno.

—Ya lo he hecho.

—¿Tiene pulso, doctor?

—Sí.

—Es muy grave, ¿verdad?

—Muy grave.

—¿Hay esperanzas?

—¿De que sobreviva, se refiere usted?

Movió dubitativo la cabeza.

—Si sobreviviera, ya nunca sería el mismo. Quiero decir que puede vivir… pero en condiciones muy distintas.

María Luisa apagó un sollozo, procuró dominarse.

José María se acercó a ella.

—¿Cómo ha ocurrido?

—Don Armando estaba dictándome. Yo, sentada. Él, de pie. Se paseaba mientras me dictaba y varias veces me hizo repetir lo que acababa de decir… Súbitamente guardó silencio. Me volví hacia él. Tenía la cabeza agarrada entre las manos con expresión de sufrir un dolor insoportable y se desplomó. Inmediatamente llamé al médico y a usted.

—¿Por qué me avisó usted precisamente a mí antes que a nadie?

—Si a usted le hubiera ocurrido algo igual en mi presencia, le habría avisado a él.

¿Por qué María Luisa pronunció estas palabras? ¿Habían sido dichas con una oculta intención? Muy turbado, sin mirarla de frente, se acercó a la puerta.

—Salgo ahora mismo para casa de doña Teresa Riquer.

Vivieron quince días de terribles angustias y vanas esperanzas. Armando recuperó el conocimiento tres o cuatro horas, al quinto día, y logró articular algunas palabras

coherentes; más tarde, cayó en un profundo y definitivo sopor.

Se mantuvo de esta suerte diez días más, ante la consternación de Teresa y el sereno dolor de María Luisa, que alternaba velar al enfermo con atender las visitas que llenaban los pasillos y las salas de espera del sanatorio. Armando falleció a las siete de la mañana de un viernes; una hora antes de la llegada de José María y Maruja, que le visitaban diariamente.

—¡El último de los Riquer! —fueron las palabras acongojadas de José María al ver su cadáver; y rompió a sollozar, ante el asombro de Maruja, que nunca había visto descompuesto a su marido hasta ese extremo, la mirada pasiva de María Luisa, que lloraba ella también, mansa y silenciosamente, y la comprensión de Teresa Riquer, que sabía hasta qué punto fue Armando el motor económico y la palanca de la ascensión política de Echevarrieta Letelier.

Faustino García Moncó[7] fue designado para suceder a Armando en el Ministerio de Comercio. A sus funerales asistió el Gobierno en pleno. La Gran Cruz de Carlos III le fue concedida a título póstumo. A la salida de las honras fúnebres —por recomendación de Teresa y consejo de Maruja—, Echevarrieta buscó a María Luisa (cuyo nombre había aparecido en la esquela mortuoria de Riquer; detalle que la tenía suspensa de gratitud y emoción) y le rogó que, si era posible, fuera a visitarle aquella misma tarde a su despacho en el Ministerio de Agricultura.

Se presentó puntual a la cita. Una vez que se hubo sentado del otro lado de su escritorio, José María abordó la cuestión con un breve preámbulo.

—Usted sabe, María Luisa, la amistad que mi mujer y yo teníamos con don Armando y mantenemos con su viuda. Más que amigos, se diría que estábamos unidos por lazos de sangre. Nos queríamos como hermanos. Esto me autoriza a decirle que me considero continuador, frente a usted, del efecto y la admiración que él le profesaba. En consecuencia…

María Luisa, con gran asombro de Echevarrieta, movió impaciente y enérgicamente la cabeza.

—No siga usted, señor ministro.

—¿Cómo no he de seguir, si ignora lo que voy a decirle?

—Sé perfectamente que va a ofrecerme en su Secretaría el puesto que yo ocupaba en la de don Armando. Y eso no puede ser…

—¿Por qué?

La burgalesa repitió, aunque con mayor insistencia, el ademán de antes. Su cabeza giraba enérgicamente de izquierda a derecha, como si la posibilidad de aceptar se la negara a ella misma y no al ministro de Agricultura. La suya no era una negativa corriente; una invitación a dejarse convencer; era la expresión de algo definitivamente decidido y apoyado en razones poderosas. José María no pudo menos de expresar su sorpresa y callar su disgusto.

—Creo merecer una explicación…

—La merece usted, señor ministro. Pero le robaría demasiado tiempo. Y no tengo

derecho a…

Echevarrieta, los labios crispados —y una cierta tensión interior, como quien advierte la presencia de un peligro—, pulsó un timbre. No tardó en aparecer Fernández de Viguri.

—Fernández: cancéleme todo compromiso que tenga para esta tarde. ¡Y no quiero llamadas telefónicas, ni gentes que crucen esa puerta! ¡Ni siquiera usted!

Fernández, por despecho, se dispuso a cumplir la orden a rajatabla, aunque hubiese un incendio en el edificio.

—¿Está usted satisfecha? —dijo el ministro a María Luisa—. Si merezco una explicación y su único temor es mi falta de tiempo, le diré que tengo libre hasta la madrugada.

No era María Luisa una mujer físicamente agraciada de cuerpo, mas sí de rostro. Era baja, ancha y redonda, e iba fuertemente encorsetada para paliar los excesos de su busto y sus caderas. Los brazos y las piernas eran más cortos de lo normal, y sus manos regordetas, de pequeños dedos, sorprendían por su agilidad en la taquigrafía o la máquina de escribir. Pero tenía una cara plácida, de piel muy blanca, facciones correctas y grandes ojos azules, que contrastaban con la negrura de su pelo. Iba siempre bien vestida y correctísimamente peinada. Adornaba su atuendo con un broche de oro que representaba un búho cuyos ojos eran dos aguamarinas: pequeña y doble coquetería, por el adorno y por el símbolo, ya que el búho convencionalmente representa la inteligencia. Y nada halagaba más a la secretaria que cuando Armando la felicitaba por su clarividencia o su sagacidad. Fue él quien le regaló el broche al cumplir su secretaria cuarenta años.

—Bien, María Luisa, ¿no me dice usted nada? ¿Cuál es la razón que le impide aceptar mi oferta?

La secretaria de Armando respondió muy oscuramente y con no pocos rodeos:

—La aceptaría muy honrada si, al proponérmela, estuviera enterado *de que estoy al tanto de ciertas cosas* que usted, señor ministro, no desea que se conozcan…

Bajó los ojos y se mordió los labios.

—Me resulta muy violento hablar de ello —concluyó.

—Pues bien —dijo secamente Echevarrieta—, ¡violéntese y hable!

—De lo que puede estar seguro es que jamás he declarado ni declararé a nadie los secretos de que soy depositaría —dijo con énfasis.

—Dígame —preguntó José María con voz torpe y anhelante—, ¿le confió don Armando algún secreto relacionado conmigo, que es el que le impide aceptar la jefatura de mi Secretaría?

—No. Don Armando no supo nunca lo que yo sé.

—No entiendo nada de lo que me está diciendo.

—Me ha entendido usted perfectamente, don Tomeu…

—¿Cómo me ha llamado usted?

María Luisa bajó los ojos. La azoraba mirarle cara a cara.

—Le he llamado a usted don Tomeu…

—¿Y eso qué quiere decir? ¿Es un capricho suyo poner mote a las personas?

—Mi sentido del humor es muy limitado, don Tomeu. Yo siento un profundo respeto hacia usted, y le ruego que, a pesar de mi poquedad, me corresponda usted del mismo modo. ¡Usted, señor ministro, es Tomeu Riquer Basols, hijo de don Josep y de doña Enriqueta; ahijado y sobrino de don Bartolomé, el padre de don Armando y, por tanto, primo hermano de éste!

El ministro rompió a reír con grandes carcajadas.

—Pero ¡hija de Dios!… ¿de dónde ha sacado usted esa fantasía? ¿Ha perdido el juicio?

—Lo tengo tan bueno que es precisamente él, mi buen juicio, quien me ha llevado a descubrir la verdad, y no confidencias de nadie…

—Si todo esto no fuera tan deliciosamente grotesco, no tendría otro remedio que enfadarme —replicó Echevarrieta—. ¡Pero no es el caso! Y dígame, María Luisa, ¿hizo usted partícipe de esas ideas a don Armando o a su mujer o al marido de usted?

—A nadie. Ya se lo dije antes.

Ahora fue el ministro de Agricultura quien pasó al ataque.

—Armando siempre tuvo a gala decir que usted era, hacia él, la fidelidad personificada. Si es así… ¿por qué no le denunció sus sospechas, por muy infundadas que fuesen, respecto a mí?

María Luisa enrojeció. Por primera vez hubo un cierto temblor en su voz. Y sus manos se crisparon levemente.

—De decírselo, ¿qué bien le iba en ello? ¿Perder la herencia que usted le regaló en vida cuando los asuntos del Valle de Arán comenzaban a ir viento en popa, gracias a las ingentes sumas invertidas por él? ¿Ponerle en evidencia ante la opinión de los demás, por haber protegido y encumbrado a una persona con nombre falso? ¿Arruinar su carrera política, haciéndole caer en sospecha de haber sido cómplice suyo en esta farsa, de la que involuntariamente, ¡pero evidentemente también!, salió beneficiado? ¡Hay verdades que no deben decirse nunca, si el divulgarlas puede hacer mal a terceros!

Varió el tono, para añadir:

—Además… tengo la evidencia de que usted cometió aquélla superchería o bien movido por una fuerza mayor, o por evitar un daño a otros, o por cualquier razón de carácter moral.

José María posó ambas manos sobre la mesa; se echó hacia atrás en su asiento y la miró fija y largamente a los ojos.

—Todo lo que usted dice es un puro delirio incongruente —dijo con voz calma—. Un hombre público corre continuamente el riesgo de ser calumniado; de que se inventen historias fabulosas acerca de él, que el vulgo ignorante cree a pies juntillas; de que sus actos sean tergiversados o sus palabras mal interpretadas, pero casi siempre por personas de mala fe o, al menos, de una frivolidad y ligereza altamente

presumibles. Yo creo en la buena fe de usted. Y tengo verdadero empeño en saber cómo ha llegado a una conclusión tan sorprendente como la de afirmar que soy el que no soy… ¡y con tanta seguridad como para atreverse a decírmelo a la cara!

—Estoy dispuesta a saciar su curiosidad… con un solo fin.

—¿Puedo saber cuál?

—¡Que no cometa usted más errores!

—Querida María Luisa —exclamó Echevarrieta con cierto aire de buen humor—; si no tuviéramos el ánimo acongojado por la muerte de un hombre al que los dos nos sentíamos profundamente unidos, le diría que éste es un ejercicio apasionante. Tanto, que no saldré de aquí, ni le permitiré salir, mientras no nos hayamos explayado hasta el final.

María Luisa guardó en su memoria estas palabras: «… ni le permitiré salir». ¿Encubrían, por ventura, una amenaza velada?

Con voz tenue preguntó:

—¿Qué quiere usted saber de mí?

—Sus deducciones. Aunque la meta a la que lleguen sea falsa, me interesa conocerlas.

—Sea. Estoy dispuesta.

—¿No le molesta si antes de empezar me sirvo un coñac? ¿Puedo ofrecerle uno a usted?

—Se lo agradezco, señor ministro. ¡Voy a necesitarlo para darme ánimos!

Iba María Luisa a beber un primer sorbo cuando advirtió que el ministro levantaba la copa para brindar.

Era la suya una mirada mucho más penetrante y aguda que la de Armando.

—Por su salud, María Luisa.

—Por la suya, don Tomeu.

Al acercarse para el breve contacto ritual, ambos cristales temblaban ligeramente en manos de quienes los sostenían.

—¡Tiene usted la palabra, María Luisa!

Y extendió hacia ella la mano enguantada con ademán de falsa y humorística solemnidad.

La secretaria bebió un sorbo; depositó la copa sobre la mesa muy cuidadosamente, cual si tuviera miedo de que se derramara una sola gota, mientras su pensamiento se afanaba en ordenar la cronología de sus recuerdos.

—Desde que usted apareció en nuestro mundo, don José, y perdón por darle un nombre que no le corresponde, despertó el interés y la curiosidad de todos. No faltaban razones para ello. El terrible accidente sufrido; el ser compañero del fallecido Tomeu Riquer; su aspecto de momia viviente, su rostro oculto, sus manos abrasadas, las cartas tan precisas y correctas en que dio usted cuenta de la muerte del primo de don Armando, la minuciosidad con que informó a éste de los bienes que heredaba, la sorpresa de descubrir que lo que había bajo las escayolas y las gasas era

un buen mozo, joven y atractivo, la desusada generosidad de su donativo a la Cruz Roja… todo colaboraba a que fuera usted tema constante de conversación entre nosotros: quiero decir entre doña Teresa, don Armando y yo. Digo esto para que usted entienda que una persona se fija más en las que despiertan su atención y perplejidad que no en otras. Y eso es lo que me pasó con usted.

»Cuando don Armando recibió su segunda carta, se preguntó en voz alta «¿Quién será ese tipo?». Y esas palabras se me quedaron grabadas y fueron creciendo y desarrollándose dentro de mí a lo largo del tiempo: ¿Quién, quién, quién será este hombre?

Se detuvo un instante. El modo de mirar a su interlocutor equivalía a una petición de ser perdonada por lo que iba a decir:

—¿Quién será este hombre cuya personalidad está tan en desacuerdo con su circunstancia? ¿Quién será este hombre que, a pesar de la fortuna que está amasando, no hace ostentación de sus riquezas; que habiendo partido de cero no se comporta como un nuevo rico, sino que vive casi franciscanamente en un pueblucho de la Mancha? ¿Quién será ese hombre que no teniendo formación universitaria se lanza inesperadamente en disquisiciones eruditas y lo mismo opina de la arquitectura románica del Alto Pirineo catalán y aragonés, como de la influencia del endecasílabo italiano en la poesía castellana de comienzos del XVI o la música medieval española? ¿Quién será este hombre que siendo como dicen, pues yo no le conocía personalmente, un personaje doblemente atractivo para las mujeres, por sus caudales y por su físico, llega a cuarentón y sigue célibe? ¿Quién es ese hombre que, habiendo vivido y estudiado en Francia hasta cerca de los treinta años, carece de toda influencia francesa, tanto por escrito como de palabra, en su sintaxis, su acento y su vocabulario?

José María la interrumpió, impaciente:

—Llevo dieciséis años viviendo en la tierra de don Quijote ¿y pretende que tenga acento francés?

—Dos semanas llevaba usted viviendo en España —replicó María Luisa— cuando escribió aquellas dos cartas a don Armando, perfectamente construidas y hasta elegantes de estilo, desde el hospital de Manzanares. No. Su personalidad no cuadraba con el hijo del ferretero de Marsella, cuyos únicos estudios eran los de un técnico comercial. ¿Quién era, en fin, ese hombre, me pregunté un día, que, habiendo recibido los favores que ha recibido de don Armando Riquer, que fue el mentor de su prosperidad económica y su encumbramiento político, se niega en redondo a hacer a éste el primer favor que le pide?

—¡Nunca me he negado a nada que Armando me pidiera!

—Él necesitaba hacer un viaje oficial por el sur de Francia y le rogó que le acompañara. Y usted, sin ninguna razón aparente, se negó. ¿Ya lo ha olvidado? Él insistió, porque no dominaba bien el francés, y pensó que su compañía le sería de gran utilidad. Le sugirió que, de paso, visitaran juntos las fábricas de abono francesas

que les suministraban sus productos. Y usted se negó. Ésta era, tal vez, la mayor de las muchas contradicciones que he citado. ¿Por qué no representaba para usted una gran satisfacción volver a saludar, a abrazar, a los muchos amigos y conocidos de la infancia y de la juventud que sin duda Echevarrieta Letelier tendría por aquellas tierras? La respuesta me vino fulminante. ¡Porque usted no era Echevarrieta Letelier! Porque no había vivido nunca en Francia, ni sus estudios eran los que usted afirmaba. ¡Todas mis antiguas perplejidades me vinieron de pronto a la memoria! Usted no se comportaba como un nuevo rico, porque no era un nuevo rico; es decir, no era Echevarrieta. Usted poseía cultura humanística porque no era técnico comercial; es decir, no era Echevarrieta. Usted no podía viajar a Francia por el temor de no ser reconocido como el que decía; es decir, por no ser Echevarrieta. Usted era un hombre con la personalidad cambiada, y, por eso, vivía escondido en una aldea, donde el riesgo de ser descubierto era harto menor que no en la gran ciudad llena de forasteros.

»¡Lo que yo no pude entonces imaginar era que usted fuera Tomeu Riquer! ¡Estando tan cerca de la verdad, tenía una losa sobre los ojos!

—Debía usted cambiar de profesión, María Luisa —bromeó el ministro—. Es usted una gran urdidora de cuentos de suspenso y de misterio. ¡Estoy seguro de Hitchcock estaría encantado en contratarla para sus colecciones de cuentos!

María Luisa prosiguió:

—¡Hasta que un día le conocí!

—¿Y qué observó usted en mí que le llamara la atención?

—Nada especial. Quiero decir nada delator. Me fijé en su mano enguantada, en su exquisita educación, en su aspecto señorial… y en su acento: un leve acento catalán. Pero no sospeché nada.

—¡Hasta que de pronto —satirizó José María— me reconoció usted por mi parecido con Armando! ¿No es eso?

—¡No trivialice usted la situación, don Tomeu…!

—¿Cómo no voy a trivializarla si se empeña usted en darme un nombre que no es el mío? Entre trivializarla o encolerizarme, me quedo con lo primero.

—Si prefiere usted que no hablemos más del asunto…

—De ningún modo. Ya le dije antes que no saldría usted de aquí sin haber llegado hasta el final.

—El final es demasiado sencillo. Pocos días después usted mismo me dio la clave.

—¿Que yo le di la clave del misterio? ¡El relato está al rojo vivo! Prosiga usted, por favor, prosiga…

—Don Armando era entonces director del Banco de Crédito Agrícola. Le concedieron la Gran Cruz del Mérito Civil y los funcionarios del Banco le regalamos la insignia y ofrecimos una pequeña recepción en su honor. Usted se encontraba en Madrid y asistió. ¿Lo recuerda?

—Perfectamente. No padezco amnesia.

—Y tuvo usted la deferencia de brindar conmigo.

—Así es; brindé con usted.

—¿No recuerda usted lo que me dijo?

—Creo que estuvimos hablando de sus hijos.

—Antes de eso le pregunté por la recepción en el Palacio de Viana de la víspera, a la que don Armando también asistió invitado por el señor ministro de Asuntos Exteriores, y usted comentó: «Espero que en muchos días no tenga que enfundarme, de nuevo, la casaca».

—En efecto. Y ahora que me habla de ello, recuerdo que me miró usted… no sé si sorprendida u ofendida, como si hubiese interpretado lo que acababa de decir como una frase obscena o algo con doble sentido y de dudoso gusto. Lo que yo quise expresar es que me disgusta vestirme de etiqueta, y aquella recepción fue de frac y condecoraciones.

—Así lo entendí. Poco después, al saber que no había usted traído su automóvil, y sabiendo que don Armando tardaría en usar el suyo, yo me tomé la libertad de ofrecerle el coche de mi jefe para que le llevara a su casa. ¿Recuerda lo que me respondió?

—Le dije que prefería estirar las piernas y volver a pie.

—No exactamente. Las palabras que usted empleó fueron éstas: «Prefiero ir un pie tras otro». ¡Me quedé de una pieza al oírle!

—¿De una pieza? ¿Por qué?

—No era una certeza… todavía. Era un pensamiento que me rondaba como un insecto molesto al que se quiere espantar y vuelve una y otra vez con insufrible tenacidad…

»«¿Sería posible que…? No. No era posible», me decía yo. Y el bichejo volvía. «Analízalo bien. Todo cuadra. Todo coincide. ¿La erudición de Echevarrieta? ¡Tomeu Riquer era doctor en Filosofía y Letras! ¿El señorío del hijo del ferretero? Tomeu Riquer no era lo que se dice un nuevo rico. ¿El aislamiento en la aldea? No regresó de ella sino cuando el tiempo transcurrido sin ser descubierto le animó a pensar que ya no lo sería nunca. ¿El mutuo atractivo entre el hijo del emigrante y el político español? Eran los últimos vástagos de la misma sangre… ¿El leve acento catalán? Tomeu Riquer vivió toda su vida en el Valle de Arán». ¡Todo cuadraba!

—Parece usted algo excitada, María Luisa…

—¿Cómo no estarlo? ¡Todo cuadraba! Y a partir de entonces no he tenido más que comprobaciones y más comprobaciones.

—Voy a pensar —dijo calmosamente José María— que no está usted del todo equilibrada, y perdón por decirlo. ¿Pretende usted insinuar que todo cuadraba porque yo prefería volver a mi casa andando y no en coche?

—¡No he dicho tal cosa! Todo cuadraba porque acababa de descubrir que usted era Tomeu Riquer Basols. Y lo descubrí no por el capricho de utilizar uno u otro medio de locomoción, sino por la manera de expresar su deseo. Aparte de eso, señor

ministro, le confesaré, y pido disculpas por ello, que le tendí una trampa.

—¿Que usted me tendió una trampa? ¡Esto sí que es formidable! ¡Le juro que nunca he mantenido una conversación tan alucinante! —exclamó el ministro entre grandes risas—. ¿Y caí en ella?

—¡Como un párvulo, señor ministro, como un párvulo! Empecé por hablarle de mis hijos con la sola intención de enseñarle unas fotografías de los más pequeños. Así lo hice. Usted las contempló y dijo una frase de pura cortesía: «¡Qué pocholos!».

—Bien. ¿Y qué?

—Todas las familias —comenzó María Luisa— usan de unas fórmulas preferidas para expresar las mismas cosas: palabras más o menos insólitas, frases hechas, modos de decir muy peculiares, que los chicos aprendieron de sus padres y transmitieron a sus hijos. Para ellos son tan familiares que las usan automáticamente sin darse cuenta de que son «distintas» a las usadas por otros. Don Armando, cuando debía vestirse de gala, decía invariablemente que «tenía que enfundarse la casaca»; cuando dudaba de la inteligencia de una persona decía: «ése es más simple que un hilo de uvas»; cuando quería ir caminando a su casa y no en el coche oficial decía: «prefiero ir un pie tras otro». Y a mis hijos, cuando le invitábamos a un bautizo o una primera comunión, no les decía que eran «guapos», «salados» o «simpáticos», sino que eran «pocholos».

—¡Todas esas «maneras de decir» son vulgarísimas, María Luisa! ¡Todo el mundo las emplea!

—Celebro que usted lo considere así. Son vulgarísimas para *usted* porque las oyó de niño centenares de veces a su padre; como don Armando al suyo; como éstos al abuelo común de ustedes dos. Yo le aseguro —prosiguió María Luisa— que mi padre no dijo en su vida de nadie que era «más simple que un hilo de uvas», aunque dijo de muchos que eran «más brutos que un arado», y nunca anduvo «un pie tras otro», sino «caminando que es gerundio». Y el antecesor de su primo en el Gobierno Civil de Burgos, a quien molestaba muchísimo tener que vestirse de etiqueta, decía simplemente: «mañana de frac» o «mañana de chaqué», y soltaba una palabra gruesa, pero ¡nunca se «enfundó la casaca»! La coincidencia en el uso repetido de estas fórmulas de hablar entre don Armando y usted me pareció absolutamente asombrosa, lo mismo que el decir «lo juro», para dar una entonación humorística a una frase o el uso repetido de la palabra «alucinante». Cuando usted dijo hace un momento: «… le juro que nunca he mantenido una conversación tan alucinante…», no pude menos de sonreírme, porque don Armando, cuando fue ministro de Hacienda, dijo esa frase igual —¡igual!— a un loco que vino a proponerle que las monedas españolas volvieran a ser los ducados, los escudos y los maravedíes.

José María Echevarrieta escuchó esta larga parrafada de labios de María Luisa sin interrumpirla una sola vez, sin sonreír y sin pestañear. Cruzó los brazos sobre el pecho y dijo con severidad:

—Supongo que será usted consciente de la extrema gravedad de cuanto está sugiriendo.

—Por ser consciente de ello no he hablado jamás con nadie de mis deducciones. Pero además de las razones que le di hay otras. A lo largo de estos años que han mediado entre las dudas y la certeza, ha ido usted ganando mi simpatía, mi admiración y mi respeto. No sólo quise evitar un daño a don Armando. ¡También quise evitárselo a usted!

José María se puso lentamente en pie; dio unos pasos dubitativos por la habitación; se acercó al mueble-bar.

—¿Le sirvo otro coñac, María Luisa?

—Sí, por favor.

Se lo sirvió, y ella, al recibirlo, comentó con aire inocente:

—No irá usted a envenenarme…

Él retiró la copa de su mano, le dio la suya propia y se bebió de un golpe la que estaba a ella destinada.

—Si un político nacional tuviera que envenenar a cuantos le inventan historias, disminuiría alarmantemente la población española —comentó—. ¡Bien, María Luisa —añadió recobrando el aire jocoso—, quiero conocer el final del cuento!

—Apenas concluyó la minirecepción en el banco, me encerré con don Armando en su despacho. Me recriminó varias veces por considerar que estaba distraída. Me disculpé poniendo como pretexto las copas de champaña. Lo cierto es que mi pensamiento vagaba muy lejos. «¡Es imposible, es imposible!», me decía a mí misma. ¡Mas he aquí que, tal como sucedieron los hechos, no era imposible que Tomeu Riquer hubiera suplantado a Echevarrieta Letelier! Nadie pudo comprobar que las huellas digitales del muerto, en aquel terrible accidente de Manzanares, coincidieran con las de la documentación de Tomeu Riquer, ni con las de Echevarrieta, pues sus manos quedaron cercenadas en el accidente que le costó la vida. En cuanto a usted, no pudieron tomárselas en aquel momento por tenerlas destrozadas por las quemaduras. Y cuando hubieran podido hacerlo, ya había sido amputada una de sus manos y reconstruidos los dedos de la otra por la cirugía. Intentaba hurgar en las motivaciones. Y no conseguí llegar a una conclusión lúcida. Consideré la posibilidad de un beneficio económico fraudulento. Y la deseché.

—Ese razonamiento quisiera conocerlo a fondo. Olvídese de mí y de mi identidad, sea ésta falsa o verdadera. Hablemos de Tomeu Riquer y de José María Echevarrieta como si fuesen dos extraños. ¿Por qué desecha usted la posibilidad de que el que usted supone ser Tomeu Riquer Basols quisiese beneficiarse fraudulentamente del «otro»? No olvide que yo me he hecho rico con los beneficios de una empresa en la que Tomeu Riquer era minoritario y Echevarrieta gran mayoritario. De haberse trocado las personalidades se hubiese trocado en la misma medida la proporción social, ¡con gran beneficio para el usurpador!

—No es exactamente así —respondió María Luisa muy lentamente, y pensando profundamente en ello mientras hablaba—. Aquella sociedad no había iniciado sus actividades. Y lo mismo podía triunfar que fracasar. La composición de lugar que me

hago es ésta: si don Tomeu Riquer, actuando bajo el falso nombre de Echevarrieta, hace a la Cruz Roja un donativo tan desproporcionado, significa que su cambio de personalidad no ha tenido como objeto beneficiarse económicamente. Sino que este beneficio ha sido *una consecuencia no buscada*. Y como el tal beneficio le repugna, pues no era «robar» lo que él pretendía al quedarse con la personalidad de otro, lo dona íntegro a una institución benéfica.

—Lo que quiere decir —concluyó triunfalmente el ministro— que no encuentra usted motivación alguna para el cambio de personalidad. Y, en efecto, no la hay, por la tajante razón de que no hubo jamás, salvo en su fantasía, cambio de personalidades.

María Luisa dio un pequeño sorbo a la copa de coñac. Después otro. Secóse los labios con su pañuelito. Y dijo misteriosamente:

—Ya le dije antes, don Tomeu…

—¡Y dale con lo de «don Tomeu»!

—Ya le dije antes que a partir de la revelación de la verdad no he tenido más que comprobaciones, comprobaciones y más comprobaciones.

—¿Tantas son?

María Luisa miró al techo como si allí estuviesen escritas.

—Son cuatro —dijo, exhibiendo ante el ministro otros tantos dedos.

—Veamos la primera.

—Aquella última tarde en el Banco de Crédito Agrícola —prosiguió María Luisa — el pobre don Armando, que en paz descanse, volvió a decirme: «Sigue usted distraída, María Luisa…». Por disculparme, busqué un pretexto que consideré un tanto estúpido y que después resultó no serlo tanto. «Estaba pensando —le dije al señor Riquer— que no me ha confirmado cuántos billetes son en definitiva los que quiere que le reserve para la prevista excursión al Valle de Arán». «Sólo dos —me respondió—. Doña Maruja y don José María han desistido a última hora». Y añadió: «¡Siempre que he querido enseñar a los Echevarrieta mis instalaciones deportivas en el Valle, algo ha surgido en el último momento que les ha impedido venir!». «Está clarísimo —pensé para mis adentros—. Si el falso señor Echevarrieta hubiera adquirido la identidad de un Pérez cualquiera, le bastaba no querer ir a Francia — como antes dije— para no ser desenmascarado. *Pero si su verdadera personalidad es la que yo sé, jamás irá al Valle de Aran para no ser reconocido*». Ésta es la primera confirmación de que le hablaba. ¿Le parece sólida, don Tomeu? ¿Sería usted capaz de invitarme con mis hijos a pescar truchas en el lago San Mauricio, recoger frambuesas en los bosques que rodean el puerto de la Bonaigua y pasar la noche en el hostal de Viella? Aunque soy «económicamente débil», como ahora se dice, mis ahorros no sufrirían una merma demasiado grave si soy yo quien le invito, con su señora, a hacer ese viaje. ¿Aceptaría usted esa invitación?

—Depende de las fechas.

—¡Escoja usted una!

—Adelante, María Luisa. La escucho —añadió Echevarrieta, eludiendo responder.

—Cuando el pobre don Armando murió, la tristeza era bien patente en los rostros de cuantos rodeaban su cadáver. Las lágrimas estaban presentes en muchos ojos. Pero a ningún miembro del Gobierno se le ocurrió decir. «¡Ha muerto el último de los Riquer!». Aquellas palabras, don Tomeu, no fueron sólo una expresión de dolor, sino una delación. Porque usted, al cambiar su nombre por el de su socio Echevarrieta, había privado de toda posible continuidad al apellido de sus mayores.

—¡Hay miles de Riquer en España!

—Pero no de su rama.

—Pasemos a la tercera comprobación.

—Es de hoy mismo: la ansiedad, casi el terror con que me ha preguntado usted por tres veces si llegué a comunicar mis «absurdas sospechas» a don Armando, a doña Teresa o a mi marido. La cuarta confirmación, don Tomeu, la estamos viviendo ahora, mientras hablamos. ¿Es lógico imaginar que una persona tan agobiada de trabajo haya permanecido seis largas horas escuchando lo que usted ha llamado «fábulas», «novelerías», «dislates», «cuentos», «historias que inventan a los hombres públicos» y, por último, «relato delirante»? ¡No, señor ministro! ¡Eso no se tiene de pie! Si hubieran sido fábulas, novelerías, cuentos y otras nimiedades parecidas, usted hubiera optado por reírse o mandarme callar. Y caso de insistir, hubiera rogado a ese entierro de tercera que es el jefe de su Secretaría que me pusiera de patitas en la calle. Pero ni me hubiera escuchado durante tanto tiempo, ¡y con tanta atención!, ni se hubiera molestado en rebatir con no poco ardor mis «fantasías».

El ministro de Agricultura ya no se chanceaba. Estaba algo pálido y unas rayas violáceas se habían abierto bajo sus ojos. Habló lentamente.

—La historia está muy bien urdida. Es como uno de esos juegos de palabras que pueden leerse de adelante hacia atrás o de atrás hacia adelante y forman frases congruentes, pero de opuesto significado… No obstante, su versión tiene dos fallos graves. Primero: ¿qué interés podría tener Tomeu Riquer, hombre de apellido ilustre, de larga tradición familiar y de buena, aunque mermada, posición económica, en convertirse en un hombre de origen modestísimo como yo, hijo de un emigrante vasco y, en aquel entonces, sin fortuna? Segundo: ¿cómo hubiera podido técnicamente falsear su personalidad ante el juez de instrucción y en las declaraciones ante la policía? ¿Cómo, en fin, hacerse con la documentación del muerto cuando todos sus enseres personales fueron precintados y remitidos al juzgado de Viella, de donde Tomeu Riquer era natural? Y antes de que tal documentación fuese enviada, ¿cómo, en fin, hubiera podido canjearla por la suya propia estando escayolado hasta el cuello, con cinco huesos rotos y sin poder usar las manos?

María Luisa cruzó un brazo sobre el otro.

—No puedo responder a eso. Ni podré saberlo nunca, salvo que usted me lo diga. Del mismo modo que usted no podrá responderme por qué ha rechazado formar parte

de la Comisión Internacional que ha de crear en la ciudad francesa de Foix un Instituto Internacional del Vino… ¡que no será inaugurado hasta dentro de cuatro años! ¡Don Armando estaba sorprendidísimo y hasta algo irritado por su obstinación en no asistir!

—Siempre le dije a Armando que España y Francia son compradoras y vendedoras recíprocas de infinidad de caldos. Y que en el caso específico de España, a quien le correspondía participar en la organización de este futuro Instituto Internacional era a él, como ministro de Comercio.

María Luisa no hubiera querido parecer insolente. Pero, puesta a escoger, prefería esta eventualidad a parecer tonta. En consecuencia, respondió con sorna:

—Y ahora que el ministro de Comercio ha muerto, ¿quién consideraría la persona más adecuada? ¿El ministro de Marina? ¿El ministro de la Vivienda?

—Estoy un poco cansado, María Luisa. Nunca imaginé que el hecho de ofrecerle un puesto de responsabilidad en mi Secretaría iba a suponer un resultado tan inesperado… y tan contrario a mis buenos propósitos hacia usted.

Se levantó de su asiento para dar a entender que la entrevista había terminado. ¿Era aquella mujer su enemiga o su aliada?

Como si respondiera a esta pregunta no expresada, María Luisa murmuró al despedirse:

—No se olvide nunca, don Tomeu, que siempre le seré leal.

—Si es así, no vuelva a llamarme de ese modo. Emplee la fórmula de «señor ministro» o de «don José María». Y vuelva, por favor, mañana a las nueve para ponerla al tanto de los asuntos del despacho.

—¿De modo que mantiene usted su oferta, a pesar de…?

—Prefiero tenerla cerca que lejos —murmuró con aire derrotado—. Hasta mañana, María Luisa.

—Hasta mañana, señor ministro.

Fernández de Viguri los contempló, al salir, con aire de condenación. No podía dudar que aquel largo encierro tenía una razón altamente reprobable. Y que entre aquellas severas paredes se había celebrado una bacanal.

XXIII

Transcurren cuatro años triunfales y el autor aclara que no se detiene por capricho en relatar minucias, cual es el caso de las virtudes afrodisíacas de los colchones de agua

[1965-1969]

José María penetró silenciosamente en el estudio donde Maruja pintaba.

—¿Eres tú? —le preguntó ella, sin volverse.

—No quiero distraerte —respondió Echevarrieta—. Olvídate que estoy aquí.

Maruja, abstraída en su obra, no respondió. El estudio era un desván, cuyo tejado primitivo había sido sustituido por una gran cristalera, por donde entraba la luz a raudales. Un barullo de cuerdas —más complicadas que los cabos de un velero y que sólo ella sabía manejar— movía un juego de cortinas, para que la luz entrara de plano, tamizada o sesgada, según las posiciones.

Vestía una bata que en un tiempo lejano fue blanca y flexible; y que hoy día podría tenerse en pie, tal era la mugre de pinturas, aceites y barnices que la impregnaban. Llevaba un turbante al estilo de las negras cubanas sobre la cabeza; mantenía en la mano izquierda la paleta de madera con los gusanillos multicolores extraídos de los tubos de pintura —unos en su tono original y muchos otros mezclados—, y en la diestra, un pincel alzado, dubitativo e inmóvil. Entre los dientes sostenía —como los corsarios su cuchillo— tres pinceles más.

Al fin rozó la tela y trazó una especie de coma, como una gota de lluvia.

Maruja cuidaba mucho sus lienzos. Para un tipo de pinturas las adquiría de lino, para otras —cuando utilizaba la espátula—, de cáñamo. A veces preparaba la tela con cola de pescado; otras, con cola de conejo; y cuando quería que el lienzo estuviese más «amable» —eufemismo que a José María le parecía divino aplicado a una materia inerte— añadía a la cola aguarrás y miel.

—Te preguntarás qué es lo que estoy haciendo, ¿verdad?

—No me hables. No me digas nada. No quiero distraerte.

José María encendió un cigarrillo. Hubiera podido quedarse abajo, leyendo los

periódicos y ordenando papeles, pero estaba inquieto. La presencia de Maruja, aun guardando silencio, le tranquilizaba, le devolvía la paz.

¿Qué estaría pintando? No entendía nada de lo que significaban aquellos trazos todavía sin sentido. Estaba preciosa con su turbante y su bata manchada, y ese aire suspenso, inspirado, creador…

¿Llegaría Maruja, del mismo modo que María Luisa, a conocer toda la verdad? ¿Existirían otras personas, además de la antigua secretaria de Armando, que se hubiesen planteado las mismas consideraciones que ella; que hubieran sentido idénticos resquemores, semejantes dudas acerca de su verdadera personalidad?

José María era consciente de los recelos que, en los primeros tiempos, experimentó Teresa Riquer hacia él. Pero le constaba que eran de otro orden. Las dudas respecto a aquel Echevarrieta Letelier de la cara vendada eran de otra calaña. Se trataba de saber si era un aventurero o un hombre de bien; «un pillo —como dijo Teresa— o un caballero». Pero nadie se había planteado la sospecha de que este hombre fuese Tomeu Riquer Basols. Nadie, salvo María Luisa. Para el resto, Tomeu era el muerto; Echevarrieta Letelier, el superviviente.

Repasó en su memoria, uno por uno, los seres a quienes trató, las personas con las que mantuvo relación aquellos días. El juez de instrucción, los policías que hicieron el atestado, el director del hospital, su médico de cabecera, Leonor, Basilio Chamorro, Teresa y Armando… y, por último, el especialista en cirugía estética, doctor Vilar Sancho, quien tuvo que certificar, para la obtención de su nueva documentación, acerca del trasplante de piel realizado en sus manos.

«Sin huellas dactilares», decía su documentación. La solicitud para obtener su carnet de identidad tuvo que ir unida a dos certificados médicos (el del director del Hospital de la Santa Cruz de Manzanares y el del cirujano de Madrid), así como a una copia del atestado, instruido por el juez de la ciudad manchega.

Todos sus papeles estaban en regla. ¡Él era oficialmente José María Echevarrieta Letelier! El único con derecho a reclamar sería el verdadero Echevarrieta. Para ello tendría que alzarse desde la tumba. ¡Y Lázaro… no hubo más que uno!

—No entiendes nada de lo que estoy haciendo, ¡confiésalo! —dijo Maruja.

—¡Lo confieso! —respondió José María.

—Es un intento algo absurdo… Pensarás que estoy algo loca. Quiero pintar el viento…

Se volvió hacia su marido y le miró muy sorprendida.

—¿Te ocurre algo? ¿Estás enfermo?

—No, ¿por qué?

—Tienes mala cara.

—Estoy algo cansado. Eso es todo…

Maruja, de espaldas a él, dio unos toques más a la tela. Tan pronto era un puro roce de pincel, como un trazo violento y firme. Había iniciado su trabajo manchando el lienzo de un azul grisáceo liso y mate. Y era sobre este fondo donde pretendía

representar el viento.

Dejó los pinceles boca abajo en un tarro lleno de un líquido maloliente y se acercó a su marido.

José María extendió los brazos hacia ella.

—No puedo abrazarte, mi amor —se disculpó Maruja—. Estoy llena de mugre y echaría a perder tu traje nuevo.

No sorprendió a José María el gesto abrumado, de profunda tristeza e infinito desconsuelo, de Anastasio Fernández cuando se le comunicó que iba a ser trasladado de la Secretaría del ministro a la del subsecretario, porque hubiera adoptado la misma actitud caso de habérsele concedido la Gran Cruz de Isabel la Católica.

Despedirle y sentirse José María repentinamente eufórico fue todo uno. Apenas hubo salido, hizo pasar a María Luisa. ¡Ah, qué bendición ver esta cara tranquila, iluminada siempre de una sonrisa y una mirada calma e inteligente, en lugar de esa encarnación de la amargura llamada Fernández y Fernández de Viguri, con su eterno rictus de llorón!

—El señor subsecretario tiene urgencia de hablar con usted; el gobernador civil de Badajoz pregunta que a qué hora le viene mejor que le telefonee; don Vicente Giner le informa desde Valencia que el Tribunal de Aguas quiere rendirle una visita puramente protocolaria y el notario, don Alejandro Bérgamo, le comunica por carta que en el testamento otorgado por don Armando éste le designa a usted contador-partidor, y al abogado don José María Ruiz Gallardón, albacea testamentario. Estoy segura que doña Teresa se pondrá muy contenta al saberlo. Hay alguna correspondencia importante.

Al concluir el despacho, José María comentó:

—Esta tarde, María Luisa, voy a confesarme.

La secretaria le miró perpleja.

—¿Debo entender que llegará usted más tarde o que saldrá más temprano?

—Ni una cosa ni otra. Me confesaré aquí.

María Luisa comentó riendo:

—Don Armando, a veces, cuando estaba muy ocupado, citaba en su despacho al peluquero… ¡pero no a su confesor! Ésta es una experiencia nueva para mí.

José María replicó:

—No es con un cura con quien voy a confesarme, sino con usted.

—Entonces rectifico, señor ministro. ¡Esa experiencia ya la he tenido con todos mis jefes!

Y, en efecto, se confesó con ella. Le contó la verdad. Cómo el trastrueque de personalidades fue inicialmente involuntario; cómo descubrió la estafa de que era víctima; cómo y por qué deseaba apartarse de su vida anterior, en la que estaba atrapado como en un cepo; cómo decidió, al fin, no deshacer el error de los médicos,

del juzgado y de la policía.

Las deudas y el medio de eludirlas le habían lanzado a aceptar el negocio de importaciones, urdido a medias por Echevarrieta y *madame* Origny; pero este negocio le ataba irremisiblemente a unos amores que le envilecían. Él no se había unido a aquella mujer con la intención de ser su protegido. Se había encontrado en esa situación de un modo imprevisto, impensado. Si rompía con ella, perdía la representación francesa; si perdía esta representación, no podría nunca pagar sus deudas al marido de una amante de la que deseaba liberarse. Era necesario desaparecer. Y he aquí que se produjo la ocasión perfecta para desatar los lazos innobles que le unían con aquella mujer disoluta y caprichosa.

—Nunca he tenido escrúpulos por el aspecto económico de la simulación —confesó José María—. Porque la representación francesa me fue concedida a mí; el permiso de importación fui yo quien lo solicité y yo quien lo obtuve. Por último, quien organizó el negocio y lo llevó adelante fui sólo yo. Ahora bien: a veces me consume el remordimiento por otras razones.

María Luisa no le interrumpió una sola vez. Le escuchaba con gran atención, prendida de sus palabras, queriendo llegar a los aspectos desconocidos para ella.

—¿Cómo imaginar yo entonces —continuó el ministro— que iba a llegar adonde he llegado? Yo no pedía más a la vida que huir de aquella mujer; deshacer los lazos que me unían a ella; desaparecer de su vista. Más tarde, la amistad con Armando, la confianza que depositaba en mí, me impulsaban a decirle la verdad: «Yo soy tu primo, el ahijado de tu padre, el mismo a quien tú miras con tanta curiosidad en esa fotografía familiar que te envié y que fue tomada el día de mi bautizo». Posteriormente, Maruja… ¡Cuántas veces he estado tentado de confesar la verdad y decir que lo único cierto es mi amor por ella! ¡Ahora, la política!

—Hay verdades que no deben decirse nunca —interrumpió María Luisa—. De ser conocida «su verdad»… ¿a quién beneficiaría? ¡El daño, en cambio, sería irreparable!

Movió sus dedos regordetes tamborileando sobre la mesa.

—Don Tomeu…, y hoy empleo este nombre por última vez, ¡no confiese nunca a nadie la verdad! Lo contrario sería un escándalo gratuito de consecuencias incalculables para su familia, para usted mismo, para el buen nombre de su apellido. Y con una resonancia política que no merecen quienes le han encumbrado por tener fe en usted. ¡Hay verdades que no deben decirse nunca!

Echevarrieta entró eufórico en su casa.

—¿Dónde está la señora?

—En el estudio.

Maruja bajó precipitadamente sin su bata de pintora, que era, a efectos de toda efusión, el equivalente a un cinturón de castidad, y le abrazó.

—¿Cómo te ha ido la mañana?

—Feliz. Me he quitado de encima al pelmazo de Fernández y he despachado por primera vez con María Luisa. ¡Qué mujer tan extraordinaria! ¿Y tu «viento»? ¿Has conseguido pintarlo?

—No me está resultando fácil. Acabo de descubrir que es informe e incoloro.

—¡Gran descubrimiento!

—No te burles de mí. Te aseguro que lo conseguiré.

Aquellos años fueron tan duros para Echevarrieta por el volumen de su trabajo, como brillantes y satisfactorios por los resultados obtenidos. España atravesaba una era de expansión sin precedentes. Las autopistas se multiplicaban, se abrían nuevas líneas férreas, se canalizaban los ríos, se trasvasaba el agua por medio de grandes canalizaciones a zonas ayer desérticas y hoy ubérrimas y se crearon gigantescos embalses, hasta el punto —según gráfica frase del escritor y diplomático Fernández de la Mora— que el perímetro de nuestras costas artificiales interiores llegó a rebasar al de las marítimas.

El apodo de «ministro de la eficacia», como se denominaba a Federico Silva Muñoz, al frente del Departamento de Obras Públicas, hubiera podido aplicarse igualmente a muchos de sus colegas de Gabinete y a sus sucesores. Una inteligente propaganda exterior del clima, belleza, monumentos, playas y costumbres españolas, sumada a una política de créditos y una iniciativa confiada y alentada por el Estado (que permitió erigir millares de hoteles en nuestras costas y ciudades), consiguió convertir a España del último país turístico de Europa en el primero del mundo. Vetustos edificios abandonados, joyas de la arquitectura plateresca o renacentista, como San Marcos de León, el hostal de los Reyes Católicos de Santiago de Compostela, el palacio-fortaleza amurallado del conde de Gondomar en Bayona, de Galicia, el castillo de Ciudad Rodrigo, en la frontera portuguesa, y otros muchos desde el Pirineo a los Picos de Europa —iniciativa de Manuel Fraga— embellecieron y dieron lustre y atrajeron el turismo (tradicionalmente limitado a las Baleares, Costa Brava y Costa del Sol) a todos los rincones de la geografía nacional. El Plan de Desarrollo (López Rodó), coordinado con el Ministerio de Industria (López Bravo, primero; López de Letona, más tarde), permitió la creación de polos industriales en zonas que carecían de otra riqueza que agricultura de secano, saltando España de ser un país subdesarrollado a ser la undécima potencia industrial del mundo. La eclosión turística, la liberalización de la prensa, el talante europeísta de los ministros, la revitalización de la Bolsa, las inversiones extranjeras, crearon un clima de gran confianza interior al que colaboró de modo importantísimo la promulgación de la Ley Orgánica del Estado, votada en un clamoroso referéndum, en diciembre de 1966, cuando Echevarrieta Letelier llevaba un año y pocos meses más formando parte del Gobierno.

Esta ley equivalía a un verdadero texto constitucional y fue acogida por la gran mayoría del país con aplausos y grandes márgenes de esperanza. La vieja aspiración de transformar paulatinamente el Régimen en un Estado de Derecho —tema del que Echevarrieta oyó hablar por primera vez a Laureano López Rodó y por cuya consecución tanto había luchado Armando Riquer— era ya una meta conquistada.

Gonzalo Fernández de la Mora —que sería ministro unos años después— escribió que la Ley Orgánica era «la única constitución original de nuestra edad contemporánea, la única pensada para las estructuras económico-sociales de España y la única libre de mimetismos y utopismos».

En 1967 murió el general Muñoz Grandes, que ocupaba la Vicepresidencia del Gobierno desde 1962. Con gran insistencia circuló el rumor de que sería sustituido por un civil. ¿Tal vez Castiella? ¿Acaso Iturmendi, que ocupaba a la sazón la Presidencia de las Cortes? No faltó quien dijera que sería designado Blas Pérez, cuya resurrección política no dejaría de ser inesperada, ya que había dejado de ser ministro una década atrás. Nada de esto acaeció. El nombramiento recayó en el sosias mental de Franco: su más antiguo y más próximo colaborador: el vicealmirante Carrero Blanco, designado *in pectore* por el Caudillo para ser un día el albacea testamentario del Régimen. Su heredero histórico. El continuador del Sistema.

Todo colaboraba a alentar un clima de confianza y optimismo. Por primera vez una empresa española[8] obtenía unas concesiones para la explotación y prospección de petróleo en el emirato de Kuwait; se construía la primera refinería de oro líquido en Puertollano, abandonando la costosa aventura de extraerlo de nuestras pintorescas pizarras bituminosas; refinería que muy pronto dejaría de ser la primera, por la erección de otras varias en puntos claves de la Península; aparecía, por primera vez en España, petróleo en Ayoluengo, provincia de Burgos; se aprobaba la tan deseada Ley de Prensa, que varió radicalmente la situación que tanto humillaba e irritaba al joven periodista que Echevarrieta conoció en la finca de Trías; Madrid volvía a ser una ciudad habitable, gracias a los continuos aciertos de su nuevo alcalde, Carlos Arias Navarro, y España —tras unas espinosas, acres y tirantes conversaciones con el Reino Unido sobre el tema de Gibraltar— logra un llamativo triunfo en las Naciones Unidas, gracias a la seriedad y profundidad del planteamiento de Castiella, y la habilidad y dignidad dialécticas de nuestro embajador en las Naciones Unidas, Jaime Piniés.

Se vivían días de euforia, y la más grave acusación que se atrevían a lanzar los enemigos del Gobierno era decir que el tono de los comentarios y discursos oficiales era «triunfalista».

—Pero ¿es que acaso no estamos triunfando? —respondía indignado Echevarrieta Letelier.

No obstante, no faltaban motivos de preocupación. El clima de la Universidad se había vuelto tenso. En alguna facultad se quemaron banderas españolas; en otra, un crucifijo fue defenestrado y el rector estuvo a punto de ir detrás; aparecían carteles de

propaganda maoísta y leninista en las aulas, que nadie se atrevía a retirar. La destitución de unos profesores que habían encabezado una manifestación de cinco mil estudiantes que se enfrentaron violentamente con la policía frente a la Facultad de Medicina de Madrid no sirvió de mucho, pues continuaron los desórdenes y fueron en aumento las paradas, las sentadas, los conflictos y las huelgas.

Cuatro bombas atómicas que transportaba un B-52 de las fuerzas aéreas de los Estados Unidos cayeron sobre territorio español, al chocar este aparato con un avión cisterna que debía aprovisionarle de combustible en pleno vuelo. Las bombas eran de hidrógeno plutonio-uranio 235. Su poder destructor individual, setenta y cinco veces mayor que la que arrasó Hiroshima. Ninguna estalló, mas iban cargadas, y el terror a la contaminación atómica de las huertas y ganados, en tierra, o de la pesca, en el mar, donde cayó una de ellas, hizo presa en las poblaciones. ¿Era tolerable que los Acuerdos con Estados Unidos supusieran un riesgo de tal magnitud para el territorio español? ¿Por qué tales prácticas se desarrollaban en nuestro espacio aéreo y no sobre Nueva York o Chicago?

Entretanto, en el País Vasco un cáncer de carácter anarquista, de una parte, y marxista-leninista, de otra, comenzó a desarrollarse sobre los residuos del partido nacionalista vasco, que había sido inicialmente creado dentro de la fe católica y la exclusiva reivindicación foral. Los moderados se retiraron de la nueva organización llamada ETA, y los nuevos militantes se lanzaron a la acción: asaltos de bancos, atracos a mano armada, bombas en edificios públicos, robos de dinamita e importación clandestina de armas. El 7 de junio de 1968 comienza la «operación sangre» y cae muerto a tiros, en Villabona, el primer servidor de la ley abatido por este grupo terrorista: el guardia civil José Pardines Arcay.

Con todo y con esto, ni los desórdenes estudiantiles —virulentamente influenciados por el mayo universitario francés—, ni las bombas atómicas caídas en suelo español, ni los brotes de anarquismo revolucionario lograban torcer el optimismo imperante. Los males de los centros docentes —de muy hondas y antiguas raíces— fueron paliados con las destituciones de sus cátedras de los profesores Aranguren, García Calvo y Tierno Galván; el terror a la contaminación de las bombas de Palomares fue resuelto con una fotografía, ampliamente difundida por el mundo, en la que se veía a Manuel Fraga bañándose en las límpidas y no contaminadas aguas de Palomares junto con el embajador americano Angie Bidle Duke, y los desórdenes de Guipúzcoa, con la declaración del Estado de sitio y una amplia operación de investigación policial.

De todo ello, el más rápido de los resultados obtenidos fue la fulgurante disminución de peso del ministro de Información. Al contemplarse tan grueso en traje de baño, decidió perder quince kilos en tres meses. Y lo consiguió.

Los otros resultados fueron harto más arduos. Cuando Echevarrieta telefoneaba a su mujer para comunicarle sus inquietudes, Maruja respondía:

—¡No me interrumpas, mi amor, estoy viendo jugar a Santana por la tele!

Cierto que los méritos de este excelente muchacho (excelente como deportista y como hombre) eran dignos de toda admiración. Pero no lo es menos que las gentes parecían más interesadas en los éxitos del gran tenista, en la obtención del campeonato del mundo de los pesos ligeros por el púgil español Pedro Carrasco o en el festival de Eurovisión celebrado en el Albert Hall de Londres, donde la cantante Massiel logró alzarse con el triunfo, que no en la profundidad de nuestros problemas.

En el orden familiar, Maruja tuvo tres éxitos no menos admirables que los del Gobierno al que pertenecía su marido y que llenaron a éste de lícito orgullo. Expuso en París; obtuvo una crítica honrosísima y la cotización de sus cuadros subió a cotas insospechadas. Se hablaba de poseer, o de vender, o de comprar un «Trías» como podría decirse de los cuadros de los grandes maestros desaparecidos: «un Vázquez Díaz», «un Marceliano Santamaría», o de los novísimos y ya famosos: «un Viola», «un Macarrón» o, en escultura moderna, «un Chillida» o «un Pablo Serrano».

Su otro éxito fue dar a luz una pareja de gemelos espléndidos, ambos varones, que recibieron los nombres de Jorge y de Antonio en honor del padre de Maruja, quien perdía el seso por ellos, tal era el embobamiento que le producía contemplarlos, pasearlos y entretenerlos.

Lo mismo de recién nacidos que de muchachuelos en ciernes, Jorge Antonio Trías se convirtió en su ayo, nodriza y perro guardián. Las noticias de que las criaturas habían pronunciado un sonido semejante al lenguaje articulado, de que un primer diente asomaba por las encías, de que habían sonreído, de que ya andaban a gatas, eran acogidas por Berta y por él como triunfos insólitos de seres excepcionales.

Cuando los chiquillos cumplieron cuatro años, su abuelo telefoneó a José María al Ministerio.

—He alquilado un barco en Palma de Mallorca —le dijo— para invitar a mis nietos a hacer el recorrido de la isla con motivo de su cumpleaños. Los nietos no me los podéis negar porque son «míos». Pero, claro es, teniendo los chicos padres tan importantes, también me gustaría contar con ellos.

—Te confieso —respondió el ministro— que pasarme unos días embarcado, en familia, sin teléfonos, sin visitas y sin chaqué ni corbata es una idea que me cautiva. Pero… ¿no son los chavales demasiado pequeños? ¡Esto lo he de consultar con Maruja!

—Si no hay chavales… no hay crucero. Mis principales invitados son los nietos. Vosotros, señores ministros, sólo seríais sus acompañantes.

—¡Ojalá que pueda decirte «sí»!

Y pudo. Embarcaron en el puerto de Palma, doblaron el cabo Blanco; más tarde, la punta Salinas; penetraron en esas joyas geológicas que son Cala Figuera, Cala d’Or, Puerto Colom y Porto Cristo; se bañaron cuanto les apetecía en aguas transparentes como esmeraldas; pescaron, durante el recorrido, tres pequeños atunes a la «fluxa», y al doblar Punta Amer, Jorge Antonio se puso visiblemente nervioso. Cuchicheó en secreto con el patrón, que hacía de timonel; le indicó un punto en la

bahía de Son Servera, rectificó después —ya que desde el mar no reconocía la casa que había construido en tierra— y, al fin, indicó por aproximación la dirección correcta. Hubo un poco de comedia, ya que Jorge Antonio era un tanto farsante; dijo a su yerno que unos amigos le habían prestado su casa para que comieran en el jardín, bien que ellos —los dueños— estarían ausentes. Desembarcaron en un pequeño paraíso, alargando la oreja Berta y Jorge Antonio para escuchar las exclamaciones de admiración de su hija, su yerno y sus nietos respecto a la belleza del paisaje, la situación de dos casas gemelas y casi adosadas, la frondosidad del jardín y la grandiosidad de los pinos que cubrían el contorno.

Sólo entonces el abuelo declaró la verdad. Era un regalo que hacía a sus nietos por su mayoría de edad.

—¿Cómo puedes decir «mayoría de edad» —exclamó riendo el ministro— si sólo acaban de cumplir cuatro años?

Jorge Antonio le extendió el documento.

La propiedad de la finca estaba registrada a nombre de los pequeños y el usufructo de la misma al de Maruja, hasta que los verdaderos dueños cumplieran los veintiún años.

¡Ahora entendían las miradas furtivas de Berta y Jorge Antonio, las palabras de doble sentido, las frases equívocas y las misteriosas ausencias de sus suegros a lo largo de los últimos dos años! Durante todo este tiempo adquirieron el solar, encomendaron los planos al gran arquitecto Miguel Fisac, vigilaron la construcción y amueblaron y decoraron, con el asesoramiento de Paco Muñoz (lo que aseguraba la originalidad y el buen gusto), las dos casas gemelas que un día pertenecerían en total dominio a sus nietos.

En la cala que limitaba la propiedad con el mar, Jorge Antonio y Berta habían mandado construir un embarcadero. Éste fue su mayor acierto por los múltiples usos a que daba lugar. De una parte, la embarcación podía atracar al pie del jardín; de otra, servía de solárium, y, por último, desde el muelle había tres procedimientos para lanzarse al mar: un trampolín, unas escaleras y un tobogán que hizo las delicias de la chiquillería. El solárium tenía dos sombrajos para protegerse de los rigores del sol; varias tumbonas de colores para exponerse a esos mismos rigores y un colchón que, en lugar de inflarse de aire, se hinchaba de agua. Maruja se tumbó en él. Era como un breve trozo de mar en el que era imposible ahogarse, y, según comunicó secretamente a su marido, el colchón de agua poseía «evidentes poderes afrodisíacos».

¡Ah, con qué deliciosa complacencia acogió José María aquellos días de asueto como una merecida vacación ante la turbulencia de su trabajo!

No obstante, esa misma complacencia ante el donativo de sus suegros, ante el conocimiento de aquel rincón mallorquín al que designó en su fuero interno, apenas lo hubo visto, como lugar de sus futuros descansos, habría de marcar de manera impensada e inexorable el rumbo de su destino.

Muy pronto se cumplirían diecisiete años del día en que el auténtico Echevarrieta

Letelier, el hijo del ferretero de Marsella, el «embajador» de *madame* Origny, llegó a la estación de Viella, tras cruzar el sur de Francia en ferrocarril, para visitarle. El «vendedor de hielo a los esquimales» le saludó con unas palabras retóricas y exaltadas que el azar se encargó de convertir en proféticas: «¡Los momentos decisivos en la vida de los mortales no están anunciados por señales en el cielo; no bajan ángeles de las alturas, no hay signos extraterrestres que los avisen. Con todo, estos “momentos cruciales” existen y uno de ellos avanza hacia usted, mi alférez, a medida que me acerco para abrazarle!».

Y así fue. La vida de Tomeu Riquer Basols se transformó a partir de esa visita. No de una manera inmediata, bien es cierto, pero sin ella su destino hubiera sido otro; otras las metas de su vida; otra su familia; otro su nombre; otra su mujer; otros sus hijos…

El Tomeu Riquer de hoy (enmascarado bajo un nombre que no recibió en la pila de bautismo, bajo unos apellidos que no llevaron sus padres) ignoraba, al pisar por primera vez tierra mallorquina, que estaba viviendo uno de esos momentos cruciales que deciden la vida de los hombres.

No es por capricho que el autor se detiene en detallar ciertas aparentes trivialidades, cuales son los modos de tirarse al agua desde un embarcadero particular o las curiosas propiedades que Maruja atribuyó a los colchones de agua.

En tanto que José María, acompañado de las tres generaciones de Trías, se complacía en la visita de la casa, se maravillaba por la belleza del panorama o se extasiaba en la contemplación del mar, ignoraba que la aguja de su brújula apuntaba ya hacia otros rumbos, tal vez lejanos, bien que irreversibles. Y que este giro en su destino se debía a esa casa, a ese mar y a su propia complacencia.

El verano anterior, durante una breve estancia en San Sebastián, Maruja vivió una terrible aventura, que dejó una profunda huella en su ánimo, y se negaba a llevar allá a los niños.

La propiedad mallorquina se anunciaba como la gran solución para las futuras vacaciones e incluso descansos esporádicos durante el año, de los que José María experimentaba cada vez una más acuciante necesidad.

XXIV

DONDE AL AUTOR IMITA LA VIDA DE LOS HOMBRES AL SALTAR DE CIERTAS TRIVIALIDADES A RELATOS PENOSOS E INQUIETANTES

[1968]

A juicio de José María Echevarrieta, el silogismo era perfecto: «La última moda se ha vuelto loca. Es así que Maruja se viste a la última moda, luego Maruja está loca».

—Acabarás convirtiéndote en un puritano insoportable —se defendía ella—; ¿no será que te estás volviendo viejo?

El primer disgusto fue con motivo de «la línea saco». Con aquellos vestidos flotantes y vaporosos que inventó un modisto alucinado, las señoras estaban extrañamente sensuales y provocativas. Antes, los diseñadores de la moda femenina alteraban la forma del cuerpo de la mujer, ciñendo por aquí, inflando por allá, resaltando esto, cubriendo aquello. En cualquier caso, modificando las formas naturales. Pero he aquí que «la línea saco», con toda su apariencia de hábito monjil, dejaba el cuerpo tal cual era. Al sentarse, al andar, al moverse, aquellas clámides carecían de otras formas que las auténticas y naturales. Algo así como la Victoria de Samotracia en la que el viento sitúa la ropa tan en su sitio que es como si el modelo estuviese desnudo. Para quienes no estaban favorecidas por la fortuna en cuanto a la configuración de sus contornos, el secreto no estaba tanto en la ropa exterior cuanto en la interior, que mentía perfecciones inexistentes. Pero Maruja no necesitaba de tales artificios. Muy por el contrario, le sobraban. Y como le sobraban… prescindía de los artificios y de la ropa interior.

—¡Estás radicalmente deshonesta!

—No te pongas cursi, José María. El ser ministro no te obliga a ello.

De esto hacía ya tiempo. La línea saco se esfumó, pero vino la moda de los pantalones, y no ya para el verano o para excursiones deportivas, sino para «trajes de vestir», para recepciones, para bailes de gala.

—¡Nadie irá vestida como tú!

Echevarrieta se equivocaba. La recepción de turno estaba llena de pantalones

femeninos y blusas, bien por encima o bien por debajo de las caderas: según fueran éstas.

La época de la minifalda —audacísima invención de la inglesa Mary Quant— creyó José María que no podría ser superada en cuanto a indecencia y atrevimiento. Cierto que existían superbombones que, al mirarlas, el ministro sentía ganas de bendecir a Dios, pues las devociones del alma llegan a veces por los más inesperados vericuetos. Pero lo que no toleraba Echevarrieta es que nadie bendijese a Dios por causa de su mujer.

—¡Estás casada con un hombre público! ¡No quiero que la gente comente nada de ti!

—La gente comentará si voy vestida de modo distinto a como van las demás señoras de mi edad… ¿no lo comprendes?

Tras la minifalda, vino la «maxi»; después, la «midi», que llegaba a la altura de media pantorrilla. De pronto ocurrió la catástrofe. Gran Bretaña, tantas veces responsable de los grandes cataclismos mundiales, tuvo también la culpa. Un grupo de mozalbetes llamados los Beatles, endiabladamente dotados con voces de ángeles (si es que ambos tropos pueden casarse), revolucionaron de consuno la música moderna y la moda. Apoyados en lo primero, elevaron a categoría estética la mugre, el desaliño y la anarquía indumentaria. Los niños «mal» de familias «bien» fueron los primeros en seguir su ejemplo. Se dejaron crecer barbas y melenas; se disfrazaron de mendicantes; llevar parches en los pantalones equivalía a lucir condecoraciones en el pecho; se colgaban abalorios al cuello; se ceñían pulseras de frutos secos; andaban descalzos por las calles…

—Maruja… ¡por aquí no paso! ¡Cámbiate!

Su mujer llevaba unos pantalones vaqueros que cortó con tijeras de uñas a la altura de las rodillas, de modo que estuviesen desflecados, y con una pernera más corta que otra. Iba descalza y se había pintado con esmalte negro las uñas de los pies y con esmalte plateado las de las manos. La blusa, de un naranja chillón, estaba desteñida a partes desiguales por la lejía; llevaba un collar confeccionado con huesos de animales, y se había puesto varias pulseras en un tobillo.

—¡Por aquí no paso!

—¡No tienes sentido del humor!

—¡Tengo sentido del ridículo!

—Estamos invitados a almorzar a la piscina del Tenis. ¡Y todo el mundo irá vestido poco más o menos así!

Estaban en San Sebastián.

Desde tiempos de la Regencia de doña María Cristina, durante la minoridad del rey-niño Alfonso XIII, los médicos recomendaron a la reina-madre que el joven monarca tomara baños de mar durante el verano. Esto supuso que la Corte se trasladara a la bella capital guipuzcoana durante el estío. Y con ella, el Gobierno. Y con el Gobierno, el cuerpo diplomático.

Con el tiempo se mantuvo la tradición; pero especialmente centrada en el Ministerio de Asuntos Exteriores. Los demás ministerios se turnaban para mantener el tono oficial y una apariencia de Gobierno, en gran parte disgregado por las vacaciones estivales.

Aquel año, Maruja y José María cumplían su turno donostiarra, y más de una vez comentaron —después de haber sufrido una ingrata y triste aventura— cómo de causas tan nimias podían surgir efectos tan grandes. Y una de ellas fue la moda. Con gran sorpresa de José María, fue Maruja quien se negó a salir con él mientras no cambiase su indumentaria. ¡Increíble decisión! Con lo satisfecho que estaba de su atuendo: pantalón blanco de franela, chaqueta azul cruzada, con botones dorados, corbata negra con anclas blancas marineras.

—¡Estás vestido de capitán de barco de recreo de principios de siglo, en días de asueto!

—¡Así he visto fotografías de Alfonso XIII cuando veraneaba en San Sebastián! —se defendió el ministro.

—¡Tú lo has dicho, querido mío! Pero yo no había nacido cuando el rey pasó su último verano en San Sebastián. ¡Yo no salgo con un marido vestido de rey antiguo! Pareces un dibujo de Méndez Bringas o de Penagos, el padre de tu amigo Rafael, el poeta.

—No pretenderás que me vista de *hippy*…

—Mañana iré a Bayona a comprarte unas camisas *ad hoc* en Aux Dames de France.

Maruja almorzó frugalmente en la misma frontera. Cruzó, ya de regreso, la aduana franco-española muy satisfecha de las compras efectuadas, y enfiló con su coche hacia la carretera que unía Irún con San Sebastián. Al llegar al barrio de Elicacho, el automóvil que conducía ella misma comenzó a carraspear, dio unos tironazos, como si la gasolina no llegara al carburador. Y se detuvo. Miró su reloj. Eran las tres y cuarto de la tarde y llovía copiosamente. Se caló un plástico por la cabeza y se dispuso a salir para preguntar a algún transeúnte la dirección de un taller mecánico cercano. Pero la calle estaba desierta. Armóse de paciencia, encendió un cigarrillo y se propuso esperar a que pasase alguien o la lluvia amainara. Junto a ella estaba la Casa Sindical Comarcal, y en la acera de enfrente un edificio de tres pisos con un letrero sobre el portal: «Villa Arana».

Un autobús procedente de San Sebastián se detuvo el tiempo justo para que descendiera un viajero. Un hombre de mediana edad bajó del vehículo y se encaminó hacia la casa.

—¡Señor, eh, señor! —gritó Maruja, deseosa de encontrar quien la ayudase.

Pero el hombre no la oyó, pues se protegía de la lluvia cubriéndose la cabeza con su propia chaqueta. Descendió Maruja del coche y se encaminó hacia él, pero tuvo que detenerse para ceder el paso a un Morris 1100, que hacía sonar la bocina rítmica e insistentemente. Cuando logró llegar a la acera opuesta, el hombre ya había

penetrado en el portal.

—¡Eh, señor! Hágame el favor de…

Sonaron tres disparos. Maruja se retiró instintivamente del portal donde iba a penetrar, y el pánico la dejó literalmente clavada al suelo. Oyó entonces el ruido seco de quien se desploma y rueda por las escaleras, el chasquido de una puerta que se abre, un grito de mujer, un rumor de lucha, un nuevo grito, y cinco disparos más. Después, el sonido de unos pasos como de quien baja precipitadamente, a trompicones, los peldaños. Como una exhalación, un hombre joven, armado de una pistola, salió a la calle; hizo un movimiento para esquivarla, mas no lo consiguió; tropezó con ella, y como Maruja se asiese a él para no caer, el hombre se desasió brutalmente de aquel estorbo y la derribó. Caída de bruces volvió el rostro. El hombre, de espaldas, se detuvo en seco. Se volvió hacia ella, y Maruja vio el cañón de la pistola apuntando a sus ojos. Se oyó entonces el aceleramiento de un motor, y el hombre saltó a un coche que se detuvo el tiempo justo para recogerle. Desde la ventanilla, y mientras el vehículo se alejaba, volvió a ver la cara del hombre, los ojos fijos en ella. Todo ocurrió en cuestión de segundos, con harta mayor celeridad de la que se invierte en relatarlo. El automóvil era el mismo que minutos antes hizo sonar la bocina de modo extrañamente peculiar. Un hombre de edad cruzó la calle, se acercó a Maruja y la ayudó a incorporarse. Otras personas más se acercaban a ella, con el espanto en los ojos.

—¿Está usted herida?

—¡Ahí…! ¡Ha sido ahí! —acertó a tartajear Maruja mientras con la mano crispada señalaba el portal.

El desconocido se acercó a la embocadura de la puerta.

Y Maruja advirtió en él un gesto de horror. Dio media vuelta y gritó:

—¡Policía!, ¡policía! ¡Han matado a un hombre!

Pasos apresurados por la calle de gente que se acerca; ventanas que se abren; gritos y llantos dentro. Se acercó Maruja y vio, tendido en los peldaños, sobre una gran mancha de sangre, al mismo individuo que bajó del autobús, y a quien había querido pedir ayuda, y a dos mujeres, madura la una, joven la otra, dobladas sobre el caído, dando grandes voces con palabras incoherentes. Una escalera unía el portal con los pisos superiores. Con aire de terror, sigilosamente, mirando al cuerpo muerto, bajaban por ella varios vecinos.

—¡Que nadie se mueva!

Era un cabo de la Guardia Civil quien había dicho esto. Fuera del portal otros dos números mantenían el orden y prohibían entrar a los curiosos, que incomprensiblemente habían surgido de todas partes en una calle que hacía un instante estaba desierta.

—¿Hay testigos?

El hombre que ayudó a Maruja a levantarse del suelo murmuró señalándola:

—Creo que esta señora…

—Sí. Lo he visto todo —declaró Maruja con un hilo de voz.

Las dos mujeres dirigieron a Maruja una mirada angustiosa, cargada de súplicas.

Uno de los vecinos murmuró al ver la cara del muerto:

—Es don Melitón Manzanas…

Y el rumor se extendió entre cuchicheos y murmullos.

—¡Han matado al jefe superior de Policía! —gritó alguien.

Un sargento de la Policía Armada se hizo cargo de Maruja. Otros refuerzos se ocuparon del muerto y de las dos mujeres.

—Suba usted a ese coche, por favor, señora. En la Comisaría dirá cuanto sepa. Pero a mí también me urge saber…

—Cuatro hombres jóvenes, en un coche rojo. Han huido en un coche rojo. ¡En esta misma dirección! Era un Morris 1100 —dijo Maruja atropellándose—. Matrícula de Burgos. La matrícula empezaba por 3, y tenía muchos ochos.

Maruja tardó en comprender que el hombre hablaba a un micrófono.

—¡Morris rojo 1100 matrícula de Burgos! ¡Deténgase Morris rojo! ¡Irún o proximidades de Irún! ¡Avisen frontera! Matrícula empieza por 3… Aquí sargento Hernández, deténgase Morris rojo 1100. Van armados. ¡Han asesinado al jefe de la Brigada Social! ¡Morris rojo 1100! Deténgase…

En la Comisaría la hicieron pasar directamente a un despachito muy modestamente amueblado. Segundos después entró un hombre de paisano, visiblemente afectado por lo que acababan de comunicarle.

—Soy el inspector Soto. Tome asiento, señora, por favor…

Maruja titubeó.

—Inspector. Debo decirle ante todo quién soy. Mi marido es… Quiero decir que soy la esposa del ministro de Agricultura, don José María Echevarrieta. No quisiera que mi nombre saliera en los periódicos…

Hubo un cierto sobresalto en el policía.

—¿Desea usted telefonearle? ¿Está el señor ministro en San Sebastián?

—Sí, por favor. Quiero hablar con él y decirle dónde estoy.

—Yo mismo marcaré el número.

—21 01 18 —indicó Maruja.

—¿Está el señor ministro? ¿Es usted mismo? ¡Señor ministro, a sus órdenes! Soy el inspector Soto, de la Comisaría de Irún. Su esposa está en mi despacho. Le paso el auricular…

—… No. Te aseguro que estoy perfectamente bien. No he tenido un accidente: lo que ha pasado es peor… ¡He sido testigo de un crimen! ¡Un crimen horrible! Estoy en la Comisaría para declarar. Pero imagínate… los periódicos… No sé qué hacer… Ha sido horrible… Ven a buscarme… Sí, sí. En la Comisaría de Irún… en el despacho del inspector Soto… ¿Quieres hablar con él?

Maruja tendió el aparato al inspector.

—¿Señor ministro? ¡Descuide, señor ministro…! Aunque no se tratara de quien

se trata no damos nunca los nombres de los testigos, para evitar represalias… Eso es imposible, señor ministro. Evidentemente al juez no se le puede ocultar… Perdón, señor ministro… Yo no le aconsejaría que viniera usted por aquí, como le ha pedido su señora. Nosotros mismos la acompañaremos hasta San Sebastián… No es conveniente que le vean entrar aquí… Todo el mundo en Irún sabe ya que una mujer ha sido testigo del crimen y que está declarando… Su presencia en la Comisaría equivaldría a que todos la identificasen… A sus órdenes, señor ministro. Gracias. A sus órdenes.

Colgó y se dirigió a Maruja:

—Lo siento, señora.

—Ha hecho usted muy bien. No había caído en la cuenta de que si me viesen salir de aquí con José María…

—¿Tiene usted su documentación?

—Tengo el pasaporte. Acabo de regresar de Francia.

Se lo extendió.

—¿En qué medio ha pasado usted a Francia?

—En mi automóvil. Pero a mi regreso tuve una avería. Y precisamente buscaba a alguien que me indicara dónde había un taller para pedir un mecánico, cuando oí los disparos.

—¿Cuántos disparos?

—Primero tres seguidos. Más tarde uno suelto. Y después de un intervalo, cuatro más sin interrupción.

—¿Vio usted al que disparó?

—Vi a un hombre salir del portal con una pistola en la mano. Iba como ciego. Me derribó al suelo, saltó por encima de mí y entró en un automóvil en marcha que le esperaba y en el que había tres hombres más.

—¿Cómo era el hombre de la pistola?

—Muy joven, no le calculo más de veinticinco años. No era alto, pero muy ancho de espaldas.

—¿Tenía algún distintivo especial?

—No entiendo…

—¿Una cicatriz, bigote, gafas, era calvo, melenudo?

—Calvo no era. Desde luego no llevaba gafas, pero sí grandes patillas y bigote muy grueso. Déjeme pensar… Era más pálido de lo que corresponde a esta época en que todo el mundo está tostado por el sol. Me fijé en esa circunstancia porque…

—¿Cómo pudo usted fijarse en eso estando derribada en el suelo y él de espaldas subiendo a un coche?

—Tres veces le vi la cara. Cuando avanzaba hacia mí quiso esquivarme y acabó derribándome. Saltó sobre mi cuerpo y se volvió, dudando si disparar, pues comprendió que yo le había visto y que podría reconocerle. En ese instante el del coche aceleró el motor en vacío urgiéndole a que subiera. El de la pistola me dio la

espalda, saltó al coche al lado del conductor. Y desde la ventanilla, mientras el automóvil arrancaba, se volvió para mirarme de nuevo, como si maldijera su mala suerte por el tropezón o se arrepintiera de no haber disparado contra mí.

—¿Usted seguía en el suelo?

—Sí. Vuelta hacia el coche… Como imantada por aquellos ojos en los que veía miedo y odio.

—¿Tenía el mentón redondeado?

—No.

—¿Prominente?

—Sí, muy prominente. Casi cuadrado. Y un detalle. Un detalle más. Los ojos eran algo caídos por los lados. No sé cómo explicar eso. Eran lo contrario a los de los chinos, ¿comprende?

—Si le viera usted ahora mismo, ¿sería capaz de reconocerle?

—Sí.

—Lo dice usted con mucha seguridad. ¿Cómo era su nariz?

—No sé. No me fijé. Debía ser normal. Ni muy chata ni muy grande.

—¿Los pómulos?

—Angulosos. Todo su rostro era anguloso, y ancho.

—Las orejas, ¿salientes o pegadas?

—No me fijé.

—¿Las cejas?

—Caídas por los extremos: como los ojos.

—¿Rubias?

—No. Oscuras.

—¿Cómo iba vestido?

—Sólo recuerdo un chaquetón de cuero.

—¿Los pantalones?

—No lo recuerdo.

—¿Eran negros?

—No. Desde luego no eran negros.

—¿Blancos?

—No.

—¿Podrían ser caquis, o castaño claro, o de esos que llaman «milrayas»?

—Sí. Desde luego no eran oscuros.

—¿Calzado?

—No sé.

—¿Alpargatas, zapatos, sandalias?

—¡Espere! Yo no vi su calzado, pero oí el ruido de sus pasos sobre los peldaños de la escalera. Calzaba zapatos o botas. Nunca sandalias o alpargatas.

—¿El coche?

—Rojo. Morris 1100, matrícula de Burgos. El primer número era un 3. Y había

varios ochos. Por lo menos dos.

—Dice usted que había cuatro hombres; más el asesino, cinco.

—¡No he dicho eso! Había tres hombres, más el de la pistola: cuatro.

—Y éste se sentó en uno de los asientos posteriores.

—No. ¡En uno de los anteriores! A la derecha del conductor.

—¿Tenía aspecto de hombre rústico, de un labrador, de un mendigo?

—No, no. Yo diría que parecía un pelotari. Un pelotari pintado por Flores Kaperotxiqui.

—Es una observación muy aguda —comentó el inspector, sorprendido.

Maruja se sonrojó.

—No sé por qué se me ha ocurrido esa idea tan tonta…

Alguien golpeó con los nudillos en la puerta y entró sin esperar la respuesta. Era un teniente de la Policía Armada.

—Hemos encontrado el coche en que huyeron. Era robado. Lo robaron en Burgos hace más de un mes.

—¿Marca?

—Un Morris color rojo.

—¿Qué matrícula?

—38 858.

El inspector Soto inclinó la cabeza hacia Maruja.

—¡La felicito, señora!

El teniente comentó que dentro del coche había dos fundas de armas. Una de ellas correspondiente a una pistola de calibre 7,65.

—¿Se han extraído las balas del muerto?

—No. Pero doña María Artigas, su viuda, forcejeó con el asesino y éste disparó un tiro que se incrustó en la parte alta de la puerta. Era del 7,65.

—¿Cuántos tiros disparó en total?

—Ocho. Los tres primeros le ocasionaron la muerte. El cuarto fue el que se incrustó en la puerta. Más tarde, y a la vista de la hija y la esposa, disparó cuatro tiros más sobre el cadáver.

—Todo coincide con lo que usted ha declarado, señora —comentó el policía, sin poder ocultar su admiración.

El teniente continuó:

—Parece ser que el asesino le esperaba dentro de la casa, oculto en un sótano que hay bajo el portal. Y disparó a la nuca del comisario cuando éste, de espaldas a él, subía las escaleras. Alguien debió avisarle que el señor Manzanas subía.

—¡Sí! —exclamó Maruja—. ¡Los del Morris hicieron sonar la bocina cuando el hombre entraba en el portal!

El inspector mandó desalojar los pasillos para que nadie viera salir a Maruja; cruzaron un patio interior, bastante cochambroso, y de allí pasaron a un garaje. Tres cuartos de hora después llegaban a Villa Dancharinea, residencia donostiarra de los

Echevarrieta. José María los esperaba excitadísimo. Abrazó a Maruja e hizo pasar al inspector.

—¿Puedo ofrecerle algo de beber, señor Soto?

—Si no es mucha molestia, le agradecería una cerveza…

Poco después, Alfonso Sánchez Martín llegaba con unas copas, y Maruja con un cuadro. Representaba una aldeana de faz muy arrugada, y a su lado un muchacho vestido de blanco, con un cinturón colorado y la mano enguantada en una cesta de las que usan los pelotaris para el más espectacular y varonil de los deportes vernáculos. Al pie del cuadro había un marbete que decía: «Flores Kaperotxiqui». Y debajo: «El campeón y su bisabuela».

—¿Ve usted este chico? —dijo Maruja al inspector—. No digo que sea igual al hombre de la pistola, pero no es físicamente contrario. Ambos pertenecen al mismo tipo humano. ¿Entiende lo que quiero decir?

El inspector Soto miró atentamente la pintura y comentó, marcando mucho las palabras:

—Su colaboración, señora, ha sido inapreciable. Y aún puede serlo más en los días sucesivos. Ahora bien, si usted me lo permite, señor ministro, quisiera hablarles con entera franqueza. Nadie, salvo yo, conoce la personalidad de la única testigo del crimen. Ni siquiera hice pasar a mi despacho al secretario para que mecanografiara la declaración. Es importantísimo que se mantenga el más absoluto secreto respecto a su nombre. Podría haber represalias. Quiero decir, sin ambages, señora de Echevarrieta, que su vida correría un serio peligro. Los asesinos tratarán por todos los medios de eliminar a la única persona —aparte la viuda y la hija del muerto— que puede identificar al culpable.

—¡No debes contárselo ni a tu padre! —ratificó José María, apoyando las palabras del inspector—. ¡Ni, por supuesto, a tu madre! ¡A nadie! ¿Lo oyes bien? ¡A nadie!

El inspector Soto continuó:

—Me gustaría enseñarle las fotografías de varios «liberados» de ETA. Pero ni siquiera para esta comprobación deberá usted ir a la Comisaría. Yo mismo traeré aquí el material, para que usted lo vea.

—Ha utilizado usted la palabra «liberado» —dijo—. ¿Qué significa, exactamente?

—Son aquéllos a quienes la ETA los «libera» de tener que trabajar en un oficio o en una profesión para ganarse la vida. Viven a costa de la organización, quien los aloja, alimenta, subvenciona y provee de documentación falsa. Son los verdaderos «activistas». Su única dedicación es el crimen, entre los que se cuentan, como se ha comprobado hoy por segunda vez, el asesinato de sus perseguidores.

—¿Quién los financia?

—Sus fuentes de financiación son tres: la ayuda económica de los partidos comunistas extranjeros, fundamentalmente de Albania y Checoslovaquia; el producto

del robo a las instituciones bancarias, y el «impuesto» que exigen a comerciantes e industriales a cambio de dejarlos vivir tranquilos. Si alguno se niega, le vuelan la fábrica, le secuestran un hijo, le queman la tienda o le amenazan de muerte. Le aseguro, señor ministro, que no nos enfrentamos con delincuentes vulgares, sino con una organización perfectamente planificada al servicio del terror.

—¿Es cierto lo de las bombas en las escuelas de niños?

—¿Cómo no va a serlo? Una estalló cuando afortunadamente los chicos se habían ido ya a sus casas. La otra, la del colegio de la Virgen de Arrate, en Éibar, fue descubierta por un chaval durante el recreo y pudimos desmontarla antes de que ocasionase una verdadera carnicería entre los alumnos.

—Por muy repugnante que sea el crimen contra el jefe de la Brigada Social de San Sebastián —comentó el ministro—, pertenece, en cierto modo, a la lógica del delincuente. El policía es su enemigo, su perseguidor. Pero ¿los niños de un colegio? ¡El caso es monstruoso! ¿Qué razón podían tener para…?

—Muy sencillo, señor ministro. Esos dos colegios se negaron a pagar el «impuesto» que la ETA les exigía para dejarlos tranquilos.

Por la tarde, José María recibió la visita del subjefe de Policía de San Sebastián, acompañado del inspector Soto.

—¿Cree usted, señor ministro, que su señora estará en condiciones de echar un vistazo a las fotografías que le traemos?

—Me ha suplicado que no dejara de avisarla si llegaban ustedes.

Maruja estudió atentamente los documentos gráficos que le ofrecían. Algunos los desechó inmediatamente. Otros los situó en un montón distinto, para revisarlos de nuevo, en una segunda inspección. Ignoraba que le habían tendido una trampa para asegurarse de que no erraría al reconocer al hombre de marras, caso de que reconociese alguno. Entre las fotografías había retratos de gentes fuera de toda sospecha, incluso de policías…

—No es ninguno de éstos —afirmó Maruja después de revisar los previamente separados: unos, lampiños; otros, infantiloides, o de ojos claros, o de orejas muy separadas.

El comisario le tendió el segundo montón.

—¡Éste! ¡Es éste! —dijo al contemplar la cuarta fotografía.

Se trataba, al igual que las otras, de fotos de carnet o de fotos familiares. El comisario la barajó con las demás —cerca de ochenta— y rogó a Maruja que la localizara de nuevo. Tardó apenas unos segundos en hacerlo.

—¡Éste!

—No obstante… señora de Echevarrieta —terció el inspector Soto—, me permito indicar que no se parece excesivamente a su «retrato-robot»…

—Porque hoy tenía grandes patillas y bigote, y además en la foto está sonriendo.

¡Y le aseguro que cuando yo le vi no sonreía! A pesar de todo, observe esto: la mandíbula cuadrada, los ojos hacia abajo, la frente corta, la anchura de los hombros.

El comisario leyó un número escrito al dorso del retrato.

—816…

El inspector Soto revisó unos papeles.

—814… 815… 816… Aquí está. —Se caló las gafas y leyó lentamente—: «Francisco Javier Izco de la Iglesia, 25 años, impresor, natural de Bilbao, casado con Juana Dorronsoro Cebeiro. Último domicilio, en Berango, Vizcaya. Acusado de tomar parte en el atraco a mano armada del Banco Guipuzcoano, de Arechabaleta; acusado de atracar a mano armada a dos empleados de una empresa en Éibar; desde el 4 de julio último, jefe del mando supremo del Frente Militar de ETA…».

Guardó silencio. El comisario tardó un tiempo en exclamar:

—Ése es el hombre.

Y ordenó al inspector Soto:

—Haga la misma prueba con la señora de Manzanas y con su hija.

Cuando hubieron salido, Maruja preguntó:

—Dime, José María: si le detienen, ¿qué harán con él?

—No lo dudes. Tiene todas las agravantes: desprecio de autoridad, asesinato en el propio domicilio de la víctima, premeditación, alevosía… ¡No dudes que lo condenarán!

—¿A… a muerte? —preguntó, palideciendo.

—Naturalmente.

Se mordió las uñas. Tragó saliva.

—¡Prefiero que no lo encuentren!

Los deseos de Maruja no se cumplieron. Cinco meses después de este episodio, el 5 de enero de 1969, un comando suicida asaltó la cárcel de Pamplona con el loco intento de liberar a los terroristas que allí estaban presos. El ataque se produjo por sorpresa; entraron con metralletas y bombas de mano, destruyendo, incendiando, sembrando el terror y el caos. Tras una breve batalla entre atacantes y defensores, los primeros fueron heridos y reducidos. Presa de infinita angustia, Maruja leyó los nombres de los detenidos. Entre ellos estaba Francisco Javier Izco de la Iglesia, veinticinco años, impresor, sin domicilio conocido, jefe del mando supremo del Frente Militar de ETA…

Acompañada de José María, Maruja asistió en Madrid al reconocimiento del preso. Los situaron en la sombra e hicieron desfilar ante ellos a multitud de hombres iluminados por potentes focos. Maruja clavó las uñas en la mano de su marido:

—Es ése —dijo en un susurro. Y rompió a sollozar.

El preso frunció los ojos, como si quisiera penetrar la oscuridad y descubrir en aquel sollozo femenino a la mujer con la que tropezó junto al portal de Melitón Manzanas, a la que tuvo encañonada con su pistola y cometió el irreparable error de no abatir.

Echevarrieta enlazó a Maruja por los hombros y la alejó de allí.

XXV

EN EL QUE ECHEVARRIETA ES CAUTIVADO POR LA SIMPATÍA DE UN EXPORTADOR AGRESIVO Y LA PERSONALIDAD DE UN MINISTRABLE QUE NUNCA FUE MINISTRO

[1969]

El marqués de Santiesteban era un hombre bajito, delgado y nervioso, de cara joven, a pesar de su calva, y de palabras gruesas, a pesar de su alcurnia. Tenía a gala decir las mayores impertinencias a los ministros y el prurito de invitarles a cenas y recepciones para satisfacer su afición.

—Te suplico —le había dicho José María a Maruja cuando llegaron a casa del marqués— que si me ves mucho tiempo con él me eches un capote. ¡Es un plomo!

Sus temores eran fundados: ¡todo ocurrió cual temía! Santiesteban, apenas le vio llegar, le acorraló en un rincón y no parecía dispuesto a soltar su presa. Hablaba muy de prisa y con voz gritona; interrumpía su monólogo con grandes carcajadas; gesticulaba constantemente y ornaba su palabreo con el catálogo más variado de procacidades que cabe imaginar. Maruja no se acercó ni una vez para tenderle un cable. «¡Si llegara otro ministro a la recepción —pensaba Echevarrieta— cabría la esperanza de que el marqués buscara otra víctima!». Pero los demás miembros del Gobierno que habían sido invitados, o se excusaron o se retrasaban. José María alargaba la mano por encima del hombro de su interlocutor a cuantos se acercaban a él, pero éstos al ver al dueño de la casa tan enfrascado con el ministro no se atrevían a interrumpirle. Al cabo de un tiempo, mucho más largo de lo que él hubiera querido, José María exclamó con inocultable satisfacción.

—¡Mira quien acaba de llegar! ¡Federico Silva!

Y, en efecto, el ministro de Obras Públicas, con sus gruesas gafas de miope y su sonrisa un tanto episcopal (no en balde sus amigos le llamaban Monseñor), se abría paso entre los invitados acompañado de Rosarito, su mujer.

La sonrisa de Federico Silva se volvió tiernamente resignada al ver avanzar hacia él al marqués de Santiesteban. «¡Que te sea leve!», pensó José María para sus

adentros. Y no se acercó a saludar a su colega de Gabinete por eludir el riesgo que esto entrañaría.

Maruja, al otro lado de la sala, charlaba animadamente con un señor alto, delgado, bien parecido, elegante y sonriente, a quien José María, a ojo de buen cubero, juzgó como prototipo del hombre satisfecho y optimista. Al divisar a su marido, Maruja le pidió, por señas, que se acercara.

—Te presento a Juan Vilá Reyes. ¡No sabes qué cosas tan interesantes me estaba contando!

José María recordó al punto haber visto su retrato esa misma tarde en *Marca* u otro periódico deportivo. Vilá Reyes era un especie de mecenas del club de fútbol «Español», de Barcelona, del que era a la sazón, o lo fue hasta poco antes, presidente, y cuya tesorería había colaborado a sacar de apuros en más de una ocasión.

Tras el ladrillazo que supuso la plúmbea conversación con el colérico marqués de Santiesteban, Echevarrieta juzgó la charla con Juan Vilá Reyes como una lícita compensación del destino. Este catalán era uno de los hombres más gratos y amenos que cabe imaginar. Poseía un gran poder de persuasión y era arrolladoramente simpático y entretenido. La seguridad en sí mismo, que evidentemente demostraba al hablar, no pertenecía al género de los necios ni de los arrogantes, sino que era fruto de un justificado entusiasmo por sus empresas y amor por su obra.

Echevarrieta, que vendía tractores y maquinaria agrícola a Portugal, Marruecos y Túnez, y que había luchado, sin conseguirlo, por penetrar en el mercado sudamericano, se interesó muchísimo por las estupendas experiencias de Juan Vilá, a quien le había sido concedido el rango de «exportador de primera categoría» en 1966. Su «telar sin lanzadera», del que su empresa había obtenido la patente para su explotación mundial, estaba revolucionando —según le dijo— la industria del tejido. Su empresa, Maquinaria Textil del Norte de España, S. A. (MATESA), había pasado de un capital fundacional de dos millones de pesetas en 1956 a un capital social de seiscientos millones en 1968. La «agresividad» exportadora era, a juicio de Vilá Reyes, fundamental, si se quería competir en un plano de igualdad con las grandes fábricas norteamericanas, japonesas y de Europa occidental. Las estructuras crediticias españolas —según afirmaba el brillante exportador— estaban anticuadas. Para poder vender a gran escala en el exterior era necesario crear sucursales, mantener unos «stocks» de productos *in situ*, y mil previsiones más que la legislación española no contemplaba o contemplaba mal.

A José María le interesó su interlocutor y pensó para sus adentros que España necesitaba hombres como él: apasionados por su trabajo, enamorados de su obra, tenaces en el cumplimiento de sus fines. Pero no dejó de sorprenderle su queja constante respecto a la desatención crediticia de los bancos españoles, sobre todo después de haber oído de sus propios labios —y no sin íntimo orgullo— que el Banco de Crédito Industrial le había concedido el año anterior cinco mil seiscientos millones de pesetas de préstamo. ¡Lo que significaba nada menos que el 41,4 por ciento de los

créditos otorgados por el Banco a la totalidad de la industria española en 1968!

José María oyó decir súbitamente a sus espaldas: «Yo le canto las cuarenta al lucero del alba». Y reconociendo, tanto por la voz como por el concepto, que quien decía esto era Santiesteban, tomó a Maruja del brazo y huyó de ahí como de una quema.

—Es encantador, ¿verdad? —comentó José María refiriéndose a Vilá Reyes, y afirmando más que consultando.

—¡Y muy atractivo! —añadió Maruja.

Se adentraron entre la multitud de invitados, procurando estudiar las coordenadas que les situaran en el punto más alejado posible del dueño de la casa. Y se acercaron a Teresa Riquer que hablaba con un caballero de pelo gris y pobladísimas cejas, que no les presentó. Pero de nada les sirvió su argucia. El marqués de Santiesteban (Carlos Haro y Henestroso era su nombre) salió corriendo tras ellos y alanceó a Echevarrieta con este impertinente interrogatorio:

—Dime ministro, ¿tú eres del Opus?

—Querido Carlos. Eso, más que una pregunta de sopetón, parece un disparo a quemarropa.

—Responde sin rodeos. ¿Eres o no eres?

—Aunque me propusiera ingresar en el Opus Dei —bromeó—, no me aceptarían. ¡Yo soy un hombre pecador!

—Y si no eres del Opus, ¿cómo carajo te han hecho ministro?

—¡Manes de la fortuna! —respondió éste.

—Te voy a decir lo que opino del Opus —amenazó Santiesteban.

¡Y cumplió su amenaza!

—El Opus —dijo— es una especie de masonería blanca, cuyos miembros, bajo la apariencia o el pretexto de pertenecer a una congregación religiosa, se apoyan unos a otros, se encumbran, se ayudan económicamente con intención de copar los puestos claves de la sociedad y ganar más influencia para poder así protegerse mejor.

—Creo que tu juicio es bastante apasionado —comentó el señor de pelo gris y grandes cejas, y a quien Echevarrieta no conocía.

—¡No os quepa la menor duda! —insistió Carlos Haro y Henestroso—. El Opus es una especie de «servicios mutuos impulsados por el movimiento continuo», cuya meta es el copo de las cátedras universitarias, de los periódicos, de las emisoras de radio y de la Banca privada. A sus miembros la política no les interesa en sí misma como un fin, sino como un medio para saciar su ambición de mando y de dinero. ¡El que no lo vea está ciego!

José María les escuchaba con cierto aire de burla.

—Te falta información —insistió el de las cejas en forma de mostachos—. El Opus es simplemente un instituto religioso cuyos miembros tienen libertad de actuar en la vida civil en las más diversas profesiones. Y del mismo modo que los hay médicos, toreros o conductores de taxi, los hay también catedráticos, banqueros,

escritores o políticos. Sus socios viven formando «familias», en grupos de ocho o diez hombres, en pisos alquilados o propiedad de la Obra, donde realizan sus prácticas religiosas: misa y comunión diarias, rosario de quince misterios, una hora de meditación y, en determinados momentos, canto de salmos en comunidad. Fuera de esto, cada miembro de cada «familia» del Opus sale a la calle y se dedica a las actividades propias de su profesión: la abogacía, la arquitectura o los negocios.

Continuó hablando el de las cejas. Explicó que había varios grados de militantes. Pero que los pertenecientes al más alto, ejercitaban la pobreza, la castidad y la obediencia. Entregaban todos sus emolumentos a la Obra, y recibían de ella el dinero necesario para vivir, de acuerdo con las exigencias de su profesión. El fundador de esta entidad cívico-religiosa (entidad que no era una Orden ni una Congregación, y a quien el Vaticano les discutió el derecho a autodenominarse Instituto), era un sacerdote aragonés de origen aristocrático: monseñor Escrivá de Balaguer. Sus discípulos le llamaban «el Padre», y la hora de meditación diaria se hacía generalmente leyendo sentencias medio místicas, medio ascéticas, extraídas de su libro *Camino*, cuyas ediciones se contaban por centenares, sus traducciones, por docenas, y sus ejemplares vendidos, por millones. Junto a los «socios numerarios» había otros que podían estar casados, que se autoobligaban a la práctica de determinadas devociones piadosas y que mantenían con los primeros relaciones de amistad, y no se sabía si de sujeción a las órdenes o consignas de los superiores.

Echevarrieta quedó literalmente pasmado al oír decir a Teresa Riquer:

—Mi marido pertenecía a estos últimos. Y yo también.

Santiesteban se acercó a ella bromeando y le tocó con un dedo en el hombro.

—Quería comprobar si sois de carne y hueso.

El señor del pelo gris, continuó:

—¿Queréis que os explaye mi interpretación personal de a qué se debe la creciente expansión del Opus en el terreno de la vida pública? Puede que yo esté equivocado… pero es así como veo las cosas. Para un creciente acercamiento a Europa y al mundo de Occidente, el Caudillo se ha propuesto desfalangizar el Estado. La Falange, a la que no pertenezco, aunque fui amigo personal de José Antonio (y cuya contribución heroica en la Cruzada es de todo punto de vista indiscutible, y que en la paz ha configurado decisivamente la organización del Estado), está vista con malos ojos por los que Franco desea, sin conseguirlo, que sean sus nuevos amigos: las naciones componentes del bloque occidental, y muy concretamente los Estados Unidos. La Democracia Cristiana o, por mejor decir, los hombres de centro-derecha que integraban la antigua CEDA estaban siendo utilizados por Franco desde hace tiempo para cubrir puestos importantes —Larraz o Martín Artajo, entre otros— y contrapesar la influencia de lo que Jesús Fueyo denominó «Expropiación fascista del Movimiento Nacional»… Pero del mismo modo que el Jefe del Estado tiene confianza en algunos de sus hombres, no la tiene en la Democracia Cristiana como tal. Siente una alergia especial por todo lo que signifique «movimientos

internacionales», ayudas del exterior, contactos políticos con hombres agrupados en grupos afines fuera de nuestras fronteras; de Gasperi, en Italia; Adenauer, en Alemania… Los partidos políticos están proscritos. Los monárquicos puros, lo mismo del ala dinástica que de la tradicionalista (salvo una mínima parcela), son leales a don Juan de Borbón… ¿Con quién podía contar Franco —teniendo en cuenta su mentalidad— para reemplazar paulatina y discretamente a la Falange considerada como el más firme apoyo que tuvieron dentro de España los alemanes e italianos durante la guerra mundial?

»Siendo ésta la situación, he aquí que comienzan a surgir unos hombres, los del Opus, bien preparados profesionalmente (administrativistas, economistas, juristas), que no pertenecen a ningún partido político, ¡palabra nefasta para los oídos de Franco!, y decide utilizarlos. Ésta es la explicación que doy a la creciente presencia de los hombres de monseñor Escrivá en el mecanismo del Estado.

En esto se acercó al grupo un hombre cincuentón, bajo de estatura, de pelo rizado, cabeza grande y anchísima sonrisa.

—¡Olé las mujeres bonitas, con salero y con lo que hay que tené! —exclamó, saludando a Maruja, y con un acento andaluz pronunciadísimo.

Besó la mano a Teresa, estrechó la de su acompañante, y se volvió hacia Echevarrieta.

—Parece increíble, señor ministro, que no hayamos coincidido nunca. Tenemos miles de amigos comunes. Soy Florentino Pérez Embid.

—Viene usted como anillo al dedo —le espetó Santiesteban—. Estábamos hablando precisamente de su partido.

—¿Y qué partido es ése?

—¡El Opus Dei, del que usted es gran jefe!

Florentino rió.

—Pero ¿ustedes os entretenéis en hablar de esas cosas? —dijo, destrozando la sintaxis—. ¡Yo no soy gran jefe de ná! ¡Ni jefe ni gran! ¡Lo que soy es un Directó Generá que ni pincha ni corta, que quiere ser ministro desde hase dies año y del que no se ha acordao nadie ni pa haserle susecretario! ¡De modo que ya ve usté qué gran jefe soy! ¿Y puedo saber qué es lo que decíais ustedes del Opus?

—Intentábamos definirlo —insistió Santiesteban—. Pero no hemos podido.

—Yo les ayudaré —dijo jovialmente. (Y extrajo de su cartera un papel arrugado escrito a máquina).

—¿Trae usted escrita la definición del Opus?

—Al menos la del más humilde de sus socios. ¡Y en verso! Eso de creer que los versos los hacen los poetas sólo a las mujeres guapas es una calumnia. Este verso me lo han hecho a mí.

Iba a comenzar a leerlo, pero se arrepintió.

—Esto de leer en verso se me da mu mal. ¿Quién de ustedes entre vosotros lee mejor en verso? A ver, Maruja, tú que eres artista.

Maruja leyó:

Viene después en la lista
—andaluz y cartesiano—
el más hábil falangista
que alumbró el sol sevillano.

El corazón puesto en Dios…

—Como debe ser —interrumpió Florentino.
Maruja prosiguió:

Los pies firmes en la tierra…

—¡Como debe ser también! —comentó el aludido.

… ama la paz, busca guerra,
¡cual Florentino no hay dos!

Político teocrático,
tiene un algo de arcangélico
otro tanto de socrático
y es menos aristotélico
que audaz, alegre y simpático.

—¡Olé! —se jaleó Pérez Embid—. Y escuchad ustedes lo que viene ahora. Ya veréis lo que es bueno.

Maquiavélico del bien,
por hábil, astuto y fino
—cilicio y Remy Martin
cielo y tierra ten con ten—
le decimos «florentino».

—Ahí tiene usté la respuesta —le dijo a Santiesteban—. ¿Pa qué buscarle tres pies al gato? «Cilicio y Remy Martin, cielo y tierra ten con ten…». Ahí está todo el secreto. Si yo fuera fiscal del último juicio, condenaría a los que no han reído nunca.

Bueno —rectificó—, lo cierto es que no condenaría a nadie.

Rieron todos de buena gana. Pérez Embid alcanzó una copa al vuelo, al paso de un camarero con bandeja, tomó a Echevarrieta del brazo, lo apartó del grupo, y le dijo:

—Ahora vamos a hablar en serio. ¿Me concedes tres minutos?

No fueron tres, sino muchos más, los que tuvo Echevarrieta para apreciar las extraordinarias cualidades humanas de aquel profesor universitario, tan pulcro al escribir como incorrecto en el hablar, la sólida formación humanística que poseía, y la claridad con que enjuiciaba la política del momento.

Maruja, desde lejos, señaló el reloj, indicando a su marido que era la hora de partir. Se encaminaban ya hacia la salida, cuando Juan Vilá Reyes le detuvo:

—José María —le dijo, tuteándole, cosa que no había hecho antes—. ¡Échame una mano con el ministro de Hacienda! Como corten los créditos a los pocos exportadores con garra que hay en España, seguiremos siendo eternamente un país de tercera.

Salieron. Era ya tarde y había poca circulación. La temperatura era espléndida. Despacharon el coche y decidieron regresar a casa «un pie tras otro». Había que matar el tiempo, pues aquella noche del 20 de julio de 1969 la pasarían en vela. El hombre —fugitivo de su hábitat natural— iba, por primera vez, a poner el pie en un cuerpo celeste distinto a nuestro planeta. Y gracias a la televisión, ante centenares de millones de testigos, los terrícolas verían a tres semejantes suyos descender sobre la luna.

El ministro de Agricultura entró en su despacho cruzando la secretaría. Le gustaba hacerlo así porque sólo con mirar a María Luisa se enteraba de antemano si la mañana se presentaba fácil o complicada. Aquel día otras razones le impulsaban.

—Tengo noticias para usted, María Luisa.

—Yo también para usted, señor ministro.

—¿Desagradables?

—Tal vez.

—Pues pase usted a mi despacho.

Entró el ministro, y tras él su secretaria.

—Antes de abordar lo fundamental, le diré que quiero pasar este fin de semana en Mallorca. Resérveme dos billetes de ida y vuelta para mi mujer y para mí. Desde la noche del viernes a la mañana del lunes. Y para que vea que soy considerado, le daré una buena noticia antes de que usted me dé la desagradable. Don Armando Riquer se ha acordado de usted en su testamento.

Asombrada por lo que oía, María Luisa alzó los ojos, interrogante.

—Ha dejado una manda que cubra la educación universitaria de todos sus hijos. Es decir, sólo de aquellos que concluyan el bachillerato. Los gastos del bachillerato

no los cubre. Aparte de eso, hay otra para usted y su marido.

Los ojos de María Luisa se humedecieron. Se la veía profundamente conmovida.

—Don Alejandro Bérgamo nos ha citado en su despacho, junto con don José María Ruiz Gallardón y doña Teresa, el próximo miércoles, a las once, para proceder a la lectura del testamento. Usted deberá asistir. ¡Vengan ahora las malas noticias con las que me amenaza!

—No son malas, exactamente. Digamos que son molestas… ¿Me permite fumar?

—Hágalo, por favor.

—Don Indalecio Criado, el gerente que usted designó en sus fábricas de maquinaria agrícola, ha recibido una carta muy cortés en que se le deniega el crédito a la exportación solicitado para este año.

—¿Razones? —preguntó muy seco José María.

—Falta de fondos.

Visiblemente irritado golpeó la mesa con ambas manos.

—¡No me sorprende! A una sola empresa le han concedido el año pasado… el 41 por ciento de los créditos otorgados al resto de los exportadores españoles. ¡Me lo dijo ayer muy satisfecho y orgulloso el propio beneficiario!

María Luisa preguntó, muy sorprendida:

—¿Estuvo usted ayer con don Juan Vilá Reyes?

Más sorprendido que ella, José María preguntó a su vez.

—¿Cómo diablos sabe usted que estuve con don Juan Vilá Reyes?

—Me lo acaba usted de decir… indirectamente.

La secretaria sonrió con aire candoroso.

—¿Puedo saber, María Luisa, a que se debe esa sonrisa mefistofélica?

—Me cuesta mucho creer, señor ministro, que no esté usted enterado de todo.

José María preguntó, enfadado:

—¿Qué quiere decir «todo»?

María Luisa movió sus pequeños brazos al aire. En realidad sentíase halagada de saber algunas cosas con anterioridad a sus jefes, pero le violentaba que ellos se sintieran humillados por eso.

—No puedo creer, señor ministro, que no sepa usted nada de lo que está ocurriendo.

—Yo sólo conozco los asuntos que dependen de este ministerio y lo que informan de los suyos en Consejo de Ministros los respectivos titulares.

—¿Y no han informado de lo que ocurre con el señor Vilá Reyes?

José María se enfadó:

—¿Qué demonios ocurre con el señor Vilá Reyes? ¿Y qué es lo que usted pueda conocer que yo no sepa? ¿Y cómo y por qué medios puede usted tener mejor información que yo?

—Como el caso lo merece, empezaré respondiendo a su última pregunta. Un primo mío —comenzó María Luisa con el mechero encendido en el aire— es pariente

político de Manuel Montesinos Sobrino.

Encendió lentamente el cigarrillo, y el ministro preguntó:

—¿Quién es Manuel Montesinos Sobrino?

—Un inspector de aduanas muy competente. Y no lo digo por ser contrapariente mío. Pues bien; Manuel Montesinos tuvo un pálpito, una sospecha, de que no todo era trigo limpio en las exportaciones de MATESA, ni en los créditos que se le concedían y que alcanzan cantidades estremecedoras. Hizo una investigación y comunicó a don Víctor Castro Sanmartín los primeros indicios.

—¿Quién es don Víctor Castro Sanmartín?

—¡El director general de Aduanas!

—¿Y qué indicios eran ésos?

—Ya se lo he dicho: que no todo era trigo limpio.

—¿Qué hizo el director de Aduanas?

—Ordenar una investigación a fondo. Y de los resultados obtenidos salen muy mal parados alguno de sus compañeros de Gobierno, y si usted me lo permite, señor ministro, me temo que todo el Gobierno va a quedar tocado del ala.

—¿Qué tiene que ver el Gobierno con…?

—Insisto en que hay cosas muy graves que comprometen muy seriamente al Gobierno del que usted forma parte.

—¿Y qué cosas son ésas, si puede saberse?

María Luisa apagó su cigarrillo y encendió otro; esta vez sin pedir permiso.

—¿Quiere usted, señor ministro, tener una conversación confidencial con mi primo? Además de su parentesco con el inspector de Aduanas, que inició el descubrimiento del cotarro, es funcionario del Banco de Crédito Industrial, que es la entidad encargada de conceder los préstamos oficiales. Creo que de este asunto sabe más que nadie.

—Prefiero llamar primero al ministro de… Bueno, no hace falta que pida usted la comunicación. Lo haré yo mismo por el teléfono rojo. Entretanto, consulte usted a su primo si estaría dispuesto a hablar conmigo a solas. Pero no le fuerce, ¿comprende? Si quiere hablarme… que me hable. Si tiene algún resquemor, buscaré otros medios de estar informado antes del próximo Consejo.

Salió María Luisa del despacho sin saber a quién quería telefonear su jefe, y éste marcó la clave que comunica directamente a los ministros entre sí.

—Perdona que te entretenga unos minutos. Me acaban de llegar unos rumores un tanto vagos e imprecisos que en caso de ser ciertos, no dejarían de ser inquietantes.

José María tuvo que apartar el oído del auricular, tal era de irritada y potente la voz de su colega.

—Si te refieres a MATESA, la palabra «inquietante» me parece un piadoso eufemismo. Lo que está ocurriendo es una vergüenza nacional.

—¿Lo que está ocurriendo, dices, o lo que ya ha ocurrido?

—Las dos cosas, José María.

—¿Qué es lo que sabes tú?

—Pues sé que en 1964, hace sólo cinco años, el saldo deudor de MATESA con el crédito oficial ascendía a 22 millones de pesetas, lo cual era una cantidad perfectamente normal dado el volumen de sus exportaciones. Pero al año siguiente, el saldo ascendía a 543 millones, lo que ya empieza a ser alarmante en alto grado. Toma nota de estas cifras porque conviene estar preparados para algún Consejo próximo. En 1966 la deuda de MATESA con el crédito oficial salta a 1971 millones, lo que es sencillamente intolerable. En 1967, hace sólo dos años, se llegó a los 4000 millones de pesetas de deuda, y el año pasado la espiral de los créditos recibidos e impagados alcanzó la bonita suma de 8202 millones. ¿No has perdido todavía la respiración? ¿Estás bien sentado para no caerte de espaldas? ¡Pues a lo largo de este año le han seguido concediendo créditos y más créditos como contrapartida a unas mercancías que no han sido exportadas!

—Echevarrieta interrumpió a su colega.

—¿Estás seguro de lo que dices? ¿Te consta que las mercancías no han sido exportadas?

—No en la cantidad que se declaraba. La diferencia entre la verdad y la mentira será el juez quien tendrá que establecerlo.

José María tragó saliva.

—¿Cuál va a ser tu actitud?

—La mía está clarísima. ¡Que cada palo aguante su vela!

—¿Crees que…?, comprendo que es muy fuerte decir esto…, pero ¿crees que ha habido cohecho?

—No me atrevo a decir tanto. Lo que es innegable es que hubo negligencia, incompetencia, ligereza y frivolidad. ¡No me hagas hablar más! ¡Que cada palo aguante su vela, vuelvo a repetir! ¿Que ha habido irregularidades? ¡Que se descubran! ¿Que ha habido caquexia mental? ¡Que se sepa! ¿Que estamos todos en la luna haciendo compañía a los astronautas Collins, Aldrin y Armstrong? ¡Que se sepa también!

—¿Piensas que se abordará el tema en el próximo Consejo de Ministros?

—Lo ignoro. Pero si Espinosa o García Moncó no lo plantean por sí mismos en algún Consejo próximo, yo mismo lo plantearé en cualquier otro. Y sin dejar pasar mucho tiempo. De eso puedes estar seguro.

—¡El asunto no puede ser más lamentable!

—Soy de la misma opinión.

—No te entretengo más. Un abrazo.

—Otro para ti.

José María presionó el timbre con fuerza.

—¿Cree usted que su primo estará dispuesto a sincerarse conmigo?

—Acabo de hablar con él. ¡Está deseando que alguien le escuche desde hace cerca de dos años!

—Pues dígale que venga. Y avise a mi mujer que no me espere para comer. Por favor, María Luisa, usted no se vaya.

El primo de la secretaria era un hombre extraordinariamente alto y corpulento, moreno de tez y de ojos, y con dos muy diversas pelambres: unos cabellos larguísimos y lacios que le cruzaban el cráneo, de sien a sien, intentando vana y vergonzantemente cubrir su calvicie, y unos bigotes pobladísimos e hirsutos, en forma de cepillo, que se pellizcaba constantemente al hablar. Tenía aspecto de hombre rudo y honesto. Se presentó muy ceremonioso ante Echevarrieta.

—Rogelio Raimúndez, para servirle, señor ministro.

—Querido amigo —le dijo José María—. Está usted frente a uno de los miembros del Gobierno cuyas actividades administrativas están lo más alejadas que cabe del tema que vamos a tratar. No le sorprenda, por tanto, mi absoluta ignorancia del asunto y mi correspondiente curiosidad de tener una información directa de lo que ha ocurrido.

—Es algo inexplicable, señor ministro. ¡Realmente inexplicable!

—Acláreme cuanto sepa.

El hombre del bigote en forma de cepillo ignoraba que Echevarrieta había sido cocinero antes que fraile; quiérese decir que había sido fabricante de maquinaria agrícola y exportador antes que ministro. Con esto (y con la experiencia que tenía el bueno de Raimúndez de las vaporosas nubes en que vivían algunos de sus colegas de Gobierno) comenzó su explicación del modo más sencillo posible, como la expondría un maestro de escuela a un niño ignorante y de pocas luces.

—Le pondré a usted un ejemplo práctico, señor ministro. Imagínese que el señor Vilá Reyes exporta seiscientos telares de MATESA a Portugal. Y que presenta los certificados de haberlos vendido. ¿Cómo funcionan en este momento los créditos? Se lo diré. De tres formas:

»1.ª Se le concede un crédito a la exportación de carácter inmediato, para cubrir los problemas de tesorería que se producen desde que el exportador ha recibido la orden de compra hasta que realmente su comprador le paga la mercancía.

»2.ª Al año siguiente, el Estado le dice: «Como has sido buen chico y has producido divisas al Tesoro, te voy a dar otro crédito distinto para que lo inviertas en fabricar más». Y se lo da, calculando lo que exportó el año anterior: es decir, en proporción con los seiscientos telares de nuestro ejemplo, vendidos a Portugal.

»3.ª Y añade la Ley: «Como no sólo has sido un buen muchacho, sino que has cumplido tu palabra, y has fabricado lo prometido, y has vendido en el exterior lo fabricado, te voy a dar un premio en forma de desgravación fiscal. Y calcularé este premio según lo fabricado y exportado cada año».

El pariente de María Luisa se pasó la mano por la calva, comprobando si los larguísimos pelos que llegaban al hemisferio occidental de su cráneo procedentes del

oriental seguían en su sitio.

—¿Me ha entendido usted bien, señor ministro? —preguntó tímidamente el visitante, que suponía que ser ministro y ser lelo era una misma cosa.

—Perfectamente —aseguró Echevarrieta, dándole ánimos.

—¿Todo? ¿Lo ha comprendido todo? —insistió Raimúndez, receloso.

—¡Sí, hombre, sí! Lo he entendido perfectamente. Por los seiscientos telares, según su ejemplo, que MATESA ha vendido a Portugal, al señor Vilá Reyes le corresponden tres clases de ayudas: un crédito a la financiación, un crédito a la exportación y una desgravación fiscal.

—¡Muy bien! —exclamó el hombre corpulento, satisfechísimo de la clarividencia mental de su interlocutor.

Se llevó la mano a su otra zona pilosa y se tiró del bigote en forma de cepillo cual si se lo quisiese arrancar pelo a pelo. A continuación, añadió:

—El ejemplo de Portugal no era una ficción que yo le pusiera a humo de pajas. Es un caso exacto. En efecto, a ese país se exportaron seiscientos telares; sus compradores los pagaron. Y en consecuencia, MATESA recibió las tres ayudas financieras de que hemos hablado antes. Todo hasta ahora parece perfectamente regular, ¿verdad?

—En efecto. Todo parece regular.

—Y todo seguía pareciendo correcto, hasta que mi pariente el inspector de Aduanas, Manuel Montesinos Sobrino, que es un águila, hizo una investigación directa en el mercado portugués, cumpliendo las rigurosas instrucciones del Director General de Aduanas, don Víctor Castro Sanmartín, que tenía desde tiempo atrás la mosca detrás de la oreja.

—¿Y qué ocurrió?

—Ocurrió, señor ministro, que de los seiscientos telares exportados al país vecino, en las fábricas textiles portuguesas no había instalados más que cuarenta. La diferencia es mucha… ¿no le parece? ¿Qué había ocurrido con los quinientos sesenta telares restantes? ¿Dónde estaban? ¿Quién los guardaba? ¿Quién los había comprado? ¿Quién los pagó? Y… sobre todo, ¿a quién podría interesarle comprar una mercancía inexistente?

—No me tenga usted en ascuas —le interrumpió José María—. ¿Quién los había pagado?

—Una sociedad portuguesa denominada Representaçoes de Maquinismo Iwer. ¿Y de quién era esa Sociedad? ¡De MATESA! ¿Se da cuenta? ¡MATESA vendía a MATESA! ¡MATESA se vendía a sí misma!

—¿Quiere usted decir que MATESA percibía los créditos de que hemos hablado por la exportación de seiscientos telares cuando sólo se habían vendido realmente cuarenta?

—Exacto. Exactísimo. Es usted un hombre clarividente. Se lo he intentado explicar cien veces a… ¡Bueno: prefiero no decirle a quién! Y no lo ha entendido

todavía.

—No soy tan clarividente como usted piensa, puesto que no acabo de entender con qué dinero pagaba la sociedad portuguesa el precio de los telares.

—Con el que la casa matriz le enviaba desde Madrid. ¿No lo entiende?

—Pero ¿de dónde procedía ese dinero?

—De lo que la familia Vilá Reyes percibía de las tres ayudas financieras que recibían en España, y de las que ya hemos hablado.

—¿Y cómo diablos lo sacaban?

—En maletas. Pero el ejemplo de Portugal, del que le he hablado primero, por ser también el primero que se descubrió, no es más que una bagatela comparado con otros. MATESA tenía veintiuna sucursales o empresas filiales distribuidas por Estados Unidos, Suiza, Alemania, Argentina, Venezuela, Líbano, Brasil, Perú, Méjico, Inglaterra y otras naciones. Y estas filiales compraban por el mismo sistema que la entidad portuguesa, con intención, supongo, de revender a terceros, cuestión ésta que sólo conseguían en cantidad mínima. El caso más esclarecedor es el de los telares enviados al puerto norteamericano de Charleston, para ser distribuidos desde ahí a todo el continente. Déjeme usted leer estas notas… En 1966, los telares enviados a Charleston fueron 660, pero de allí sólo salieron con otros rumbos 200; ¿qué se hacía con los 460 invendidos? ¡Nadie lo sabe! En 1967, se enviaron 1200, y sólo salió un centenar: ¿dónde están los 1100 que faltan?, ¡chi lo sa! En 1968 se empaquetaron para Charleston 1800 telares y únicamente se distribuyeron 88… Faltan 1712, y de ellos no hay rastro.

—Pero ¿qué hacían con los invendidos? ¿Tirarlos al mar?

—Pregúnteselo usted a su colega de Gabinete, el ministro de Asuntos Exteriores. Él sabe.

—¿Fernando Castiella? ¿Qué tiene él que ver con esto?

—No tiene nada que ver, pero posee un precioso informe del agregado comercial en la Embajada de España en Perú… y otro del agregado en Méjico, que no le va a la zaga.

—¿Qué dicen esos informes?

Raimúndez consultó su cuaderno de notas.

—La información exacta del Perú es ésta. De los 2233 telares que figuran vendidos en Lima, un 20 por ciento han sido efectivamente adquiridos por industrias textiles peruanas; 660 unidades se pudren en los muelles, sin que nadie los reclame (¡ni siquiera su compradora Iwer del Pacífico, que es, ¿cómo no?, filial de MATESA!), y el resto, o sea 1123 telares, ni existen, ni han llegado, ni están de camino: son humo, viento, polvo… ¡nada! Y sin embargo… MATESA ha cobrado las primas, desgravaciones y créditos como si hubiese vendido… ese polvo, ese humo, ese viento, esa nada.

Abrumado por lo que oía, Echevarrieta se llevó una mano a la frente. Recordó la conversación de días antes con el encantador, educado, sugestivo, brillante y atractivo

Juan Vilá Reyes y el concepto que éste tenía —y que expuso con tanto ardor— de lo que debería ser una «política exportadora agresiva».

—Dijo usted que el dinero para pagarse a sí mismos lo sacaban en maletas…

—O en baúles, señor ministro. O en «contenedores», dada su cantidad.

—¿Qué se calcula que exportó ilegalmente?

—Unos tres mil quinientos millones. Tal vez más…

—¿Y nunca se descubrió?

—Sí. ¡Y fue condenado a pagar 21 millones de pesetas de multa la última vez…! Pero ¿qué representaba eso para él si los abonaba con el dinero que le facilitaba el Estado poco después en cantidades infinitamente superiores?

—No le oculto, señor Raimúndez, que ésa es la parte más delicada de la cuestión; la que más compromete a alguno de mis colegas y de rechazo a todo el Gobierno. ¿Realmente le siguieron concediendo créditos, y en tan ingentes cantidades, después de saber que falseaba los documentos; que no fabricaba lo que decía; que no vendía lo que afirmaba y que se llevaba fuera de España el dinero que aquí le daban para fabricar?

El confidente del ministro miró a éste como si fuese un isidro recién llegado de la aldea, y tan simple como candoroso. Se arrancó varios pelos más del bigote y se puso en pie.

—¿Me permite que estire las piernas?

Las abrió en aspa como un marino en el puente del barco cuando éste se balancea, cruzó los brazos sobre el pecho, y habló con la satisfacción del opositor que ha tenido la buena estrella de que le tocara en suerte desarrollar ante el tribunal el tema mejor aprendido.

—La cronología es ciertamente escandalosa. ¿Le divierte al señor ministro que le echemos un repaso?

José María respondió con sequedad.

—Deseo, señor Raimúndez, que echemos ese repaso que usted dice, pero no porque me divierta, sino *a pesar* de desagradarme profundamente.

Un nuevo apéndice pilar fue arrancado nerviosamente por su dueño de las espesuras de su labio superior.

—Me he expresado mal, discúlpeme. El caso no es ciertamente divertido. Pero altamente esclarecedor. Anote usted, señor ministro, porque aquí está el nudo de la cuestión:

»1967. Manuel Montesinos Sobrino, mi pariente, descubre que en los documentos de embarque de las mercancías exportadas figura una cantidad que es superior a la real. Y lo denuncia. Poco después, el 21 de noviembre concretamente, se conceden a MATESA 500 millones de pesetas. Pero no olvide usted esto. ¡Ya había sido descubierto que además de la falsedad de aquellos documentos sacaba fraudulentamente fuera de España centenares de millones para poder pagarse a sí mismo desde el exterior los telares que decía vender y en realidad se vendía a sí

mismo!

—¿Cómo sabe usted que «ya» se sabía?

—Muy sencillo. Porque la condena del Tribunal de Delitos Monetarios lleva fecha 10 de octubre y la concesión del préstamo fue justamente un mes antes, cuando el delito ya cometido estaba en trámite de juicio. Pero imaginemos que no fuera así, y que el Banco de Crédito Industrial y la entidad aseguradora de esos créditos, que es la Compañía Española de Crédito y Caución, y el Instituto de Crédito a Medio y Largo Plazo, que es el enlace permanente y exclusivo de las entidades de Crédito con el Gobierno, y el Banco de España, cuyo gobernador es presidente del mismo, y el Ministerio de Hacienda que designa los altos cargos del Comité Ejecutivo del Banco, y el Ministerio de Comercio de quien depende el Instituto Español de Moneda Extranjera… lo ignoraran, ¡lo que ya es mucho ignorar! Bien: supongámoslo. ¡Pero cuando ya no podían desconocerlo es después de la condena! Y en 1968, como compensación por la multeja de 21 millones que le impusieron, recibió Vilá Reyes un saco de piñata con la friolera de cinco mil seiscientos millones. ¿Usted cree que se puede tolerar? Ni corto ni perezoso, el director general de Aduanas, don Víctor Castro Sanmartín, escribe una carta al del Instituto Español de Moneda Extranjera y le advierte lo que ocurre, lo que se investiga y lo que se sospecha, para que no se le dé un duro más. La carta de don Víctor Castro es del mes de marzo, y como respuesta a la denuncia, en el mes de septiembre, MATESA es agraciada con quinientos milloncejos más. Don Víctor Castro, tan escandalizado como pueda estarlo usted, o como lo estoy yo, inicia la redacción de un informe exhaustivo de lo que sabe y de lo que está en trance de averiguación. Y se lo entrega personalmente al ministro de Hacienda, señor Espinosa, el seis de diciembre, siempre del 1968. ¿Y sabe usted cuál fue el resultado? Que mes y medio después, el 28 de enero del año en curso, el Banco le otorga a Vilá Reyes el cupo de costumbre: otros quinientos millones. ¡Nada! ¡La propinilla de marras! Con la agravante, esta vez, de que el agregado comercial de España en Perú, señor Hidalgo de la Quintana, acababa de advertir al Ministro de Comercio lo que antes dije.

—Perdón por interrumpirle, amigo Raimúndez. Aun a costa de parecerle reiterativo, quisiera grabarme en la cabeza algo, que me preocupa en extremo. Me ha dicho usted que el crédito de 1967 se concedió cuando su pariente el señor Montesinos ya había iniciado una investigación acerca de unas supuestas irregularidades de MATESA.

—Sí, señor ministro.

—Y que tales irregularidades ya habían sido descubiertas.

—Sí, señor ministro.

—Y que el crédito de cinco mil seiscientos millones que le fue concedido el año pasado es posterior a haber sido condenado por exportación fraudulenta de monedas de curso legal.

—Sí, señor ministro.

—¿Qué más sabe usted?

—Lo que voy a contarle ahora ha ocurrido hace escasamente dos meses y medio. Con mayor exactitud el 30 de abril. En esa fecha, señor ministro… todo o casi todo ya se sabía. El Banco de Crédito Industrial estaba alarmadísimo. Piense que hoy día el director general de Seguridad ha dado la orden de que se impida la salida de España al señor Vilá Reyes, cuyo procesamiento se considera inminente, y lo que voy a contarle es de hace diez semanas, días más, días menos. Pues ¿a que no sabe lo que ocurre el 30 de abril? ¿A que no puede usted ni imaginarlo?

—Si yo lo supiera, amigo Raimúndez, no le habría rogado que viniera usted a informarme. ¿Qué es lo que ocurrió el 30 de abril?

—Aquel día se celebraba Comité en el Banco y, como es lógico, no estaba incluido en el orden del día concesión de crédito alguno a favor de MATESA. ¡Éramos ya gatos escaldados! Pues bien, don Juan Vilá Reyes telefonea al ministro de Comercio y le ruega que interceda para que el Banco de Crédito Industrial incluya en el orden del día la concesión de un nuevo crédito a MATESA, pues su tesorería estaba necesitadísima de este nuevo apoyo.

—¡Supongo que García Moncó le mandaría a hacer gárgaras!

—¡Esas gárgaras quisiera yo para mí! —comentó Rogelio Raimúndez, arremetiendo contra su bigote con tal firmeza, que Echevarrieta pensó que acabaría despoblándolo a pesar de su frondosidad.

—Lo que hizo su colega de Comercio —continuó— fue instruir a su director general de Política Comercial para que se hiciese lo que pedía Vilá Reyes. En efecto, al llegar al Comité del Banco, del que formaba parte, y después de informar a sus compañeros de las malas noticias que llegaban del exterior respecto a la no venta de los telares, rogó, en nombre de su ministro, que, a pesar de ello, se incluyera en el orden del día la concesión a Maquinaria Textil del Norte de España, S. A., del cupo de siempre: un cinco seguido de ocho ceros como ocho catedrales.

—¿Y se acordó concederlo? —gritó, incrédulo, Echevarrieta.

—¡Así se acordó! —suspiró, agotado, Raimúndez.

Echevarrieta sacudió la cabeza como lo hacen los perros al salir del agua. El solo hecho de formular la pregunta le avergonzaba.

—¿Cree usted que… que ha habido soborno?

—Para entender lo que ha ocurrido —respondió el medio gigante— no es estrictamente necesario pensar en eso. Yo no creo en el cohecho… En realidad no lo sé. Tal vez algunos regalos de poca monta… En España la gente se vende más por amistad que por dinero. Y Juan Vilá Reyes era amigo de todos. ¡Su entusiasmo por su telar sin lanzadera era contagioso!… Quiso hacer algo grande y lo hizo mal… Después se encontró atrapado en un cepo y no supo cómo salir de él, sino trampeando…

—¿Quiere usted decir haciendo trampas? Esas trampas se llaman delitos, querido Raimúndez, y están penadas por la ley.

—¡Ah, señor ministro! Eso es asunto de los tribunales de justicia. Lo que es indudable es que ha habido mucha ligereza… ¡y por parte de muchos!

Apenas Rogelio Raimúndez se hubo ido, José María llamó a su secretaria.

—Anule los pasajes para Mallorca —dijo lacónicamente—. Me temo que vamos a tener un verano caliente.

—¿Más aún, señor ministro? ¡Hoy ha hecho 32 grados a la sombra!

—No me refiero a la temperatura que marca el termómetro. Supongo que la crisis de Gobierno es inminente…

—¿Le dolerá, señor ministro, volver a la vida privada?

—Lo que me duele, y mucho, es pensar cómo un solo error puede echar abajo tantos aciertos. Pensaba que nuestro Gobierno pasaría a la historia como el que ha conseguido la mayor de las transformaciones habidas en nuestro pueblo desde hace siglos. Ahora se dirá de nosotros que somos los del «*affaire* MATESA». ¡Eso es lo que me duele!

Hizo un gesto de desaliento.

—Me apetecería ir al teatro y distraerme. Llamaré a mi mujer a ver qué…

—¿Ha visto usted *Las criadas*, de Genet?

—No me gustó nada.

—Dicen que tiene mucho éxito.

—Sí. Las gentes suelen aplaudir todo lo que no entienden para que no les tomen por tontos.

—En el Marquina siguen dando *La casa de las Chivas*, de Jaime Salom.

—Es una excelente comedia. Pero ya la he visto.

—En el Bellas Artes dan *Hay una luz sobre la cama*.

—También la he visto. Comuníqueme con mi mujer. Ella sabrá lo que «me» gusta. ¡Ah, espere! Hablando de mi mujer, ahora recuerdo que me pidió que no dejase de anotar un compromiso para el martes por la tarde.

—¡Ya lo tengo anotado, don José María! ¿Cómo puede usted pensar que una cosa así se me pudiera olvidar?

Aunque, después de la conversación con Raimúndez, el ánimo del ministro no estaba muy proclive al humor, no pudo menos de sonreír.

—Mi admiración por usted, María Luisa, crece de día en día. Concedo que hace unos minutos sabía usted de MATESA mucho más que yo… ¡Pero me niego a aceptar que esté usted enterada de lo que pienso hacer el martes por la tarde!

—Si no le parece irrespetuoso —dijo ella con una gran sonrisa— acépteme usted una apuesta. Y ya verá como lo sé. ¿Le parece que nos apostemos mil pesetas? Me vendrán muy bien para comprar unas chucherías a mis chicos.

—Antes de apostar. ¿Ha hablado usted por teléfono esta tarde con mi mujer?

—No.

—¿Y ayer?

—Mi palabra de honor: no he hablado ayer con doña Maruja.

—Entonces acepto la apuesta. Aquí están mis mil pesetas.

—Y aquí las mías —dijo ella depositando su «verde» junto al del ministro.

—Pues bien; confiese, María Luisa, que usted no puede saber, salvo que tenga comunicación directa con el diablo, que el martes me he comprometido con doña Maruja para asistir a una exposición de hierros de Pablo Serrano. ¡Aunque me lo jure no se lo creeré!

A la secretaria se le saltaron las lágrimas de tanto reír.

—¡Usted no irá el martes a esa exposición, señor ministro!

—¿Puedo saber por qué?

María Luisa se guardó con aire triunfal los dos billetes, mientras decía.

—El martes es la proclamación del Príncipe en las Cortes, con asistencia del Jefe del Estado y de todo el Gobierno.

Echevarrieta se dio por vencido.

—¡Es inútil luchar contra usted! Cuando nos echen a todos del Gobierno, por ineptos, la propondré al Caudillo para un cargo ministerial.

Y añadió, con seriedad.

—Desde luego, ¡usted no hubiera cometido las pifias que han hecho otros!

—¡No piense usted, más en ello! Por cierto, señor ministro, ¿puedo pedirle un gran favor? Me encantaría tener tres entradas de público para el día de la proclamación del Príncipe. Quiero llevar a mis dos hijos mayores. ¡Yo estoy muy contenta de la designación de don Juan Carlos! ¿Y qué me dice de ella? Tiene «oficio» de reina como otros lo tienen de electricistas o de estenógrafos. ¡Doña Sofía es estupenda!

—Intentaré conseguirle esas entradas. Y ahora llame a mi mujer, o no conseguiremos llegar a tiempo al teatro.

XXVI

DONDE SE RELATA LA PROCLAMACIÓN DE DON JUAN CARLOS COMO HEREDERO DE LA CORONA Y EL «BEAU GESTE» DEL FUTURO REY CON UN PERIODISTA ATRIBULADO

[1969]

El director de *ABC* apretó el auricular sobre su oído.

—Perdona, señor ministro, no te he oído bien… sí… sí… No por esperado me parece menos triste… Una injusticia histórica incalificable, ¡eso es lo que me parece! … ¿Qué día me dices? ¿El martes 23? Yo, como procurador, no he recibido todavía la convocatoria… Frac y condecoraciones… sí… Gracias por haberme advertido… ¿Votación secreta o pública?… No lo sabes… Depende del presidente de las Cortes… Es una manera de decir… Gracias de nuevo, señor ministro… Adiós…

Oyó el breve chasquido del teléfono al colgarse del otro lado del hilo y permaneció un instante en silencio con el aparato en la mano sin decidirse a colgarlo, como si esperara una imposible rectificación a lo que acababa de oír. Estaba abrumado y entristecido. Pulsó un timbre y entró un secretario.

—Galindo, pase usted con la máquina de escribir. Le voy a dictar…

Pulsó otro timbre. Entró otro secretario.

—Julián: no quiero que me interrumpa nadie mientras le dicto a Galindo, aunque se hunda el mundo.

—Don Pedro de Lorenzo tiene urgencia de hablar con usted.

—Dígale que en cuanto acabe de dictar le llamaré.

Encendió un cigarrillo, se puso en pie y comenzó a pasear lentamente por la habitación.

—Escriba usted: *S. A. R. el Conde de Barcelona… Villa Giralda… Monte Estoril… Estoril… Portugal…*

Dejó olvidado el cigarrillo humeante en un cenicero y encendió otro. Se acercó al mueble-bar y se sirvió una copa de *whisky* puro.

—Escriba usted: *Señor*, dos puntos y aparte.

Volvió a repetir para sí mismo: «Señor»… y dudó. No sabía cómo empezar. Creía tener las ideas claras y ahora las veía terriblemente confusas. Al fin, muy lentamente, balbució:

Con el ánimo profundamente abatido, pero sobreponiendo las ineludibles exigencias del momento a mi propia tristeza, escribo a Vuestra Majestad.

ABC, *que a lo largo de su historia ha tenido el orgullo de no abandonar jamás los puestos de vanguardia en la defensa de la Corona, se va a ver obligado en el plazo de muy pocos días a enfrentarse con este gravísimo dilema: o no defender a ultranza la pureza del orden sucesorio y la legitimidad del hijo y heredero de Alfonso XIII o desunir a los españoles en torno a la figura del hijo primogénito (y único varón) de Vuestra Majestad.*

El terrible dilema no es sólo de ABC, *sino que pertenece a la conciencia política de todos los españoles y muy particularmente a la de cuantos han sido leales desde el 14 de abril de 1931 a la Monarquía española y a las Personas que la encarnaron. Pero esos españoles no necesitan pronunciarse. Y los periódicos, sí.*

Sería anacrónico analizar ahora las causas que han coadyuvado a crear esta situación; sería trivial lamentamos de la forma en que ha sido provocada; sería inútil extendernos en la injusticia histórica que representa para Vuestra Majestad, pues frente a todas estas consideraciones se alza un hecho político inmediato: el general Franco, que tiene en sus manos desde hace 30 años las riendas de un poder (que es inimaginable que nadie, salvo la muerte, le pueda arrebatar), proclamará el próximo día 22 de julio de 1969 como sucesor y heredero de este poder, no al titular de los Derechos dinásticos; tampoco a un Regente cuya misión encubierta sería la de modificar paulatinamente las Leyes Fundamentales hacia fórmulas más y más republicanas; ni a un general del Ejército que prolongara la situación de fuerza manteniendo indefinidamente la incertidumbre institucional… sino al hijo de Vuestra Majestad.

Frente a esta cuestión de hecho los periódicos no tienen otra opción que apoyar o combatir lo que ya habrá sido resuelto por las Cortes (y con amplísima mayoría) a favor de la solución propuesta por el general Franco el próximo día 22. Combatirlo, equivaldría a abrir (en el país de las guerras carlistas, aún no cicatrizadas) un nuevo pleito dinástico. Apoyarlo, sacrificar la pureza del orden sucesorio, y, para mí, la devoción y el amor que tengo como español a Vuestra Majestad, sólo superado por mi amor a la Monarquía y a España.

El director del periódico hizo una pausa. Su secretario la aprovechó para decir algo.

—Tengo entendido que un grupo de españoles va a dirigirse a Estoril para pedirle a don Juan que haga unas declaraciones contrarias a la proclamación del príncipe y reivindicando sus propios derechos…

—¿Está usted seguro?

—De que don Juan vaya a hacer esas declaraciones, no. De que van a pedírselo, desde luego. Tengo los nombres anotados en Secretaría. Después se los pasaré.

—Le agradezco la información. Aludiré a ello en el párrafo siguiente. Escriba usted:

Si cualquier posición de recelo por parte de este periódico respecto a la solución propuesta equivaldría a la apertura de un nuevo cisma dinástico y de limitación al apoyo masivo que tanto necesitará el Príncipe de Asturias, vuestro hijo, en el futuro, ¿qué no decir de una eventual declaración de Vuestra Majestad?

El público enfrentamiento entre padre e hijo sería un mal irreparable para la Institución y para España. La simple expresión de un recelo o de un no reconocimiento de la situación legal de hecho con la que va a enfrentarse el Príncipe en la inmediata convocatoria de las Cortes sería, por lo mismo, tan grave como lamentable. ¿Se imagina Vuestra Majestad a quien hoy se atreve a firmar esta carta votando, como procurador en Cortes, en contra del Príncipe, vuestro hijo, al lado de los huguistas y los republicanos? No obstante, esto es lo que haré por lealtad a Vuestra Majestad, si Vuestra Majestad no apoya de una o de otra manera la única solución que nos ha sido dada: de la que no somos responsables, pero que está ahí, al alcance de las horas, como un hecho irreversible.

Escribo todo esto, como antes dije, con inmenso dolor; sacrificando, al escribirlo, mis anhelos más arraigados; posponiendo mis sentimientos a una realidad que, no por disgustarme, deja de ser la realidad.

La Historia reconocerá algún día las virtudes heroicas de Vuestra Majestad y la ejemplar dignidad —como rey y como hombre— de todas sus actuaciones. Quizá la más grande y la más difícil de todas estas virtudes sea la que mueva su ánimo para un nuevo sacrificio que la hora presente parece exigir de Vuestra Majestad. Sacrificio incomparablemente mayor al que representa para mí anteponer la claridad de juicio, para escribir esta carta, al hondo abatimiento de mi espíritu.

Señor, a los RR. PP. de Vuestra Majestad,

Entre los cigarrillos olvidados, que encendió y no fumó, y los consumidos entre sus labios, llenaban varios ceniceros. Se hizo leer la carta en voz alta. Percibía mejor las posibles faltas de sintaxis por el oído que con los ojos. Después la firmó sin rúbrica, como exige el protocolo cuando se escribe al rey.

—Dígale a don Pedro de Lorenzo que puede venir.

Entretanto, marcó el número del duque de Alburquerque.

—Beltrán —le dijo—, tengo una carta para el rey que no quisiera confiar al correo… Sí, sí: estoy enterado y de eso trata mi carta… De ahí la urgencia de que don Juan la reciba cuanto antes… De acuerdo… Ahora mismo te la mando con un motorista. Gracias, Beltrán… Un abrazo.

Colgó y advirtió frente a él la mirada inteligente de Pedro de Lorenzo, escrutándole el humor.

—Adelante, Pedro. Siéntate. El editorial de mañana no va a ser fácil.

Maruja esperaba impaciente a su marido.

—¿Son verdad los rumores que corren?

—¿Qué rumores, Maruja?

—Los del Consejo de Ministros.

—Vengo directamente de El Pardo. ¿Cómo puedes saber…?

—Mi padre me ha telefoneado para preguntarme si es cierto que Franco os ha hablado de la ceremonia de mañana en las Cortes.

—Tu padre, querida mía, es un cotilla. ¿Cómo ha podido enterarse?

—No se lo he preguntado. Pero dime. ¿Es cierto o no?

—Sí, es cierto. Nos ha trazado las líneas generales de su discurso de mañana. Ha hablado largamente de los motivos que le han impulsado a tomar esta decisión fundamental. Y nos ha leído la carta que ha dirigido al conde de Barcelona.

—¿Franco ha escrito al rey?

—Me temo mucho, Maruja, que a partir de ahora ya no debes llamarle el rey, sino simplemente el conde de Barcelona, o si quieres el Jefe de la Casa Real Española. Pero el rey, no. Don Juan no será nunca rey…

—¡Es el rey! ¡Don Juan es el rey!

—¿Quieres o no quieres que te cuente lo que ha ocurrido hoy en el Consejo?

—Estoy deseándolo.

—Pero te lo cuento a ti. No a tu padre. ¿Está claro?

—Seré discreta. No me tengas en ascuas.

José María informó a su mujer:

—Así como otras veces Franco se limita a escuchar lo que dicen los ministros, hoy ha sido él quien ha tomado la palabra. Ha analizado los motivos de su decisión. Y nos ha leído la carta que ha dirigido a don Juan.

—¿Tienes copia?

—No, Maruja. No tengo copia, pero sí memoria. La carta estaba encabezada de un modo un tanto singular. Decía simplemente: *Infante*, y después dos puntos. La idea era ésta: *Sé que la decisión que será tomada mañana en las Cortes producirá diversidad de sentimientos en Vuestra Alteza. De un lado no podrá dejar de satisfacerle la seguridad de la instauración de la Monarquía en la persona de su primogénito, el príncipe don Juan Carlos. De otro, no es imposible que le produzca cierta amargura no ser Vuestra Alteza el designado. Razones muy profundas, y tras una larga meditación, me han impulsado a ello. Estoy seguro que el patriotismo de Vuestra Alteza sabrá posponer su decepción a su alegría. Firmado, Francisco Franco*.

—¿Lo que me has dicho es textual?

—No, Maruja. No lo es. Te he dicho el sentido; lo que me ha quedado en la memoria. María Luisa, mi secretaria, me ha pedido entradas para acudir a las Cortes mañana. ¿Quieres que consiga otras para ti?

—No. Yo no quiero.

El hemiciclo de las Cortes estaba abarrotado. En las tribunas públicas no cabía un alma. La etiqueta exigía a los procuradores vestir frac o uniforme y los estrados eran una constelación de oros, platas y esmaltes de las condecoraciones. El cuerpo diplomático lucía la gama más variada de atuendos de gala que imaginarse pueda; desde los azules bordados en oro de los embajadores europeos hasta las sedas rojas, amarillas o celestes de los representantes africanos. Se respiraba el clima de los grandes días; de los acontecimientos históricos.

El Caudillo leyó de pie, caladas las gafas; las manos que sostenían las cuartillas, algo temblorosas; la voz, muy mermada por la edad, sonaba débil a pesar de la ampliación sonora que le daban los altavoces; el silencio de la sala estaba denso de expectación. Nadie se movía, ni murmuraba, por no perder una sílaba o la entonación dada a una palabra o una frase. Aludió varias veces a su edad, al paso del tiempo, y empleó términos militares al referirse «al día en que faltara mi capitanía».

Hizo alusión a la evolución del Sistema por él creado —Sistema «perfectible», pues dejaba abierto el camino para futuras modificaciones—; y afirmó que desde las primeras leyes dictadas durante la conflagración civil *se consideró, cuando hubiéramos dado cima a la ingente tarea de la reconstrucción espiritual y material de España (y si las conveniencias políticas y los sentimientos del país lo aconsejaban) de llegar a instaurar en la Nación el régimen secular que forjó su unidad y su grandeza histórica.*

Una larga ovación acogió estas palabras. No sólo el hemiciclo en pleno (con raras y contadísimas excepciones) se puso en pie, sino que arriba, en los estrados y palquillos dedicados al público, muchos asistentes hicieron lo mismo. Se refirió con grandes elogios a la personalidad del príncipe don Juan Carlos, a su formación militar y universitaria, a sus virtudes humanas y añadió que en él confluían las dos ramas dinásticas que determinaron «las pugnas sucesorias del siglo pasado». Culminado el proceso institucional «esta designación asegura la unidad y la permanencia».

Éstas son las razones —concluyó— *por las que yo os pido vuestra aprobación a esta propuesta que supone el desarrollo normal de un proceso previsto en nuestras leyes en beneficio de la Nación española… Por ello, para cumplir las previsiones sucesorias, se instaurará en su día la Corona en la persona que hoy proponemos como sucesor, mediante la aprobación de la ley a que va a dar lectura el señor presidente de las Cortes.*

Por doce veces fue interrumpido Franco con ovaciones durante la lectura de su

discurso. Aquélla era la culminación de su obra y su tarea. Era como un testamento leído en público. Había ya en sus palabras alusiones veladas a su última y definitiva despedida y las Cortes así lo entendieron.

Concluido el discurso del Jefe del Estado, el presidente de las Cortes, don Antonio Iturmendi, anunció que se iba a proceder a votación nominal y pública. El secretario, señor Romojaro, leería por orden alfabético los nombres de los procuradores y éstos, puestos en pie, deberían responder «sí», o responder «no», o decir «me abstengo».

La atención se centraba en determinadas personas, cuyas ideas hostiles a la Monarquía eran de sobra conocidas, y también en aquellas que habían pertenecido al Consejo Privado del conde de Barcelona o que, sin haber pertenecido nunca a este cuerpo, las gentes conocían su criterio de que el orden sucesorio no debía ser alterado. Entre éstos, la mayoría dijeron «sí»: Joaquín Bau, Juan Manuel Fanjul, Alfonso García Valdecasas, marqués de Valdeiglesias, Pilar y Miguel Primo de Rivera… Hubo largos rumores al escuchar el «no» del general García Valiño y el «no» de Luca de Tena. Y los *flashes* de los fotógrafos iluminaron repetidamente sus rostros; muy satisfecho el del primero; apesadumbrado y entristecido el del segundo.

Concluido el acto, un periodista se acercó a Torcuato Luca de Tena lápiz en ristre.

—¿Cuál ha sido su voto?

—Negativo.

—¿Es contraria su posición a las Leyes Fundamentales del Reino?

—En modo alguno. Acato y acataré siempre en mis actuaciones personales y en mi vida pública las leyes de mi país. Dentro de este marco legal, el Jefe del Estado ha hecho una propuesta a las Cortes, y yo, como procurador, he respondido a la pregunta que me ha sido formulada de acuerdo con mi conciencia.

—¿Por qué ha sido su voto negativo?

—Porque considero la Monarquía como la más perfecta institución para España y considero el orden sucesorio como la mayor y más perfecta virtud de la Monarquía.

—Las Cortes, con amplísima mayoría, han votado afirmativamente. ¿Cuál será a partir de ahora su actitud?

—Reconocer la decisión histórica que ha sido tomada y sacrificar mi pesadumbre al acatamiento y servicio de lo que, con mi voto en contra, han resuelto las Cortes. Hay que entender, por tanto, mi voto como formulado en defensa de la pureza de la institución que encarnará algún día, y confío que para gloria y grandeza de España, el príncipe don Juan Carlos.

Al regresar a su despacho en el periódico, Luca de Tena encontró un telegrama en el que se le comunicaba que el príncipe le invitaba al día siguiente a la ceremonia que habría de celebrarse en el Palacio de la Zarzuela, donde la Mesa de las Cortes, encabezada por su presidente y por Antonio Oriol, como notario mayor del Reino, comunicaría oficialmente a don Juan Carlos la trascendental elección de la víspera.

El director de *ABC* mandó llamar a Julián Cortés-Cavanillas, que actuaba a la

sazón de jefe de su Secretaría.

—Julián: me hace el efecto de que este telegrama me ha sido enviado desde la Zarzuela con anterioridad a las votaciones. Al invitarme, el príncipe desconocía que yo iba a votar «no».

—¿Qué piensas hacer?

—Me gustaría que telefonearas personalmente al jefe de la Casa Civil del príncipe y le plantearas a Mondéjar mis dudas. Y que éste consulte con don Juan Carlos si mantiene o no la invitación que me ha cursado.

Nicolás Cotoner, marqués de Mondéjar, consideró que el caso merecía evidentemente ser consultado y preguntó al príncipe qué debía hacer. Éste no titubeó al responder que la invitación se mantenía.

Al día siguiente Emilio Romero y Torcuato Luca de Tena coincidieron a la puerta del Palacete de la Zarzuela y penetraron juntos al gran *hall* de entrada donde estaban congregadas numerosas personas: Iturmendi, Antonio María Oriol, el conde de Mayalde, Carrero Blanco, en uniforme de almirante; don Gonzalo y don Alfonso de Borbón Dampierre, el infante don Fernando de Baviera, el arzobispo de Madrid-Alcalá, monseñor Morcillo; el director del *Ya*, del mismo apellido, y otros directores de diarios de Madrid y Barcelona.

No estaban presentes ni la infanta Pilar, ni la infanta Margarita, hermanas del futuro rey. Tampoco lo estuvieron, por la tarde, en la solemnísima sesión de las Cortes, en que don Juan Carlos aceptaría su proclamación. Ni ellas, ni sus tíos carnales las infantas Beatriz y Cristina y el infante don Jaime, hijas e hijos de Alfonso XIII, el último monarca reinante.

Corría el rumor de que la infanta Pilar había telefoneado a su augusto padre a Estoril para consultarle si debía o no asistir a la ceremonia de proclamación de su hermano Juan Carlos. Y que el conde de Barcelona, al responderle, ocultó su tristeza con unas palabras castizas que no eran jocosas a pesar de su enunciado:

—Hija mía. Yo ya he cerrado la tienda. Haz lo que te pida el cuerpo.

Sin comprender a qué se debía, Luca de Tena vio avanzar hacia él al jefe de la Casa Civil del príncipe.

—Me dice Su Alteza que pases a su despacho. Quiere hablarte antes de que empiece la ceremonia.

No poco turbado ante tan insólita llamada, el director de *ABC* siguió a Nicolás Cotoner. El príncipe estaba vestido con uniforme blanco de marino. Posó sus manos sobre los hombros de quien le había negado su voto el día anterior y le dijo estas palabras, no por nobilísimas menos inesperadas:

—Te he llamado para darte las gracias de corazón por la lealtad que has demostrado a mi Padre.

—Señor, bien sabe Vuestra Alteza cuál era el sentido de mi voto…

—Lo sé, lo sé. Y por eso he querido darte las gracias.

Le estrechó la mano; Luca de Tena hizo una inclinación de cabeza y salió

profundamente conmovido del *beau geste* del futuro rey.

XXVII

El Consejo de La Coruña, las tensiones ministeriales y un interludio con el colchón de agua al fondo

[1969]

El 14 de agosto de 1969, a los veintidós días de la proclamación del príncipe y al mes de haber estallado el escándalo MATESA, se celebraba Consejo de Ministros en el Pazo de Meirás, residencia veraniega del general Franco. Los ministros estaban profundamente divididos. El grupo de los tecnócratas —en cuya designación había intervenido muy directamente el binomio Carrero-López Rodó— estaba enfrentado con algunos de los ministros procedentes del Gobierno anterior que acusaban a los primeros de haberse dejado engatusar por el ángel personal y dialéctico del exportador agresivo Juan Vilá Reyes, víctima él también del optimismo ambiente provocado por la larga serie de éxitos alcanzados: alcanzados por gentes más previsoras, más cautas, mejor preparadas. Y más respetuosas con las leyes. Aunque aquel Consejo de Ministros, y el siguiente que tendría lugar en San Sebastián, pasarían a la pequeña historia con el apodo de MATESA, otro mar de fondo agitaba los ánimos ministeriales: la lucha por el poder. La Ley Orgánica preveía la separación de la Jefatura del Estado de la del Gobierno. Y aunque Franco no accedió todavía a ello, los distintos equipos se preparaban a marchas forzadas para esta coyuntura. Se hablaba de la formación de un Gobierno monocolor, de hombres muy unidos entre sí en sus fines y sus propósitos y que fuera el último Gobierno de Franco, ya que los achaques de su salud eran fuente de continuos rumores, sobresaltos y comentarios, unas veces ciertos y otras no. Este Gobierno futuro estaría presidido por Carrero y sería el designado para afrontar los días de la transición y ser el sucesor y continuador del Sistema. ¿Qué ocasión mejor, para quienes dentro del Gobierno no pensaban lo mismo, que utilizar el arma del escándalo MATESA como medio para desbaratar esos planes que consideraban inviables? Para que el Gobierno estuviese escindido no era estrictamente necesario que fuera cierto lo de la utilización del escándalo. Bastaba con que un grupo acusara al otro de pretenderlo para que la escisión fuera un hecho.

Por otro lado, los más expertos en «francología» creían haber advertido en el Jefe del Estado frases a las que daban valor definitorio. El ministro de Trabajo, Jesús Romeo, había tomado la iniciativa de reclutar en varios países de América multitud de emigrantes españoles, fletar un barco para ellos e invitarlos a pasar unas vacaciones en la patria, a la que muchos no habían regresado jamás desde su lejana partida. Las escenas de los recién llegados fueron emocionantes en alto grado. Los encuentros de madres e hijos, hermanos y hermanos, llenaron de lágrimas los ojos de cuantos, por la televisión o los relatos de los periódicos, tuvieron una información directa del entrañable suceso. Franco escuchó inmutable el relato del ministro autor de la iniciativa, y se limitó a preguntar:

—¿Quién pagará la operación?

Los «francólogos», al oírlo, se dijeron:

—¿Jesús Romeo?, ¡sentenciado!

Bien conocida es la atención prestada por Castiella a la reivindicación de Gibraltar. Cuando, años más tarde, el exministro de Asuntos Exteriores fue elegido académico de Ciencias Morales y Políticas, su recipendario, José María de Areilza, dijo estas nobles y justísimas palabras:

«Es preciso proclamar porque es de justicia y lo reconocen los propios antagonistas que en el proceso [de Gibraltar] que afecta a la integridad de nuestro territorio nacional, nunca se había llevado a término un intento tan serio, ni tan bien preparado en el terreno jurídico y diplomático, para lograr la restitución anhelada que las Naciones Unidas sentenciaron a nuestro favor una y otra vez. En la historia diplomática de España se escribirá que la operación montada y dirigida por Castiella en el supremo foro internacional es una piedra miliar que señala el “antes” y el “después”. Ningún hombre de Estado español, de cualquier filiación que sea, dejará en el mañana de partir de la situación lograda por él en el largo, embrollado y doloroso pleito que hiere cotidianamente nuestra sensibilidad nacional con la espina foránea de su presencia».

Con esto y con todo, ante determinadas medidas adoptadas por Castiella para el bloqueo de Gibraltar, Franco comentó:

—Todos los españoles anhelamos la restitución del territorio usurpado. Pero el único español que no debe apasionarse por ese tema es el ministro de Asuntos Exteriores.

Los «francólogos» comentaron para sí.

—¿Castiella?, ¡sentenciado!

Carrero y Franco comentaron que, con la libertad de información, algo que se parecía mucho a la pornografía comenzaba a invadir los escenarios. Y que en las librerías aparecían textos de Mao, Marx y Lenin. Franco frunció el ceño.

Los «francólogos» interpretaron el ceño y anunciaron:

—¿Fraga?, ¡sentenciado!

«El hombre propone y Dios dispone», dice el refrán. Y el tiempo se encargaría de

demostrar o desbaratar la vanidad de muchas predicciones. Pero en aquellos días la situación era ésa y los «futuribles», los dichos.

Aunque muchos de los ministros convocados para el Consejo habían llegado a Galicia con varios días de antelación —entre otros Echevarrieta Letelier—, Maruja se opuso a que, en aquellas circunstancias, se dedicara a cotillear con unos o con otros. Y le aconsejó prudentemente que escurriera el bulto y se dedicara a hacer turismo.

—Por tu designación perteneces al grupo de los tecnócratas —le dijo—. Y por las manifestaciones de tu criterio, al de Fraga, Castiella y Solís.[9] ¿Para qué has de dar la cara en un asunto tan turbio que no te afecta? ¡Turismo! Eso es lo que hemos de hacer estos días… ¡Eres el hombre menos «viajado» del mundo!

—Tienes toda la razón. Para vergüenza mía he de confesar que casi no conocía Galicia. En los Consejos de años anteriores sólo estuve de aeropuerto en aeropuerto.

No fue mucho lo que pudieron recorrer, pero no les faltó tiempo para visitar La Toja, conocer Pontevedra —que les cautivó—, patear las calles del viejo Santiago, conocer la Torre de Hércules (que, según aprendieron, era el faro más antiguo del mundo; tanto, que fue restaurado por el emperador Trajano, pues ya en el siglo II de nuestra era, cargado de siglos, se derrumbaba de puro viejo) y recorrer por mar las Rías Bajas. Zarparon del puertecito de Bayona, al pie del castillo amurallado del conde Gondomar —primorosamente reconstruido y convertido en parador de turismo por Manuel Fraga—; pescaron, junto a las islas Cíes, tres reos de buen tamaño y sabor exquisito, que mandaron asar en una chabola de pescadores en Cangas, y que regaron con vino blanco del Condado; y en días sucesivos se hartaron de vieiras, ostras, centollos y sabrosísimos pimientos dulces de Padrón, hasta el extremo de engordar casi tres kilos en una semana. El doctor Gil —médico de cabecera del Generalísimo y que tenía a éste sometido a una prudente dieta— se dio cuenta de ello. Y tras saludarle, le dijo:

—Señor ministro, me hace el efecto de que estás engordando. ¡Cuídate!

Y la propia Maruja, alarmada, se medía cada noche el perímetro de las caderas y la cintura. ¡Ah, pero no era fácil resistir ni a la cortesía de sus anfitriones gallegos ni a la excelencia de su cocina!

Echevarrieta había conocido el Pazo de Meirás cuatro años antes, con motivo del primer Consejo allí celebrado recién ascendido a ministro. Profundo conocedor de la literatura de doña Emilia Pardo Bazán, que nació, vivió y realizó la mayor parte de su obra de creación en este lugar paradisíaco, no pudo menos de evocar a la eximia escritora gallega. El único hijo varón de esta mujer excepcional, el conde de la Torre de Cela, fue asesinado por los rojos en los primeros días de la contienda. El primogénito de éste, y único nieto de doña Emilia, Jaime Quiroga y Esteban de Collantes, que acababa de cumplir los dieciocho años, fue igualmente sacrificado por las turbas. Con lo que se truncó toda posible descendencia de esta gran figura de

nuestras letras, ya que sus otras dos hijas, Carmen y Blanca, la primera murió soltera y la segunda no tuvo hijos. Esta última, marquesa viuda de Cavalcanti, vendió la propiedad por una cantidad puramente simbólica a una comisión recaudadora de fondos que tenía como propósito donar las Torres de Meirás a Francisco Franco. Don Julio Muñoz Aguilar fue uno de los promotores de la idea, a la que contribuyó con entusiasmo don Pedro Barrié de la Maza, a quien, años más tarde, Franco concedió el título de conde de Fenosa. Como este título respondía a las siglas de Fuerzas Eléctricas del Noroeste de España, S. A. (que era una de las muchas admirables empresas creadas por este activo industrial y benemérito financiero y mecenas), los eternos creadores de donaires decían que el suyo era el único título nobiliario que se cotizaba en Bolsa.

Los Consejos de Ministros se celebraban en el comedor del Pazo, que estaba decorado con bodegones de temas cinegéticos pintados al óleo por el general Franco, quien, al igual que otros estadistas (Churchill, Hitler, Antonio Maura y el propio Carrero Blanco), cultivaba este arte como distracción.

Y las Comisiones Delegadas del Consejo —más reducidas— tenían lugar en la biblioteca de la que fue gran polígrafa, novelista y poetisa gallega. Las cuatro paredes estaban forradas de libros encuadernados, y al valor documental de los textos de doña Emilia Pardo Bazán había que añadir el estético, pues era una pieza en alto grado noble y señorial.

En esta biblioteca vivió José María un episodio que no podría olvidar. Era en aquel entonces ministro de Educación y Ciencia el profesor Lora Tamayo. Muchos años antes, el ilustre científico había sufrido un dramático accidente en Santiago de Compostela. Asistía a un congreso de estudiosos que allí se celebraba, cuando el techo se derrumbó, precipitándose al abismo entre cascotes, vigas y materiales cuantos congresistas se hallaban reunidos. Hubo varios muertos, entre otros la esposa del propio profesor Lora; y éste sumó a aquella irreparable desgracia la pérdida de una pierna en la catástrofe. Así como la mano ortopédica e inmóvil de José María era inocultable, salvo por el delator guante negro que la cubría, la pierna ortopédica del ministro de Educación pasaba inadvertida para todos, de suerte que muy pocos conocían su invalidez.

De aquí la sorpresa que supuso para los ministros reunidos en la Comisión Delegada, cuando el profesor Lora interrumpió al Caudillo, que estaba en el uso de la palabra, para informarle de lo que acababa de ocurrirle y que le obligaba a ausentarse sin más tardanza de la reunión: había perdido una de las piezas de sujeción que unían la pierna ortopédica al muñón y precisaba reparar esa pequeña desgracia con la mayor urgencia.

Acompañado de otros ministros, encogido el cuerpo para poder sujetar con las manos la pierna falsa a la verdadera, el ministro de Educación abandonó la sala.

De esto habían transcurrido ya varios años.

José María no pudo menos de recordarlo al cruzar el umbral del Pazo de Meirás,

donde, entre otros puntos a tratar, estaba un asunto tan noble como un proyecto de Ley de Seguridad Social de los Trabajadores del Mar; uno tan inquietante como la elevación en un 5% de las tarifas de energía eléctrica; y uno tan burdo y escandaloso como el de la lluvia de créditos oficiales entregados a, e indevueltos por, Maquinaria Textil del Norte de España, S. A.

Desde que el ministro de Agricultura tuvo la primera noticia de lo que en seguida se vino a llamar «escándalo MATESA», los hechos se habían precipitado vertiginosamente. El ministro de Hacienda, señor Espinosa, había trasladado ¡al fin! al Tribunal de Delitos Monetarios las pruebas que don Víctor Castro le había entregado en diciembre del año anterior. La Junta de Accionistas de MATESA y la familia Vilá Reyes, entendiendo que no podrían nunca reembolsar los créditos que con tanta largueza les fueron concedidos, ceden la totalidad de sus acciones a la Administración Pública. El 17 de julio el Juzgado se incauta de los documentos y correspondencia; y se descubre, no sin asombro, que la sociedad carece de libros de contabilidad. El 28, don Juan Vilá Reyes es detenido en su propio domicilio. Su hermano Fernando y su cuñado Manuel Salvat Dalmau ingresan en la cárcel de Carabanchel. Los periódicos publican la noticia y el público de la calle se entera por primera vez de lo que hasta entonces eran sólo rumores y conocimientos a medias por parte de algunos altos cargos de la Administración. Ministros hubo que sólo entonces supieron lo que acontecía. El 8 de agosto se incoa expediente contra el vicepresidente de MATESA, don Antonio Trius, quien se presenta voluntariamente y se pone a disposición de la justicia. Seis días más tarde, Echevarrieta Letelier penetraba, irritado, apesadumbrado y avergonzado, en el Pazo de Meirás, donde había de celebrarse un Consejo de Ministros trascendental.

A la mañana siguiente Maruja leyó a su marido las declaraciones que Fraga Iribarne había entregado la víspera a los periodistas convocados a tal efecto en la Delegación Provincial de Información y Turismo de La Coruña. Fraga decía la verdad, toda la verdad y nada más que la verdad. Pero ni el país ni el Gobierno estaban acostumbrados a tales sinceridades cegadoras.

Desde La Coruña, el matrimonio Echevarrieta —con un breve interregno en Madrid, donde la temperatura era sofocante— se trasladó a Mallorca.

Cuando Maruja se despertó, empezaba a amanecer. Se deslizó de la cama sin hacer ruido por no despertar a José María; preparóse un café y salió al jardín. Con el claror del alba ya no quedaban estrellas. Sólo Venus brillaba por el poniente, encima de las colinas.

Maruja descendió la breve escalera, entre pinos, que unía el jardín con el embarcadero y se sentó en una roca, al borde del agua, los pies en el mar.

Vio emerger el sol por la raya del horizonte y deshacerse una nubecilla que semejaba una hilacha de lana que se desflecaba hasta desaparecer. El mar estaba

quieto. Unos pececillos diminutos huyeron espantados cuando ella movió los pies. Tan clara y transparente estaba el agua que se veía el fondo como un paisaje distinto a todos que se contempla desde un avión. Las rocas pardas y violetas se le antojaron montañas de Liliput; las manchas de arena, desiertos; las algas, que se mecían lentas, grandes bosques movidos por una aura perezosa. Súbitamente sintió la tentación de bañarse desnuda. Se despojó del camisón y se lanzó al mar. Una mezcla de pudor y de lascivia la sacudió. Miró a uno y otro lado para constatar que nadie podía verla. Pero ¿podría jurar que no deseaba ser vista? Se rió de sí misma y se escandalizó de tal pensamiento. Pero no lo desechó. Maruja estaba en la plenitud de su belleza. El placer del agua sobre su piel, la contemplación de su cuerpo, de un color distinto bajo el agua, la quietud y transparencia del mar, la soledad, lo insólito de su compostura, la tenían suspensa y excitada.

José María se despertó muy sorprendido. Siempre que dormía en cama distinta a la de la víspera tardaba en comprender dónde se hallaba. Palpó perezosamente las sábanas. Sus manos no estaban acostumbradas a aquel vacío. Gruñó unas palabras incoherentes y, con el sueño todavía en los párpados, tambaleándose, salió del cuarto. ¿Dónde se habría metido su mujer? La buscó en la casa, en las terrazas, en el jardín. Súbitamente, y no sin cierto escándalo, la descubrió, tendida en el colchón de agua sobre el embarcadero, cerrados los ojos, los brazos en cruz y una sonrisa en los labios. Se consideró ofendido en su propio pudor. La contempló largamente como quien observa un paisaje desde otra perspectiva y se asombra de que parezca distinto. Estaba bellísima.

De súbito Maruja se incorporó; se llevó una mano al sexo y el antebrazo al pecho para cubrirse, como si tuviera la sensación de ser mirada, y al no descubrir a nadie, hizo un ademán que a José María le pareció atrozmente impúdico. ¡Maruja se había encogido de hombros, como diciendo «¿qué más da?»! Relajó sus miembros y volvió a tumbarse sobre el colchón de agua.

Su primer impulso fue abofetearla. El segundo, amarla. José María siguió el segundo impulso.

—¿No te da vergüenza estar «aquí» desnuda?

—Y a ti, ¿no te da vergüenza hacer «aquí» lo que has hecho?

—¡Has escandalizado a las gaviotas!

—Y a los peces, mi amor. También he escandalizado a los peces.

Permanecieron varias horas dormitando, soleándose, bañándose; después tuvieron que vestirse, pues la bahía se fue llenando de pequeñas barcas blancas que la cruzaban de uno a otro margen pescando al curricán. Algunas se acercaban hasta el punto de rozar las rocas y vieron al marinero sacar muy cerca de ellos un pez dorado y azul. A mediodía cambió el panorama. Las barcas pesqueras se retiraron y, como si hubiera un acuerdo tácito entre las distintas embarcaciones, comenzaron a surgir las lanchas rápidas. Algunas arrastraban esquiadores; otras buscaban el solo placer de la velocidad. Decidieron alquilar una, y se pasaron la tarde recorriendo la costa,

penetrando en las pequeñas calas, buscando playas solitarias y descansando en ellas.

La víspera del regreso vivieron un ingrato episodio al descubrir un cadáver flotando en el mar. Era sin duda un pescador submarino, pues llevaba encima todos los atuendos del caso. Con íntima repugnancia quisieron izarlo a bordo, pero no lo consiguieron. Tenía una inmensa herida en la espalda que lo partía prácticamente en dos. No era difícil deducir que había sido alcanzado por una de las lanchas rápidas y que sus ocupantes, por huir de la responsabilidad, lo dejaron abandonado. José María telefoneó a la comandancia del puerto más próximo y denunció el caso. Tuvo que acompañar en su lancha a la gente que enviaron para rescatar el cuerpo y tardaron no poco en encontrarlo, pues la mar lo había movido varios centenares de metros. La autopsia certificó que llevaba varios días muerto. Y todas las circunstancias parecían indicar que voluntaria o involuntariamente había sido atropellado, como José María pensó, por una fuera borda o lancha deportiva similar.

—¿Y no es posible localizarla? —preguntó escandalizado el ministro.

—¿Qué mejor lavado para borrar las huellas que el roce del mar a treinta nudos de velocidad durante horas y horas? —respondió el policía. Y añadió sentencioso—: Créame: esto no hay quien lo averigüe.

José María tuvo que declarar, firmar su deposición y perder el día en estos menesteres. A lo desagradable del incidente se unió la circunstancia de que todos los periódicos de Palma, primero, y los de Madrid, después, publicaron el hecho. El que un ministro del Gobierno se trajera un cadáver a casa, que nadie supiera quién era el muerto ni quiénes sus matadores, era noticia con suficientes elementos sensacionalistas para que la ocasión no fuese desaprovechada. Un mes más tarde, durante otro fin de semana, mientras almorzaba en el jardín cara a la bahía, observaron con inquietud que algo extraño acontecía a un pequeño bote de goma. Soplaba un viento norte muy fuerte —viento de tierra a mar— y mientras el movimiento de los remos indicaba la intención de acercarse el bote se alejaba más y más. Corrió José María en busca de unos prismáticos y comprobó que sus ocupantes eran una mujer y un niño de pocos años. Y la muy insensata, al entender que con sólo sus remos no podía vencer la corriente y el viento, se lanzó al mar intentando ganar la orilla a nado. ¡Jamás lo hubiera conseguido! Afortunadamente Echevarrieta tenía atracada la lancha en el embarcadero. Saltaron a ella y enfilaron hacia donde se veía el bote. Rescataron del agua a la mujer cuando, al borde de sus fuerzas, estaba a punto de perecer ahogada; después, al niño. Nuevamente los periódicos se ocuparon del caso, y aunque elogiaron su acción no dejaba de haber cierta ironía en algunos titulares. *«El ministro de Agricultura, especializado en salvamentos marítimos». «La agricultura mallorquina en auge, dado lo mucho que visita la isla el señor Echevarrieta Letelier». «Una bellísima mujer salvada del furor de las olas por el ministro de Agricultura»*. Y días más tarde: «*¿Idilio en Mallorca? La bella veraneante salvada por don José María Echevarrieta ofrece una recepción en homenaje a su salvador*». Ambas cosas eran ciertas: que la imprudente mujer era

muy bonita y que ofreció una recepción en honor de Maruja y José María, pero a éste le indignaba que los periódicos apenas se ocuparan de su brillante labor al frente de su departamento, y en cambio entretuvieran a sus lectores con estas minucias.

—¡Es intolerable! —comentó al leer el diario.

—Te lo tienes merecido —le dijo Maruja—. Las miraditas, las risitas y el embobamiento mutuo entre esa señora y tú fueron observados por todo el mundo. Entre otros, por su marido y por mí.

—¡Es natural que me esté agradecida! —protestó Echevarrieta.

—¿Sabes lo que me hubiera apetecido hacer? —exclamó Maruja—. ¡Meterla en el bote de goma, llevarla mar adentro y dejarla donde la pescamos!

En el primer Consejo de Ministros que se celebró a primeros de septiembre en San Sebastián había no poca sorna en los ojos de algunos de sus compañeros de Gabinete.

La primera cacería de la temporada 1969-70 la organizó Jorge Antonio Trías la segunda semana de octubre.

Ni Maruja ni José María eran cazadores, pero se alternaban colocándose en uno u otro puesto para ver tirar a los demás y aprovechaban el día para estirar las piernas, oxigenar los pulmones y desintoxicar la sangre de la polución de Madrid.

Zonas había en la capital donde el aire se había vuelto irrespirable. No había llovido en todo el verano, ni en lo que llevaban de otoño; con esto la atmósfera estaba sucia, cargada de gases, y envenenada por el humo de las industrias que cercaban Madrid con un cinturón contaminador.

Aquí, en cambio, el cielo conservaba el azul purísimo de siempre. Y el aire era limpio. Y el agua no clorada. Y si había algún olor que sensibilizara el olfato, no era el del sudor de las muchedumbres o los tubos de escape de los vehículos, sino el del tomillo o el romero que, al ser pisados por las botas de los cazadores, despedían un aroma mágico y penetrante.

¡José María se lamentaba de que el Ministerio de Agricultura no estuviese instalado en el cerro de la Valvanera!

Al concluir el día cinegético, y antes de que los automóviles se dispersaran para regresar a la ciudad, Jorge Antonio ofreció una copa en su casa. Regresaron a pie por el sembrado, donde Maruja y el *Rubio* espantaron las perdices diecisiete años atrás; cruzaron la explanada del jardín donde la pequeña inexperta recibiera de su enfurecido padre una humillante bofetada ante los ojos asombrados del príncipe de sus sueños, y penetraron en la estancia donde el anfitrión, tres lustros antes, discutió con el guarda de la finca el modo de paliar el desaguisado cometido por su hija.

—Me estoy volviendo viejo —le dijo Echevarrieta a su mujer—. Todo el que

tiene recuerdos que le conmueven es ya un poco viejo.

Cuando estuvieron todos dentro, Jorge Antonio dio un gran vozarrón.

—¡Silencio todo el mundo! Aquí, el ministro —y señaló a su yerno con ambas manos extendidas— va a explicamos qué es lo que se está cociendo en política.

—¡Querido suegro —respondió el aludido excusándose—, el médico me ha prohibido hablar de política en domingo! De modo que explícanos tú qué es lo que se está cociendo.

—¡La crisis, hombre de Dios! ¡Eso es lo que se cuece! Pero antes me expresé mal. No es que se esté cociendo la crisis; es que ya está cocidita y hasta tiene nombres y apellidos. Se llama la «crisis MATESA».

—Sabes mucho más que yo…

—O los ministros estáis todos en la higuera o te estás haciendo el sueco. ¿Por qué no nos sueltas todo lo que sabes?

—Ya te he dicho que el médico me prohíbe hablar de política en domingo, pero no escuchar lo que digan otros. Cuéntanos lo que sepas tú.

—Sé lo que todo el mundo —respondió Jorge Trías—. Que los ministros se tiran unos a otros los trastos a la cabeza; que el Gobierno está dividido y que incluso dos de ellos se agarraron por las solapas, en los pasillos de El Pardo, antes del último Consejo de Ministros.

—¡Eso es totalmente inexacto! —rectificó Echevarrieta con calor.

Lo que no era inexacto —pensó el ministro— eran las tensiones internas del Gobierno, y no sólo a causa de MATESA. Una de ellas, la existente entre dos de los hombres más preeminentes del Gabinete: Castiella y Carrero Blanco.

A Echevarrieta le sorprendió lo bien informado que estaba su suegro de la frialdad de trato entre el vicepresidente del Gobierno y el ministro de Asuntos Exteriores. Las causas de estas desavenencias eran muchas y complejas. A lo largo de una amplia etapa de convivencia en un mismo Gobierno la disparidad de criterios entre el ministro-catedrático y el ministro-militar habían sido varias y profundas en temas de la máxima delicadeza. Así en los acuerdos bilaterales con los Estados Unidos, en que Castiella consideraba peligrosa, abusiva y excesiva la cesión de tantas bases; así en la propuesta del ministro de Asuntos Exteriores de crear un acuerdo de países mediterráneos para pedir la retirada de las flotas norteamericana y soviética de un mar con el que ninguna de estas superpotencias era limítrofe. No obstante, los dos temas de fricción más delicados fueron la Ley de Libertad Religiosa y los criterios contrapuestos entre uno y otro estadista respecto a la descolonización de las posesiones españolas en África. En el primero de estos casos (después de contar con la aprobación de Franco y una consulta con Juan XXIII), Femando María Castiella inició la laboriosa redacción de una ley que protegiera el derecho al culto y al libre ejercicio de sus creencias de las minorías no católicas residentes en España. Este proyecto de ley, ante la oposición radical de parte de nuestras jerarquías eclesiásticas, inspiradas —*¡sic transit!*— en un integrismo a ultranza, durmió en estado letárgico

durante diez largos años, hasta que los vientos renovadores del Concilio Vaticano II hicieron ineludible llevar a las Cortes un texto aconsejado, elaborado y defendido por Castiella desde dos lustros atrás. En cuanto a la política exterior en el África española, había que tener en cuenta —prosiguió explicando Jorge Antonio Trías— que la antigua Dirección General de Plazas y Colonias no dependía de Asuntos Exteriores, sino de Presidencia, es decir, de Carrero; y esta Dirección había convertido aquellas posesiones en «provincias españolas», lo que al ministro de Asuntos Exteriores le parecía un error de bulto que no cuadraba en nuestro ordenamiento jurídico, que intentaba eludir el mandato descolonizador de las Naciones Unidas, y que era un subterfugio que, a la postre, no serviría de nada, pues el movimiento independentista no había quien lo detuviera. Con la tenacidad y minuciosidad que le caracterizaba, Castiella había defendido una política diametralmente opuesta. Lo importante era preparar con antelación suficiente la independencia guineana, planificar los pasos que habrían de darse, y crear las estructuras políticas internas de aquel país, de modo que, al alcanzar éste la independencia, España contara con una nación aliada y amiga, dentro de la órbita cultural de la Hispanidad y del área económica y monetaria de la peseta. O se hacía esto así, o se produciría lisa y llanamente el total desmantelamiento, sin que este proceso pudiera frenarlo, ni mucho menos detenerlo, la ingenuidad de cambiar un marbete que decía «colonia» por otro marbete que dijera «provincia». Entre los partidarios de dos políticas antagónicas como las expuestas, el choque era tan presumible como inevitable.

—El caso es —continuó explicando Jorge Antonio Trías— que estando la paja seca y amontonada surgió de pronto la chispa.

Se interrumpió para servirse una cerveza.

—¡Ahora veréis! ¡Ahora veréis lo que ha pasado! —exclamó con el vaso espumeante en la mano.

Y relató el incidente, tal como lo conocía «de muy buena tinta».

Parece ser que el Ministerio de Asuntos Exteriores remitía periódicamente a los embajadores de España en el extranjero, como es normal en todo servicio diplomático bien organizado, toda serie de recortes, documentos, informes, etc., fueran favorables o no, para que los destinatarios tuvieran conocimiento de su contenido y nuestros representantes en el exterior acceso a unas informaciones que les mantuvieran en contacto permanente con los problemas y sucesos nacionales, aunque pertenecieran a los «entre bastidores» de la política española.

Entre estos papeles había de todo: artículos elogiosos publicados en el *Financial Times* o en *The Economist*, de Londres, hablando del «milagro español»; diatribas en *France-Soir*, de París, acusando de corrupción a nuestro Gobierno con motivo del «*affaire* MATESA», reportajes —tal vez pagados— elogiando las calidades de nuestro clima y nuestras costas, críticas de libros españoles publicados en Italia, Washington o Estocolmo, y cientos de cosas más que se distribuían según su

importancia o su relación con figuras españolas del arte, la política o la literatura.

Por aquellos días, el catedrático de la Facultad de Ciencias Económicas y Políticas, Juan Velarde, redactó un escrito, o una carta (Jorge Trías no conocía bien este extremo), acerca de diversos problemas de la Guinea española, y en ella —aparte de otras cosas de más enjundia e interés— se rechazaba una malévola insinuación del abogado de izquierdas señor García Trevijano, que se refería a los negocios de la familia Carrero en Guinea.

Aquel parrafito marginal e intrascendente se transformó de chocolate del loro en bomba de relojería. Los servicios de Asuntos Exteriores habían incluido el escrito del catedrático de Estructuras Económicas entre el material informativo remitido a las representaciones de España en el extranjero, y cierto embajador, ni corto ni perezoso, tomó un avión, se presentó en Madrid, pidió ser recibido por el vicepresidente y calentó la cabeza de éste, acusando a Castiella de prácticas denigratorias, lo que estaba tan lejos de ser cierto como que a la honorabilidad de Carrero pudiese ponérsele tacha alguna. Si el almirante Carrero hubiese dejado dormir su cólera veinticuatro horas; si los temas de fricción por las posturas enfrentadas en asuntos capitales no fuesen tantos, tan antiguos y tan hondos; si el diplomático en cuestión no hubiese triunfado en su labor de zapa, el vicepresidente no hubiese telefoneado a su colega de Gabinete para decirle simple y llanamente que, a partir de ese momento, le retiraba el saludo.

Uno de los cazadores invitados por Trías interrumpió el relato para preguntar a Echevarrieta:

—¿Es cierto eso?

—Me limito a escuchar —respondió con sequedad el ministro.

—El caso es —concluyó Trías— que es imposible que subsista un Gobierno en que dos ministros (¡y dos ministros de esa talla!) se niegan mutuamente el saludo. En consecuencia: o Franco prescinde de uno, o de otro, o de ambos.

—¿Tú crees que sólo son esos dos ministros los que no se saludan? Tengo entendido que hay varios otros en la misma situación.

Quiso explicar cuáles eran sus noticias, pero Jorge Antonio no quería ceder a nadie la primacía en demostrar ante su yerno *lo bien informado que estaba de cuanto ocurría entre bastidores*. Y siguió hablando. La nota que Fraga había dado a la prensa, al término del Consejo de Ministros celebrado dos meses antes en el Pazo de Meirás (en que se debatió el caso MATESA), había irritado profundamente a muchos miembros del Gobierno. Consideraban que el ministro de Información había delatado ante la opinión pública los errores del propio Gabinete: que había movilizado a la prensa facilitando datos del episodio; que era, en fin, el responsable del escándalo. Y esto le enfrentaba tanto con los ministros afectados cuanto con el propio Carrero, celosísimo guardián del honor del Régimen.

Mas no era sólo esto. Los periódicos que más politizaron el asunto, que más énfasis pusieron en transformar una estafa de la que el Estado había sido víctima en

una «complicidad interesada» por parte de altos funcionarios, fueron paradójicamente los de la cadena de la prensa del Movimiento, quiérese decir la creada, sufragada y mantenida por las arcas del Tesoro público. Y ésta prensa dependía jerárquicamente de José Solís Ruiz.

En San Sebastián, un ministro presentó al general Franco tales recortes, acusando abiertamente a su colega el ministro del Movimiento de alentar tales insidias. Franco leyó atentamente la colección que le ofrecían y torció el gesto.

Los «francólogos» comentaron:

—¿Solís?, ¡condenado!

—La crisis —continuó Jorge Trías— se palpa en el aire. No doy a este Gobierno más de una semana de vida.

Jorge Trías, especialista en crisis como otros lo son en filatelia, no se equivocó. Unos días más tarde se produjo el cese de trece ministros del Gobierno. Los tres militares: Menéndez Tolosa, en Ejército; Nieto Antúnez, en Marina, y Lacalle, en Aire, fueron sustituidos por Castañón de Mena (el militar-arquitecto), el almirante Baturone y Salvador y Díaz Benjumea, respectivamente. El viejo de años y joven de cuerpo, el puritano y cordialísimo Alonso Vega, fue sustituido en Gobernación por Garicano Goñi, que se había distinguido como excelente gobernador civil de Barcelona; el generoso benefactor de MATESA, Espinosa Sanmartín, por el joven Monreal Luque en el Ministerio de Hacienda; el también subyugado por la deslumbrante personalidad de Vilá Reyes, Faustino García Moncó, fue reemplazado en la cartera de Comercio por Fontana Codina, quien designó como subsecretario a quien habría de ocupar algún día ese mismo puesto: Nemesio Fernández Cuesta; Romeo Gorría cesó en Trabajo, y ocupó este Ministerio Licinio de la Fuente, un hombre de procedencia modestísima y en la actualidad un distinguido abogado del Estado; José Solís tuvo como sucesor a Fernández Miranda, llamado a más altos destinos; Fraga, a Sánchez Bella; Sánchez Arjona, a Mortes. Subsistían en sus puestos anteriores, Carrero Blanco como vicepresidente y ministro subsecretario de la Presidencia; Silva Muñoz, como ministro de Obras Públicas; Laureano López Rodó, como ministro comisario del Plan de Desarrollo; José María Echevarrieta, en Agricultura[10]; Antonio Oriol, como ministro de Justicia, y Villar Palasí, que muy pocos meses antes había sustituido en Educación y Ciencia al profesor Lora Tamayo. Sólo un ministro cambió de cartera: Gregorio López Bravo, que fue sustituido en Industria por López de Letona y que pasó a reemplazar a Castiella en Asuntos Exteriores.

La novedad fue la separación de la Secretaría de Sindicatos de la del Movimiento, con la creación del Ministerio de Relaciones Sindicales, que fue encomendada a García Ramal, cuyo parecido físico con el fallecido Armando Riquer era —al decir de Maruja— realmente notable.

Salvo rarísimas excepciones, impuestas por Franco, los nombramientos de los nuevos ministros fueron sugeridos al Jefe del Estado por Carrero… y a Carrero por

Laureano López Rodó, quien alcanzó en los meses precedentes la cumbre de su influencia al hacer ministros a los más eficientes de sus más inmediatos colaboradores en el Plan de Desarrollo. Influencia que no tardaría en iniciar su ocaso, a causa de un pasmoso acontecimiento que nadie, en aquel entonces, podía prever.

Con varios días de antelación a la crisis MATESA (octubre de 1969), Federico Silva, ministro eficientísimo de Obras Públicas, había aceptado un homenaje popular, que se celebraría en el restorán Torres Bermejas, donde se le honraría con una pintoresca y castiza condecoración: «el garbanzo de plata». El azar hizo coincidir la fecha de la comida con el día en que fue divulgada la lista del nuevo Gobierno. El ministro aseguró que asistiría, fuese cual fuese su situación de cesante o superviviente. Y muy pocas horas antes del homenaje, se supo que permanecía.

Maruja y José María Echevarrieta, acompañados de Teresa Riquer, a quien procuraban atender cuantas veces podían, asistieron a la comida. El popular escritor Álvaro de Laiglesia ofreció con mucho humor y desparpajo el homenaje y le condecoró con el garbanzo consabido. A continuación, otro escritor, autor de teatro con obra en cartel, de cuyo nombre no queremos acordamos, leyó unos versos, que improvisó a medida que transcurría el almuerzo y que leyó a los postres, siendo interrumpido por calurosos aplausos al homenajeado y benévolas —muy benévolas— palmas a sus improvisados ripios.

Decían así:

Querido señor Ministro:
tú sabes que yo administro
mis palabras con prudencia
y que al hablar suministro
caudales para un registro
del candor y la inocencia.

En esta seguridad
ruego a tu benevolencia
me conceda la licencia
de ripiar con libertad.
¡Con vuestra venia, Excelencia!

Con ripios, pues, mis amigos,
compañeros y testigos
de esta grata colación
voy a confesaros luego
un grave desasosiego
que me llenó de aflicción.

Estaba el último martes

en el teatro Bellas Artes
viendo una pieza buenísima
que está siendo aplaudidísima
—una pieza que se llama,
mi memoria no lo olvida,
«Una luz sobre la cama»
o cosa muy parecida—
cuando Amparito Pamplona,
que es una chica muy mona
y una actriz sensacional,
me larga en el entreacto
con un tanto de malicia
una pasmosa noticia
que me dejó estupefacto.
«Hay crisis —dijo—, lo sé.
Me lo han dicho en ABC
de forma confidencial».
(¡La noticia era fatal
pues yo, como autor, pensé
que era una crisis teatral!).
A Dios gracias no era tal.

Era una crisis política.
Crisis de un solo color
de tendencia monolítica:
eso decía el rumor.

Crisis: odiosa palabra,
voz grosera, inadmisible.
Crisis: palabra insufrible
que a titanes descalabra,
vocablo que hace risible
los tormentos del infierno…
¡ya que debe ser horrible
cuando empieza a hacerse audible
para un hombre del Gobierno!

Con el corazón llagado
pensé en el ministro que
hoy hemos condecorado;
y en verdad, me acongojé.

Pensé en él y en su gran clase

y en su cartera insegura.
Si nuestro amigo cesase
—me dije con amargura—
si tal desastre pasase…
¿Qué sería del trasvase
de las aguas al Segura?

¿Quién impulsará la nao
del túnel «dos» de Segovia,
la autopista de Behovia
y el ramal hasta Bilbao?

¿Quién tomará las medidas
del estudio topográfico
y el cálculo cartográfico
para aliviar las salidas
de un Madrid con tanto tráfico?

¿Quién, en fin, vendrá a almorzar
—me pregunté compungido—
este soberbio cocido?
Pues comencé a sospechar
que se le había ofrecido
el garbanzo consabido
sin saber que iba a cesar…
¡cual pudo haber ocurrido!

El dilema era feroz.
Al llegar este momento…
¿Quién cubriría su asiento?
¿Quién tomaría su arroz?
¿El ministro de Fomento
o sólo Silva Muñoz?

Hoy que todo está salvado,
gracias a Dios, felizmente
y que el peligro ha pasado
y nuestro insigne invitado
cruzó ya el temible puente
que va de ser un cesado
a ser un superviviente…

Brindémosle el parabién
con nuestras almas enteras.

Mas no sólo a él. También
a nuestros puertos, al tren,
a las buenas carreteras,
al asfalto sin badén.

A las señalizaciones,
a las grandes estaciones,
a su amor por el trabajo,
al encauce de los ríos
y a ése trasvase del Tajo
que dará mil regadíos
a unos terrenos baldíos
que no serán más secanos.

¡Brindemos por él, hermanos!

Hubo no poco jolgorio, risas y parabienes. En parte, fruto del justísimo homenaje debido a un hombre que había triunfado plenamente en sus quehaceres políticos y administrativos; y, en parte, fruto también del ambiente triunfalista, frívolo y confiado que era la España de aquellos días. Una España tan calma en la superficie como un mar al amanecer, en que no se advierten las turbulencias del fondo.

Ortega y Gasset tituló uno de sus libros *La España alucinante y alucinada del siglo XVII*. El título hubiera servido también para aquellos quinquenios optimistas, amables y… alucinados.

A pesar de cuanto decían los ripios, Federico Silva duró en el Gobierno poco más de un año. Se dijo que había presentado su dimisión muchos meses antes por razones personales y que Franco —que en su ancianidad tenía la lágrima fácil— lloró al despedirle. Fue sustituido por un antiguo ministrable, hombre de gran personalidad y rara inteligencia; orador brillantísimo, escritor pulquérrimo, de estilo contundente y muy personal, a quien sus adversarios —a veces vapuleados sin piedad por el nuevo ministro que ejerció muchos años la crítica literaria— acusaban de intransigente y apasionado en sus juicios: Gonzalo Fernández de la Mora, no perteneciente al Opus Dei, pero muy de la confianza de López Rodó, con quien había colaborado entre bastidores, y con gran talento, tiempo atrás en la redacción de los Principios Fundamentales y la Ley Orgánica del Estado.[11] El Gobierno en pleno asistió al acto de su jura en el Palacio de El Pardo. Echevarrieta, durante la espera, formó grupo con García Ramal, ministro de Relaciones Sindicales desde hacía meses, y con el propio Fernández de la Mora. Pasaba el tiempo y la ceremonia no empezaba, circunstancia no poco sorprendente dada la extraordinaria puntualidad del general Franco.

El conde de Casa Loja, jefe de la Casa Civil, rondaba a los ministros visiblemente preocupado. García Ramal le preguntó:

—¿Pasa algo, Casa Loja?

Éste miró su reloj y exclamó:

—Algo verdaderamente desagradable.

—¿Qué es ello?

—Que no ha venido «el nuevo».

—¿Qué «nuevo»?

—El ministro nuevo. ¡Y fíjense ustedes la hora que es!

Fernández de la Mora no podía creer lo que oía. Él era el único ministro nuevo. ¿Habría Franco designado sorpresivamente aquella misma mañana a otro ministro sin que lo supiera uno solo de los miembros del Gobierno? ¡Aquello no se tenía de pie!

García Ramal preguntó a Casa Loja:

—¿Qué ministro nuevo?

Y Casa Loja respondió a García Ramal:

—Uno que creo que se llama García Ramal.

(El jefe de la Casa Civil era un gran caballero, de exquisita cortesía, lealtad probada, pero los últimos tiempos sus distracciones y faltas de memoria tenían seriamente preocupados a sus amigos, que eran muchos y sinceros. Franco, que le profesaba gran afecto, no quería, por no herirle, desprenderse de él. Cuando, por edad, pasó a la escala B militar, designó para sucederle a un hombre de gran capacidad y buen juicio: Fernando Fuertes de Villavicencio).

Deshecho el equívoco, al fin pudo Fernández de la Mora jurar su cargo.

XXVIII

LAS MUY DISTINTAS CAUSAS QUE PROVOCAN LA TRIBULACIÓN DE JORGE TRÍAS, MARUJA, MONSEÑOR CIRARDA, EL COMANDANTE ORDOVÁS Y EL MINISTRO LÓPEZ DE LETONA

[1970]

José María telefoneó al Hotel Condestable de Burgos y preguntó por Maruja. No estaba en la habitación, no estaba en el comedor, no había dejado ningún recado para él. Echevarrieta miró, inquieto, el reloj. Le desagradaba profundamente el raro capricho de su mujer de asistir a las deliberaciones del proceso de Burgos, al que no había sido citada como testigo, y a pesar de las advertencias en contra de la Jefatura Superior de Policía. Estaba obsesionada con el juicio en que iba a ser juzgado el asesino de Melitón Manzanas. Se resistía a entender que un hombre pudiera matar a otro a sangre fría; su mentalidad no aceptaba que un asesinato pudiera cometerse por obedecer consignas políticas. Su razón se rebelaba contra el hecho de que el crimen pudiera ser aireado triunfalmente como un éxito y que sirviera como medio de propaganda y proselitismo. Y, paradójicamente, la represión del delito le producía tanto horror como el delito mismo. Contra la abierta oposición de su marido, y tras duras conversaciones que pusieron en riesgo la buena armonía familiar, se salió con la suya. Quería aprender, quería entender, quería ver por sí misma el desenlace del episodio del que fue testigo.

—Déjele una nota —dijo el ministro a la telefonista— de que llame a don José María en cuanto regrese.

Echó un vistazo a los recortes de periódicos suizos, franceses e italianos que María Luisa le había preparado, y al cabo de un rato los rasgó con un ademán de cólera y los tiró a la papelera.

—¡Qué asco! —comentó.

Una propaganda exterior habilísimamente orquestada por los partidos marxistas de la Europa occidental, con dinero cínicamente recibido de los países de la Europa oriental, había desatado en el mundo entero una feroz propaganda antiespañola con

motivo del proceso de Burgos, en el que habían de ser juzgados dieciséis terroristas de la ETA, implicados en delitos de bandidaje, atracos a mano armada, expoliación de Bancos, voladuras de edificios, asaltos de cárceles y asesinatos: entre otros el del comisario señor Manzanas, cuya muerte había presenciado Maruja.

Las Oficinas de Turismo españolas, las Delegaciones de Iberia, las Embajadas y Consulados de España en varios países europeos y americanos fueron objeto propicio para colocación de bombas, rotura de cristales, quema de banderas, manifestaciones hostiles y otras lindezas del mismo jaez. El hecho de que se detuviera y juzgara a los transgresores de la ley fue motivo de que se atacara a España desde muy diversas tribunas: la prensa, la calle y… los púlpitos. No era la primera vez que esto ocurría. Ni sería la última. Siete años antes, un conocido anarquista que había sido jefe de una checa en Barcelona durante la guerra, en la que habían sido martirizados y condenados a muerte por los «tribunales populares» centenares de personas (y que había sido juzgado y condenado en rebeldía muchos años antes a la pena capital), cruzó clandestinamente la frontera española y cometió varios actos de sabotaje. Su nombre, Julián Grimau García. Fue capturado, intentó suicidarse lanzándose por un balcón de la Dirección General de Seguridad, y una vez hospitalizado y curado de sus heridas fue juzgado, condenado y ejecutado. La lista de crímenes probados que enriquecían su siniestra biografía no fue óbice para que se desatase una violentísima campaña exterior con sus secuelas de atropellos. La captura, el intento de suicidio, el juicio, la condena y la ejecución fueron coreados internacionalmente con increíble cinismo o ignorancia culpable. El delito fue elevado a categoría de mito. El criminal ascendido a héroe y la justicia denigrada. El entonces arzobispo de Milán, monseñor Montini, más tarde pontífice de Roma bajo el nombre de Pablo VI, se excedió grandemente de sus obligaciones diocesanas al dirigir al Jefe del Estado español (como si éste fuera cura de una parroquia milanesa) un telegrama pidiendo clemencia para el asesino. Casi el mismo día, los correligionarios italianos del anarquista español volaron el Palacio Arzobispal de Milán. *ABC* publicó una portada cuyo pie decía: «*He aquí el estado en que quedó la habitación del Palacio Arzobispal de Milán tras la explosión de una bomba en el primer aniversario de la llegada del cardenal Montini a su archidiócesis. La alteración del orden es sancionable allí donde se produzca, y los autores de tan graves atentados han de ser juzgados por las leyes propias de cada país. Cuando el condenable acto vandálico sacudió el Palacio Arzobispal de Milán, a nadie en España se le ocurrió intervenir respecto a la suerte de los culpables, pues el haberlo hecho equivaldría a dudar de la justicia de un país como Italia con grave ofensa para el mismo*».

El franquismo militante y la derecha española, en general, no vieron con buenos ojos la elección de Pablo VI al solio pontificio. La popularidad que tuvo ese viejo campesino, el bonachón y bienhumorado Juan XXIII, entre los católicos españoles no fue heredada de modo unánime por su sucesor. Pablo VI fue más del gusto del clero intelectualista que del «cristiano viejo»: el católico «de la calle» tradicional y

convencional. Las reformas litúrgicas del nuevo Papa dejaron literalmente pasmados a no pocos creyentes. ¿Por qué «antes» se decía en la oración de los apóstoles «*Creo* en la resurrección de la carne», y ahora «*espero* en la resurrección de los muertos y en la vida futura»? ¿Qué oculto matiz había entre la contundente afirmación de «creer» y la vaporosa y dubitativa oscilación de «esperar»? ¿Por qué antes de la reforma del texto se afirmaba sin paliativos la Resurrección de Cristo, y ahora se había añadido un inciso que decía «según las Escrituras» como quien dice «sea verdad o no, eso al menos afirman los evangelistas»? ¿Es que tal vez la fe del Papa no era tan firme como la de nuestros místicos, ascetas y teólogos? Este tipo de recelo ante el pontífice innovador, injustificadísimo a todas luces, tenía no obstante un trasfondo político que sí estaba justificado. La radical condena al comunismo de Pío XII parecía desmentida o al menos paliada por el obispo de Roma; las conversaciones entre católicos y marxistas —no desautorizadas— parecían a muchos simplemente escandalosas; la *apertura a sinistra* del pontificado era tan evidente como la de la Democracia Cristiana. Apenas el arzobispo de Milán fue elevado al solio pontificio, no faltó tiempo para que el ingenio popular creara su chiste de turno: «A Montini le han hecho Papa, y a Franco papilla».

A esta intuitiva animadversión colaboró con toda evidencia el telegrama de Montini, siendo arzobispo de Milán, interesándose por la suerte del tristemente célebre Julián Grimau, cuya ficha biográfica no existía probablemente en los archivos de su arzobispado. Ahora, al cabo del tiempo, con ocasión del proceso a unos salteadores por los crímenes de sangre cometidos, los fariseos de siempre entonaron a coro la misma canción. Pero en esta oportunidad la situación se hizo especialmente tensa con una pastoral de los obispos de San Sebastián y Bilbao en la que no se limitaban a pedir clemencia para los asesinos, sino que dejaban entrever ciertas dudas respecto a la seriedad e independencia de los tribunales que habrían de juzgar a los procesados. Como consecuencia de ello, el Colegio de Abogados de Madrid, el Colegio de Abogados de París y una representación de la Asociación para la Defensa de los Derechos del Hombre pidieron —y les fue concedido— asistir a las deliberaciones públicas del proceso; un proceso que parecía abierto más que contra unos delincuentes contra la propia justicia española. La exaltación subió espectacularmente de tono al difundirse —la víspera misma de su iniciación— dos textos bien dispares: el secuestro del cónsul alemán en San Sebastián, señor Beil, de cuya proeza la ETA reclamó el privilegio de su responsabilidad… y un comunicado de la Conferencia Episcopal Española que fue equívocamente interpretado por lectores superficiales. Algunos periódicos católicos, aunque no sujetos a la disciplina eclesiástica, juzgaron muy duramente lo que consideraban una inaceptable intromisión de la Iglesia en asuntos que eran a todas luces de la exclusiva competencia de las autoridades y de las leyes civiles.

José María tomó un ejemplar de *El Alcázar*, y leyó:

«La nota de la Hermandad Sacerdotal de San Ignacio de Loyola, aparecida en varios periódicos españoles, ha servido para poner al descubierto los hilos de una sucia campaña contra nuestra Patria, en la que se ataca algo tan sagrado como la independencia y dignidad de nuestros tribunales de justicia. Existe una larga tradición de calumnias contra España, que ha recibido el nombre de "Leyenda Negra", cuya continuidad en el presente siglo tiene hitos tan marcados como las campañas de ámbito internacional desatadas con motivo de los procesos del anarquista Ferrer Guardia, tras la semana trágica de Barcelona, del comunista y chequista Grimau hace unos años y ahora de los terroristas de ETA, implicados en acciones violentas en las que han resultado asesinados un comisario de Policía y un taxista de Bilbao. Todo el tinglado de la farsa sectaria se ha puesto de nuevo en movimiento, con la participación esta vez de elementos clericales empeñados en sustituir el crucifijo por la metralleta».

María Luisa interrumpió su lectura al entrar muy alterada en su despacho.

—Señor ministro… ¡Una noticia increíble! ¡Su suegro, don Jorge Antonio, está en la cárcel!

José María se puso en pie, como un resorte.

—¿Qué me está usted diciendo? ¿No estaba viajando por Francia?

—Le digo que está en la cárcel. ¡Le telefonea desde la cárcel!

Descolgó el teléfono y le pasó la comunicación. Como le acontecía no pocas veces al hablar con su suegro, tuvo que retirar el auricular del oído, tales eran sus voces.

—¡Querido yerno y ministro: yo, Jorge Trías, tu suegro, soy un delincuente, un enemigo de la sociedad, y soy tratado como tal: estoy encarcelado!

—Pero ¿dónde estás, desde dónde me llamas…?

Una voz bien distinta a la de su suegro le respondió:

—Señor ministro; a sus órdenes, señor ministro… Quiero decirle… que su señor padre político no está en la cárcel, sino en la comisaría y que…

A continuación un chasquido, un murmullo de forcejeo, y de nuevo la voz tonante de Jorge Antonio.

—¡Tengo derecho a defenderme! ¡Nadie puede impedirme que solicite el *habeas corpus* de mi hijo y de mi Gobierno! ¿Estás ahí? ¿Me oyes? ¿Quién criticó a Miguel Maura por permitir la quema de las iglesias? ¡Todas deben ser quemadas! ¡Suéltenme! ¡Que nadie me toque!

De nuevo la voz calma y neutra de antes:

—Señor ministro: su señor padre político está muy excitado y le hemos retirado el auricular…

—Pero ¿quién es usted y desde dónde me llama?

—Soy el comisario Soto, de San Sebastián. Usted me conoce muy bien. Yo estuve en su casa para que su señora esposa reconociese unas fotografías… pero… ¿qué

hace ese hombre? ¡Perdón, señor ministro! Le volveré a llamar.

Mientras esto ocurría había sonado el telefonillo rojo que comunicaba directamente a unos ministros con otros. María Luisa lo había descolgado y se lo pasaba:

—¡Es el señor ministro de la Gobernación!

—Escucha, José María, hemos detenido en San Sebastián a un loco que dice ser tu suegro…

—Lo primero es posible —respondió resignado Echevarrieta—. Lo segundo es exacto. En efecto: ¡es mi suegro! Acabo de hablar con él. ¿Qué ha hecho?

Sin poder contener la risa, José María se enteró que Jorge Antonio Trías había armado un escándalo mayúsculo en una iglesia de San Sebastián en la que asistía a misa, recién regresado de un viaje por Francia. Inicialmente se contentó con interrumpir al orador sagrado (que, en efecto, tenía menos de sagrado que de orador) y gritar: «¡Hemos venido aquí para oír la Palabra de Dios!». Más tarde exclamó a grandes voces: «¡Esto no es un sermón religioso, es una soflama política!». Y, por último, había intentado subir al púlpito para agredir al cura. Revolviéndose enfurecido contra los que se lo impedían, rompió a uno la nariz y amorató un ojo a otro. Berta, entretanto, sufrió un síncope. En resumen: su suegro estaba en la comisaría y su suegra en el hospital.

La intromisión de la Iglesia en los asuntos temporales fue siempre moneda de curso legal en España, pero en el caso del proceso de Burgos poseía matices delicadísimos que la agravaban en extremo, pues he aquí que las reuniones clandestinas de los anarquistas del Norte habían tenido lugar bajo techos inimaginables. La primera fase de la V Asamblea de la organización terrorista se realizó en la casa cural de Gaztelu; la segunda fase, en la casa de ejercicios espirituales de los Padres Jesuitas de Guetaria; la reunión de los seis activistas en que se decidió asesinar al jefe superior de Policía de San Sebastián, en el convento de los Padres Sacramentinos de Villaró; el panfleto titulado «Melitón Manzanas, ejecutado», en que se hacía la apología del crimen, fue escrito por un sacerdote; el coadjutor de la parroquia de San Miguel en Yurrota-Durango alojó, reiteradas veces, en su propio domicilio a los terroristas para sus reuniones secretas y escondió a varios de ellos la noche del 2 de agosto de 1968… precisamente el día del asesinato del comisario Manzanas; otro sacerdote, don Juan Echave, además de ser el redactor de la literatura revolucionaria de los marxistas-leninistas, alquiló, bajo el nombre falso de Pedro Mendiluce, un piso en Artecalle para que aquéllos se refugiaran. Con estos prolegómenos, ¿no era lícito juzgar las intervenciones episcopales al menos como «gravemente imprudentes»?

Torcuato Luca de Tena, director de *ABC*, recibió una carta de monseñor Cirarda, obispo de Santander y administrador apostólico de la diócesis de Bilbao (a la sazón vacante), en la que éste se quejaba de la actitud crítica del periódico respecto a la citada pastoral, leída en todas las parroquias de Bilbao y San Sebastián. Luca de

Tena, que se contaba entre los dolorosamente escandalizados por la actitud de la Iglesia, le respondió con respetuosa dureza.

«En la carta pastoral que Vuestras Excelencias Reverendísimas los Sres. Obispos de San Sebastián y Bilbao ordenaron fuese leída a los fieles de ambas diócesis el 22 de noviembre se hicieron públicas las múltiples gestiones privadas de carácter civil que, con anterioridad a esa fecha, habían realizado VV. EE. RR. ante el Jefe del Estado y el Gobierno, referidas todas ellas al Consejo de Guerra que había de celebrarse en Burgos para juzgar algunos de los muchos delitos de terrorismo y bandidaje cometidos en Vizcaya y Guipúzcoa en 1968 y 1969 y que abarcaban asaltos a mano armada, incendios, colocación de explosivos y asesinatos.

»Las materias de que trataban estas gestiones eran tres: solicitud de que no se aplicara una cláusula del Concordato según la cual la Vista debía ser privada; solicitud de que no se aplicara un Decreto Ley según el cual este tipo de delitos corresponde a la competencia de los tribunales militares; solicitud de conmutación de unas penas de muerte, que aún no habían sido sentenciadas, para el caso de que fueran así sentenciadas.

»Ni yo puedo ignorar las altas miras y nobilísimas aspiraciones que movieron a Vuestras Excelencias Reverendísimas a solicitar la no aplicación de lo anteriormente citado, ni V. E. R. que tan asidua atención ha dedicado siempre a los medios de comunicación social, como dignísimo Pastor y dignísimo periodista, puede ignorar no ya el derecho sino el irrenunciable deber de los periódicos de orientar a la opinión respecto a temas tan discutibles y tan dignos de ser discutidos como la conmutación de unas penas capitales, la alteración de una disposición concordada o la solicitud de que un juicio se celebre ante una jurisdicción distinta de la que establece la Ley. Quiero decir con esto que, así como tales gestiones de Vuestras Excelencias Reverendísimas eran lícitas mas no específicas de su alta misión pastoral, en el caso de un director de periódico el enjuiciar estos temas no sólo es lícito sino específico de sus muy ingratos deberes profesionales.

»(Créame V. E. R. que ningún deber más amargo para mí como el de manifestar mi discrepancia civil respecto a las manifestaciones pastorales sobre materia civil de Vuestras Excelencias Reverendísimas; amargura, sólo paliada por la lectura de las santas palabras de Vuestra Excelencia Reverendísima adelantándose a comprender mi aflicción y confortarla).

»Quede por tanto bien claro que no se refiere esta discrepancia a las gestiones privadas de Vuestras Excelencias Reverendísimas inspiradas en una alta caridad cristiana hacia las personas de los delincuentes y familiares de los mismos, sino en la argumentación que Vuestras Excelencias Reverendísimas emplearon al hacerlas públicas; ya que, de esta argumentación, parecía desprenderse que se estaban cometiendo irregularidades en desfavor de los acusados, o se dio pábulo para que los enemigos de fuera y de dentro de España proclamaran —como siguen

proclamando con evidentísima falsedad— que estas irregularidades se han cometido.

»Al aludir a la solicitud de que no se aplicara la cláusula concordada que exigía (por haber sacerdotes implicados) que el juicio se realizase a puerta cerrada, Vuestras Excelencias Reverendísimas afirman que esto hubiera resultado «perjudicial para los otros procesados seglares». Más adelante, al informar que el Gobierno ha accedido a esta petición, manifiestan su alegría porque muchos fieles y sacerdotes estaban «justamente preocupados». Si estaban justamente *preocupados es lícito deducir que a juicio de Vuestras Excelencias Reverendísimas existía el riesgo de que los jueces no actuaran imparcialmente ni del mismo modo si el juicio fuera público que si no lo fuera, lo que no deja de ser una muy aventurada y gratuita suposición que afecta a las dignísimas personas que habían de enfrentarse con el penosísimo deber de condenar unos delitos de sangre.*

»Respecto a la segunda solicitud, al invitar a los fieles a compartir la preocupación *—palabra ésta incluida por Vuestras Excelencias Reverendísimas en la pastoral— y a orar para que la competencia de estos delitos la concediera el Jefe del Estado o el Gobierno a los tribunales ordinarios, ¿sabían esos fieles que esa atribución corresponde al Poder legislativo, a las Cortes Españoles, y que en modo alguno es aceptable para un caso particular dictar normas con carácter retroactivo?, ¿cómo pensar que el Estado iba a consentir una excepción a favor de unos delincuentes determinados cuando es la naturaleza misma de los delitos cometidos la que establece la competencia de jurisdicciones con independencia de las personas que los cometen?, ¿y que en caso de duda son los propios tribunales, pero nunca el Gobierno ni el Jefe del Estado, a quienes corresponde declarar esta competencia? Al solicitar Vuestras Excelencias Reverendísimas del Estado lo que el Estado no podía dar, dieron pábulo para pensar que Vuestras Excelencias Reverendísimas necesitaban «ganarse» la confianza de los fieles hacia sus Obispos, aunque fuera a costa de provocar la desconfianza de los ciudadanos hacia el Estado. Al invitar a los fieles a compartir* la preocupación *de Vuestras Excelencias Reverendísimas, los fieles, en efecto, la compartieron; y se creó un clima de descrédito para los jueces, de repudio a la jurisdicción competente y de desprecio hacia la Ley. Consecuencias éstas que no fueron buscadas pero tampoco eludidas por Vuestras Excelencias Reverendísimas.*

»Créame, Sr. Obispo, que, a medida que escribo esto, pido a Dios perdón por mi falta de humildad al atreverme a decir estas cosas a un hombre tan santo y virtuoso como Vuestra Excelencia Reverendísima; pero créame también que le pido fortaleza para vencer la turbación que me embarga por tanto atrevimiento y añadir que no basta que el delincuente sea débil y la Ley dura para desacreditar a ésta en favor del primero, pues el mayor mal que puede acaecer a un país sería que la Ley fuera débil y fuerte la delincuencia».

José María presionó un timbre. Acudió María Luisa.

—¿No me ha telefoneado mi mujer?

—No, señor ministro.

—Tráigame los periódicos.

Comenzó a leer primero la composición del tribunal, que sería presidido por el general del Ejército don Manuel Ordovás, muy popular y conocido en España por haber sido uno de los mejores jinetes de nuestra historia hípica: ganador del Gran Premio de Niza, de Rotterdam y de multitud de concursos internacionales. Se enfrascó después en la crónica de Miguel Torres, enviado a Burgos por *ABC* para informar desde allí acerca de los avatares del juicio. Y no pudo menos de considerar la humillación de Maruja al ser registrada por las matronas, por su insensata terquedad de meterse donde nadie la llamaba.

«A las siete de la mañana —decía la crónica— *comenzaba a formarse frente al edificio del Gobierno Militar de la VI Región la cola de personas dispuestas a asistir al Consejo de Guerra sumarísimo contra dieciséis miembros de la ETA. Ateridos por el intenso frío iban llegando a la cola periodistas de todo el mundo, familiares de los procesados y curiosos en general.*

»A las ocho y media de la mañana llegó el coche celular con los procesados, acompañado de una larga caravana de seguridad, y penetró al patio del Gobierno por una puerta lateral. A las nueve de la mañana fueron llamados los periodistas de las agencias informativas nacionales y extranjeras, únicos con credencial oficial para asistir al proceso. En esos momentos podía calcularse en unas quinientas personas las que se agrupaban frente al edificio. Se sabía que podrían entrar muy pocos, por las reducidas dimensiones de la sala. Cuando fue llamado el público los policías armados hubieron de formar cordón con los brazos entrelazados para evitar el desbordamiento. Sólo unas cincuenta personas pudimos entrar en el edificio. Presentamos el carnet en la puerta y fuimos pasando a un cuarto donde nos registraron y cachearon concienzudamente. Las mujeres eran registradas por matronas.

»A las diez menos diez entramos en la Sala de Justicia donde iba a tener lugar el Consejo. Sobre el estrado, al frente, el Tribunal, cuya composición ya conocen los lectores; a su derecha, el fiscal militar y a su izquierda, los dieciséis abogados defensores. Detrás del fiscal se situaron tres abogados franceses representantes de la Asociación de Defensa de los Derechos Humanos. De frente al Tribunal y de espaldas al público fueron colocados los dieciséis procesados esposados unos a otros y escoltados por veinticuatro policías armados con casco.

»Todos los letrados defensores pidieron que se suspendiera el Consejo. Petición que les fue denegada por el Tribunal. Seguidamente solicitan que les sean quitadas las esposas a los detenidos. El presidente pregunta al jefe de la guardia si garantiza la seguridad con los presos sin esposar. Y éste responde que no. El presidente niega la petición».

Llegado a este punto de la lectura, entró María Luisa en el despacho:

—Doña Maruja está al teléfono.

José María descolgó impaciente el auricular.

Maruja hablaba excitadísima.

—¡Esto es horrible…! Han amenazado de muerte a los hijos del presidente del Tribunal… La audiencia es pública y la sala está llena de amigos y familiares de los acusados… El ambiente es de una tensión inimaginable… Los de la ETA están envalentonados y amenazantes… Se respira peligro… No te preocupes por mí, yo estoy protegidísima… Los periodistas extranjeros, insolentes y sarcásticos. Los más serios y responsables son una minoría… ¡Qué vergüenza, José María!… Hoy han declarado los dos sacerdotes… He llorado de humillación y de vergüenza ajena… Uno de ellos ha reconocido que iba siempre armado y que está de acuerdo con la muerte de Melitón Manzanas. Ha negado haber intervenido en el crimen… pero ha dicho que está de acuerdo… ¿Te das cuenta lo que es oír decir eso a un sacerdote?… ¿A un ministro de Cristo?… Esto no es un juicio… ¡es un mitin!… En lugar de defenderse, cada uno pronuncia un discurso, lleno de odio, defendiendo la guerra revolucionaria, la exterminación de la burguesía y el triunfo del marxismo-leninismo… Varios de ellos se han negado a responder tanto al fiscal como a sus defensores… Dicen que se acogen a la Convención de Ginebra sobre presos de guerra… ¿Te imaginas?… ¡Los que ponen bombas en los colegios de niños se consideran presos de guerra! Piensa además en la metedura de pata de los obispos cuando querían que se les juzgara por la jurisdicción civil y no por la militar, cuando ellos mismos se consideran guerrilleros y se acogen a la Convención de Ginebra sobre presos de guerra… Me voy a volver loca… El asesino de Melitón Manzanas me ha visto entre el público… Por su manera de fijar los ojos en mí, juraría que me ha reconocido… ¡No puedo soportar esta tensión!

—¿Qué te pasa, Maruja?… ¿Estás llorando?… Vamos, vamos, cálmate… No te dejes llevar por los nervios… ¿Quién si no tú es responsable de meter las narices donde nadie te llama?

—No quiero regresar hasta que acabe todo. Quiero comprobar por mí misma que estamos viviendo en un mundo ficticio, José María… Yo no he vivido la guerra civil… ¡pero la guerra civil está aquí!

—Maruja… Escucha, Maruja. ¿Quieres que tome el coche, me acerque a Burgos y te recoja? Puedo estar ahí dentro de dos horas y media…

—Te lo prohíbo terminantemente. Nadie sabe aquí que yo soy tu mujer…

—Dime, Maruja. Hay una cosa que no acabo de comprender. ¿Por qué el juez ha prohibido que se quitaran las esposas a los detenidos durante su declaración?

—¡Si no lo entiendes, estás loco! El presidente preguntó a los guardias si respondían del mantenimiento del orden caso de quitar las esposas a los procesados. Y el jefe de la guardia contestó que no respondía de ello. ¡Y tenía toda la razón! Están soliviantados… Tienen el público a su favor… Serían capaces de asesinar a alguien,

ahí mismo… ¡y entre ovaciones!… ¡No sabes lo que es esto!

—No dejes de telefonearme mañana. Aunque sea de noche. A la hora que sea.

—La mujer de Izco de la Iglesia, Juana Dorronsoro, también está procesada por un delito de bandidaje, y un hermano de ésta, José María Dorronsoro Cebeiro, también. Todo es siniestro, incomprensible y desconsolador.

—No deberías haber ido.

—¿Sabes que el defensor de Izco de la Iglesia se apellida Echevarrieta, igual que tú?

—No lo sabía.

—Un hermano suyo, también de la ETA, murió en un enfrentamiento con la Guardia Civil. ¡Es un hombre lleno de odio!

José María guardó silencio. Maruja, con voz cansada, añadió:

—Mañana te telefonearé. Mi único consuelo es hablar contigo…

—Hasta mañana, bonita.

—Hasta mañana, mi amor.

Y no le dijo el ministro a su mujer, por no atribularla más, la tragicómica aventura vivida por sus padres.

Al día siguiente, José María, presa de inquietud creciente, leyó en el periódico el relato alucinante de Miguel Torres:

«Lo que se temía, lo que flotaba en el ambiente desde que comenzó el interrogatorio de los procesados, ha sucedido hoy a las once de la mañana. Declaraba el último de los acusados, Mario Onaindía Nachiondo. Su letrado defensor, señor Castells Arteche, le dirigía la que parecía ser su última pregunta:

»—¿Por qué no se declara usted también prisionero de guerra, como dos de sus compañeros?

»Nachiondo elevó la voz, y casi en un grito, respondió:

»—Sí, me declaro prisionero de guerra y me acojo a lo establecido en los acuerdos de Ginebra, pero antes he querido hacer mi declaración. Ahora aprovecho la ocasión para hacer constar la opresión que sufre el pueblo vasco.

»El presidente replica: «Cállese. Que se lo lleven». Onaindía siguió gritando. Subió al estrado del Tribunal y comenzó a gritar: «Gora Euzkadi Azkatuta». *Onaindía parece querer alcanzar un hacha, una de las pruebas de convicción, que está en el suelo ante la mesa presidencial. El vocal ponente y algún otro miembro del Tribunal desenvainan el sable. La policía se abalanzó sobre él y apenas pudo reducirlo. Los otros acusados se ponen en pie en el foso y se lanzan sobre los policías que tienen detrás. La policía se rehace y se abalanza sobre ellos para reducirlos. Algunos agentes sacan sus armas. Los dieciséis procesados empiezan a cantar el* Gora Euzkadi, *que corean algunos miembros del público. El momento es de una*

increíble violencia y tensión. Entran más policías y soldados y comienzan a desalojar la sala. Muchos de los familiares de los procesados lloran abrazados. Los detenidos que estaban fuera, convocados como testigos, también se alteran.

»Salimos todos al patio, que es inmediatamente rodeado por policía armada con casco de acero. Un capitán de la fuerza pública hace dos grupos: a un lado el público y a otro nosotros, los periodistas, a los que inmediatamente se nos permite salir del edificio.

»Si esta mañana los acusados se hubieran encontrado desesposados, como han venido pidiendo insistentemente desde el principio los letrados defensores, en la sala podría haber ocurrido una tragedia».

—¡Señor ministro! Le llama la señora… Parece muy excitada…

—Maruja, soy yo…

—¡Nunca había oído gritar «¡Muera España!»…! Hoy lo he oído por primera vez… ¡Eran energúmenos! Atacaron al Tribunal con un hacha. Se lanzaron contra la policía que los vigilaba… Está nevando. Hace un frío insufrible… Estoy al límite de mis nervios… Sólo una cosa me consuela… Ellos se sentían asistidos y alentados por la prensa extranjera… Han actuado como actores ante un público propicio… pasándose a la galería… Y esto les ha fallado… Los de la Comisión de Derechos Humanos están más espantados que yo, si cabe. Los propios periodistas, salvo los «rojos-rojos», como los corresponsales de *Pravda*, están desconcertados. Creían que todo este cotarro era una arbitrariedad totalitaria contra unos pobres campesinos oprimidos, y se han dado de bruces con la realidad: «delincuentes enmascarados bajo el fanatismo antisocial». Esas palabras se las he oído al que parecía más importante de la Comisión de Derechos Humanos: un francés.

—¿Cuándo regresas?

—Saldré de Burgos de aquí a una hora.

—Te esperaré en lo alto del puerto de Somosierra: en el Hotel Mora. Si te parece bien, podemos pasar la noche ahí.

—¡No, José María, no! Quiero dormir en casa. ¡En mi casa! ¡Quiero abrazar a los niños! ¡No puedo más!

La relación de los crímenes cometidos por los juzgados en Burgos era alucinante: asesinato del guardia civil de Tráfico José Pardines Arcay; incontables asaltos a Bancos, Cajas de Ahorros y empresas; voladuras conseguidas o frustradas de la casa-cuartel de la Guardia Civil de Durango; del Frente de Juventudes de Bermeo; del Colegio de la Virgen de Arrate de Éibar; de la estación de la Renfe de Oizarte; de la Delegación Sindical de Pamplona; de la Casa Sindical de Sestao; de las casas-cuarteles de la Guardia Civil de Durango, Lamiaco, Villafranca de Oria, Punchas y Mondragón; amenazas epistolares a las esposas de los guardias civiles de Vizcaya y

Guipúzcoa anunciando que sus maridos serían decapitados si no abandonaban sus destinos; a veinte familias de Oñate de ser rociadas con gasolina y prendidas como teas si no daban asilo a ciertos miembros de ETA; y, por último, la decisión tomada en la casa de un clérigo de Cebeiro —y en el convento de los Padres Sacramentinos de Villaró— de asesinar al jefe de la Brigada Social de la Policía de San Sebastián. ¡Y su posterior ejecución!

María Luisa interrumpió la lectura de Echevarrieta para comunicarle la inminente convocatoria del Consejo de Ministros para el día siguiente, miércoles 30, a las once de la mañana. Estaba José María leyendo la comunicación, cuando volvió a entrar su secretaria.

—El señor ministro de Industria desea urgentemente hablar con usted.

Iba a descolgar el auricular cuando María Luisa añadió:

—Perdón, señor ministro, me he explicado mal. El señor López de Letona está aquí: en la sala de visitas.

—¡Qué extraño! ¿Viene solo?

—Sí.

Echevarrieta se puso en pie. En vez de decir que le hicieran pasar, fue él mismo a su encuentro. Lo encontró sentado, fumando, con aire preocupado.

—¡Qué sorpresa, tocayo!

—Perdón por venir a tu guarida sin avisarte. El asunto es importante.

—¿Grave?

—A mi juicio, gravísimo.

—Pasa a mi despacho.

Rogó a su secretaria que no los interrumpiesen.

Los dos José Marías se sentaron frente a frente.

—Hay sentencia: nueve penas de muerte…

—¡Muchas son!

—En realidad son seis los condenados, pero tres de ellos, por distintos delitos, cargan con dos penas capitales cada uno.

—¿José Javier Izco de la Iglesia?

—No sólo él como autor material del asesinato de Irún, sino cuantos participaron en las reuniones en que decretaron «ejecutarlo» y planearon el crimen.

—¿Te sorprende?

López de Letona respondió indirectamente a la pregunta:

—Me preocupa.

—Mañana —comentó Echevarrieta— tenemos Consejo de Ministros.

—De eso quería hablarte. El tema único serán las sentencias de muerte.

—¿Crees que el Caudillo concederá algún indulto?

—Lo que piense el Caudillo no lo sabe ni su almohada. Lo importante es lo que decidamos hacer nosotros. De nuestra actitud (¡de la tuya, de la mía, de la de Fernández de la Mora, de la de Carrero, de la del resto de los ministros!) depende la

vida de seis hombres…

—De seis asesinos… —corrigió Echevarrieta.

—No te discuto eso. Digo que de nuestra decisión depende, «además» de la vida de seis hombres, la comisión del más grave error político que, en las actuales circunstancias, podría cometer el Régimen.

José María López de Letona —cabeza pequeña, esbelto, peinado un poco a la antigua— tenía una mirada inteligente y penetrante que no apartaba de sus interlocutores, estudiando en ellos si aceptaban o rechazaban los argumentos que él exponía[12].

Rechazó el error de Echevarrieta de que el ejercicio del derecho de gracia era atribución exclusiva del Jefe del Estado, sin más trámites. Había un trámite preceptivo, que les incumbía a ellos. Y éste era que los ministros debían ser previamente oídos. Franco era hombre que sabía escuchar; que no se empecinaba en sus propios criterios; de ahí la gran responsabilidad moral y política de los ministros en el trance que se avecinaba. ¡Y seis condenas de muerte eran muchas! Por graves que fueran los delitos cometidos, López de Letona consideraba que la ejemplaridad del castigo estaba suficientemente alcanzada con la rebaja a la pena inmediatamente inferior: treinta años de privación de libertad.

Aludió al precario estado de salud del general Franco. ¿Era justo —después de haber ganado las mil y una «batallas de la paz»— que su Régimen pasara a la Historia como un sistema sangriento y opresor?

No era ésa la opinión de Echevarrieta. A su juicio las leyes han sido hechas para cumplirse. Cualquier contemplación con los delincuentes sería considerada como signo de debilidad (y espolearía la comisión de más actos de vandalismo) o como una cesión a la intolerable presión exterior.

López de Letona insistió en el deterioro que sufrirían nuestras relaciones exteriores en un momento de expansión como el que vivíamos; represalias con el turismo, actos de terrorismo en los aviones —españoles o no— que trajeran turistas a España… Nuestros embajadores no podrían salir a la calle sin chalecos antibalas. El escándalo internacional, si las seis sentencias se cumplían, era no sólo previsible, sino seguro…

De súbito el teléfono directo comenzó a sonar.

—Disculpa, José María —le dijo a López de Letona. Y descolgó el auricular—. ¿Sí?

—Soy Maruja.

—Estoy muy ocupado ahora, querida —respondió con impaciencia.

—¿Vendrás a cenar?

—Sí.

—Acabo de oír la radio. ¡Los van a matar a todos! ¡A Francisco Javier Izco también!

—Es el más comprometido. ¿Qué es lo que te sorprende?

—¡Pero yo no quiero ser responsable de la muerte de nadie! Fui yo quien le denuncié…

—No hiciste más que cumplir con tu obligación.

—¿Qué actitud va a ser la tuya?

—¿Cuándo?

—En el Consejo de Ministros de mañana…

—¿También sabes que mañana hay Consejo de Ministros?

—Lo acabo de oír por la radio. Respóndeme: ¿cuál va a ser tu actitud?

—Exactamente la que me dicte mi conciencia.

Hubo un corto silencio. Y en seguida:

—Como no votes a favor del indulto, no te lo perdonaré mientras viva, ¿me entiendes bien? ¡Mientras viva!

Colgó sin despedirse. Echevarrieta quedó mirando el auricular como si esperara ver salir por él a su encolerizada mujer. Al fin, se acercó a su colega y tocayo.

—Perdona la interrupción.

—Varios de nosotros… —comenzó a decir el ministro de Industria.

Echevarrieta le interrumpió:

—Perdón. ¿Quiénes sois «vosotros»? ¿A quiénes te refieres?

López de Letona sonrió.

—Me refiero a los que pensamos igual que tu mujer.

—¿Has oído lo que me ha dicho?

—¡No he podido evitarlo! ¡Hablaba bastante fuerte! Pues como te iba diciendo, varios de nosotros vamos a hablar con los directores de los periódicos más importantes para intentar convencerlos. Es fundamental que Franco, antes de oírnos, haya leído argumentos que sean convincentes. Si tú quisieses ayudarnos…

Echevarrieta movió la cabeza, negando.

—No tengo formado mi criterio… Te prometo que voy a meditar muy seriamente en cuanto me has dicho… Si te parece, podemos volver a vemos a última hora de la tarde. ¿No te importa que sea en mi casa? Mi mujer está muy excitada y no quiero dejarla mucho tiempo sola.

En esto estaban cuando sonó de nuevo el teléfono directo.

—Soy Laureano López Rodó.

—Dime, Laureano.

—No quiero de ningún modo influir en tu criterio. Pero sí me interesa contarte la conversación que acabo de tener con el vicepresidente. Le he pedido permiso para comentarla con algunos ministros y me ha autorizado a ello.

—Bien. Dime de qué se trata. Junto a mí está José María López de Letona.

—Pues cuéntale a él también lo que te voy a decir. Las palabras de Carrero han sido éstas: «¿Qué es lo que le conviene al enemigo?, ¿que haya condenas? ¡Pues hagamos lo contrario!».

Un silencio.

—¿Me has oído?

—Sí. Te he oído. Gracias por la información. Un abrazo.

López de Letona se puso en pie.

—¿No te importa que use tu teléfono?

Marcó un número.

—*¿ABC?*… Quisiera hablar con el director… De parte del ministro de Industria… —Pausa—. Torcuato, soy José María López de Letona… Escúchame: tengo verdadera urgencia de hablar contigo… No, no: de ningún modo. No tienes por qué moverte. Yo mismo iré a tu despacho. ¿Te importa que sea ahora mismo? De acuerdo: hasta ahora.

Los dos ministros salieron juntos. En la puerta se separaron. El de Industria, a seguir su campaña proselitista. El de Agricultura, camino de su casa.

Cuando López de Letona llegó al domicilio de Echevarrieta advirtió que Maruja había llorado. Su compañero de Gobierno estaba visiblemente alterado también. La discusión entre ambos había sido acre y violenta, sin duda. Maruja les sirvió unas copas y se retiró.

—¿Qué tal te ha ido en *ABC*?

—No ha sido fácil. Inicialmente la posición de Torcuato parecía tan irreductible como la tuya. Insistió una y otra vez que indultar a los asesinos no haría más que envalentonar a sus correligionarios: algo así como abrir la veda de los policías y fuerzas de seguridad. No obstante, algunos de mis argumentos le impresionaron: el de la previsible reacción extranjera. No sólo me dio la razón en esto, sino que me enseñó los teletipos que acababa de recibir: banderas españolas quemadas, bombas en los Consulados… ¡lo de siempre! Pero lo que más le afectó fue el juicio de la posteridad acerca de las dos generaciones que han hecho por España más que siglos y siglos de incertidumbres, ineficacias, luchas estériles y contradicciones políticas.

—¿Cómo acabó la conversación?

—Va a redactar él mismo el editorial de mañana. Tenía una cena en casa de Juan Carlos Guerra Zunzunegui y ha renunciado a ella. Me ha adelantado el título del editorial: «La fortaleza y la clemencia».

—¿Quiere eso decir que lograste convencerle?

—Así lo creo.

Hundió la mirada en el vaso que tenía entre las manos.

—Y a ti, José María, ¿te he convencido?

—No —respondió Echevarrieta—. Quien me ha convencido de que tal vez tengas razón es mi mujer.

30 de diciembre de 1970. Consejo de Ministros en El Pardo. Consejo expectante,

consejo trascendente. José María Echevarrieta era tal vez —o así se lo creía él— el más afectado y nervioso de los miembros del Gobierno. Miraba furtivamente a sus compañeros de Gabinete y en todos se veía un rictus de tensión. Muchos hubieran preferido en ese instante no haber ocupado nunca un puesto de responsabilidad en los altos cargos del Estado.

Aunque era obvio, Franco aclaró que el único punto del orden del día sería el de la ratificación o conmutación de las penas de muerte sentenciadas en el Consejo de Burgos. Aunque la decisión última era a él sólo a quien correspondía, quería escuchar, una por una, las opiniones de sus ministros. La más difícil de las papeletas correspondió al ministro de Asuntos Exteriores, Gregorio López Bravo, pues fue el primero que solicitó la palabra. Éste no titubeó: «Ejercicio de la gracia de indulto para todos los condenados a la pena capital», dijo, y desarrolló su criterio con frialdad, con serenidad y extraordinaria brillantez.

El siguiente en hablar no fue de la misma opinión. Consideraba que no podían cumplirse la totalidad de las sentencias, pues eran demasiadas y gravísimas, como gravísimos y demasiados habían sido los delitos cometidos. No obstante, el autor material del asesinato de Melitón Manzanas debía ser ejecutado, así como el principal inductor.

Otro de los ministros, Laureano López Rodó, se declaró abiertamente contrario a la pena de muerte. Era la suya una posición filosófica y no pragmática. En consecuencia, se inclinó por la concesión del indulto para todos.

José María Echevarrieta preparó mentalmente su intervención.

«La prosperidad de España se debe en gran parte a la paz pública de que hemos gozado durante tantos años. No somos un Gobierno de fuerza, mas sí un Gobierno de autoridad. Los anarquistas del Norte pretenden (y en gran parte lo están consiguiendo) crear un clima de terror. No voy a entrar en disquisiciones filosóficas acerca de las opiniones favorables o contrarias a la pena capital. Pero en tanto en cuanto nuestra legislación penal la establece, las penas deben ser cumplidas. No se trata de responder al terror con el terror, sino de cortar por lo sano los brotes de subversión con un castigo ejemplar. Yo respeto profundamente las piadosas opiniones de algunos de los que me han precedido en el uso de la palabra. Pero esa piedad, más que por los asesinos, la aplico yo a sus futuras víctimas. Y habrá más víctimas, no lo duden ustedes, si la ley no se aplica con todo su rigor. No es la vida de unos asesinos lo que depende de nuestra decisión de hoy, sino la paz y la convivencia futura de todos los españoles. Voto por el cumplimiento de la ley».

—La ley que prevé la pena de muerte —dijo suavemente uno de los ministros, como si hubiese leído el pensamiento de Echevarrieta— es la misma que establece la gracia de indulto. El conceder la gracia no significa transgredir la ley, sino acogerse a uno de sus preceptos. Mi opinión es que se cumpla concediendo el indulto a todos los encartados, con la sola excepción de Javier Izco de la Iglesia, autor material del hecho.

López de Letona repasó en su memoria los párrafos del editorial debido a su labor proselitista de la víspera: *«El Régimen es fuerte y sólo los fuertes saben perdonar. La Historia, la gran Historia, interpretaría la clemencia como fortaleza, lo cual no significaría ni rectificación a unas sentencias justísimas (aplicadas por hombres de honor y de acuerdo con la Ley) ni condescendencia con unos delitos que toda España aborrece, aunque compadezca a sus autores cegados por el odio y el fanatismo»*. Glosó los editoriales publicados aquella misma mañana en *Ya y ABC*, y concluyó identificándose con las opiniones expresadas por el ministro de Asuntos Exteriores y el señor López Rodó.

José María Echevarrieta sudaba copiosamente. De un tiempo a esta parte, la tensión nerviosa, el exceso de trabajo, la sensación de falta de tiempo para cumplir todo el programa que se había impuesto, le producían una suerte de tic bajo el párpado izquierdo que apenas era perceptible para los demás, pero que a él se le antojaba que era visible para todos. Envidiaba la seguridad de criterio de sus compañeros de Gabinete. Tanto los partidarios del indulto como sus oponentes sabían lo que querían y decían lo que opinaban. Él, por el contrario, se ahogaba en un mar de dudas. Que le preguntaran si era rentable el tan bien intencionado como fracasado Plan Agrícola de Badajoz, y respondería negativamente. Si le pedían su opinión sobre la transformación de una tierra de secano en regadío, sobre la falta de brazos para la recogida de la almendra en Mallorca, o la causa coyuntural de la baja de la naranja valenciana en los mercados internacionales, sabría responder y argumentar sus respuestas con brillantez. Pero el tema que se debatía era otro. Y todos los argumentos que oía, por contrarios que fueran, le parecían válidos. Las dudas aumentaban su zozobra. Las opiniones encontradas parecían tan equilibradas que tal vez de sólo su voto podía depender la vida de seis hombres. Hubiera preferido no acceder jamás al Gobierno de su país que tener que pronunciarse en un caso como éste.

Su inmediato antecesor en el uso de la palabra señaló que en un editorial publicado aquella mañana se abogaba por la concesión «de uno, varios, o muchos indultos». Pero no se hablaba de «todos». Él creía que la ejemplaridad exigía al menos una ejecución: la de Javier Izco de la Iglesia.

—El ministro de Obras Públicas tiene la palabra.

—Indulto total —respondió Fernández de la Mora.

Echevarrieta recordó a Maruja. Y su voz anhelante, crispada: «¡No te lo perdonaré mientras viva!». «¡Si no votas a favor del indulto, no te lo perdonaré!».

—El ministro de Agricultura tiene la palabra —dijo Francisco Franco, clavando los ojos en él.

José María tartajeó:

—Indulto total.

Y no dijo más. Recordó a su padre —a su padre de sangre—, asesinado en Viella por unos anarquistas procedentes de Zaragoza y que ni siquiera le conocían, del

mismo modo que Javier Izco no conocía a Melitón Manzanas. Y no supo si había traicionado su memoria como había traicionado su apellido.

Intervino Carrero:

—¿Qué es lo que desean nuestros enemigos? ¿Qué es lo que les conviene? Que se cumplan las sentencias. Que haya derramamiento de sangre. Y con ello tener pretexto para abrir una etapa de venganzas que serían alentadas por los corifeos de fuera. Opino que debemos hacer exactamente lo contrario de lo que conviene a nuestros enemigos. Mi criterio, por tanto, es muy claro: indulto total.

Echevarrieta no escuchó o no entendió la opinión de todos. En torno a la mesa había veinte hombres. Diecinueve ministros y el Jefe del Gobierno y del Estado. La opinión mayoritaria, bien que no unánime, fue aconsejar a Franco el indulto total. Y el Generalísimo, de acuerdo con el Gobierno, lo aplicó.

Antes de que la radio dijera nada, antes de que el ministro de Información, Alfredo Sánchez Bella, diera cuenta a los periodistas del resultado de las deliberaciones, todo Madrid sabía que Francisco Javier Izco de la Iglesia, Juan Gorostidi Artola, Francisco Javier Lerena Martínez, Mario Onaindía Nachiondo, Eduardo Uriarte Romero y José María Dorronsoro Cebeiro, condenados a la pena capital por el Consejo de Guerra celebrado en Burgos, habían sido indultados por el Jefe del Estado, y condonadas sus penas por las inmediatamente inferiores.

Al salir del Palacio de El Pardo, el frío era intensísimo, y el cielo, bajo y plomizo, amenazaba nieve. En el camino de regreso a Madrid comenzaron a caer los primeros copos.

XXIX

Desde donde un famoso bandido llamado «el Lute» sirve de hilo conductor para relatar una crisis de Gobierno hasta el episodio en que el ministro Echevarrieta vuelve por unas horas a ser Tomeu Riquer

[1971-1973]

José María regresó a su casa profundamente afectado por el Consejo de Ministros al que acababa de asistir. Necesitaba comunicarse con su mujer. ¿Con quién, si no era con ella, podía poner su alma al desnudo, confesarle sus zozobras, las oscilaciones de su ánimo, las contradicciones de su espíritu, al votar, por respeto humano, por temor a ser tachado de sanguinario, contra lo que le pedía su conciencia?

No siempre era fácil conversar con Maruja al regreso de su trabajo. Ese gran enemigo de la tertulia familiar, y de la familia misma, llamado televisor, se interponía entre ellos como la espada del romance de Gerineldos entre el cuerpo de los dos amantes. O peor, como un Tenorio que cortejara a Maruja y tuviera la desfachatez de esperar a su marido para estrecharle la mano antes de retirarse. Maruja parecía más interesada en los estúpidos seriales policíacos doblados en Puerto Rico (en los que al cemento se le decía «concreto», a los caimanes «aligatores», al descanso «receso» y a los muertos «occisos») que en saber cómo le había ido el día a su marido. Que Noelia Ramos, que acababa de ser proclamada *Miss* Europa, era una tinerfeña preciosa, que Julio Iglesias hubiera merecido ganar el festival de Eurovisión con su dulce y romántica *Gwendolyne*, que el *Juan Pareja*, de Velázquez, subastado en Londres, había superado todas las marcas en los mercados mundiales del Arte o que el libro de Pemán *Mis almuerzos con gente importante* había sido el más vendido del año —noticias todas que aprendía Maruja por la pequeña pantalla— le parecían a su mujer mucho más sugestivas que las que él le traía: la cosecha de la remolacha, la producción de azúcar o el precio del azafrán. ¿Era esto justo?

Al momento de entrar en su casa nevaba copiosamente. Primera y agradable sorpresa: Maruja no estaba frente al televisor. Segunda y desconsoladora sorpresa: en

el comedor de su casa, convertido en garito, se estaba jugando al *bridge*. Como no quería sufrir el desaire de otras veces en idénticas circunstancias, en que los jugadores ni siquiera se ponían en pie para saludarle porque era el último «robert» y se estaban jugando cinco tréboles doblados, fue él quien se instaló frente al enemigo público número uno de la tertulia familiar y se dispuso a solas a ver el programa. Antes de eso preguntó:

—¿Están los niños?

—No, señor. Están ya acostados.

Era el 30 de diciembre y el reportaje televisado no era malo: un recuento de los sucesos del año; los viajes de Nixon y De Gaulle a Madrid; los primeros contactos de España con naciones del Este, estableciendo relaciones consulares con Checoslovaquia, Bulgaria, Rumanía y Polonia; el fallecimiento de Esteban Bilbao; la concesión del «Mariano de Cavia» a José María de Areilza, proscrito aquellos años como una bestia negra por los portavoces oficiales; la proeza del español Vital Alsar, que batió la marca del Kon-Tiki al cruzar el Pacífico en una balsa desde Ecuador a Sidney, y la donación hecha por Picasso de novecientas de sus obras al Museo que en Barcelona llevaba su nombre. Entre los muertos ilustres de aquel año figuraban tres nombres importantes: Nasser, Oliveira Salazar y Charles de Gaulle.

—¡Ya le dije a todo el mundo que lo que hizo De Gaulle fue una imprudencia temeraria! —comentó Maruja al conocer, un mes antes, la muerte del expresidente francés.

—¿A qué imprudencia te refieres? —le preguntó entonces su marido.

—¡Vamos, vamos, José María, el ser ministro de Franco no te obliga a callarte lo que todo el mundo sabe!

—¿Pretendes jugar a las adivinanzas? ¿Qué es lo que sabe todo el mundo?

—Que Franco tiene «jettatura» con los extranjeros, pero muy especialmente con los jefes de Estado. Mira: cuando España estaba proscrita del resto del mundo, que parecíamos mismamente un lazareto, nos visitó Eva Perón, estrechó la mano de Franco… ¡y al poco tiempo, cáncer de sangre, y al foso! Vino el rey Abdullah de Jordania, y no bien regresó a su país le mataron de un tiro en el epigastrio cuando subía la escalinata de la Mezquita de Omar. Le visitaron en El Pardo el joven rey Feisal, del Irak, y su tío y regente del Reino, el emir Abdul Ilah, y les degollaron a los dos sin contemplaciones. No quiero hablar de casos anteriores. A Hitler le saludó en Hendaya ¡y se lo merendaron! A Mussolini, en Bordighera, ¡y le colgaron! Me refiero sólo a casos actuales. El almirante Sherman no sobrevivió ni dos semanas después de visitarle. El príncipe Ghigi, soberano de la Orden de Malta, le saludó ¡y la palmó! Trujillo visitó España, Franco le dio un aparatoso abrazo cuando fue a recibirle a Barajas y al Padre de la Patria Dominicana, como le llamaban, le barrieron a tiros en una carretera. Cuando en julio pasado vino el pobre De Gaulle a España y le visitó, encontró a Franco tan viejo que comentó: «¡Oh, *quel viellard*!». «¡Sí, sí —me dije yo —, ya puedes ir preparando tu capilla ardiente!». Y cuatro meses después, ¡zas!

¡De Gaulle, a la tumba!

—Hay excepciones, querida. El presidente Nixon vino a Madrid en octubre y ahí le tienes vivo y coleando.

—No lo digas tan seguro. ¡Algo le pasará! Y al emperador de Etiopía que ha anunciado su visita para dentro de unos meses… ¡a ése se lo comen sus guardaespaldas! ¡No comprendo cómo la gente comete imprudencias así!

Concluido el programa de televisión, y en vista de que los invitados de Maruja no daban señales de marcharse, José María penetró en el comedor convertido en improvisado casino.

—No pretendo echar a nadie —dijo a guisa de saludo— pero les advierto que está cayendo una nevada fortísima y corren todos el riesgo de quedarse bloqueados.

Si les hubiese dicho que la casa ardía por sus cuatro costados el resultado no hubiese sido otro.

—Tres tréboles —dijo uno.

—Tres corazones —replicó otro.

—¿Tres corazones? ¡Doblo! —arguyó un tercero.

—No debías haber doblado, mujer. Si cumplen, hacen el «rubber».

—¡He dicho que doblo!

—De acuerdo. Tú sales.

Se fue José María por donde vino y decidió acostarse. No pudo dormir. Con todo y con eso, cuando media hora más tarde Maruja se deslizó en la cama se negó a decir una palabra de lo ocurrido en el Consejo.

—¡Déjame dormir!

—¡No podía despedir así como así a mis invitados! ¡Estábamos empatados a una manga!

—¡Conmovedor!

—No seas rencoroso y cuéntame qué ha pasado.

—¡He dicho que quiero dormir!

No supo si lo consiguió, pues soñó que no podía conciliar el sueño, sobresaltado por una duermevela angustiosa en la que se le representaba el fusilamiento de los mismos a los que había contribuido a indultar.

A la mañana siguiente, cuando se levantó, Maruja estaba ya vestida y arreglada. Le conminó con aire de burla.

—Quiero saber si tu actitud de despego hacia mí es «estructural», como os ha dado ahora por decir a los tecnócratas, o simplemente «coyuntural».

—Estoy cansado, Maruja. Muy cansado.

—¡Has dormido diez horas! Dando saltos, es cierto, y a veces gritando: pero diez horas.

—Mi cansancio es de otro orden. Quiero dimitir.

Maruja le observó incrédula.

—La política no está hecha para mí. ¡No puedo más! Creo que tengo dos hijos,

que no estoy seguro de saber cómo se llaman. Quiero que un día me los presentes y les digas: «¿Veis a este señor de la mano negra? Pues es vuestro padre. ¿Os gusta o preferís que lo cambie por otro?». ¡Quiero conocerlos! ¡Ser su amigo! Yo he sido hombre hasta 1965. Desde hace seis años soy una máquina o algo peor: el tornillo de una máquina cuyo funcionamiento desconozco. Ayer seguí tu consejo y voté a favor del indulto. Sé que hice mal. Los compinches de tu amigo Izco de la Iglesia se dedicarán a seguir matando a diestro y siniestro las tardes que tú te entretengas jugando al *bridge*.

Maruja crispó los labios, le volvió la espalda y salió del cuarto dando un portazo. Paradójicamente les sirvió de enlace para sellar el armisticio un famosísimo bandido: Eleuterio Sánchez, apodado *el Lute*. Este personaje, el mismo año en que José María fue designado ministro, atracó una joyería en Madrid, mató al vigilante de la misma y huyó con el botín. Fue descubierto, apresado, condenado a muerte, y su pena conmutada por treinta años de reclusión. Trasladado a Madrid desde la prisión del Dueso, para declarar como testigo en el juicio seguido contra otro delincuente acusado del asesinato de una niña, y estando esposado, y circulando el tren en que venía a gran velocidad a través de las llanuras palentinas, se tiró de cabeza del ferrocarril en marcha y desapareció. Anduvo a pie doscientos kilómetros, cruzó a nado el canal de Castilla, a pesar de estar malherido por la caída del tren, robó una motocicleta cerca de Salamanca, fue reconocido por la Guardia Civil, consiguió huir de ella, y al fin lo capturaron escondido en una choza de pastores sin más provisiones que un pan, un queso y una zanahoria cruda. Encerrado de nuevo en el Penal del Puerto de Santa María, aprovechó las fiestas de Nochevieja para decirse: «¡Año nuevo, vida nueva!». Y ni corto ni perezoso se fugó del Penal sin dejar rastro.

—Pero ¿cuándo se ha fugado? —insistió Maruja.

—El primero de año. ¡Ayer mismo!

Su mujer comentó:

—¡No lo puedo remediar! A mí, este tío me cae simpático.

Tres largos años anduvo fugitivo *el Lute*, durante los cuales amasó una considerable fortuna producto de sus rapiñas, y el mismo día en que fue detenido, con gran disgusto de Maruja, Echevarrieta vivió un curiosísimo episodio del que nunca se atrevió, por respeto, a dar cuenta a su colega, el ministro de Información, Alfredo Sánchez Bella.

Maruja, al oírselo contar a su marido, se desternillaba de risa.

Unos días antes de que ocurriera esta anécdota había estallado en Madrid una bomba política. No bomba como explosivo, sino bomba como noticia, por lo que tenía de inesperada y por lo que tenía de trascendente. Ni uno solo de los ministros tenía noticia de ello. Franco, utilizando la potestad que le confería la Ley Jurídica de la Administración, había decidido separar la Jefatura del Gobierno de la del Estado; conservar para sí esta última dignidad y ceder la primera. Para ello, el Consejo del Reino debía presentar una terna y el Caudillo seleccionar el que fuera más de su

gusto. La terna presentada, según los rumores de la calle, pues las deliberaciones de este organismo son secretas, fue la siguiente: Raimundo Fernández Cuesta, Manuel Fraga Iribarne (alejado en aquel entonces de la política y presidente de una fábrica de cervezas) y el almirante Carrero. Franco eligió a este último, y la crisis quedó abierta. A nuevo presidente, nuevo Gobierno. Los rumores más dispares corrían acerca de la formación del primer Gabinete que, desde hacía treinta y seis años, no sería presidido por Francisco Franco. Y hubo un largo margen de tiempo para tales rumores, pues fueron muchos los días que transcurrieron desde que se hizo pública la decisión de Franco hasta que el Consejo del Reino presentó su terna, y Carrero designó Gobierno.

En este interregno visitó España el joven ministro de Asuntos Exteriores de la República Dominicana, doctor Gómez Bergés, y su colega español, López Bravo, organizó varios actos en su honor. El último de ellos, una cena en el Hotel Ritz, de cuarenta cubiertos, que se celebró el 2 de junio, y a la que estaban invitados, entre otros, Alfredo Sánchez Bella, Echevarrieta Letelier y un periodista de Madrid, centro ocasional de la anécdota, que era amigo personal del político dominicano. Contrariamente a las costumbres españolas, la comida terminó tempranísimo, pues toda la comitiva del doctor Gómez Bergés debía tomar el avión de regreso, y los funcionarios de Asuntos Exteriores, con López Bravo en cabeza, acudieron a Barajas a despedir a los ilustres visitantes. Con esto, todo el mundo se fue, con excepción de los ministros de Información y Turismo (que había sido años antes embajador en Santo Domingo), del ministro de Agricultura y del periodista en cuestión, quienes se dispusieron a prolongar la velada unos minutos.

—¿Qué rumores corren por Madrid respecto a la formación del nuevo Gabinete? —preguntó Sánchez Bella al escritor.

Éste (recordando tal vez aquello de que la palabra «crisis» es «vocablo que hace risible — los tormentos del infierno — ya que debe ser horrible — cuando empieza a hacerse audible — para un hombre de Gobierno») se abstuvo muy mucho de comentar ante los dos ministros los rumores que corrían. Pero les compensó con una novedad que ellos ignoraban.

—El notición del día —exclamó— es que después de tres años de persecuciones inútiles acaban de apresar al *Lute*.

—¿Qué me dices? ¿Dónde ha sido? ¿Cómo ha sido?

—No tengo ni idea. Supe el hecho de la detención en el momento de salir del periódico hacia aquí, y ya con prisas, pues temía llegar tarde.

Minutos después, Alfredo Sánchez Bella se brindó a acompañar en su coche a Echevarrieta hasta su casa y al manchapapeles a su periódico, dejando primero a éste, ya que el ministro de Agricultura vivía más lejos.

—Os invito a subir a mi despacho —les dijo el periodista cuando ya iban de camino—, y así veréis cómo se cuece un periódico en su salsa, y de paso nos enteramos cómo ha sido lo de Eleuterio Sánchez.

—Más fácil —replicó Sánchez Bella—. Telefonea desde aquí y di a tu gente que

te den las últimas noticias.

Levantó una tapadera, bajo la que había un radio-teléfono, y se lo ofreció al periodista para que estableciera la comunicación. Éste, que no había telefoneado nunca a nadie desde un automóvil, marcó el número correspondiente y pidió que le comunicaran con don Jesús Revuelta.

—Jesús —le dijo—; cuéntame todo lo que sepas de cómo ha sido atrapado *el Lute*.

—¡Déjate de Lutes! —respondió éste—. ¡La noticia sensacional es que Sánchez Bella sale del Gobierno!

—¡No hables tan fuerte, que me rompes los tímpanos! —dijo éste mirando de soslayo a Sánchez Bella—. ¡Y contéstame sólo a lo que te pregunto! ¿Entiendes? ¡Sólo a lo que te pregunto!

Iban apretadísimos en el coche, y el ministro de Información tenía su oreja a pocos milímetros de la del periodista.

—¡Sánchez Bella todavía no lo sabe! —continuó Jesús Revuelta—, ¡pero sí lo sabe ya su sucesor!

—Te suplico que hables más bajo y que me contestes sólo a lo del *Lute*. Yo voy hacia allá y ya me contarás el resto. Lo que quiero saber ahora es lo que te he preguntado.

—No te entiendo —replicó el otro—. ¿Te interesa más saber cómo han cogido al *Lute* que el hecho de que sale Sánchez Bella? ¿Por qué no me contestas? ¡Sánchez Bella! ¡Te he dicho que sale Sánchez Bella!

A pesar de haber asegurado que se le rompían los tímpanos, el periodista apretaba el auricular contra el pabellón de su oreja con tanta fuerza como inconsecuencia con lo que decía; pues a más presión, más riesgo de quebrar su membrana auditiva.

—¿Qué dice? ¿Qué dice? —preguntaba Sánchez Bella, mientras que al interlocutor de Revuelta un color le venía y otro se le iba. Al fin colgó.

—Nada. Que no tiene las galeradas delante y que no puede decirme gran cosa. Para colmo estaban hablando por otro teléfono —mintió— con el sucesor del pobre José María Massip, que le llamaba desde Washington. Total, que no me ha dicho nada.

Llegaron al periódico. Agradeció el periodista al ministro haberle conducido hasta allí, y Echevarrieta decidió quedarse y subir para enterarse de los detalles de la detención del *Lute*, tema que, estaba seguro, apasionaría a Maruja cuando se lo contara, pues durante los tres años que habían transcurrido desde su fuga del Penal había sido localizado cien veces, desaparecido otras tantas, se le persiguió en helicóptero, y sus peripecias tenían en vilo a la opinión. Pero de lo que se enteró el ministro fue de la composición del nuevo Gobierno y de las razones de los sudores, suspiros y sofocos de su compañero de trayecto, mientras le comunicaban el cese de Sánchez Bella, desde el teléfono de Sánchez Bella, situado en el coche de Sánchez Bella y con Sánchez Bella (que le había invitado a trasladarle con toda cortesía)

pegado a su hombro e ignorante de cuanto le informaban.

Las noticias de Revuelta eran las siguientes: presidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco, cosa ya sabida; Torcuato Fernández Miranda, vicepresidente (el primero no militar desde la instauración del Régimen); Carlos Arias, uno de los mejores alcaldes que tuvo Madrid, sustituiría a Garicano Goñi en Gobernación; Antonio Barrera de Irimo, del que se había hablado como posible ministro en las dos crisis anteriores, y que se había distinguido como eficientísimo presidente de la Compañía Telefónica Nacional, sustituiría en Hacienda a Alberto Monreal Luque; Fernando Liñán, a Sánchez Bella en Información y Turismo. Se creaba un Departamento nuevo, el Ministerio de la Presidencia, del que sería titular José María Gamazo, y se sabía, en fin, que el abogado Cruz Martínez Esteruelas, hombre muy joven, que no había hecho la guerra y que se había manifestado como excelente parlamentario en las comisiones de las Cortes, entraría también en el Gobierno, aunque Revuelta ignoraba por el momento a qué puesto iría.

—¿Comercio? —preguntó Echevarrieta.

—Cotorruelo, el que fue subcomisario de Servicios del Plan de Desarrollo con López Rodó.

—¿Seguro?

—¡Seguro!

—¿Agricultura?

—Me temo, señor ministro, que voy a darte una mala noticia. Sales tú y entra Tomás Allende García-Báxter, quien también fue subcomisario de Agricultura del Plan de Desarrollo. ¡De modo que Laureano ha conseguido hacer ministros a todos sus inmediatos colaboradores! De lo que no tengo noticias —confesó Revuelta— es de Vivienda y Educación. En cambio me consta que siguen en sus mismos puestos García Ramal, Fernández de la Mora, Licinio de la Fuente y López de Letona.

—La noticia de mi cese, querido Revuelta, no es mala para mí, sino excelente. Llevo ocho años en el Gobierno y te aseguro que pesan mucho. Por cierto, no me has dicho nada de Asuntos Exteriores ni del Plan de Desarrollo.

—No tengo noticias concretas. Pero doy por seguro que continúan cada uno en sus puestos. Piensa que López Bravo sale uno de estos días para París y nada menos que para presidir la reunión anual del Consejo de Ministros de la OCDE, privilegio que nunca le había correspondido a un español…

Jesús Revuelta tuvo razón en casi todo, y en esto último, no. Gregorio López Bravo pasó por la ingratísima humillación de cesar en su cargo precisamente cuando presidía la reunión de ministros europeos. Laureano López Rodó cumplió la incómoda misión de telefonearle a París, informarle de su cese… y anunciarle que sería él mismo su inmediato sustituto. El apuesto y brillante exministro llegó a Barajas el 8 de junio, siendo asediado por una nube de reporteros y fotógrafos. Se negó a hacer declaraciones. Con espartana sobriedad, respondió: «Ya no soy noticia».

Para el hombre de la calle, la salida de López Bravo fue tan sorprendente como

otrora lo fueron las de Fraga y Castiella. El ministro de Asuntos Exteriores había desarrollado una ingente labor en la doble vertiente diplomática y comercial. La política exterior no es sólo cauce para recibir sonrisas y crear amistades sino para abrir mercados y conseguir clientes. Procedente del Ministerio de Industria, López Bravo tuvo esto muy presente a su paso por Exteriores. Pero los doctorados en «francología», ciencia paralela a la de «carreroblancología», no se sorprendieron tanto. El aperturismo hacia el Este, con intención preferente de encontrar mercados nuevos, no era vista con buenos ojos por los más integristas. La visita de un ministro de Fidel Castro a España produjo recelo; la apertura de relaciones consulares con varios países de la Europa oriental y comerciales con la Unión Soviética, inquietud; las diplomáticas con China, escándalo. Entre la postura de un Camilo Alonso Vega, que prohibió a la empresa distribuidora de películas DIPENFA la importación de un excelente *Don Quijote de la Mancha*, producido y filmado en la URSS, y la de este aperturista de mercados filomarxistas había un abismo de criterios difícilmente salvable. Quienes escucharon, o supieron, que en un diálogo Franco-Carrero se dijo: «¿No será excesiva esta apertura hacia el Este?», sabían de antemano que López Bravo, para más pronto o más tarde —pues los relojes de Franco tenían minuteros distintos a los de los demás mortales—, acabaría siendo defenestrado.

La salida de López Bravo, y su sustitución por Laureano López Rodó, despejaba la incógnita de Jesús Revuelta respecto al cargo que ocuparía Cruz Martínez Esteruelas, quien pasaba a sustituir a López Rodó en la cartera de Planificación del Desarrollo. Las dudas del subdirector de *ABC*, respecto a Vivienda y Educación, quedaron resueltas el 11 de junio, fecha en que se hizo pública la formación del nuevo Gobierno. Utrera Molina, antiguo gobernador de Sevilla, pasaba al departamento de Vivienda, e ingresaba en el mundo de la política un catedrático de Cristalografía llamado Julio Rodríguez, designado para Educación y Ciencia, y que escribiría andando el tiempo un libro titulado *Yo fui ministro de Carrero Blanco*.

La sorpresa mayor de Echevarrieta fue su propio mantenimiento.[13] Sorpresa y disgusto. Visitó al presidente y le pidió ser relevado.

—¿Por qué no me lo dijo usted antes? —preguntó el almirante con cierta sequedad.

—Porque, equivocadamente, estaba seguro de que iba a ser sustituido.

—Como usted comprenderá no voy a provocar una crisis al día siguiente de la designación del nuevo Gobierno sólo por darle a usted gusto. Le suplico que permanezca por lo menos un año más. Al cabo de este tiempo, procuraré complacerle.

Corría el mes de julio de 1973 cuando, durante su despacho con María Luisa, ésta le pasó a Echevarrieta Letelier una carta que llevaba la indicación de urgente.

—Léamela usted, por favor.

—Lo haría muy mal, señor ministro. Está escrita en francés.

José María extendió la mano, la desplegó cuidadosamente y comenzó a leer:

Monsieur le ministre et cher ami:

El Gobierno francés ha solicitado de varias familias de esta región que alojemos en nuestras casas a las más ilustres de las muchas personalidades extranjeras que asistirán el mes próximo a la inauguración del Instituto Internacional del Vino. Imagínese —monsieur le ministre et cher ami— que me han rogado tenga de invitado en mi casa al señor ministro de Agricultura de Grecia. Me he apresurado a responder que no. Bien es cierto que apoyé mi negativa sólo en la mitad de la verdad. No le he dicho a mi Gobierno que no me gustan los griegos. Desde los tiempos de Praxiteles esa raza ha variado mucho. Ahora son todos feísimos. ¿Conoce usted algún griego actual que se parezca al Apolo de Belvedere? ¡Ése sí que merecía tirar del carro del sol! La segunda mitad de la verdad —y ésta es la que he comunicado a mi Gobierno— es que soy amiga personal del ministro de Agricultura español, antiguo conocido mío, y me sentiría muy honrada y feliz de tenerle de huésped en mi casa. ¡Creo que tengo derecho a escoger a mis invitados! Por supuesto que me sentiré muy contenta si viene usted acompañado por madame Echevarrieta. No deje, mi querido amigo, de responderme con cierta celeridad, y reciba, señor ministro, la expresión de mis sentimientos más distinguidos.

COLETTE, VIUDA D'ORIGNY

Echevarrieta meditó largamente. ¡Qué mezcla de sentimientos encontrados los que embargaban su ánimo! Calculó la edad de la viuda del antiguo prefecto de Ariège. Cuando él contaba veintisiete ella tenía cuarenta y muchos. De modo que ahora *madame* Origny había sobrepasado con creces los sesenta… ¿Cómo sería? ¿Quién o quiénes le habrían sustituido como amantes desde entonces? ¿Mantendría en la actualidad un *gigoló*? ¿Ayudaría la más joven de las Colette a su madre en cumplir los ritos de «ama de casa» durante los festejos? No le desagradaría volver a verla. Colette Origny hija sería hoy, sin duda, una mujer espléndida.

—María Luisa: voy a dictarle.

—Estoy a su disposición.

Querida madame Origny:

Su carta me llena de alegría por los buenos deseos y expresiones de amistad que manifiesta hacia mí, en la misma medida que me apena no poder corresponder con mi aceptación a su mucha gentileza. La inauguración del Instituto del Vino, y el programa consiguiente de festejos, coinciden, desgraciadamente con ineludibles deberes que me impedirán desplazarme de España por aquellas fechas.

Créame, chèr madame, en el pesar que esto me causa, así como en mis votos, los mejores.

—Le he dictado esta carta. María Luisa, con una sintaxis un tanto extraña, pues cuando la haya usted pasado a máquina hay que mandarla traducir al francés.

—¿De modo, señor ministro, que renuncia usted definitivamente a esa reunión internacional?

—Definitivamente, María Luisa. Y usted conoce mis razones.

No bien acababa de dictar esta carta, cuando sonó el teléfono rojo que comunica directamente a unos ministros con otros. Lo descolgó y oyó una voz femenina.

—Señor ministro: el señor presidente del Gobierno desea hablar con usted.

Y al instante:

—¿Echevarrieta?

—Soy yo mismo, don Luis.

—Nunca entendí —le dijo Carrero— por qué el difunto Riquer y usted se pusieron de acuerdo para que fuese el ministro de Comercio quien representase a España en la preparación de la creación del Instituto Internacional del Vino, que se inaugura en Francia el próximo septiembre. Esa representación corresponde de lleno al ministro de Agricultura. De modo que vaya usted preparando su intervención y su programa.

—Tal vez mi subsecretario pueda sustituirme.

—Pero ¿qué es lo que le impide ir a usted mismo?

—Tengo programados un montón de actos. El próximo septiembre va a ser para mí un mes apretadísimo.

—Pues cambie usted sus programas y olvídese de que vaya el subsecretario —dijo Carrero con autoridad—. A Foix debe ir usted mismo. ¿De acuerdo?

Echevarrieta no respondió. Oyó la voz del almirante.

—Hasta el próximo viernes, Echevarrieta.

—A sus órdenes, señor presidente.

José María se rascó la cabeza, allí donde antaño los curas llevaban la tonsura.

—Rompa usted la carta que acabo de dictar para *madame* Origny —murmuró dirigiéndose a María Luisa.

Volvió a llevarse la mano al colodrillo, como si en ese punto de su cráneo se hallase la solución a su problema, hinchó los carrillos de aire y lo expelió lentamente.

—¡Menuda papeleta! —suspiró.

La secretaria le observaba curiosa y enternecida.

—¿Quién es el santo o la santa de su mayor devoción, María Luisa?

—Santa Teresa.

—Pues póngale usted dos velas en mi nombre… ¡y que Dios me acompañe!

Maruja y José María hicieron el viaje en automóvil. Recorrieron uno por uno los lugares a donde Tomeu Riquer Basols se había negado a regresar desde que adquirió

la falsa personalidad de Echevarrieta. Contempló con gran satisfacción las mejoras habidas en las carreteras del abrupto Pirineo; los túneles que perforaban los montes, los puentes que volaban sobre los valles y despeñaderos; los inmensos lagos artificiales que apresaban el agua del Noguera Pallaresa y del Noguera Ribagorzana, donde se reflejaban imponentes, las crestas de los montes; y emprendieron la ascensión del puerto de la Bonaigua, trocando la comodidad que hubiese supuesto el túnel de Viella a cambio de la contemplación del prodigioso panorama otoñal. Se notaba la altura en la presión de los oídos y en las yeguas y las vacas que pastaban en las praderas altas cuyo aliento se transformaba en vapor. Al llegar a lo alto del puerto se detuvieron. Bajo ellos, como un inmenso teatro romano, se abría la concha del Valle de Arán, circunvalada por cumbres nunca holladas por la planta del hombre. Todo lo siniestras que eran las cimas de roca, negras, rugosas, crispadas como manos que claman al cielo, era pacífico, calmo, recogido y acogedor el Valle de Arán. Hacía frío en aquel mirador y un viento gélido les daba en el rostro. Sus miradas saltaban de los picachos crispados —como olas de un mar oscuro y enfurecido sorprendidas por la eterna inmovilidad cuando iban a romper— a la placidez del valle, cruzado por centenares de arroyos y cascadas; salpicado aquí y allá por multitud de casitas que se adivinaban en la lejanía, formando diminutos pueblos de juguete, y a los bosques de hayas llenos de misterio donde jugarían las ardillas, pastarían los rebecos y vigilarían sus guaridas los osos. Las hojas de los árboles septembrinos eran rojas como llamas. El aire helado arrancaba a Maruja y Tomeu Riquer lágrimas de frío. Pero las de Tomeu —porque ante «su» paisaje aquél era de nuevo Tomeu Riquer Basols— no eran sólo producidas por el viento. Toda su infancia, su adolescencia, su juventud se le habían subido a la cabeza como un licor que embriaga y a la par acucia y adormece.

—¡Mira! —dijo Maruja—. Ése debe ser el teleférico que construyó Armando. ¿Por qué no bajamos por él hasta el hostal, y Alfonso nos espera abajo con el coche?

La respuesta de Tomeu Riquer fue terminante.

—No.

Debían cruzar la frontera cuanto antes, pues de lo contrario no llegarían a tiempo de almorzar en Aspet, donde había un delicioso restaurante en el que servían platos exquisitos. Aunque lo dicho era cierto, la verdadera razón de su negativa era otra. No se atrevía a cruzar el hostal, donde acababa el teleférico, y donde no era imposible que aún trabajaran camareros, administradores, porteros que un día sirvieron bajo sus órdenes. No tenía miedo a ser reconocido por su rostro sino por su voz.

El cruce de Viella le produjo una intensísima emoción.

—Ése debe ser el hostal que heredó Teresa del pobre Armando —comentó Maruja.

Estaba totalmente transformado. El edificio antiguo había sido derribado y uno nuevo se elevaba donde estuvo el de antaño. Allá, junto a aquella verja de la esquina, besó por primera vez a una chiquilla, que era hija de un carabinero; a esa iglesia cuyo

tejado de pizarra semejaba el cucurucho con que se tocaban las damas medievales, acompañaba a su madre cada domingo; en esa escuela de donde salían enjambres de chiquillos aprendió las primeras letras; en esa tasca, junto a la estación, bebió unas cervezas con el verdadero Echevarrieta Letelier, cuando aquél vino a proponerle su fantástico proyecto.

—Aquí, en este pueblo, nació usted. ¿No es verdad, don José María? —preguntó Alfonso.

—Así es.

—¿No quiere usted que pasemos por la casa en que nació?

—La derribaron hace tiempo.

No se detuvieron en el pueblo, limpio, florido, ordenado y pintoresco como la ilustración de un cuento infantil; cruzaron la frontera, junto al Garona, río español, emigrante a Francia; atravesaron Fos, a cuyo alcalde de los años cincuenta, su mujer hizo cornudo con la inefable colaboración del joven Riquer Basols; pasaron por St. Beat, donde Tomeu llegó a alternar con tres novias consecutivas y se desviaron de la carretera general para almorzar en Aspet. El establecimiento no había variado. Se llamaba como el título de un cuento de la inolvidable «Biblioteque Rose», de la Comtèsse de Segur, «L’Auberge de l’Ange Gardien». ¡Y no fue sólo por razones gastronómicas por lo que José María lo escogió para almorzar! Frente por frente de L’Auberge había una casita rodeada de parras vírgenes que Tomeu Riquer adquirió al heredar a su madre, y que fue durante algunos años escenario secreto de no pocas aventuras galantes. La contempló con nostalgia.

Como si se hubiese producido una transmisión de pensamiento, Maruja preguntó:

—¿No era en este pueblo donde Armando Riquer heredó una *garçonnière* de su primo Tomeu?

—Creo que sí, pero no sé dónde está —mintió.

—Tomeu Riquer —comentó Maruja— debía de ser bastante golfo.

Tomaron un excelente *Paté Maison*, y después unos pájaros deshuesados y rellenos de *foie*, definitivamente exquisitos. Y quesos: toda clase de quesos.

—Nos va a ocurrir como en Galicia —protestaba Maruja, sin dejar por eso de comer—. ¡Y después cuesta mucho más perder los kilos que ahora ganarlos!

Tan copiosa fue la comida y los vinos con que la regaron, que Maruja durmió el resto del viaje. Y José María hubiese hecho lo propio si se lo hubiesen permitido sus pensamientos. Cien veces había comparado la única fotografía que conservaba del Tomeu Riquer antiguo, con su rostro reflejado en el espejo. Eran caras distintas, pero no opuestas. Lo que más le inquietaba eran los ojos, los gestos y la voz. Cierto que los ojos quedaban deformados en su versión primitiva a causa de las cejas arqueadas y ahora levemente angulosas a causa de la presión de dos leves cicatrices en su centro. ¡Pero su voz!

¡Qué sorprendente cepo el que le había tendido el destino, teniendo que volver a enfrentarse con los seres que más y mejor podrían reconocerle! Cierto que en el

encuentro con su antiguo comandante y hoy teniente general ni uno ni otro se habían reconocido. Pero ¿cómo comparar la relación de un jefe y un oficial del Ejército con la de un hombre y una mujer que han tenido a lo largo de cuatro años relaciones íntimas?

Alfonso despertó a Maruja de su sueño y a José María de sus divagaciones.

—Estamos llegando a Foix. Usted me dirá, don José, por dónde debo seguir, que el palique que aquí se habla no ha sido hecho para mis entendederas. Y ni sé leer los carteles en franchute ni puedo preguntar a nadie.

El pueblo era divino. Muy cerca de allí los ríos Arget y Ariège confluían con el Garona. A un extremo del profundo valle en que se encontraban estaba el monte de Saint Sauveur; del otro, la ciudad dominada por una inmensa roca en cuya cima estaba el antiguo castillo de los condes de Foix, primitivos señores feudales de la comarca.

Consultó José María el plano que le había sido remitido, indicó a Alfonso el camino a seguir y, al poco, cruzaban la verja del Château d'Origny. El corazón de José María latía violentamente y un tic nervioso le surgió en un párpado.

—¡Qué edificio más soberbio! —comentó Maruja, sin poder sospechar que José María no lo contemplaba con tanta atención por amor al arte cuanto por intentar reconocer la ventana del cuarto donde se alojó, invitado por el prefecto, cuando recibió la visita nocturna de su jovencísima y única hija. De *madame* Origny, el castillo no conservaba ningún oculto recuerdo común. Las entrevistas con ella tenían lugar en sitios harto más discretos y menos comprometidos. Algo de esto sabían las viejas habitaciones de la antigua fonda de Viella y el delicioso rincón rodeado de parras de la casita de Aspet, con la ventaja para este último, gracias a la proximidad de «L'Auberge de l'Ange Gardien», de poder unir las nobles delicias gastronómicas de su cocina a otra suerte de delicias menos nobles.

El coche cruzó un gran parque alfombrado de praderas, orladas de vetustos castaños. Cuando llegaron junto al castillo, varios caballeros y señoras tomaban el té en el jardín.

Los tics nerviosos de José María subieron de punto, tanto por su ritmo como por su intensidad, al ver avanzar hacia ellos a dos señoras. Maruja y él descendieron del coche cuando ya llegaban. La de más edad comprobó sin mucho disimulo la matrícula del coche y exclamó con gran jovialidad:

—*Mon cher monsieur le ministre*, le hubiese reconocido hasta de espaldas. ¡Está usted igual igual que hace veinte años!

Nunca una mentira tan grande produjo en Echevarrieta mayor satisfacción. Era evidente que su antigua amante no le había reconocido.

—¿*Madame* Echevarrietá? Soy *madame* Origny. Estoy bien contenta de que haya querido venir. Les presento a mi hija, *madame* Monfort.

Se estrecharon cortésmente las manos. De no encontrarse en aquel lugar, José María hubiese comprobado con más facilidad la identidad de la madre que no la de la

hija. La primera, no obstante estar sensiblemente envejecida, conservaba los rasgos de otrora; la segunda se había transformado radicalmente. Su rostro, antaño redondeado e infantil, se había afinado y adquirido personalidad; los tacones altos la hacían más esbelta. El peinado, mucho más elegante y favorecedor que las antiguas trenzas. Era una mujer espléndida, y José María sintió el deseo impulsivo de galantearla. Cosa que se guardó muy bien de hacer. ¡No ocurrió lo mismo a la recíproca!

—¿Recuerdas, querida mía, a *monsieur* Echevarrietá?

—No creo haber tenido el placer de conocerle antes —respondió Colette.

Y al oírlo, los tics del ministro de Agricultura se desvanecieron.

—Les voy a presentar a mis invitados —dijo *madame* Origny. Y mientras avanzaban hacia ellos, la viuda del antiguo prefecto comentó—: ¡Qué curiosa es la vida! A pesar del tiempo en que no nos vemos, su voz me sigue resultando familiar…

—La única duda de haberle conocido antes —comentó la joven *madame* Monfort — es su voz. No recuerdo su cara, pero su voz no me es desconocida.

—Estoy seguro —comentó el ministro— de habernos visto antes de ahora. ¿No se llama usted Colette, como su madre?

—Sí. Mi nombre es Colette.

Llegaron donde el resto de los invitados tomaban el té. *Madame* Origny hizo las presentaciones. Uno de los caballeros era el alcalde de Foix, *monsieur* Tarascon. Otro, el ministro de Agricultura francés. Las dos mujeres, sus esposas: muy elegante la última; basta, pueblerina y con cara de pocos amigos la alcaldesa.

La conversación fue tan insulsa como convencional. Todos coreaban con discretas risas las observaciones de los demás; las señoras lanzaban rápidas miradas a los trajes de las otras; los caballeros rozaban los temas políticos sin penetrar demasiado en ellos, por no herir susceptibilidades ajenas. Más tarde supo José María que el alcalde era comunista, y el ministro uno de los hombres claves del gaullismo. Ambos se mostraron, cara al otro, deferentes y corteses. Las únicas notas dignas de mención fueron los elogios de la esposa del ministro respecto al vestido de Maruja: un «¡ah!» comprensivo de *madame* Origny al saber que era de Balenciaga; una pregunta dicha al azar por la misma, interesándose en saber si la mano ortopédica de Echevarrieta se debía al accidente que costó la vida a Tomeu Riquer, y la clara sensación de éste de que Colette Monfort intentaba ganarse su admiración y su simpatía.

Los diálogos mantuvieron la siguiente constante:

Ministro-ministro-alcalde. (Los primeros dispuestos a demostrar que las diferencias políticas no hacían incompatibles, entre personas civilizadas, el trato común o incluso la amistad).

Madame Origny-Maruja. (Muy en ama de casa la primera y deseosa de complacer con su hospitalidad a la invitada extranjera, a quien juzgó desde el primer instante de categoría muy superior a lo que ella imaginaba que correspondía a la esposa de su antiguo empleado, el competente vendedor de abonos en La Haute-Garonne e hijo de

un ferretero de Marsella).

Colette Origny hija-José María Echevarrieta. (Discreto flirteo por parte de ella). Señora del alcalde: cero. Nadie le hizo maldito el caso. Nadie le dirigía la palabra ni ella mostraba interés alguno en intervenir en las conversaciones de los demás. El ministro español, por buena crianza, intentó vanamente ligar un tema de conversación con ella. Fue inútil. Se sabía desplazada en aquel ambiente. Y desaprobaba la actitud de su marido, quien, por el hecho de ser alcalde, se avenía a dialogar con un ministro gaullista, a tratar con un fascista, miembro del Gobierno de Franco, y a visitar el «château» de la más calificada familia de la plutocracia burguesa, que era «además» nieta de un vizconde.

Apenas los invitados se hubieron ido —pues el ministro y el alcalde, con sus respectivas señoras, debían visitar a otros forasteros ilustres (que tenían anunciada su llegada a diferentes horas)—, *madame* Origny acompañó a sus huéspedes a sus habitaciones, anunciándoles para más adelante un «petit tour du propietaire», quiérese decir una vista al castillo, sus dependencias interiores, sus antiguas cuadras, invernaderos, ganado y criadero de faisanes. Lo cierto es que salvo el comedor, la sala principal, los dormitorios y cuartos de baño, el resto del inmenso edificio estaba bastante destartalado y cochambroso. Tras la visita, cenaron, turnándose *madame* Origny y su hija en traer y llevarse los platos, ya que no tenían más servicio para atender aquel inmenso caserón que una cocinera vieja y una asistenta por horas, que ya había tomado las de Villadiego.

Al recluirse en sus habitaciones, y cuando ya estaban acostados, Maruja hizo esta declaración lapidaria:

—La dueña de casa es una gran señora. Y su hija, una zorra.

—Pero, Maruja… ¿cómo te atreves a hablar así? ¿Por qué dices eso?

—Porque es un zorrupio.

—¿En qué te basas para decir eso?

—En que se ve a la legua.

—¿No te consideras un tanto exagerada?

—No. Si yo no estuviese aquí, a estas horas estaría acostada contigo. Y como da la casualidad de que estoy, se estará consolando con el jardinero o con un guardia municipal. ¡No lo dudes! La tengo calada desde que la vi.

—A veces, Maruja, eres un ser odioso e insoportable. ¡Buenas noches!

—¿Negarás que te ha estado provocando toda la tarde?

—He dicho buenas noches.

—¡Y tú, además, estabas satisfechísimo de tu conquista!

José María dio media vuelta en su cama y se negó a hablar una palabra más.

Maruja estuvo muy torpe en dar rienda suelta a su certerísimo instinto. Lo único que consiguió fue que Tomeu Riquer, dormido o medio despierto, soñara con la joven divorciada toda la noche.

¡Qué delicioso programa el día siguiente! Si aburridos y bien aburridos resultaron los discursos, incluido el de Echevarrieta y excluido el de su colega francés, la inauguración del Instituto-Museo no pudo ser más original. Enormes masas de uvas fueron pisadas en sus lagares por habilísimos campesinos descalzos, que ejecutaban una suerte de danza ancestral sobre el fruto azulino de las cepas. Y del mismo lagar salía por una espita un zumo de color indefinido que era inmediatamente recogido en toneles y distribuido gratuitamente entre la multitud. Con el mayor disimulo que cabe, Maruja derramó por el suelo el vaso que le ofrecieron, pues no se declaró especialmente entusiasta por el zumo de la uva mezclado con las emanaciones de aquellos pies cuya agilidad no tenía necesariamente que ser garantía de limpieza.

—¡Exquisito! —comentó hipócritamente, apenas lo hubo derramado, y no en su estómago precisamente.

A partir de aquí, toda la elaboración del proceso de fermentación, selección de caldos, envejecimiento del vino, fabricación de toneles con madera de roble, mezcla con la solera, comprobación de antigüedad, ceremonia del catar, embotellado, etc., estaba inteligentemente expuesto «al natural». Y entre visita y visita a los distintos establecimientos de aquella ingeniosísima e ilustrativa feria, mozos y muchachas, con sus trajes regionales, cantaban romances antiguos o modernos relativos a la vendimia, recitaban poemas relacionados con lo mismo, o representaban piececitas teatrales de dos únicos personajes (que a Echevarrieta le recordaban vagamente el *Diálogo de las aceitunas*, de Lope de Rueda), siempre en torno al tema de la recolección de la uva, el proceso de elaboración de caldos o las virtudes del vino para alegrar el espíritu. Entre estos elementos folklóricos había representaciones de todos los países productores. España quedó muy bien, con un grupo de la Sección Femenina que interpretó dos bailes alusivos al tema, pero quien se llevó la palma fue Grecia con una danza llamada Sirtós, parecida a la sardana, y probablemente antecesora directa de ésta, ya que el baile catalán procede del Ampurdán, colonizada por navegantes de Rodas, y cuyo nombre deriva de Emporión, que en griego significa «lugar de comercio».

No dejó Echevarrieta de reír para sus adentros al recordar la divertida alusión de *madame* Origny respecto a la poca prestancia física de los naturales de la Grecia moderna, pues el ministro de Agricultura de este país era un atleta de pelo gris al que Maruja calificó de «atractivísimo», y a quien la dueña del Château d’Origny dedicó sus mejores sonrisas y sus más delicadas atenciones. «Quien tuvo, retuvo», dice el adagio. Y no dejaba de advertirse que la viuda del antiguo prefecto de Ariège había sido una preciosa mujer. Pero no dejaba de ser grotesco a sus sesenta y bastantes años sus aires de jovencita, sus gestos y ademanes coquetuelos, el fruncimiento provocativo de sus labios y el *charme* que despedían sus ojos cuando hablaba con el griego, al que propuso, sin ambages, visitar el verano próximo, en Atenas, y organizar un crucero con él por las islas Cicladas.

—¿Y ustedes —preguntó su hija a Maruja— dónde pasan el verano?

Maruja se lo explicó, y tal vez se excediera en elogiar su rincón mallorquín, pues

no pasarían muchos minutos sin que Colette preguntara a quien fue su primer amor:

—¿Le disgustaría mucho, señor ministro, que coincidiéramos un verano en Mallorca?

—Sería para mí un placer invitarle en mi barco a recorrer la isla.

Poco más tarde, Colette preguntó al azar:

—¿A *madame* Echevarrieta le gusta mucho el mar?

José María se limitó a sonreír. El pacto parecía sellado. ¡Si supiera Carrero Blanco —pensó José María para sus adentros— que él tendrá toda la culpa de lo que pueda ocurrir! Y buscó el primer pretexto para alejarse de ella, pues cada vez que estaban juntos, Maruja le fulminaba con los ojos.

Por la tarde recorrieron la ciudad. Gran parte tuvieron que hacerlo a pie, pues no cabían los automóviles por sus calles bellísimas, estrechas e irregulares, rodeadas de casas antiquísimas, que el Gobierno francés, muy sabiamente, permitía reconstruir, pero nunca derribar. Bebieron aguas medicinales de un manantial que surgía al pie de la inmensa roca, visitaron el castillo de los condes medievales que domina la ciudad, visitaron la iglesia de Saint Velusien, del siglo XIII, y, al regreso, José María explicó a las dos Colettes y a sus invitados la muy curiosa relación histórica del Condado de Foix con España, ya que el Reino de Navarra fue indistintamente español y francés a causa de este condado.

En primer lugar, Juan II, rey de Aragón y de Navarra, y padre de Fernando el Católico, dejó el segundo de estos reinos a su hija Leonor, la cual, según el decir de las gentes, había envenenado a su hermana mayor doña Juana, que es a quien hubieran correspondido los derechos al trono. Pues bien; la tal Leonor casó con un conde de Foix, llamado Juan, como su suegro aragonés. Y desde entonces, durante tres generaciones, los condes de Foix fueron reyes de Navarra. Años más tarde, un hijo del segundo matrimonio de Juan II, Fernando V de Aragón, el rey católico, conquistador de Granada y patrocinador del descubrimiento de América, siendo ya viudo de la gran Isabel de Castilla, se casó con Germana, hija de un conde de Foix y de una hermana del rey de Francia Luis XII. Don Fernando, hombre ya de bastante edad, y que llevaba treinta y cuatro de diferencia a su jovencísima esposa, que contaba dieciocho, con el pretexto de la antigua soberanía sobre Navarra del reino de Aragón que él representaba y del condado de Foix que representaba su mujer, la ocupó militarmente y consumó la unidad territorial de España.

—De modo que en ese castillo —concluyó señalando el que coronaba la inmensa peña rocosa— ¡han nacido el primero y el último miembro de la Casa de Foix, que fueron reyes de Navarra!

Y añadió para rematar su historia:

—Que es el país de donde yo procedo.

—¿No naciste en la provincia de Lérida? —preguntó asombradísima su mujer.

—Sí —respondió José María—. Pero mi padre, que era vasconavarro, nació en Roncesvalles —añadió sin sonrojarse, pues ignoraba absolutamente dónde se le

ocurriría nacer al padre del verdadero Echevarrieta.

Madame Origny iba de sorpresa en sorpresa. Nunca había imaginado que sus representantes y vendedores de abonos poseyeran semejante erudición. Pero su extrañeza no le indujo, en momento alguno, a sospechar que el brillante ministro español de Agricultura fuese en realidad aquel joven aranés que estuvo a punto de ser su yerno, sin dejar por eso de ser su amante.

XXX

Donde se relata con minuciosidad cómo Echevarrieta Letalier retorna a la vida privada por un tortuoso camino que nunca hubiese querido recorrer

[1973]

José María Echevarrieta había acordado con el ministro de Obras Públicas Gonzalo Fernández de la Mora realizar una gestión conjunta ante el presidente del Gobierno en relación con un tema que era del mayor interés para los departamentos que ambos regían. El trasvase de los caudales del Tajo a la cuenca del Segura había dado un salto importante con la llegada de las aguas al embalse de Bujeda, y al ministro de Agricultura le interesaba la aceleración de las obras a partir de allí por los ingentes beneficios que se derivarían para los agricultores de la comarca. Como Fernández de la Mora tenía otro tema que debatir con el almirante Carrero, cual era la adjudicación de la mitad norte de la Autopista del Ebro, quedaron en que sería el ministro de Obras Públicas quien despachara ambas cosas con don Luis Carrero Blanco.

Fernández de la Mora telefoneó a José María:

—El almirante —le dijo— no puede recibirme hoy pues tiene el día muy ocupado con motivo de la visita de Henry Kissinger. Pero me ha citado para mañana en Castellana, 3, una hora antes de que empiece el Consejillo de Presidencia.

—De acuerdo, Gonzalo. Allí nos veremos.

El dinámico *arreglalotodo* americano tuvo una larga conversación con el presidente del Gobierno español. Al secretario de Estado de Nixon le alarmaba la creciente subversión interna de los países, a escala internacional, y a Luis Carrero Blanco la dificultad para combatirla. El Mayo revolucionario de París, el inacabable conflicto del Norte de Irlanda, el comando palestino en las Olimpiadas de Munich, la piratería aérea, los terroristas japoneses que ametrallaron a los pasajeros del aeropuerto de Tel-Aviv, los magnicidios de los Kennedys en Estados Unidos, ¿cómo

evitarlos?, ¿cómo combatirlos? Las guerras tradicionales las libraban los ejércitos contendientes a campo abierto. Pero ¿cómo luchar contra la subversión clandestina convertida en una ciencia y el terrorismo en una técnica? A medida que progresaban todos los procedimientos, se perfeccionaba también el arte siniestro del crimen. Era más fácil poner obstáculos antitanques a los carros de combate que exterminar a los topos. Kennedy, en un momento clave, evitó la llegada de cabezas atómicas a Cuba, ¿pero quién podía evitar la entrada masiva de armamento cubano, procedente de Rusia, a Chile, cuando el propio presidente Allende era cómplice de la revolución que se preparaba?

En cuanto a los anarquistas del Norte de España, su audacia crecía de día en día. Al secuestro del cónsul de Alemania en San Sebastián, que acaeció el año del proceso de Burgos, había seguido el del industrial navarro don Felipe Huarte Beaumont, a cuya familia habían exigido una elevadísima suma como rescate. ¿Era moralmente lícito evitar que la pagaran y salvar así la vida de uno de los suyos? ¿Era políticamente tolerable autorizar con ello, indirectamente, la financiación de futuros secuestros?

A partir del asesinato del jefe de la Brigada Social de Policía de San Sebastián, había sido abatido el taxista de Bilbao Fermín Monesterio y el policía municipal Eloy García Cambra. El recrudecimiento de la violencia —desconocido en España desde hacía muchas décadas— era la más grave de las preocupaciones de Carrero y el tema fundamental de sus conversaciones con el secretario de Estado del presidente Nixon.

Kissinger declaró días más tarde la impresión que le produjo la clarividencia militar, el conocimiento profesional de quien desde muy joven había sido jefe de Estado Mayor de la Armada. Echevarrieta, llegado el día del Consejillo en Presidencia, ya conocía el tema fundamental de la conversación mantenida la víspera por los dos hombres de Estado. Y estaba deseoso de escuchar el complemento de labios del propio Carrero. Otro tema del que tal vez se hablara, fuera de los establecidos en el orden del día, era el del proceso 1001 en el que estaban implicados varios dirigentes de las Comisiones Obreras, entre otros Marcelino Camacho y Eduardo Saborido, y sobre el que las opiniones de muchos (fuera o dentro del Gobierno) estaban muy divididas.

Fernández de la Mora telefoneó aquella mañana a Echevarrieta. Descolgó el teléfono Maruja, pues su marido estaba comenzando a vestirse.

—No hace falta que le avises. Dile solamente que he recibido sus notas y que las llevo conmigo. Yo salgo ahora mismo para Presidencia.

En el largo camino desde su casa a Castellana, 3, el ministro de Obras Públicas leyó los periódicos del día. El comunicado conjunto de la visita de Kissinger, pensó, no tenía, en verdad, demasiado interés. Miguel Ángel García Lomas y Alejandro Fernández Sordo habían sido elegidos Consejeros del Reino, cosa que el ministro ya sabía. El crecimiento del producto nacional bruto español durante el año en curso de 1973 había superado al de la media europea. Girón había pronunciado un discurso en

el que dijo: «Juramos sobre la sangre de nuestros muertos llevar a cabo la Revolución Nacional y no podemos darnos por contentos, aunque la obra realizada sea gigantesca». Leyó Fernández de la Mora el informe del Fiscal del Tribunal Supremo, don Fernando Herrero Tejedor, acerca de la delincuencia: «La salud moral del país está en baja, bien que no se trata todavía de un hecho alarmante». Se detuvo en la lectura del tema que tanto interesaba a su colega Echevarrieta: la llegada de los caudales del Tajo al embalse de Bujeda, y al dar la vuelta a una hoja, exclamó en voz alta:

—¡Menos mal!

El papa había hecho una condena del terrorismo. Cierto que el caso por el que protestaba era pavoroso. En el aeropuerto romano de Fiumicino unos terroristas habían incendiado con bombas un avión de la Pan American y treinta y una personas inocentes murieron calcinadas en su interior. Ya era hora —pensó— que el pontífice condenara públicamente los actos de bandidaje en lugar de abogar por la suerte de los bandidos. ¡Claro que Fiumicino estaba más cerca del Vaticano que las provincias vascongadas!

Llegó a la hora prevista a Castellana, 3. Eran las diez de la mañana. Tenía una hora justa para despachar con el presidente antes de que llegaran sus colegas de Gabinete para la reunión prevista. Se instaló en la sala de espera, revisó sus papeles de despacho, y al cabo de diez minutos el ayudante naval del almirante se acercó a él:

—Me temo, señor ministro, que tendrá que esperar todavía un rato.

—No tiene importancia, muchas gracias.

—El Servicio de Información de Gobernación me lo acaba de comunicar. Se trata de un accidente de gas o algo así que obligará al señor presidente a retrasarse.

—De acuerdo. Esperaré.

Siguió revisando sus notas así como las que Echevarrieta Letelier le había confiado, pues reforzarían, desde el punto de vista de los beneficios para la agricultura, los argumentos que él había de exponer. Y que eran muy sencillos: asignaciones. Pero el ministro de Hacienda defendía el presupuesto con tal ardor que no había modo de llevar adelante lo proyectado. «La postura restrictiva —pensó— de Monreal Luque para Obras Públicas linda con la tacañería». (Y, en efecto, más de un roce hubo en los Consejos por las posturas encontradas entre el ministro de Hacienda, que administraba los gastos del estado, y el de Obras Públicas, que los necesitaba para construir).

Entretanto, el ministro de Asuntos Exteriores se encontraba en la planta baja del edificio despachando con un curioso personaje: el ministro del gobierno argentino José López Rega.

Lo había citado allí, en Presidencia, y no en el Palacio de Santa Cruz, para ganar tiempo, pues de lo contrario López Rodó no hubiese llegado a la hora prevista para el Consejo de Castellana, 3. Mientras los dos López (Rega y Rodó) conversaban sobre el tema, arriba, en la antesala de Carrero, Fernández de la Mora comenzaba a

impacientarse.

Miró el reloj. Apenas le quedaría tiempo, pensó, para despachar con el presidente si éste seguía retrasándose. Esperó unos minutos más, al cabo de los cuales penetró en el despacho del ayudante naval.

—¿Me dijo usted que el recado anterior se lo transmitieron desde Gobernación?

—Sí.

—¡Qué extraño! Voy a telefonear a Carlos Arias.

Telefoneó Fernández de la Mora al Ministerio de la calle Montesquinza y preguntó por el ministro de la Gobernación. No estaba. Pidió comunicación con el director general de Seguridad. No estaba. Preguntó que dónde le podría encontrar. Le respondieron que en la clínica Francisco Franco.

El retraso del presidente, la extraña llamada, la ausencia de sus despachos del ministro de la Gobernación y del director de Seguridad, la presencia de éste en una clínica eran datos en verdad alarmantes. Telefoneó a la Ciudad Sanitaria Francisco Franco.

—Aquí es el ministro de Obras Públicas. ¿Se encuentra en la clínica don Carlos Arias?

La respuesta fue afirmativa.

—¿Se puede poner?

La respuesta fue negativa.

Algo ocurría, sin duda, y algo muy grave. ¿Habría sufrido un atentado o un accidente el ministro de la Gobernación, y el presidente Carrero al saberlo se había personado en el Sanatorio donde le hospitalizaron? Esta duda quedó muy pronto resuelta, pues el propio Carlos Arias telefoneó a Presidencia y preguntó por Fernández de la Mora.

—El presidente —le dijo— ha sufrido un accidente gravísimo.

—¿Hay esperanzas?

—¡Ha muerto!

No dijo nada de momento al secretario particular de Carrero Blanco ni al ayudante naval, mas éstos, al ver demudado su rostro, comprendieron que algo muy grave acontecía.

—¿Hay algún otro ministro en la casa?

—El señor López Rodó está abajo.

Bajó Fernández de la Mora a toda velocidad a la primera planta, seguido del ayudante naval y del secretario, ansiosos de saber qué acontecía.

—¿Dónde está el señor López Rodó?

—El señor ministro está con un miembro del Gobierno argentino. Ha pedido que no se le interrumpa.

De buena gana hubiese entrado Fernández de la Mora en aquel despacho, pero se contuvo, pues no era noticia para ser aireada ante extranjeros.

—Dígale que salga ahora mismo. Es un asunto gravísimo y urgente.

En la puerta misma del despacho le comunicó la fatal noticia.

—¡Ha muerto Carrero!

El semblante del más próximo e influyente colaborador del presidente del Gobierno se alteró visiblemente. Perdió el color y su rostro se endureció.

En ese instante el automóvil del ministro de Marina se detenía ante la entrada. El almirante Pita da Veiga había escuchado por el radio-teléfono de su automóvil noticias muy confusas. Sabía que algo había ocurrido en relación con el presidente, pero no exactamente qué.

Fernández de la Mora acudió a su encuentro y le impuso de la terrible verdad.

Las responsabilidades políticas del ministro de Marina se habían visto duplicadas aquellos días por ser ministro suplente del Ejército en sustitución del titular de este departamento, teniente general Coloma Gallegos, que se encontraba en Estados Unidos. El almirante Pita da Veiga tomó las disposiciones necesarias para que se informara inmediatamente al teniente general Coloma de lo ocurrido y, junto con el ministro de Obras Públicas (pues López Rodó se trasladó sin más tardar a la clínica) fueron informando a los demás ministros, a medida que llegaban, de la catástrofe.

José María Echevarrieta tuvo que dar un rodeo, pues había obras en Joaquín Costa, entre la plaza de la República Argentina y su confluencia con la avenida de América. Varios meses antes unas grandes explosiones en cadena producidas por escapes de gas habían destrozado parte del paso elevado que hay en aquella zona. En la Ciudal Condal, dos grandes edificios se habían derrumbado por la misma razón, y entre las gentes sencillas se produjo una suerte de psicosis de pánico por causa de las conducciones de gas.

La mañana era fría. La mínima de la noche había sido de 4.º, según dijo la radio. La víspera una gran tormenta de agua había caído sobre Madrid y aún se veían charcos y zonas inundadas.

Le sorprendió, al llegar a Castellana 3, ver a todo el Gobierno apiñado en el *hall* de entrada al edificio, caso absolutamente desacostumbrado. Un hombre de edad, de aspecto bondadoso y modesto, lloraba desconsolado. José María tardó en reconocer al secretario particular de Carrero Blanco.

Le impusieron de lo ocurrido. La noticia parecía tan asombrosa, rodeada de circunstancias tan fuera de lo común y tan espectaculares, que era lícito dudar que la versión de los hechos fuera cierta. Una formidable explosión de gas se había producido en la calle de Claudio Coello, en el tramo que va de Maldonado a Diego de León. El presidente Carrero pasaba en ese instante por aquel lugar y su coche fue alcanzado de plano y con tal potencia por la onda expansiva que voló por los aires, describió una órbita de treinta metros y fue a caer al interior de un patio de la Residencia de padres jesuitas. Los dos policías de escolta que iban en el automóvil del presidente y el presidente mismo habían fallecido.

—¿Quieren decirme —preguntó Echevarrieta, muy irritado— que se produce una explosión de ese orden en una ciudad de cuatro millones de habitantes y con un

parque automovilístico de centenares de miles de unidades, y el azar determina que el único vehículo alcanzado sea precisamente el que ocupa el presidente del Gobierno? ¡Mucha puntería es la que tiene el gas!

Varios ministros intervinieron para recordar que ellos habían expuesto ya la misma opinión. Y el de Obras Públicas afirmó que acababa de confirmar en su Ministerio que no existían conducciones de gas en aquella calle capaces de provocar semejante explosión.

Carlos Arias intervino:

—No hay ningún motivo que nos autorice a hablar de un atentado. No desecho su posibilidad, pero no podemos hablar de ello mientras no se confirme.

En esto estaban, cuando llegó a Castellana, 3, Torcuato Fernández Miranda, vicepresidente del Gobierno hasta hacía unos instantes y presidente efectivo desde que su antecesor rindió el alma a Dios, circunstancia que estaba muy lejos de saber. Al descender de su automóvil, experimentó la misma extrañeza que Echevarrieta al ver a los ministros reunidos en tan insólito lugar, mezclados con los ujieres y los policías dé guardia.

Subió los breves peldaños que le separaban de sus compañeros de Gabinete con creciente ansiedad.

—¿Qué ocurre? —preguntó sorprendido.

Ni él, ni los ministros de su Gobierno, ni nadie a lo ancho del país, ni futurólogo alguno fuera de nuestros límites territoriales, supieron entonces lo que realmente había ocurrido. Supieron, sí, con exactitud cómo el crimen se produjo; conocieron al detalle la minuciosidad con que fue preparado; leyeron con íntima repugnancia el libro escrito por los asesinos y publicado en Francia, donde los delincuentes se vanagloriaban de la comisión del magnicidio.

Pero todos ignoraban entonces que al volar por los aires el coche presidencial, volaba con él la continuidad futura de una ordenación política que dio a España el más largo período de paz conocido y la mayor prosperidad de su historia. Ignoraban, en fin —carentes de perspectiva—, que era inútil hablar de la supervivencia del Régimen después de Franco. Porque, aquel 20 de diciembre de 1973, mientras Fernández Miranda presidía su primer Consejo de Ministros —y dejaba libre con simbólica elegancia el sillón que ocupaba el almirante Carrero— Franco era ya un superviviente del Régimen por él creado.

Maruja acompañó a su marido para orar juntos ante el cadáver instalado en la capilla ardiente que había sido improvisada en la sede de la Presidencia del Gobierno. Al acercarse al palacete de Castellana, 3, vieron multitud de gentes apiñadas en ambas aceras. En los rostros de algunos había piedad por el muerto; en los de los más, cólera, estupor y rabia por el hecho de que un crimen así hubiera podido ser cometido. La policía de Tráfico impedía, no sin grandes dificultades, que los grupos invadieran la calzada. Justo delante del automóvil de Echevarrieta avanzaba muy lentamente, pues la caravana de coches oficiales era interminable, el de un teniente

general, a quien de espaldas era difícil reconocer. Cuando éste descendió fue coreado por aplausos y gritos de «¡Viva el Ejército!», «¡Vivan los defensores del orden!». Cuando Echevarrieta bajó del coche, una voz estentórea se alzó sobre las demás:

—¡Los ministros débiles son cómplices de los asesinos!

Y otra voz:

—¡Mueran los asesinos!

Y la primera:

—¡Mueran sus cómplices!

Es imposible analizar con exactitud —extendiendo esta imposibilidad al propio interesado— los sentimientos de un hombre en semejante trance. De un lado, Echevarrieta compartía la cólera popular por la muerte del presidente. De otro, la reacción del hombre públicamente humillado ante la inconcebible ofensa de considerarle cómplice del magnicidio, le situaba instintivamente contra quienes expresaban con tanta torpeza, con tanta injusticia, sus mismos sentimientos.

¿De qué servían, Dios, de qué servían sus horas de insomnio, su dedicación al bien ajeno, el abandono de sus intereses personales, sus aciertos, el palpable resultado de su obra, dentro de la parcela de sus responsabilidades, si el resultado final sería recibir en pleno rostro el salivazo de aquel agravio?

Espoleada por la cólera, la imaginación se le disparaba, imaginándose abofeteando al ofensor. Pero lo cierto es que la dignidad de su posición le aconsejó ser prudente, tomar a Maruja por el brazo y penetrar en Presidencia sin siquiera volverse para contemplar con desprecio al autor de la injuria.

Maruja, a la vista de los restos mortales del presidente, se llevó las manos al rostro y rompió a sollozar. José María —más experto en el conocimiento del corazón femenino que en el de las multitudes— sabía muy bien que su congoja no era a causa del muerto, al que apenas conocía y con el que no guardaba relación de amistad, sino por el impacto emotivo que le supusieron las palabras que acababa de oír. Y, al comprenderlo, sintió un odio intenso por aquel desconocido energúmeno, pues la pulla de barro de la afrenta no sólo le había alcanzado a él, sino que había herido a Maruja.

Los rezos y los responsos de la capilla ardiente se veían turbados por los rumores y las voces que venían de la calle. Súbitamente, una gran ovación. Alguien se acercó a doña Carmen Pichot, la viuda del almirante, que, arrodillada en un reclinatorio, rezaba y lloraba frente al féretro, y murmuró:

—El vicepresidente de los Estados Unidos Gerald Ford…

Uno de los hijos del muerto se acercó a la puerta y acompañó al vicepresidente Ford hasta su madre.

La sensibilidad de la multitud apiñada en la calle agradecía el gesto del presidente norteamericano de enviar en representación suya a la segunda personalidad política de la nación. La princesa de España, doña Sofía, fue clamorosamente ovacionada, así como algunos embajadores extranjeros. Otros fueron abucheados. Cuando José María

y su mujer hubieron dado el pésame a la viuda y a los tres hijos del presidente —todos de uniforme de la Armada— y se disponían a retirarse, Maruja comentó:

—Me da miedo salir. ¿Por qué te han llamado cómplice del crimen?

—Tal vez por haber votado por el indulto cuando el proceso de Burgos.

—¡Pero es injusto! ¡También Carrero votó en contra!

—Las multitudes «sienten», pero no «saben».

En esto, las voces de la calle se encresparon. José María y Maruja estaban junto a la verja de salida, cuando vieron con pena y vergüenza cómo el nuncio pontificio, monseñor Dadaglio, y el cardenal arzobispo de Madrid, Enrique y Tarancón, eran increpados por la multitud. Echevarrieta vio cómo dos jóvenes se abalanzaban amenazadores contra ellos, con ánimo de agredirles, y se interpuso indignado en su camino:

—¡Estáis locos! ¿Qué vais a hacer?

Miembros de la Policía Armada rodearon a los prelados protegiéndoles, mientras voces irresponsables, insensatas y encolerizadas gritaban: «¡Tarancón al paredón! ¡Tarancón al paredón!».

Un policía se acercó a Echevarrieta y le conminó con autoridad a que se retirara de allí.

Ya en el coche, Maruja, excitadísima y con voz alterada, comentó:

—¡Es injusto! ¿Qué tiene que ver el cardenal con el crimen de unos desalmados?

—Ya te he dicho que las multitudes «sienten», pero ni «saben» ni «piensan».

No sólo eran las multitudes quienes tenían motivos de «sentir» recelo. El ministro de Asuntos Exteriores, Laureano López Rodó, católico fervoroso y practicante, había dicho con plausible firmeza a monseñor Dadaglio: «¡Es preciso, monseñor, que este magnicidio sea condenado expresamente por la Santa Sede!».

Pero quienes dinamitaron el coche del presidente del Gobierno español, en la calle de Claudio Coello, tuvieron más suerte que quienes dinamitaron el avión de la Pan American en Fiumicino. Con gran estupor de la mayoría católica española, la condena «expresa» del Papa nunca llegó. Quienes escriban en el futuro la Historia espiritual y religiosa de España, no podrán dejar de señalar que nunca hubo una dislocación mayor entre los fieles y el Romano Pontífice como la que hubo entre los católicos españoles y el papado durante el reinado posconciliar de Pablo VI.

Si grande fue la expectación del país respecto al Gobierno que formó Carrero seis meses antes, no hubo en cambio sorpresa en cuanto a la designación del presidente. No bien se supo que Franco había decidido separar la Jefatura del Estado de la del Gobierno, nadie dudó que este cargo recaería en el almirante. Pero ¿ahora? ¿Quién reunía *ahora* las condiciones que Franco anhelaba para ejercer tamaña responsabilidad? Alguien aseguró que el propio Franco reasumiría la Presidencia. Nadie sabía algo a derechas y esta ignorancia aumentaba la expectación. Prueba

inmediata del desasosiego con que se aguardaba un suceso tan trascendente la tuvo Echevarrieta al regresar a su domicilio y comprobar que su suegro —uno de los grandes expertos en crisis políticas— le estaba esperando. Berta y él se habían autoinvitado a cenar en casa de su yerno. Antes de eso habían tomado una iniciativa que molestó profundamente a José María y fue en cambio aplaudida por Maruja. Ante el temor de que el asesinato de Carrero fuese la señal de una sublevación política o la iniciación de una oleada de terror, habían recogido a sus nietos del colegio y los habían enviado a la finca, actitud muy semejante a la de otras muchas familias que, en las primeras horas de incertidumbre, dejaron despoblados los colegios.

—No me cuentes nada de lo que habéis deliberado en el Consejo porque lo sé todo. La gran incógnita es quién será el próximo presidente. ¿Crees posible que Franco reasuma los poderes que cedió hace seis meses?

—No, Jorge Antonio. No lo creo. De todas las posibilidades, ésa es la única que me atrevería a negar.

—¿Por qué lo dices tan seguro? —intervino su suegra.

—Mira: hace ocho años que asisto a los Consejos de Ministros. Al comienzo, Franco tomaba la palabra, hacía un resumen de la situación nacional e internacional y abría debate entre sus ministros respecto a la aplicación de medidas concretas. Aunque no es un hombre brillante de palabra, os aseguro que su clarividencia era extraordinaria. A veces, algunas de sus deducciones parecían inverosímiles, y el tiempo acababa dándole la razón.

—Y ahora ¿no es así? —terció Maruja.

—No. No lo es. A lo largo de estos ocho años sus facultades han ido disminuyendo sensiblemente. Ha tenido estados alternos de brillantez y decadencia. A veces le creíamos distraído durante nuestras deliberaciones, y súbitamente nos interrumpía para decir una frase precisa o sorprendernos con un rasgo de humor. ¡Ahora es muy distinto!

—¿Por qué? —insistió Berta.

—He asistido a varios Consejos de Ministros en los que no ha abierto la boca. Incluso en algunos se ha dormido.

—No obstante —comentó lentamente Jorge Antonio—, la situación actual es tan delicada que tal vez se decida a tomar de nuevo las riendas del poder. ¡Somos muchos los que lo desearíamos!

—Repito que es imposible. Franco, con la edad, no ha perdido la inteligencia que sigue siendo agudísima en asuntos políticos. Lo que ha perdido es la voluntad. Su interés por los programas del Gobierno es cada vez más reducido. Sigue teniendo afición a los temas militares, a los del orden público y a los relacionados con algunos países concretos. Pero otros, tal vez con la sola excepción de las obras públicas, no le interesan, no los comprende y, a veces, hasta le enfada que se los planteen. Puedo asegurar que Franco no será Jefe del Gobierno. Y no por oposición ajena, sino porque

no quiere él.

Trías meneó preocupado la cabeza.

—Por desgracia tu argumento es más que convincente. ¿Quién será designado entonces?

—Uno de entre la terna que le proponga el Consejo del Reino.

Jorge Antonio se irritó.

—¡Vamos a hablar en serio, José María, que ninguno de nosotros somos niños de teta! ¡La terna que le propondrá el Consejo del Reino será la misma que Franco ordene al Consejo del Reino que le proponga!

—Puede que sí. Puede que no…

Jorge Antonio le miró fijamente a los ojos.

—¿Tú crees que seguirás siendo ministro?

—Si hay algo cierto en el mundo, es que no seré ministro.

—¿Por qué lo sabes?

—Porque no depende de que me designen, cosa harto dudosa. Sino que mi decisión de no aceptar es inexorable.

(Y al decirlo con tanto énfasis se enterneció, recordando el día, varios años atrás, en que decidió, inexorablemente, casarse con Maruja).

—Y… si no vas a ser ministro, ¿a qué se debe esa actitud tuya cautelosa, jesuítica y medio hipócrita de contestarle a tu suegro «puede que sí… puede que no»? —preguntó con voz alterada.

Echevarrieta rompió a reír.

—Tal vez sea por deformación… profesional. En realidad creo, como tú, que la terna que el Consejo del Reino le pasará a Franco le habrá sido sugerida previamente por el propio Franco al Consejo del Reino. Su voluntad ha disminuido, como dije antes, pero eso no significa que esté gagá, ni mucho menos.

—Hagamos una lista de «posibles» —sugirió Jorge Antonio—. En primer lugar yo pongo a Torcuato Fernández Miranda. Abono mi suposición en dos cosas. Primero, la pura y obligada cortesía, puesto que en estos momentos es el presidente del Gobierno. Pero, en segundo lugar, porque no ha podido llevar con mayor prudencia y autoridad, condiciones no siempre fáciles de ver unidas en los políticos, las riendas de la situación en un momento tan grave como el asesinato del presidente.

—Estoy de acuerdo contigo —comentó Echevarrieta— en las dos cosas: que ha salvado con gran habilidad e inteligencia un momento más que difícil y que su nombre es inexcusable que sea incluido en la terna del Consejo del Reino.

—Pasemos a otros nombres —prosiguió Jorge Trías—. ¿Girón?

—No es imposible.

—En esta situación, Franco necesita un hombre de cuya lealtad no pueda dudar ni después de muerto. Sus palabras del otro día «¡Juramos por la sangre de nuestros muertos… etcétera, etcétera!», a mí me resultan un tanto anticuadas y desfasadas, de acuerdo. Pero, ante una situación como la planteada por el asesinato del presidente

del Gobierno, ¿no creerá Franco que éste es el tipo de hombre que necesita?

—No me atrevería en modo alguno a descartarlo.

—Si el Consejo del Reino quiere dar a Franco opciones distintas, el nombre de Girón no es desechable. ¿Coincidimos también en esto? Ahora nos falta el tercer nombre.

—El tercer nombre que nos falta, querido suegro, es precisamente el que saldrá elegido.

—¿Entonces no crees en la posibilidad de Torcuato Fernández Miranda ni en la de Girón?

—No doy como imposible su inclusión en la terna, pero no creo en su designación. Para mí, el próximo presidente será un militar. Y Fernández Miranda seguirá de vicepresidente.

Jorge Trías meditó largamente. Las deducciones del marido de Maruja no cuadraban con las suyas.

—Si yo fuera Franco…

—Jorge Antonio, querido —le interrumpió su mujer—. ¡No digas frases tan vulgares! Esas palabras las han dicho ya más de veinte veces al día, en los últimos treinta y siete años, la totalidad de los españoles.

—¿Qué harías si tú fueses Franco? —preguntó el «todavía» ministro de Agricultura.

—Mantener el Gobierno actual, con alguna muy pequeña modificación. Dar la sensación al país de que aquí no ha pasado nada. De que las instituciones están por encima de las contingencias; y que la continuidad política no puede torcerse ni un ápice por un atentado terrorista. ¡Sólo faltaba lo contrario! Eso es lo que yo haría. Prescindiendo, eso sí, de un solo ministro: el de la Gobernación. Carlos Arias Navarro, el hombre del que depende el orden público, al que «le han matado a su propio presidente», no puede formar parte del próximo Gobierno. Eso es lo que dice la lógica.

—Pero tal vez no lo diga la francología…

—¿Tú crees, José María, que Carlos Arias podría perdurar?

—Sí. Probablemente en otro cargo de menos responsabilidad que el Ministerio de la Gobernación. Pero creo que puede perdurar. No pertenece al género de decisiones del Jefe del Estado permitir que, a un hombre leal, competente y honesto como Carlos Arias se le pueda responsabilizar de un crimen perpetrado por otros, como no se puede deshonrar a un marino de prestigio por el hecho de que de súbito aparezcan ratas en las bodegas del barco del que es capitán.

Pocos días más tarde de esta conversación, se celebraba la Navidad. El luto oficial por la muerte del presidente se había calculado de modo que no hubiera trabas para que los españoles celebraran sus fiestas navideñas dentro de la acostumbrada

normalidad. Los Trías y los Echevarrietas se comprometieron, como todos los años, a cenar juntos la Nochebuena en casa de los primeros, con el propósito de ir a continuación a Misa de Gallo a una capilla muy próxima al domicilio de sus suegros: en la calle Peguerinos, del barrio conocido como Ciudad Puerta de Hierro.

El repertorio gastronómico de Nochebuena era el mismo que el de los bisabuelos de los bisabuelos de cuantos podían permitirse esos lujos, y aun de quienes no podían: besugo, lombarda, pavo relleno, sopa de almendras (que algunos tomaban de primer plato y otros de postre), peladillas y mazapán: dulces, si bien se mira, incongruentes con la Natividad del Señor, pues son de origen islámico.

Maruja maldijo su falta de voluntad; aseguró que ayunaría una semana seguida pero entre promesa y maldición, repitió tres veces la sopa de almendras, desmintiendo un dicho que era muy de su gusto los días que era capaz de sacrificar su debilidad por las golosinas: «Cochura por hermosura»…

A pesar de la fecha, el frío no era excesivo. Y dada la proximidad de la capilla del colegio de Santa María del Camino decidieron —cierto que bien abrigados— ir a pie. La iglesuca estaba casi desierta. No sin cierta sorpresa, advirtieron que, entre los pocos asistentes a la ceremonia litúrgica, se encontraba Carlos Arias Navarro, acompañado de su esposa y del matrimonio Valle, hermano y cuñada respectivamente de la mujer del ministro de la Gobernación.

Lo mismo Carlos Arias que Echevarrieta Letelier estaban en una situación harto ambigua. En tanto en cuanto el Jefe del Estado no recibiera la terna del Consejo del Reino (y este organismo tenía diez días de plazo para cumplir su cometido, contados desde la muerte del anterior presidente), los ministros eran conscientes de su provisionalidad, ya que a presidente nuevo, nuevo Gobierno.

Alejandro Rodríguez de Valcárcel, presidente de las Cortes y del Consejo del Reino, iba y venía de su despacho a El Pardo y de El Pardo a su despacho. No hubo desplazamientos aquellas Navidades como los suyos que fuesen seguidos con tanta expectación.

Concluida la misa, el breve grupo compuesto por los dos ministros y sus acompañantes cambiaron fugazmente algunas impresiones. La negativa de Julio Rodríguez, ministro de Educación y Ciencia, a estrechar la mano del cardenal Tarancón en los funerales por Carrero Blanco fue uno de los temas que comentaron; otro, la entereza y habilidad del presidente en funciones del Gobierno, Fernández Miranda (hombre del que Carlos Arias hizo un caluroso elogio), al hacer frente a la situación. Por último, el tema obligado:

—¿A quién designará el Caudillo?

—Dentro de lo aventurado que es hacer suposiciones —comentó Carlos Arias— mi creencia es que será nombrado Fernández Miranda. No sólo por haber sido elegido vicepresidente por el propio Carrero, y ser por tanto quien mejor puede representar la continuidad entre el Gobierno anterior y el futuro, sino por el prestigio que ha adquirido en estos días.

Se felicitaron mutuamente las Pascuas, hicieron votos para que en 1974, que ya asomaba la oreja en el calendario, fuese menos trágico que el año que se consumía, y los dos grupos se dispersaron.[14]

La prehistoria de la vida política de José María Echevarrieta Letelier se inició cuando (vendado, escayolado y herido) recibió en el Hospital de Manzanares la visita del entonces ministro de Agricultura, del de Comercio y de su primo hermano (que falleció sin conocer nunca esta verdad), Armando Riquer Nadal.

Su historia política concluyó con la muerte de Carrero Blanco.

Desde entonces hasta ahora habían transcurrido veintiún años.

En aquella fecha escuchó por primera vez el término «francología», que alguien calificó como ciencia oculta, inescrutable y sin porvenir, ya que las decisiones de Franco eran siempre inesperadas, inimaginadas, incontrolables e imprevisibles.

José María no pudo menos de hacerse esta consideración al conocer la decisión de Franco respecto a la sustitución de Carrero Blanco. Pues los que vanamente se consideraban expertos de esta ciencia daban como seguro sucesor de Carrero a un militar o a Fernández Miranda. Y el propio designado, Carlos Arias Navarro, no podía ni sospechar, muy pocos días antes, su propia designación.

Maruja comentó con su marido:

—Digas lo que digas respecto a su ancianidad, desde hace casi cuarenta años, francólogo, lo que se dice francólogo, no ha habido más que uno: Francisco Franco.

El Gobierno formado por Carlos Arias no fue conocido hasta el 5 de enero del recién nacido 1974, y aportaba novedades técnicas y políticas. Entre las primeras, la designación de tres vicepresidentes. Uno para asuntos internos, el de la Gobernación, José García Hernández; otro para asuntos económicos, el de Hacienda, Antonio Barrera de Irimo; otro para el mundo laboral, el de Trabajo, Licinio de la Fuente. Las novedades políticas, la supresión de cuantos pudieran ser tachados de integrismo «carrerista». En primer lugar el propio presidente en funciones Fernández Miranda, sustituido en la Secretaría General del Movimiento por el anterior ministro de la Vivienda, José Utrera Molina; en segundo lugar, la jubilación del más constante e importante colaborador de Carrero Blanco: Laureano López Rodó (sustituido por el embajador en París, Pedro Cortina) y cuantos hubieran tenido con él relación de dependencia en anteriores cargos o de amistad. López de Letona fue reemplazado en Industria por Alfredo Santos Blanco; José María Gamazo, en la Subsecretaría de la Presidencia, por Antonio Carro; Agustín Cotorruelo Sendagorta, en Comercio, por el que fue prestigioso subsecretario de este Departamento en tiempos de Fontana Codina, Nemesio Fernández Cuesta; Julio Rodríguez, muy tocado por aquello de «con la Iglesia hemos topado», por Cruz Martínez Esteruelas, en Educación y Ciencia; Enrique García Ramal (el que, según Maruja, se parecía físicamente a Armando Riquer) por Alejandro Fernández Sordo, antiguo «ministrable» por su buen hacer y el éxito que siempre le acompañó en cargos inferiores de la Administración obtenidos antes de ahora, en Relaciones Sindicales; Fernando Liñán, hombre muy de

López Rodó, por Pío Cabanillas. La vacante dejada por Cruz Martínez Esteruelas en el Plan de Desarrollo fue cubierta por Joaquín Gutiérrez Cano, y la de Utrera, en Vivienda, por Luis Rodríguez de Miguel. Subsistían en sus mismos cargos los ministros de Carrero en Justicia, Ejército y Marina,[15] y el del Aire era reemplazado por Mariano Cuadra Medina. Al repasar la lista de los nuevos ministros, Echevarrieta dejó para el último lugar (en relación con sus consideraciones) al de Agricultura, Tomás Allende y García-Báxter —por el hecho de ser su sucesor—[16] y a Fernández de la Mora, que había sido sustituido en Obras Públicas por Antonio Valdés. Su salida no era puramente técnica como la de otros ministros, incluido Echevarrieta. Éste era un cese eminentemente político: como el de López Rodó; como el de Fernández Miranda. Bien que Fernández de la Mora ocupaba un departamento técnico, como era Obras Públicas, su «vera efigie» —al igual que la de su antecesor en el mismo departamento, Silva Muñoz— era fundamentalmente política. ¿Qué significado tenía todo esto? ¿Qué nuevo rumbo apuntaba? Ni Echevarrieta lo sabía ni aspiraba a pretender a estas alturas de su vida que Dios le concediera el don de profecía.

El gran acontecimiento que para él representaba la crisis era el cese de sus responsabilidades.

—¡Maruja! —gritó—. ¡Quiero que vayamos juntos a recoger a los niños al colegio!

—De acuerdo —respondió ésta, comprensiva.

—¿Cuál de vosotros es Jorge? ¿Cuál de vosotros Antonio? —les preguntó.

Los niños no se andaban con chiquitas.

—¡Papá, tú estás bastante chaveta!

—¿Habéis ido alguna vez al circo?

—Mil veces…

—Pues yo, no. Y he venido a pediros un gran favor. Que me acompañéis.

—¿Es verdad que ya no eres ministro?

—Pero a partir de hoy seré una cosa mucho más importante.

—¿Más importante que ministro? —preguntó Antonio.

—¡Mucho más!

Y Jorge insistió:

—¿Qué vas a ser ahora?

—¡Vuestro padre! —respondió José María, con aire triunfal.

XXXI

Cómo los peligros del tedio enlazan con la germinación del trigo. Y la declaración de un lord decimonónico con el descalabro financiero de José María

[1974]

Maruja estaba arriba, en el desván que le servía de estudio. Los niños, en el colegio; José María, estiradas las piernas sobre la mesa del tresillo, repasaba somnoliento los títulos de unos periódicos, cuyos textos ya había leído. Fuera, neviscaba. Los copos se diluían apenas rozaban las aceras. Sólo en algunos tejados, unas manchas blanquecinas demostraban una vaga intención de cuajar.

José María lo había comprobado en tres ocasiones desde la ventana, y, como el espectáculo no merecía la pena de ser admirado, una y otra vez regresó aburrido a sus papeles. Hizo el crucigrama blanco del *Ya*; el de «Cova», en *ABC*, e inició un damero que se le atascó, pues malditas las ganas que tenía de consultar la palabra correcta que significara «en el juego de bochas tirar por lo alto la bola». Dejó caer aburrido el periódico de las manos y se dispuso a confeccionar por sí mismo unas palabras cruzadas para que Maruja probase su ingenio al resolverlas. Pero es el caso que, en cuanto se juntaban unas pocas letras propicias, las voces que primero le venían a las mientes eran «tedio», «fastidio», «desgana», «bostezo» y «aburrición». Abandonó sin concluirlo tan dilecto ejercicio mental, se enfundó en un abrigo, se caló el sombrero, salió al descansillo y pulsó el timbre del ascensor. Apenas llegó a la altura del portal, sin abrir siquiera las puertas, pulsó el timbre de su piso, llegó al descansillo, abrió la puerta, se quitó el abrigo y colgó el sombrero. Había renunciado a salir.

—El gran recurso para estos casos es bostezar —murmuró.

Había, sin duda, otro recurso. Pero una suerte de pereza le obstruía el mecanismo de la voluntad: volver a tomar las riendas de sus antiguos negocios. «Sabía» que era necesario. «Sabía» que acabaría haciéndolo, pero mucho más poderoso que este conocimiento era el de su propia desgana en intentarlo. Echaba de menos su anterior actividad; añoraba sus despachos con María Luisa (que había decidido retirarse… ¡y

que ahora se dedicaba a escribir novelas policíacas!) e incluso notaba la ausencia de algo que otrora le molestaba profundamente: las llamadas telefónicas, las visitas, las cartas y las invitaciones.

Dejar de ser ministro y desaparecer del tablado social era una misma cosa. Recordó la copla:

Al pie de un árbol sin fruto
me puse a considerar
¡qué pocos amigos tiene
el que no tiene qué dar!

Y bostezó tan aparatosa y ruidosamente, que Maruja preguntó alarmada desde el desván:

—¿Te ocurre algo?

Ni él se molestó en responder, ni ella se volvió a interesar.

Pasaron el fin de semana en la Valvanera. Y, cuando ya iniciaban los preparativos para regresar, José María hizo a su mujer una insólita proposición: quedarse a vivir allí definitivamente.

—Pero ¿te has vuelto loco? ¿Y la venta de mis cuadros? ¿Y tus gestiones para que te hagan, al menos, consejero nacional? ¿Y el colegio de los niños? ¡No pretenderás que les metamos internos!

—En Villamaestre hay una escuela. Y a los chicos del pueblo los desborrican bastante bien.

—¡No digas necedades! —respondió enfadada su mujer.

Llegado el momento de partir, cargados los bultos en el coche, Maruja increpó a José María:

—¡Ni siquiera has arreglado tus cosas de tocador!

—Escucha, Maruja. Preferiría quedarme aquí una semana más. El sábado que viene vuelve con los críos y el domingo regresaré con vosotros a Madrid.

La semana siguiente fue la de la gran nevada. Una insólita nevada, en marzo, en puertas de la primavera. Caravanas de camiones quedaron bloqueados en las carreteras, varios automóviles se estrellaron; el número de accidentes mortales fue el más alto del año; la radio difundió la prohibición de circular sin cadenas, y Maruja, en esas condiciones, juzgó prudente no viajar hasta la Valvanera. José María, por su cuenta, ni siquiera intentó regresar.

A muy pocos kilómetros de allí tenía José María la fábrica de tractores; algo más lejos, en la Membrilla, estaban las oficinas centrales de su empresa de transportes. Ni las visitó, ni mandó llamar a los apoderados, ni les hizo saber su proximidad. Julio

Rodríguez, el catedrático de Cristalografía y ministro de Educación en el Gobierno de Carrero, había declarado que cuando a un hombre le hacen ministro, es como si le dijeran: «Pinta esa pared». Y cuando le cesan: «Agárrate bien a la brocha que vamos a retirarte la escalera». Pues bien, la situación de José María era exactamente ésa: le habían retirado la escalera y se había quedado colgado de la brocha. Había deseado su cese, con apremio de que se produjera, y con toda sinceridad. Y ahora se encontraba vacío y decepcionado como una mujer que da a luz un hijo muerto, al que ha esperado con ilusión mientras ocupaba un espacio en su vientre. Él querría haber dimitido, pero le dolía haber sido cesado. ¿Era sólo eso? Probablemente, no. Una larga ausencia le había apartado de sus anteriores actividades. Y ya no le interesaban. Se comparaba a sí mismo, como un preso, como un exiliado, que desea ardientemente volver a reunirse con la mujer de sus sueños… y que, al encontrarla, comprueba que no la quiere.

Su única actividad en la Valvanera (aparte leer novelas policíacas, pues no estaba su ánimo para libros de más enjundia) fue aprovechar las horas de sol y salir a patear el campo. Por entre la nieve aparecían ya, abriéndose camino, y no poco crecidas, las verdes hierbecillas del trigo. Se inclinaba. Arrancaba una. La contemplaba con ternura y mirada de experto:

—La nevada ha sido útil. Si abril no falla, tendremos buena cosecha.

Entró en la casa. Bienvenida, la nuera de Alfonso Sánchez Martín, preparaba en la chimenea unos gruesos troncos de encina. De rodillas e inclinada como estaba, dejaba al aire sus muslos sin preocuparse ni poco ni mucho de ocultarlos. Era una guapa hembra, sana como una jaca de raza, y a punto, como una fruta en sazón. La contempló largamente, entendiendo que ella se sabía observada, entre turbada y complacida, sentimientos no siempre incompatibles entre las mujeres.

—¿Y tu marido, Bienvenida? No le he visto en todo el día.

Se encogió de hombros.

—Estará en el pueblo, digo yo, viendo la televisión en la taberna. Hoy boxea Urtain.

—¿Y no le preocupa a tu hombre dejar sola a una mujer que es tan buena moza como tú?

Nunca antes de ahora la había tuteado. Hacerlo fue algo instintivo. No meditado. Observó cómo ella acusaba la sorpresa. Permaneció quieta un instante y, al fin, se volvió bruscamente y, sin levantarse del suelo, apoyó ambos puños en las caderas.

—No sabía que hubiera peligro en casa —comentó con los ojos fijos en él.

—Nunca se sabe dónde se esconde el diablo.

—¡Claro que se sabe!

—¿Lo sabes tú?

—¡En la cabeza de los hombres con pensamientos sucios! —respondió con talante airado—. ¡Pero a la mujer honrada no la doblan vientos!

—¡No conocía ese refrán!

—No lo conocía porque no es un refrán.

—¿Qué es entonces?

—Es un decir que se dice.

—¿Pues sabes lo que te digo yo? Que yo en su caso no te dejaría sola ni a sol ni a sombra.

—No es el único hombre que hace lo propio —respondió marcando las palabras —. Usted mismo tiene a su señora abandonada en Madrid. Y más linda que la señorita Maruja, no la hay —concluyó con sabia ingenuidad.

A José María le molestó la alusión a su mujer como si le hubiesen clavado un rejón de castigo. Tanto se turbó que no supo qué responder.

Bienvenida terminó de colocar los troncos, se incorporó y se dirigió a la puerta.

—¿Por qué te vas, mujer? ¿No quieres quedarte un rato de charla conmigo?

—Me voy, porque más vale un «¡por si acaso!», que un «¿quién lo hubiera dicho?».

Rióse José María para sus adentros del desparpajo de la mujer. Y puesto a enfrentar refranes españoles con franceses, recordó la frase de Crevillón: «Una mujer que se defiende hablando de su virtud, no intenta por eso quitar la esperanza del triunfo, sino hacerlo más grande».

Pero al punto consideró las palabras de Bienvenida, respecto a que él también tenía abandonada a su mujer en Madrid y que «más linda que la señorita Maruja no la hay». ¡Diablo, diablo, diablo! ¿Sería alguien capaz de cortejar a Maruja, en su viudez provisional, como él se estaba atreviendo a hacerlo con Bienvenida, que, dicho sea a buen decir, estaba como un cañón? ¿Y esos barbudos, melenudos pintores, amigos suyos, y los organizadores de exposiciones y los «marchantes», como con espantable galicismo se denominan a sí mismos los mercaderes de cuadros? ¿Qué sabía él de todo ese mundo en el que Maruja estaba inmersa? ¿No habría alguno que… la galanteara? ¿No intentaría enamorarla él mismo, si estuviese en su lugar? La idea de que un tercio al menos de entre ellos eran homosexuales no le tranquilizaba nada, pues quedaban otros dos tercios que no lo eran… ¡Caramba con los huecos vacantes que dejaba la inactividad en el pensamiento de los exministros!, pensó. Nunca antes de ahora se le había pasado por la cabeza que nadie pudiera aficionarse a Maruja, lo que no dejaba de ser una colosal simpleza. ¿No era Maruja una mujer preciosa? ¿No era inteligente, culta, amena, alegre? ¿No tenía un carácter envidiable, una personalidad cautivadora? ¿No estaba en la plenitud de su belleza… y de su temperamento? ¡Era una locura, sencillamente una locura, dejarla abandonada en Madrid, y con la desazón de sentirse menospreciada por él, pues el despecho en tales menesteres es el peor de los asesores!

Bienvenida se presentó de improviso.

—Le he preparado la chimenea, pero no la he encendido. ¿Lo hago?

—Tráeme, primero, un gran vaso de vino tinto. El de la botella que abrimos ayer.

—El vino es mal consejero, don José —comentó filósofa.

—Estás muy equivocada. Don Narciso Alonso Cortés, que fue profesor mío, escribió que una buena copa llena es «locuaz dictadora de sanos consejos».

—Porque sería un señor que le daba al frasco —replicó ella sin inmutarse.

Y añadió:

—¿Qué hago primero, traerle el vaso o encender el fuego?

—Tráeme el vaso.

Cuando se hubo ausentado, José María se hizo esta paladina confesión:

—¡Amigo Tomeu Riquer! Eres una persona mucho menos seria y más golfa que el señor ministro Echevarrieta Letelier.

Y dijo esto porque su instinto (el instinto de Tomeu) le advertía que Bienvenida no era una presa imposible.

—¿Tú crees, Bienvenida, que hago mal en dejar sola a mi mujer en Madrid? —preguntó apenas llegó ella con el vino.

La mujer se llevó una mano al mentón.

—Hace usted muy mal, porque ella es una santa, y no hay derecho a que los hombres…

—Luego piensas también que tu marido hace mal en dejarte sola, ¿no es eso?

—¡A ver! —respondió—. Yo, aquí, trabajando. Él, emborrachándose en la taberna. Mi padre, en Madrid. Yo sola en esta casa… ¡No está bien, porque más ven cuatro ojos que dos! ¡Y seis mejor que cuatro!

—No estás sola…

La mujer no dudó mucho en añadir:

—¡Peor!

«Esta palabra es clave», pensó Echevarrieta (o, por mejor precisar, pensó Tomeu Riquer). «Ya hay una base de entendimiento».

Quiso añadir cualquier chanza vulgar, pues lo cierto es que en tales trances sobran las filosofías, pero la mujer se había marchado. «Volverá —se dijo—. Volverá sin que yo la llame».

Y comenzó a saborear conjuntamente el vino y sus tentaciones.

Cuando Bienvenida regresó, algo había variado en ella. ¿Se había arreglado el pelo? ¿Se había cambiado el delantal? No sabía precisar qué. Mas era indudable que algo había manipulado en su cuerpo o en su indumentaria.

—¿Le enciendo o no le enciendo la chimenea? —preguntó descarada.

—Sí. Enciéndela.

Y al poco:

—¿Se ha vuelto usted loco…? ¿Qué está haciendo? ¡Déjeme! Yo soy una mujer decen… ¿Y si viene mi…?

—¡Oiremos el ruido del tractor!

—Pero ¿por quién me ha tomado? ¿Quién cree que soy?

Fue una posesión loca, sobre la alfombra, frente a la chimenea. Bienvenida se debatía frenética, simulando defenderse, y entregándose más y más tras cada

simulación.

—Es usted un bruto. ¿Por qué me ha querido engañar?

—Porque has querido dejarte engañar.

—Tal vez… ¡no estoy segura!… ¿Cree usted que soy yo quien tiene la culpa?

—La sola culpa que tiene es la de estar tan bien fabricada.

—¿Me encuentra usted bien fabricada?

El resto del enfrentamiento careció de todo diálogo posible.

Al día siguiente, José María, lleno de euforia, visitó la fábrica y la empresa de transportes. Su melancolía se había esfumado; su desánimo, diluido. ¡Lástima que psiquiatras y moralistas no estén de acuerdo en el uso de las mismas medicinas!

No le gustó a José María la situación de la fábrica. No eran suficientes los rumores de que su encargado se había enriquecido durante los muchos años en que hizo oídos sordos al dicho de que «al ojo del amo engorda el caballo». Los pedidos decrecientes no se debían a extraños subterfugios sino al hecho palpable de que el producto no había variado, mientras otras empresas, más atentas, habían ido introduciendo mejoras y adelantos técnicos de los que él no se ocupó. ¡Y las cargas sociales! ¡Y los seguros! ¡Y los impuestos! La empresa no era rentable. Carecía de futuro. Era preciso desprenderse de ella. La agencia de transportes en cambio… Modificando esto, manejando aquello, organizando una ampliación de la red…

Telefoneó a Maruja, cosa que no podía hacer desde la Valvanera.

—Maruja, debes comprenderme. ¡Mis intereses están aquí!

—Con lo que quieres decir que yo no soy de tu interés.

—No me interpretes mal. Es lógico que el cambio de mi situación me haya desconcertado un cierto tiempo. ¡Todo es ahora distinto! Necesito tu ayuda, pero mis empresas de aquí necesitan la mía. ¿Cuándo vienes?

—¡Tengo unos hijos de los que ocuparme! ¿O lo has olvidado?

—Pero tienen libre el sábado y el domingo…

—¿Pretendes institucionalizar que ellos y yo tengamos padre y marido sólo los fines de semana?

—Pretendo que mi mujer y mis hijos vivan donde yo vivo. Y no al revés. ¡Mi casa está aquí!

—La mía y la de mis hijos, aquí.

—Maruja, Maruja… ¡no digamos nunca cosas de las que tengamos que arrepentimos!

Se produjo un silencio.

—¿Sigues ahí?

No hubo respuesta. Al cabo de unos segundos, Maruja colgó el teléfono.

¿Qué sentimiento privaba en él, la cólera o la prudencia? Hizo un esfuerzo ingente por dominar la primera. Y volvió a marcar el número de su casa.

—Escucha, Maruja. Escúchame. Nuestra posición no es la misma que cuando cometí el error de formar parte del Gobierno. He dejado abandonadas muchas cosas durante demasiado tiempo. Y esto no va bien. Puede llegar un día en que tengamos que venderlo todo. Sólo si me dedico íntegramente a…

Maruja le interrumpió:

—¡Pues has hecho las diez de últimas! Porque si te has arruinado por servir al país, y ahora resulta que el país se va al garete… ¡menudo papelón el tuyo!

Quien ahora colgó fue José María. Esas palabras eran más duras que el grito de aquel mastuerzo que le acusó de ser cómplice en el asesinato de Carrero. Sentía una congoja imposible de expresar. Prefería mil veces perder el mundo que perder a Maruja. No obstante, apenas llegó a la Valvanera, preguntó a Bienvenida:

—¿Y tu marido?

—¡Borracho, supongo!

—¿Aquí en casa?

—No. En el pueblo.

—¿Tiene el tractor?

—Sí.

—¿Quieres dormir conmigo?

—Sí.

José María musitó:

—Prepara otro cuarto. Cualquiera que no sea el mío.

¡No tiene sentido! ¡Esto carece de sentido!, se decía Echevarrieta, mientras tenía entre sus brazos a aquella mujer que hacía el amor como las fieras. Bienvenida carecía de subterfugios y de convencionalismos. Vencido el siempre lento proceso de desarraigar su pudor, se entregaba totalmente, con cierta brutalidad primitiva y atávica. Y después con mano tosca y tierna —infinitamente tierna— le acariciaba en silencio, recelosa de hablar, dulcemente, humildemente, como si se considerara obligada a agradecer la deferencia recibida.

—Mañana vuelvo a Madrid.

—Ya lo sé.

—Tardaremos en vernos.

—Ya lo sé.

—Si algún tenemos ocasión… ¿te gustaría que…?

—¿Para qué responder? ¡Eso no ocurrirá!

—Bienvenida…

Ella le cubrió los labios con los dedos, impidiéndole hablar. Las palabras, cuando no eran mentiras, eran inútiles.

En la lejanía se oyó el ruido de un motor, y Bienvenida, haciendo un improvisado hatillo con toda su ropa, huyó de la habitación.

Aquel primer verano sin obligaciones políticas, Maruja y José María se vieron forzados a renunciar a Mallorca. Las primeras impresiones del exministro, respecto a la mala marcha de sus negocios particulares, no fueron fruto de la depresión que le produjo su cambio de vida, ni obcecación de su ánimo a causa de la proclividad de muchos empresarios a creer que ellos hacían mejor las cosas que sus inmediatos colaboradores. Los asuntos iban mal, muy mal. Algunas de sus empresas estaban en pérdida; otras, gravemente amenazadas de seguir el curso de las primeras, necesitadas de una urgentísima reestructuración.

—¿Cómo, cómo, cómo hemos podido llegar a esto? —se lamentaba Maruja.

José María respondió solemnemente:

—¡La culpa de mi ruina la tiene lord Balfour!

Maruja parpadeó varias veces. Pensó —¡y no por primera vez!— que su marido había perdido el juicio.

—A ese gran cretino se le ocurrió en 1917 crear un Estado artificial, una nación nueva, un hogar para los judíos dispersos por el mundo desde los tiempos de la diáspora. ¿Y por qué no otro para los gitanos, que son menos ricos y andan los pobres con sus carretas robando gallinas desde Hungría a Gibraltar? ¿Y por qué no otros para los suevos, los vándalos o los alanos? ¡Suevia! ¡Vandalia! ¡Alánica! ¡Tres colosales naciones que hubiera podido crear en sus posesiones de Escocia o de las Bahamas! Pero al muy bárbaro se le ocurrió borrar del mapa a una nación y poner otra en ella. ¡Lord Balfour! ¡Ése es el responsable de la ruina de mis fábricas! ¡Y la de otras muchas! Porque mi caso no es único.

Y no lo era, en efecto. La entrada en picado hacia el declive que conduce a la suspensión de pagos o la quiebra, era común en muchas empresas españolas, europeas y japonesas.

Un mes antes del asesinato de Carrero, los países árabes decidieron utilizar el petróleo como un arma de guerra: reducir su producción y subir su precio «en tanto no sean devueltos a los países árabes los territorios ocupados por Israel y se restablezcan los derechos del pueblo palestino sobre su propia tierra». El alza del precio de los crudos se duplicó. Empezó reduciéndose su producción en un 5% mensual, y acabó subiéndose el precio en un cien por cien. Aquello fue un hachazo en las economías de los países importadores del «oro negro», como se le denomina con universal cursilería, pues el coste de este producto arrastraba consigo irremisiblemente a todos los demás. ¡No era el precio del transporte, consumidor de crudos, lo sólo que subía, sino el de lo transportado! ¡No era el precio de la electricidad producida por energía térmica, consumidora de crudos, la que se disparaba, sino el de toda la industria que la electricidad movía! Esta catástrofe común a la totalidad de los países, se agravaba en España con dos matices diferenciales y gravísimos. El primero, la repercusión sobre el turismo español de una Europa súbitamente empobrecida. El segundo, el obligado retorno a la patria de miles

de trabajadores españoles, que regresaban de una Europa cuyas fábricas prescindían de mano de obra para llegar a una España donde, por las mismas razones, no había mano de obra que ofrecer. La súbita inflación, y el paro, habían irrumpido de pronto, subrepticiamente (como el ejército que el caballo de Troya llevaba en su vientre), tras los muros de la ciudad alegre y confiada. La subida del pan, la carne, la leche, el aceite, eran para las clases populares tan insufribles como para las empresariales la de la energía. Con esto, un tercer factor entraba en juego: el descontento social. Y con él, los conflictos colectivos. Voluntariamente parados, miles de obreros de FASA, SEAT, Bajo Llobregat y Authi; involuntariamente parados los emigrantes que regresaban, unos pedían trabajo y otros se negaban a trabajar. Las reivindicaciones salariales eran justas en tanto que intentaban paliar la subida del nivel de vida y la pérdida del poder adquisitivo de la moneda. Pero eran antieconómicas, y de rebote antisociales, porque al elevarse los salarios, ascendían correlativamente los precios, con lo que la inflación se disparaba, muchas empresas cerraban, crecía el paro y cundía el descontento. El ambiente se envenenaba. La quiebra de SOFICO, la más importante sociedad europea de apartamentos y hoteles, dejó en la ruina a miles de inversores, módicos rentistas de unos ahorros larga y lentamente acumulados.

—¡Mi caso no es único! —repitió Echevarrieta—. ¡Y yo no sé hacer milagros!

Decidieron pasar el verano en la Mancha, donde José María pudiera vigilar más de cerca sus empresas. El disgusto fue grande para los Trías, pues otros años —mientras su yerno y su hija cumplían sus obligaciones políticas en Galicia o San Sebastián— ellos ocupaban la casa de Mallorca con sus nietos. Este año también la ocuparían, pero sin los pequeños. Éstos, aunque recibieron con mohines de disgusto la noticia de no ir al mar, lo pasaron en grande.

Las horas que le dejaba libre su trabajo, José María les conducía entre las viñas, donde la uva joven ya auguraba, por su número y tamaño, una buena cosecha; les introducía en los establos, donde las ovejas al verles llegar organizaban una espantosa algarabía, que ellos coreaban con entusiasmo, o les paseaba entre un mar de espigas que les llegaban al cuello. Y un mar parecía, en efecto —un mar de oro—, al que ni siquiera le faltaban las olas cuando el viento ondulaba los trigales.

Otra de las grandes diversiones de los chiquillos era la piscina. Nadaban como delfines, buceaban como patos. Saltaban del trampolín de espaldas, sentados, haciendo el tornillo y, las más veces, el payaso. Se espantaban de lo mal que nadaba su padre, de su desgarbo al bracear, de su poca resistencia y de su total incapacidad para hacer «la plancha».

—¡Pero si es facilísimo! Mira, te pones de espaldas, abres los brazos y las piernas y te quedas quieto, quieto…

—Si me quedo quieto, me hundo.

—¡Que no te hundes! ¡Prueba y verás!

—Pero, papá, no dobles el pompis hacia abajo… ¡sube el trasero! ¡Ja, ja, ja! ¡Ya se hundió!

Echando agua por la boca y las narices, atragantándose, tosiendo, José María salió del agua.

—¡Habéis estado a punto de ahogarme! ¡No me baño más!

—Eres muy torpe, papá. Porque tú, además, tienes una ventaja sobre los demás.

—¿Qué ventaja?

—Tu mano de goma que flota. ¡Para hacer la plancha te tiene que ayudar!

Una tarde, estaban Maruja y José María en el cuarto de estar, cuando oyeron unos gritos angustiosos.

—¿Son los niños? —preguntó alarmada Maruja, poniéndose en pie.

Iba José María a precipitarse hacia la puerta, pero no hubo lugar, pues Antonio, seguido de Jorge, ahogados ambos por las lágrimas, llegaron corriendo.

—¿Qué ocurre?

La congoja no les dejaba expresarse.

—Unos hombres malos, unos hombres malos…

—¿Qué hombres? ¿Os han hecho algo? ¿Os han pegado?

—No, a nosotros no, pero se están llevando todo el trigo…

—Lo están pisando con un coche.

—¡Todo está roto! ¡Todo está roto!

Si lágrimas había en los ojos de los niños, también las hubo en los de sus padres, pues, con gran indignación de los pequeños, rieron hasta el extremo de no poder contenerlas.

—Es la siega, bobísimos. ¿No lo entendéis? Y esos hombres no son malos, ni están rompiendo nada… ¡Están segando!

Fue forzoso explicarles en qué consistía; por qué se hacía y cómo se hacía. Con todo y con esto, no se consolaban:

—¡Ahora está todo mucho más feo! —gritó Jorge.

Y Antonio, como un eco:

—¡Mucho más feo!

José María se volvió hacia su mujer.

—¡Qué le vamos a hacer! ¡Han heredado tu sentido estético!

—Si dominaras la psicología infantil, sabrías el remedio de consolarles —comentó Maruja.

—¿Cómo?

—¡Haciéndoles subir a la cosechadora!

Los niños abrieron ojos como platos.

—¿Nos dejáis?

—Yo mismo os llevaré.

¡Oh, qué gozada fue para los chiquillos subir en aquel artefacto, que temblaba y se balanceaba como si estuviera vivo —vivo y loco—, que penetraba en la espesura del trigal y lo arrasaba de modo que cuanto quedaba detrás era un camino mondo y rapado!

Antonio lo explicó de un modo tan gráfico que dejó a su padre pasmado:

—Es como si fuésemos en la barca de Mallorca, por el mar, y cuando miramos hacia atrás, en el sitio en que hemos pasado, ya no queda mar, ni agua, ni nada.

Jorge escuchó a su hermano con ojos tan atentos como si lo estuviese viendo. Y tan bien lo entendió, que minutos más tarde le explicó aquel fenómeno a su madre con las mismas palabras.

No dejaba de alterar el ánimo de José María ver juntas a Maruja y Bienvenida, entretenidas en interminables parloteos. Si alguien hubiese podido leer sus escrúpulos, le hubiese considerado un cínico. Pero no era así. Sus escrúpulos eran ciertos y sinceros. Tan ciertos como que volvería a las andadas si la ocasión se presentase. La condición humana comporta una colección de muy sutiles elementos. Entre ellos no están excluidos, ni son excluyentes, los escrúpulos y la bellaquería. Desde que llegaron, Bienvenida no le había mirado una sola vez a los ojos. Trabajaba con el orden y la diligencia que la caracterizaba en todos los menesteres de la casa. Con Maruja era deferente y afectuosa. La admiraba, la respetaba y, probablemente, la quería de buena ley. Incluso le hacía confidencias. Era tan extraordinaria la naturalidad de su comportamiento que José María se sentía tentado a pensar que entre ellos dos no había pasado nada. Pero sí pasó. Y más de lo que imaginaba José María.

Una noche, estando ya acostados y con las luces apagadas, Maruja comentó:

—¡No te he dado la noticia! Bienvenida está esperando un niño.

—¿Está esperando? ¿Cómo lo sabes?

—Porque me lo ha dicho ella.

Al cabo de un tiempo, José María preguntó:

—¿Está… contenta?

Maruja protestó:

—Me has despertado, cielo. ¿Qué me decías?

—Que si está contenta…

—¿Quién?

—Bienvenida. ¡Te pregunto que si está contenta de esperar una criatura!

—Está feliz. ¡Imagínate! ¡Después de diez años de matrimonio!

—Y… ¿de cuántos meses está encinta?

—De cuatro. Anda, cielo, déjame dormir.

José María calculó con los dedos el tiempo que mediaba desde la gran nevada de marzo a la siega de julio: cuatro meses. Y recordando el tiempo que va de la siembra a la cosecha, le enterneció advertir que el trigo y el hombre exigen un tiempo idéntico para su gestación.

XXXII

BUNKER Y APERTURISMO ROMPEN LA BARAJA[17]

[1974]

No era sólo la economía lo que se deterioraba en el país. La vida política sufría tensiones graves. Los que pensaban desfranquizar el Régimen de Franco en vida de Franco, tuvieron ocasión de hacerlo tras la muerte de Carrero. Quienes pretendían prolongar el Régimen de Franco, más allá de la muerte del Jefe del Estado, vieron truncadas sus esperanzas por la misma razón: la muerte de Carrero. Truncadas, mutiladas: mas no perdidas. Las dos posiciones se enfrentaban y se encrespaban. Dos nombres nuevos surgieron en el diccionario político inmediato: «bunker» y «aperturistas». Ambas posiciones procedían de un mismo origen histórico: el 18 de Julio. Más allá, entrevista, supuesta, desconocida, estaba la verdadera oposición, velando sus armas. La del otro lado de aquel hito cronológico: los que perdieron la guerra.

Españolito que naces
¡guárdete Dios!
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón…

Con angustia infinita, con pena, pero sobre todo con gran desconcierto (desconcierto, superior a su angustia; desconcierto, superior a su pena), Maruja y José María fueron testigos de un incidente que hubiera podido concluir en drama, si ellos mismos no hubiesen intervenido.

Indalecio Criado, socio de Echevarrieta en la empresa de transportes y apoderado general en casi todos sus otros negocios durante el tiempo en que fue ministro, se había trasladado desde Madrid para hablar con José María de varios asuntos relacionados con los negocios comunes.

A las pocas horas de su llegada, se presentó en la Valvanera el viejo y entrañable Felipe Tusquets. A pesar de sus sesenta años cumplidos, el «eremita laico» se conservaba fuerte como un roble.

—Dile a tu marido —le dijo a Maruja— que no vengo por el placer de saludarle, sino para cumplir un rito. ¿Es cierto que os instaláis aquí definitivamente?

Maruja sentía una gran simpatía por el «oso montaraz», como le llamaba. Y sus hijos, que no sentían los recelos que Tusquets inspiraba a los comarcanos, le hacían las mayores perrerías: le despeinaban, le escondían su cayado de caminante, le daban de comer tacos de goma que simulaban jamón, y que Tusquets se tragaba, por complacerles, ante el asombro de los chiquillos y la indignación de sus padres cuando se enteraban del atentado.

El «oso», el «eremita», era un ser profundamente tierno, marcado por la vida —tal vez por la guerra que vivió intensamente— como otros lo están por la caída de un caballo o una operación quirúrgica.

Al saber que José María estaba encerrado con un socio, y que su tema era hablar de negocios, prohibió que le avisaran y se quedó de charloteo con Maruja y con la muchachada. Pero cuando Indalecio Criado, concluida la charla con José María, salió con éste de las habitaciones interiores, Tusquets, al verle, sufrió la misma impresión que Indalecio al reconocer al recién llegado.

—Tú… tú eres «Cocoliso».

—Y tú… si no estoy bebido, eres «Bocazas»…

—¡Cocoliso! ¡Qué alegría!

—¡Bocazas, mi buen Bocazas!

Y haciendo caso omiso de los dueños de la Valvanera y de sus jóvenes herederos, comenzaron a abrazarse, lanzarse pullas, reír con grandes aspavientos y golpearse las espaldas como si fueran dos chiquillos, circunstancia de la que estaban lejos, pues si Tusquets era sesentón, Indalecio Criado no le iba a la zaga.

Cuando les permitieron intervenir y preguntar, tras quitarse uno al otro las palabras de la boca, Maruja y José María consiguieron averiguar que ambos hicieron la guerra: uno, a las órdenes del capitán Iniesta (hoy general de División) en una bandera legionaria; otro, bajo el mando de Alonso Vega; que ambos lucían con orgullo el viejo emblema de alféreces provisionales; que habían participado en la batalla del Ebro y habían sido heridos y hospitalizados juntos —casi en las mismas fechas—, de donde provenía su antigua y fraternal amistad.

A Criado le embromaban sus compañeros de armas con el apodo de «Cocoliso», por llevar la cabeza siempre afeitada a causa de su atractivo para los piojos; y a Tusquets, «Bocazas», por su afán un tanto ingenuo y juvenil de relatar a quien quisiera escucharle, y a quien no, sus aventuras, verdaderas o fingidas, con las rameras de Zaragoza, de las que decía que no le cobraban, pues todas bebían por él los vientos.

¿Quién hubiera podido imaginar, conociendo su común historial, comprobando la

vigencia de su amistad, que aquel encuentro ocasional —que tan no fingida alegría produjo en ambos— iba a acabar como acabó?

José María, al recordar este episodio, consideró sabiamente que la violencia surgida entre los dos fue facilitada por su propia amistad, pues es más dura la injuria recibida de labios amigos que de rivales desconocidos. Él mismo sufrió más al ser acusado de «cómplice» en la muerte de Carrero por un hombre de sentimientos próximos a los suyos, que si hubiera oído las más feroces diatribas vomitadas contra él por un miembro del FRAP o de la ETA.

—¿Qué opinas de la situación política? —preguntó Tusquets a Indalecio Criado.

Éste, en lugar de responder, se volvió a Echevarrieta:

—¿Qué opinas tú?

—Ése es mi problema —respondió José María—. No opino. Escucho, observo, me asombro, me asusto, me alegro, según los casos. Pero no opino.

—Considero —dijo Indalecio— que estamos viviendo un momento delicadísimo y fascinante. Tan fascinante que considero único en la historia política mundial.

—Explícate —pidió Tusquets, frunciendo la frente.

—La España del 18 de Julio ha sido acusada de totalitaria, fascista, aliada del Eje, y otras zarandajas parecidas, cuando en realidad nuestra guerra fue simple y llanamente un alzamiento anticomunista contra el caos, la ingobernabilidad y la anarquía de la República, incapaz de enfrentarse con la subversión marxista.

—Hasta ahora, de acuerdo —comentó Tusquets—. Lo que no veo es la fascinación de que has hablado antes, del momento actual…

—Circunstancias adversas, la intervención extranjera apoyando a uno y otro bando contendiente, la guerra mundial, el cerco internacional, forzaron de tal modo nuestra política que la desviaron de su cauce primitivo hacia fórmulas cada vez más autoritarias y paternalistas.

—¡Bendito paternalismo —le interrumpió gritando Tusquets—, que ha transformado a un país de hambrientos en uno de hombres prósperos! ¡Bendito autoritarismo que ha evitado durante treinta y cinco años que nos rompamos la cabeza a mojicones por un quítame allá esas pajas! ¿No consideras genial, simplemente genial, lo que ha hecho Franco con nosotros? ¿No es cegador de puro evidente que nunca hemos tenido mejor gobernante que él?

Indalecio Criado movió afirmativamente la cabeza.

—Creo que nos ha gobernado muy bien, en efecto, pero no nos ha dejado gobernar.

—¡Afortunadamente! Porque un español considerado individualmente podrá ser todo lo grande que quieras, pero colectivamente somos una raza de picaros, necios y holgazanes. ¡Habrá que ver cómo irá España el día que nos gobernemos a nosotros mismos!

—Tú me dirás qué otra fórmula hay…

Tusquets no supo qué responder.

—Pues bien —continuó Indalecio—, ahora, en vida de Franco, hay un hombre que está dando los primeros pasos para que un día aprendamos a gobernarnos por nosotros mismos sin necesidad de paternalismos, con orden y con libertad.

—¿Qué hombre es ése?

—Carlos Arias. La liberalización del proceso político que está iniciando…

Felipe Tusquets le interrumpió:

—¡Déjame de zarandajas! ¿La liberalización, dices? ¿Volver a los partidos políticos? ¿Volver al sufragio universal? Eso sería tanto como volver al caos.

—Es un paso inexcusable y previo a todo intento de reconciliación nacional: intento dificilísimo de conseguir. Pero intento noble y necesario.

—¡Es un intento suicida! Lo que tú llamas reconciliación yo lo llamo entrega. Entrega a nuestros propios enemigos.

—Esa palabra, «enemigos», es la que debemos borrar para siempre de nuestras mentes.

Tusquets tomó la palabra:

—Escucha, Indalecio. Escucha esto bien. No existen precedentes en la Historia del mundo de que una revolución sangrienta como la nuestra haya pactado jamás con los vencidos. Ni la Revolución rusa, ni la mejicana, ni la china, ni la francesa. No se me oculta la diferencia que va de un Robespierre a un Pompidou. Pero todo ha sido por el camino de una lentísima evolución, no de la entrega. La bandera tricolor, la *Marsellesa* y los derechos humanos de los cojones, siguen siendo los mismos en la Francia de ayer que en la de hoy. Es decir, a través de tres siglos, con las evoluciones que quieras, Francia sigue siendo la heredera de su Revolución triunfante. Del mismo modo, la España de dentro de tres siglos tiene que ser la heredera de la Revolución nacional. Sin traicionar ni en un ápice nuestras esencias y nuestras instituciones. ¿Es eso lo que está haciendo Carlos Arias con su famoso «espíritu del 12 de febrero»?

—Creo que sí —respondió Indalecio—. Lo que está haciendo Carlos Arias es intentar esa evolución que tú mismo has reconocido en la Historia de Francia.

—Y lo que yo digo es que a eso no se le llama evolución, sino entrega al enemigo.

Maruja intervino débilmente:

—Los dos sois amigos, ¿verdad?

—No somos amigos —protestó con nobleza Tusquets—. ¡Somos hermanos!

—Pues bien. Como mi marido tiene alergia a la política… (y no «a pesar» sino «a causa» de sus años de ministro), y como a mí me apasiona lo que estáis diciendo, y deseo más que nada tener ideas claras en este asunto, os propongo una cosa: que me dejéis dirigir vuestro debate. Yo concedo la palabra. Yo corto una intervención. Y si llega el caso pregunto a uno y a otro, para aclarar conceptos. ¿De acuerdo?

—Nada me satisface más.

—Digo lo mismo.

—Voy a preguntar primero a Indalecio Criado. Y tú, Felipe, calladito hasta que no

te conceda la palabra. Pregunto: «¿Qué es lo que ves de positivo en la política de Carlos Arias?». Cíñete a mi pregunta.

—Lo que se ha dado en llamar «espíritu del 12 de febrero», a que ha aludido antes Felipe, fecha del discurso aperturista del presidente del Gobierno, fue unánimemente elogiado por las fuerzas más dispares del Régimen. Incluidos los «duros». Carlos Iniesta (tu antiguo capitán) lo calificó de «inmejorable»; García Rebull dijo que era «completísimo».

Y el propio Girón comentó: «¡Extraordinario!». De otro lado, el ala liberal, como Areilza, como Satrústegui, también lo elogiaron. Nos encontramos por tanto ante un discurso que, en tanto cuanto tenía de apertura hacia fórmulas políticas menos rígidas, satisfizo a todos.

—¿Alguna objeción, Tusquets? —preguntó Maruja.

—Muchas. Aparte de que no me ha gustado el apelativo de «duros» para unos patriotas como Iniesta o como Rebull…; aparte también de que no me gusta verlos metidos en el mismo saco de opiniones con una pandilla de traidores; quiero recordar a mi dilecto amigo que tanto Girón como Rebull o como Iniesta entendieron aquel discurso como una apertura a la comunidad de pareceres dentro del Movimiento; como una posibilidad de diálogo y un medio de encauzar las lícitas discrepancias entre «nosotros», los ganadores de la guerra. Pero no entendieron entonces que se trataba de un primer paso para abrir las puertas al enemigo. Cuando lo entendieron, Blas Piñar nos recordó a todos una tremenda verdad, en su revista *Fuerza Nueva*: «La guerra no ha terminado». Y Girón publicó un artículo en *Arriba*, que te juro que será profético, denunciando los riesgos del aperturismo a ultranza y el entreguismo imperdonable de Pío Cabanillas como ministro de Información.

—Tiene la palabra Indalecio Criado —sentenció Maruja, que se mostró ese día con una desconocida vocación a presidente de las Cortes.

—Tengo muy poco que decir. Si al «Bocazas» le ha molestado que emplee la palabra «duro» para alguno de sus amigos, estoy dispuesto a retirarla. Espero que él haga lo mismo con la palabra «traidores» aplicada a amigos personales míos, como son José María de Areilza y Joaquín Satrústegui.

Tusquets apoyó los codos en sus rodillas y hundió la cabeza entre las manos. Muy despacio, como quien mide lo que dice y el alcance con que lo dice, comentó:

—Un viejo conocido mío se me acercó un día muy apenado. «Me han llamado hijo de puta —comentó—. Pero lo que más me ha molestado no es que me lo dijeran, sino el tono con que me lo dijeron». Pues yo te repito lo mismo, «Coco-liso», respecto a lo de «Bocazas».

—¡Haya paz en la Tierra entre los hombres de buena voluntad! —terció Maruja —. Vamos a ver, Felipe. Me interesa mucho oír tu opinión. Parto de la idea de que estamos de acuerdo en que Franco no va a ser eterno y que tiene ya mucha edad. ¿Cuál sería tu programa político para después de su muerte?

—Desde luego, inmediata coronación de Don Juan Carlos, tal como Franco lo ha

establecido. Mantener unas Cortes que conservaran el sistema de democracia orgánica, en la que estén representados los intereses (gremiales, laborales, económicos, culturales, regionales, municipales, etc.), pero no las ideas. No se trata de que los que estén ahí sean conservadores, liberales o socialistas. Pueden serlo indistintamente, pero no estarán sentados en los escaños a causa de ello, sino por representar a los obreros del calzado, a la Diputación de Segovia, a los industriales textiles de Sabadell, a las Universidades o al Colegio de Médicos: es decir, como ahora, salvo una circunstancia: que sean realmente elegidos como legítimos representantes de los obreros del calzado, de las Diputaciones provinciales o de los empresarios textiles. Y, por supuesto: elegidos por votación dentro de cada actividad. El no haber hecho esto antes… creo que ha sido la única imprudencia cometida por Franco. Bien: esto no es más que una parte de mi programa. Prosigo: conservar el Consejo Nacional del Movimiento, como Cámara de las Ideas. Tenemos por tanto dos frentes cubiertos: el de los intereses, por las Cortes. El de las ideas, por el Consejo Nacional. Y aquí, en esta «Cámara de las Ideas», es donde, a mi juicio, caben las asociaciones. Bien entendido…, ¡y que no haya error en esto!, que estoy hablando de las «asociaciones del Movimiento Nacional», donde caben falangistas, tradicionalistas, democratacristianos, conservadores, liberales, y sindicalistas de izquierda, de centro o de derecha, con el previo entendimiento de que está y estará siempre fuera de la ley todo partido marxista declarado o encubierto.

—¿Has concluido?

—No. ¡Detalle importantísimo! El Gobierno no depende de las Cámaras. Ni los Tribunales, ni las Cámaras dependen del Gobierno. «Zapatero a tus zapatos», dice el refrán. Unos a juzgar. Otros a legislar. Y otros a ejecutar. El rey, previo consenso del Consejo del Reino, designa un Jefe de Gobierno. Y éste, previo consenso del rey, designa a sus ministros. El rey no puede destituir a los ministros, pero sí al Jefe del Gobierno. Las Cámaras tampoco. Lo que auspicio es un sistema que armonice la democracia orgánica; la experiencia de toda una generación y la lealtad a nuestros orígenes. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

Echevarrieta intervino por primera vez en la conversación. Previamente se puso de pie:

—Si la señora presidente me permite… —dijo levantando un dedo, como los niños en la escuela.

—Tiene la palabra —condescendió Maruja— el señor exministro.

—Quiero decir sólo una cosa: estoy plenamente de acuerdo con lo que acabo de oír. Felipe: me has convencido.

—¿Algo más, señor Echevarrieta? —preguntó la presidente del debate.

—Nada más. Gracias, amado pueblo, por haberme escuchado.

—Ahora, Indalecio, tienes la palabra. Pero —advirtió Maruja— has de ceñirte exactamente a esto: objetar las palabras de Felipe Tusquets. Sólo después expondrás, y cuando yo te lo pida, tus soluciones concretas.

—Mis objeciones son graves… —dijo lentamente Indalecio Criado. E hizo una pausa tan larga que todos creyeron que se negaba a opinar.

Al fin habló:

—Podría resumirlas todas en una sola: la solución del «bunker», tan brillantemente expuesta por Felipe, es inviable. Pero prefiero empezar mi razonamiento arrancando de las palabras de José María: «Gracias, amado pueblo, por haberme escuchado…». Pues hete aquí que nosotros hablamos, hablamos, hablamos… pero «el amado pueblo», que nos escucha, no ha sido escuchado todavía…

—Tengo derecho a interrumpir —dijo Maruja—. ¿Qué entiendes por «pueblo»?

—La suma de todos y cada uno de los hombres y mujeres de España.

—Bien: prosigue.

—El pueblo no ha sido escuchado desde muchos muchos años… Tantos… que yo, que voy a cumplir cincuenta y nueve… ¡no he votado nunca! Era menor de edad, por pocos meses, cuando se celebraron las últimas elecciones.

—Elecciones —interrumpió Tusquets— que dieron el triunfo al Frente Popular…

—Felipe, chitón —protestó Maruja—. No es tu turno.

—Coincido con Felipe en muchas más cosas de las que él cree: en el respeto a Franco, en el poder moderador de la Monarquía, en la separación de los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, y, tal vez, en la eventualidad de proclamar fuera de la ley al partido comunista (sólo a él) siguiendo el ejemplo de Italia, que tiene constitucionalmente prohibido el partido fascista, o de Alemania, que tuvo prohibidos dos: el comunista y el nacionalsocialista. Ahora bien… ¿cómo negar, cómo olvidar, que hemos vivido en circunstancias excepcionales, es decir, que se escapan a la norma común, que son irregulares, infrecuentes y probablemente irrepetibles? Surgimos de una guerra civil que ha costado a España más muertos que todos los que tuvo el Imperio británico durante la guerra mundial. Hemos sido gobernados, lo estamos siendo aún, por un hombre de muy raras cualidades… y perdón por introducir esta anécdota. Don Pedro Sainz Rodríguez inventa este diálogo simbólico entre el conde de Barcelona y Franco: «Mi general, no se tire desde el piso veinte. Mire que se va usted a estrellar». Y Franco responde: «No se preocupe, Su Alteza, que no pasará nada». Y se tira desde el piso veinte. Y una marquesina le salva la vida. ¿Quién tenía razón, Don Juan o Franco? Digo esto, para insistir en la singularidad del hombre que rige, aunque cada vez menos, nuestro destino. Pues bien: si a la singularidad de nuestra circunstancia de origen sumamos la singularidad del hombre llamado Francisco Franco, la singularidad del «Sindicato vertical», la singularidad del «Partido Único», la singularidad de la «Democracia Orgánica», ¡acéptenme ustedes, al menos, que estamos viviendo una época singular!

—No entiendo dónde quieres ir a parar —dijo José María.

—Yo sí —añadió Tusquets.

—Prohibidas las interrupciones —protestó Maruja—. Sigue, Indalecio.

—Sigo y afirmo que vivimos una singularidad que, por el hecho de serlo, carece de futuro.

Hizo una larga pausa.

—Si te tiras una vez del piso veinte de un edificio, y no te pasa nada, ¡no lo intentes de nuevo! Si echas al aire todas las letras del alfabeto, y al caer al suelo forman una frase congruente, no lo hagas más, pues no volverá a ocurrir. A medida que España se aleja de la rareza de su circunstancia inicial, hay que ir preparando caminos nuevos, y desde luego caminos menos raros, menos disímiles del mundo en el que estamos inmersos: el occidental.

»Sé que mi intervención no está siendo muy brillante. La culpa es de Maruja, que no me ha pedido que exprese mi programa político, sino que ponga objeciones al expuesto por Felipe Tusquets. Y mi objeción fundamental es la que expresé al principio e intentado razonar. La inviabilidad futura de un sistema hecho a la medida y semejanza de Franco… cuando Franco haya dejado de existir.

—La obra de Franco está proyectada para el futuro. ¿Pretendes que echemos al cubo de la basura los frutos de la Victoria?

—Pretendo que no hablemos más de victorias ni de derrotas.

—¡Ingenuo! ¿Crees que el enemigo no aprovechará tu debilidad para preparar la revancha de su fracaso?

—Yo no tengo enemigos. Y mi aspiración es que en España no puedan emplearse más esas palabras: «enemigos», «derrota»…

—¡Qué increíble insensatez! Tú no serás enemigo de ellos, pero ellos sí lo son de ti.

El tono era más agrio de lo que convenía. Y ni uno ni otro atendía ya a las corteses, pacientes e incluso ingeniosas interrupciones de Maruja.

—En política se puede ser todo menos cándido —insistía Tusquets—. Eso dejémoslo para las monjas y las palomas. Todo lo que acabas de decir es de un infantilismo que raya en la cretinez. Y no acabo de entender que un hombre como tú, avezado al peligro, hecho a los ardides de la guerra, pueda pensar así.

—Yo hice la guerra para alcanzar la paz. No para perpetuarla.

—¿Quieres decir que no «para perpetuar la paz»?

—Me has entendido muy bien: no para perpetuar la guerra.

—Pues estás haciendo todo lo contrario de lo que buscas. La paz se perpetúa con la fuerza de haber vencido. Agustín de Foxá, que era mejor ingenio que buen profeta, auguró: «¡Menuda patada le van a dar a Franco en *nuestro* culo!». Y acertó por chiripa. Porque, ¿cómo imaginar que quienes habrían de dársela no eran sus enemigos, sino los que sirvieron a sus órdenes y a quienes llevó a la victoria?

—Bueno, bueno, bueno… De eso habría mucho que decir…

—Pido de nuevo la palabra —interrumpió humildemente José María. Y añadió, contradiciéndose—: me ha convencido Indalecio.

Por si el aire no estuviese suficientemente cargado de electricidad, entró de pronto

Alfonso Sánchez Martín e hizo esta increíble declaración:

—¡Pongan la televisión o la radio! ¡La BBC acaba de decir que Franco ha muerto! Mi hijo lo acaba de oír.

Se produjo un silencio tenso y expectante. Indalecio palideció y Tusquets rompió a llorar.

José María se precipitó hacia el que tantas veces había calificado como enemigo número uno de la tertulia, y enchufó el aparato.

Nadie hablaba de muerte. Franco había sufrido una tromboflebitis. Había sido internado en la Ciudad Sanitaria que llevaba su nombre. El doctor Martorell, especialista en cirugía de los vasos sanguíneos, había llegado apresuradamente de Barcelona, y desaconsejado la intervención quirúrgica. El marqués de Villaverde, no sólo como médico, sino como el varón más próximo de la familia, había tomado las riendas de la situación. Los medicamentos utilizados para licuificar la sangre, aconsejable para combatir la tromboflebitis, le habían producido dos hemorragias internas sucesivas. El presidente Arias, en virtud del artículo 11 de la Ley Orgánica, consigue que el príncipe de España asuma interinamente la Jefatura del Estado. Pío Cabanillas, como ministro de Información, habla al país. Pide oraciones para la recuperación del Jefe del Estado. Traza una semblanza de la personalidad y alude a la trascendencia histórica del enfermo. La televisión inicia, fuera de programa, conciertos de música clásica, a veces fúnebre, a veces religiosa.

—¡Ha muerto! —sentenció Maruja—. No quieren dar todavía la noticia. Pero es evidente que ha muerto…

—¿No tienes teléfono aquí? —pregunta Tusquets a José María.

—No. Pero el pueblo está cerca y tengo medios de informarme de la verdad. Maruja, ofrece unos vasos a estos señores, que deben tener la garganta seca, mientras regreso. Voy a telefonear directamente a la Presidencia del Gobierno.

Cuando Echevarrieta regresó, la discusión —paralizada por el pasmo de la incierta noticia— había recobrado, tal vez a causa del alcohol, una virulencia inusitada.

—¿Qué va a hacer ese niñato en funciones de Jefe de Estado?

—¿Te refieres a Don Juan Carlos? —preguntó Maruja.

—¡No tiene años para gobernar!

—Te equivocas —respondió Maruja—. Tiene veinte siglos.

Todos volvieron su rostro al recién llegado.

—En efecto: la BBC ha dado la noticia a título de rumor. Pero es un rumor falso. Lo que hemos oído por televisión es toda la verdad. Ha sufrido una tromboflebitis. Ha resignado provisionalmente en el príncipe los poderes de la Jefatura del Estado. Pero no está grave de muerte; no está en coma. Y se cree que saldrá adelante.

Indalecio Criado murmuró:

—Gracias a Dios que no era cierto…

Y entonces Felipe Tusquets, afectado por la tensión de la noticia, de la precedente discusión y, sin duda, por las bebidas, perdió los estribos, que es tanto como perder el equilibrio y, con el equilibrio, la razón.

—¿Cómo puedes alegrarte de su supervivencia física, tú que deseas su muerte política, traidor?

—Repite esa palabra, Felipe Tusquets.

—Me honro en repetirla: ¡traidor!

Una silla voló por los aires, hirió a Tusquets en la frente y se estrelló contra la pared, rompiendo un tarro de cerámica. Al no hacer blanco de pleno en su objetivo, Indalecio Criado levantó otra silla y avanzó amenazador contra su antiguo compañero de armas. Éste sacó una pistola y le encañonó.

—Traidor… —musitó de nuevo.

Al estrépito de la silla estrellada y de la cerámica rota, acudieron Alfonso Sánchez, su hijo y Bienvenida. Los dos últimos quedaron espantados junto a la puerta. Alfonso Sánchez, el viejo Alfonso Sánchez Martín, se plantó ante Felipe Tusquets, frente a frente de su pistola, y extendió la mano.

—Entrégueme el arma, don Felipe.

José María se acercó a su socio, y dijo con voz calma:

—¿Qué haces con esa silla en alto? ¿Te la vas a llevar? Me permito recordarte que es mía.

—Entrégueme esa pistola, don Felipe —insistió Alfonso Sánchez Martín.

José María tomó el mando de la situación.

—Ineso —ordenó al marido de Bienvenida—, acompaña a don Indalecio hasta su coche. Usted, Alfonso, acompañará a don Felipe cuando le haya entregado la pistola y don Indalecio haya salido.

Felipe Tusquets entregó el arma.

Los ojos de Bienvenida estaban fijos en José María. Los de Maruja, también.

—No te estoy echando de casa, Indalecio —dijo José María con voz sosegada y neutra—. Estoy intentando solucionar esta situación, que ninguno de los dos habíais deseado. ¡Hala, sal tú primero! Ineso te acompañará. ¡No te muevas, Felipe! ¡Te ruego que, aunque desarmado, no te muevas! Dentro de unos minutos, Alfonso te llevará a la finca. Será mejor que conduzca él.

Todo se hizo como ordenó José María. Al despedirse, Felipe Tusquets suplicó:

—Te ruego que me perdones, Maruja. Me siento avergonzado. La culpa ha sido mía.

—No pienses más en ello.

¿Es posible que ante semejantes tensiones pueda relajarse el ánimo, volver la paz a los espíritus, y recuperar el equilibrio perdido?

José María quedó solo con Maruja y Bienvenida. Así como hay reproches mudos, también hay aplausos silenciosos. En ambas artes son expertas las mujeres. Y sus

miradas no regatearon el premio a la serenidad y la autoridad de su intervención. Encendió un cigarrillo, que vibró ligeramente por el temblor de sus dedos.

—Mis manos son más nerviosas que yo —dijo, ironizando, pero sin variar el tono neutro de su voz.

Y añadió:

—Tu padre. Bienvenida, es todo un hombre.

—Siempre ha sido un hombre de bien —respondió ella mirando al suelo.

—¡No he dicho que sea un hombre de bien o de mal! Nadie sabe a derechas qué quiere decir eso. He dicho, simplemente, que es todo un hombre.

—Siempre ha cumplido con lo que tenía que cumplir: para mí ser «todo un hombre» es, sobre todo, eso: cumplir.

La alusión estaba clara. Por demostrar que la había entendido, José María añadió:

—Opino igual que tú. —Y en seguida—: Me han dicho que esperas descendencia. Eso es estupendo. Te felicito.

—Sí, señor. Para diciembre, si todo sale bien, habrá hijo… o hija.

—¿Qué prefieres tú?

—Yo… una niña. Siempre acompaña más.

Por la noche, cuando ya el sueño invitaba a sus sentidos a relevarles la guardia, Maruja preguntó de súbito:

—¿Desde cuándo tuteas a Bienvenida?

José María gruñó:

—Te digo como tú ayer… ¡Déjame dormir!

XXXIII

DONDE EL ARTE DEL CRIMEN INVENTA UN SINIESTRO DEPORTE: EL OJEO DE POLICÍAS
[1975]

Al oír el rumor de la llave en la cerradura de la puerta de entrada, los niños abandonaron sus deberes y se precipitaron a su encuentro.

—Mamá está encerrada en su cuarto —dijo Antonio.

Y Jorge especificó:

—Se ha encerrado porque está llorando.

José María se alarmó.

—¿Se ha puesto enferma? ¿Qué le pasa?

—Estaba viendo la televisión y de pronto se echó a llorar y se encerró.

—¡Hala, hala; id a estudiar y dejadme solo con mamá! —les ordenó al acercarse al dormitorio.

—Han matado a Enrique —le dijo Maruja, llenos los ojos de lágrimas.

—¿Qué Enrique?

—¡Enrique, el policía que hacía guardia en casa cuando eras ministro! ¡El que te acompañaba en el coche! ¡El marido de Leandra!

José María enrojeció de cólera.

—¿Cómo ha sido?

—Igual que a Melitón Manzanas, pero entre tres. Sabían la hora en que regresaba a su domicilio. Le esperaban. Y le dispararon a quemarropa con una escopeta de cañón recortado. ¡Qué crimen más horrendo! ¡Pobre Leandra, no puedo quitármela de la cabeza! Estaba esperando su tercer niño…

—¿Se sabe quién ha sido?

—Han detenido a dos. Antes de que pasaran diez minutos han detenido a dos. ¡Ojalá los maten!

Echevarrieta miró fijamente a su mujer, mas no dijo nada.

—¡No tienes por qué mirarme así! ¡Hay que cortar de raíz este ojeo cobarde

contra los guardias y los policías! ¡Sí, sí, no me lo reproches! ¡A los asesinos de Melitón Manzanas también había que haberlos fusilado! Cada vez que matan a un guardia me siento tan culpable como si el crimen lo hubiese cometido yo… ¡Canallas! ¡Canallas!

Y de nuevo:

—Pobre Leandra…

El levantamiento de la veda de policías y fuerzas del orden público era un hecho patente, que repugnaba a toda conciencia honrada, y que nadie que no fuera necio podía dudar que obedecía a consignas preestablecidas, tan siniestras como estudiadas. El asesinato del presidente del Gobierno, Luis Carrero Blanco, el más firme pilar con el que contaba Franco para la continuidad del Régimen; la ancianidad de éste, que muy pronto cumpliría los 82 años; las conmutaciones de las penas de muerte sentenciadas en el Proceso de Burgos, interpretadas no como clemencia, sino como señal de debilidad; la increíble impunidad que gozaban en Francia los delincuentes políticos españoles; la facilidad con que se montaba en el extranjero cualquier orquestación antiespañola a la menor señal de autoridad; la muy equívoca actuación de la Iglesia, eran factores que los enemigos de la paz y la convivencia ciudadanas consideraron altamente propicios para minar el espíritu y la disciplina de los funcionarios encargados de mantener el orden y hacer respetar la ley. Y en consecuencia, se cursó la orden de ir eliminando a cuantos números de la Guardia Civil, de la Policía Armada o la policía gubernativa quedaran al alcance de los obedientes encargados de abatirlos. Nunca país alguno, en tiempos de paz, con una población activa no minada por odios ni represiones, se vio sometida en los tiempos modernos a un acoso tan frío, minucioso y cruel. Mientras, para vergüenza de la civilización occidental, el primer ministro sueco recaudaba públicamente por las calles de Estocolmo dinero para la subversión en España; esas monedas se convertían, como las dadas a Judas, en el precio con que se compraba el derramamiento de sangre inocente.

A partir de la muerte del almirante Carrero y de dos policías de su guardia personal, el 4 de abril de 1974 dos individuos, tras introducir una metralleta por la ventanilla de su coche, asesinan al cabo de la Guardia Civil don Gregorio Posada Zurrón, en Azpeitia (Guipúzcoa).

El 30 de octubre del mismo año, tras un enfrentamiento en Pasajes entre el sargento de la Guardia Civil don Jerónimo Vera García y el activista Ignacio Iparaguirre, resultan ambos muertos.

El 17 de diciembre, en Mondragón mueren ametrallados el subteniente de la Guardia Civil don Luis Santos Hernández y el número don Argimiro García Estévez.

Este proceso se aceleró hasta extremos gravísimos en 1975. El 29 de marzo, en San Sebastián; el 22 de abril, en Guecho; el 6 de mayo, en Guernica; el 7 de mayo, en Bilbao; el 14 de julio y el 2 de agosto, en Madrid; el 8 del mismo mes, en Hernani; el 16 de agosto, nuevamente en Madrid, y el 14 de septiembre, en Barcelona, murieron

asesinados don José Díaz Linares, don José Ramón Morán, don Andrés Segovia Peralta, don Fernando Llorente Roig, don Casimiro Sánchez García, don Antonio Pose Rodríguez y don Juan Ruiz Muñoz, todos ellos del Cuerpo General de Policía, de la Guardia Civil o de la Policía Armada.

Cuando José Antonio Garmendia disparó en Azpeitia su metralleta contra el guardia civil Gregorio Posadas, no le había visto, previamente, jamás. Contempló por primera vez su rostro a las seis de la tarde del 3 de abril de 1974, y a esa misma hora alojó siete balas en aquella cara desconocida. Sólo al día siguiente supo por la prensa la edad, el apellido, el estado civil, el número de los que dejó huérfanos y las circunstancias personales del hombre a quien ejecutó obedeciendo el plan y las consignas que le diera Ángel Otaegui.

Cuando José Humberto Baena, Pablo Mayoral y Fernando Sierra, al atardecer del 14 de julio de 1975, robaron un coche en Madrid, sabían que era para matar, pero ignoraban a quién. La consigna recibida de sus jefes del FRAP, Wladimiro Fernández Tovar y Manuel Antonio Blanco, era la de eliminar indiscriminadamente a quien fuera con tal de que llevara uniforme. Por esta causa anduvieron recorriendo las calles en busca de la víctima más propicia. Desecharon a éste, dudaron con aquél… Al fin, seleccionaron al número de la Policía Armada Lucio Rodríguez Martín, que, en la calle de Alenza, vigilaba unas oficinas de Iberia, y José Humberto Baena vació contra su cuerpo el cargador de su revólver.

Esta circunstancia de ignorar el asesino el nombre de su víctima vuelve a repetirse en el sangriento episodio del teniente de la Guardia Civil don Antonio Pose Rodríguez. Un siniestro personaje llamado José Luis Sánchez Bravo coincide junto a él, un día cualquiera, en el momento en que el teniente regresa de su trabajo burocrático al hogar. No sabe quién es ni qué tipo de funciones realiza en la Benemérita. Sabe tan sólo que si el oficial le da facilidades (siendo puntual, por ejemplo, y regresando siempre a su casa a la misma hora), le matará. No obstante, él es un comunista disciplinado y pide permiso para hacerlo a su jefa política inmediata, Concepción Tristán López, la que a su vez consulta con María Jesús Desca, de superior jerarquía, la que no opone más reparo que el nombre del ejecutor material. José Luis Sánchez Bravo quedará tan sólo con la triste gloria de haber sido el ideador, organizador e inductor del crimen, pero el inmundo privilegio de ser ejecutor material corresponderá a Ramón García Sanz, quien el 16 de agosto último cumplió, en efecto, lo ordenado, con terrorífica sangre fría y contundencia.

Los asesinos de estos servidores del orden no han sido hombres aislados, delincuentes ocasionales, maleantes fortuitos, sino individuos pertenecientes a organizaciones armadas que obedecen consignas internacionales, muchos de cuyos miembros (los de ETA, singularmente) no necesitaban trabajar, pues percibían altísimas remuneraciones, que son producto o bien del robo en España, o bien de la recaudación de fondos que les son remitidos, así como las metralletas, del extranjero. Son, pues, profesionales del crimen, asesinos a sueldo, mercenarios de la

delincuencia. Quiérese decir con esto que su peligrosidad —por su organización, por sus ayudas, por su adiestramiento— es mayor que la del delincuente común. Y que los medios de defensa que la sociedad ha de emplear para repeler su agresión han de estar proporcionados a la malicia y contundencia de los ataques que recibe.

A pesar de las palabras de Maruja, José María bendijo al destino por no pertenecer al Gobierno, ya que esta vez las penas de muerte no fueron conmutadas. Él tampoco hubiese recomendado al Caudillo el ejercicio del derecho de gracia. Pero el no tener que ejercitar tan triste privilegio le permitió dormir mejor.

Después de asistir a las exequias por el que fue durante muchos años el encargado de velar por su seguridad personal, hondamente preocupado por la marcha de los asuntos públicos, Echevarrieta Letelier quiso pasar dos semanas de septiembre en la casa de Mallorca. Éste era el gran mes para pescar. La dulzura del clima, el sosiego del mar, la ausencia de las grandes masas turísticas y la voracidad de los «túnidos menores» —término recentísimamente aprendido— le invitaban a buscar unos días de descanso tardío en la isla de la calma, cantada por Rubén Darío y vilipendiada por Jorge Sand.

Apenas hubo salido de Madrid, el presidente Arias le mandó llamar.

XXXIV

De cómo el ex ministro de Agricultura dejó de llamarse Echevarrieta Letalier y pasó a ser para siempre Tomeu Riquer Basols

[1975]

—¡Está bien! ¡Está bien! ¿Nadie quiere venir a pescar? ¿Para qué queremos la barca, entonces? ¿Y para qué la casa? ¡El año que viene venderé las dos!

Jorge, que era el más audaz de los dos hermanos, replicó:

—La barca la puedes vender, papá. Pero la casa, no.

—¿Puedo saber por qué?

—Porque la barca es tuya. Pero la casa es nuestra: de Antonio y mía.

Maruja sonrió pasivamente. ¡Los niños y los locos siempre dicen la verdad!

—¿Y tú, Maruja, tampoco quieres venir?

—¡Tengo que ocuparme de los niños!

José María preparó sus bártulos, llenó de bebidas y canapés una nevera portátil, y descendió con aire de mártir las escalerillas que le conducían al embarcadero.

Estaba seguro que si regresaba con una docena de bonitos o de llampugas («túnidos menores», como decía su libro de recentísimo aficionado), al día siguiente todos se disputarían un puesto para acompañarle. ¡Ah, qué cómodo era esto! Tal comportamiento carecía de mérito deportivo. Lo difícil e importante, la gracia en suma de la pesca, no estaba en la habilidad de subir a bordo las piezas sin que se desprendieran del anzuelo o rompieran el sedal; ni siquiera en escoger el color de la pluma o la cucharilla que servía de señuelo, sino en localizar los sitios por donde las bandadas de atunes, bonitos, llampugas y otros primos hermanos (pues todos eran parientes) tenían el capricho de pasear aquella temporada. Había algunos indicios para saberlo. Si se veían bancos de lachas o sardinas que saltaban por la superficie (como balas de una automática que rozaran el agua), quería decir que huían de un peligro y ése no era otro que el de los túnidos que tenían apetito de desayunarse con ellos. Si por el contrario lo que se veía eran delfines, esto significaba la inversa; esto

es, que los cetaceos se daban el gran banquete con los túnidos. Las gaviotas y los cormoranes también eran señales utilísimas, pues por su forma de lanzarse al agua y revolotear se averiguaba si estaban pescando o buscando pesca, que no es lo mismo. Todo consistía en dirigir la barca hacia donde tales cosas ocurrían, conocer un tantico la psicología de las aves marinas, aprender las costumbres de los depredadores del mar, estudiar el carácter asustadizo de las lachas, descubrir el talante de los cetáceos, interpretar el humor caprichoso de los túnidos, no olvidar la influencia de las corrientes, y saber fijar —por los accidentes de la costa— el sitio exacto en que hizo la primera presa para pasar y repasar por aquel sitio, tendidas las líneas, el ojo avizor y tensa la mano. ¡Eso era pescar, y no ir sobre seguro, como pretendían su mujer y sus hijos, que preferían mil veces lanzar anzuelos a los peces de colores de un estanque que no arriesgarse a la aventura del fracaso en la anchura y la incógnita del mar!

José María se sentía feliz al trascendentalizar un oficio que el hombre practicaba desde el neolítico. «La pesca y el genio —se dijo, sin acordarse bien de a quién plagiaba— son una larga paciencia». Y dando impulso al motor, tarareando una canción marinera, enfiló, eufórico, la proa hacia alta mar.

Lo primero que capturó (caso de no ser él el capturado) no fueron túnidos menores, sino dos humanos adultos del sexo femenino.

«¡Sirenas, sirenas!», se dijo, entusiasmado, al divisar un barquichuelo de pedales con dos mujeres infravestidas a bordo que enarbolaban pañuelos y toallas haciéndole señas.

Práctico en salvamentos marítimos, feliz de sentirse útil a sus semejantes (pero mucho más si sus semejantes eran féminas), aminoró la marcha, dio vuelta al timón, situó las defensas de plástico para evitar brusquedades en el abordaje, e hizo la maniobra de abarloarse con aire de experto a la fragilísima embarcación.

—¿Necesitan ustedes ayuda?

Las dos navegantes a pedal vestían —si el verbo no es eufemismo— sendos minibiquinis a la moda, y tenían todos los atributos de las sirenas y alguno más. Le recibieron muy sonrientes.

—¿Les pasa algo? ¿Quieren algo?

—¡Yo un *dry martini*! —dijo una de ellas, riendo.

—¡Yo un *vodka on the rocks*!

—¿De qué nacionalidad son ustedes?

—*Mon cher monsieur Echevarrietá*, ¿a qué espera para invitarnos a subir a bordo?

José María se quedó de una pieza.

—Usted es… usted es… ¡ah, no recuerdo su nombre de casada! Usted es Colette.

—En efecto, soy *madame* Monfort. Y esta amiga mía, *madame* Foucauld. ¿Subimos o no subimos?

—Un momento. Voy por la escalerilla… Primero átenme este cabo a su barra de

proa… así. ¡Perfecto! Yo amarro por popa y remolcamos su embarcación. Cuidado con los pies… Mejor es que lo apoyen en el segundo peldaño… Muy bien… La mano, deme su mano… ¡Mi querida *madame* Monfort, qué sorpresa más agradable! … Señora Foucauld. Bien venida a bordo. Perdón, voy a dar un poco de motor para apartarnos de su «velomar». Así… Bien, explíquenme ustedes qué hacían en esta balsa impulsada por motor de sangre, media milla enfrente de mi casa.

Colette Monfort, Colette ex Origny, respondió sin ambages que le esperaban a él. Conocían su barco, habían visto que hacía preparativos para salir, y se habían situado frente por frente a su embarcadero con intención de hacerse invitar a subir a bordo.

—¡Qué pena —comentó hipócrita— que no haya venido con usted *madame* Echevarrietá! —Y volviéndose a su amiga comentó que Maruja era una mujer encantadora, una verdadera artista y dotada de un gran *esprit*.

—¿Y usted adonde iba?

—Tengo una cita a la que ustedes me van a acompañar.

—Ah, ¿tenía una cita? No quisiéramos servirle de estorbo…

—¡Mi cita era con los atunes!

—¿Salía usted a pescar atunes? ¿Y realmente nos invita a pescar? ¡Es fascinante! ¡Nada en el mundo me gusta más!

—Yo no lo he hecho nunca —dijo la Foucauld—. Pero me entusiasma la idea.

Decidieron dejar amarrada la «balsa a pedales» en una baliza, en el centro de la bahía, y mientras las señoras curioseaban, se hacían cargo del bar y pasaban revisión al hielo, los licores y los canapés, José María, sin detener la marcha de la embarcación, preparó los sedales, las plumas y los enseres de pesca.

—¡Pero es fantástico cómo caben tantas cosas en tan poco espacio! Una cama doble, cocina, nevera, *toilette*… ¡no le falta a usted nada!

—Me faltaba compañía. Y ya la he encontrado.

—Es usted un hombre con suerte.

—¿Debemos ir muy lejos?

—En absoluto. No perderemos de vista la costa en ningún momento.

—Y si pescamos un atún, ¿dónde lo meteremos? ¡No cabremos todos en la barca!

—Son atunes pequeños. El que más, no llegará a kilo y medio. ¡Pero se saben defender; no piensen ustedes que son tan débiles!

Les dio todas las explicaciones del caso. Era mucho más emocionante llevar el sedal en la mano que no en una caña, pues se sentía el tirón del pez, cuando éste se enganchaba, de un modo mucho más directo. Convenía entonces recoger el hilo de esta manera (y lo experimentó él mismo para que vieran cómo se hacía). Concluyó, en fin, su clase práctica diciendo que debían situarse a unas cinco millas de la costa, de modo que aquel castillete que se veía en la lejanía, por babor, quedara situado debajo de un monte con forma de sombrerillo de payaso, y aquella casa blanca debía justo asomar por detrás del cabo que se veía por estribor. Ahí, al menos, pescó varias piezas el año pasado.

—El verano pasado no vino usted a Mallorca —rectificó Colette.

—He querido decir hace dos años. ¿Y cómo sabe usted que no vine?

—Porque veraneé aquí. *Madame* Echevarrietá me hizo tantos elogios de este lugar cuando estuvieron ustedes en casa de mi madre, en Foix, que decidí venir a conocerlo. ¡Pero ustedes no estaban! Y pensé que tampoco tendría ocasión de verle este año. Llevamos trece días aquí. Ustedes llegaron ayer y nosotras regresamos mañana.

—¿Mañana, ya?

—Sí.

—Y dígame, *madame* Monfort, ¿cómo está su madre?

—Ella se imagina que estoy en una isla paradisíaca del Pacífico, persiguiendo a un atractivo caballero… ¡Y todo es verdad, salvo lo del Pacífico!

José María fingió no escuchar tan directa alusión.

—¿Se encuentra bien? ¿Sigue con su excelente salud? ¿Continúa viviendo en Foix?

—Continúa viviendo en Foix y su salud es excelente; salvo los ojos. Me temo que habrá que operarla de cataratas. Pero ella se resiste. Prefiere quedarse ciega, siempre que pueda disimularlo, a usar gafas. *Fameuse maman!*

Madame Foucauld tenía un cigarrillo entre sus labios, una copa con su *vodka on the rocks* en la mano izquierda, y con la derecha (negligentemente caída sobre la banda de estribor) sostenía el sedal. Dio, de pronto, un grito. El cigarrillo cayó de sus labios y quedó en el suelo encendido. El vodka se derramó por la moqueta. Comenzó a tirar del sedal con las dos manos, enredándolo todo; se puso en pie jurando que aquello que traía era al menos un tiburón; se quemó los pies con el pitillo; se resbaló sobre el hielo; cayó al suelo; se enredó los pies en el hilo; y juró que no tenía fuerzas suficientes para halar aquel monstruo de los mares. Colette, entretanto, gritó: «¡Yo también traigo!». Echevarrieta abandonó el timón, acudió en ayuda de la primera e izó a bordo un plástico mugriento con gran decepción de la pescadora novel, que yacía en el suelo pegando saltitos y completamente enrollada en el hilo de pescar. Para desdicha de *madame* Foucauld, Colette había enganchado un bonito, macizo como un obús, pero le causaba miedo o repugnancia agarrarlo con una mano para quitarle el anzuelo con la otra, de modo que lo sacudía en el aire para desengancharle, cosa que consiguió, yendo a parar el animal sobre *madame* Foucauld, completamente liada, enmarañada y apresada por el hilo que con tanta torpeza había sacado del mar, siendo imposible saber quién daba más botes, si el bonito sobre *madame* Foucauld o *madame* Foucauld sobre el bonito. Hubo que sacrificar el aparejo y cortarlo con tijeras para liberar a la bisoña pescadora, que había quedado talmente como un pez en la red, operación minuciosamente realizada por José María, coreado por las protestas de ella, porque las tijeras le hacían cosquillas por todo el cuerpo, y las carcajadas de Colette, que juraba que iba a perecer de risa.

Encerrado el bonito en una cesta, desatada la francesa de sus ligaduras, colocado

un esparadrapo sobre la quemadura de su pie, aseguró que aquello era más peligroso que un safari en Angola, pero que, amante de los riesgos, estaba dispuesta a continuar. Se sirvieron nuevas copas para darse ánimos y firmaron un pacto. Las señoras se limitarían a llevar el hilo en la mano y anunciar si habían enganchado algo. Pero fuera pez o plástico, el encargado de traer el sedal a bordo y de desenganchar la pieza del anzuelo sería sólo el caballero.

Pescaron catorce túnidos, festejados todos con risas alborozadas, gritos y un brindis por pieza: con lo que la algarabía fue subiendo de tono a cada captura.

Colette era una mujer espléndida, la Foucauld no la iba a la zaga y Echevarrieta —sin desdeñar el efecto de los brindis— se sentía endiabladamente eufórico ante las dos especies animales —¡tan distintas!— que había conseguido extraer del Mediterráneo: los peces y las sirenas.

No podía apartar de su imaginación el recuerdo de las veces que poseyó a la joven Colette —ya no tan joven, pero tal vez más atractiva—. Entonces era un pedrusco sin pulir. Ahora una joya tallada. Consideró que así como a su madre le atraían los hombres sin madurar, ella los prefería maduros. Y las risas, las posturas, las frases equívocas de su actual pasajera no dejaban lugar a dudas respecto a la posibilidad de experimentar las variaciones que impone el tiempo y la experiencia en la conducta femenina.

—¿A qué hora salen ustedes mañana? —preguntó José María.

—A las diez de la noche despega el avión para París. Pero debemos estar en el aeropuerto una hora antes.

—Entonces tenemos tiempo de repetir la pesca.

—¡De acuerdo!

—Tal vez conviniera salir más temprano. ¡A las diez de la mañana las espero en la baliza!

Madame Foucauld fue la primera en saltar al «velomar». José María se armó de audacia y retuvo a Colette.

—¿Por qué no procura usted venir sola mañana? ¡Su amiga pesca tan mal!

—Tal vez —respondió Colette.

Recordó José María una historieta oída en los pasillos del Palacio de Santa Cruz acerca de los diferentes significados de ciertas palabras según fueran dichas por un buen diplomático o una señora. «El buen diplomático ha de responder siempre “*sí*”. Pero cuando dice “sí” quiere decir “*tal vez*”. Cuando dice “tal vez”, quiere decir “*no*”. Y si de entrada responde “*no*”, se proclama como un mal diplomático. Una perfecta señora ha de responder siempre “*no*” a toda solicitación. Pero su “no” ha de entenderse como un “*tal vez*”; su “*tal vez*”, como un “*sí*”. Y si contesta “sí” a la primera de cambio, es que no es una “señora”».

De aquí que la respuesta de *madame* Monfort la considerara altamente positiva.

José María tuvo la precaución, cuando ya no podía ser visto, de tirar al mar todo cuanto habían pescado. La razón de este sacrificio era obvia. Si se presentaba en casa

con tales trofeos, tanto sus hijos como Maruja, al ver que el éxito estaba asegurado, se empeñarían en acompañarle en su primera salida. Y prefirió sacrificar su vanidad de pescador a la tentadora cita concertada para el día siguiente.

Al llegar a su casa, mientras realizaba la maniobra para atracar el barco, los niños bajaron a grandes zancadas hasta el embarcadero. «Ya están ahí esos pillastres —se dijo— para saber si he pescado o no». Pero la razón fue muy otra.

—Te ha telefoneado el abuelo, desde Madrid —dijo Antonio.

—Y estaba enfadadísimo de que no estuvieses en casa —añadió Jorge.

—Y ha hablado con mamá.

—Pero mamá no nos ha querido decir nada.

—¿Dónde está vuestra madre?

—¿Dónde va a estar, papá? ¡En la televisión!

Subió José María hacia la casa, y su mujer —cosa realmente sorprendente— dejó el televisor para salir a su encuentro.

—Te ha telefoneado mi padre. No me ha querido decir nada. Estaba excitadísimo. Dice que necesita hablar contigo con la mayor urgencia. Que le llames en cuanto llegues.

—¿No sospechas de qué se trata?

—Desde luego jugaba a los misterios: ya sabes lo que le gusta darse importancia.

Los niños se precipitaron al teléfono, al oírlo sonar.

—¡Abuelo! ¡Abuelo! ¡Que ya ha llegado papá! ¡Y además no ha pescado nada!

José María, con aire cansado, se acercó al teléfono.

—Dime, Jorge Antonio.

—¡Al fin te encuentro! Antes que nada, José María, acércate una silla para no caerte de espaldas. ¿Me oyes bien?

—Perfectamente.

—¿Tienes ya la silla?

—Estoy sentado en ella —mintió Echevarrieta.

—Pues atiende. Carlos Arias te ha estado buscando toda la tarde. Al no encontrarte, me ha llamado a mí. Y se ha llevado un gran disgusto al saber que no estabas en Madrid. ¿Me oyes bien?

—Como si estuvieses a mi lado.

—Pues escucha. Aunque él no me ha dicho nada, yo me las he ingeniado para saber lo que quiere de ti.

—¿Y qué es lo que quiere?

—Que vayas al Gobierno.

—¿Qué pretendes insinuar? ¿Que vaya a visitarle a Castellana, 3?

—¡No te hagas el tonto! ¡Quiere que vuelvas a ser ministro!

—¡Eso no tiene ni pies ni cabeza! ¿Con quién has hablado tú? ¿Quién te ha informado de eso?

—Nunca declaro los nombres de mis informadores, pero sabes que no suelo

equivocarme. Te aseguro que lo que te digo es cierto. Y como sé que él, o Carro, el ministro de la Presidencia, van a telefonearte, me apresuro a advertirte para que estés enterado.

—Jorge Antonio, me das la peor noticia del mundo. Estoy medio arruinado por no haber atendido mis asuntos durante tanto tiempo. Voy a pedirte que me hagas un favor.

—Estoy a tus órdenes, querido yerno. Para eso te he llamado. Para ponerme incondicionalmente a lo que me mandes.

—¡Déjate de bobadas! Eres mi suegro… y mi amigo, no mi secretario. Pero el favor que te voy a pedir es de mucha confianza.

—Tú me dirás lo que he de hacer… y cuenta con que ya está hecho.

—Telefonea al ministro de la Presidencia. Y dile a Carro que te consta que no voy a aceptar de ninguna manera. Y que por eso le llamas: para evitar al presidente Arias, a quien quiero mucho y respeto, la violencia de oír de mis labios una negativa.

José María tuvo que apartar el auricular de su oído, tales eran las voces del colérico comunicante.

—¿Te has vuelto orate? ¿Vas a echar por la borda tu carrera política?

—Yo no tengo carrera política, ni es mi deseo tenerla. Mi carrera es otra.

—Escucha, grandísimo cretino (y que conste que te digo «cretino» con el máximo cariño), ¿cómo puede decir que no tiene carrera política un hombre que ha sido ministro desde 1965 hasta 1973?

—El almirante Carrero me tenía ya aceptada mi dimisión cuando le mataron.

—No me lo habías dicho nunca.

—Pues te lo digo ahora.

—Escucha, José María, escucha. No te acalores, y sobre todo no prejuzgues antes de conocer de qué se trata. ¡No es el Ministerio de Agricultura el que van a ofrecerte!

—¿Comercio?

—¡No!

—¿Industria?

—¡No!

—Son las únicas cosas de las que entiendo algo. Y además te aseguro que deseo absolutamente adscribirme para siempre a la vida privada… ¿Tal vez Hacienda?

—¡No!

—Miel sobre hojuelas. Si me viniera alguna mala tentación de volver a la política, ya no hay caso, pues no aceptaría más que una de esas carteras. Son las únicas para las que sirvo.

—Aunque he vencido mi primer impulso de colgar el teléfono al ver lo necio que eres (y que conste que lo de «necio» lo digo con el máximo cariño), creo que te minusvaloras. El puesto que quieren ofrecerte es más alto. ¡No seas bobo! Y que conste que lo de bobo lo digo…

—Con el máximo cariño. Ya me lo imagino…

La voz de Jorge Antonio Trías estuvo a punto de romper todas las previsiones que tuvo Barrera de Irimo cuando fue presidente de la Telefónica, respecto a la resistencia sonora de los materiales.

—¡Imbécil! (y conste que lo de…). Bueno, ¿quieres saber o no lo que te van a ofrecer?

—No te oculto que soy más curioso que ambicioso…

—¡La Vicepresidencia del Gobierno! ¿Lo oyes bien? ¡La Vicepresidencia!

Echevarrieta, hombre pulcro en su vocabulario, no encontró otro término a propósito que una palabra de grueso tonelaje.

Su suegro esperaba algo más, pero sólo escuchó repetido por tres veces el mismo término.

—¿Está Franco de acuerdo?

—Hace mucho tiempo que Franco no hace más que lo que le dicen sus ministros.

—Es muy grande el sacrificio que se me pide…

—No seas hipócrita… (y que conste que lo de «hipócrita»…).

Maruja, concluido el serial televisado (según dedujo su marido), se acercó al teléfono.

—¿Qué pasa?

—¡Jorge Antonio! ¡Aquí está tu hija! Procura convencer a Maruja. Lo que ella diga, eso haré.

Entregó el micrófono a su mujer, se alejó de allí y se sirvió un *whisky* doble. Deseaba con toda su alma que las noticias que le daba su suegro no fueran ciertas. Pero de ser verdaderas, ¿cuál debía ser su actitud? La vanidad le inclinaba a aceptar. La comodidad, y el lícito afán de descansar, y ocuparse de sus asuntos propios, a rechazar. Golpeó la mesa con el puño. Ni la vanidad ni el egoísmo debían forzar su actitud. Los pros y los contras de su decisión debían medirse con otros baremos. Por de pronto, tomó una decisión. Buscar a Colette y cancelar su cita para la mañana siguiente. Dejó a Maruja que se explayara con su padre y convocó a sus hijos.

—¿Quién quiere darse un paseo en coche conmigo?

—¡Yo! ¡Yo! —respondieron ambos al unísono.

Se detuvieron en el hotel donde Echevarrieta sabía que se alquilaban las balsas a pedal.

—Esperadme en el coche —dijo a los niños.

Al poco regresó. Nadie en el hotel conocía a *madame* Foucauld ni a *madame* Monfort. El apellido de soltera de Colette tampoco les decía nada. Recorrió la bahía. Había trescientos dos hoteles, moteles y pensiones, en los que por cuatro perras se alojaban las peluqueras, manicuras y taquimecanógrafas de media Europa durante sus vacaciones. El apellido Monfort era desconocido. El de Foucauld, no. Cuando a su requerimiento vino un tal André Foucauld, José María confesó haberse equivocado. Ni en los hoteles de 1.ª A, ni en los de 1.ª B —pues de lujo no había en la zona— había rastros de sus dos acompañantes de la mañana.

Cuando regresó a su casa, Maruja le informó:

—El presidente del Gobierno te ha telefoneado.

—¿Ha dejado algún mensaje?

—Sí. Que procures estar en Madrid antes del viernes.

—¿Qué día es hoy?

—Lunes.

—Maruja, ¿qué me aconsejas?

—Lo que hagas me parecerá bien.

—Decir eso no es ayudarme.

—En esto no puedo ayudarte, mi amor…

—Escucha, Maruja. Mi ideal de vida… ¡es tan distinto al que he llevado en los últimos años…! No me gusta la vida social. Odio las intrigas políticas. Te juro que siento mayor satisfacción cuando pintas un cuadro, o cuando leo las críticas elogiosas de tus exposiciones, que cuando se me alababa por haber convertido una provincia de secano en regadío. Hubo un gran ministro de Agricultura en España. Ya nadie habla de él. Se llamaba Cavestany. Yo me he limitado a estudiar los planes que él ideó y a ponerlos en práctica. Yo no soy un político. Soy un ejecutivo. ¡Y echo mucho de menos a Armando Riquer!

—¿Por qué me hablas ahora de Armando?

—No sé… Su consejo hoy me hubiera sido de gran utilidad.

—¿Por qué no hablas con Teresa?

—¡Teresa no es Armando!

—¿Y con María Luisa, tu antigua secretaria? Era una mujer clarividente, de una enorme perspicacia y de gran sentido común. ¿Por qué no hablas con ella?

—Maruja, Maruja… ¡Tu consejo y no el de otros es el que necesito! María Luisa, al dejar yo de ser ministro, se ha jubilado, y ahora se dedica a escribir obras policíacas. Quiero tu consejo. No el de ella.

—José María. A veces me da pena de que te olvides de que yo soy tú. Que tus dudas son las mías. ¿Tienes pereza de volver a la vida activa? ¡Tengo la misma pereza que tú! ¿Sientes responsabilidad de poder hacer «algo» que otros no harían en tu lugar? ¡Siento la misma responsabilidad! ¿Te gustaría ser una especie de Tusquets, aislado de todo y de todos? ¡A mí también me gustaría ser lo mismo! ¿Te consideras en la obligación de servir a una idea, a una obra, a un programa? ¡Ya me siento entusiasmada por tu idea, tu obra y tus programas! ¡Josema, Josema, tú y yo somos «uno»!

—Mañana saldré en la barca y pensaré mi decisión.

—¿Quieres que te acompañe?

—No. Prefiero estar solo…

No estuvo solo. Colette, sin su amiga y con un gran saco de mano, le esperaba

junto a la baliza. ¡Y con el «velomar» ya amarrado para no perder tiempo! A José María le distrajo su «manfoutismo», su elegante ligereza, su sabia frivolidad, su culta *non-chalence*. No existe mujer como la francesa que sepa armonizar el ángel con la cháchara, la erudición con las trivialidades, la gracia con la seriedad y con una suerte de fidelidad muy lejos de la calderoniana. Una fidelidad de otra índole. Una fidelidad-cómplice: cómplice de las comunes debilidades. Para José María, abrumado por las dudas, torturado por un sentido de la responsabilidad que le acuciaba, aquella frívola tertulia a bordo de su lancha le animó las pajarillas del alma (como se decía en su tierra adoptiva) antes de adquirir el rictus de la definitiva y total seriedad.

—Ayer la estuve buscando por todos los hoteles de la zona sin conseguir encontrarla. ¿Dónde diablos se aloja?

—Es toda una aventura que le contaré, siempre que me prometa que no volvamos a pescar esos inmundos peces de ayer.

—¿Qué haremos entonces?

—¡Pasear! ¡Pasear por esta maravilla de costa!

—Entonces será mejor que arrastremos el «velomar». Puede servirnos en algún momento para desembarcar si nos apetece. Dígame, ¿qué ha hecho con *madame* Foucauld?

—La he empaquetado y la he mandado a casa.

—¿Con qué fin?

—Con el solo fin de obedecer a usted. ¿No me dijo que quería estar a solas conmigo? Las mujeres somos muy complacientes unas con otras. Se lo expliqué. Me comprendió, y se largó a Palma de Mallorca.

—¿Dónde ha vivido usted estos días, que ayer por la tarde no la pude localizar?

—En un apartamento que tenía alquilado a su nombre *madame* Foucauld y al que me invitó, pagando yo la mitad de los gastos, cuando nos conocimos en el avión de venida y ella supo que estaba sola. Le hice un gran favor pues disminuí a la mitad su presupuesto de gastos, y ella a mí, pues he pasado una temporada mucho más independiente que en un hotel.

—Y ahora ¿se ha quedado usted con el apartamento?

—No. Entregamos esta mañana la llave a sus dueños y les pagamos una indemnización por dos vasos que habíamos roto.

—Y ¿no necesita volver al apartamento?

—No. En cuanto acabemos nuestra excursión saldré directamente hacia el aeropuerto en un coche de alquiler.

—Le pregunto todo esto porque se me está ocurriendo una idea fascinante. Dar la vuelta a la isla… ¡Pocos días se puede contar con un mar tan calmo como el de hoy!

—¡La idea me cautiva!

—Pero existe un riesgo…

—¿Qué riesgo?

—No llegar a tiempo al aeropuerto.

Colette rió condescendiente.

—¡Sería un contratiempo pero no una catástrofe! Usted va a prometerme ahora mismo hacer todo lo posible para llegar a tiempo.

—Prometido.

—Y ahora le confesaré las precauciones que he tomado para esa eventualidad…

—¿De modo, Colette, que ha previsto usted la eventualidad de perder su avión?

—¡Cuando se sale al mar hay que ser previsores! ¿Qué ocurriría si se le para a usted el motor en alta mar?

—¿Y qué precauciones ha tomado usted?

—Es usted excesivamente curioso.

—¡Quiero contrastar su capacidad de previsión!

—Bien, se lo contaré. *Madame* Foucauld pasa sólo una noche en París, pues mañana enlaza con un avión que sale para África del Sur, donde su marido es director del Liceo Francés en Cape-Town, y la he invitado a pasar la noche en mi apartamento de Boulevard Saint-Germain. Pensando en la eventualidad de no llegar a tiempo le he entregado mis llaves y le he rogado que facture mi equipaje a su nombre y lo deje en mi pisito, donde yo me lo encontraría al llegar: caso de que pierda el avión, cosa que no deseo… y, extremando mis precauciones, y después de saber que en esta época lo difícil es llegar a Mallorca pero no salir de la isla, he cambiado en mi billete la fecha de hoy por otra en blanco. Si todo sale bien, viajaremos juntas, ocuparemos juntas mi apartamento y mañana la acompañaré al aeropuerto de Orly. ¡Es así de sencillo! ¡Ignoraba que los hombres de gobierno fueran tan curiosos!

—Ya no soy hombre de gobierno. Dejé de ser ministro hace casi dos años.

—¡Ah! ¡No lo sabía!

—Y dígame, Colette. Caso de regresar en un avión distinto al previsto ¿cómo abriría usted la puerta de su piso, si la llave la tiene *madame* Foucauld?

—Porque la depositará en el buzón de correos a mi nombre que hay en el portal.

—¿Y cómo abrirá usted su buzón?

—En este saco, amigo mío, llevo mi pasaporte, mi billete, mi dinero, mis *affaires de toilette*, las llaves de mi buzón y mil cosas más que a usted no le interesan…

—Pongamos en hora nuestros relojes… Son las diez y media… En Formentor debemos detenernos para bañarnos y para telefonear a casa, anunciando que regresaré tarde… ¡No vayan a mandar una expedición de salvamento para buscarme! Bordearemos la isla por la costa norte. ¡Ya verá qué maravillas! ¡Cala San Vicente y el Torrent de Pareils son dos auténticas joyas! A partir de aquí habrá que poner a prueba los motores. No entraremos en Sóller, ni en la bahía de Paguera. Calculo que estaremos en Palma a las ocho. ¿A qué hora sale su avión?

—A las diez. ¡Nos sobra el tiempo!

—No lo crea. Entre la maniobra de atraque, buscar un taxi, llegar al aeropuerto y sacar la tarjeta de embarque tendremos el justo. ¡En fin, espero entregarla en manos de *madame* Foucauld sana y salva…!

(Por mucho que José María quisiera olvidar la conversación de la víspera con Jorge Antonio Trías, y la llamada telefónica del presidente del Gobierno, su pensamiento acudía una y otra vez a ese tema con la tenacidad y la insensatez de una mariposa que se acerca a la luz en que ha de abrasarse).

—¿Me permite que me siente a su lado y dirija el timón? —preguntó Colette, sin esperar la respuesta para ejecutar lo que pedía.

(La crisis económica, la escalada del terrorismo, las opiniones contrarias dentro del propio Gobierno respecto a los límites de la apertura anunciada por el presidente Arias, la edad del Jefe del Estado, todo parecía indicar que éste sería el Gobierno de la transición de una época a otra).

—Desde que nos conocimos en Foix, cuando fue usted a la inauguración del Instituto Internacional del Vino, tuve la intuición de que llegaríamos a congeniar…

(¡Tantas veces se había dicho que este o aquel otro Gobierno sería el de la transición! Pero alguna vez llegaría el momento en que fuera verdad… ¡Dios, Dios! ¿Qué sería de España cuando Franco muriera?).

—Fue una extraña sensación la que tuve al conocerle… Aún no me la he podido explicar. Ya no soy una niña para sentirme enamorada de un hombre al primer golpe de vista… Tampoco, aunque no la desecho, era una atracción puramente física… Era otra suerte de atracción la que experimenté por usted… Una atracción «extranatural»… ¡ésa es la palabra!

(¿Hasta qué punto era lícito negar su concurso en una etapa que se adivinaba difícil y llena de escollos? ¿Tendría el futuro rey el consenso nacional de que gozó Franco? ¿Debería don Juan Carlos ser un puro continuador del franquismo, o el iniciador de una etapa nueva?).

—Tal vez fuera su voz. ¿No le han dicho nunca que tiene usted una voz muy característica? Creo que fue su voz la que me cautivó… Me creerá estúpida por lo que voy a decir. Era la suya como una voz que yo hubiera esperado desde siempre y que de pronto me dijera: «esa voz soy yo».

(Carrero me dijo una vez: «me gusta su manera de razonar, Echevarrieta». Y en una ocasión en que se debatía largamente un asunto que no era de la incumbencia de mi Departamento, Franco cortó por lo sano la discusión con estas palabras que no fueron del agrado de muchos: «Tiene toda la razón el ministro de Agricultura». Y se pasó a otro tema. Creo que soy un hombre con sentido común. ¿Y no será el sentido común la mayor necesidad de España, en estos días y en los que se avecinan? Más que el petróleo, más que el turismo, España va a necesitar grandes dosis de sentido común).

—¿Es usted supersticioso, José María?

—¿Quién no lo es?

—¿No ha soñado nunca con una casa misteriosa o con un paisaje que no ha visto nunca, y, de pronto, al cabo de muchos años, reconoce en una casa o en un paisaje que ve por primera vez aquello con lo que había soñado antes? ¡Pues eso es lo que me

ocurrió con su voz! ¡Ya la conocía sin haberla oído nunca!

(Carlos Arias, Carlos Arias, Carlos Arias… ¿será cierto que quiere ofrecerme la Vicepresidencia del Gobierno? ¿No serán todo fantasías del padre de Maruja? Debo de tomar una decisión antes de acudir a Madrid el viernes. Si es una cartera técnica lo que me ofrecen diré que no. Si es la Vicepresidencia, aceptaré).

—¡Cuidado, Colette! ¡No pase usted entre esas dos banderas! Son los extremos de una red de pescar y podríamos engancharla con las hélices. Gire usted hacia babor… ¡así, despacio, despacio! Muy bien.

Durante el giro, el cuerpo de Colette, llevado por la inercia, se ciñó al de José María. Éste la enlazó por la cintura desnuda. Su piel ardía por el sol. Colette reclinó la cabeza en el hombro de él.

—Lleva tú el timón.

El difícil tuteo, tanto más significativo en francés que en castellano, se había tácitamente establecido.

Al cabo de un tiempo, Colette murmuró:

—¡Qué bonito es esto! ¡Gracias por haberme traído!

Levantó el rostro y le besó en el cuello.

—¿Por qué estás siempre tan vestido cuando vas a bordo? ¿No pasas calor?

—Es una medida de prudencia estética. Al llevar este chaquetón de manga larga, no se advierte el nacimiento del guante. Si llevara los brazos desnudos quedaría al aire la parte en que el muñón se une con la mano ortopédica. Y no es agradable de ver. Ésa es la razón.

—¡No tendrás complejos, supongo! ¡Un hombre como tú no debe tener complejos de nada!

Colette, inesperadamente, alargó la mano y bajó la palanca de los dos motores. Llevada por la inercia, la lancha anduvo unos metros deslizándose sobre el agua hasta detenerse. Pero la lancha a pedales que venía arrastrada chocó, bien que sin fuerza, contra la popa. José María lanzó a su pasajera una mirada de reconvención.

—No me gusta esa mirada tan severa. Soy una niña mimada (*un enfant gatée*) y necesito que mis faltas sean perdonadas al instante.

Y le ofreció sus labios.

Él la enlazó —¡cómo ardía su piel por el sol!— y concedió su perdón por un método tan grato como original.

—Anda, ven… —dijo ella.

Le tomó de la mano sana y descendieron los tres peldaños que separaban la bañera de popa del camarote.

La lancha quedó al garete, apenas mecida por el agua quieta. La costa, a lo lejos, se perfilaba con la nitidez de una postal. Unas gaviotas se acercaron a la embarcación, planearon lentas sobre ella y se alejaron. Dos peces voladores, dos proyectiles azules, planearon un gran trecho hasta perforar la superficie y regresar al misterio de su verdadero elemento, envidiosos, tal vez, del airoso vuelo de las

gaviotas.

El cuerpo de Colette se estremeció de pronto por causas muy ajenas a la pasión. Rehuyó sus besos, rechazó sus manos, apartó, con gesto de horror, su cuerpo.

—¿Qué te ocurre, Colette? ¿Por qué tiemblas?

—No sé… Tengo miedo.

—¿Por qué lloras?

—Quiero regresar… Ya te dije que soy supersticiosa. Sírveme algo de beber. Algo muy fuerte.

José María se acercó a la nevera. A sus espaldas Colette Monfort se vestía apresuradamente. Echevarrieta la oyó decir:

—¿Por qué mataste a aquel hombre? ¿Por qué te apropiaste de su nombre, Tomeu Riquer?

José María giró lentamente sobre sí.

—Aún no has empezado a beber… ¿y ya estás borracha?, ¿de qué hablas? ¡Anda, tómate esto y reponte! Te sentará bien…

—Confía en mí… ¿Le mataste? ¡Dime que no lo hiciste…! El reencontrarte ha sido como despertar de un sueño que comenzó cuando rompí a llorar desolada al conocer tu muerte… quiero decir, al creer que habías muerto. ¡Tomeu, Tomeu! ¿Por qué te apropiaste del nombre del otro? ¿Qué habías hecho? ¡Confíate en mí!

(Echevarrieta, necesitamos hombres como usted: hombres que sepan graduar con firmeza y con prudencia la necesaria evolución entre el Régimen del que procedemos y al que nos dirigimos. Hay que hacerlo ya. No hay tiempo que perder. Para que la operación no fracase hay que iniciarla y culminarla en vida de Franco).

—¿Fuiste tú quien escribió a mi madre comunicándole tu propia muerte? ¿De quién huías? ¿De ella misma por ventura? ¡Dime la verdad! Trataré de comprenderla… de comprender «tú» verdad…

(En esta coyuntura política hay que tener ideas muy claras y el pulso muy firme. El riesgo de abrir una compuerta está en que se vacíe el pantano. Y el riesgo de no abrirla es que se agriete y se derrumbe por exceso de presión. No debemos tolerar el inmovilismo cobarde y egoísta. Ni la ruptura ciega y vengativa con cuarenta años de historia repleta de aciertos. Nos combatirán por uno y otro lado. Pero hemos de avanzar por el camino justo e inteligente. Si acertamos podremos preciarnos de que nuestras vidas han tenido una razón de ser).

—Mi sueño empezó con aquellas lágrimas y ha concluido ahora al volver a contemplar las heridas de tu cuerpo. ¿Cuántas veces no hemos hablado de aquella bala que dejó en tu piel dos cicatrices con tus propias iniciales: una con forma de «T» —Tomeu— y otra con forma de rosa arrugada —Riquer—? ¡Te suplico que hables, que me digas algo, que me expliques… para que yo trate de comprender…!

(No debemos utilizar el nombre del rey como bandera de partido, pues él ha de ser de todos, de los que aciertan y de los que yerran; de los que piensan como nosotros y de los que no piensen igual. ¡¡Pero eso no nos excluye de razonar, ni de

entregar el Estado a la inexperiencia, la utopía o la irresponsabilidad!!).

—¿Cómo he sido tan ciega de imaginar que yo conocía tu voz sin haberla oído nunca? Estaba grabada en mi memoria, imborrable, cuando volví a oírla en boca de un ministro extranjero que tenía otro nombre de aquél a quien se la oí: de aquel que me hizo mujer.

(Si tenemos conciencia de nuestras responsabilidades, no debemos ni podemos desertar; ni abandonar en otras manos nuestras obligaciones morales con la Historia, con el Estado y con el camino que debemos dejar abierto a quienes vengan detrás).

—Tomeu… mi querido Tomeu…

José María sirvió otro vaso de vodka a Colette, se vistió el chaquetón que cubría por igual el nacimiento de la mano ortopédica y las heridas de su vientre, y sin pronunciar palabra se dirigió al timón.

Colette debía morir. Nadie reclamaría su cuerpo. Nadie identificaría su cadáver. El piso que había ocupado estaba a nombre de *madame* Foucauld. Su equipaje llegaría esta misma noche a su apartamento de París en Boulevard Saint-Germain. Su amiga, condescendiente ante la eventualidad de la aventura galante, no extrañaría su ausencia y viajaba al día siguiente a Cape-Town, al sur del continente africano. El billete de avión no tenía fecha de regreso. *Madame* Origny pensaba que su hija estaba en el Pacífico, en las islas del Sur… Colette debía morir.

Si alguien en el futuro, alarmado por su ausencia, exigía la apertura de una investigación, no habría motivo para relacionar su desaparición con un cadáver encontrado en Mallorca. Donde había que hacer averiguaciones era en París; allí se encontraba su equipaje sin abrir. Todos ignoraban la existencia de *madame* Foucauld, a quien *madame* Monfort había conocido por azar a bordo de un avión… y que residía en el otro extremo del mundo. Colette debía morir.

La idea de que algún día Maruja y sus hijos averiguaran la verdad y conocieran el engaño en que habían vivido; que los hombres que habían creído en él y le habían encumbrado, aplaudido, respetado fueran denunciados como cómplices de aquella farsa siniestra; que quienes esperaban honestamente de él una labor futura se vieran defraudados, le resultaba visceralmente insoportable.

Por un segundo cruzó como un relámpago por su mente la idea del suicidio. Pero ¿de qué servía éste para evitar el escándalo público, el daño irreparable al crédito de hombres honestos y de buena fe que combatían por ideales nobles y sobre todo el dolor, el estupor de Maruja y sus hijos, que quedarían marcados para siempre con el conocimiento de la verdad? ¡Colette debía morir!

Colette, sentada a su lado frente al timón, mantenía la cabeza reclinada en su hombro y ceñía la cintura de él con su brazo. Tenía miedo. El miedo ajeno es algo que se percibe por el instinto. Necesitaba encontrar una argucia, una argucia de mujer, para vencer el miedo que el hombre le inspiraba.

—No podrás mantener indefinidamente tu impostura. Has dado a tu mujer y a tus

hijos un nombre que no es el tuyo. Has alcanzado altos puestos del Estado con un nombre ajeno. Estas estafas sociales no pueden mantenerse indefinidamente en secreto. Llegará un día en que alguien investigará. Una duda, un equívoco, una declaración contradictoria y alguien, probablemente tus enemigos, investigarán…

»¡Huye conmigo! Deja detrás tuyo la gran mentira y afronta conmigo la verdad, Tomeu Riquer.

»¡Tomeu, Tomeu Riquer, despierta de tu sueño! Tu única salvación es desaparecer conmigo.

(Está intentando ganar tiempo. Tiene miedo. Quiere mantener tensa mi atención hasta encontrar la oportunidad de ponerse a salvo. Su brazo tiembla en mi cintura. Se aferra a ella con fuerza para que no lo sienta temblar).

—Desaparece conmigo, huye conmigo, Tomeu. Tu salvación está en volver a ser tú mismo, lejos del escenario de tu farsa.

José María conducía con desesperante lentitud. Regresaban a la bahía de donde zarparon. Su voluntad estaba clara: Colette debía morir.

(Su supervivencia equivale a mi condenación. Su comportamiento de ahora está motivado por el miedo. Está fingiendo. Apenas regrese a tierra me denunciará. Ella sabe que su vida depende de mi voluntad. Y que así será para siempre. Luego su denuncia ha de ser inmediata. Colette no debe llegar a tierra).

Se acercaban a Cap Bermell, muy cerca ya de su destino.

Aunque navegaban a tres o cuatro millas de la costa, en aquel paraje, el cabo se adentraba en el mar como si quisiera cortarles el paso. Era un peñasco rojo —de aquí su nombre— y pelado, sin vegetación alguna, entre cuyos salientes y hendiduras anidaban por centenares los cuervos marinos y las gaviotas. Su extraña coloración, en aquel escenario de verdes y azules, se reflejaba en el mar, tiñéndolo de púrpura. Cuando la embarcación alcanzó la menor distancia a aquella masa rocosa, Colette desenlazó la cintura de José María y se lanzó al mar. Echevarrieta detuvo la motora con tal brusquedad que se golpeó contra el cuadro de mandos haciéndose daño. Al instante, la lancha a pedales remolcada, llevada por la inercia, se estrelló contra la popa. Colette era una pequeña flecha, un torpedo rubio, entre el barco y la roca. José María contempló la gran distancia que la separaba de tierra. Abrió el saco de Colette y echó dentro cuantos plomos había a bordo para la pesca de fondo. Lo cerró herméticamente. Y amarró a su costado con sedales gruesos el ancla de repuesto. Lanzó el saco al agua y lo vio hundirse. Desamarró con movimientos rápidos el «velomar», cuidándose muy bien de guardar el cabo, y lo dejó a la deriva. Contempló a Colette, ya lejos, equidistante entre la costa y la embarcación. Humedeció un paño con agua de mar y lavó el timón, la escalerilla de subida, el vaso, las barandas, los paramentos junto a la cama, todos los puntos en que ella hubiera podido posar las manos. Emproó lentamente hacia su víctima y metió a fondo los motores.

Los pies de Colette eran como un molinillo que levantaba espuma; sus brazos dos aspas rítmicas, rápidas, seguras. A su espalda, en su misma recta, como un gran

escualo que ataca, la barca de Tomeu Riquer. ¿Fue ella quien hurtó el cuerpo en un movimiento agilísimo? ¿Fue él quien cerró los ojos y no quiso topar, en esa definitiva fracción de segundo, la madera contra la carne? Como un proyectil que yerra el blanco, la barca pasó junto al cuerpo sin alcanzarle. José María describió un amplio círculo, la embarcación peligrosamente inclinada sobre el costado. La estela trazaba sobre el agua el recorrido cual si lo hubiera salpicado de cal. Fuera ya de la marca, el breve torpedo rubio seguía su marcha imperturbable, tenaz, sin apenas levantar el rostro, acortando distancias con la gran mole bermeja del cabo. Tomeu Riquer optó por no atacar de espaldas sino de costado, cruzándose en su camino. Secóse el sudor que resbalaba sobre sus ojos, tensó las mandíbulas y avanzó. El cuerpo de Colette estaba cada vez más próximo. Un rictus de horror en sus mejillas deformó el rostro de Riquer. Súbitamente un grito, un gran grito, salió de su pecho:

—¡No, Tomeu, no lo hagas!

Giró violentamente el timón en un esfuerzo desesperado para eludir el choque y la barca se inclinó tanto que el agua entró por la banda de estribor. Por eludir el riesgo enderezó el rumbo en una maniobra insensata con tanta brusquedad como primero, y salió disparado por los aires como la piedra de una honda. Pensó que había muerto. Un confuso sentimiento de liberación —¡gracias, Dios, por detener mi mano!— y en seguida el agua, el frescor del agua sobre su cuerpo.

Frente a él, Colette braceaba, segura, firme, sin modificar el ritmo ni la trayectoria. Sus pies al batir el mar dejaban tras ella una nubecilla de espuma.

«¡Qué mal nadas, papá, qué mal nadas!»…

Torpemente, desangeladamente, Tomeu se puso a golpear el agua, intentando seguir aquella mancha de espuma blanca que se acercaba a tierra.

(Despacio, debo avanzar despacio, sin precipitarme, sin agotarme… Maruja, Maruja… ¿por qué me dejas siempre solo? Prefieres la compañía de los niños a la mía… No debo ir contra la dirección del mar… No, presidente. No puedo decirle «sí», necesito descansar, descansar, descansar… Madre, no estés siempre regañándome, sólo te quité dos terrones de azúcar… ¿Quiénes son esos hombres que se llevan a papá, por qué se lo llevan, adonde lo llevan?… ¡Sigue, Tomeu, no mires la distancia que te falta para llegar a tierra; no desmayes, no te detengas. Sigue, sigue…!).

Colette, encaramada sobre una piedra de la costa, agotada, estremecida, contemplaba con espanto las torpes contorsiones del cuerpo y el batir de brazos de quien pudo ser y no quiso ser su asesino.

José María vio su gesto de horror y el ademán con que se cubría los ojos para no mirar…

(No ha sido nada, Colette, no ha sido nada. No te asustes… Me he distraído un poco, eso es todo… ¿No ves como ahora lo hago mejor? ¡Oh, Dios, qué lejos está la costa…! ¡Madre, sólo tú sabes lo de Bienvenida…!, ¡cuídame a esa otra criatura!… Dios mío, yo he sido un hombre pecador… Pon algo tuyo en mi balanza… Yo he

puesto algo… pero ¡es tan poco! Vete de ahí, Colette, vete… no mires este horror… Maruja, Maruja, ¿por qué me has dejado solo?).

A su espalda, la motora, como un buque fantasma, navegaba en solitario, rumbo a mar abierto, su última singladura.

XXXV

EN LA HISTORIA DE ESPAÑA Y EN LA VIDA DE MARUJA TRÍAS
UNA PÁGINA SE CIERRA Y OTRA COMIENZA
[1975]

En su estudio de Madrid, Maruja pintaba. ¿Cuánto tiempo hacía ya que abandonó aquel proyecto de retratar el viento, que su marido insistía que era imposible realizar? Recordaba a José María sentado a sus espaldas en una pequeña silla de anea, fumando en silencio por no distraerla y observándola al pintar. Y a veces experimentaba la acuciante sensación de que seguía ahí en su silla de siempre, contemplándola, admirándola, pendiente del movimiento de sus pinceles.

¿Sería verdad, como insinuaba la escritora Françoise Mallet Joris, que los muertos seguían permanentemente entre nosotros, atentos a nuestros pensamientos, fieles al amor que nos demostraron cuando estaban vivos, curiosos de nuestros actos, interesados en los pequeños problemas de nuestra vida terrenal? En su pequeña gran obra *La maison de papier* —delicada como un encaje hecho de sutiles introspecciones— esta escritora francesa pone en boca de uno de sus personajes femeninos (*mademoiselle* Josette) esta sorprendente declaración: *«Creo que llegará un día en que será fácil comunicarse con los espíritus. ¿Eso la hace reír? ¡Pero si no se trata siquiera de fenómenos extranaturales, a no ser que considere extranatural el teléfono, por ejemplo! Los espíritus están aquí, a nuestro alrededor. La sola dificultad estriba en encontrar el instrumento adecuado para comunicarnos con ellos»*.

Era tan honda la vivencia que experimentaba Maruja de que su marido la escuchaba, la observaba, la atendía, que a veces dejaba de pintar y todo su cuerpo quedaba paralizado por un respetuoso temor.

Todas las tardes, Berta, su madre, Teresa Riquer y María Luisa, la antigua secretaria de Armando y de su marido, venían a hacerle compañía. Al principio era un desfile inacabable de gente, más tarde los grupos fueron disminuyendo. Ahora había quedado reducido a las antedichas. Y como sabían que Maruja no se ocupaba

de preparar algo de más sustancia que una taza de té —pues no se movía del estudio desde que los niños salían para el colegio hasta que llegaban ellas— procuraban turnarse para obsequiar a Maruja, y obsequiarse a sí mismas, con toda clase de golosinas, bollerías, pastas y pasteles.

Rara vez, muy rara vez, invitaba a su madre y sus amigas a subir a su estudio, y enseñarles sus bocetos, sus telas manchadas, sus lienzos iniciados: «sus tentativas», como gustaba llamarlos. Aquél era su claustro privado, su torre de marfil y sufría una vaga desazón, cual si viese una capilla profanada, si alguien en ese lugar reía, o hablaba en voz demasiado alta, o iniciaba una conversación ligera.

Aquel día, sábado, 18 de octubre, se había levantado muy de mañana, y, apenas despidió a sus hijos, se encerró en el estudio. Extrajo su viejo lienzo abandonado, aquél en el que pretendía representar el viento, y lo situó sobre el caballete. Recordó la conversación con su marido, varios años atrás:

—Lo que pretendes hacer es un abstracto, naturalmente…

—¡Estás totalmente equivocado! Mi «retrato» del viento será tan figurativo como las Meninas o la Venus del espejo.

—¿Y no situarás ninguna otra figura, aparte del viento? ¿Una rama de árbol inclinada? ¿Una hoja que vuela?

—¡Nada! ¡El viento sólo!

—No lo conseguirás.

—No se trata de «conseguir», sino de «intentar». ¡Cómo se ve que eres un tecnócrata!

Y después, a lo largo de los meses, la chanza cotidiana.

—¿Cómo va «tú» viento?

—Me han surgido dificultades —respondió un día desalentada—. Acabo de descubrir que es informe e incoloro.

—¡Gran descubrimiento!

Maruja comenzó a pintar y a hablar para sí, sin necesidad de articular las palabras.

—Los primeros días, cuando tuve la sensación de que me estabas observando, sentí miedo. Ya no. Ahora sentiría miedo de que no estuvieses porque sería tanto como saberme sola para siempre. Voy a pintar esto en homenaje a ti. Y te voy a hacer caso. Pintaré una hoja, tal vez dos, empujadas por un vendaval. Pero ¿no resultará un poco manido? ¿No parecerá la ilustración gráfica de aquello de «Hojas del árbol caídas, juguetes del viento son»? Bien, bien, lo hago porque tú me lo pides, y al fin y al cabo el cuadro es tuyo… ¿Qué hojas prefieres que vuelen?… No. A eso me niego. Hojas de tamarindos, no. Me lo pones demasiado difícil. ¿De chopos, dices? ¡De acuerdo, serán hojas de chopos! Una irá así, casi de plano, y la otra así, casi de perfil, amarilleadas ya por el otoño. No ha sido mala idea ésa: amarillo sobre gris. Voy a acabar pensando que no eres tan zote como yo pensaba en cuestiones de arte y que no te falta cierta sensibilidad. ¿Te gusta? ¿Te va gustando lo que hago? Quizá vaya

demasiado despacio porque a veces las lágrimas no me dejan ver bien… Pero no te preocupes, bobo, son lágrimas de niña. No son lágrimas de mujer…

Pasaron las horas. La avisaron que los chicos ya estaban abajo y la esperaban para almorzar. Replicó que empezaran a comer sin ella. Se olvidó. Siguió pintando, abstraída, inmersa en otro mundo, desdoblada de sí.

De pronto bajó precipitadamente de su estudio y comenzó a gritar:

—¡Josema! ¡Josema! ¡Sube! ¡Ya he terminado «el viento»!

Se detuvo ante la presencia severa y asustada de Alfonso Sánchez Martín.

—¿Buscaba algo la señora?

Maruja balbució, como si saliera de un largo sueño:

—Sí, a los niños. Había olvidado que a esta hora no han vuelto del colegio.

Avergonzada de sí misma, temerosa de que la creyeran sin juicio, subió al estudio, cerró la puerta, sentóse en el suelo, junto a la silla de anea en que José María acostumbraba sentarse para verla trabajar, apoyó los brazos en el asiento, hundió la cabeza entre los brazos y rompió a sollozar, como no lo había hecho nunca desde el día de su muerte. Aquel día terrible en que el pasmo y la confusión se aliaban para no dejar cauce libre a la desolación y al dolor.

—Perdóname. Había olvidado que tu sitio es éste, y sólo éste.

Imaginó que José María le acariciaba lenta y tiernamente la cabeza para consolarla.

Cuando los niños volvieron se encontraron a su madre en esta postura, dormida en el suelo, la cabeza reclinada en la silla.

—Tienes muy mala cara —le dijo su madre—. ¿Te encuentras mal? ¿Has llorado?

—No —respondió Maruja—. Lo que ocurre es que se me olvidó almorzar, y tuve un pequeño vahído.

—¿Cómo puede nadie olvidarse de comer? ¡Es como si al agua se le olvidara mojar!

—Traigo una buena medicina para el caso —confesó María Luisa.

Y abrió cuidadosamente con sus dedos regordetes el paquete consabido.

—Son de coco. De yema y de coco.

—No me gusta —comentó Berta— que estés tan desarreglada. ¿Por qué no te peinas mejor?

Maruja se encogió de hombros.

—¿Para qué?

—Ven aquí. Te voy a pasar un cepillo. ¿Ves? Así estás mucho mejor. Pero ¿qué es esto que veo? ¿Canas? Deberías teñírtelas.

Volvió Maruja a encogerse de hombros.

—¿Para qué?

A media tarde telefoneó Jorge Antonio Trías y habló con Berta:

—Las mujeres estáis siempre enteradas de todo. ¿No habéis oído ningún rumor?
—¿Qué tipo de rumor?
—Que el número uno ha tenido una recaída gravísima: otra trombosis o algo así.
—Yo no he oído nada.
—¿Está ahí Teresa Riquer?
—Sí.
—Pregúntale a ella. Siempre lo sabe todo.
Berta separó el auricular de su oído y se dirigió a la viuda de Armando.
—Dice Jorge Antonio que te pregunte si has oído algún rumor de una nueva recaída de Franco.
Teresa movió negativamente la cabeza.
—Dice que no ha oído nada.
—No se trata de hoy, sino de hace ya varios días: concretamente el miércoles pasado.
—¿El miércoles?
María Luisa intervino, y tomó el teléfono en sus manos.
—Don Jorge: el miércoles no puede ser porque celebró un montón de audiencias. Ni el jueves, porque tuvo una larguísima entrevista con el ministro de Asuntos Exteriores, ni el viernes porque hubo Consejo de Ministros «deliberante», como ahora se dice, y lo presidió el Caudillo. De modo que tiene que ser un bulo. De ser verdad, lo sabría todo el mundo. Esas noticias no hay quien las pare.
María Luisa se equivocaba.

¿Qué había ocurrido? Juan Muñoz, el mayordomo particular de Franco, dormía en una habitación muy próxima a la del Generalísimo. En este cuarto (que había pertenecido, siendo soltera, a Carmen, hija única del Jefe del Estado, y más tarde marquesa de Villaverde) se había instalado un timbre que conectaba directamente con el dormitorio del Caudillo, ya que éste, si precisaba levantarse durante la noche, necesitaba su concurso, pues no podía valerse por sus propios medios. A horas desusadas de la madrugada del miércoles, 15 de octubre, este timbre comenzó a sonar con insistencia. Saltó Juan de la cama, vistióse una bata y acudió apresuradamente. Francisco Franco le confesó que estaba pasando muy mala noche. Se había despertado con gran desasosiego, malestar y un fortísimo dolor en el hombro.
No le gustó a Juan el aspecto de Su Excelencia, y avisó a la enfermera gallega que hacía servicio permanente en El Pardo, quien, a su vez, telefoneó al doctor Pozuelo. Cuando éste llegó, el Generalísimo sólo experimentaba un gran cansancio y sensación de calor. Le hizo un ruego insólito, contrario a su temperamento y a sus costumbres: que se quedara cerca de él lo que restaba de noche.
A la mañana siguiente, pese a todo, quiso levantarse y se negó a cancelar las audiencias que tenía concertadas. El doctor Gómez Mantilla le extrajo sangre para un

análisis rutinario que se realizaba una vez cada dos semanas y, a continuación, pasó a su despacho. Recibió al Comité Organizador del Congreso Mundial de Profesionales de Turismo, al que acompañaba el subsecretario de este Departamento, don José Luis López Henares. Más tarde, al rector de la Universidad a Distancia, don Juan Diez Nicolás, acompañado de la Junta de Gobierno de la misma. Los recibió de pie: escuchó sus discursos y pronunció él mismo unas palabras. Su voz era tan feble que era muy difícil entenderle. Más tarde pasó una familia que quería tener el honor de estrechar su mano: doña Carmen Barrera, viuda de Cañas, con sus dos hijos: uno, ingeniero; otro, militar. Más tarde, en audiencias personales, en las que ya pudo sentarse, a un exministro venezolano[18], a un embajador[19], a un presidente de Sindicato[20], al gerente de la Mutualidad General de Funcionarios Civiles del Estado[21], al rector de la Universidad Politécnica de Madrid[22], y a un ingeniero industrial[23]. Los recibía de pie, los invitaba a sentarse, se sentaba él mismo, escuchaba, respondía, volvía a incorporarse, esperaba de pie al siguiente visitante. Gregorio López Bravo, siete años ministro de Industria y cuatro de Asuntos Exteriores, hacia quien Franco experimentaba verdadero afecto, y que era a la sazón presidente de la SNIACE, también fue recibido. No le gustó nada su aspecto, la rigidez de sus facciones, lo endeble de su voz y el esfuerzo visible y doloroso que realizaba al levantarse de su sillón. Comentó con Fuertes de Villavicencio, a la salida, la intranquilidad que le había producido el aspecto del Jefe del Estado. ¡Todos ignoraban todavía —y el pueblo español no lo supo nunca— que aquella noche Francisco Franco había sufrido un infarto de miocardio!

Doña Carmen, que había concertado salir con su hija la mañana del miércoles para realizar unos encargos, informó a ésta de cuanto había ocurrido. Preocupada, pero no alarmada (pues el hecho de que el Generalísimo se hubiese levantado parecía indicar que no había lugar para ello), la marquesa de Villaverde decidió quedarse a almorzar ese día en El Pardo.

Carmen Franco Polo advirtió en el rostro de su padre las huellas del agotamiento que le habían producido las audiencias de la mañana: «*Tenía muy mala cara* —comentaría más tarde—. *No habló una sola palabra durante el almuerzo, cosa que le acontecía con frecuencia cuando tenía una preocupación grave, y al levantarse de la mesa tuvo que apoyarse fuertemente con las manos para incorporarse*».

Concluido el almuerzo y estando en la sala contigua, donde acostumbraban tomar el café, avisaron a la marquesa de Villaverde que su marido la telefoneaba. Salió de la estancia y con profunda amargura escuchó de labios del doctor Martínez Bordíu la temible palabra: infarto. El análisis de sangre hecho por Gómez Mantilla no dejaba lugar a dudas. Era indispensable que el Caudillo se acostara inmediatamente y guardase reposo absoluto. El doctor Vital Aza, acompañado por él mismo, y por los doctores Pozuelo y Gómez Mantilla, se personarían en El Pardo para hacerle un electrocardiograma.

Carmen regresó a la sala y, con la mayor prudencia que pudo, instó a su padre

para que se acostase. No empleó la palabra «infarto», pero sí le dijo que el análisis rutinario de sangre que le habían hecho esa misma mañana denunciaba una «subida de las transaminasas» —terminología técnica que había escuchado de su marido, y que no era probable que su padre supiese interpretar—. En consecuencia, Cristóbal, acompañado de otros médicos, le haría una visita. Y convenía que, al llegar, lo encontraran acostado. Toda la noche del miércoles al jueves permaneció de guardia en El Pardo un especialista en cardiología, por el temor de que se repitiese el ataque; los médicos volvieron a auscultarle el jueves por la mañana y, ante la inminencia del Consejo de Ministros, convocado para el día siguiente, le desaconsejaron formalmente que asistiera.

—Me encuentro perfectamente —protestó Francisco Franco.

El doctor Pozuelo insistió:

—¡No debe hacerlo de ninguna manera!

—¿Qué riesgo puedo correr?

—Vital, Excelencia, vital…

Franco le miró fijamente a los ojos.

—¡Ah, bueno! —dijo por todo comentario.[24]

Por la tarde, apenas los médicos se hubieron ido, el Generalísimo llamó a Juan, su mayordomo, y le pidió que le ayudara a vestirse. La situación en el Sahara era gravísima. Argelinos, marroquíes y mauritanos se disponían a intervenir en el territorio que España iba a descolonizar siguiendo el mandato de las Naciones Unidas. Franco había citado aquella tarde al señor Cortina Mauri, y —dijeran lo que dijeran los médicos— no estaba dispuesto a renunciar a este despacho con su ministro de Asuntos Exteriores, en el que iba a tratarse un tema tan inquietante y trascendental como el expuesto. En cuanto al Consejo de Ministros del día siguiente, su propósito estaba tomado: asistir. La enfermera gallega, al enterarse del propósito del Generalísimo de asistir al Consejo, protestó con candorosa energía.

—Si «mi niño» asiste a esa reunión yo me marcho y mañana ya no estaré aquí.

(¡No deja de ser enternecedor llamar «mi niño» al hombre, después de Felipe II, que ha acumulado más poder en toda la Historia de España!).

Franco, al enterarse, le dijo:

—Mañana iré al Consejo, y usted seguirá aquí. ¡Y yo también!

La reunión del Gabinete fue tan importante como variados los temas que se debatieron. El vicepresidente primero del Gobierno, señor García Hernández, informó de la detención en Barcelona de dos militantes de la agrupación terrorista FRAP que habían asesinado en Barcelona al miembro de la Policía Armada Juan Ruiz Muñoz. Tan salvaje fue este crimen —disparo por la espalda a quemarropa y degüello posterior del herido de muerte— como rápida y sagaz por parte de la policía la detención de los culpables, ya que apenas había transcurrido un mes del bárbaro y cruel atentado.

Fernando Suárez, ministro de Trabajo y vicepresidente tercero, hizo un amplio

informe acerca de la situación de los obreros españoles en el extranjero, abocados muchos de ellos al regreso a causa de la recesión industrial producida en los países europeos importadores de nuestra mano de obra, y calificó el momento español como de una absoluta normalidad laboral.

Especial interés ofreció la intervención de Cortina Mauri. El gran tema internacional que nos afectaba aquellos días era el dictamen emitido por el Tribunal Internacional de Justicia de La Haya sobre el pleito saharaui, y el informe de la Comisión Visitadora de la ONU al territorio. Un territorio, según dijo Antonio Carro, ministro de la Presidencia, que figuraba como provincia española, lo que complicaba no poco los problemas jurídicos de la descolonización.

Asistió el Gobierno en pleno, con la sola excepción del ministro de Información y Turismo, León Herrera Esteban, que padecía un cólico nefrítico, de modo que tuvo que ser Antonio Carro quien facilitara a la Dirección General de Coordinación Informativa la referencia del Consejo que este organismo habría de cursar a los periódicos.

¿Sabían aquellos ministros, cuando se reunieron el viernes 17 de octubre, que aquélla sería la última reunión de las 1850 presididas por Franco a lo largo de los últimos treinta y ocho años? ¿Sabían que el hombre que se sentaba al frente de ellos llevaba junto al pañuelo, en el bolsillo de su chaqueta, un monitor cardíaco, y que en la habitación contigua un equipo de doctores espiaba con ansiedad, en las pantallas de un electrocardiógrafo, los movimientos del corazón que aquel instrumento retransmitía? No. No lo sabían. Y sin embargo los médicos que constataban las emociones del Caudillo, por la contemplación de una línea quebrada —con su cresta y su seno como las olas del mar—, estuvieron a punto de irrumpir en la sala del Consejo y llevarse a Franco, cosa que no llegaron a realizar ante la inmediata normalización de su complejo auroventricular que había sido, llegado un momento, sensible, aunque brevemente alterado.

El sábado, Franco guardó cama casi todo el día, tal como había prometido a los médicos. Pero ese «casi» supuso una excepción trascendente. Juan contó más tarde a la familia del Jefe del Estado que hubo un momento en que reclamó su ayuda para vestirse. No se trató de cubrirse con una bata, o calzarse unas zapatillas. Se vistió del todo, como si fuese a salir o esperase visita. Y no olvidó de guardar en su bolsillo la pluma estilográfica.

Cruzó las estancias vacías y se encerró en su despacho. Buscó un bloc, en el que acostumbraba escribir y anotar un sinfín de cosas. Su caligrafía, desde que se acentuó en él el mal de Parkinson, dejaba mucho que desear. Franco se avergonzaba de ella, y no quería que nadie viera las incorrecciones de su escritura. Con el pulso tembloroso y el ánimo sereno, «con la brújula rota, pero firme la fe», comenzó a escribir:

Españoles:
Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo…

Franco medía cada palabra, calibraba el matiz de una frase, borraba una alocución repetida. Algunos párrafos surgían espontáneos, nítidos, precisos. Otros exigían una elaboración más meditada.

Entretanto, en la zona de las habitaciones privadas, corría un aire de inquietud. «¿Dónde está Su Excelencia?». «Está en su despacho», respondió Juan. «¿Hay alguien con él?». «No; está solo. Entreabrí la puerta. Ni siquiera me oyó»… «¿Qué hace?»… «Escribe…».

Con la mano rebelde, que se negaba a imitar la grafía antigua, Franco escribió sus penúltimas palabras: «… en los umbrales de mi muerte…».

Juan le vio regresar a su dormitorio. Pensó que se querría desvestir, mas no lo hizo. Sentóse en un sillón, sin pronunciar palabra, y permaneció largo rato en silencio. Franco no fumaba, no bebía: en los últimos meses apenas hablaba. Al cabo de un tiempo regresó a su despacho y, aplicándose en mejorar su caligrafía, pasó a limpio cuanto había escrito antes en forma de borrador. Después regresó a sus habitaciones privadas y pidió a Juan que le ayudase a desvestirse y acostarse.

Cuatro días habían transcurrido sin que el infarto se repitiera. Esto parecía una excelente señal. El doctor Barnard, el famoso «transplantador» de corazones sudafricano, se encontraba en España, y Eduardo Barreiros daba en honor suyo aquel fin de semana una cacería en las proximidades de Madrid, a la que estaban invitados los marqueses de Villaverde. El lunes, 20, ya de regreso, Bartolomé y Maritín March daban una cena a la que estaban invitados Carmen y Cristóbal. El marqués de Villaverde se mostró animoso respecto a la salud de su suegro. Eran ya muchos días los transcurridos sin que el infarto se reprodujera. No obstante, al llegar a casa, y tras inquirir noticias del estado del enfermo, dejaron el teléfono conectado con su propio dormitorio. Muy avanzada la noche el doctor Mínguez les telefoneó. ¡El infarto se había repetido! Se vistieron apresuradamente y se desplazaron a El Pardo. Francisco Franco reposaba. Su naturaleza había vencido la segunda embestida de la muerte. Apenas se despertó preguntó por Carmen, su hija. Quería hablar a solas con ella y sin testigos.

—Carmen: ve a mi despacho. En mi escritorio, a la izquierda, hay un montón de papeles y documentos. Debajo de todos ellos hay un bloc; tráemelo. No mandes a nadie a buscarlo —insistió—. Hazlo tú personalmente.

Cuando lo trajo, quiso cerciorarse de que entendía su caligrafía, esa letra temblorosa y desigual, por la que sentía pudor.

—La entiendo bastante bien.

—Léemelo. Léemelo todo, despacio.

Carmen Villaverde acercó una silla junto a la cama y comenzó a leer:

Españoles:

Al llegar para mí la hora de rendir la vida ante el Altísimo y comparecer ante su inapelable juicio, pido a Dios que me acoja benigno a su presencia, pues quise vivir

y morir como católico. En el nombre de Cristo me honro y ha sido mi voluntad constante ser hijo fiel de la Iglesia, en cuyo seno voy a morir.

Pido perdón a todos, como de todo corazón perdono a cuantos se declararon mis enemigos sin que yo los tuviera como tales. Creo y deseo no haber tenido otros, que aquellos que lo fueron de España, a la que amo hasta el último momento y a la que prometí servir hasta el último aliento de mi vida, que ya sé próximo.

Era difícil para Carmen leer en voz alta este documento sin que las lágrimas le anegaran los ojos y la voz se le quebrara por la emoción. Si en algún momento dudó en la interpretación exacta de una palabra, su padre se la aclaraba. Y exigía a continuación que ella, con su propia letra, escribiera encima el término correcto, para que no hubiese posibilidad de errores, llegado el momento de su trascripción. Esto aconteció con las palabras «presencia» y «católico». Más adelante con los términos «entusiasmo», «rodeéis», «civilización», «primacía»…

—Sigue.

Quiero agradecer a cuantos han colaborado —con entusiasmo, entrega y abnegación— en la gran empresa de hacer una España unida, grande y libre.

Por el amor que siento por nuestra Patria, os pido que perseveréis en la unidad y en la paz, y que rodeéis al futuro Rey de España, del mismo afecto y lealtad que a mí me habéis brindado, y le prestéis en todo momento el mismo apoyo de colaboración que de vosotros he tenido.

Franco interrumpió la lectura:

—Donde dice «futuro Rey de España», añade: Don Juan Carlos de Borbón.

Carmen lo hizo. Intercalado el nombre del futuro rey —observación de no pocos quilates para entender la minuciosidad y tenacidad del estadista que estaba dispuesto a enfrentarse con el juicio de la Historia—, el Generalísimo rogó a su hija que prosiguiera leyendo.

No olvidéis que los enemigos de España y de la Civilización Cristiana están alerta. Velad también vosotros y deponed, frente a los supremos intereses de la Patria y del pueblo español, toda mira personal.

No cejéis en alcanzar la justicia social y la cultura para todos los hombres de España, y haced de ello vuestro primordial objetivo. Mantened la unidad de las tierras de España, exaltando la rica multiplicidad de sus regiones como fuente de la fortaleza de la unidad de la Patria.

Quisiera en mi último momento unir los nombres de Dios y de España, y abrazaros a todos para gritar juntos por última vez, en los umbrales de mi muerte: ¡Arriba España! ¡Viva España!

El documento que Carmen Franco Polo acababa de leer era de una impresionante

grandeza. Y su hija era consciente de ello. Millones de españoles experimentarían al oírlo, o al leerlo, el estremecimiento que produce profundizar en el conocimiento de las almas grandes, desnudas ya de ambiciones y de pasiones, purificadas por la consciente proximidad de *la hora de rendir la vida ante el Altísimo*, de exhalar *el último aliento de una vida* cuyo fin se conoce *próximo, en los umbrales* mismos *de la muerte*.

—Pásalo a máquina. No digas nada a tu madre de lo que has leído, rompe el original, y cuando yo falte entrégale el texto al presidente Arias.

«Cuando yo falte». Carmen Franco indica que su padre no decía nunca «cuando yo me muera».

Era el martes 28 de octubre de 1975. ¡Aquel día la Agencia Cifra informó en los periódicos que el Caudillo padecía una afección gripal!

María Luisa, la antigua secretaria de Armando y de Echevarrieta, telefoneó a Maruja.

—La llamo desde la calle… ¿puedo atreverme a…?

Maruja la interrumpió.

—Acabo de ver a usted por la televisión. ¡Me ha hecho usted llorar!

—Eso es lo que he hecho yo, ininterrumpidamente, desde hace dos semanas: ¡llorar! Yo no quería que se muriera Franco. ¿Cómo iba a querer eso? Pero una vez que la muerte llamó a su puerta, ¿por qué no le dejaron morir en paz? ¿Por qué se empeñaron en prolongar su agonía? La Iglesia, que se mete en tantas cosas que no son de su incumbencia, ¿por qué no interviene en esto de prohibir la prolongación artificial y sin esperanzas de la vida?

—Las palabras que dijo usted ante el cadáver me emocionaron mucho. Y a los que estaban conmigo, también.

—¿Yo dije algo?

—Dijo usted: «Gracias, mi general. Gracias». Lanzó un beso al féretro, y se retiró llorando.

—¿Yo hice eso? ¿Está segura?

—¡Lo acabo de ver, no hace más de treinta minutos!

—En efecto salgo de ahí, con mis dos hijos. ¿Sabe usted el tiempo que hice cola? ¡Catorce horas! Desde las cinco de la mañana.

—Bien, María Luisa, ¿qué es lo que quería usted pedirme?

—Un favor. Un gran favor.

—Querida María Luisa: usted no me pide favores, usted me manda y ya está hecho.

—Es que no sé si va a parecer un abuso…

—¿De qué se trata?

—En mi casa no tenemos televisión en color y si no fuera mucha molestia,

querría pedirle que me permitiera llevar a mis hijos a la suya para ver la ceremonia de la Proclamación del Rey, mañana.

—Puede usted traerlos cuando quiera.

—Son muchachos muy serios y formales. Y quiero que vean: que comprendan.

—Mi casa es suya, María Luisa.

—Porque usted considera imposible, ¿verdad?, que yo pueda conseguir una entrada de público, en las Cortes, para la Proclamación.

—Eso sí que es imposible. Ni doña Teresa Riquer ni yo hemos podido conseguirla. Pero venga usted a casa. Yo seguiré la ceremonia por televisión. Lo veremos juntas. Doña Teresa también vendrá. ¡Se alegrará mucho de conocer a sus hijos!

—Entonces, ¿los llevo mañana para ver la Proclamación y pasado para ver el entierro? ¿No será un abuso?

—Me voy a enfadar. Ya le he dicho que mi casa es su casa.

—Algo más. ¿Sabe usted si irá el príncipe Felipe a la ceremonia de las Cortes?

—¡Seguro que irá!

—Entonces decidido. No me lo quiero perder. ¡Qué niño, doña Teresa! ¡Que Dios nos lo guarde! Le aseguro que en casa llevamos dos días rezando en familia por Franco. Pero además también rezamos por el rey, por Doña Sofía y por el niño.

—Si se da usted prisa en venir, encontrará asiento. ¡Apúrese mañana, y madrugue, que me encantará abrazarla!

—Hala, pues, hasta mañana.

Teresa y Maruja, ambas viudas de exministros de Franco, recibieron una invitación especial para poder rendirle un último homenaje y rezar una oración ante su cadáver. Fueron juntas, y en el mismo coche. Al llegar a la altura de la Cibeles se mostraron sorprendidas ante una cola, cuyo final alcanzaba el frente del Ministerio del Ejército, y que doblaba por la calle de Barquillo. ¿Cómo imaginar que se trataba de la gente que, aun a riesgo de zigzaguear kilómetros y más kilómetros por Madrid, durante decenas de horas, llegaría al Palacio de Oriente, donde había sido instalado el cuerpo del Generalísimo, para ofrendarle su definitivo y entrañable adiós? ¿Cómo pensar que esta silenciosa procesión era sólo una de las muchas otras formadas espontáneamente y que cruzaban Madrid, desde varias direcciones pero con una meta común, de parte a parte? Nunca en la historia de la ciudad se había producido semejante manifestación popular. ¿Qué significado histórico entrañaba? ¿Qué realidad política describía? ¿O por ventura carecía de significación? ¿O la tenía, y muy honda?

Maruja comentó:

—¿Sabes, Teresa? La víspera misma de su muerte, Josema comentó: «¡Echo mucho de menos a Armando Riquer!».

—¿Realmente dijo eso?

—Sí. Y hoy también le echo de menos yo. Me gustaría oír de labios de Armando

una explicación de este fenómeno popular… ¡de esta explosión sin ruido! José María mismo no sabría explicársela.

—No es imposible que el comentario de mi marido hubiera sido parecido a éste: «El pueblo español no sabe lo que quiere. Y Franco sí lo sabía».

—¿Qué has querido decir: que Franco sabía lo que quería el pueblo o que sabía lo que quería él?

—No sé contestarte a eso: quizá quiera decir lo mismo.

A Teresa y Maruja, y a otras personas (muy pocas) en situación protocolaria equívoca, les fue permitido, e incluso facilitado, pasar ante el cadáver de Francisco Franco fuera de la cola y rezar su oración fuera del cauce general.

Algunos se santiguaban o hacían una genuflexión, como si se hallaran ante el Santísimo; otros se cuadraban y levantaban el brazo; otros daban un taconazo e inclinaban la cabeza. No faltaban quienes se arrodillaban, quienes abrían los brazos en cruz, quienes lloraban; quienes debían ser retirados con ataques de histeria. La norma general fue de respeto, un imponente y radical respeto.

Maruja vio avanzar en la fila de los que llegaban a un hombre corpulento y canoso, vestido con un gran chaquetón de cuero en el que llevaba torpemente cosida la Cruz Laureada de San Fernando. Tardó en reconocerle, pues la emoción, o el cansancio de las largas horas de espera, le habían notablemente envejecido. Llegado frente al féretro, se cuadró; dio un taconazo y dijo con la voz quebrada:

—¡A sus órdenes, mi general!

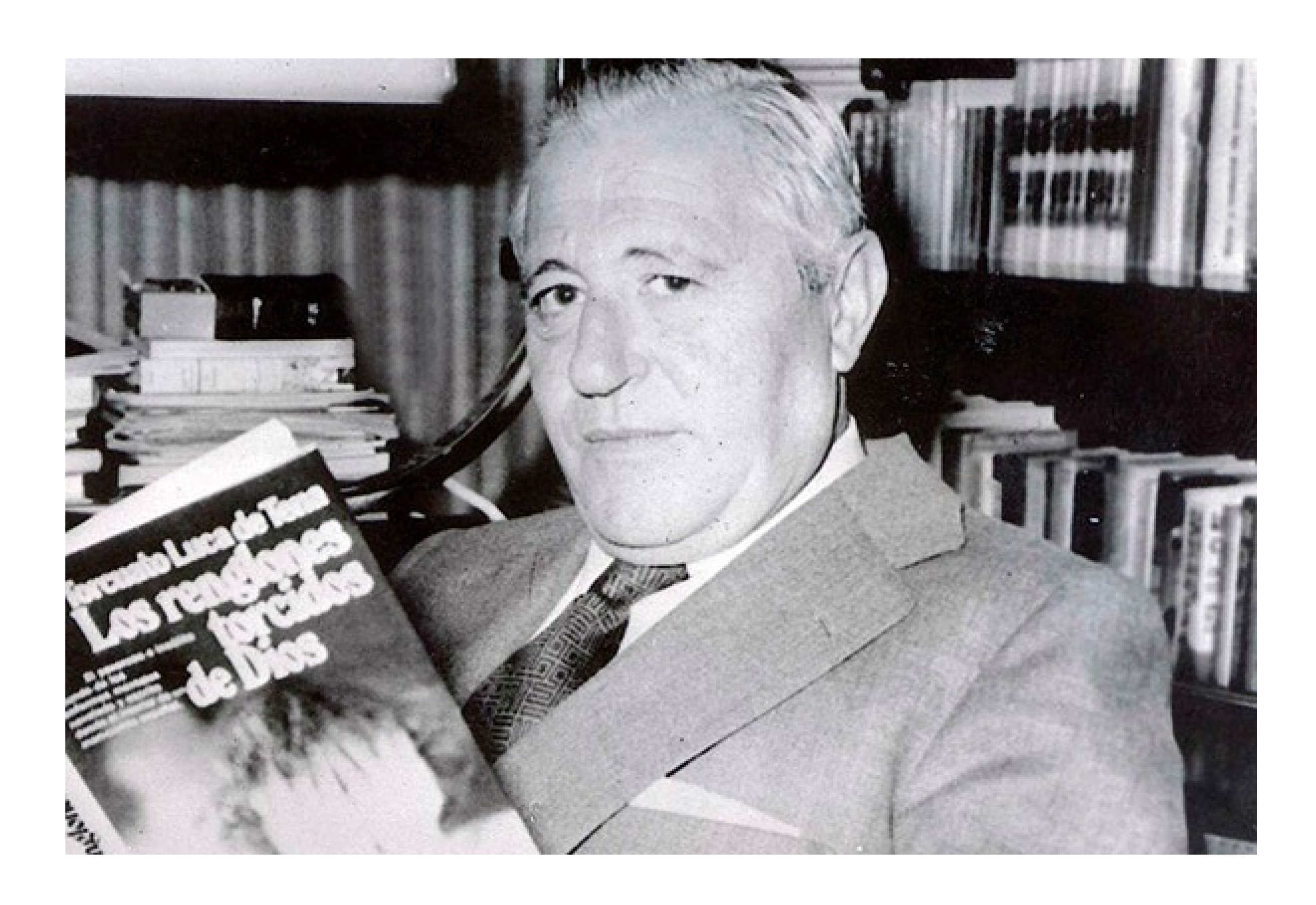
Era Felipe Tusquets.

Dos días más tarde, y precisamente a causa de lo equívoco de su situación protocolaria, Maruja asistió al cierre del féretro que había de ser trasladado al Valle de los Caídos.

Los exministros del Régimen con sus esposas, desde Serrano Suñer —el decano— al más joven de los Fernández Cuesta; desde Blas Pérez o Girón a Fontana Codina o Fernando Liñán, tenían su puesto en el gran estrado donde se celebraba la misa de *corpore insepulto*, presidida por el rey. Pero las viudas de quienes fueron ministros de Franco no tenían puesto en el estrado, sino en el interior de Palacio, desde cuyas ventanas podían seguir la ceremonia y contemplar la multitud emocionada, apretada, silenciosa, que abarrotaba la plaza y las calles adyacentes para rendir a Franco el homenaje de su último adiós.

Con este motivo, Maruja y Teresa, que llegaron a sus puestos con mucha antelación, estuvieron presentes a la selladura del féretro. Los hombres de la funeraria levantaron la pesada cubierta y la abatieron sobre la caja. Maruja la vio cómo giraba lentamente hasta ajustarse. Era como la gran hoja de un libro, la última página de un tomo trascendente de Historia, que se cerraba para siempre.

Pedraza de la Sierra, 23 de noviembre de 1976.



TORCUATO LUCA DE TENA (Madrid, 9 de junio de 1923 - Madrid, 1 de junio de 1999). Su familia perteneció a un afamado linaje de periodistas dentro de la corte. Su abuelo, que al igual que él se llamaba Torcuato Luca de Tena, fundó la revista Blanco y Negro y el ABC.

Torcuato vivió con su padre durante unos años en Chile. Estudió derecho y escribió poesía, publicando su primer libro con tan sólo dieciocho años de edad. Más tarde se traslada a Madrid donde se da a conocer como periodista y trabaja en la revista *ABC*. Al estallar la Segunda Guerra Mundial ejerce como corresponsal en la ciudad británica de Londres pero sus desavenencias con el ministro de información falangista Arias Salgado lo obligan a dejar de colaborar en *ABC*. Sus comentarios fueron víctimas de la censura, aún así a mediados de los años cincuenta se presenta como candidato a las elecciones como concejal de Madrid junto a Joaquín Calvo Sotelo, Joaquín Satrústegui y Juan Manuel Fanjul.

Actuó como corresponsal en Washington, Oriente Medio y México y a principios de los años sesenta vuelve a ocupar su cargo en el periódico fundado por su abuelo, el *ABC*. Incorporó a figuras, como Gonzalo Fernández de la Mora o Laureano López Rodó, en diversos puestos del periódico e intervino en el campo de la política como Procurador de las Cortes.

Fue miembro de la Real Academia Española y del Consejo Nacional donde votó en contra de la sucesión de Juan Carlos I cuando muriese el dictador Franco. Torcuato fue siempre un devoto seguidor de Juan de Borbón.

Con ocasión de su nueva destitución por parte de la dirección de *ABC* viajó a México donde empezó a escribir novelas, comedias y un libro de poesía: *Poemas para después de muerto*. Fue en este periodo donde publicó la mayor parte de su producción literaria.

Destacan entre sus obras las novelas *Los hijos de la lluvia, La brújula loca, Edad prohibida*, centrada en el mundo de la adolescencia, y *Los renglones torcidos de Dios*, que trata sobre la locura. También escribió algunas novelas históricas, ensayos y obras teatrales: *La otra vida del capitán Contreras, La prensa antes las masas, Los mil y un descubrimientos de América, América y sus enigmas* y *Franco, sí, pero…*

Uno de los principales rasgos de toda su obra es el interés por la caracterización psicológica de los personajes. Tanto es así, que para documentarse para *Los renglones torcidos de Dios*, llegó a internarse en un psiquiátrico para convivir con los enfermos y comprenderlos mejor.

Recibió varios premios, entre los que destacan el Premio Nacional de Literatura en mil novecientos cincuenta y cinco, el Premio Planeta en el sesenta y uno, el Premio Fastenrath en el sesenta y nueve, el Premio Espejo de España en el noventa y tres y el Premio de la Sociedad Cervatina de Novela.

Notas

[1] «Los bermellos»: los rojos. *(N. del A.)* <<



[2] No habían muerto todos en el momento en que se sitúa la acción (1955), pero todos los citados murieron sin ver restaurada la Monarquía. *(N. del A.)* <<

[3] Años adelante, delegado de España en las Naciones Unidas. <<



[4] Juan Ignacio Luca de Tena fue destituido el 26 de mayo de 1944 y Torcuato Luca de Tena el 23 de septiembre de 1953. <<

[5] Estos versos son el fragmento de una composición más larga leída por el que esto escribe a los postres de una comida, en la que un grupo de amigos pertenecientes todos a una tertulia política denominada «La Cena de los Nueve» me homenajeaban inmerecidamente por un premio literario concedido a mi novela *Edad prohibida*. Entre los nueve jóvenes que formaban la tertulia, fueron ministros, andando el tiempo: Federico Silva, Gonzalo Fernández de la Mora, Alfonso Osorio y Leopoldo Calvo Sotelo. *(N. del A.)* <<

[6] Quien realmente ocupó el Ministerio de Agricultura en la crisis de 1965 fue el señor Díaz Ambrona. Y el de Comercio don Faustino García Moncó. Inútil insistir que no existe semejanza alguna entre los ministros ficticios Echevarrieta y Riquer, y aquellos señores, los ministros «históricos» que cubrieron la titularidad de aquellos departamentos. *(N. del A.)* <<

[7] En la realidad histórica, el señor García Moncó fue quien, real y verdaderamente, cubrió este puesto cuando se produjo la crisis detallada en el capítulo XVIII. *(N. del A.)*
<<

[8] Hispanoil. <<



[9] Entre los duros y de actitud más crítica se contaba también el abogado del Estado, señor Díaz Ambrona, titular histórico del Ministerio de Agricultura, suplantado en la ficción de este relato por Echevarrieta Letelier. *(N. del A.)* <<



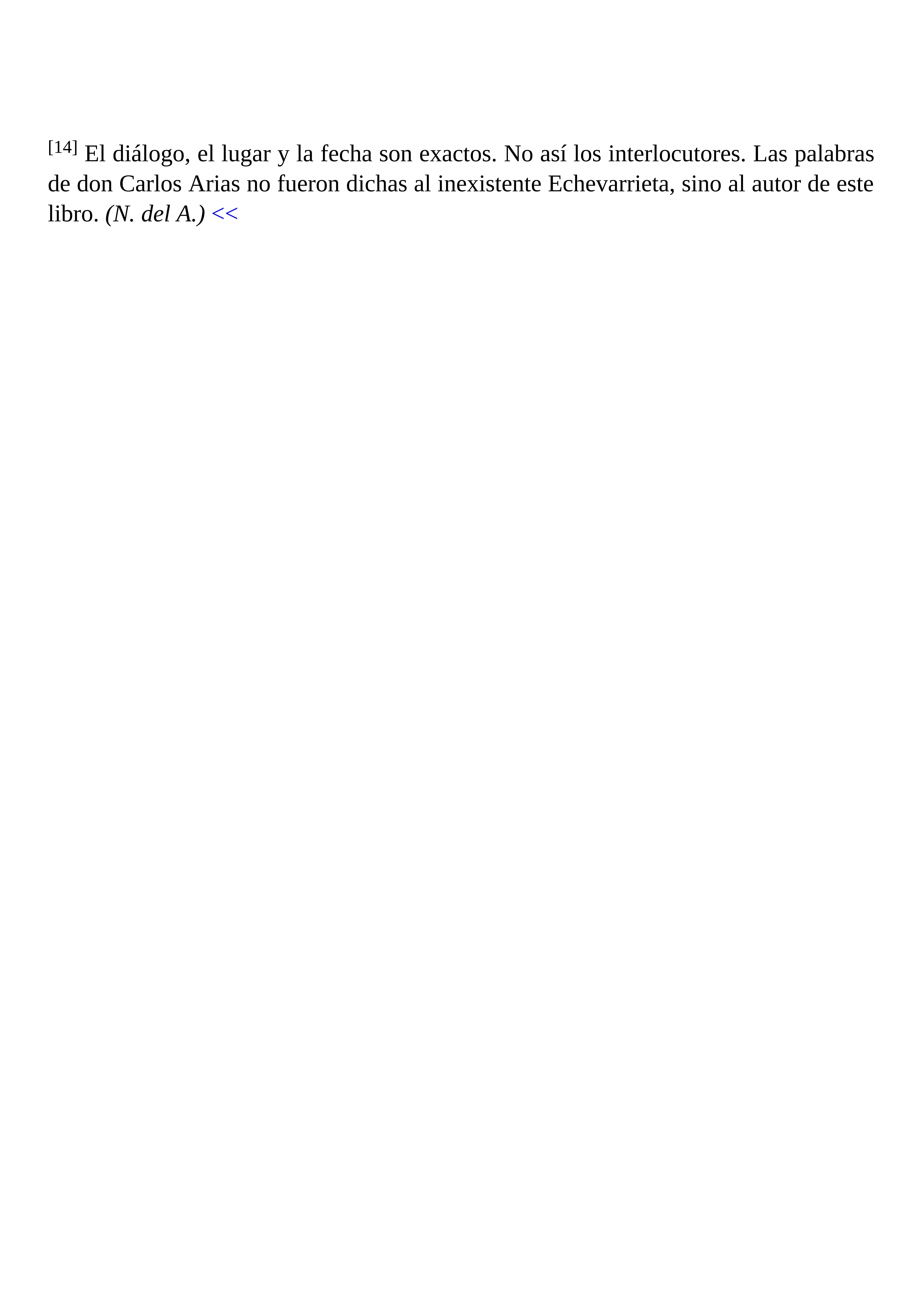
[10] En la realidad histórica, en el Ministerio de Agricultura el señor Díaz Ambrona fue sustituido por don Tomás Allende y García-Báxter. *(N. del A.)* <<

[11] En el interesante y demoledor ensayo de Amando de Miguel titulado *Sociología del franquismo*, su autor reproduce la cita apologética de Fernández de la Mora acerca de la Ley Orgánica del Estado, que hemos incluido en la página 338. Atribuye Fernández de la Mora la originalidad y excelencias de aquella Ley a «uno o varios cerebros» innominados. Y comenta Amando de Miguel: «Parece que [F. de la Mora] alude a Arrese, Martín Artajo, Esteban de Bilbao, Girón, Carrero y algunos otros redactores o inspiradores de los textos fundamentales.» Es de todo punto de vista evidente que yerra el señor De Miguel en esa relación de posibles redactores de las Leyes Fundamentales. En ella, ni son todos los que están, ni están todos los que son. Entre esos redactores e inspiradores estaba, desde luego, y mucho antes de ser ministro, el entonces ensayista y escritor político Gonzalo Fernández de la Mora. *(N. del A.)* <<

[12] La revista femenina *Telva* publicó años más tarde un reportaje gráfico, tal vez algo frívolo, pero muy del gusto del público al que iba dirigido. Se titulaba: «Maduros de buen ver.» Y en él figuraban como *handsom gentleman* dos ministros de aquel Gobierno, conocidos —aparte otros méritos de más enjundia— por su fotogenia y buena figura: Gregorio López Bravo y José María López de Letona. *(N. del A.)* <<



[13] En la realidad histórica siguió ocupando este Ministerio don Tomás Allende y García-Báxter. <<



[14] El diálogo, el lugar y la fecha son exactos. No así los interlocutores. Las palabras de don Carlos Arias no fueron dichas al inexistente Echevarrieta, sino al autor de este libro. *(N. del A.)* <<

[15] Los señores Ruiz Jarabo, Coloma y Pita da Veiga, respectivamente. *(N. del A.)* <<

[16] Como es sabido, el señor Allende y García-Báxter ocupó esta Cartera desde 1969. <<

[17] Algunos de los episodios contenidos en este capítulo acaecieron en días muy próximos entre sí, aunque no tan concentrados como aquí, por exigencias de ritmo, se describen. Obligada licencia literaria que no deforma la sustancia histórica. *(N. del A.)* <<

[18] De Obras Públicas: don Luis Báez. <<

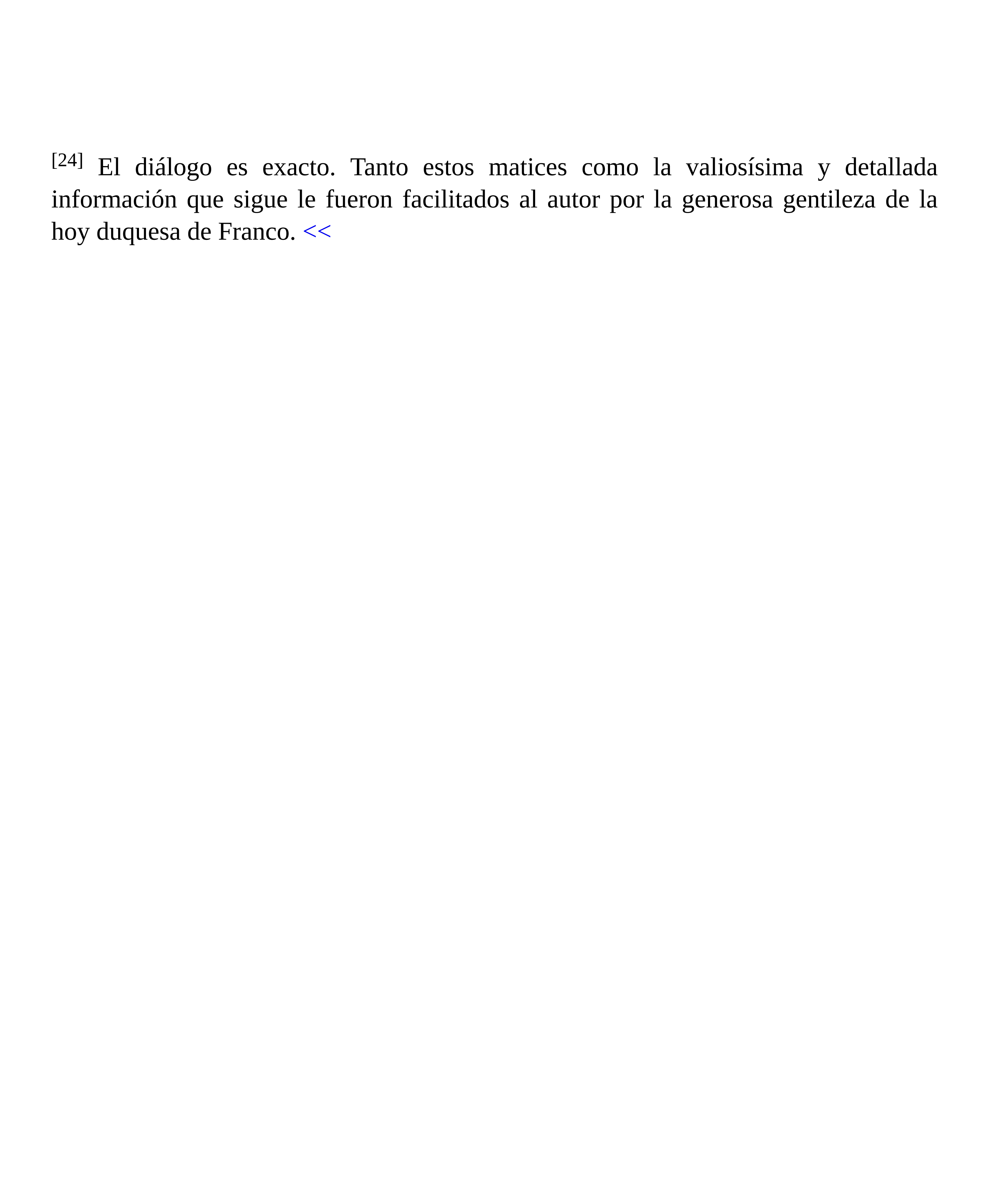
[19] En Portugal: don Antonio Poch y Gutiérrez de Cavides. <<

[20] De Banca y Bolsa: don Antonio Lamo de Espinosa. <<

[21] Don Pedro García Pascual. <<

[22] Don José Luis Ramos Figueroa. <<

[23] Don José María Trenor Suárez de Lezo. <<



[24] El diálogo es exacto. Tanto estos matices como la valiosísima y detallada información que sigue le fueron facilitados al autor por la generosa gentileza de la hoy duquesa de Franco. <<